

Luis Zapata de Chaves

**MISCELÁNEA
O
VARIA HISTORIA**

CLÁSICOS DE HISTORIA 535

LUIS ZAPATA DE CHAVES

**MISCELÁNEA
O
VARIA HISTORIA**

Edición de Pascual de Gayangos

Memorial Histórico Español: colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia

Tomo XI

Madrid 1859

https://books.google.es/books?id=I29AsuSy_i4C&hl=es

Presentación

por Marcelino Menéndez Pelayo

(*Orígenes de la novela*, III, IX)

Se ha actualizado la ortografía.

CLÁSICOS DE HISTORIA 535

ÍNDICE

Presentación por Marcelino Menéndez Pelayo.....	10
Introducción por Pascual de Gayangos.....	13
1. De cómo no tienen los hombres culpa de sus dolencias todas veces.....	16
2. De un suceso da un caballero, a que siguió después una cortesía honrada.....	16
3. De una víbora racional.....	17
4. De dos galanos epitafios.....	17
5. De un temblor de tierra admirable.....	18
6. De una vengada castidad.....	18
7. De descuidados.....	18
8. De un gran conocimiento de una bestia fiera, y de un gran esfuerzo de un grande.....	19
9. De joyas de gran valor y precio.....	20
10. De cuanto obliga el pan comido.....	23
11. Da un fiero encuentro de lanza.....	24
12. De ingratitud.....	24
13. De mala crianza.....	26
14. De sufrimiento.....	26
15. De un súbito remedio en un caso de honra arduo.....	27
16. A la Serenísima Infanta.....	27
17. De una extraña habilidad en escribir.....	27
18. De un increíble caso.....	29
19. De una habilidad bestial.....	29
20. De un discreto consuelo.....	29
21. De una naval de naves a las islas de las Azores.....	29
22. De un buen hombre de armas.....	30
23. De cómo la respuesta mansa quebranta la ira.....	30
24. De una hazaña de españoles.....	30
25. De cómo la conciencia es mal testigo.....	31
26. De la incertidumbre de la muerte del hombre y de la sepultura mucho más.....	31
27. De la incierta vida de los tiranos.....	32
28. De un supersticioso caso.....	32
29. De prevención y prudencia.....	33
30. De una útil habilidad.....	33
31. De una discreta determinación.....	34
32. De una hazaña de un francés.....	34
33. De fortaleza.....	34
34. De cortesana abstinencia.....	35
35. De clemencia.....	35

36. De que el bien hacer nunca se pierde.....	36
37. De un gran conocimiento de un músico.....	36
38. De castigada soberbia.....	37
39. De que el ánimo es muchas veces adivino.....	38
40. De cosas singulares de España.....	38
41. De un nuevo y facineroso engaño.....	42
42. De la aguja del marear.....	42
43. En cosas que parecen mentira y son verdad.....	43
44. En los que de poca hacienda vinieron a mucho crecimiento y prosperidad.....	43
45. De fuerte y dura cabeza.....	44
46. De superflua groseza y gordura en las gentes.....	44
47. De que de lo que nos pensamos valer nos daña muchas veces.....	45
48. En pronósticos.....	45
49. De invenciones engañosas.....	45
50. Grandeza del número doce.....	48
51. Del inefable poder de Dios.....	50
52. De fidelidad.....	50
53. De un miserable caso.....	51
54. De una generosa piedad.....	52
55. Del admirable contar de un muchacho.....	52
56. De herencias extraordinarias.....	52
57. De herencias naturales.....	54
58. De cosas blancas.....	55
59. Del bien público.....	56
60. De una habilidad de un músico.....	56
61. De la oportuna muerte.....	56
62. De demasiada cortesía.....	57
63. De desesperados.....	58
64. De fortaleza y constancia.....	58
65. De un gracioso engaño.....	59
66. De un desastrado caso de un caballero cortesano.....	59
67. De amor filial.....	60
68. De mansedumbre y templanza.....	60
69. De que la envidia con buenas obras crece y engorda.....	60
70. De un león del señor Don Juan de Austria.....	61
71. De un consejo astuto del Draque más insustancial.....	61
72. De dos facinerosos.....	62
73. De una gran reputación de capitán.....	62
74. De que la prudencia se adivina a ratos.....	63
75. De disimulación y fingimiento.....	63
76. De un atrevimiento sobrenatural.....	67
77. De otra peligrosa habilidad.....	68

78. De habilidades de ciegos.....	68
79. De cuán buena cosa es tomar consejo.....	69
80. De motes interpretados.....	69
81. De burlas hechas a hombres, agradables.....	76
82. De una hazaña de españoles en Envers.....	77
83. De brevedad en el escribir.....	77
84. De cuán alto y noble ejercicio es el escribir.....	78
85. De un galán epigrama.....	79
86. De un famoso milagro.....	79
87. De otro milagro moderno de Nuestra Señora de Monserrate.....	80
88. De cuánto puede la oración eficaz.....	80
89. De otro milagro semejante.....	81
90. De otro milagro en la casa de los Ángeles.....	81
91. De lo mismo.....	81
92. De una admirable cura de un médico italiano.....	81
93. De un duelo famoso en la mar.....	82
94. De desengaño del mundo y de la infidelidad humana.....	83
95. En terribles golpes de espada.....	83
96. De una osadía de una española como romana.....	83
97. De cuán útil fue a la Corona Real el rey Don Fernando el Católico.....	84
98. De un galán socorro de un fuerte.....	85
99. De cuán eficaz sea en todas las cosas la causa.....	85
100. De una carta a su Majestad, de Bustos de Villegas.....	86
101. De nombres a las cosas mismas contrarios.....	92
102. De cuánto puede la industria humana.....	92
103. De una buena astucia de un juez para castigar un culpado.....	93
104. De un agradable monstruo de autor incierto.....	94
105. De un milagro muy señalado.....	95
106. De amistad y amigos grandes de estos tiempos.....	95
107. Del prudente médico.....	98
108. De Venecia.....	98
109. Del monstruoso hablar de un ave.....	99
110. De la academia del Gran Capitán.....	100
111. De dichas ocasionadas.....	101
112. De desdichas ocasionadas.....	101
113. De un buen hecho de un caballero osado.....	102
114. De elefantes.....	102
115. De un estupendo y casi increíble caso.....	103
116. De una carta que Fray Pedro de Mendoza, de la orden de San Jerónimo, escribió al arzobispo de Sevilla, Don Hernando de Valdés, Inquisidor general, sobre la conversión del Doctor Agustín de Cazalla.....	104
117. De un honrado alférez.....	105

118. De un valeroso hecho de otro alférez.....	106
119. De un infortunio de dos escuderos de Orán.....	106
120. De cómo Caramami cumplió su palabra.....	106
121. De gran esfuerzo y ánimo.....	106
122. De fe, firmeza y constancia.....	107
123. Del Justador.....	108
124. De los extraños sobrenombres que hay hoy en un pequeño lugar.....	111
125. De que dicha y bondad no caben siempre en un saco.....	112
126. De tres casas de la Real muy crecidas y aprovechadas.....	112
127. Del cerco de París.....	113
128. De temblores de tierra.....	114
129. De un prudente advertimiento.....	114
130. De un valerosísimo alcaide contra turcos.....	115
131. De un criado traidor.....	115
132. De cómo acaso en nuestros tiempos se han parecido unas cosas a otras.....	115
133. De otra buena academia eclesiástica.....	116
134. De continencia.....	117
135. De cuán difícil negociación es con los pueblos.....	118
136. De una gran maravilla.....	118
137. De los que de poca hacienda en nuestros tiempos vinieron a prosperísima fortuna.....	118
138. De los que de mucha riqueza vinieron a miseria grande.....	121
139. De cosas maravillosas muy verdaderas que no parecen verdad.....	122
140. De una maravilla natural, sin ser milagro.....	125
141. De una desdichada nueva.....	126
142. De la verdad.....	126
143. De unos casos semejantes.....	127
144. De mucha maravilla.....	127
145. De fuerza.....	128
146. De la lealtad de un caballo.....	129
147. De dos casos muy parecidos.....	129
148. De recados falsos.....	129
149. De toros y toreros.....	132
150. De la gloria vana del mundo.....	135
151. De un gran peligro de un caminante.....	135
152. De que el placer en el pesar es pesar doblado.....	135
153. De una agradable competencia de dos trovadores de España.....	136
154. De la mudanza de los tiempos en la variedad de los precios de las cosas.....	144
155. De un cuerdo caballero honrado.....	145
156. De una acomodada respuesta.....	146
157. De hado.....	146
158. De un atroz hecho y de una justa piedad.....	147
159. De una extraña habilidad.....	147

160. De dos españolas cónsules.....	148
161. De observancia.....	148
162. De dichas mal logradas.....	148
163. De que a trabajosos principios suceden a veces felices fines.....	150
164. De una falsa mujer, y de un valiente marido honrado.....	150
165. De cosas romance y latín.....	151
166. De rayos.....	151
167. De un peligroso venturoso y caso.....	153
168. De otro terrestre maravilloso caso.....	153
169. De cosas notables de un caballero.....	153
170. De un turco feroz y del Santo Bautismo.....	154
171. De la brevedad de la vida humana.....	155
172. De algunos hombres señalados de Sevilla.....	156
173. De que el mal consejo para el que lo da es menos bueno.....	157
174. De los extraordinarios precios en que se han vendido halcones en España.....	157
175. De un milagro en Valladolid.....	159
176. De un castigo justo de un impío hecho.....	159
177. De que el mal se ha de dilatar lo posible, y el bien abreviar.....	159
178. De como en esta vida no hay cosa de que hacer caudal.....	160
179. Del mucho valor de los antiguos grandes de España.....	161
180. De los valerosos príncipes que hubo en el mundo una temporada.....	163
181. De una pertinacia cruel.....	163
182. De algunos yerros poéticos.....	164
183. De cosas extrañas que con peste acaecieron en Málaga.....	168
184. De que no hay tal engañar como con la verdad.....	168
185. De la víbora y de los escuezos.....	169
186. De invenciones nuevas.....	170
187. De un gran hecho del señor Don Juan de Austria.....	174
188. Una carta para el duque de Alba.....	175
189. De una carta a Don García de Toledo, del duque de Alba Don Hernando.....	175
190. De vejez.....	176
191. De limpieza.....	177
192. De un famoso desafío en la ciudad de Valencia.....	178
193. De dichos.....	178
194. De la miseria humana.....	195
195. En cosas que parecen mentira y son verdad.....	197
196. De casos de honra.....	201
197. De una gentil y cristiana devoción.....	202
198. De la libre cara de la verdad.....	204
199. De una discreta respuesta.....	204
200. De la estatura que un hombre ha de tener.....	204
201. De otra santa y católica constancia.....	205

202. De una astucia pía y muy sutil.....	205
203. De la prudencia de un singular capitán.....	205
204. De cuánto la razón puede en las armas.....	206
205. De una cosa extraordinaria.....	206
206. De una constancia católica, ir con el de firmeza y constancia.....	207
207. De cortesía.....	207
208. De otra semejante cortesía.....	207
209. De una rara mujer.....	208
210. Del principio de las guerras entre España e Inglaterra.....	208
211. En cosas que parecen mentira y son verdad.....	209
212. De animales.....	209
213. De visiones.....	210
214. De un buen hecho.....	210
215. De la increíble diligencia que hizo Portillo Correa.....	211
216. De sutileza de manos.....	211
217. De una maravillosa cosa.....	211
218. De un justo castigo a un nuevo insulto.....	212
219. De un buen trueque.....	212
220. De un cortesano romance de apodadura.....	213
221. De una santa burla hecha a un santísimo Papa.....	216
222. Del que vivió cuarenta y cuatro años después de haber estado enterrado un día.....	216
223. De que el que desea la muerte ajena es su procurador para alargarle la vida.....	216
224. De cifras.....	216
225. De un músico excelente.....	217
226. De un dichoso lance a los dados.....	217
227. De una extrañeza de dos gemelas hermanas.....	218
228. De gran habilidad en tirar.....	218
229. De una osada mujer.....	218
230. De dos que por su remedio se fingieron locos.....	219
231. De ligereza.....	220
232. De monstruos.....	220
233. De un buen suceso adjudicado al favor de Nuestra Señora de Guadalupe.....	220
234. Del disfavor.....	220
235. De los desafíos de Valencia.....	221
236. De una rigurosa costumbre en las enemistades de Valencia.....	222
237. De mucho ánimo.....	222
238. Del guardar las fiestas.....	222
239. De un milagroso caso en Lérida.....	223
240. De un gran caso acaecido a un pintor en Salamanca.....	224
241. De un valiente mozo contra cuatro turcos.....	224
242. De otro buen hecho.....	224
243. De la honestidad de un caballo.....	225

244. De cómo Nuestro Señor quebranta la soberbia.....	225
245. De cómo Nuestro Señor ayuda a los que le han menester.....	225
246. De prudencia.....	225
247. En cosas que parecen mentira y son verdad.....	226
248. De varios sucesos en armas y justando.....	227
249. De un recto y severo juez.....	228
250. De una honrada mujer y de un considerado marido, y de una templada y bastante venganza.	228
251. De la laguna de Antequera.....	229
252. Del Aljarafe.....	229
253. De cartas mensajeras.....	229

PRESENTACIÓN

por Marcelino Menéndez Pelayo

Con el éxito europeo del libro de Mexía¹ contrasta la oscuridad en que ha yacido hasta tiempos muy modernos otra *Miscelánea* mucho más interesante para nosotros, por haber sido compilada con materiales enteramente españoles y anécdotas de la vida de su propio autor, que a cada momento entra en escena con un desenfado familiar y soldadesco que hace sobremanera interesante su persona.

El caballero extremeño don Luis Zapata, a quien me refiero, autor de un perverso poema o más bien crónica rimada del emperador Carlos V (*Carlo famoso*), curiosa, sin embargo, e instructiva, por los pormenores anecdóticos que contiene y que ojalá estuviesen en prosa, retrájose en su vejez, después de haber corrido mucho mundo, a su casa de Llerena, «la mejor casa de caballero de toda España (al decir suyo), y aun mejor que las de muchos grandes», y entretuvo sus ocios poniendo por escrito, sin orden alguno, en prosa inculta y desaliñada, pero muy expresiva y sabrosa, por lo mismo que está limpia de todo amaneramiento retórico, cuanto había visto, oído o leído en su larga vida pasada en los campamentos y en las cortes, filosofando sobre todo ello con buena y limpia moral, como cuadraba a un caballero tan cuerdo y tan cristiano y tan versado en trances de honra, por lo cual era consultor y oráculo de valientes.

Resultó de aquí uno de los libros más varios y entretenidos que darse pueden, repertorio inagotable de dichos y anécdotas de españoles famosos del siglo XVI, mina de curiosidades que la historia oficial no ha recogido, y que es tanto más apreciable cuanto que no tenemos sobre los dos grandes reinados de aquella centuria la copiosa fuente de *Relaciones y Avisos* que suplen el silencio o la escasez de crónicas para los tiempos de decadencia del poderío español y de la casa de Austria. Para todo género de estudios literarios y de costumbres; para la biografía de célebres ingenios, más conocidos en sus obras que en su vida íntima; para empresas y hazañas de justadores, torneadores y alanceadores de toros; para estupendos casos de fuerza, destreza y maña; para alardes y bizarrías de altivez y fortaleza en prósperos y adversos casos, fieros encuentros de lanza, heroicos martirios militares, conflictos de honra y gloria mundana, bandos y desafíos, sutilezas cortesas, donosas burlas, chistes, apodos, motes y gracejos, proezas de grandes soldados y atildamiento nimio de galanes palacianos; para todo lo que constituía la vida rica y expansiva de nuestra gente en los días del Emperador y de su hijo, sin excluir el sobrenatural cortejo de visiones, apariciones y milagros, alimento de la piedad sencilla, ni el légamo de supersticiones diversas, mal avenidas con el Cristianismo, ofrece la *Miscelánea* de Zapata mies abundantísima y que todavía no ha sido enteramente recogida en las trojes, a pesar de la frecuencia con que la han citado los eruditos, desde que Pellicer comenzó a utilizarla en sus notas al Quijote, y sobre todo después que la sacó íntegramente del olvido don Pascual Gayangos.

Detallar todo lo que en los apuntes de Zapata importa a la novelística, exigiría un volumen no menor que la misma *Miscelánea*, puesto que apenas hay capítulo que no contenga varias historietas, no inventadas a capricho, sino fundadas en hechos reales que el autor presencié o de que tuvo noticia por personas dignas de crédito; lo cual no quita que muchas veces sean inverosímiles y aun imposibles, pues no hay duda que el bueno de don Luis era nimiamente crédulo en sus referencias. Son, pues, verdaderos cuentos muchos de los casos maravillosos que narra, y su libro cae en esta parte bajo la jurisdicción de la novela elemental e inconsciente. No sucede otro tanto con sus relatos personales, escritos con tanta sinceridad y llaneza, y que sembrados de trecho en trecho en su libro,

1 *Silva de varia lección* (1540).

le dan aspecto y carácter de verdaderas memorias, a las cuales sólo falta el hilo cronológico, y por cuyas páginas atraviesan los más preclaros varones de su tiempo.

Era Zapata lector apasionado de libros de caballerías y algo se contagió su espíritu de tal lección, puesto que en todas las cosas tiende a la hipérbole; pero juntaba con esto un buen sentido muy castellano, que le hacía mirar con especial aborrecimiento los embelecos de la santidad fingida y juzgar con raro tino algunos fenómenos sociales de su tiempo. Dice, por ejemplo, hablando de la decadencia de la clase nobiliaria, a la cual pertenecía: «El crecimiento de los reyes ha sido decrecimiento de los grandes, digo en poder soberbio y desordenado, que cuanto a lo demás antes han crecido en rentas y en estados, como pelándoles las alas a los gallos dicen que engordan más, y así teniéndolos los reyes en suma tranquilidad y paz, quitadas las alas de la soberbia, crecen en más renta y tranquilidad... Pues demos gracias a Dios que en estos reinos nadie puede hacer agravio ni demasía a nadie, y si la hiciese, en manos está el cetro que hará a todos justicia igual.»

Era, como hoy diríamos, ardiente partidario de la ley del progreso, lo mismo que Cristóbal de Villalón, y de ningún modo quería admitir la superioridad de los antiguos sobre los modernos. Es curiosísimo sobre esto su capítulo *De invenciones nuevas*: «Cuán enfadosa es la gala que tienen algunos de quejarse del tiempo y decir que los hombres de ahora no son tan inventivos ni tan señalados, y que cada hora en esto va empeorando. Yo quiero, pues, volver por la honra de esta nuestra edad, y mostrar cuanto en invenciones y sotilezas al mundo de ahora somos en cargo... En las ciencias y artes hace el tiempo de ahora al antiguo grandísima ventaja... Quanto a la pintura, dejen los antiguos de blasonar de sus milagros, que yo pienso que como cosas nuevas las admiraron, y creo que aquellos tan celebrados Apeles y Protógenes y otros, a las estampas de ahora de Miguel Ángel, de Alberto Durero, de Rafael de Urbino y de otros famosos modernos no pueden igualarse... Ni en la música se aventajaron los antiguos, que en ella en nuestra edad ha habido monstruos y milagros, que si Anfión y Orfeo traían tras sí las fieras y árboles, hase de entender con esta alegoría que eran fieras y plantas los que de la música de entonces, porque era cosa nueva, se espantaban, que ahora de las maravillas de este arte, más consumada que nunca, los hombres no se admiran ni espantan. Pues ¿cuándo igualaron a las comedias y farsas de ahora las frialdades de Terencio y de Plauto?» Y aquí comienza un largo capítulo de invenciones del Renacimiento, unas grandiosas y otras mínimas, entusiasmándose por igual con el descubrimiento de las Indias, con la circunnavegación del globo terráqueo, con la Imprenta y la Artillería, que con el aceite de Aparicio, el guayaco y la zarzaparrilla, las recetas para hacer tinta, el arte de hacer bailar los osos y el de criar gatos de Algalia. Termina este curiosísimo trozo con la enumeración de las obras públicas llevadas a cabo en tiempo de Felipe II, a quien da el dictado de «príncipe republicano», que tan extraño sonará en los oídos de muchos: «Los príncipes piadosos y republicanos como el nuestro, avivan los ingenios de los suyos, y les hacen hacer cosas admirables, y se les debe la gloria como al capitán general de cuanto sus soldados hacen, aderezan y liman.»

Alguna vez se contradice Zapata, como todos los escritores llamados ensayistas (y él lo era sin duda, aunque no fuese ningún Montaigne). No se compadece, por ejemplo, tanto entusiasmo por las novedades de su siglo, entre las cuales pone la introducción del verso toscano por Boscán y Garcilaso, con otro pasaje, curiosísimo también, en que, tratando de poesía y de poemas, dice sin ambages: «Los mejores de todos son los romances viejos; de novedades Dios nos libre, y de leyes y sectas nuevas y de jueces nuevos.» Como casi todos los españoles de su tiempo, vivía alta y gloriosamente satisfecho de la edad en que le había tocado nacer, y era acérrimo enemigo de las sectas nuevas, a lo menos en religión y en política. Ponderando el heroísmo de los ligueros en el sitio de París de 1590, que hizo levantar al príncipe de Parma, llega hasta la elocuencia. Profesa abiertamente la doctrina del tiranicidio, y hace, como pudiera el fanático más feroz, la apología de Jacobo Clemente: «Salió un fraile dominico de París a matar por el servicio de Dios al tirano favorecedor de herejes; y llegando a hablarle, le dio tres puñaladas, de que murió el rey, no de la guerra que suele matar a hierro, a fuego, violenta y furiosamente, mas de la mansedumbre y

santidad de un religioso de Dios y su siervo, al cual bienaventurado ataron a las colas de cuatro caballos.»

Para conocer ideas, costumbres, sentimientos y preocupaciones de una época ya remota, y que, sin embargo, nos interesa más que otras muy cercanas, libros como el de Zapata, escritos sin plan ni método, como gárrula conversación de un viejo, son documentos inapreciables, mayormente en nuestra literatura, donde este género de misceláneas familiares son de hallazgo poco frecuente. La de Zapata ofrece materia de entretenimiento por donde quiera que se la abra y es recurso infalible para las horas de tedio, que no toleran otras lecturas más graves. De aquel abigarrado conjunto brota una visión histórica bastante clara de un período sorprendente.

Baste lo dicho en recomendación de este libro, que merecía una nueva edición, convenientemente anotada, así en la parte histórica como en el material novelístico o novelable que contiene, y que generalmente no se encuentra en otras compilaciones, por haber quedado inédita la de Zapata.

INTRODUCCIÓN

por Pascual de Gayangos

Don Luis Zapata, señor de los lugares del Cehel, autor de esta *Miscelánea*, era ya conocido en la república de las letras por su *Carlo Famoso*, poema épico de grandes dimensiones², consagrado a recordar las hazañas del invicto Carlos V, e impreso en Valencia por Juan Mey, 1566, 4.º Como de la mayor parte de nuestros ingenios y poetas en aquel siglo de oro de nuestra literatura, nada sabríamos de su persona y familia, a no ser por las escasas noticias que él mismo nos proporciona, así en su citado poema como en la obra que sale ahora a la luz pública. Vástago de la nobilísima extirpe de los Zapatas de Calatayud³, D. Luis parece haber nacido en Llerena, villa de Extremadura, a 16 de noviembre de 1532. Fue hijo de D. Francisco Zapata, caballero comendador de la Orden de Santiago, y de Doña María Portocarrero, hija de D. Juan Portocarrero, segundo conde de Medellín. Su abuelo D. Luis Zapata, más conocido en nuestras historias⁴ por el licenciado Zapata, fue del Consejo y Cámara de los Reyes Católicos, quienes cometieron a su cuidado la recopilación de las *Leyes y Privilegios de la Mesta*, y más tarde, en 1505, la de las *Leyes de Toro*; siendo además uno de los jurisconsultos a quienes el Rey Católico encargó en Madrigalejos la redacción de su testamento y última voluntad, y recibiendo por fin de Carlos V, cuya confianza y aprecio supo granjearse, el espinoso encargo de apaciguar los alborotos causados por las comunidades de Castilla. En la guerra que con este motivo se encendió, D. Francisco, padre de nuestro autor, sirvió hasta lo último con las tropas leales, asistiendo después al sitio de Fuenterrabía, recuperada del francés por el condestable D. Íñigo de Velasco.

Apenas contaba D. Luis once años cuando el crédito de su familia y los eminentes servicios de su padre y abuelo le valieron el entrar de paje de la emperatriz Doña Isabel, en cuyo servicio continuó hasta que cumplidos los diez y siete, y bullendo ya en su pecho los generosos sentimientos heredados de sus mayores, se alistó en uno de los tercios que pasaban a Italia, y allí y en Flandes contribuyó con su esfuerzo e hidalguía a mantener el buen nombre de las armas españolas. De vuelta a España, D. Luis contrajo matrimonio con su prima Doña Leonor Portocarrero, hija de D. Rodrigo Jerónimo Portocarrero, tercer conde de Medellín, a la cual tuvo el sentimiento, de perder un año después⁵, si bien le dejó un hijo llamado D. Francisco Zapata Portocarrero, de quien trata a menudo en esta *Miscelánea*, complaciéndose en elogiar su grande habilidad en «correr lanzas y rejonear toros», gentil pasatiempo y noble ejercicio, en que, según se verá más adelante, fue él mismo aventajado maestro. Casó D. Luis en segundas nupcias con una dama portuguesa, hija de los condes de Tentugal, emparentados con la ilustre casa de los Braganzas, aunque no consta tuviese en ella sucesión.

2 Consta de 50 cantos y unas 2.800 octavas.

3 Puede verse a [Zurita](#), lib. X. Cap. 99, y Sandoval, lib. I, capítulo LIX.

4 La mía que de Aragón procede y viene / Gastada ya del tiempo antiguo y cano. (*Carlo Famoso*, octava segunda del canto XXIX.)

5 A ella y a su muerte alude en una octava del doceno canto con estas palabras:

Vete con Dios y en paz, alma hermosa,
Dejando al triste estar con los contentos;
Y si para llorar mi propia cosa
Pueden algo mis versos y lamentos;
Siempre el mundo tendrá piedad llorosa
De qu'este año de mil y de quinientos
Y de cincuenta y ocho, a tres de enero
Perdí a Doña Leonor de Portocarrero.

Llerena, donde su padre y abuelo habían fijado su domicilio, sin duda por ser capital de la provincia de León en la Orden de Santiago, en la que ambos obtuvieron dignidades y cargos, parece haber sido también la residencia ordinaria⁶ de D. Luis, aunque pasaba temporadas largas con sus parientes en Portugal; en Valencia, donde dio a la imprenta su *Carlo Famoso*, y por último en Talavera, donde tenía una hermana, Doña María de Toledo, casada con Hernán Álvarez de Meneses, caballero principal de dicha ciudad. Allí durante trece años consecutivos y sin más descanso que el que le proporcionaba el noble ejercicio de la altanería y caza de azor⁷, a que fue en extremo aficionado, parece haberse ocupado en componer el extenso poema épico ya citado y otras obras de que hay noticia cierta.

Su *Carlo Famoso* no es un libro notable bajo el punto de vista literario; lejos de ajustarse a las severas reglas de la epopeya clásica, en la cual nuestros ingenios no fueron tan felices como en otros géneros, es mas bien una crónica rimada del Emperador desde 1522 hasta su muerte en 1558, con la circunstancia de tener las fechas en lo alto de cada página, como si fuera un libro de cronología, y referir en estilo asaz prosaico y con escrupulosa exactitud hasta los mas pequeños incidentes de sus viajes y gloriosas campañas. Aun los recursos poéticos de que echó mano, como son el viaje aéreo del mágico Torralba a Roma, acompañado de su familiar Zaquiel, están introducidos con poco tino y señalados además con asteriscos, como si el autor se hiciese escrúpulo de mezclar lo fabuloso e imaginativo con lo histórico y verdadero⁸. Así y con todo hay en el poema trozos de mucha valentía, y descripciones muy animadas que pintan los sentimientos y costumbres de su época. Si a esto se agrega que da noticias muy circunstanciadas de Garcilaso de la Vega, de Juan de Urbina, y Diego García de Paredes, del coronel Zamudio, del Sr. de Alarcón, del marqués de Pescara, de D. Álvaro de Luna, de D. Beltrán de la Cueva, de Pedro Navarro y de otros muchos capitanes, honra y prez de España en aquel siglo, a todos los cuales conoció y trató, será preciso confesar que ya que no alcance grandes quilates como obra literaria, su *Carlo Famoso* es un libro entretenido y lleno de provechosa instrucción. Hízolo imprimir a su costa, pero aunque dedicado a Felipe II, y tratando un asunto tan nacional, debió gustar poco, pues se queja en su *Miscelánea* de que habiendo gastado más de cuatrocientos mil maravedís en la impresión no fue remunerado ni de su Rey ni del público.

También escribió D. Luis un *Libro de Cetrería* en verso, que no llegó a imprimirse, y del cual se conservan ejemplares en la Biblioteca Nacional de esta corte, en la L. 88 y 174 y T. 296. Dedicólo a D. Diego de Córdoba, ilustre caballero, con quien parece haber tenido particular amistad, elogiándole en varios lugares de su poema. Es una especie de Manual del Cazador, en el que D. Luis propone las reglas y preceptos del arte, describiendo las condiciones y propiedades de todas y cada una de las aves de rapiña que entonces se usaban, así como el modo de criarlas, amaestrarlas, y curarlas en sus dolencias, señalando además el tiempo y lugar oportuno para todo género de caza. Concluye así:

Ya acaba aquesta obra, y a Dios ruego,
Caro señor Don Diego, que lo hecho
Sea de algún provecho a mis señores
Y a cuantos cazadores el sol baña;
Y no cace en España quien negocio
Tiene, y quien no tiene ocio, y quien no puede,
Y que en memoria que de mi deseo.

6 Véase el capítulo *De cosas singulares de España*, donde dice con cierta complacencia que la mejor casa de caballero de toda España, y aun mejor que la de muchos grandes, era la suya de Llerena. Y en efecto, aun se conserva en dicha villa una casa-palacio, de sólida construcción, que se sabe haber pertenecido a los Zapatas.

7 D. Fadrique de Zúñiga en el libro que escribió de *Cetrería y caza de azor* (Salamanca 1565, 4.º), dice que D. Luis era uno de los más entendidos cazadores de su tiempo.

8 Entre la verdad de esta historia, como V. M. verá, mezclé muchos cuentos fabulosos y muchas fábulas por deleitar y cumplir con la poesía. Dedicatoria a Felipe II.

Dos cosas yo deseo y me darán gusto,
 Que mis aves con justo y con pío celo
 Lleven volando al cielo vuestro nombre,
 Y otra que sea el hombre desear esto
 Al siglo venidero manifiesto.

Asimismo hemos visto citado un tratado suyo de las *Excelencias de la Gineta*, y otro sobre el *Uso del rejón*, con unas *Advertencias sobre el modo de correr cañas* que compuso para provecho e instrucción de su hijo D. Francisco Zapata Portocarrero: los cuales todos, aunque hoy día perdidos, parecen haber circulado profusamente a guisa de doctrinal entre caballeros cortesanos aficionados a aquellos ejercicios. El autor nos da en efecto en su *Miscelánea* repetidas muestras de lo muy práctico que se hallaba en dichos juegos, como puede verse fácilmente en los capítulos o párrafos que tratan de justas, torneos y corridas de toros.

D. Nicolás Antonio cita aun otra obra de D. Luis que, aunque impresa, según parece, en Lisboa, no hemos logrado nunca ver, y es una traducción castellana del *Arte poético* de Horacio, Lisboa, por Alejandro de Sequiran, 1592, 8.º En colecciones de poesías formadas por aquel tiempo se suelen también hallar versos no despreciables hechos por nuestro autor, y en el catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Nacional se señala una de ellas que contiene, al parecer varios sonetos y romances suyos. También se encuentra aparte el tratado de los *Cien linajes de España*, el cual no es mas que una repetición del que ya insertó en el canto XXV de su *Carlo Famoso*.

La última de sus obras es sin disputa alguna esta su *Miscelánea*, pues aunque escrita a retazos y en diferentes épocas, no hallamos en ella ninguna fecha anterior al año 92, cuando el autor contaba ya los sesenta y seis de edad. Consérvase original en la Biblioteca Nacional, en un tomo en folio con 448 hojas útiles, forrado en tafete carmesí y señalado con la letra J. núm. 3., y es el mismo que ya citaron Pellicer y Clemencín en sus ilustraciones al *Quijote*. En ella fue apuntando D. Luis muchos casos raros y anécdotas ejemplares de su tiempo, aplicando a cada uno su moral correspondiente, según sus creencias y principios. Muéstrase siempre perfecto caballero e hidalgo cumplido; en extremo leal y religioso, algún tanto crédulo, y en casos de honra escrupuloso en demasía. Narra con lisura y no sin gracia, aunque su estilo es siempre desaliñado y a veces oscuro; basta que personas graves y de autoridad le hayan referido un suceso para que él lo estampe sin más examen en las páginas de su *Miscelánea*; y así es que a pesar de sus repetidas protestas de autenticidad, cuenta cosas que hoy día se nos hacen harto difíciles de creer.

El año de su muerte se ignora, pero es probable alcanzase los primeros del siglo XVII, pues La Mota en su *Principio de la Orden de Santiago* (Madrid 1599, 4.º), cuya licencia para imprimir es de julio 1598 le nombra aun como vivo en su catálogo de los caballeros de la Orden.

MISCELÁNEA O VARIA HISTORIA

1. De cómo no tienen los hombres culpa de sus dolencias todas veces.

Aunque por la mayor parte vengan las dolencias por su culpa a los hombres por sus excesos y desórdenes y *nonnunquam infirmitas corporalis ex peccato proveniat*, con todo eso vemos muchas dolencias en nuestros tiempos del inficionado aire, y son tan inevitables que por muy bien recogido que un hombre sea, no se puede a ladrón tan de casa, que es el aire, desviar ni dejar de tenerle siempre la puerta abierta: que el corazón con gran alegría le recibe en su aposento y los fuelles de los livianos le están siempre llamando, y que pasando por la puerta de la boca y por las almenas de los dientes no paga portazgo, y sin él el corazón no podría vivir ni pasar.

Por burla se tuvo el aire que año de ochenta corrió de romadizo, en general, desde el Mar Negro al de Cádiz, de que murió infinidad de gente; que provino del corrompido aire de los cuerpos muertos de una batalla entre el Sofí y el Turco, que quedaron tendidos por esos campos. De esto dice Plutarco que se doblan los frutos engrasada la tierra el tal año; mas digo yo que también los frutos se doblan porque se muere por ella la mitad de los que han de gastarlos, y que también subiendo en gruesos vapores a la región del aire se hacen lluvias y aguas.

Después, año de ochenta y dos, corrió de pestilencia otro terrible y contagioso aire.

Después otro aire de la del monte, de se hinchar los rostros y las gargantas, año de ochenta y cuatro.

Después, año de noventa, vino otro de calenturas y modorras, de que murieron no pocos, y fueron infinitos los que enfermaron. ¿Pues qué hará para la defensa de esto y conservación suya un triste cuerpo humano? si ni sabe de qué color es y de dónde le viene el daño, como las ricas minas de plata, que de todos colores son las piedras de que corre el metal como agua.

Mas que de la negra cueva de Eolo salgan generales edictos de unas y otras dolencias o diferenciadas contra todos los mortales, esto es causa de ininteligible admiración y espanto. Bien proveyó Nuestro Señor contra este nuestro linaje soberbio o indomable, que adolezcan y mueran de un aire los que con desobediencias hacen cada hora guerra al cielo como los gigantes.

2. De un suceso da un caballero, a que siguió después una cortesía honrada.

Las más de las cosas que yo escribo son para que los buenos espíritus, deseosos de acertar, las tengan en la recámara de su memoria guardadas para cuando viniere el caso.

Don Francés de Beamonte, que fue después capitán de la guardia española del Emperador, paseábase un día por la corredera de Valladolid, solo en su caballo, a vista de las damas, y a un su lacayo tráensele, retrayendo a cuchilladas otros cuatro o cinco lacayos hasta dar con él en las camas del freno de su caballo. Entonces Don Francés apéase con mucha ira, pone mano al espada, e hiriendo dos o tres de ellos, por donde habían venido vuélvelos a cuchilladas hasta hacerlos huir; ellos corriendo a gran priesa y de ellos por donde huían corriendo mucha sangre. Fue esto hecho en un punto; ellos desaparecerse como encanto, y él, aunque victorioso, quedar muy desbaratado, solo, a pie, sin gorra y sin capa, con su espada en la mano a vista de muy altos hombres y de las damas.

Entonces apéase el duque de Alba Don Fadrique, viejo, y de suma autoridad, y pónese al lado del caballero mancebo hasta que se compuso, envainó su espada, cobró su gorra y su capa, y le trajeron su caballo, en lo que hay que notar la valentía de Don Francés, la cobardía de los

contrarios, la diferencia que hay de la buena sangre a la mala, el pagar la recíproca obligación que tiene un caballero en el socorro de su criado, la cortesía del gran grande de España, y como la honra que sale de un príncipe de estos en semejantes casos se queda en él, como cuando de una gran lumbre sale una gran llama.

3. De una víbora racional.

Cuando se juntan dos cosas que es una extrañeza grande y ser grandísima verdad, eso es materia de mi pluma y su natural pasto y vianda, así como Nuestro Señor dio un manjar propio a los hombres, otro a las aves, otros a cuantas cosas vivas hay; porque yo a solas de cada cosa por sí, que sea verdad común, u que sea cosa rara, sin averiguar que es verdad para escribirlo, no hago caso, y porque en esto que diré concurren ambas calidades, ser cosa extraña y verdad, será bien aquí contarle.

Hubo en Usagre, pueblo de la provincia de León, año de noventa, dos hermanas de honesta generación y fama; adoleció la una de ellas de enfermedad mortal, aunque al principio fue una erisipela liviana que en pocos días creció a hinchársele un pedazo de la garganta y de la cara; y estando ya muy al cabo, que no podía pasar por los dientes nada, la otra su hermana a fuerza le abrió la boca y le metió en ella el manjar; y como con violencia le abrió los dientes que tenía apretados, con violencia los tornó a cerrar, y cogió dentro, con gran dolor de ella, el dedo de su hermana, como las ostras de la mar con sus enemigos los pulpos hacen que entrándoles ellos a comerlas, aprietan las conchas tan recio las ostras, que entre ellas los matan y comen después a su voluntad.

Pues mordido el dedo de la hermana (como si una víbora la picara), al momento se le hinchó el brazo, y luego toda ella, y murió dentro de veinte y cuatro horas, con grandes congojas y ansias, y aun antes que su hermana, que estaba en lo último y de camino para partir de este mundo, hubiese salido de la posada.

4. De dos galanos epitafios.

No se pueden quejar de la fama después de muertos el marqués de Pescara y Vitoria Colona, su mujer, que a ambos se les pusieron dos epitafios en sus sepulturas, al talle de lo que merecieron ambos: que al Marqués hizo el famoso Ariosto este epitafio:

Quis jacet gelido hoc sub marmore? Maximus ille
Piscator, belli gloria, pacis honos.
Numquid et hic pisces cepit, non ergo quid urbes:
Magnanimos reges. oppida, regna, duces.
Quæ tantum rapuere virum? Dúo numina Mars, Mors.
Ut raperent quidnam compullit? Invidia.
Nil nocuere sibi, nam vivit fama superstes,
Quæ Martem, et Mortem, superat et invidiam.

Otro de la Marquesa, su mujer, de autor hasta ahora incierto para mí.

Non vivam sine te, mi Brute, exterrita dixit
Portia, et ardentes sorbuit ore fascas.
Da valet extincto, dixit Victoria: vivam!
Perpetuo mastos sic dolilura dies.
Utraque romana est, sed in hoc victoria maior;
Mortua dolere non potest, viva dolet.

5. De un temblor de tierra admirable.

Aristóteles escribió veinte mil cosas notables por cuenta, ayudado de la riqueza y gran poder de Alejandro, que envió muchedumbre de personas a saberlas de infinitas partes, mas a mí sin esas ayudas ha sido gran dicha venírseme tantas a la mano.

En las Indias, año de ochenta e siete, en el nuevo reino de Granada, acaesció un temblor de tierra muy grande, y a estos puede atribuirse el hallarse navíos debajo de tierra, que tal vez se abre y se cae un monte encima de un brazo u seno de mar, y cogió algún navío debajo, que después hallarse en gran hondura de tierra metido pareció milagro, y fue esto y no hay para qué se atribuya la causa al plácido diluvio general, que se quedaron las cosas como antes estaban.

Pues de este espantable temblor que digo, fue esto más de espantar, que una iglesia toda se quedó enhiesta con todos sus edificios sin caerse una teja de ella y metida una vara de medir en hondo en la tierra, en el mismo sitio en que estaba por igual.

Puede ser también que permitido por Nuestro Señor haga el demonio estos juegos por ver los errados juicios de los hombres, haciendo burla de a los que se pican de tan sabios, verlos en sus opiniones y juicios desvariar.

6. De una vengada castidad.

En la provincia de León, en la honrada villa de Rivera, hubo una doncella que pretendiendo dos su casamiento, casó con el uno de ellos por voluntad de sus padres, sin tener ella en esto otra voluntad. Pues el que quedó sin ella, desde que al casamiento ni a ella pudo ser en cargo de la satisfacción de su deseo, acudió a satisfacerle por engaño; espía cuando el marido una mañana nublosa había salido al campo, y quita el cerrojo de la ajena casa, y acuéstase en la cama ajena de la casta mujer casada, y al momento tornase a salir vendimiada la viña ajena y cogido el fruto que deseaba. Vuelve el marido incontinentemente a su casa, que halló como amargo jarabe violada; ella le preguntó como había vuelto tan presto, y él dijo que no había vuelto nunca, y ella que entendió el mal recado, no quiso por ser tan a su costa apurar mas. «Digo, dijo ella, que no pensé que volviérades hasta la tarde», y quedó con aquella ansia de saber quien la había burlado para vengarse.

Pues un día en un baile de mozos y mozas en general, salió el engañador entre ellos y díjole dos o tres veces bailando: «marido, cómo venís frío?» Las palabras que ella dijo cuando aquel entró a hurtar en su casa, y conocido así el adúltero de ella, llena muchos días de lágrimas, hallóle un día dormido par de una fuente, donde ella se iba hilando, y saca el hilado del huso, y con una piedra martillando en el triste, le pasó con el huso el un oído a la otra parte, diciendo: «dormida me quitaste la honra, dormido te quito yo la vida que no vale tanto.»

De la muerte de aquel jamás supo el autor hasta que después ella a la muerte, que murió de su enfermedad, llamó a su marido y parientes, como Lucrecia a los suyos, y contó el caso, pues no tenía hijos en quien quedase esta mancha, diciendo que lo decía para que avisasen las mujeres honradas que viviesen con recato, cuando sus maridos no están en casa, y a la postrer parte de su narración llorosa se le salió el alma.

7. De descuidados.

Tener mucho cuidado en las cosas, en especial de las que no importan nada, arguye en la estimativa del hombre gran necesidad, que pesa con mayor peso la cosa de lo que su importancia vale, como los que en pulirse, en traer altos los cuellos, en andar con buen aire, ponen toda su felicidad, siendo como Nuestro Señor dijo solo una cosa necesaria: que es los hombres salvarse y ser sabios. Mas como aquel que se salva sabe que el otro no sabe nada, viene a parar todo a lo que

Nuestro Señor dijo *porro unum necessarium est*, que es la salvación del alma; y así mucho cuidado en el vestido, sino los que son enamorados, superflua cosa es y vana; otros en nunca salir de las caballerizas de sus caballos, cuando van los viajes con el Rey; otros madrugan muy muchas horas por hallar en sus posadas sus camas, que antemano pierden mucho tiempo de su reposo por hallarse un poco antes acomodados.

Por el contrario, mucho descuido extraña, que todo extremo se debe evitar; aunque en menudencias ha habido hombres sabios muy descuidados, haciendo una cuenta que si fácil es *jactura pulchri* que es lo más (a tan terrestre cosa como el cuerpo) lo menos será muy menos importante; así los sabios no labraron casas para tan pocos días, y vivieron muchos cientos de años.

Julio Cesar, como atendía a cosas mayores, andaba mal ceñido en su mocedad; del que dijo Sila *cavete a puero male præcincto*, que dice en español, «guardaos del mozo mal ceñido». Gente baja ande una vez el camino, jamás otro le errara, como perros, puercos y gatos y otros animales que cinco u seis leguas volverán por donde vinieron sin error, y acaece aun metidos en un costal; mas el sabio que va discurriendo por otras cosas no ve a las veces lo que tiene delante. De nuestros lacayos me maravillaba yo en la ciudad de Colonia en Alemania, que siendo allí todas las casas islas, atinaban sin error muy lejos desde Palacio a nuestras posadas.

En Sevilla un gran predicador se salía sin bonete hasta gradas, donde caía en la cuenta que había muchos a quien era menester quitársele; y tal vez hubo que leyendo en un aposento bajo, subía a mojar la pluma arriba para poner escolios en sus libros, y acotar algo, e iba y venía muchas veces, pudiendo traerse el tintero en la mano a lo bajo; otras veces salía con el manteo al revés, yendo apriesa para predicar, y otras puesto a su mula un gran freno de la brida, afirmador, que halló a mano.

Ejemplo de gran descuido fue un caballero clérigo de Ciudad Rodrigo, que acabando de beber con la copa de vidrio, pensando que era hueso, la arrojaba y hacía pedazos, y excede a todo, que diciendo misa erraba en el Evangelio, y decía que diga esto u estotro, cometiendo por descuido sacrilegio, donde una sílaba solo no se puede añadir ni quitar.

Otro caballero en la corte, con quien yo caminé algún día, y era muy discreto y muy valiente, cuando teníamos a vista el lugar donde iba la gente, se acordaba y enviaba a pedir posada, y el criado volvía: «Señor, no la hay ya.» «Anda y di que me la den, que la he menester», y el otro revolvía: «Todo está ya dado, que era menester haber venido seis horas antes»; y el caballero se quedaba a beneficio de ser huésped de otro que hubiese tenido mejor cuidado y madrugado más. Otras veces convidaba a algún caballero, que paseándose dos horas con él ante Palacio, caía en la cuenta que no era él el que pensaba y quisiera convidar, y tornaba a desconvidarle, pidiéndole perdón, y con muy corteses palabras, cuando ya no había plato enhiesto en la corte, y todos eran ya acabados. Otras, yendo con sus comensales legítimos, pasaba gran trecho adelante de su posada, hasta que le volvían del camino, donde con poco cuidado suyo hallaban la comida con mucho cuidado aparejada.

Así que, ni tener mucho cuidado en las cosas chicas, ni poco en las cosas grandes es conveniente, sino la prudencia, que es el repeso para pesar y estimar cada cosa en lo que vale, teniendo en filo y en medio las balanzas: que *medio tuti sumus*, *Ibis*, dice Ovidio; y *fortunæ cætera mando*.

8. De un gran conocimiento de una bestia fiera, y de un gran esfuerzo de un grande.

Había salido de su casa el duque Don Íñigo en Guadalajara, hijo del duque Don Diego, el que hizo las gentilezas y las guerras que yo he escrito en mi libro *Carlo*⁹, en el hospedaje del rey de

9 *Carlo Famoso* de Don Luis Zapata, Valencia, Joan Mey, 1566, 4.º

El Canto XXV está todo consagrado a la prisión del rey Francisco I y su recibimiento en Guadalajara por el duque del Infantazgo.

Francia, y a la vuelta a ella halló toda su plaza llena de gente alborotada y atemorizada, que estaba suelto adentro un gran león, que andaba acá y allá por el patio, las puertas cerradas, sin le osar esperar nadie, y el leonero puesto en salvo. Sabe la nueva el Duque; hace abrir las puertas, entra y ve el león a un rincón erizado y regañando; vase para él el Duque, y hace ir tras sí por fuerza al leonero que iba aun detrás del temblando; tienta su espada estando cerca, y llegase a él paso, y el león le conoció que era su señor, y con aquel respeto espérale coleando. Entonces pónale el Duque la mano en la cabeza y traésela por el cerro, y vuelve otra mano atrás, y toma una trailla del leonero, y métesela en la cabeza y llévale a la leonera, como si llevara así de trailla a un manso lebrel o a un galgo, y como el Cid encerró también el león que en Valencia se había salido a su sala.

9. De joyas de gran valor y precio.

Porque en el mundo hay varios gustos, y yo deseo de darle a todos en esta mi nueva historia, y muchos le reciben de ver joyas preciosas, les pondré aquí delante dos recámaras, una del tiempo antiguo, y otra del moderno, para que los codiciosos y avaros harten su hambre con verlas, pues con poseerlas tampoco la podrían hartar; ni seguiré orden en el tiempo ni en las cosas, como tampoco se guarda en una recámara al mostrarlas.

La primera sea aquella mesa de oro que hallaron en Grecia pescadores, que habiéndoseles comprado el lance, el comprador la pidió por derecho al tirar las redes, y los pescadores lo negaron, diciendo que peces y no oro era lo que ellos vendieran. Con el cual pleito fueron los unos y los otros al oráculo de Delfos y Apolo, y el demonio en figura de él, respondió que se diese al más sabio de toda Grecia, y por consentimiento de todos se llevó a Tales, uno de los siete sabios que florecían en aquel tiempo, que tal debía él de ser escogido en los escogidos siete, en cuantos había en aquella tierra fertilísima entonces de ellos y abundante, como dice la poesía española:

*Mi amiga escogida en ciento
y el ciento en mil escogidas,
y el mil escogido en cuento
y el cuento entre las nacidas.*

Y eran estos siete que digo: Solón, Quirón, Cleóbulo, Tales, Bías, Piítaco y Periandro, que demás de sus sabidurías, eran virtuosísimos y excelentes capitanes, y muy señalados en gobiernos y cargos. Así que se llevó la mesa a Tales, de lo que hubo vergüenza que le llamasen sabio (sabiendo que todos los sabios no saben nada), y que le tuviesen por tal, y por más codicioso que nadie, y no la aceptó, ni otro de ellos ni otro; y así anduvo la mesa por todos, que rehuyeron a una vez de parecer ricos ni sabios, a lo que ahora corren todos con tanta ansia de serlo u ser por tales estimados. Pues vuelta la mesa al primero, la envió al cabo al oráculo, echando de sí todos el peso (mayor que el de la mesa de oro), de las obligaciones que el mucho tener acarrea y trae.

Tal debía de ser la otra mesa de oro que hubo de Darío el gran Alejandro que, poniendo sobre ella él los pies, como tan sabio y poco estimador de las riquezas como los otros, lloró un cautivo de ver pisada y tenida en poco la gran riqueza y potencia de su amo.

También debió de ser excelente el escritorio de oro y piedras preciosas de Darío que le hizo Alejandro, caja de la *Iliada* de Homero, estimando en más la poesía que el oro, pues que es más de estimar cualquier gran joya que su caja. Él mismo ponía sillas de plata a mil convidados, y cargadas de vasos de oro las mesas, que se llevaban después los comensales. Y a Umenes, un caballero particular suyo, porque le pidió prestados trescientos talentos una vez, y no le dio más de ciento, le hizo con disimulación poner fuego a sus tiendas, que se quemaron todas, y le hallaron derretido más de mil talentos de oro en los que no le tocó, antes de la ropa quemada y de lo demás le mandó reparar el daño.

Pues ¿qué diremos de la plata que hubo en Jerusalén en tiempo de Salomón, que dice la Santa Escritura que era tanta como un grande y pedregoso cauchal? ¿Pues dónde se ha huido tanto oro y

plata, produciendo cada día la tierra más? Yo pienso que aunque la mar ha sorbido gran parte, dorados y plateados han consumido y consumen más. Por lo que a mi me parece que en las repúblicas no se había de consentir dorar otra cosa sino las imágenes y retablos, exceptuando, como las Personas Reales en las pragmáticas, la Real y Divina Persona, que todo lo cría y da; y que tan comúnmente no consumiese dorados la gente baja, y a la rica sería más útil tener una espada de oro que quedase para sus herederos, que haber gastado cincuenta doradas, que como *flos quæ eraditur et conteritur* se cae, y lo que se había de gastar en dorados y plateados, que fuese con chapería de oro y plata que no se gasta, donde para siempre permanece y se está. Mas dejemos este cuidado a los que gobiernan, que harta merced hace Dios al que no tiene voto en nada.

Harto preciosa de hechura debió de ser la cadena de oro que hizo a Hieron, rey de Sicilia, un platero, en que mezcló plata, aunque por ser tal no la consintió de hacer el Rey; de la que el sutil Arquímedes halló el hurto, de que por ser cosa tan sabida no trato.

El carro en que los reyes godos salían a la guerra era de precio inestimable, que al del sol que dice Ovidio, se parecía algo; pues dice Eleastres¹⁰ que el timón y la escalera eran de oro, y el eje de plata; las ruedas de marfil con clavazón de oro; que el marfil es colmillos de elefante (de los que dos en Benavente hacen la portada de una gran sala); en que iba una gran tienda, el mástil de oro lleno de piedras inestimables y una silla de lo mismo, y las guarniciones y ropa de la tienda cubiertas con compases artificiosos de gruesas orientales perlas; en el que el rey Don Rodrigo no quiso entrar en las batallas, sino a caballo, de pesar de la muerte de su sobrino, el infante Don Sancho, y de ver ir sus cosas ya cuesta abajo.

Pues la gran mesa de oro que Tarif¹¹ hubo en los despojos de España, que fue del rey Salomón, todo el mundo a una parte y ella a otro no la podía en valor igualar; pues demás de sus piedras preciosas, allí como nacidas encajadas dicen (si esto se puede creer) que en ella se vian cuantas guerras movían a sus señores los reyes godos y los que en ellas les habían de ser traidores u leales. *Sed non augurio potuit depellere pestem*. Y como ésta se perdió, digo más, como los godos la hubieron, sería largo de contar; y yo volveré al cuento (en comiendo), que entre tantas riquezas como Midas, tengo hambre, y mal fingió el poeta, que por tener tantas, murió hambriento Midas, que por no las tener se han muerto tantos necesitados de hambre.

De harto precio decían ser las ricas guarniciones y silla que contra Sertorio traía Pompeyo, pues derribado del caballo y cebados en ellas y por las haber, se les fue de entre las manos a los sertorianos soldados.

Aquella suma fue inestimable (pues como los ricos, de una joya en otra he saltado en riquezas, que de unas en otras quieren los ricos más), la que juntó y trajo en un triunfo Pompeyo al erario del pueblo romano, que cuenta Plutarco (fol. 213, letra b.) A esto se ayuntaba que antes de aquella guerra y destrucción de Mitrídates todas las rentas y tributos de Roma eran *quingages decies centena milita*, y después con lo que en esta guerra Pompeyo le ganó tuvo *octuages et quingies decies centena millia* que montan ahora en la moneda de nuestro tiempo...¹²

Vengamos ahora a las joyas y riquezas de nuestros tiempos, que como he dicho, tanto la mar y los dorados y plateados gastan. Y el primero sea un aderezo de la brida, de oro y piedras y perlas, de los reyes de Portugal, que hubo el escandaloso Don Antonio, y que se dejó por ahí cuando de junto a Lisboa se huyó desbaratado por el duque de Alba, que dicen que valdría un millón y cuatrocientos mil ducados. Hallólo un jinete de los que están a la guardia de la costa de Granada, junto a la ciudad

10 El sabio que se supone autor de la Crónica fabulosa y caballeresca de Don Rodrigo, último rey godo.

11 No fue Tarif, sino Táric, el que al decir de los escritores árabes halló la célebre mesa de Salomón, que se llevaban a Asturias los cristianos escapados de Toledo. Sobre su material y forma puede verse a Al-makkarí, que reunió cuanto los historiadores de su nación han dicho acerca del origen, calidad y destino de tan preciosa reliquia. Tom. 1.º pp. 47 et seq.

12 Es decir, ochenta y cinco millones (¿de sextercios?) Hay un claro en el manuscrito, por haber sin duda el autor dejado para mejor ocasión el calcular lo que dicha suma importaba en la moneda corriente de su tiempo.

de Oporto; puso su caballo las manos en una canasta de mimbre, cubierta de cuero, barreada, que estaba en un arenal; bajóse del caballo por ella, y embrazóla y cubrióla con el adarga, y desvióse de la banda sin haber visto lo que llevaba. Desde que se vio seguro apeóse, y rompiéndola con una daga cató la caja, de la cual, asombrado, sacó las piezas inestimables que cada virrey de la India había hecho a las riquezas y grandes maestros de laborarlas de allá; hinchóse el pecho, calzones y faltriqueras de todas ellas, y dejóse por ahí la caja, y turbadísimo se fue a su posada y métese en una cámara; hinchó los colchones de lo que valía más que una ciudad, y hízose malo y estuvo para perder el seso sin dormir y sin tener qué comer con tanta riqueza, como el otro quitándole el sueño, como a tantos por la haber se le suele quitar, y quitábasele también, que andaban los pregones al cielo que matarían a quien para vivir había hallado bien tan grande. En fin, como pudo llegó con tanto secreto a Málaga, y con temor registrólo ante el obispo, el cual lo recogió en un arca de tres llaves por inventario, y dio de ello aviso a su Majestad: lleváronlo allá con muchos arcabuceros de guarda, y diósele hallazgo bastante, y no se perdió una tan sola pieza de cosa tan señalada.

Muy mucho debió de valer otro jaez de oro que cobraron en Córdoba los Fúcares, que dicen después dieron al gran Turco: que siete años tardaron en hacer unos plateros.

Yo vi un grano tosco en Sevilla, traído de las Indias, que entre las otras arenas echó un río a la orilla, tan grande como un membrillo, que para arena era monstruosísimo, que pesaba mas de seis mil ducados.

Y así vi y se vio de los días de San Clemente cada día la espada con que ganó a Sevilla el rey don Fernando el Santo la guarnición de tres piedras, un diamante, una esmeralda y un rubí; el pomo y la cruz y la empuñadura de un valor inestimable.

De otra esmeralda tienen un plato en Génova que dicen fue el catino¹³ en que, según el Evangelio, cenó la postrer cena N. S. Jesucristo. Dicen que venecianos les han ofrecido por él un admirable precio y nunca han querido darle. Yo diré acerca de esta tan notable alhaja lo que en nuestras historias he leído. El año de 1148 ganó el emperador Don Alonso el VII a Almería, ayudado de Don Ramón, Conde de Barcelona, y de los genoveses, y entre los despojos que se hallaron había este plato de esmeralda, y el Emperador le presentó a los genoveses en agradecimiento. El vulgo dice que Cristo Nuestro Señor cenó en él la postrera vez con sus discípulos; el padre Juan de Mariana dice que es opinión sin autor ni fundamento, y cita a Clemente Alejandrino que dice lib. 2, *Pedag.*, cap. 3, que Cristo Nuestro Señor cenó en un plato de poca estimación. Otros dicen que este plato se halló en la guerra cuando por fuerza se tomó Cesárea. Los autores de lo referido son Mariana en su [Historia de España](#), lib. 10, pág. 504, cap. 17. Sandoval en la *Chron. del Emp. Don Alonso el VII. Chron. de los Reyes de Castilla* por Don Alonso Núñez de Castro, con la vida de Don Sancho el Deseado, cap. 2, folio 12.

Albi, aquella rica ciudad, presentó al Rey cuando llegó allí una alfombra de seda con las labores de las colores de innumerable pedrería, que a lo mosaico hacían unas y otras pinturas muy galanas.

Y la ciudad de Plasencia en Italia le presentó de planta, al petipié, la ciudad misma de plata con sus torres y baluartes y fortificación, como era ella misma fabricada.

Al conde de Niebla, que fue por virrey del Perú, al desembarcar en tierra desde la mar a su casa, que habría más de mil pasos, le enladrillaron con ladrillos de plata el camino y las calles de más de veinte pies de ancho.

Aquellas fueron grandes joyas y vasos de oro y plata de que llenas grandes salas tomaron Cortés y sus soldados a Moctezuma, supremo rey de las Indias, las que dejaron al salir de allí, como todos al salir de este mundo han de dejar; y los que quisieron llevarlas consigo no se pudieron salvar, como los que las quieren llevar hasta la muerte sin hacer bien con ellas, los cuales murieron demasiadamente ricos como Crespo.

13 Del latín *catinus*, plato.

También no se pueden contar las riquezas que los caballeros Pizarros hallaron al rey del Perú, Atahualpa, en cuya casa lo que acá se usa de hierro y de palo y barro, todo era de oro y plata: mesas, camas, sillas, rejas, puertas y ventanas y otros usos comunes de ollas y cántaros, de cerraduras y aldabas.

El aparador del gran conde de Benavente, Don Antonio Pimentel, estando él y la corte en Toledo año de sesenta y nueve, valía más de sesenta mil ducados; mas esto era nada con sus calidades y grandezas, de quien un día cierto predicador dijo ante el Rey por exageración hablando de uno: «como si fuera un conde de Benavente.»

Sesenta mil ducados valía un gran brasero de plata que dio el señor Don Juan de Austria a un huésped suyo, que era hartó mejor que el vaso de Perseo que trajo al triunfo Paulo Emilio, que pesaba mil marcos de plata, que llamaban *phiala*.

La custodia de Sevilla valdrá sesenta mil ducados.

Las riquezas del Escorial, San Lorenzo el Real, son sin número.

Tiene el Rey N. S. una flor de lis, que era de los condes de Flandes, que los reyes de Francia tenían empeñada, que se cobró en la batalla de París; y es tan rica, que casi se podrá comparar en valor con la libertad de Flandes que se hubo en aquella batalla. Es de altura de una vara de medir, toda de cristal, de finísimo oro el pie y los remates, llena de piedras preciosas inestimables. En el tronco alto de la flor está una cruz de un palmo del santísimo palo de la Vera Cruz, y en lo que atraviesa y ciñe la flor un clavo de los de donde colgó nuestra redención, y por la misma flor otras reliquias santas venerables.

Mas con reyes, con iglesias, con príncipes no hay que ejemplar, pues son las fuentes de estos metales que corren. Solo diré de la braveza de España, con lo que concluyo, que un caballero particular estando, cuando dije, la corte en Toledo, se deshizo de piezas de plata, que no había menester, por valor de 16.000 marcos, sin lo muy mucho que valían las hechuras y dorados.

Los collares del toisón, que es imitado del vellocino dorado, en cuya conquista fueron los antecesores del Rey N. S. de la casa de Austria, cuyo patrón es de esta militar orden es de la última estima, que si no es a reyes y príncipes el Rey N. S. a nadie los da, y siempre los collares están en pie de en uno en otro cuando vaca.

Mas aquel fue el mejor collar del mundo y la mejor joya; el que de oro traía puesto el Don Fernando, el Católico, cuando le dio una cuchillada en él y en la garganta un loco, que le valió la vida; que a no dar en el collar la furiosa espada le cortara la cara según la herida fue.

He aquí las riquezas del tiempo antiguo y del moderno y del mundo viejo y del mundo, que impropriamente llaman nuevo, que poco más tuvieron los poseedores que los que no las poseyeron. Ellas se quedaron todas acá trabajosas de ganar, cuidadosas de guardar, que si no las buenas obras nada le valió más a sus dueños; los que las gastaron no las tenían; los que las guardaban no las tenían tampoco, pues usaban de ellas, y poseyentes y no poseyentes fueron iguales al nacer, al sueño y a la muerte. Como de una gran música de una iglesia catedral igual es el ciudadano que la oye que la dignidad que juntó los músicos a gran trabajo y por gran precio, y de un esplendísimo triunfo, santa gloria de aquella dignidad, lleva el soldado, como el Capitán general que estuvo en los peligros y trabajos en la delantera, y le costó tanta vigilia y cuidados y por quien se hace.

10. De cuanto obliga el pan comido.

Como por el comer en esta vida nos sustentamos, que sin comer no hay jardín ni recreación de que no se cansen, y por esto sirven los hombres unos a otros y les dan su libertad, y los moros, cuando los juran sus vasallos por reyes, por obligarles al juramento más, hácenlos a manadas encerrar en sus palacios, y allí darles solamente pan; ni los tienen por obligados a serles leales los que no han comido su pan, aunque sean sus naturales, ni del gran señor y de gran renta no dicen que

tiene bien de qué vestir, ni para jugar, ni pasearse, ni para dar a damas, sino que tiene bien de comer, y de lo demás no se haze caso. Y como por el comer se amansan los animales, las aves y aun los peces (que Sergio Crata, romano, tuvo una lamprea, entre otras muchas que le criaban en un estanque, que le tomaba el pan de la mano), obliga muy mucho el pan comido de solo un día cuanto más de muchos años, como lo miró bien un caballero bien considerado que, habiendo un día comido con otro y saliéndose ambos a pasear, y él muy descuidado, topáronse ambos con otro hermano suyo, y aquel con quien iba y con quien había comido en su casa echaron los dos mano a las espadas, y el caballero huésped comenzó a acuchillarse por el que le había dado aquel día de comer con su propio hermano, el cual muy engañado de que habían de ser contra uno dos hermanos, se puso en paz viendo lo contrario, y diciéndole el huésped: «Teneos, si no mataros he, que hoy soy de quien me ha dado de comer, y no vuestro hermano.»

11. Da un fiero encuentro de lanza.

Aunque los libros de caballerías mienten, pero los buenos autores vanse a la sombra de la verdad, aunque de la verdad a la sombra vaya mucho. Dicen que hendieron el yelmo, ya se ha visto; y que cortaron las mallas de las lorigas, ya también en nuestros tiempos se ha visto. Juan Fernández Galindo cortó a uno a cercén un brazo con una manga de malla, y no le dejó sino en las postreras mallas, y quien lo vio me dijo que Ramiro de Cárdenas y un su hermano, caballeros de Écija, ambos en una revuelta entre españoles e italianos en Nápoles, dio a un napolitano una cuchillada sobre un casco, que le cortó el casco y los cascos, y le derribó muerto de aquel golpe bravo, y luego de una estocada a otro que traía una cota de malla pasarle la cota y el cuerpo, y echarle un palmo de espada por las espaldas. Y el duque de Béjar, Don Francisco I, cortaba un pescuezo de un toro que no le quedaba sino en el gznate, y un cuero de viento en el aire cortando el hilo de que colgaba, y revolver de revés, como he dicho, antes que cayese cortado. Cortaba ansimesmo muchas hachas de cera juntas, y una vez cortó veinte y una velas de cera a la hila en sus candeleros, y abajó un poco al cabo la mano, y llevóse del mismo revés el cañón del candelero de plata.

Y asimismo ha habido muchos grandes encuentros de lanza, pero excede al de los mentirosos antiguos uno que ahora diré con mi acostumbrada verdad. Estaba de general el duque de Sesa en Lombardía, y el marqués de Pescara mozo, hijo del marqués del Gasto y sobrino del famosísimo de Pescara general de la caballería, y a vista el ejército de Francia; pues por gentileza concertáronse de tres a tres caballeros correr cada uno tres lances, sin sacar las espadas de la vaina, y sin que hubiese prisionero ninguno de una a otra parte. Fue el general de los caballos ligeros franceses y otros dos caballeros señalados de la nuestra, el marqués de Pescara y Don Jorge Manrique y otro caballero milanés que se llamaba fulano del Nero, que pues le escogió el Marqués entre todos no debía de ser mala lanza. Corrieron todos cada uno sendas carreras, sin que en ellas hubiese cosa que de contar sea, como dicen los libros. A la segunda dio Don Jorge tal encuentro a su contrario que le pasó peto y espaldar y cuerpo de parte a parte, y el acerado arcón trasero de la silla, y aun hirió al caballo en las ancas, una higa para todos los golpes que fingen de Amadís y los fieros hechos de los gigantes, si hubiese en España quien los de los españoles celebrase; que si yo quiero no puedo arribar con mis deseos donde merecen sus valentías y hazañas; y el Marqués hirió malamente al que en su oposición le estuvo delante.

12. De ingratitud.

Toda definición debe de tener tres cosas: que sea particular, dócil y propia. Particular, que arme a una especie y no a otras, que le venga al justo a lo definido. Dócil, que declare la sustancia y condición de la cosa, y así filósofos dieron diversas definiciones del hombre. Unos que era risible, otros que era de dos pies, otros de rostro levantado; mas como vieron que las monas ríen cuando

regañan, y que andan en dos pies las aves y los sátiros, de los que san Antonio vio uno vivo, y otro que se tomó en Arcadia lo trujeron a Silla en sal; y que los leones, perros y gatos y onzas y tigres tienen los rostros levantados, y no estas cosas los hombres solos, todos se redujeron a llamar al hombre animal racional, no porque le vean más puesto en razón que los otros, sino porque según su talento y libre albedrío y tres divinas potencias, memoria, entendimiento y voluntad lo debía de ser más.

Y digo que usan menos de razón que todos, porque los animales guardan inviolablemente sus atributos; todos caminan cuando deben a diferentes regiones a un tiempo; todos guardan sus compañías y consorcios y se allegan y juntan para su seguridad: un lobo ni un oso no mata a otro, no comen por gula, no beben por viejo y regalo, aunque vean las más lindas y corrientes aguas; no lujurian sino a sus tiempos para su procreación natural; mas los hombres comen y beben hartos; van y vienen acá y allá sin entender ellos mismos aun sus fines y voluntades; nunca tienen firmeza en nada; mañana aborrecen lo que hoy aman. Cada hora parece que beben de aquellas dos fuentes de la selva de Ardena, «de amor y desamor contrarias».

Y por concluir con todas sus sinrazones, si un pasajero viera en Farsalia cuarenta mil hombres a una parte de Pompeyo, y veinte y dos mil a la otra de César, para pelear con las armas en la mano, y preguntara qué quieren, qué pretenden tantos hombres, tantas banderas, tantas máquinas, y le respondieran: matarse unos a otros, padres a hijos, y hijos a padres, y hermanos contra hermanos, todos de un pueblo, tornará a preguntar: ¿Es sobre salvar las almas? No, que esa verdad aun no la saben. ¿Es a dicha sobre la salud? No, que esa Dios la quita y Dios la da. Pues ¿es sobre comer el pan o beber el agua sin lo que no se pueden pasar? No, que de comer tienen para muchos años. Pues ¿sobre qué?, preguntaría aquel. Respondería el otro: No, sino sobre quién ha de mandar más en una ciudad. ¿Y han de mandar todos en venciendo? No, sino uno. ¿Y el mandar ha de ser para siempre? No, sino por un poco de tiempo, y el que ha de mandar mañana se morirá, que es ya viejo, o le matarán los mismos por lo que ahora unos y otros se matan. A esto volvería el pasajero diciendo: ¿Pues a esos llamáis racionales? Dígoles yo más fieras y más sin razón que las bestias bravas.

Por lo que la propia definición del hombre diría que es ser ingrato. ¿Quién paga o agradece a Dios lo que le debe? ¿Quién lo que debe a sus padres? ¿Quién a sus maestros? ¿Quién a sus amos? A Dios ofenden cada hora, que ese es de creación, de redención, de conservación, de salvación el pago. A los padres que les dieron todo cuanto en este mundo hay, antes de tiempo los desean sacar dél por heredarlos; pues ¿quién es grato a su maestro que le avisó de tantas verdades? ¿Quién a su señor que lo dio de comer y honra muchos años? Pues dicen que los enemigos del hombre son sus criados, y ¿sus maestros? A Séneca mató Nerón su discípulo, y de quien tantos bienes había recibido; Aristóteles dio orden para matar a Alexandre, su amo, y le hizo matar Antipater, su mayor privado y le quería matar Parmenión, a los que sobre todos él había en la cumbre levantado; y Bruto mató a César que le tenía por hijo; y Tulia pasó con su carro por cima del cuerpo muerto de su padre.

Mas dejando las sinrazones del hombre, tornar quiero a los animales y a su agradecimiento para avergonzar más del poco suyo a los hombres: dígalos el león, fiel compañero de san Jerónimo, dígalos el león de Don Alonso Pérez de Guzmán, por quien mató la sierpe en África; dígalos el del gladiador, que porque le sacó una espina de una mano lo defendió de otras animalias bravas, y le fue fiel criado; dígalos Bucéfalo el caballo de Alexandre, que herido de muchas heridas de muerte, le sacó de la batalla; y el elefante de la India al rey Poro, que caído en tierra, con la trompa le tornó a levantar. Pues el de los perros dicen que es el más agradecido pan que se da, y las cigüeñas mantienen en su vejez a sus viejos padres.

Y porque los desagradecimientos de los hombres son sin número, sólo uno (que es a lo que desde el principio de este capítulo voy) quiero contar. Pocos años ha, y yo estoy ahora en el de quinientos e noventa e uno, pasaba a media noche un hidalgo muy valiente en su caballo, por Tablada; y oyó gemir y quejarse en la horca que allí está. A él se le herizaron los pelos, y su caballo

aun pasó bufando, las orejas adelante y las narices abiertas e hinchadas. El hidalgo, que se llamaba Berzano, como animoso, se llegó a la horca, y vio que le llamaba y le decía que se llegase a él un famoso ladrón que aquel día habían ahorcado. Pues certificado que era hombre y no fantasma, se llegó a él y le halló vivo; que acaso metió la barba en el lazo de la justiciera cuerda, y todos teniéndole por muerto, le dejaron perneando. Él le suplicó por amor de Dios le quitase de allí, o por sacarle de pena le matase con su espada. Berza no se apeó, quitóle de la horca; y dejándole tomar aliento en tierra algún rato, tómale a las ancas de su caballo, y llévale cuatro leguas de allí; vístele y cálzale por servicio de Dios, y dale de comer, y poco a poco vuélvele al mundo, y llévale a las ancas, mudando su camino a Ayamonte, para que pasando a Portugal, se pusiese en salvo, con pensamiento de darle algo de cien escudos que le mostró, con que se remediase.

¡Oh fiero e ingrato linaje humano! Pues éste que recibió tantos beneficios de quien no le debía nada; que le redujo la vida de las puertas dela misma muerte antes de su tenebrosa casa; llevado así a las ancas, da de puñaladas al piadoso Berzano, quítale la vida y la ropa, y el dinero y el caballo, y vase por allá delante.

Pero dejemos al matador ir su camino; al ladrón, al casi muerto, y al ahorcado; al homicida, al traidor, al salteador, al sicario: que a la justicia de Dios ha dado fianzas de se la hacer a quien tan mal hace. A la mañana amanece el cuerpo del ahorcado ido, y muerto y desnudo en otro lugar el del hidalgo Berzano, sin poder dar de los dos casos nueva nadie. Mas a cabo de tres o cuatro años volvió el ladrón a Sevilla, rico con los despojos de semejantes asaltos, como sacre que vuelve al repasto, donde se le tiene armado el lazo; hablan algunos con él; conócele otro; dan con él en la cárcel, su posada vieja; hallan en su persona conocidas señales; confiesa aquel y otros muchos malos casos; hace él la razón a la horca, y fue cortado manos y pies, y descuartizado.

El desdichado padre de Berzano tuvo en su casa tan crueles aspectos de planetas malévolos y malvados, y sobre todo la eterna disposición de la Divina voluntad, que de tres señalados hijos que tuvo, el uno murió en un desafío en Italia; el otro le mató en Osuna un caballo, y este tercero en que pudiera descansar el lastimado viejo y sus cansados años, de tan atroz muerte como se ha contado.

13. De mala crianza.

Fue a ver Don Gonzalo Mariño a un regente recién venido a Sevilla (que están los hombres para reventar de autoridad con los nuevos oficios, y así no tenía en su cámara más de una silla); entró, y hechas sus cortesías y recibido el huésped con gran sequedad, y sin pararse a conversación con él, preguntóle de ahí a un poco, ¿qué quiere? Y entróse en su aposento sin más oírle: como cuando Pilatos preguntó a nuestro Señor: *¿quid est veritas?* sin esperar a oírla de él. Don Gonzalo visto esto, siéntase en la ajena silla; sale el regente luego, estése él en ella muy firme. Entonces viéndole estar quedo, díjole, ¿quién es? y ¿qué quiere? Yo soy Don Gonzalo Marino de Rivera, hijo de Don Pero Ponce de León, nieto del duque de Arcos, y biznieto del marqués de Cádiz, maestre-escuela de esta santa iglesia de Sevilla y canónigo de ella; y si esto no basta para darme una silla, baste la misericordia de Dios, y sin quitarse el bonete, levántase, y dejándole muy arrepentido y confuso, se sale por la puerta afuera.

14. De sufrimiento.

El mucho sufrimiento pienso yo que es como arco de acero que cuanto más dobla y flecha, tanto más tira y hiere: y así tras mucha paciencia y mansedumbre y serenidad sucede bien la tempestad de la valentía fiera.

Acació desta manera a un buen hidalgo en Madrid, que se llamaba Negrete, y era de la cámara del Rey. Pasaba por una calle de las más lodosas que hay allí, en un caballo muy hollador, sin poderlo él sosegar por ninguna manera; y también iban por la misma calle dos capitanes muy

honrados a pie, que Negrete los salpicó de lodo sin quererlo él hacer. «¡Cuerpo de Dios con el caballo, dijeron ellos, y con el que va en él!» «Señores, dijo él, Vuestas mercedes me perdonen que yo no pude mas, ni lo quisiera hacer.» Ellos replicaron: «Habéis de poder o apearos o echaros a rodar antes que venir en tal caballo como ese»; y esto dijeron muy bravos y muy fieros. Él se apeó, mas no como ellos quisieran, sino poniendo mano a la espada, y ellos también a las suyas. Tuvo mucho mejor dicha Negrete, que los mató a entrambos, aunque él no quedó sin algunas heridas, y acogióse allí luego a una iglesia, y después vista su ninguna culpa, fue perdonado de la justicia brevemente, y de las partes también.

15. De un súbito remedio en un caso de honra arduo.

Un gran señor de estos reinos, y un pobre y mozo caballero muy principal, jugaban a la pelota gruesa en Madrid; y sobre una pelota dijo el gran señor a uno de los suyos: «Dígalo, dígalo, si era falta.» «No lo diga, dijo el caballero algo desentonado, sino dígalo Vd., señor juez, porque tiene aquí el Duque cien criados que todos dirán por su parte.» El juez por su parecer sentenció la pelota contra el grande; el señor de haber perdido y del desentono del caballero quedó muy enfadado, y dijo: «Yo no juego mas»; y trujéronle de vestir sus criados, que después de aquella tentación muchos le administraban, y al caballero también le dio luego de vestir un pequeño paje; y el gran señor después da vestido, vase para el caballero muy mesurado, diciendo que otro día mirasen los caballeros como trataban con los grandes. El caballero, por atajar palabras y porque sobre su respuesta no le dijese el señor alguna incurable, le dijo: «Ea, ya basta, señor Duque», y diciendo y haciendo echó mano a su espada, que fue súbito aviso en tal punto, porque no hay afrenta ni injuria con la espada en la mano, y grandísimo esfuerzo ponerse contra tan gran poder, que tenía allí en torno cien criados. El señor, muy principalísimo y valiente, y muy cuerdo, no sacó la suya de la vaina con tanta ventaja; y con gran furia apartó los suyos, que iban ya sobre él multitud de espadas. El caballero esperó, y esperó un poco; y vista la cosa así en paz, torna a envainar su espada, y con el pajecillo solo, y con su honra y vida, se sale del juego de la pelota en salvo, quedando el señor muy honrado por la gentileza que usó de no matarle por tan liviana causa de mostrarle los filos de su espada.

16. A la Serenísima Infanta.

Como invoqué el real nombre de Vuesa Alteza, metido en el alto mar de esta mi varia historia¹⁴, plugo a Dios de me arribar a la orilla: que quien tanta edad tiene, no fuera mucho quedarme entre las fluctuosas ondas de mis años y de mis daños anegado. Ya que me veo en tierra, y casi tierra, suplico a Vuesa Alteza se sirva de cuanto en el navío va, que pues se registró al salir del puerto por suyo, por suyo lo reciba Vuesa Alteza en el aduana de su bondad.

17. De una extraña habilidad en escribir.

Entre tras su general en la historia un forzado, porque parezca que va su misma galera donde yo le vi estar.

Fue un hombre en estos reinos del Andalucía, natural de Huelva, de baja suerte, hijo de un cardador que se llamaba Buitrago, a quien llamaron Elmicio¹⁵, persona por este nombre conocida

¹⁴ Esta Infanta no puede ser otra que Doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

¹⁵ Ignoramos de dónde tomó el autor esta noticia, pues la común opinión es que este impostor se llamó Saavedra, y fue natural de Jaén. Corre entre los curiosos una relación que se dice escrita por él mismo, por mandato expreso del juez que entendió en su causa, y en la cual se dice hijo del capitán Saavedra y de Doña Ana de Guzmán, y hermano de Juan Pérez de Saavedra, veinticuatro de Jaén y de Córdoba. Dice que fue escribiente del Dr. Latorre, en cuya

asaz, de fisonomía y figura rústica, de una caraza ancha y abobada, de donde infiero yo que en todas figuras y rostros hay mucha y poca calidad, que el alma es la que obra en cualquier funda; que esta parte adquiere el saber por influencia de las estrellas; parte se hereda de los padres; parte causa la doctrina; parte la inclinación que tiene a saber. Como no hay mala tierra ninguna que esté bien cultivada, fue el tal de tan alto ingenio y tan hábil en lo que lo quiso emplear, que fue hacer letras en cifra, que a emplearlo en otras cosas fuera por demás: cosa admirable que pues la fortuna no le hizo de mayores prendas, ni puso a su cargo grandes negocios, él quiso ser su misma fortuna y enmendarlo.

Dio en contrahacer y falsear bulas del Papa, y las firmas públicas y rúbricas de sus datarios; hácese Nuncio apostólico, y sabido que allá no lo había, entra a serlo en Portugal; despacha sus correos y aposentadores, y a fama del título busca dineros prestados. Llega a dos leguas de Lisboa; envíale a visitar el Rey con un señor muy principal, después de buscar quien lo supiese hacer y representase bien la persona del Rey y su pío celo con el Vicario de Dios ante el hijo del cardador miserable, y la voluntad del servicio a la Santa Iglesia, y en cuanto tenía la merced que su Santidad le hacía de enviar tal persona a aquel reino, que de aquel beneficio y remedio tenía tanta necesidad. Conciértase la ida a Lisboa; tratan de que el Rey le saldrá recibir a la puerta de palacio. «No, señor Conde, dice él muy gravemente; si S. A. manda, los Nuncios de Su Santidad no hemos de ser así tratados; no por mí sino por quien me envía y por mi dignidad. Su Alteza ha de salir a la mitad del camino de aquí por la mar, sino yo me volveré con mi embajada.» «Yo le diré a S. A., dijo el Conde, y enviaré la respuesta a V. S.», replicó el Rey; a esto porfió el Nuncio, y estuvieron en puntos de honra del salir, y donde se habían de ver el Rey y el picaronazo.

En fin venció el Nuncio, y como era el Rey tan católico y tan gran cristiano, sale en una galera, y en otras muchas con él sus señores y grandes; cuájase de barcas la mar; húndese la artillería toda al afrontarse, y los menestriales andan por alto; desembarca junto a Palacio; loa él mucho a Lisboa al parecer; ofrécesela el Rey, que toda está a su mandado; tráenle mulas y caballos muy aderezados en que se vaya el Nuncio a su posada; están en cortesías él y el Rey, cual dejaría al otro en su casa; en fin él va, deja al Rey muy contento, y todos alaban su discreción y cortesanía, y que se le parecía bien la buena casta.

Así quedó allí el invencionero donde estuvo dos años; puso en orden y concierto lo eclesiástico; reformó las religiones; hizo hacer al Rey monesterios y grandes y buenas obras pías; puso en aquel reino el santo oficio de la Inquisición; nadie administró como él su legacía; nadie la impetró tan mal.

Tenía de esta manera los despachos que iban y venían de Roma; hizo que fuesen siempre a su casa y cuanto allí ponía, y falseaba todas las cartas y bulas a su beneplácito; daba y negaba dispensaciones, y trajo allí alrededor todas las cosas. Ni se supiera la trama en muchos más años sino que riñó un día con un su ministro de aquellos negocios, su datario, y desde la mesa le tiró un plato, de lo que el otro afrentado descubrió la verdad, y fue más difícil de creer el desengaño verdadero, que había sido de introducir la falsedad, según en los ánimos de todos estaba asentada; y pienso yo que muchos personajes andan entre nosotros falsos que por la autoridad de sus oficios nadie les examina los títulos.

Al cabo él fue preso, y sus oficiales que también vivían engañados dados por libres, y el descubridor sólo muy mal azotado, que murió de los azotes, y el falso nuncio echado a galeras perpetuas, donde yo le vi en la galera capitana del príncipe Andrea Doria en el bogavante, en la que pasó el Rey a Italia; y porque administró lo mejor del mundo aquel no su oficio, e porque hizo mil cosas santas y pías no fue descuartizado, aunque tenía pena de la vida si tomase pluma en la mano. Escribía con el remo en su lugar, y dada licencia por tal vez por el Rey, contrahízo su firma, que todos quedaron espantados, la que obedecieran cuantos bancos y tratantes había; y si no le hallaron

casa y la del licenciado Polanco, hubo en su poder las firmas de los principales consejeros, y aun del mismo monarca, ejercitándose en secreto a imitarlas, hasta que logró hacerlo con gran perfección.

riquísimo de estas cosas, fue porque era tan gastador que no le bastaba cuanto había para sostener su mentirosa autoridad.

18. De un increíble caso.

Hasta aquí he pedido siempre creencia al auditorio; ahora les ruego que no crean esto que hombres muy verdaderos me contaron por verdad.

En un arroyo grande que se llama Sorbe, que entra en Henares a tres leguas de Guadalajara, entró un vecino de Uceda, pescador, en una cueva del dicho arroyo a tomar peces, donde andando por ella había en poco espacio una bovedilla natural donde estuvo sin acertar a salir nueve días, bebiendo del agua del arroyo y comiendo peces crudos, que por donde llegaba el agua ellos llegaban allí, y al cabo entró un rayo de sol en la cueva, a la luz del cual salió de allí a nado y desnudo, que le llevaron la ropa y le tenían por muerto; fuese luego a la ciudad, donde afirman muchos el cuento por verdad.

19. De una habilidad bestial.

Un vizcaíno de Don Luis Enríquez, almirante, tomaba brasas vivas en la boca, y las mascaba como si fuera pan, y sin ningún detrimento las volvía a echar, que ningún avestruz le podía en esto hacer ventaja.

20. De un discreto consuelo.

Venido el Emperador de Argel, muy enfadado de que por el tempestuoso tiempo se le hubiese ido de las manos, entró Don Juan Manuel, criado viejo de su padre el rey Don Felipe y su privadísimo, y a quien el Emperador tenía gran respeto por lo dicho, y ya tan viejo que no salía de casa ni saliera, sino para besar las manos al Emperador, y así le metieron por los brazos, dejando a la entrada una silla en que le traían a mano; y mandado ante sí sentar y cubrir, como su edad requería, esperando todos la larga plática de quien era tenido por tan sabio, dijo solamente: «Señor, quien no se pone a nada, nunca le acaesce nada.»

21. De una naval de naves a las islas de las Azores.

No le bastó al escandaloso Don Antonio ser vencido junto a Lisboa, en la batalla del duque de Alba por tierra, sino que quiso aun serlo por mar; y esto fue que entendiendo que había de venir la armada de la India oriental, y muy rica, él con ochenta y siete naos inglesas y francesas, se puso a las islas de los Azores a la esperar, donde allí las naves de unas Indias y otras siempre hacen escala. Salió a la defensa a gran prisa el valeroso marqués de Santa Cruz, Don Álvaro de Bazán, en su venturoso galeón *San Martín*, con otras veinticinco naves; tópanse a la isla de San Miguel con tanta desventaja; pelean cinco días y noches, creo, llegándolos y desviándolos el viento sin se poder aferrar; mas el inalabable¹⁶ Marqués, según su valor y bondad, acometió, quemó, echó a fondo, rindió y venció tan desigualmente los contrarios, y Don Antonio mirando su misma derrota, se tuvo en el alto, y cuando le pareció huir alzó velas, que al que huye nunca le falta viento a las espaldas.

16 Entiéndase, «el que no puede ser bastante alabado.»

22. De un buen hombre de armas.

Blasco Núñez Vela, que después fue virrey y capitán general en el Perú, fue primero en España veedor general de las guardas, que son los hombres de armas que siempre tienen los reyes como de presidio; y aunque pocos para cualquier invasión de enemigos, todavía es levadura para llegarse al real estandarte otros muchos más. Pues visitando una compañía de ellos, que es preguntar qué armas, qué caballos, qué aderezos a punto traen; como era hombre áspero, hizo cortar a un buen hombre de armas las cinchas por parecerle que las traía ruines o delgadas. El hidalgo, como avergonzado de aquello, así como estaba armado y sin cinchas, en un furioso caballo arremétele recio y para, y pasa luego con su lanza a toda furia una larga carrera; después de acá y de allá galonéale y manéjale con la espada en la mano, poniendo a todos maravilla y espanto. Después sosegó su caballo, y metió su espada en la vaina, y viniéndose luego para el veedor general le dijo: «Porque vuestra merced vea que yo no traigo por necesidad, sino por bien parecer, las cinchas, he hecho lo que vuestra merced ha visto: ahora mande vuestra merced proveer mi lanza en otro en quien se emplee mejor, que yo no quiero estar más en la compañía. Pesóle al veedor muy mucho, porfió a halagarle; mas no hubo remedio para que dejase de hacer lo que dijo.

He aquí cómo la razón y justicia no van siempre juntas, que algunas veces se apartan y echa cada una por su camino, que aunque era justicia traer en su caballo buenas cinchas, no era razón que a tan gentil hombre de armas en niñerías se le mirase.

23. De cómo la respuesta mansa quebranta la ira.

Ya he dicho cuán fiero, cuán animoso, cuán valiente soldado fue Ramiro de Cárdenas; Luis Zapata, su primo¹⁷, como dicen no le iba en zaga, antes era tan valiente como él y más desaforado. Venidos ambos a la Oliva, donde estaba el comendador Rodrigo de Cárdenas, padre del uno y tío del otro, no sé qué dijo Ramiro de Cárdenas que le pesó a Luis Zapata, y ardiéndole las orejas, dijo a Ramiro de Cárdenas: «Vámonos a Llerena», sin causa. El primo, que ningún mal tenía pensado, dijo: «Cuando mandáredes.» Llegados a una venta en el camino, sacó a Ramiro muy al descuido su primo Luis Zapata paseando, y díjole: «¿A qué propósito me dijiste aquello el otro día? Parece que me tenéis en poco, pues aquí os habéis de matar conmigo.»

Ramiro de Cárdenas de tal movimiento espantado de Luis Zapata, su primo, su amigo y con quien juntos habían venido de Italia, le dijo: «Vos estáis loco, o ¿qué disparate es éste tan grande que sabéis en cuanto yo os tengo, que por vos me mataré con toda España?» «No basta eso, dijo Luis Zapata, que nos hemos vos y yo de acuchillar»; y desde que Ramiro de Cárdenas vio que sus descargos no aprovechaban, saca por los gavilanes su espada, y dijo: «He ahí mi espada, con la vuestra y con la mía me matad, y esto no sois vos sino el diablo que os engaña.» Entonces Luis Zapata viendo esto, saca también la suya, y dásela por la punta, las rodillas hincadas, pidiéndole perdón de a sin razón haberle enojado, y abrázanse entrambos sin ningún tercero como verdaderos hermanos. He aquí como «cuando uno no quiere dos no barajan», y cómo se verifica la sentencia de Salomón tan sabio: «Quebranta la ira la respuesta blanda.»

24. De una hazaña de españoles.

Cada vez que tomo la pluma para tratar cosas de españoles, no vuela más ni corre ni trota un paso, según son ellas grandes; así diré lo que pudiere a vuelapié y cojeando.

Estaban nuestros campos en Flandes, en tiempo que el duque de Alba la rigió, a frente del de los flamencos, y ya he dicho de la manera que con los luteranos se gobernó, no darles batalla a

¹⁷ No se halla en lo que precede mención alguna de estos dos caballeros; pero es de presumir que el último nombrado sea el autor de esta Miscelánea.

banderas desplegadas (como dicen), sino irles deshaciendo en correrías y escaramuzas y en refriegas. Pues estando cerca los dos campos en tierra de Frisia, salió Don Lope de Figueroa a escaramuzar con ellos con trescientos de sus arcabuceros, y tantos fue matando de ellos e hiriendo, que cuando quiso volver, sin que le matasen a él y a todos los suyos, no pudo dar la vuelta. Pues perdido así, más quiso perderse osando que habiendo miedo; arremete a todo el escuadrón de ellos, gánales siete piezas que tenían de artillería, vuélvela y hácela disparar contra ellos; y viéndolos temerosos y en desorden arremete toda su gente, y con tan pocos suyos degüella doce mil de ellos, y a los otros hace que a espaldas vueltas le dejen el campo.

25. De cómo la conciencia es mal testigo.

Un caballero principal y muy valiente y muy emparentado en la corte, habiéndole en una ciudad un corregidor ofendido, no pudiendo satisfacerse de él en su corregimiento, esperó lance en la corte, donde los corregidores son corregidos; pero no de este arte:

Come nom che in qualche tempo è loco aspetta,

según dice Petrarca, y una noche en una calle, dióle una gran cuchillada en la cabeza, mayor que él quisiera, como para estas cosas no hay peso justo ni medida; y porque el otro no quedó para acuchillarse, que le esperó un poco, revuelve el caballero corriendo por no ser conocido ni oído, ni visto de las justicia, y por el laberinto de la turbación va y vuelve y da mil vueltas sin salir del compás de la misma calle, y torna donde le había herido. Topa con él un pajecillo del Corregidor, y latiendo y ladrando el gozque, aquel león animoso, azórase y métese en una casilla, y el mayor amigo que tenía el caballero, llega a las voces del muchacho a la dicha, y sin conocerle dice el amigo: «Aquí, aquí se ha encerrado; aquí, aquí.» Acude luego el alano tomador, que era el alcalde Ronquillo; sácale de una parte oscura, y a la lumbre de dos hachas, conoce al buen caballero, el cual quisiera antes ser muerto que haberlo visto. ¡Oh señor! dijo: «Vuestra merced es, ¡oh! Mal haya quien tiene oficio, que como médico han de morir en sus manos las grandes personas y sus mayores amigos», porque se vea lo que puede la Divina justicia, que sin quererle acusar, le acusó su muy amigo, y sin quererle prender, le prendió el Alcalde, y con dolor de todo el mundo cumplió lo que nuestro Señor dice: «Que quien a hierro mata, muere a hierro el mismo»; porque el Corregidor murió de la herida, y el gran caballero que se la dio por le haber herido, fue degollado.

26. De la incertidumbre de la muerte del hombre y de la sepultura mucho más.

Una de las grandes mercedes que Dios al hombre hace es que no sepa cuándo ni cómo ha de morir, y la sepultura es donde toma la muerte a todos los más, aunque después se llevan a sus tierras sus reliquias. Bien que el que anda en la mar parece que ha de morir allí; y el que anda en la tierra que no morirá en la mar; mas Don Íñigo de Mendoza, tan plático en las galeras, ¿quién pensara que había de morir por no traer en la que iba buen recaudo? Navegaba él por la ribera de Génova en una galera sola que traía mal estampada, que es con poco lastre, como la corcha sobre el agua. Pues con fresco viento manda alzar la vela, pasa por la boca de un río, sale de él, y de tierra de viento una gran grupada; y sin se poder remediar, vuélvesele a la galera lo de arriba abajo; allí fue el doloroso son de los gemidos de los tristes que se ahogaban: muchos que no sabían nadar oprimidos debajo, y muchos que sabían atados a los duros bancos; otros desclavando las tablas, sacando las cabezas por la quilla de la galera que asomaba a veces sobre el agua.

Don Íñigo, que nadaba muy bien, nadó entonces mal, que bebió juntamente el agua que ahogaba y lavaba los pies de sus forzados; y no se supo de él más que dende a pocos días se tomó en Córcega un pescado que se halló en el cuerpo un hombre en calzas y en jubón, y diez escudos en una escarcela, que decían que Don Íñigo estando en calzas y en jubón en la galera llevaba; y así fue del honrado caballero la patria el mar, la galera casa y un pez la sepultura. Del ahogarse se hizo gran

sentimiento del por todo el mundo, mas de no enterrarse ninguno, que Virgilio dice: *facilis factura sepulchri*, ni de Mecenas hay otro sino este verso, por donde pareció discretísimo: *Nec tumulum curo, sepelit natura relictos*, que quiere decir: «De mi enterramiento no curo, que la naturaleza entierra a los desamparados.»

27. De la incierta vida de los tiranos.

¡Oh miserable estado el del tirano, que si espantables y bravos, de tantos han de temer cuantos a ellos les tienen miedo, y si mansos la muerte tienen en la mano, ni se pueden fiar de los amigos ni deudos, ni de los propios de sus casas!

Al príncipe de Orange, capitán y cabeza de los rebeldes de Flandes, le mató por servir a Dios un soldado con un pistolete, al darle unas cartas; tomóle luego su gente, hicieron en él cuantas justicias y crueldades puede imaginar la venganza. Él dijo luego: «Yo hice a lo que vine, gracias a Dios; vosotros haced en mí lo que quisierdes.» Llamábase Guiarrás el soldado, y el Príncipe y él murieron en poco tiempo; mas aunque partieron casi juntos fueron los viajes diferentes: el uno *sursum*, y el otro *deorsum*; el Príncipe adonde todo es noche, todo horror espantable y todo tormento, y Guiarrás, según se cree, a los elisios campos del cielo.

El mismo suceso tuvo el reyecillo de Granada Don Hernando de Valor, morisco alzado contra el Rey nuestro Señor, que nunca los tiranos mueren de viejos; que un dicho alguacil hizo que le matasen turcos, porque le tomó una morisca, su amiga; al que los moros tenían mucho respeto, por ser descendiente de los reyes de Córdoba por línea femenina, y de los de Granada por la masculina.

A este sucedió Abenabo que levantaron los turcos, al cual trató de matar un Gonzalo Xeniz, y así lo hizo, que fue en poco tiempo traidor a Dios y al Rey, y a su amigo: mas estos fueron polvo y viento en comparación de la violenta muerte que diré aquí.

En dejando uno a Dios, y más los príncipes que le son más obligados, todas las cosas les desobedecen. A Adán todas las cosas le desobedecieron, en desobedeciendo a Dios; así en ofendiéndole un cristiano, las tierras, las piedras, las tejas, las desgracias, los desastres, todos arremangan sus brazos y aguzan sus cuchillos para de él vengarle, y cuantos demonios en el infierno hay, todos comerían al pobre pecador, si el mismo Señor ofendido no le defendiese y amparase. El Rey de Francia¹⁸, comenzó primero a consentir herejes, y después a favorecerlos, después a ejecutar en católicos muertes estupendas, que nunca un pecado para en lo que comienza, y por donde él pensaba afirmarse, por allí debilitó su reino. Comenzó a ser sobrepujado de los ministros de Dios en ello, y a andar huido en guerras con sus mismos vasallos; y al fin estando sobre París en campo, en su tienda, salió un fraile dominico¹⁹ de París a matar por el servicio de Dios al tirano favorecedor de herejes; y llegando a hablarle, le dio tres puñaladas, de que murió el Rey, no de la guerra que suele matar a hierro, a fuego, violenta y furiosamente, mas de la mansedumbre y santidad de un religioso de Dios y su siervo, al cual bienaventurado ataron a las colas de cuatro caballos, y así le dieron la muerte, y debiera antes el Rey de reducirse a Dios, pues veía que la gracia que sus antecesores tenían de Dios de curar lamparones había expirado en él por sus deméritos, habiendo convertido el quitar lamparones en quitar de las iglesias lámparas.

28. De un supersticioso caso.

En Valencia de la Torre, que es de la encomienda mayor del Conde, de la orden de Santiago, año de ochenta y cinco, hicieron uno Alcalde, tomó la vara y murió dentro de treinta días; dióse luego a otro la vara, vivió con ella otros treinta, y murió luego; dióse luego a otro, que era su

18 Enrique III.

19 Jacques Clement.

hermano, y ya tenían por sospechosa la vara, y también murió en doce días, aunque del caso se burlaban. Elígesse luego a otro Alcalde, no la quiso tomar: tomola un alguacil, que enfermó y estuvo a la muerte, y por común consentimiento quebraron la mortal vara; que la vara de Aarón, que se volvía en culebra a ratos, no espantó a los egipcios tanto como los de aquel pueblo de esta otra quedaron espantados; mas en esto no hay que espantar, que lo primero fue caso, y lo demás contagio que lo que mató al Alcalde dejó con aumento de todos inficionada la vara.

29. De prevención y prudencia.

La discreción y prudencia de Don Perafán de Ribera, duque de Alcalá, virrey de Nápoles, fue como el claro sol en toda la tierra clara. Gobernó admirablemente sus cargos de Cataluña y Nápoles, y es gran trabajo con los buenos que en sus loores no se puede la pluma extender tanto como en los vituperios de los malos; como que el buen olor no deleita tanto como ofende el malo.

Estaba nuestra armada sobre los Gelves; venía poderosísima la del Turco, y cada hora le enviaba avisos: ya sale de Constantinopla; ya de todo el canal; ya entra en el Archipiélago; ya llega a la Morea; ya os está royendo las faldas.

Tras esto, estando sitiado Mazalquivir por multitud de bárbaros, clamando a Dios por remedio niños, viejos, viudas de los cercados, estando el animoso marqués Don Martín de Córdoba, herido y hecha pedazos su gente, falta de munición y de vitualla, sin le poder venir socorro de la vecina España, de allá como del cielo le vino del reino de Nápoles, que el virrey Don Perafán de su propio *motu* y cierta ciencia y poderío real absoluto de que aquel socorro quiso usar, se lo envió bastantísimo, sin ser para ello mandado ni tocarle esta provisión a su cargo, que en viendo blanquear por el alto y azul mar las velas se levantaron los turcos con gran vileza, y salió tras ellos el Marqués, en los que hizo gran matanza.

Llegó luego la armada del Duque, que halló en este tiempo el lugar sitiado; la gente de hambre como espíritus consumidos y flacos, *nulli sua forma manebant*, y de los soles de la ardientísima África negros como alarabes, y del nunca dormir vencidos, no del fuego ni del hierro, sino del sueño y de hambre; botas y rotas sus armas, ya sin mechas los arcabuces, sin pelotas sus bolsas, y sin pólvora sus frascos; la muralla despedazada y abierta cuarenta pasos; sólo sirviendo de muro las valerosas manos del animoso Marqués y de los pocos que con él habían quedado, y junto a la ya no fuerza, sino flaca, montón de turcos muertos y hechos de ellos giras.

Pues cuantos aquí se salvaron de muerte o de cruel cautiverio, obra fue de la alta prevención del duque de Alcalá; obra fue también suya no perderse la importante plaza, y no venir a poder de infieles la ciudad de Orán, con tanta muchedumbre de almas cristianas. Pues conservarse allí la honra y reputación española con tanta sangre y batallas ganadas en fin, no fue obra del duque de Alcalá, mas de Dios, en cuya mano están los derechos de todos los reinos y señoríos.

30. De una útil habilidad.

Las habilidades sin provecho, como volcar el salto peligroso de los gitanos, correr la cabeza abajo y los pies arriba en un caballo y en dos caballos juntos, cosas que traen consigo más de admiración que de utilidad, son como un árbol que llaman de paraíso, o un plátano, que son muy hermosos, mas no llevan fruto; si bien ninguna planta formó nuestro Señor que no sea utilísima, aunque su importancia no sea clara y conocida. Mas una de Martín Cerón, caballero de Sevilla, es muy de estimar para cuando se quiebra un freno o las riendas, o se le quita la barbada a un caballo a la brida. Él es muy gentil jinete, va a la carrera en un caballo muy poderoso, y dada la vuelta para correr con la mano derecha, quítale las orejas, el freno y las cabezadas, y el caballo, como una volante cometa, pasa la carrera a toda furia, y ya al fin ásele con entrambas manos de la boca, y a dos u tres enviones, como si tuviera freno, donde quiere le para.

31. De una discreta determinación.

Don Álvaro de Sande, claro por mil hechos y mil jornadas que, siendo tesorero de Plasencia, como Aquiles dejó las faldas largas, y empuñó la espada y lanza, y saltó en ser soldado, siendo cercado en los Gelves de una poderosísima turquesca armada, defendió el hechizo fuerte tres o cuatro meses, sin se le poder entrar con muchos y muy terribles asaltos, en los que mató infinitos turcos que quedaron por ahí tendidos en el campo:

Al lupo, al corvo, al aquila grifagna.

Mas no siendo socorrido y siendo espantable y rabiosa dentro la sed y la hambre, que comieron las cosas viles que comen otros cercados hasta acabarlas, y bebían el agua salada de la mar, sacada aun en poca cantidad por alquitaras, de lo que ya toda la gente enfermara; de las cuales tres cosas teniendo la muerte cierta, hambre, sed y enfermedad, rendir la placa era vileza; defenderla era imposible, tomó un valentísimo medio que fue salir y morir peleando como un caballero tan señalado. Habla y anima a su gente; confiesan y comulgan todos; dan fuego a sus alhajuelas, que no les quedó otra cosa sino las armas, y salen a los enemigos con ellas en la mano; hieren y matan cuantos pueden, y al fin quedó preso Don Álvaro con mucha sangre de ambas partes, y el fuerte a los enemigos, no fuerte antes flaco hecho, en los secanos y sirtes de Berbería²⁰. No se perdió reputación ninguna; otra cosa se perdió sino la hechura, por no ser de ningún peso ni importancia, como parece por este soneto hecho por un valiente soldado, del que pongo los cuatro versos primeros por no hacer más a nuestro caso:

¿Quién eres tú que espantas sólo en verte?
Soy muchedumbre de árboles cortados,
Que sobre flaca arena fabricados
Contra toda razón me llaman fuerte.

De allí Don Álvaro de Sande y Don Sancho de Leiva fueron llevados tras Constantinopla, a la torre del Mar Negro, de donde el que entra jamás sale; mas ellos salieron por gran milagro: Don Sancho trocado por otro turco principal que había cautivo acá, y Don Álvaro, averiguando ser criado del emperador Don Fernando, casado con dama suya, con el cual emperador el Gran Turco tenía treguas por ciertos años.

32. De una hazaña de un francés.

En la batalla naval de San Miguel, a las islas de los Azores, donde el marqués de Santa Cruz hizo maravillas en armas, que con veinte navíos rompió, destrocó, desbarató y venció sesenta navíos gruesos de los contrarios, peleando cinco días y noches sin cesar, hizo un alférez francés, enemigo, una señalada hazaña a lo Gentilicon romano, mas no conforme a buena cristiandad, que cuando ya vio la batalla perdida y que su navío se le entraban, le vieron los nuestros poner en la proa de su navío y envuelto en su bandera, porque no viniese a las manos del enemigo, echarse dentro en la mar; y pues la honra de los extraños yo no callo, ¿quién será tan injusto que porque me huelgue de celebrar la de los nuestros me reprenda y tache?

33. De fortaleza.

La severidad y gravedad del duque de Alba, Don Fernando, se puede alabar entre otras sus virtudes y grandezas. Estando para partir con el Rey nuestro Señor para ir a Italia y Alemania y a Flandes, al mandamiento del Emperador, su padre, llególe la nueva de la muerte de Don García de

²⁰ De esta desastrosa jornada de los Gelves escribió Alonso de Ulloa, español domiciliado en Venecia, una extensa relación con el siguiente título: *Suceso de la jornada que se comenzó para Trípol, año de 1559, y se acabó en los Gelves el de 1560*. Venecia, en casa de Juan Griffio. MDLXII, 8.º

Toledo, su primogénito hijo, mancebo de gran índole; la cual él recibió con tanta constancia y fortaleza que no hizo sentimiento ni mostró señal de él; no se puso luto ni consintió ponersele nadie, por no enturbiar con el dolor particular de muchos sus deudos, amigos, servidores y criados (como de quien dependía infinidad de la gente de corte) el regocijo común de la jornada, ni se consintió dar el pésame de ello ni hablar en ello ninguno jamás.

34. De cortesana abstinencia.

Don Enrique de Toledo, de la cámara del Emperador, un gran caballero que fue presidente del Consejo de Órdenes, comió un día antes que lo fuese, con el duque de Alburquerque, Don Beltrán II, y antes de comer, llegándose Don Enrique a la mesa de copa, que estaba llena de plata, de vasos de beber, y una gran taza de oro entre ellos, que pesaría mil ducados, tomándola en la mano, dijo Don Enrique: «¡Qué hermosa pieza es ésta, qué oro tan puro y tan luciente!» Acudió el Duque, y dijo: «Sírvasse vuestra merced de ella para beber, que tiene de bueno, que no cabe poco vino en ella; venga un paje del señor Don Enrique que la lleve.» En tomarla había codicia y bajeza, en no la tomar grosería y extrañeza grande; Don Enrique buscó para esto un cortesano medio, diciendo: «Beso las manos a vuestra señoría por tan gran merced; ella está donde debe; y para lo poco que yo bebo una copilla me basta, y por vida de Doña Isabel que la tomara, sino que no me contenta la hechura.»

35. De clemencia

En ninguna cosa se parecen tanto los hombres a Dios como perdonando. Dice un peladillo: «Un nonadie ninguno me la hizo que no me la pagase, y no puede ni vale nada.» Dice Dios que es todo poderoso: «Cuantas veces viniere a mí el pecador, tantas será perdonado.» La inclemencia y el rigor falta es de esfuerzo y ánimo, ¿qué cosa hay más fácil de amansar que un león y que un halcón, y que un caballo de domar? ¿Qué cosa más imposible que una gallina de la hacer mansa, o que una raposa también, que pueden tan poco y tan poco valen?

Y así dice un verso latino:

Quoque magis nobilis, tanto placabilis ira.

El Emperador en las revueltas de las Comunidades de España castigó tres o cuatro, excepto a pocos, perdonó a todos los demás, y aun de algunos se sirvió después en su real casa, y los trajo en oficios y cargos, y dio libertad después a su prisionero el Rey de Francia, y le casó con su hermana, y mandó con gran ira dejar libre al Sumo Pontífice, que contra su voluntad debelaron sus soldados, en Gante. Asimismo perdonó, con una penitencia leve, a los levantados en Nápoles; otro tanto en la rebelión de las Indias solos padecieron los que castigó Gasca; los que quedaron al real arbitrio del Emperador fueron salvos, y en la sangrienta guerra de Alemania perdonó a los que con cien piezas de artillería le estuvieron tirando a campaña rasa, y los perdonó también venidos a sus pies Lanzgrave, y tomado prisionero Federico, duque de Sajonia.

El rey Felipe no menos ha osado de esta admirable virtud, que tomado San Quintín y vencida la batalla de Francia, donde no murió ninguno sino armado, al Condestable y Almirante después que los tuvo presos a sus pies, no sólo los mandó tratar como quien eran, mas les dio libertad, pagando a su General por ellos de rescate gran suma de ducados. En el otro levantamiento de la Nueva España perdonó a los que dejaron de castigar sus comisarios, y los que ofendieron se vinieron a socorrer y valer de quien habían ofendido, y en alguna manera habían sido culpados. Pues a los sacrílegos, homicidas, sicarios y rebeldes moriscos del reino de Granada con solo un destierro liviano de aquella tierra les dio de tantas muertes, robos y incendios carta de pago, y en la contradicción que a la disposición del cielo en su herencia hizo, aunque no todo, Portugal, sus leyes y sus libertades les dejó como antes que hubiesen, los que erraron, errado.

Por lo que con razón tan píos y clementes Príncipes ante Nuestro Señor alegarán la oración del *Pater noster*; día final, diciendo: *Dimitte nobis debita nostra, sicut nos dimittimus debitoribus nostris*, y la otra de las siete bienaventuranzas: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos mismos misericordia conseguirán.»

36. De que el bien hacer nunca se pierde.

No hay regla sin excepción, que en los buenos puede haber una falta de ingratitud u otras cosas, y en los malos algún bien de agradecimiento y de los demás, y así a todos se ha de hacer bien; a los unos porque lo usan, y a los otros porque lo podrían hacer; y cuando no hay, está el archivo universal que es Dios, donde lo que acá no parece allá está guardado, en especial lo que se hace por él, el que a dignos y a indignos nos hace mercedes, cuya imitación es loable para aun a los malos bien hacer, y la justicia haga su oficio, y nosotros el nuestro, que por tal ruega el hombre algunas veces, que no admitiera si fuera juez *abrogado*.

Iba la hermandad tras un ladrón; en Sierra Morena aportó a un lugar de un hombre rico y honrado

—¡Oh señor! ¡Por amor de Dios, válgame vuestra merced!

—Pues por amor de Dios yo os socorreré.

Acógele y tiénele escondido hasta que pasó la tormenta, y suéltale después. ¿Quién pensara que guardando la vida de aquel guardaba también la suya misma? Pues dende algunos días parte para Sevilla, y en el camino saltéanle unos ladrones a él y a otros dos o tres pasajeros, que era una gran cáfila de ellos, y llévanlos maniatados a una cueva, donde halla el buen hombre otra compañía muy bien ataviados, y entre ellos al que él socorrió, con una ropa larga de seda. Recíbele el ladrón muy bien; envían fuera de allí a los que en el camino cogieron, y a él hospedáronle regaladamente.

—Señor, Vmd. me dio la vida, más que esto le debo, ¿no sabe Vmd. dónde llevaron a aquellos

—No por cierto —dijo él.

—Pues llévanlos a una sima hondísima para los echar, porque no descubran; de Vmd. solamente nos contentamos con su juramento como de tal persona, y a quien yo tanto debo.

Él juró cuanto quisieron, y se fue en paz, y aun le hizo volver aquel su ropa y su dinero, porque le hizo bien como he contado.

En Sevilla dicen que hay cofradía de ladrones con su prior y cónsules como mercaderes; hay depositario entre ellos, en cuya casa se recogen los hurtos, y arca de tres llaves donde se echa lo que se hurta y lo que se vende, y sacan de allí para el gasto y para cohechar los que pueden para su remedio. Cuando se ven en aprieto son muy recatados en recibir que sean hombres esforzados y ligeros, cristianos viejos; no acogen sino a criados de hombres poderosos y favorecidos en la ciudad, ministros de justicia; y lo primero que juran es esto, que aunque los hagan cuartos pasarán su trabajo, mas no descubrirán los compañeros; y así cuando entre gente honrada de una casa falta algo, que dicen que el diablo lo llevó, levántanselo al diablo que no lo llevó, sino alguno de estos. Y de haber la cofradía es cierto, y durará mucho mas que la señoría de Venecia, porque, aunque la justicia entresaca algunos desdichados, nunca ha llegado al cabo de la hebra.

37. De un gran conocimiento de un músico.

Si fue mucho de maravillar el conocerse Protógenes y Apeles por una línea, también lo será como en la pintura lo que fue en la música. En Granada estaba a la ventana, de verano, de noche, un gran músico que se llamaba Silvestre²¹, y pasaba uno por el Zacatin tañendo una guitarra tan

21 Es el célebre músico y poeta Gregorio Silvestre, que ya por este tiempo había muerto.

admirablemente, que los de la calle salieron a las puertas, y las mujeres a las ventanas; y como a un gran sermón los pasajeros se detuvieron en la calle a oírle, y él desde que tañó un rato, caminó y dejólos a todos con gran dentera y suspensísimos: el músico que estaba en la ventana, dijo:

—Sin duda el de la guitarra es Don Hernando de Orellana, que otro no es posible —y nunca le había él oído tañer.

Van tras él donde paró en su posada, y hallaron que era el mismo: esto me aconteció alguna vez justando encubierto, y en el echar la lanza en el ristre conocerme.

38. De castigada soberbia.

Cuán detestable mal es la soberbia ante el divino acatamiento de Nuestro Señor, ¿quién lo ignora? Pues esta trajo al profundo del infierno de la gloria celestial a los ángeles malos, y es el primero de los siete pecados mortales, y el primer pecado del mundo. Por esta y por otras cosas, lavó Dios la tierra cubriendo su sobre haz con el general diluvio de sus aguas, como poéticamente dice Ovidio que por soberbia:

Afectasse ferunt regnum cæleste gigantes.

Por ésta vino al mundo la confusión de las lenguas, y fue la torre de Babilonia asolada, que tuvo cinco mil y ciento y setenta y cuatro pasos geométricos en alto, que cada uno es de donde el pie está firme hasta donde pasa por el otro, porque los comunes son así doblándolos (diez mil y doscientos y cuarenta y ocho pasos); pensando que con el altura de la torre se podrían escapar de Nuestro Señor, aunque otra vez con otro nuevo diluvio se enojase, no viendo que ni por alto ni por bajo ninguno de su furor puede escaparse, y en lo más alto menos, porque las alturas del que habita en lo alto se le acercan mucho más. A estos no los confundió con terremotos ni rayos, sino con la behetría de las nuevas lenguas, que ellos mismos se hiciesen daño. ¿Quién duda que no serían innumerables los males no entenderse, bien comidos y bebidos, los trabajadores edificantes? Pedía uno ladrillo, dábanle cal; pedía otro cal, traíanle barro; sobre esto mil pendencias y escándalos, y así ellos mismos se castigaron.

Y de qué tiene que ensoberbecerse el miserable hombre, como dice el santo Job (lo que le llora Plinio muchas veces); el hombre nascido de mujer que vive breve tiempo, lleno de muchas miserias, que como flor, sale y se huella, y huye como sombra, y nunca permanece en el mismo estado. Otro autor hizo a este propósito estos versos:

*Cum fex cum limus
Cum res vilissima simus
Unde superbimus
Ad terram terra reddimus.*

Lo que Alexandre dio bien a entender (aunque pretendió ser tenido por Dios), mas como la verdad se saca a luz con tormentos, así le hizo a él confesar la verdad, el dolor que tenía de una herida, diciendo: «Vosotros me adoráis por Dios, mas mucho me duele la llaga que tengo en esta pierna.»

Pues volviendo el agua al cauce de este molino, que al que le pareciere molienda, lo puede dejar de leer, porque sería gran soberbia pensar yo decir los males que en ella hay. Digo que, estando en Flandes un día en casa de un gran señor, hablando unos caballeros de un torneo de a pie que otro día había de haber, dijo uno:

—¿Qué cosa es caer? Al que torneando cayese habíanle de poner luego una rueca.

Y prosiguió otro diciendo que:

—Si tal fealdad me acaesciese, que fraile o ermitaño me metiera.

Y eran dos caballeros muy fuertes; y el siguiente día los derribó a entrambos con un pedazo de lanza un delicado mantenedor, que era el marqués de Vergas, que fue en Vince el torneo de a pie, y se mantenía con lanzas de armas y golpes de espada.

Y otra vez en Bruselas, puesto para justar un caballero a la tela, por yerro que no era aquella su vez, llegó otro valentón muy fiero, diciendo en alta voz:

—¡Cuerpo de Dios, señor, por qué me quitáis mi plaza! Dejadme justar, quitaos, afuera.

Retrajo atrás el primero su caballo, y sacóle poco a poco de la tela; entra el soberbio quitador, dale el mantenedor un encuentro, que le sacó limpio de la silla, y dio con él en tierra por sobre las ancas del caballo.

Y cuando en las cosas de burlas, que son las fiestas, como ensayos para las veras, ensaya así Nuestro Señor su justicia en castigar las soberbias, ¿qué hará en las cosas de alguna sustancia?

39. De que el ánimo es muchas veces adivino.

Como el alma es inmortal, no puede dejar, aun encerrada en las groseras ataduras del cuerpo, de respirar y trascender lo que puede, como en sueños alcanzan los hombres algunas veces lo que despiertos no alcanzaban, y un hombre de quien no os acordábades había muchos años, os acordáis de él, e incontinente topáisle. Jura uno «arrastrado muera», y hoy muere arrastrado; otro que «malamente muera», y así les acaesce. No dice, pues, mal el refrán: cada uno muere del mal que teme, y a mi padre oí muchas veces: «¡quién viese pasado este año!», y no salió del que temía, que era el de quinientos cuarenta y cuatro.

Pues no ha muchos años que en Llerena, que es a lo que yo ahora voy, entrando un morador nuevo en una de las principales casas de ella, soñaba cada noche que debajo de su misma cama había un tesoro en su aposento; y esto fue tantas noches arreo²², que ya se le hizo de vergüenza no creer en sueños. Hace que un mozo suyo, de quien fiaba, le traiga una azada, aparta su cama, y a media noche con lumbre, no hacen sino a remuda cavar y sacar tierra, y el tesoro que tras mucho ahondar hallaron, fue todo él armadura y huesos de un cuerpo muerto. Que parece que Nuestro Señor, que debió de ser servido de dar buen lugar al alma de aquel hombre, fue servido de que a su cuerpo acá se le diese; y así se hizo, que con debida pompa se llevó a sagrado, y se le dio eclesiástica sepultura a aquel cuerpo, que murió peleando en esta vida debajo de la bandera de la iglesia militante.

40. De cosas singulares de España.

Éste sea como índice de las cosas que en España hay, no porque yo piense incomprensibles a mí comprenderlas todas, ni ponerlas por orden, sino las que sin ella se me vinieren a mi pluma a la mano, y por mitigar en parte esta sed que tengo de celebrar y ensalzar mi patria.

El mejor y más bien empleado dinero del mundo, y de donde con menos caudal se sacó más provecho, fue un cuento de maravedís que el secretario Luis de Santángel prestó al rey Don Fernando Católico, con que se despachó Colon a las Indias, y tantas provincias y reinos fueron añadidos a la Corona real de España.

El mejor cahíz de tierra la iglesia mayor de Sevilla, el Alcázar real, la casa de la contratación, el almacén del aceite, el Aduana, la Tarazana, la Casa de cabildo de la ciudad, la Lonja de los mercaderes, las Gradas y la Audiencia real.

La mayor ciudad de España y mas populosa Lisboa.

La mayor villa Madrid.

22 Está sin duda por «consecutivamente, de seguida.»

La mejor plaza la mayor de Valladolid o el Ruxio de Lisboa, o la de Medina del Campo, o la del Duque de Berganza, en Villaviciosa, o la de antepalacio de la Casa Real.

La mejor calle el Coso de Zaragoza, o el Carrerample de Barcelona, o la Rua Nova de Lisboa, o la Corredera de Valladolid.

La más alta torre la de Sevilla.

El más hermoso fuerte y de más admirable y hermosa fábrica el de junto a Palacio en Lisboa.

El más alto monte Monserrate.

El más hermoso y llano campo el de Medellín.

El mejor coso para correr toros el de delante la casa de los condes de Medellín.

La mejor caballeriza la Real de Córdoba, y la mejor casta de caballos la del Rey, en la misma ciudad.

Las mejores aceñas las del Rey en Guadalquivir, que rentan veinticinco mil fanegas de trigo cada año.

El mejor molino el de Guadalupe, que muele cada hora un cahíz de trigo, lo que vio el Rey nuestro señor sentado en una silla hasta que pasó la hora.

El mejor puerto de mar Cartagena.

La mejor playa Barcelona.

La más poblada tierra Navarra.

La más fértil, el campo de Urgel, que lleva todo junto pan, vino y aceite.

El mayor río el gallego Miño.

La más hermosa fuente, Trujala, en Segura de la Sierra, donde nace Guadalquivir.

La mayor puente, la de siete leguas de ancho por donde debajo, en la Mancha, pasa Guadiana.

La mayor dehesa la Serena, que renta al Rey veinte y cuatro cuentos cada año.

El mejor pozo el del Almadén del azogue, que renta docientos y cincuenta mil ducados.

La mejor pesquería la de los atunes, que renta ochenta mil ducados.

La mejor pesquería de coral en Barcelona; la mejor fruta la de Toro; la más temprana la de Plasencia; la más barata en Granada.

El más rápido río el Cinca que va por Monzón, y llama Julio César *Rapax*.

El mayor señor de renta el duque de Osuna.

El de mayor calidad el duque de Braganza, que da doce cuentos de renta con el hábito de Cristo, y provee en su tierra todo lo espiritual, y demás de ser Don Teodosio II, nieto de reyes, no tiene en todo un reino competidor ni igual.

El de más vasallos, pues tiene treinta mil, y los más hidalgos, el duque del Infantazgo.

El lugar de señor que más renta él solo, Sanlúcar de Barrameda, que renta setenta mil ducados; y dije arriba el duque de Braganza de mayor calidad, porque aunque otros son descendientes de reyes, no lo son tan cercanos.

El mayor lugar de señor Osuna del Duque, y también porque renta cuarenta mil ducados.

El más rico lugar de señor Medina de Rioseco del Almirante, donde dicen que hay más de mil hombres a cuento de hacienda.

La mayor dignidad de señor lego, el Condestable de Castilla por tierra, y el Almirante por la mar.

La mayor albufera la de Valencia; el mejor vidrio el de Barcelona; el mejor barro el de Talavera; el mejor mármol el de Estremoz; el mejor paño el de Segovia; la mejor seda la de

Granada; el mejor vino blanco el de San Martín; el mejor tinto el de Illana; el mejor moscatel el de Alcalá de Henares; la mejor agua la de Tajo, con Jarama, de Aranjuez.

La mayor abundancia de hierro en Vizcaya, y la de plata en Sierra Morena donde la mina de Guadalcanal dio más de once millones en pocos años.

El mejor cercado la tapada²³ del duque de Braganza.

La mayor recreación Aranjuez.

La mejor huerta la del abadía del duque de Alba.

La más honda fuente la de lo alto de la sierra de Béjar, donde nace el río de Cuerpo de Hombre.

La más linda y abundante la de la Magdalena de Jaén.

La mejor casa real de verano la de Sevilla.

La más soberbia la de Toledo.

La más bizarra delantera de casa la de la real de la Alhambra en Granada.

La mejor casa de caballero la de Don Luis Zapata, en Llerena, y mejor que la de muchos grandes.

La mayor iglesia la de Sevilla.

La más rica la de Toledo.

El arzobispo de Toledo el mayor prelado.

La más rica dignidad, en la misma iglesia, el arcedianazgo, que renta treinta mil ducados.

El mejor edificio y más rico la casa de religión de San Lorenzo el Real.

La mas libre tierra Aragón.

Las más libres ciudades de pecho Toledo y Salamanca.

La mejor feria la de Medina del Campo.

El de Llerena el mejor mercado franco.

El mejor hospital la Misericordia de Lisboa.

El mejor edificio el de Sevilla de las Cinco llagas.

El más ameno sitio de templo el monasterio de Belén, enterramiento de los Reyes de Portugal.

La ciudad de mejores templos Sevilla.

El mayor pósito de dinero la Tabla de Barcelona.

La más extendida orden de todas la de San Francisco; la más rica la de San Jerónimo; la más noble la de Santiago; la más encerrada la de los Cartujos; la más penitente la de los Descalzos; la más estrecha la de la Merced, porque han de quedar por los cautivos que redimen cautivos ellos en África.

La de mas predicación y de más letra la de Santo Domingo, que se llama la orden de los Predicadores.

La mayor encomienda la de Socuéllamos; el mayor estudio el de Salamanca; la mayor legua de Tárrega a Cervera.

El mayor ingenio de agua el que hizo Juanelo y sube a Toledo ochenta estados del río a la Casa Real.

El convento de más religiosos el de San Esteban de Salamanca.

La más mala y más peligrosa puente del mundo es sobre Darro y Genil, la de Huétor Tajar, lugar de Don Antonio de Luna, que es de dos maromas por bajo atravesadas por pasos llanos, y por

23 Tapada llaman en portugués al coto cerrado en que se conserva caza.

pretilas otras dos sogas a los lados trabadas a las de abajo con cuerdas, que por su inestabilidad al pasar la llaman la Cuna.

Los mejores neblíos de las Hocinas; los mejores azores de Navarra; los mejores gavilanes del Pedroche; los mejores baharíes²⁴ de Cataluña; las mejores mulas de Villalón; los mejores toros los de Jarama.

El estado más seguro el de Chinchón, porque tiene obligado por especial hipoteca al saneamiento el reino de Granada, y por general cuanto ganó el rey Don Fernando.

La más limpia ciudad es Barcelona o Sevilla o Toledo, y la más puerca Málaga, y de villas, Llerena y Talavera.

El mayor órgano el de Móstoles, que tiene veintiuna diferencias admirables; lo ordinario, lo flautado, orlos²⁵, dulzainas, trompetillas, pajarillos, y aun voces humanas; vihuelas de arco, arias con temblantes, tamboriles, cornetas y chirimías.

La ciudad de más fuerte sitio Toledo.

El mayor concurso de gente Madrid, donde se hallaron de confusión novecientas mil personas legas, siendo allí corregidor el claro y honrado caballero Don Alonso de Cárdenas.

La mayor copia de clérigos la de Sevilla, donde dicen que hay de ordinario siete mil confesores, y quince mil sacerdotes por todos con religiosos y frailes.

La mejor alameda la de Sevilla, y quien dijere otra cosa, Julio César y Hércules que allí están, se lo harán conocer por fuerza de armas.

La primer inquisición del reino la de Llerena, y la de mayor jurisdicción: que gobierna dos maestrazgos y cuatro obispados, Badajoz y Coria, Plasencia y Ciudad-Rodrigo.

La de mayor distrito la misma, después que de Valladolid se ha sacado la del reino de Galicia.

El mayor secreto y maravilla es el de los moriscos de España, que los que lo merecen están en mitad del fuego y no arden.

La más alta cañería de agua la del Azoguejo de Segovia.

La más hermosa ermita Nuestra Señora del Prado, en Talavera, donde está un sepulcro que se tomó de los montes Arcanos, y lo hizo Fray Francisco Jiménez poner allí año de...

La más admirable puente sin mezcla y sin plomo, en el furioso río Tajo, la de Alcántara.

El más preeminente oficio el del Justicia mayor de Aragón.

La mayor gobernación la del Asistente de Sevilla.

El mayor corregimiento el de Toledo.

El mayor cargo el de Presidente del Consejo Real de Castilla.

El mayor conde el de Benavente.

El mayor y más poderoso rey que en España ha habido Felipe II, que Dios guarde.

La más hermosa y mas sabia, y más rara princesa del mundo, la Serenísima Doña Isabel, su hija mayor, que hasta hoy para su compañía no se le ha hallado igual.

²⁴ Halcones.

²⁵ Pudiera también leerse orcos, aunque una y otra voz nos son enteramente desconocidas. Aun se conservan en Móstoles las ruinas de un edificio, que fue taberna, y por estar inmediata a unos pozos de nieve, y tener el contratista obligación de servir el vino frío en el verano, estaba cruzado por canales y conductos de plomo, por donde corría el vino. A este edificio, que ya no tiene uso, llaman los naturales del país *los Órganos*, sin que se conserve noticia de haber habido allí el instrumento músico a que nuestro autor se refiere, y que naturalmente debió estar en alguna iglesia de mayores dimensiones que la que hoy tiene dicha villa.

41. De un nuevo y facineroso engaño.

Como los Fúcares, nobles alemanes (en cuya casa posaron el Emperador y el Rey en Alemania), tienen tratos en España y en todo el mundo, sus ministros manejan mucho dinero, y así el que tienen en la corte, como el que en Almagro y el que en Llerena, tienen fama de muy ricos. A ésta acudió en Almagro un ladrón muy sutil y atrevidísimo: hácese alguacil de la Inquisición, llama a dos familiares del Santo Oficio, y después de haberles pedido para una prisión muy grande favor y ayuda, va a casa de Juan Xelder, un autorizadísimo ministro de los Fúcares, y en llegando le dice que sea preso por el Santo Oficio. Enciérrale en una cámara al inocente, muy turbado, y asimismo toda su casa, y échale la llave encima; manda llamar un escribano público, secuéstrole todos sus bienes; muéstrase muy pío y muy doloroso a los llantos y lágrimas de su familia; promételes buen suceso, poniéndoles delante la usada misericordia del Santo Oficio; manda traer un carro en que le lleven, y a los familiares que se aparejen hasta el primer lugar, camino de Toledo; no deja que le hable nadie, y a él se lo manda así. Queda el barrio todo escandalizado, como cuando un gavilán toma entre otras una picaza, que las demás se hacen afuera y chirrían, y así ¿quién tal pensara de hombre tan honrado? Chirriaban las vecinas, y olvidábaseme ahora lo que al ladrón no se le olvidó, que fue tomar un zurrón que halló más a mano, atestado de escudos, suspirando por los reales que dejaba a más no poder de llevar, diciendo aun que le daban más, que no llevaba sino dos mil escudos para el gasto del preso; que así se lo había mandado el Santo Oficio.

En otro lugar cercano despide al carretero y a los familiares, y págalos como muy hombre de bien (aunque él no lo era); dice que va a Toledo a dar cuenta de lo hecho, déjale en casa de un honrado familiar y rico; encárgale que le tratase muy bien, sin comunicación ninguna y a buen recaudo, hasta que se le mande lo que ha de hacer del que quedaba allí, y él trastrocando caminos y mudándose hábito, huyó con su dinero cuanto pudo.

En tanto, los que tenían en cargo a Juan Xelder, pasaron dos, cuatro, seis y doce días hartos de tan extraordinario cuidado, y no teniendo que gastar con él, entiéndese la verdad, infórmanse del caso de raíz, dan al que estaba libre por libre, con gran contento de todo el mundo de ver sin pena al que estaba sin culpa; acuden con gran prisa para darla a quien la tenía, hállanle no lejos, como tiene tantas manos la justicia; tráenle a Toledo con gran regocijo de toda la ciudad; métenle por ella en un macho lleno de campanillas; entréganle a la Inquisición con casi todo el dinero, que dio buena cuenta con pago, que había gastado poquísimo; y por no remitirle a la justicia seglar la Santa Inquisición, por ser mayor tribunal el suyo, conoce de su delito que fuera mortal en otro tribunal más venial en el suyo, donde no se condena a sangre ni a muerte a nadie; condénanle a muchos azotes y ciertos años de galeras, y así porque el juicio seglar no pudo, y el espiritual no quiso, hurtándolos a ambos el cuerpo su dicha le escapó de tan atroces casos. El dinero se cobró todo, porque lo había dado a un banco para que se lo diesen en Aragón; llega una posta primero que él, espéranle al lazo en Zaragoza, donde él y el dinero juntamente fueron tomados con poco trabajo.

42. De la aguja del marear.

Perdióse una vez un caballero entre grandes dehesas con su familia, y entre tan vastas soledades no se halló quien le mostrase el camino, y después que de allá y de acá anduvieron un rato, mas perdiéndose, un criado muy docto en letras humanas y matemáticas que llevaba consigo, preguntó:

—¿Hay algún reloj de sol aquí?

—¿Para qué lo queréis? —dijo su amo.

—Ya vemos que es el medio día —dijo él a su amo—. Vmd. lo verá: la aguja de éste mira al Norte, el lugar donde vamos está a tal parte de donde partimos; por esta aguja hemos de navegar ahora por tierra, como los que van por la mar por el aguja.

Toma el reloj de sol en la mano; puso donde le pareció el aguja, y dándose a andar tras él que iba delante, y cuando no se cataron dan sobre las Brocas, que era el lugar donde iban. En Hungría, que es la tierra llana, dicen que van carros a la vela; ya no falta otra cosa a la sutileza humana, sino como se ande por la mar navegar la tierra, y que tratemos de volar otro día.

Na era²⁶ de 1375 años foi ha ifante dona Isabel com ho Sôr. dom Duarte seu filho, e com a Señora dona Caterina sua filha e o duque dom João e filhas do duque, netos da ifante, a sua tapada de Villavísosa, e thodos se meterão hem hum bergantin, em hum llaguo que avia nell, é amdarão de sima pera baixo navegando; e acomteseio que a noite amtes de suas AA. sairem da dita tapada, arombon a parede do llaguo, e foi tamta a forsa daguas, que levou thodos os asudas dos muinhos, e disen que avia dahi a muitas lleguas, e que se fora duas oras amtes se perdião thodos os desemdentes da casa de Bargansa.

43. En cosas que parecen mentira y son verdad.

El Colector de Su Santidad en Lisboa, obispo de... hijo del Conde de...²⁷ me dijo que había estado sin dormir doce días con sus noches, y me certificó que en su patria había un hijo de un famoso letrado, llamado Estabo, que estuvo sin dormir seis años de día y de noche, hasta que sin tener más ya que el cuero y el pellejo por la dicha causa, y sin calentura en todo aquel tiempo, se murió.

Pedro Gaitán, canónigo de Toledo, nació año de siete, el mismo día que el duque de Alba, y el mismo día que el Duque murió, murió él²⁸.

Tráese al rey de la India de ordinario mil quintales de canela y veinticinco mil quintales de pimienta, y réntale a Portugal, en dinero, con lo de la India, en dinero dos millones.

Tráenle de su parte de las Indias de Castilla tres millones en dineros y quinientos marcos de esmeraldas, y sesenta cajas de perlas, cada caja de dos tercias de largo, y un palmo y una cuarta en alto.

44. En los que de poca hacienda vinieron a mucho crecimiento y prosperidad.

Muy buen ejemplo será de esto el claro y nobilísimo caballero Don Alonso de Vargas, de Extremadura, natural de Jerez de los Caballeros, que entró en la milicia con cuatro escudos de paga, y andando el tiempo, por gran merced; se le dieron tres escudos de ventaja, y vista después su gran suficiencia y bondad, llegó a ser capitán general, y del Consejo Supremo de Guerra del mayor Rey de la cristiandad, y Dios sabe en lo que parará...

Fue aquel que en nuestros tiempos y en muchos de los pasados juntó en la milicia dos cosas muy contrarias, como Escipión Africano, religión y admirable valor militar, que como un fraile era virtuoso, y lo hacía ser a los suyos, y como un demonio contra los enemigos osado y perjudicial. En todas cuantas cosas yo escribo los más de los sujetos quedan a deber a mi pluma algo, mas en este ella queda a deber al sujeto muy mucho por no tener la pobre y pelada suficiente capacidad.

26 Este párrafo está, como se advierte, en portugués; no se ha creído necesario traducirlo a nuestra lengua, por ser tanta la semejanza entre uno y otro idioma, que fácilmente podrá el lector entenderlo.

27 Hay claros en el manuscrito.

28 Este párrafo está tachado en el manuscrito.

45. De fuerte y dura cabeza.

Hubo en Llerena un hombre de gente baja, de tan poderosa cabeza que le acaeció a vista de todos en un mercado tomar ladrillos muy gruesos y platos, y morteros fuertes, y todas cosas, y hacerlos pedazos en la cabeza.

¡Oh, si éste estuviera en aquella gran provincia de Arauco, de veinte leguas en largo y de siete leguas en ancho, cuya cerviz fue invencible, y no domada hasta que unos pocos de Valdivia los vencieron, e indómita hasta que el grande y numeroso ejército del marqués de Cañete de hasta doscientos hombres, y veinte de a caballo los domaron y acabaron de sujetar por fuerza de armas, con grandes y increíbles hazañas de ellos mismos!

Pues allí, donde por tener uno de aquestos un madero a cuestras, tan pesado que diez ganapanes no lo pudieran en España sostener, hacían a uno rey, yo creo que hicieran virrey a este otro, que he dicho de tan gran cabeza que quebraba a topadas ladrillos y morteros, como digo.

46. De superflua groseza y gordura en las gentes.

Todos los extremos son viciosos; mas el más temeroso y abominable es el de la demasiada gordura: es grandísima fealdad que a la más hermosa mujer afea, y al más gentilhombre varón le desfigura. Los gordos se hacen terrero de graciosos y fisgantes, y son molde de dichos, de motes y de apodaduras; imposibilitale para andar en sus pies, y no hay caballo que los sufra ni lleve, y han menester un ingenio para los poner a caballo y descenderlos. También tiénelos sus enemigos vencidos o imposibilitados para volver por su honra, y salir a ningún campo ni desafío, ni están hábiles para la guerra, ni para servir a su patria, ni a sus príncipes; esto es los demasiadamente gordos, que el medianamente todavía pasa. Fáltales el aliento, andan con el tiempo: de verano hanlos de estar echando aire con unos fuelles para que no se enciendan, como echar agua a una rueda de un artificio para que no se encienda, y en invierno hiélaseles la gordura y son en extremo fríos; viven poco, y en tanto que viven tienen poca salud; llenos de humores, de corrimientos, de reuma y de gota; apoplejía padecen muchas veces y romadizo, que de muchas dolencias es fuente. Demás de esto al más sabio la discreción se le entorpece y enturbia, como encolados y atapados los caños de los espíritus y el alma también, pasa grandísimo detrimento; que la carne, lo más carne y sangre hace más guerra. Los santos con abstinencias, por miedo de esto, se enflaquecieron tanto que vinieron a quedar hechos anatomías; son todos espíritus sin cuerpo, y los gordísimos todos son cuerpos sin espíritus, como un cebón que viene a tener poquísima carne, sino gordura. Este tan pernicioso mal a los principios, como todas las cosas tiene cura, que es la misma que dicen con que se cura el romadizo *esuriant, vigilant, sitiant qui rheuma tenent*.

También en ciertos autores he visto que el rey Don Sancho el Gordo, de León, que dio la libertad a Castilla por la gran deuda del caballo y el azor que le debía, enfadado de su demasiada gordura, se fue para un rey moro de Córdoba, donde había grandes médicos, y le dieron unas yerbas con que enflaqueció, sin peligro, en pocos días, y como cuanto a los cuerpos tenemos con los animales tanto parentesco los hombres, lo que a todas las otras criaturas engorda y enflaquece: jamás se vio correo de a pie gordo, lacayo ni jornalero. Otro con el comer es lo que entorpece e hincha, y así en la casa del sueño fingieron los poetas el Ocio, de un canto corpulento y craso.

Yo temí esta dolencia tanto en mi juventud, viendo los inconvenientes dichos, que hice al remedio reparos grandísimos. No cené en más de diez años, sino comía al día sola una vez; nunca bebí antes ni después vino, con lo que se engorda mucho; no comí en grandísimo tiempo cocido; anduve algún tiempo vendado el cuerpo; dormí algunas noches con grebas para enflaquecer las piernas; vestía y calzaba tan justo, que era menester descoserme las calzas a la noche para quitármelas (porque a la noche a todo hombre se le engruesan las piernas), y cuando había sarao y danzar con las damas a la noche en palacio, porque la cama enflaquece las piernas, me acaeció

muchas veces para las llevar delgadas estarme en la cama todo el día, con lo que al fin salí, gracias a Dios, con mi intento, ni yo llegara hoy a sesenta y seis años con salud, si la templanza no fuera en mi ayuda y remedio.

Mas un principal señor, que hoy vive descuidado de estas defensas, llegó a tanto extremo de gordo, que no cabe en las ordinarias sillas; tiene ancha silla hechiza; no puede dormir sino sentado, que echado se ahogaría. Luego todas las semanas, aunque no esté enfermo, le sangran dos veces, y una que se tardó, le sobrevino una súbita y violenta erisipela, que de una vez le sacaron setenta y dos onzas de sangre, que son cuatro libras y media. Pues así al fin concluyo con que el comer y el ocio engorda halcones, caballos y perros, y a los hombres también de la misma manera, que el decir que el contento engorda, téngolo por falso, porque los condenados a muerte que no tienen mucho contento, salen de las cárceles gordísimos; ni concluye el decir que el que ha de ser gordo no lo puede excusar, sino mucho más que el que esto dice es necio y lo ha de ser.

47. De que de lo que nos pensamos valer nos daña muchas veces.

Envía a Bulpian socorro, en Italia, el duque de Alba, a lo cual fueron caballeros muy honrados, y entre ellos Garcilaso, mancebo, hijo del honrado caballero Garcilaso, que murió en Francia. Hacen franceses una mina para entrarle; y estando todos los nuestros alerta por donde había de parir la tierra y dar para muchos el mal parto, al fin voló la mina por un baluarte que estaba por dentro muy bien atrincherado y fuerte; y puesto el buen caballero a la defensa fue allí oprimido de un turbión de armas francesas y tomado, y al momento comenzándole a desvalijar y a quitar las armas, alegó en su defensa, que era pariente del duque de Alba. «Pues por eso moriréis, dijo uno, que a mí me hizo en esta guerra ahorcar un hermano», y dióle en la desarmada cabeza una gran cuchillada, de que cayó luego muerto. Lo cual, tomado ya a prisión, si no fuera por lo de que se pensó valer, no le empeciera como los que por salvarse de una nave que se anega descenden al batel y se ahogan todos, y ella se salva descargada ya de gente.

48. En pronósticos.

Al regocijo de la nueva del casamiento del duque de Alba, hijo del primer Condestable de Navarra que hubo en la casa de Alba, Don Diego de Toledo, su hermano, quiso salir a unos toros, de que hubo cuatro o cinco muy malos presagios. El primero fue todos sin ninguna ocasión suplicarle que no saliese a la plaza. Mas trajeron aquella mañana por las calles un toro ensogado; entra por la casa de Alba y en el aposento de Don Diego, y como si fuera persona que le hubiera agarrochado, topeta cien veces con la cama de Don Diego, hace pedazos los colchones, sácales del cuerpo lana, y sale en los cuernos con las dos almohadas. Otro día va a oír misa Don Diego a San Francisco; híncase de rodillas ante el altar, húndesele la tierra y húndese él con ella hasta los pechos, que se vieron en trabajo de le sacar. Otro traen un muy buen caballo del duque de Alba, su hermano; puesto ante él comienza a temblar, y cáesele muerto delante, y por esto le suplicaron mucho más todos que no saliese allá. No fue posible, y le acaeció otro caso que los sacristanes que habían de repicar por su honra y regocijo, al entrar él en la plaza, encomienzan a doblar y a tañer a muerto, como si le llevaran a enterrar; en fin, comienza a andar con un toro, pónale un garrochón en la frente, da un rebufo el toro, hácele recoger la mano, y de su mismo garrochón el cuento métese por el ojo derecho, y sale al colodrillo a la otra parte, y cayó luego muerto en la plaza.

49. De invenciones engañosas.

Dicen que la santidad fingida es maldad doblada, que el que por su autoridad es malo, a sí mismo se agravia y hace daño; mas el que con vara de justicia no lo siendo o representando la

persona del Rey o del Papa, o de los siervos de Dios hace agravios y engaños y se hace santo, sería razón hacerle lo que dice el Evangelio, atarle al pescuezo una piedra de tahona y zapuzarle en lo profundo del mar. Tales fueron los que aquí sacaré a placa para que ellos sean perpetuo ejemplo para que no sean tenidos por santos, sino los que la Santa Iglesia hubiere aprobado y aprobare.

Fue en la ciudad de Córdoba, en el monasterio de Santa Isabel francisca una monja, llamada Magdalena de la Cruz, a quien sus padres para segurarla del mundo metieron de siete años monja. Esta fue creciendo en tanta religión y muestras de santidad, que a sus monjas primero, a su ciudad después, más tarde a todo el reino de España, y aun hasta Roma, y a todo el mundo le era admirable y espanto; mas sus obras eran tales que si interviniera en ellas Nuestro Señor, como el enemigo malo, pudiera con razón ser tenida por santa. Estaba sin comer y beber muchos días; dormía en el suelo en una seca estera; decía las cosas que se habían hurtado a la casa; traía perpetuo cilicio; veíanla estar en oración una vara del suelo en alto; trasportábase de cuando en cuando; decía quién la venía a buscar y de qué parte. Pasaba el Santísimo Sacramento por la calle un día y abrió un agujero en la pared con un hierro, para que viese a adorarle, y decía que era por milagro. Dijo que había visto la batalla de Pavía, y el mismo día divulgó la prisión del Rey de Francia. Hizo y dijo otras cosas maravillosas y grandes por obra del enemigo, y porque por descuido mentó a Jesús, le quebró el diablo un brazo, que tuvo así dos días, y otro se lo concertó y quedó sana, e hizo y dijo otras ilusiones y maravillas extrañas.

Tal manceba tuvo el diablo desde siete años, que le llamaba Balbán; primero debió en su inocencia de tenerle por ángel de luz, después que debió de entender quién era el enamorado, no quiso volverse atrás, o por estar ya la amistad tan trabada, o por no perder la reputación que tenía en todo el mundo de santa entre todos los príncipes cristianos. La Emperatriz, nuestra señora, se le encomendaba; el Emperador, nuestro señor, cuando iba a Túnez, la envió a decir que le bendijese su estandarte, y el Sumo Pontífice la rogaba que encomendase a Nuestro Señor el estado de la república cristiana.

Al fin, a luengo andar, como la verdad es hija del tiempo, y estas obras eran todas hijas del diablo, comenzaron las monjas de su convento a andar de tantas visiones que veían asombradas; su mismo error les dio a entender que no eran aquellas obras de Dios, que suelen antes quietar que escandalizar los ánimos: miraron en ello, y viéronla hablar con un negro; sabían que los ángeles no eran negros, sino hermosos y blancos, digo en la forma que suelen parecer, porque ellos que son espíritus no tienen ninguna. Llegó la nueva al Santo Oficio, que es el crisol donde se afinan y apuran las verdades. En efecto, fue presa y confesó la amistad del enemigo clara. Fue sentenciada a emparedamiento y cárcel perpetua en público y notorio auto, y en la iglesia de Córdoba fue hecho para ello un tablado; y porque pidió misericordia, no fue sentenciada a muerte. Fue privada de todas las cosas de la vida sin matarla; cayó de toda la honra y estimación del mundo; hizo buena vida en Andújar, en un monasterio, donde fue emparedada, y donde murió, y pudo ser que el cielo que por honra y favores era así imposible alcanzar, por deshonra e infamia lo alcanzase.

Esto fue y sucedió en mi mocedad, año de cuarenta y seis. Ahora el de ochenta y nueve pasó y se averiguó otra burlería, en el mundo tan notable, que no bastó este ejemplo tan fresco para que la gente no se engañase. ¡Oh generación abusionera y amiga de novedades, durísima e incrédula a creer lo cierto, y pronta a creer en falsedades, sino ojo a Mahoma y a Lutero. a quienes han creído: bestias con caras blancas, y nuestra santísima fe ha sido tan dura de recibir de judíos y de moros y de herejes firme ella en su cierta verdad, confirmada con tantas profecías ejemplos, doctrinas, martirios y milagros: por eso los que de ligero creen las mentiras y monstruos son más culpables, como lo que pasó ahora en Lisboa con la monja que llamaban Santa.

Había en la Anunciada de Lisboa, en un monasterio de monjas de Santo Domingo, una monja que llamaban María de la Visitación, que la hicieron priora de aquel convento, que los portugueses priora la llaman. Ésta llegó a toda la reputación a que Magdalena de la Cruz había llegado, y aun a más, que en vida la llamaban Santa. Todo el mundo la obedecía y acataba; hacía amistades

imposibles; por su persuasión metió en el monasterio muchas monjas y muchos frailes; hizo dejar por la religión muchos cuentos de renta; tenía a todo Portugal y Castilla en la mano, y lo que más se puede encarecer, engañó a su confesor fray Luis de Granada, al cual le costó la vida el desengaño, que murió de corrido y avergonzado, desde que lo que él tenía por oro fino pareció ser alquimia falsa.

Mas ésta no tenía pacto con el demonio; a sus solos embaimientos y ardides fue en cargo su alma. Grabábase el costado y los pies y manos, y decía que el bienaventurado San Francisco, por gracia de Nuestro Señor, le había comunicado sus llagas; mostrábalas a todos con facilidad en las manos, y de su figura y llagas había por todo el reino estampas; daba paños de ellas con unos ojitos como de dados, pintados en quinas en los paños, que muchas señoras de Portugal y Castilla las tenían con sus reliquias e imágenes; decía que Nuestro Señor venía con ella a ayudarla a rezar, y que se le comunicaba y decía que le recibiese desde el Sagrario. Estando en conversación decía que se arrobaba y quedaba sin sentido, y atónita por un rato; y si algún fraile de su orden se hallaba allí, que ayudaba a engañar como el compañero del que juega de manos, estando él también ganado, decíale a grandes voces: «Señora priora, yo le mando en virtud de santa obediencia que vuelva en sí», y luego ella tornaba como del otro mundo atónita y suspirando.

Al cabo el tiempo hizo su oficio la tierra, brotó lo que para ella y no para el cielo la priora había sembrado; olieron las monjas en su convento el almagre; juntáronse con la Inquisición de Portugal a conocer de esta causa ante el esclarecidísimo príncipe cardenal Alberto, inquisidor mayor y legado de Su Santidad, *a latere*, muchos obispos y personas graves, y el confesor de su Alteza Fray Juan de las Cuevas, de la orden de Santo Domingo, persona en letras y conciencia muy señalada; averiguáronse ser todos embaimientos, mentiras y falsedades, y por su confesión muchas veces. Con mucho arrepentimiento y lágrimas sacáronla a juicio público, con terrible admiración de cuantos con su almagre había el entendimiento enalmagrado: sentencióse la causa, cuya sentencia fue del tenor siguiente:

SENTENCIA.

«Condenamos a la dicha María de la Visitación en privación del cargo de priora del dicho monasterio de la Anunciada, y de voz activa y pasiva, para que perpetuamente no pueda servir cargo alguno en la religión, aunque sean de los que se proveen por elección, y que le sea quitado el velo negro de la profesión, y pierda su antigüedad para que siempre sea precedida de todas las religiosas del dicho monasterio donde estuviere; y la condenamos a cárcel perpetua en un monasterio de religiosas de su orden, fuera de la ciudad de Lisboa, que por nos le será señalado. La cual cárcel tendrá en una celda u aposento que le será señalado, del cual no saldrá sino a oír la misa del día, los miércoles y viernes de cada semana al capítulo, para que en ella reciba una disciplina, que durará mientras se dijere un salmo de *miserere mei Deus*, y los mismos días ayunará a pan y agua, y comerá en refectorio en tierra, haciendo a la entrada y salida las postraciones acostumbradas en la Orden, para que pasen las otras religiosas por cima de ella: y lo que quedare de su comida, no se junte con lo de las otras; y no reciba cartas ni visitas por sí ni por interpósitas personas, ni hablará con más religiosas que aquellas que la priora le nombrare y fueren necesarias para su consolación. Y teniendo respeto al tiempo que indebidamente comulgó, recibiendo el Santísimo Sacramento, mandamos que los primeros cinco años de su reclusión y cárcel no lo reciba sino por las Pascuas de Resurrección, Pentecostés y Navidad, o habiendo en el dicho tiempo algún jubileo general del Santo Padre, o estando en el artículo de la muerte; y pasados los cinco años, podrá comulgar solamente las veces que conforme a sus constituciones comulgan las otras religiosas de su orden.

»Asimismo mandamos que un retrato de la dicha María de la Visitación en que estaba pintada con las llagas en el capítulo del dicho monasterio, se quite y borre de manera que parezca que nunca allí estuvo, y que lo mismo se haga en todas las partes donde estuviere su retrato con las llagas, y se recojan todos los libros y papeles que de ella tratan, así impresos como de mano, y los autos que se hicieron de los milagros que se entendía que hacía, y se entreguen en el Santo Oficio, y los paños de

las llagas y cruces que daba con las mismas señales, y cualesquiera otras piezas que daba como reliquias, y en los lugares donde no residiere inquisición se entregarán las dichas cosas a los prelados o a las personas que ellos para esto efecto diputaren, para lo cual se expedirán las provisiones necesarias. Dada en Lisboa a siete días del mes de noviembre de mil quinientos y ochenta y ocho años.—Mateo Pereira lo suscribió.—El Cardenal Arzobispo de Lisboa.—El Obispo de la Guardia.—Fray Agustín, electo de Praga.—Paulo Alfonso.—Jorge Serrano.—Antonio de Mendoza.—Diego de Sosa.—Lope Xuárez de Albergueria.—Fray Diego Ramírez.—Fray Juan de las Cuevas.»

En estos tiempos y algunos años antes hubo unos falsos alumbrados clérigos en el distrito de la Inquisición de Llerena, que querían que los tuviesen por santos; mas no lo eran, sino lobos rapaces hambrientos de femenil carne humana. Hicieron so color de santidad en muchas casadas y vírgenes infinitos daños; negaban la oración vocal; apartaban los matrimonios para quedar ellos señores del campo. Hubo hombre de ellos que tuvo treinta y seis doncellas a su cargo, ni exceptuaban para sus malas obras tiempo ni lugar profano ni sagrado; mas de estas y de otras cosas no se fueron alabando, que el Santo Oficio los castigó con su usada piedad. Fue de ellos hecho público auto; echados a galeras y a perpetuas cárceles, y de sus órdenes sacras por sus desórdenes sacras (que quiere decir execrables) privados.

Que esto pase en los arrabales del mundo no es tanto de maravillar, como que en medio de la corte real, donde hay tantos sabios para entender la malicia y tanta justicia para refutarla, hubiese uno bastante atrevido para se llamar profeta, habiendo ya desde el advenimiento de Nuestro Señor las profecías pasado. Éste, pues, que siendo soldado tomado en los Gelves cautivo y llevado a Constantinopla, cuando Don Sancho de Leiva y Don Álvaro de Sande, de allá vino con esta invención, y como no hay más de una de dos en las cosas, errar o acertar, aunque debió de errar muchas, si acertó alguna con esto, no cabía ya su casa de literas y coches que iban al oráculo. Mas él paró en fin en ser por el Santo Oficio castigado y privado del don de la profecía, que no tenía; antes la privación de ella fue a los que en tales disparates creían.

Más milagroso aun fue engañar muchos años ha, pero en mi tiempo, a venteros junto a la corte otros apóstoles falsos, los que llamaban a las puertas de ellos; entraba Nuestro Señor Jesucristo, al parecer, y sus apóstoles engañantes; poníanles muy bien la mesa; lavábanles los pies los venteros; adorábanlos, decíanles ellos sus culpas, que no serían malas de adivinar; del dar malas medidas y pesos falsos (las que saben muy bien los jueces ordinarios sin ser apóstoles, cuando salen a visitar), haciéndoles poner en tabla el dinero mal ganado. Esto poco (les decían) que ganastes bien, quédense para vosotros; esto otro, San Pedro, que no se ganó muy mal, llevadlo vos para nuestro gasto: todo esto otro mal ganado con hurtos y falsedades, llévelo el diablo. El cual salía, como suelen sacarle en las farsas y comedias, con sus calzas justas y con grandes llamas pintadas y lleno de colas y de cuernos del infierno, y llevábalo, así que los dejaba a los tristes venteros sin blanca, por lo cual fueron los invencioneros después de bien azotados, echados a las galeras.

Por lo cual supliquemos a Dios que pues tan fáciles son los oídos de la gente simple y vana de engañarse, y tan amigos de novedades, que la venida del Antecristo se dilate, que combatirá el mundo con espantos y dádivas y fingimientos, y que infunda nuevo espíritu en los hombres vanos para que de creer supersticiones y vanidades se dejen.

50. Grandeza del número doce.

Siempre, lector, aunque no la pidas, es bien que los autores te demos cuenta de nuestros intentos, y aun así plega a Dios que te tengamos contento. Por lo que digo, pues, quise repartir este mi libro en doce partes²⁹, porque más fácil será de andar que de un tiro jornada de doce leguas, si a

²⁹ Ninguna prueba hallamos de que el autor hiciese de las materias de su libro la división aquí anunciada. Quizá tuvo intención de hacerlo cuando le diese la última mano.

cada legua halla el caminante una venta en que pare, y en este número doce hay muy notables cosas, por lo que para esto me aficioné a él.

Doce tribus tuvo el pueblo de Israel; doce hijos tuvo Jacob, de los que salieron los *duodecim millia signati*; y a las doce de la noche nació Nuestro Señor, y doce fueron sus apóstoles con que conquistó este mundo para el otro; de seis veces doce fueron los otros discípulos setenta y dos; doce copinos³⁰ de pan sobraron del glorioso convite a los cinco mil hombres que hartó con cinco panes y dos peces; y doce veces seis los setenta y dos intérpretes que todos por obra de Espíritu Santo (aunque apartados) en la Sagrada traducción de la Biblia dieron un sentido solo a las sagradas letras, como quiera que en todo el mundo no se hallen dos que conformen en parecer. Doce fueron al principio los doce claros varones del actual Consejo de España hasta que no ha muchos años, por el buen despacho de los negocios, se añadió de otros cuatro otra sala, y lo mismo en las dos Chancillerías Reales de Valladolid y de Granada; doce los trabajos de Hércules; doce los frutos de Espíritu Santo, caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, verdad, modestia, continencia, castidad.

Doce los conjurados en la muerte del marqués Don Francisco Pizarro; doce casas son las de los judicarios astrólogos, y doce más verdaderos que ellos los doce profetas menores. Doce los famosos doce Pares de Francia; doce meses tiene el año; doce signos el Zodiaco por donde se pasea el sol, y doce horas da en España el reloj, y no da más; y doce horas hay de día y doce de noche en los dos equinocios del año, y siempre en la línea equinocial que parte el día y la noche por doce iguales partes. Doce son los leones de piedra sobre que está la fuente del patio del cuarto de Comares, que en hablando secreto por uno sale por la boca de todos la palabra; a las doce del día se come los días de ayuno en especial, y la espiritual milicia a las doce de la noche se levanta a pelear con sus armas de oración en la mano; de doce años se puede casar una mujer, de doce puede testar. Doce hijos hacen por sus días a un hombre hidalgo, y doce eran las leyes llamadas de las doce Tablas que tenían los romanos; doce son los Consejos principales que gobiernan nuestra máquina: el Consejo Real de Castilla, de Inquisición, de Estado, de Guerra, de Aragón, de Indias, de Órdenes, de Hacienda, de Cámara, de Portugal, de Italia, de Flandes; doce leguas hay de Madrid a Toledo; doce provincias principales tiene España: Castilla, León, reino de Toledo, Andalucía, Extremadura, Portugal, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia.

Doce príncipes señores y señorías libres hay en Italia: el Papa, nuestro universal señor, vicario y padre; el rey de Nápoles, duque de Milán, duque de Saboya, de Florencia, Ferrara, Mantua, Urbino, Parma. Génova, Sena, Venecia, porque poniendo esta ilustrísima Señoría a la postre ninguno de la precedencia en el escribirlos haga caso. Un cahíz de trigo, de cebada y de tierra son doce fanegas, y doce celemines es la fanega; y año de doce y mil quinientos fue la carnícera batalla de Rávena; y doce arzobispados hay en la Corona Real de España: de Toledo, de Sevilla, de Granada, de Santiago, de Lisboa, de Braga, de Évora, de Burgos, de Zaragoza, de Valencia, de Méjico, del Nuevo reino de Granada; y doce navíos mayores: galera real, fusta, galeota, galeaza, galeón, esquirazo, nao, urca, carraca, carabela, zabra y escorchapín; porque el bucentoro³¹ de Venecia no está en uso en el mundo; sólo en Venecia le hay para aquella antigua ceremonia y costumbre de salir cada año a desposarse con la mar la Señoría.

Doce frailes están al servicio del Santo Sepulcro en Jerusalén; de cintas hay una docena y doce docenas es una gruesa; doce saetas y la maestra tiran a un asaeteado; y una docena de azotes es el castigo ordinario de un muchacho, y no sé por que dicen los que juegan a los dados, de tan gentiles señorías y de tan gran estado, «docena de venados del que de oro pisa»; y doce arrobas de peso es una carga mayor; y dos veces doce son los que gobiernan a Córdoba, Granada y Sevilla que llaman veinticuatro; y doce gallinas y un gallo dicen que comen tanto como un caballo; y un molino tiene la santa casa de Guadalupe que muele doce fanegas cada hora; y en fin, con doce cisnes que

30 Es decir *cesta*, del lat. *cophinus*.

31 Entiéndase Bucentauro.

andaban jugando por el aire, después que una águila los dejó, mostró Venus a Eneas que después de la tormenta estaban ya sus navíos en salvo; y así, pues, serán doce las partes de esta mi varia historia, que son de una varia historia, y plega a Dios que no vana, y no de las teologías altas de Santo Tomás.

51. Del inefable poder de Dios.

Contáronme por verdad lo que ahora diré aquí: un desesperado jugador perdió cuanto tenía un día, y estando para echarse en un río, dijo: «Para qué quiero yo matarme, sino matar a quien tiene la culpa que es Dios.» Ármase de todas armas el blasfemo, y sube en un buen caballo, y toma una gruesa lanza, y sale al campo, diciendo: «Salid aquí Dios a os matar conmigo»; en esto súbesele una pulga por el caballo arriba, y por las armas éntrasele por la vista, y métese en las narices, y comienza a escarbarle dentro con gran gravedad; echa él una mano a quitársela, y acude con la otra hasta sacar sangre. Llama a unos y a otros que le defiendan de la pulga, y cuando él ni ellos no pudieron, sino que con gran crueldad la pulga le comía, entendiendo quién era el que le hacía la guerra, arroja por ahí la lanza, apéase del caballo, echa las armas aquí y allí por el suelo, como las de Orlando, desnúdase y descálzase los zapatos hasta quedar en camisa; toma una cruz de dos palos con la mano izquierda, y con la derecha una piedra, con la que dándose grandes golpes en los pechos y andando de rodillas, decía a grandes voces: «Señor, yo me rindo, ¡misericordia, Señor, que yo me rindo!» Y en fin, Nuestro Señor la hubo del que hizo el ejemplar castigo que oís por una pulga, y tuvo más seso de ahí adelante. Esto me contó quien dijo que lo vio o que lo había leído en auténticos libros: mas falso o verdadero que sea el cuento, sirva para que todos sepan que cuantas cosas hay criadas, hasta los gusanos más mínimos, vengarían a Dios del hombre cuando le ofende, si para ello diese licencia su Divina bondad.

52. De fidelidad.

Bueno es que tras de un impío venga un caballero fidelísimo, que con el contrario quite el amargor y mal sabor del gusto. Andrea Doria, noble genovés, pobre, que de humildes principios de su riqueza vino a ser gran señor y príncipe, y que habían de él miedo turcos, moros y bárbaros, y que su valor volaba la ribera de todo Poniente y Levante y de la Berbería, después que de esto dio muestra, fue general de las galeras de Génova. Luego dejando aquestas, fue general de las galeras del Papa, y por no sé que desagrado de sus ministros, cumplidas sus capitulaciones con él y despedido de Su Santidad, hizo asiento con el valeroso Francisco I, Rey de Francia, y fue su Capitán general por mar; en cuyo servicio estando y pasando a vista de Nápoles, salen a él las galeras del Emperador, de Nápoles, y métense por bizarría mil caballeros en ellas y Ascanio Colona y el marqués del Gasto; danse la batalla por mar, y rompe a los napolitanos Andrea Doria. Vencen aquella batalla naval, y prenden, entre otros muchos muertos y presos, a Ascanio Colona y al marqués del Gasto; el cual viéndole mal contento de los franceses por muchas cosas y por sus malas pagas, persuádele que deje el servicio de un particular Rey y se pase al de un Emperador y gran Monarca. Él oyó la plática, mas no aceptó el trato hasta haber cumplido su tiempo con su amo. Pásase después al Emperador, y aquí dio fondo perpetuo, con quien revivió mozo y murió después en servicio del poderoso Felipe, rey de España, y así vi en Génova un claro e ilustre epitafio, alrededor de sus casas; de modo que sirvió fielmente a una república y a tres príncipes de voluntad y condiciones diversas, cortando su servicio y fidelidad a la medida de sus talles. Pues otra lealtad usó mayor con su patria, que queriendo el Emperador hacerle señor perpetuo de Génova, él tanta merced no la aceptó, queriendo más ser un fiel y gran ciudadano de ella que un desleal príncipe, tirano y señor de su patria.

53. De un miserable caso.

En Santo Domingo el Real, donde está enterrado en Madrid el rey Don Pedro, tienen su enterramiento los caballeros del apellido Castilla, donde dicen que cuando alguno del linaje ha de morir hacen por de dentro señal en él; y así se dijo entonces, yo lo oí mas no lo afirmo: que cuando año de treinta y nueve murió la alta Emperatriz se hizo señal allí, como por persona de la misma casa de Castilla. En Madrid, pues, murió una señora de la Real sangre de ellos, moza y hermosa, y aunque no murió, no volvió más al mundo. A la cual teniéndola por muerta de una dolencia, amortajada con grandes lutos, hombres y llantos por la mal lograda, puesta en un ataúd, metieron en una bóveda, donde los de su linaje se solían poner. Aquella noche y los tres o cuatro días siguientes las monjas no durmieron, ni pudieron dormir, porque *gemitus lachrimalis immo auditur tumulto*, que se oían en la capilla de los de Castilla espantosas voces y gemidos. Abren libros de conjuros, vienen con sus albas y estolas exorcistas, bendicen la iglesia, y echan por toda ella agua bendita, y parece que cesó el ruido con esto a cabo de tres días. «No hay tal como acudir al remedio», decía alguno de los libros. Dende a tres o cuatro meses muere otro niño de los de Castilla; abren la bóveda para enterrarle y hállanla triste, desnuda y muerta, y tendida ante la puerta, ¡oh desdichada señora, muerta antes de su muerte, viva después de enterrada, virgen y mártir según lo que padeció enterrada en vida, creída de ligero, antes que muriese no siendo muerta, y después de enterrada no creída viva, que parece que como en la tumba se le pasó el paroxismo, después saldría de ella a gran afán, rompería su mortaja, rasgaría su caja, comería sus manos, y oyendo cantar sus propias amigas monjas, daría puesta en las gradas y a la puerta por salir a la luz las terribles voces y gemidos, hasta que cansada de dar aullidos en vano, se quedó a la puerta helada, siendo dolor grande a sus deudos, y a todos gran lástima y maravilla. A las vírgenes vestales enterraban vivas, pero por culpas y cosas por ellas hechas: que cuando cometían el delito, apenas era sabido que ya era castigado, y Dido decía:

*Hunc ego, si polui, tantum sperare dolorem
Et perferre, soror, potero.*

Con todo eso había en ello llanto y dolor público, y tenían los romanos por aciago aquel día; pero esto otro infelice por inadvertencia y no por yerro fue diversísimo.

Justa fue la sentencia que dicen que dio en semejante caso el Sumo Pontífice en dar por mujer al que en Florencia la sacó de la sepultura viva, aunque tenía otro marido, pues ya cuanto al mundo ella murió y expiró. El casamiento, como San Pablo dice: Muerto el varón, suelta es la mujer de la ley del varón; y por el contrario, muerta la mujer es lo mismo.

A este propósito me contó el licenciado Salguero Manosalbas, que pasó un pleito en Valladolid. Estaban dos de Burgos concertados de secreto de casarse; pártese el mancebo a Flandes, y en su ausencia trátansele a la moza muchos casamientos; ella unas veces por unas dolencias y otras por otros achaques entretiene la obediencia que a sus viejos padres debía por ocho meses, que fue el tiempo que entre ambos por cartas se puso el ausente enamorado, que no pudo venir al plazo dejadas todas las cosas de allá. Dende a poco tiempo vino, pregunta por su amada señora luego en llegando a Burgos, y dícenle: un mes ha que casaron contra su voluntad a la desdichada, y de descontenta enterraron ahí a la mal logradita. El mozo que esto oyó, de dolor estuvo para perder el juicio; va a donde estaba enterrada, hinche la iglesia de gritos y gemidos, da al sacristán porque se la deje ver después de muerta cuatro escudos; abre la tumba que estaba en una bóveda, hállala viva, ¡ya podéis ver con cuanta alegría, mientras menos lo esperaba, sería de él el felice suceso recibido! *Sed quid ego hæc autem nequicquam ingrata revolvo, quidve moror?* Tiénela en la iglesia dos o tres días, llévala a su casa a poco tiempo, conócenla los padres y el falsamente viudo primer marido, pídelo por justicia; anda el pleito, sentencia el Corregidor, amparando en su posesión al que la tenía, y la volvió de la muerte a la vida; fue el pleito por apelación a Valladolid; en qué paró no lo sé, sino que fue a toda España el caso extraordinario notorísimo.

54. De una generosa piedad.

El duque de Sesa, Don Gonzalo Hernández de Córdoba, nieto del Gran Capitán, llegó a Nápoles de paso que iba a ver sus estados con tanta virtud y fama en aquel reino ganados, y visitando, como es costumbre, él como un extranjero, las cosas notables de aquella amena y poderosa ciudad, halló al rincón de una iglesia, en dos tumbas, dos cuerpos, el uno de Musiur de Latreque, y el otro del conde Pedro Navarro, sin ningún decoro ni honra arrojados. Y sabiendo el Duque el gran valor de entrambos, que aquel fue gran señor y Capitán General del Rey de Francia, y aqueste también general de españoles, que ganó a Trípoli y a Bugía y a Orán con el arzobispo Don Fray Francisco Ximénez, sobre los que dio peste en la sitiada Nápoles, y fue soldado y hechura de su abuelo el Gran Capitán, él, pues, les hizo hacer una suntuosa capilla, y poner en sus sepulturas de mármol honrosos letreros y epitafios, y las dotó con dos capellanías, una misa perpetua cada día por sus almas. ¡Dignísimo es el Duque de perpetua alabanza!

Viendo Cicerón que César levantaba de Pompeyo las caídas estatuas dijo: «Cuando César no deja caer estas de su enemigo, levanta las suyas.» Qué hiciera el Duque si fueran sus parientes u amigos, cuando por los enemigos por sólo su virtud de ellos y por la suya hizo tanto, u como dejara de cumplir los testamentos y las almas de sus pasados, quien sin obligación ninguna cumplió así las obras de las ajenas voluntades, doliéndose de la miseria humana, que como dice Terencio en latín, *«homo sum, humanum nihil a me alienum puto»*; hombre soy y no pienso que me sea ajena cosa humana.

55. Del admirable contar de un muchacho.

Pues de cosas maravillosas el lector gusta, no pienso que puede haber de poca justicia cosa de mayor maravilla que el contar de un muchacho, que año de cuarenta y seis se trajo ante el Rey a Guadalupe. Pasó así: que en el servicio de la casa había un muchacho de trece años, labradorcillo rústico, de tierra de Trujillo, sin ninguna doctrina y sin saber leer ni escribir, que cualquier intrincada y monstruosa cuenta luego la desataba y desenvolvía. Tantos maravedises en escudos, ¿cuántas tarjas, cuántos reales, cuántos doblones serán? Pensaba un poco y muy poco, y decía tantos sin errar un maravedí. Para tantos soldados sácanse tantas varas de paño, tantos pares de alpargatas, tantas libras de plomo, tantas de pólvora, tantas de mecha, tanto pan, tanto vino, cada cosa a tal precio; al mercader y al bastimentero ¿cuánto se deberá a cada uno?, decía de presto, tanto. Echábase después la cuenta en gran rato por pluma, hallábase ser certísima, y así en reglas con tiempo y sin tiempo de compañía, cosa estupenda y casi increíble. Mas yo lo vi, y otra cosa sería más de espantar, acertar con cuya ayuda de Dios u del demonio hacía esto.

Yo tuve un criado el año de 1545 y 1546 con esta misma gracia, llamado Diego Portal. Lo mismo dicen que hacía en Madrid pocos años ha un Juan de Leganés, labrador rústico de aquel pueblo, casi mocete y bono, sin ningún género de letra, ni de escribir ni leer. Le experimenté, y le pregunté cuentas que en dos días un gran contador no acertara, y el Leganés sin dudar ni pasar las hacía. Esto fue en el patio de Palacio muchas veces con el Doctor Pedro de Argüello, juez de S. M., muy prudente.

56. De herencias extraordinarias.

Yo pienso que el desear los hombres las herencias se las hace desviar, y que el que desea la muerte a otro abrevia la suya, y dice al otro misas de salud; y jamás vi ser uno temprano heredero de su padre, sino el que no le pasó por el pensamiento de desearlo. ¿Cómo vino a ser duque de Alburquerque Don Beltrán de la Cueva, tercero de este nombre en su casa? Muriéndose sin se acordar él de ello, doce o trece antecesores sin él imaginarlo: murió el duque Don Beltrán, virrey de

Navarra, su tío, una persona muy señalada; murieron sus tíos Don Pedro de la Cueva, Comendador mayor de Alcántara, y el cardenal de la Cueva y el obispo de Jaén, y Don Luis de la Cueva, capitán de la guardia del Emperador, y dos hijos suyos, y Don Francisco de la Cueva, su mismo padre, y otros dos sus hermanos mayores; y volviendo a la raíz del árbol el marqués de Cuéllar, hijo de Don Beltrán, que casó con hija de Antonio de Leiva, y Don Gabriel de la Cueva, su hermano segundo, gobernador de Milán, y una hija del dicho Don Gabriel, tras los que poseyó en paz el ducado de Alburquerque, con mucho valor y bondad.

¿Qué más extraordinaria herencia pudo haber que la del marqués de Moya, que yendo al lado de su hermano mayor Don Pedro de Zúñiga, marqués de Moya, le dio su caballo en una pierna una cox que mató a su primogénito mayorazgo, el cual merecía tener herraduras de plata? ¡Oh caballo más digno que cuantos poetas cuentan, y que el Pegaso, que si este abrió la cabalina fuente fue con las manos, de la que bebiendo se hacían los hombres poetas, éste otro con los pies se la hizo al Marqués en la pierna, y con su muerte poetas y historiadores cantan, haciéndole gran salva, y dándole para hacer bien y mal una fuente tan abundante!

Así antiguamente heredó el conde Don Alonso Pimentel en Alcalá de Henares a su mayor hermano, que estando arrimado a una barandilla de madera en su posada, se cayó con él la baranda, y yéndole Don Alonso a ayudar, le asió de una pierna, y no lo pudiendo tener, como iba a caer de manos, cayó de cabeza abajo, y murió luego, el cual de toda la corte fue con abundantes lágrimas llorado.

Aína fuera así en el marquesado de Pliego, que de dos hijos que tenía el conde de Feria Don Pedro, muerto Don Lorenzo el niño, la niña que fue después marquesa de Pliego, cayó de un corredor abajo, y si un paje no la arrecogiera en sus brazos, también quedarán sin heredero derecho ambos estados.

La herencia de la casa de Poza ha sido también harto extraordinaria: murió Don Luis de Rojas, el marqués viejo, y Don Sancho de Rojas, su hijo mayorazgo, y otros tres sus hermanos: Don Luis de Rojas; clérigo; Don Pedro Sarmiento, imposibilitado; Don Juan de Rojas, clérigo; Don Gabriel y sus sucesores tres o cuatro; y del dicho mayorazgo Don Sancho, su hijo mayor imposibilitado él y su tío Don Pedro; y el marqués Don Sancho que lo heredó fue muerto en una pendencia a cuchilladas, y así el que hoy año de noventa y dos tiene la casa, la posee por las más desvariadas herencias que se ha visto jamás: unos de vejez, otros de dolencias, dos imposibilitados, dos clérigos, muerto uno a cuchilladas.

La casa del conde de Palma Don Luis Puertocarrero, que parecía firmísima con tres firmes postes, tres grandes hijos como tres grandes árboles, en un súbito cayeron y sucedió otro muy noble conde, hijo ulteriosísimo del mismo príncipe.

Pues la ilustrísima casa del conde de Alba, quedando del conde Don Diego muchos y muy valerosos hijos: el conde Don Enrique, el prior de San Juan, Don Antonio de Toledo, caballerizo mayor del Rey nuestro señor; Don Fadrique Enríquez, comendador mayor de Alcántara; Don Pedro Enríquez, conde de Fuentes, capitán general de Portugal, persona señalada, y Don Diego de Guzmán y sus hermanos y muchas hermanas, de las que no hay más que decir tras la duquesa de Alba: reducida la casa al conde Don Enrique dicho, mayordomo mayor de la Reina nuestra señora, tuvo otros muchos hijos, unos muertos y dos del hábito de San Juan, y aínas quedara sin sucesión el estado, si no hubiera un honrado caballero que sucedió entrado en el estudio, y en ser clérigo muy adelante.

Mas la mayor maravilla de todas fue los reyes que para que sucediese el Rey Felipe nuestro señor en los reinos de Portugal, dispuso la Divina Majestad que faltasen, *tantæ molis erat* volver donde había salido esta Real casa. El Rey Don Manuel, bisabuelo del nuestro murió y tuvo ocho hijos, y el Rey Don Juan, su hijo mayor otros diez, y de uno de ellos fue hijo el Rey Don Sebastián que murió peleando con los moros en África. Volvió el reino al tío del Rey, Don Enrique Cardenal; de allí vino a la Emperatriz Doña Isabel, nuestra señora, y a la princesa Doña María, hija del Rey

Don Juan, y de los dos al Rey nuestro señor y al Príncipe de España su hijo Don Carlos, y de la sucesión primera, cuando no hubo heredero, debió de tornar al tronco capital, donde aquel reino solía estar.

Y en la muerte del Rey Enrique último hubo muchas cosas notables, que murió a media noche el mismo día, mes y hora en que nació, de sesenta y ocho años, habiendo reinado diez y siete meses y cinco días. Este día de su muerte hubo un eclipse grande, y Don Enrique, conde de Portugal, fue el primero por quien se apartó Portugal de Castilla, y Enrique, el Rey postrero, por quien se tornó a juntar; habiendo durado la paz entre ambos reinos ciento y seis años, y en el suntuoso enterramiento de aquellos Reyes en Lisboa, en Belén, hubo ciertos sitios para difuntos Reyes hasta Don Enrique, como adivinando que no había de haber más Reyes, ni que allí se habían de enterrar más, como dicen que cuando una persona que está mortal y se sangra no vuelve naturaleza a consolidar la sangría, porque aquello ya no es menester; de manera que fueron veinte y dos antecesores los que para tan alto sucesor habían de faltar.

Todo lo cual he dicho para que se vea cómo los reinos se acaban, cómo las esperanzas y mudanzas del mundo van, y cómo en la corruptible tierra no hay señorío firme ni estable, pues ninguno de cincuenta hijos heredó a Priamo en el reino de Troya y grandes señoríos de Asia. Pues ¿para qué se procuran riquezas y estados trabajosísimos de ganar, breves en poseer, dificultosos de conservar para los dejar al cabo a muertos-herederos extraños?

57. De herencias naturales.

Parecerse todas las criaturas en sus figuras a sus padres cosa es tan cierta que no la hay en el mundo más. Como los pimpollos de los sauces no llevan hijos, ni los de los duraznos manzanas, y así en todas las plantas y árboles; y así es esta parencia más que en los hombres en los animales irracionales: que el hijo del buen caballero será bueno, y el del malo malo, sin salir uno al revés, y esto no solo en los talles y en los colores, mas en la traición y lealtad. Pero no es en todo tan absolutamente; así que en los cuerpos difieren muchas veces muchos, porque en el generar se divierten a mil partes en imaginaciones varias de lo que tienen delante, y cuanto a las condiciones que dependen de los ánimos por el libre albedrío que tienen sólo los hombres, disparan conforme a él de lo que heredaron de sus padres; y aun de lo que las estrellas los inclinan a bienes o a males, y aun también desvían en los hombres la leche de las amas, y la doctrina de los maestros y la compañía de los sabios. Mas con todo esto los más siguen a lo que deprendieron de sus linajes.

De Diego García de Paredes, valentísimo caballero y de grandísimas fuerzas, heredó Don Hernando de Paredes, su nieto, lo mismo y aun de su abuelo las melancolías y furias espantables. El famosísimo Cardenal Don Fray Francisco Ximénez las tuvo a tiempos, por dilucidos intervalos, y decía, cuando se sentía querer adolecer, a sus camareros: «Cerrad esas puertas, y atadme» y también «soltadme», como Sileno, cuando conocía que se le había ya pasado. Y Don Benito de Cisneros, su sobrino, un honrado y docto caballero las heredó de su tío. A salto de caballo, la lanzada del padre, el caballo y la mordedura del lobo certísimo es, y en los hombres se vio esto. Soler, un alcaide de la Puebla del Prior, nació sin dos uñas en las manos, y un hijo suyo, casado, tenía injustísima sospecha de su mujer preñada, honrada, buena y casta, y esperaba a que pariese para matarla, andando para perder el seso, atizándole a ello el Diablo, parió una hija su mujer, la cual es hoy monja en Santa Isabel de Llerena; con que se puso en paz, porque nació con dos uñas menos, como su abuelo, en las manos.

Mas en nadie estas cosas maravillaron en nuestros tiempos tanto como en un caballero muy manso, muy cuerdo y muy honrado. Sale furioso de la corte, sin ninguna causa, y comienza a hacer las locuras de Orlando; arroja por ahí sus vestidos, queda en cueros, mató un asno a cuchilladas, y andaba con un bastón tras los labradores a palos, y no pudiendo escudriñar de la causa, decían que de una tía suya lo había heredado, y así es cierto que hay dolencias y condiciones hereditarias. Los

hijos de hidrópicos mueren de hidropesía; así murió el duque de Béjar Don Francisco y su hijo el marqués de Gibraltón Don Alonso, su mayorazgo. Fue fraile un conde de Benalcázar; también Don Luis de Sotomayor, su nieto, fue fraile, y su biznieto lo es hoy dominico, el conde de Benalcázar. Murió mi madre³², hija del conde de Medellín, de mi parto, y no duró más que un año casada, y Doña Leonor Puertocarrero, su sobrina, madre de mi hijo Don Francisco murió también de parto, sin llegar aun al mismo año.

Tuvo gota el Emperador, nuestro señor, y el más templado de los hombres, su hijo, es de la misma gota atacado. Don Pedro Puertocarrero, el sordo, que por serlo fue así llamado, y Don Alonso de Cárdenas, conde de la Puebla, su nieto, tuvo la misma sordez heredada. Mi padre tenía en el pescuezo unas señales que de aceite hirviendo, a la muralla de Fuenterrabía, le echaron entre las armas; yo saqué en la garganta las mismas señales. El famoso general marqués de Leganés³³ recibió en Flandes un mosquetazo en la oreja, y esta misma señal sacó su hijo en su nacimiento. Un señor de título, muy principal, le cupo en suerte ir con bubas a casarse, y dos hijos suyos al punto del casamiento las llevaron al tálamo.

Volviendo a las locuras ya dichas, había un caballero muy principal que estuvo gran tiempo loco, y lo decía él «cuando yo estuve tal tiempo malo», y le decía yo, de lo que él se holgaba, que entre necedad y locura había esta diferencia grande, que del loco dicen que está loco, porque otro día no lo estará más; del necio no dicen que está necio, sino que es necio de juro y de heredad, que toda la vida lo será.

Y cuanto a las herencias, son morenos los conde de Benavente, los de la casa de Béjar barbinegros, y antes de tiempo calvos. Los duques de Alba pequeños de cuerpo, antes que su madre del duque Don Fernando prolongase la casta, y a los altos y esclarecidos príncipes de la Real casa de Austria conocerán todos en los labios. Y con Aquiles concluyo: con la inclinación natural que no puede disimularse, que metido entre monjas de las de la vana gentilidad, ni curó de tocas ni espejos, sino en hábito de mujer; abraza un escudo y empuña una lanza acudiendo a su natural. Por lo que avisen todos de conservar con buenas compañeras su casta, y los a quien no les cupo en suerte tenerla tal, de mejorarla.

58. De cosas blancas.

Parece que la naturaleza, aun en las cosas que comúnmente hizo de otros colores, tiene cierta inclinación de hacer blanco. Yo he visto en Flandes ciervos y gamos blancos, y lobos hay allá tantos blancos, que mercaderes traen de las partes del Norte tantas pieles que se hacen de ellas aforros muy preciados; mas estos no son los propios nuestros, sino linceos que dicen de la gran vista que llaman lobos cervales, y he visto muia de cuatro pies blancos. También hay en Flandes aforros de liebres blancas traídas, como he dicho, de las partes septentrionales; y éstas dicen que no lo son siempre cuando vivas, sino que en verano son de la color de las nuestras, y en invierno como la nieve blancas, que parece que como Nuestro Señor les dio solamente armas de huir y de estar encubiertas, para el huir les dio ligereza, y para estar escondidas la color de la misma tierra, con las mudanzas que a tiempos con los fríos se mudan allá. Y maravillándome yo de esto y estando el pie en el estribo para no creerlo, me dijeron cazadores de liebres que no me espantase, que lo mismo acaecía a las de acá ponerse del color de la tierra a temporadas. Y así yo mirando en ello hallé después en invierno, las liebres de color de barbecho el pelo, y de verano como las mieses y rastros pardas.

De aves hay mucha mas abundancia, extraordinarias blancas; yo vi un azor de diez y ocho perdices al conde de Alba Don Enrique como una paloma blanca; y blanco a un buen gerifalte del conde de la Puebla Don Pedro de Cárdenas, y un gavián zahareño a Don Manrique de Zúñiga, hijo de la duquesa de Béjar, blanco, tomado en tierra de Sevilla; nunca hizo con él nada. Visto he

32 Doña María de Puertocarrero, hija de Don Juan, tercer conde de Medellín.

33 Este párrafo está escrito al margen de distinta letra.

también perdiz, gorrión, cogujada, tórtolas blancas; onocrostes, de los que dice Plinio que les cabe un cántaro de agua en el papo, vinieron a tierra de León en estos tiempos cuatro, cuya armadura con plumas blancas de uno que mataron anduvo muchos días en Castilla de uno en otro mostrándose.

Cuervo blanco no he visto yo, ni oído que le haya visto nadie, y así dicen en latín: «más rara que cuervo blanco.» Mas muy más raro fue estar en Génova esperando todo el mundo al Príncipe de España, y un caballero español, muy principal, saltar en tierra en Italia con ropa de por casa; y más raro un señor muy rico y muy avisado andar entre los negocios del mundo, y teniendo él hartos en el patio de palacio, con calzas de paño verde y pantuflos, y un insustancial gavilán en la mano; mas tal vez hay que se aduerme el buen Homero.

59. Del bien público.

Cuando van jueces a algunas visitas de término, llevan consigo muchachos para que, sucediendo unos en pos de otros los tiempos, para en guarda de justicia se les acuerde de lo que allí pasa. Así pienso yo que me acaeció a mí con Don Álvaro de Bazán, siendo yo de diez y seis o diez y siete años; él, pues, paseándome yo con él en la corredera de Valladolid en nuestros caballos, estando la corte allí, me dijo que me quería decir lo que a él siendo mozo como yo, para que se acordase de ello le había dicho el Gran Capitán: Que si españoles pasasen en Levante serían señores de toda Grecia por los infinitos cristianos que en ella y en Constantinopla hay; y que si turcos viniesen a España la pondrían en gran aprieto por los muchos moriscos armados y pláticos españoles que en España hay. Y porque yo no sé de qué mozo fue este secreto que a mí Don Álvaro me encargó, y a él el Gran Capitán, por el bien público lo encomiendo yo aquí ahora en estas letras a todos cuantos leerán este libro.

60. De una habilidad de un músico.

Fue en Valladolid, en mi mocedad, un músico de vihuela, llamado Narváez, de tan extraña habilidad en la música, que sobre cuatro voces de canto de órgano de un libro echaba en la vihuela de repente otras cuatro, cosa a los que no entendían la música milagrosa, y a los que la entendían milagrosísima.

61. De la oportuna muerte.

A cuán buen tiempo para su honra murió el marqués de Santa Cruz, y a cuán malo para la nuestra, todo el mundo lo sabe, sin haber él recibido revés de fortuna contraria; que fue buen general de naos, después de las galeras de Nápoles, después de las de España, con las que se halló en mil empresas y en la batalla naval de Lepanto, para cuyo vencimiento fue gran parte por consejo y por las manos, y en el conquistado reino de Portugal, que venció la batalla marítima sobre la isla de San Miguel, y ganó todas las islas de los Azores, a quien ningún corsario le osaba hacer cara. Lleno de reputacion y de servicios y esperanza de muchos más, al tiempo que dice Don Jorge Manrique:

Después de puesta la vida
Muchas veces por su ley
Al tablero.
Después de muy bien servida
La corona de su Rey
Verdadero³⁴.

34 Estos versos están sacados de una composición que Don Jorge Manrique hizo en loor de su padre Don Rodrigo, y que se halla al fin de las célebres coplas de *Recuerde el alma*, etc, en algunas ediciones

Elegido por general en la mayor empresa del mundo como conquistar Inglaterra, y sin ninguna duda de todos que la conquistara, dio el alma a nuestro señor en Lisboa, estando para se embarcar para la jornada, con sentimiento de todo el mundo, con sospecha y después con certeza, de que su muerte por su experiencia había de hacer notoria falta, así que vivo no podía hacer más que lo que de él se esperaba, y muerto ya en la opinión del mundo había hecho la jornada. ¡Oh cuanto así el vivir menos hubiera a muchos hecho al caso! A Pompeyo hubiera valido harto morir antes que las guerras civiles se comenzaran. Cuanto a César de dolencia hecho monarca, antes que a puñaladas le mataran en el Senado. Cuanto a muchos que, teniendo vida de comedias alegres y prósperas tuvieron desastrados y miserables fines trágicos. Mas le acaeció al Marqués una cosa extraña, después de muerto con unos soldados. Estos le guardaban el cuerpo muerto, armado, puesto en un templo para desde allí trasladarle al Viso, a su enterramiento. Con tal huésped bien afortunado, y los soldados que veían sobre él una hermosa cruz y unos candeleros y grandes blandones-de plata, y codiciando el escandaloso metal que en el mundo ha causado tantos males, conciertan una noche de llevársele; mas como soldados pláticos que no quieren partirse sin licencia del capitán, lléganse a él y dicen: «¿Danos V. E. licencia para que nos vayamos?» dijo uno a su cabecera, haciéndole abajar la cabeza, que «sí daba.» «Hácenos V. E. gracia de esta plata con su pasaporte, pues ha tantos años que servimos a Su Majestad», decía el otro intérprete del muerto, abajándole la cabeza, «sí doy y si hago.» Pues con su buena licencia, ea, vamos»; sácanle todo lo que pudieron y vánse.

Pues sabido el hurto y la maldad a la mañana, con grandísima diligencia que se puso, no embargante el pasaporte, de ellos, y no ellos de la plata que llevaban, hicieron cuartos. Que me parece que fue como lo del Cid que después de muerto el judío le quería llegar a la barba, que cayó el judío amortecido defendiéndola él con su espada por volver por su honra; quizá si no le tocara a él en ella no hiciera más que hizo el Marqués de no volver por su plata. Cuando Bruto mató a César, luego llamó a Cicerón congratulándose con el puñal alto y ensangrentado; así el gran Marqués me escribió a mí la toma de la Tercera, corriendo sangre el día mismo que la había tomado, dándome cuenta de ello.

62. De demasiada cortesía.

Tras un muy mal criado entra en el teatro otro de demasiada buena crianza, para que echando el compás en medio pase en su puesto la buena crianza y cortesía. Dice la Santa Iglesia en sus oraciones, *cujus servire regnare est*, así el servir a los reyes, vestirlos, calzarles las espuelas, es cosa de grandes señores y de Príncipes; mas un Conde viejo, de poca discreción y del buen tiempo, no lo entendió así, que viendo al Emperador salir de luto con una loba de falda muy larga que le llevaba Musiur de Laxao, su camarero mayor, arremete a quererla él llevar, y a querer de ella asir, diciendo a Laxao: «déjela V. S. que yo la tomaré», y anduvieron tras el Emperador ambos porfiando. Al principio Laxao desvíole dos o tres veces, y después puso contra el Conde mano a su espada, que pensó que le quería tomar aquella su preeminencia; mas después visto que con bondad y simplicidad de un buen viejo lo hacía, fue en todos muy mucha la risa, y el Emperador también en su aposento después rió de ello mucho. Mas lo miraron todos mejor en Alemania, en Augusta, que habiendo de noche de ir el Rey al Emperador, no hubo nadie que, tomase una vela para alumbrarle, por ser de los de la cámara aquello, y no tomarles nadie su oficio.

Igual inadvertimiento al primero fue el de un señor catalán, siendo a Barcelona el Emperador recién venido, que viendo aquella insignia de oro del Toisón, de que el Emperador es patrón y ahora lo es el Rey, su hijo, y que la dan a los Príncipes que son servidos por la última honra y merced grandísima, mandó a un platero que le hiciese como el del Emperador otro carnerillo, y salió un día de la orden del Toisón, sin se lo haber dado, de que hubo en palacio mucha risa; mas era de tanta calidad que en vacando uno de la orden se le dio jurídicamente la insignia: que son cincuenta

collares de oro, que en vacando por muerte de uno, se vuelve el collar a su Maestre para que a su beneplácito le torne a dar.

63. De desesperados.

De cuantos desesperados ha habido y habrá en el mundo, el traidor Judas lleva la ventaja, que dicen que más ofendió a Dios en no fiar ni esperar su misericordia que en venderle, porque el hacerle traición, aunque fue crimen *lesæ Majestatis* y la Majestad divina, ésta fue maldad suya; pero pensar que no había de perdonarle la inefable bondad de la omnipotencia de nuestro Señor Jesucristo, fue argüir de en nuestro Señor defecto y falta donde nunca cupo, y así tiene tomada posada a cuantos del inefable bien desconfían.

Pocos años ha, y este es el de noventa y dos, que una mujer veía a su marido en Llerena levantarse muchas noches, y a las postreras acechando a la puerta de su casa oíale hablar con uno, sin ver con quien hablaba, y decíale que ganaría mucha honra y haría muy gran hazaña en saltar de la torre abajo y que no se haría mal, que él le bajaría en su capa y en sus manos; que según pareció después debía de ser el diablo, lo que a su mujer nunca descubrió, porque el secreto se le había mucho encomendado. He aquí cuando de alguna virtud usa el demonio, porque hace guardar el secreto; es virtud lo que él encomendó; mas fue infierno el ser el secreto para matarse. Creyóse de él al fin, toma su consejo, y súbese a medio día en la torre de la iglesia mayor, en lo más alto; echa (como el profeta Elías la suya en el Jordán para pasarle) su capa tendida en el aire, y a vista de todos que estaban mirando lo que quería hacer, echase tras su capa desde allí abajo, donde, faltándole el ayuda del que a todos sus amigos falta, murió luego, y se fueron juntos ambos al infierno para donde las espuelas calzadas le estaba esperando el malo; y como nunca hay mal solo, todos echan centellas, y de un daño salen otros. Estaba una mujer en la plaza que de verlo venir abajo, tan extraordinario y espantable caso, hasta que murió quedó loca, de haberlo perdido el otro perdiendo el seso ella.

Y después de esto, uno que en Llerena vendía naranjas, envíale su mujer por sal, y habiendo de ir a la playa échase y ahógase en una noria en el campo, y sacáronle con los maravedís que llevaba por sal muy apretados en una mano.

Otro hombre gracioso, que se llamaba Ortega, el Galán, diéronle una gran cuchillada en el rostro de oreja a oreja, que le dejaron caída en los pechos como babero la cara, y en esta turbación perdió una llavecilla de un cofrecillo en que tenía quinientos ducados; mas nunca se quiso curar en dos horas, desangrándose y enfriándosele la herida hasta que pareció su llave. Vino después a morir dende a poco, e hizo todas las diligencias de cristiano; mas cuando vinieron a le olear, nunca quiso abrir para olearse la mano en que tenía la misma llave, y murió como buen alcaide con la llave en la mano.

Mejor dicha que los primeros hubo en Italia un buen soldado de Mérida que, según él contaba y dio testigos bastantes, y él era también muy verdadero, dándose al diablo muchas veces en la plaza de un lugar, jugando le arrebató un torbellino de en medio todos, y le llevó en peso por una calle adelante; y queriéndose alzar más con él el que le llevaba, se asió de una reja alta de una ventana (habiéndose primero asido de lo que más hace al caso, de encomendarse a Dios), y quedó de ella colgado donde lo dejaron, y él se tuvo recio en ella hasta que trajeron escaleras para bajarle, de lo que él quedó bien arrepentido, y todos los que lo vieron muy espantados.

64. De fortaleza y constancia.

El conde de Benavente Don Alonso Pimentel, padre del conde Don Antonio, que fue virrey de Valencia y que de medio mundo lo merecía ser por su valor y bondad, imitando, sin discrepar uno, a todos sus pasados; y así lo es el Príncipe y serán los porvenir por ser su tierra fértil de tales árboles.

Tenía (ya trastumbada la edad) de piedra dolores insoportables, y consultados grandes maestros y cirujanos, hallaron que cuando mucho así podría vivir medio año, y sacándosela que sería gran maravilla escapar. Pues él se resolvió de hacerse abrir; confesó y comulgó, e hizo su testamento, y diéronle la extremaunción, como a un mortal y católico cristiano, y ya estaban desnudos los brazos los cirujanos, y él puesto en una mesa de espaldas, y todos los instrumentos de fuego y de yerro delante, cuando acordaron los maestros de atarle, y se lo suplicaban en torno todos con muchas lágrimas, porque el menearse un punto era luego luego matarle. Él no lo consintió, y puesto como San Andrés aspado, comenzaron a hacer su oficio los piadosos ministros de crudelísimas manos; cruzáronle la piedra, y retorciendo se la sacaron fuera con unas tenazas, y luego acudieron con los cauterios de fuego, y él sin gemir, ni aun decir ay, sino sólo diciendo: «daos prisa, daos prisa.» Juraban los que estaban a su cabeza y a sus manos que no le sintieron menear un punto en media hora que duró el trabajo, y en poco tiempo con muchos sacrificios a Dios, quedó sin dolores, libre y sano.

65. De un gracioso engaño.

Yo envié un mozo de a pie a Granada con un despacho desde Llerena a Luque, en término de San Nicolás; ladrones en el camino le mataron, y en aquel tiempo, en el mismo término mataron un regidor de Costantina muy honrado. Sálenle a buscar sus deudos; topan el cuerpo del gallego mozo de caballos, y con grandes lutos y llantos de la ajena mujer, llévanle a Costantina, pensando que era el cuerpo del regidor, su marido muy amado. Dícenle muchas misas de cuerpo presente; llora la triste viuda sobre el gallego: «¡Ay mi marido muy querido! ¡Ay mi vida y mi alma!» y de ansia quíere echar a morir en una sepultura con el mozo de caballos, y gástanse en las honras, de quien no tenía ninguno, más de docientos ducados. Dende a poco hállase el cuerpo del regidor de Costantina, lleno de lodo, comido de perros, desgarrado el vestido, y en lo último mal trecho. Llévanle sus deudos con poca pompa y sin ningún llanto, porque ya no había dinero para más honras, ni humor, según lo que habían llorado al otro, para le llorar.

Pregunto yo ahora: ¿por el alma de quién irían aquellos sacrificios hechos? Que si la intención de los otros fue por la del regidor y no por la del extraño, la intención de Isaac fue de dar su bendición a Esaú, su hijo mayor, que le hurtó Jacob, y por ella fue bendito y bien afortunado entre las gentes. Mas pienso yo que fue por el regidor, que la intención de todos sacrificaban; que lo de Jacob fue diferente (y un poco que difiere una cosa, difiere harto), porque todo aquello fue por permisión de Dios, en figura de que el pueblo cristiano seguido había de preceder al primogénito pueblo judaico. Y en pena de Esaú, que por una escudilla de lentejas vendió a Jacob la primogenitura, bendición y mayorazgo: dos delitos graves, el uno desobediencia y menosprecio de la bendición del padre, y el otro simonía de haber vendido por interés la bendición sagrada.

Mas la mayor simonía de todas entre otros mil males que tuvo el atroz caso, fue la de Judas que fue vender al santo de los santos, nuestro Señor Jesucristo por treinta monedas malas. Y también para restituir a Jacob en la mayoría, que por fuerza le llevó Esaú en el vientre de su madre. En lo cual todo, a lo que la santa Iglesia tiene me remito.

66. De un desastrado caso de un caballero cortesano.

Estando el Rey nuestro señor en el Pardo, salió a ojeo de conejos, donde hay tantos que el ojearlos es menester para que no se tomen con la gente, a la que tienen ya perdido todo su miedo natural; y era edicto inviolable, que ningún caballero de cuantos con el Rey en sus puestos estaban, matase liebre para que hubiese hartas; y estando cerca del Rey un caballero muy principal, vínole a tiro una liebre, y porque era corto de vista, pensando que era conejo, atravesóla de una virotada, y ella chillando, chillando fue a morir a los pies del Rey; «¿Cómo?» dijo el discretísimo conde de

Chinchón Don Diego de Bobadilla³⁵, como que de su muerte pedía al Rey justicia, pues que sobre su seguro no le había aprovechado. «¿Quién la mató? ¿quién?» dijo el Rey. «Señor, dijeron todos, Fulano que, como corto de vista, no vio a lo que tiraba.» No embargante esto cesó el ojeo, y hasta Madrid ninguno hubo que osase hablar palabra, según la doctrina de los estoicos, que el que quebranta un precepto por poco, tanto ofende como el que le quiebra por hartó.

67. De amor filial.

Pues en alguna parte he tratado de píos y buenos hijos, se me ofrece ahora decir de una excelente madre que fue la marquesa de Priego, Doña Catalina Hernández de Córdoba, madre del conde de Feria, Don Pedro, y del duque de Feria, Don Gómez de Figueroa, y del marqués de Priego, Don Alonso de Aguilar, la cual fue de las mas sabias mujeres que hubo en su tiempo, y más amante de sus hijos, y en especial del mayor, del conde Don Pedro, que fue excelso. Estando, pues, ella en Montilla, llegó la nueva de que el Conde su hijo estaba muy malo en Zafra: levantóse de su estrado en oyéndolo; bájase de su aposento con su solo manto sobre la cabeza; manda: «Tal y tal dueña, vengan conmigo; venga mi litera tras mí; venga mi servicio y mi gente.» Y a pie, sola, pasa por medio de Montilla ella y sus dueñas, alcanzándola unos y otros caballeros suyos que salían al rebato corriendo; llega su litera en el campo; abren gran trecho; métese en ella; luego suben en mulas sus dueñas, y por todo el camino la fueron alcanzando hasta Zafra sus caballeros desde Montilla, de donde salió con tan gran desaliento y ansia, en lo que se verifica lo que dice Ovidio: *non bene conveniunt, neque in una sede morantur majestas et amor*, pues el paternal amor pudo más que la ilustrísima y presuntuosa autoridad.

68. De mansedumbre y templanza.

Andaba por Roma un italiano en hábito de loco, descaperuzado y en cuerpo, y con cañas en las manos, en tiempo que el santísimo Pio V había dado licencia a un Cardenal que sacase doscientas mil fanegas de trigo, que se pensaba que en Roma harían gran falta y no se lo osaba decir nadie, y pasando el Sumo Pontífice en una media litera, llega a él el loco y díjole: «Padre Santo, tú dejas sacar el trigo; Roma se morirá de hambre; tú te irás al infierno, y a quien lo has dado vivirá pocos días.» Queríanle dar de palos los de su guardia, el Papa no lo consintió, antes le echó su bendición, y vuelto a su Palacio, revocó la concesión del sacar trigo; y como dijo el loco, no vivió treinta días el a quien lo había dado, porque para obtenerlo ya hizo de su parte cuanto pudo.

Y este mismo año salió un herrero desgredado al Papa diciendo: «Écheme su bendición, santísimo Padre», y él se la dio benigneamente extendiendo sobre él su mano poderosísima.

69. De que la envidia con buenas obras crece y engorda.

Aunque la envidia enflaquece a su dueña, como dice el poeta, *invidia alterius-macrescit rebus opimis*, mas ella misma crece y engorda, haciéndole bien y regalándola como cuartana; como con el Cid que, mientras más bien obraba más crecía con él la envidia, y Sinón puesto en su libertad y otorgádole la vida, encendió a Troya, y aunque aquello es poesía, es figura de lo que pasa en esta vida. A Judas el comer en la mesa de Nuestro Señor y en un plato y lavarle los pies, más le atizó a su traición urdida, y con Nuestro Señor mismo, por las tan milagrosas cosas que por ellos hizo, y la postrera de la resurrección de Lázaro, le entregaron a la pasión por envidia. Pues de cosas de mis tiempos estas me ocurren; el rey Francisco, sacado de la prisión del Emperador, y aun dádole su

³⁵ Estaba el nombre en blanco; pero tratándose del Consejero y privado de Felipe II, no puede ser otro que Don Diego Fernández de Cabrera y Bobadilla, tercer conde de Chinchón, de los Consejos de Estado, Guerra e Italia, tesorero general de la corona de Aragón, y gran privado de Felipe II.

hermana en casamiento, con mayor envidia que antes le contrastó y guerreó toda su vida. Y Mauricio a quien el Emperador hizo Duque y le envistió la elección del imperio, beneficios para serle siempre esclavo humilde, vino contra él a traición en Esplu³⁶. Así que nadie espere del desleal ni del traidor que le ha de amansar ni mudar por beneficios, que engorda y crece, como dicho es, con buenas obras la envidia.

70. De un león del señor Don Juan de Austria.

Son tantos los ejemplos antiguos del entendimiento y lealtad de estos animales, que cuanto a cosa tan sabida no hay aquí que tratar; mas lo que pasó en nuestros tiempos se diga, porque así lo uno por lo otro con facilidad se creará. Hubo un león real el señor Don Juan de Austria, que de su mismo nombre le llamó también Austria, que de día y de noche nunca de su presencia se quitaba, como un leal capitán de su guarda. Al negociar con todos en Nápoles echado ante él le tenía puesto el pie encima, y como un lebel la barba en tierra, y de contento con tal favor, coleando estaba a su comer a la mesa, y allí comía de lo que el señor Don Juan le daba, y venía asimismo cuando se lo mandaba dar, y en la galera el esquife de ella era su morada; y cuando iba a caballo iba a su estribo como un lacayo, y si a pie detrás como un paje; ni había oficio en su real casa que el manso y obediente león no representase hasta ser de día y de noche de los de su cámara, y tal vez si se enojaba con alguno que iba a arremeter con él para acometerle, a una voz del señor Don Juan, llamándole: «Austria, tate, pasa aquí», se ponía en paz y se iba a echar en su misma cama. Este hermoso y raro animal, partido el señor Don Juan de Nápoles para Flandes, fueron tantos los gemidos y aullidos que dio de pesar, que puso a todos los de aquel reino gran maravilla y espanto, hasta que de pura tristeza de la ausencia y pérdida de su amo, comiendo mucho y comiendo poco, vino a acabarse, y *qui vidit testimonium perhibet*, y sabemos que *verum est testimonium eius*; y no de uno solo, sino de muchos caballeros que nos lo han contado.

71. De un consejo astuto del Draque más insustancial.

Quedando muy ofendida la Reina Isabel de Inglaterra de que la poderosa armada de España hubiese ido a ocupar su reino, lo que por permisión divina el tempestuoso tiempo les hizo malograr, intentó en venganza de esto de venir por mar con armada a España, *pelago dux fœmina fasti*, lo que diversas veces en su consejo de guerra propuso. Y metido Francesco Draque en él, que nunca había sido admitido, y oyendo lo propuesto sobre lo dicho, pidió para resolverse y dar su parecer dos días: el primero trajo un gallo muy soberbio, y echóle en medio de la sala, el cual con fiero paso y levantado cuello comenzó cantando y con gran gallardía a pasear por allí, y con su gallo se salió del consejo sin decir nada, no pudiendo ninguno encender aquello a qué propósito había sido. Volvió con el mismo gallo otro día, pelado y sin pluma, desnudo, y tornóle a soltar allí; el gallo como hacia frío, temblando se estuvo quedo, y se les fue a meter debajo de los bancos a los del Consejo, buscando algún abrigo y desenvolviendo este enigma a los del Consejo, dijo: «Señores, esta soberbia y feroz ave del Rey de España que con su voz, como el gallo a los leones, espanta a todo el mundo, no se puede acometer ahora sino poco a poco; vámosle quitando la pluma de esas riquezas que le traen de las orientales y occidentales Indias»; en lo cual se resolvió el Consejo; y así a lo que atendieron dende entonces los ingleses ha sido el robar como corsarios nuestros mares, a quien como enemigos no pueden empecer y nucir.

36 Así en el manuscrito; pero habrá de entenderse Innsbruck.

72. De dos facinerosos.

Las penas a dos partes atienden y miran: la una a castigar al culpado, y la otra a escarmentar a los hombres por venir. Y la principal es esta postrera, pienso yo, porque para vengarse de quien la ofende una república, poco interese es justiciar a un culpado y anticiparle la muerte algunos años, pues al fin ha de morir. A respecto de que aquel mal no se prosigue en daño del linaje humano y en su perjuicio, por lo cual se inventaron los extraordinarios castigos y los pregones públicos, así como el asolar de casas y otras perpetuas ignominiosas insignias que los muertos no sienten, y hacen espeluzar el pelo y asombran a los vivos, por lo que diré dos casos de estos en nuestros días.

Fueron Canerin y Aroba en el reino de Granada dos tan facinerosos moriscos, que robaban y asaltaban a cuantos había en aquel reino, así a los que entendían en el camino en sus haciendas, como a los que iban a pleitos a Granada, y a los mismos oidores y alcaldes por los caminos, y aun en las huertas de Darro y Genil no venían los caballeros seguros; y en la fuente de la Teja hecha para amenidad y recreación, allí asaltaban a los que a solazarse y a ver damas se iban por allí paseando seguros. Contra estos fue menester que advirtiese la Audiencia y el Capitán general de aquel reino, y proveyesen los caminos de escoltas, y los campos de presidios de infantes y compañías y otros que entrasen en tal maleza del soto de Roma a buscarlos, que era allí su refugio. Al fin fueron presos y hechos cuartos, mostrando, donde delinquieron y para vivir bien, general ejemplo los caminos.

Otro bandolero hubo en Cataluña, noble y de mayor cuantía, que se llamó Antonio Roca que, aun estando cerca el Emperador en Monzón, salteaba por las montañas y sierras con quinientos hombres en su ayuda. Estos bandoleros comienzan por afrentados o afrentadores de otros, y sálense a la sierra para vengar sus iras; y como en los montes no hay pan, tómanlo a los que topan; y como es menester dinero para muchas cosas, salen en su demanda por los despoblados y caminos, y quitan en todo la obediencia a Dios y a la justicia, encadenando de un delito otros muy peores, que nunca acaban donde comienzan las culpas sino doblando la cernina. Contra este famoso bandolero, que famoso en latín es siempre tomado en mala parte, salieron escuadras de gente gruesas, con sus anchas mangas de arcabuceros, y fue al fin roto y preso por el marqués de Aguilar, virrey de Cataluña, y en un carro alto puesta la oficina de Vulcano en Barcelona, atenaceado vino, y aseguradas las sierras y caminos, hacienda y vida de muchos con su muerte, de lo que *montes exultaverunt sicut arietes, et colles sicut agni ovium*, dejándolos seguros y en paz.

73. De una gran reputación de capitán.

La mayor jornada y mas peligrosa empresa de cuantas el Emperador tuvo, fue la defensa del reino de Hungría y resistencia al gran Emperador de los turcos Solimán, que con doscientos mil hombres de a pie y cuarenta mil caballos, año de treinta y dos, venía a invadir la cristiandad; y si a la furiosa avenida suya no hallara tan fuerte muro y reparo, sin duda la media Europa ocupara, y en ella a la amena Italia y en la santa y pontifical Roma pusiera su silla infernal hecha de oro de despojos de todo esto, y de las victorias de Rodas y Buda y Belgrado esmaltada, y de otras partes antes manchada de tanta crueldad. El Turco venía ya por los confines de Hungría, y el Emperador estaba en Ratisbona esperándole, y así los mayores dos poderes del mundo iban a encontrarse con las armas en la mano, uno de Poniente y otro de Levante; uno para defender y otro para conquistar; uno por la causa propia del cielo, otro por la infernal; uno trayendo a los santos de Dios por padrinos, otro a los demonios sus abogados. El campo de la batalla y combate había de ser el llano y fertilísimo reino de Hungría, que el poder de ambos Príncipes le aseguraba a ambas partes, y Dios de ambos ejércitos juez supremo y soberano. El ejército nuestro era mucho menor que el del gran Turco, la mitad, que era de diez mil caballos y cien mil infantes; mas en valor y esfuerzo le hacía gran ventaja; «gente plática y soberbia, de muchas victorias llena, rica, lucida, próspera y triunfante.» Allí las sedas y los brocados y armas doradas eran vianda ordinaria; muchos

arcabuceros traían en sus escarcelas, para bajaes, pelotas de plata, y algunas de oro para el gran Turco y su persona Real. Pues en tan inminente peligro, y con tanta muchedumbre de gente, y tanto-gasto, esperó el Emperador más de treinta días a Antonio de Leyva en Ratisbona, el que había de ser Capitán general de la jornada, deshaciéndose y blasfemando los soldados de tanta tardanza, que tenían ya por suya la victoria de los toros que veían ya en el coso, y ellos

A la trailla de la obediencia atados,
Como lebel de Irlanda generoso
Que el jabalí cerdoso y fiero
Mira, debátese y sospira,
Fuerza y riñe, y apenas
Le constriñe el atadura etc.

y los que pretendían aquel cargo, culpando mucho al Emperador que esperasen a un solo tantos, y no hallase uno en tanta multitud que pudiese suplir su tardanza. Llegó al fin el señor Don Antonio; sáele a recibir toda la corte y todo el ejército; entra de noche, y ven entre muchedumbre de hachas en una media litera que llevaban a remuda los alemanes de su guarda, un caballero tullido, sin pies y sin manos, a quien tantos gallardos y bizarros estaban esperando tanto tiempo; mas en entrando se les quitó a todos el enfado de tanta tardanza, y se prometieron de los paganos victoria plena. Porque se vea cuánto hace al caso el crédito y fama y opinión de un buen capitán para con los amigos de alegría y de confianza, y para los contrarios de espanto y miedo.

74. De que la prudencia se adivina a ratos.

Estuvieron a cincuenta millas los dos ejércitos algunos días esperando y aparejándose para la batalla, y queriendo ya el Emperador ir a ellos, le llegó una apretadísima nueva que alborotó todo el campo; que el gran Turco con todo su poder venía ya a pelear, porque doce mil caballos suyos, abrasando la tierra, veían venir delante. Todo el ejército imperial estaba alborotadísimo, y casi con las armas en la mano, y dada ante el Emperador la nueva, y todos teniéndola muy creída y alborotados, muy sosegado Don Antonio dijo: «¡Ah, perros, huís, huís, no nos osáis esperar!» Y vuelto al Emperador dijo: «Ya V. M. puede despedir su ejército, que los turcos huyen, que esta llamarada, este aspaviento que han hecho es para retirarse.» Y así fue que luego llegó otra nueva, que los turcos con vileza se habían levantado, e iban dejando tiendas, fardajes y carros, atravesando ríos a nado y cortando puentes porque el Emperador no les fuese en el alcance. ¡He aquí lo que vale la experiencia y prudencia de un singular Capitán!, aunque sin pies y sin manos. *¿Homini homo quid præstat stulto, intelligens quid interest?*, que pienso yo que en ninguna especie de ningún género hay tan gran diferencia de una a otra cosa, como en el racional género humano. Y preciábase él a quien todos obedecían de obedecer a otro, y no como el serenísimo rey Don Sebastián en África, que quiso ser antes capitán que soldado, cuya quiebra ningún tiempo ni edad la soldará.

75. De disimulación y fingimiento.

Toda disimulación y fingimiento, según Cicerón dice, se ha de quitar de en medio de toda la vida humana; mas maravillóme muy mucho que no reserve, ni exceptúe ningún caso, pues se ve que lo uno y lo otro han hecho evidentes beneficios; como disimulando, en hábito tudesco, Don Álvaro de Sande y Luis Picaño reconocieron el campo espantoso de los alemanes, que importó mucho; y dicen que el bienaventurado San Francisco disimuló con la justicia de haber visto un delincuente de muerte, diciendo y señalando sus mangas que no pasó por allí; y el último de los ejemplos, aunque nuestro Señor es sobre toda ley, cuando hacia el castillo de Emaús iba con sus bienaventurados discípulos, fingió que pasaba adelante, y así no gastaré mas tiempo de la prueba de esto, sino diré de algunas disimulaciones graciosas y de buen gusto, y de otras graves también.

* * *

Luis Álvarez, un hijodalgo de Medellín, que llamaban por nombre de burla «Gallipapo», pesábale, con ser muy de palacio, que así le llamasen, y mucho más estando delante de gente de su tierra. Pues un día, comiendo en Medellín, con el Conde mi tío³⁷, dijo el Conde: «Trae aquí vino a Gallipapo»; acudió él de presto y dijo al paje: «También a mí me trae un poco», pensando con la adversativa dar a entender que él era otro que el que había dicho el Conde.

* * *

Aquel fue importante fingimiento el de Sancho de Vargas, un caballero de Trujillo; mataron allí un letrado, y dicen que lo mató él, y en acabando de matarle sentóse muy despacio a escribir en su casa; salió el Corregidor a gran prisa e inquisición del caso, y por algún rastro fue luego con él, y hallóle escribiendo muy descuidado.

—Venga vuestra merced a la cárcel —dijo el Corregidor.

—Señor —dijo él—, querría saber por qué.

—Por la muerte —dijo— de fulano, letrado.

—Por eso sea norabuena; pensé que era otra cosa más pesada.

—Venga, venga vuestra merced; mas veamos lo que va en esa carta.

—Déjela vuestra merced, señor —y hace que la escondía, como cosa que el verla le hacía daño, siendo su total descargo.

Tómala el Juez y halla escrito en ella a un su amigo: «A la hora que esta escribo pasan muchachos por aquí diciendo que han muerto a fulano; pésame mucho, que gran falta hará, y a mis negocios mas en esta ciudad.» Leído por el Juez esto, asosegósele el espíritu, y tornó a quererle llevar, y él dijo:

—Mucho frío hace, y yo estoy medio sin ropa; mañana, si vuestra merced manda, yo me presentaré en la cárcel.

El Juez se satisfizo, y déjale debajo de su juramento de presentarse; él se presentó otro día, y vista su sencillez dióle en fiado; hace otras muchas prisiones, por si viniese sobre ello juez; viene un alcalde de corte; llámanse a pregones los sospechados; preséntase Sancho de Vargas; dale la ciudad por cárcel; anda la pesquisa muy alta, y llegándole ya cerca el fuego, hace raya para atajarle, y un día sale con un azor por la plaza de Trujillo y con sus perros, en su caballo.

—¿Dónde va vuestra merced, señor Sancho de Vargas?

Él dijo:

—A matar un par de perdices, una para mí y otra para el Alcalde.

Sale al campo, y en trasponiendo echa a volar el azor, y quédanse con él los perros y no para hasta Portugal, y desde allí escribe a mi muy señor el alcalde Ortiz: «Por quitar a vuestra merced de trabajo, le hago saber que yo maté el letrado», de lo que el recto y severo juez se comía las manos.

* * *

Otro fingimiento hubo de ahí a pocos años de gran importancia. Salió de la corte Don Gonzalo Chacón, por un casamiento que hizo de que el Rey nuestro señor estaba muy enfadado, y todas las varas de justicia le andaban buscando; iba él en un coche que el canónigo Rebenga, canónigo de Sevilla por ser sobrino del Arzobispo de Sevilla Don N. de Zúñiga, cuyo criado y hechura él era, lo llevaba. Llega el alcalde de corte Salazar a par de ellos en su demanda; pregúntale adonde iba. El alcalde le dijo que ¡a qué atroz caso! Revenga replicó:

—Métase vuestra merced, pues, en este coche (iba allí Don Gonzalo), que el calor es grande, y más servirá vuestra merced al Rey con su salud que con matarse.

37 Don Juan Portocarrero, tercer conde de Medellín.

—Señor —dijo él— a vuestra merced beso las manos, mas los que han de servir y echar cargo a sus reyes no han de ser tan holgados.

Y pasó a gran furia adelante. He aquí, aunque Cicerón diga lo que quisiere, que la disimulación no es mala.

* * *

Y volviendo a las de burla, tuvo el conde de Benavente por huésped un embajador portugués, y estos grandes señores cuando ven en su casa un noble extranjero, para que cuente sus grandezas no ven honra que le hagan ni saben lugar donde ponerle. De esto estaban en su casa los caballeros muy enfadados, de ver hacer tanta ceremonia un príncipe tan grande a un sutil portugués de mula de paso y dos pajes; de esta manera lo proveyeron y remediaron: Tomaron una bacía de barbero, de plata, y otro un aguamanil y unas toallas, y sobre comida llegan al embajador a le lavar la barba. El pensó que era aquello para honrar los huéspedes y costumbre de Castilla y de aquella casa; estuvo quedo, y laváronle muy a su placer la barba, los que jamás hicieran tal, y los que no tenían ninguna. Y eran tan desvergonzados que le traían la mano por las narices y boca, haciéndole hacer mil visajes. Cuantos caballeros había en casa no se podían valer de risa; mas porque el Conde era asperísimo, no osaban sino estar muy callados, y el Conde también atónito del atrevimiento de aquellos, y temerosísimo de aquel que tanto quería honrar fuese de su casa deshonorado, y acudió a la disimulación por remedio. Manda a los pajes que también a él le laven y el portugués, muy corrido de su mala crianza, pidiéndole mil perdones de haberse antes que él lavado, y alabando mucho aquella costumbre y limpieza; y que la había de decir al Rey, su señor, para que en Portugal se usase. Después del lavatorio partió el embajador muy contento, y los pajes, aunque el Conde lo río después mucho, fueron muy bien castigados.

* * *

Otro paje de otro gran señor, y muy grave, apostó que daría un pescozón a su amo a quien el aire no osaba llegar; llégase, pues, a su amo que se andaba paseando y dásele; el Duque revuelve a él con una daga que sacó en la mano; el paje escupió y pisó, y dijo:

—Señor, una araña de las negras que le iba a Vuestra Señoría para entrarle en las espaldas.

El señor miró y viola muerta, que así parecía lo pisado, y dijo:

—Bien hiciste, que son éstas muy ponzoñosas y muy malas; ¿quédame otra? Míralo bien.

—No señor, que esto basta.

Y así bastó para ganar lo que había apostado.

* * *

De Rui Díez de Mendoza me contó Don Gonzalo Hernández, duque de Sesa, que era su tío de la Excma. duquesa, su mujer, que estaba en aprobación del hábito de Santiago en el convento de Deles, y como cortesanía y religión son muy contrarias, andaba muy a malas con el Prior.

—¡Ah —dijo Rui Díez—, no daría yo un bofetón a este tacaño!

—No hagáis tal —dijo otro caballero—, que no se os dará el hábito, y os cortará la cabeza el Emperador.

—Pues juro a Dios que se lo he de dar, y no me ha de costar nada.

—Ea, pues, si así ha de ser —dijo el otro.

Luego Rui Díez comienza a dar risadas sin tiempo, a hacer ademanes excusados, a andar imaginativo, a hablar y responder sin propósitos, y a hacer todas las cosas, con que él ya persuadió al convento que estaba loco. Ya que él tenía con gran arte cobrada esta opinión, comienza a jugar al abejón con todos, y entre ellos, como dijo y sin pena, da un gran bofetón al Prior, y anda a los pescozones con todos, haciendo gestos y riendo, y por los mismos pasos que enloqueció, tornó a reciprocarse y menguar la creciente de la mar, y a volverse su seso a su lugar, siendo lo uno y lo otro a todos maravilloso suceso, mas no a aquel que sabía el trato.

* * *

Otra más provechosa ficción fue esta: Doña María Manuel era dama de la Emperatriz, nuestra señora, y leyendo ante la Emperatriz una siesta un libro de caballerías al Emperador, dijo:

—Capítulo de cómo Don Cristóbal Osorio, hijo del marqués de Villanueva, casaría con Doña María Manuel, dama de la Emperatriz, reina de España, si el Emperador para después de los días de su padre le hiciese merced de la encomienda de Estepa.

El Emperador dijo:

—Torna a leer ese capítulo, Doña María.

Ella tornó a lo mismo, de la misma manera, y la Emperatriz acudió diciendo:

—Señor, muy buen capítulo y muy justo es aquello.

El Emperador dijo:

—Leed más adelante, que no sabéis bien leer, que dice: sea mucho enhorabuena.

Entonces ella besó las manos al Emperador y a la Emperatriz por la merced.

* * *

Y por no salir ahora de Palacio, linda disimulación fue la de los dos ladrones, que estando un viernes de consulta de justicia la sala del Emperador, llena de los del Consejo, en tiempo que por causa de esto otros caballeros ni oficiales de la casa no asisten en ella, entrándose muy bien vestidos y con una escalera, descuelgan, un hermoso dosel de brocado, y dóblanle muy bien, y pónenle a un mozo a cuestras, y sálense diciendo que era para traer otro y poner aquel en la capilla; mas fue en la suya, que nunca parecieron más.

* * *

Así como esto fue lo que en Alcalá hizo otro en casa del arzobispo de Toledo Don Alonso de Fonseca, que estando dentro rezando el Arzobispo, y en su antecámara mucha gente, y tres candeleros de plata con tres velas en ellos, salió un hombre de buena persona y muy bien tratado, como de allá dentro, y dijo:

—Desembaracen vuestras mercedes esta pieza, que el Arzobispo, mi señor, quiere salir a ella.

Saliéronse luego todos, y él cerró la puerta; mata las velas, toma los candeleros y sálese con ellos por una ventana a otro corredor retraído que tenía el aposento.

* * *

Lo que se escribe con lo que se habla tiene gran parentesco; que de unas pláticas se va a otras en el mismo propósito de personas muy diferentes, como los pensamientos del que camina a caballo (que el de a pie harto tiene que mirar el camino), que se dispara con ellos y va a parar muy lejos; como mis capítulos pasados; aunque el que dice ahora de corsarios no es muy diverso: que de ladrones a corsarios hay poca diferencia.

Topóse los otros días con una fusta de moros una galera nuestra, y los de la fusta, como se vieron perdidos, dijo uno:

—Aquí no hay otro remedio, sino que de las ropas que aquí tenemos de cautivos nos pongamos a la española, y fulano que sabe bien español hablará en su lengua, que fue como dijo Virgilio:

*Mutemm clipeos, danaumque insignia nobis aptemus,
Dolum a virtute quis in hoste requirit?*

Así concertado entre los moros, mudado el vestido, aparéjanse para el engaño a la voz de su mal aljamiado intérprete; llega a ellos nuestra galera:

—¿Qué gente? —dijeron los nuestros.

—Mercaderes *cagalanes* —dijeron ellos.

Mas como les vieron los bigotazos largos y otras señales turquescas, dijeron los nuestros:

—Vosotros turcos sois.

Dijo el moro:

—Juro a Dios, más cristianos que quisiéredes.

—Y dónde íbades, caballeros.

—A Bujaya —dijo aquel— a Bujaya.

—¡Ah perros! ¡Embiste, embiste!

Y tomaron luego la fusta, y al momento echaron al remo a los españoles falsos.

* * *

Mas ya que con esta materia he de acabar, acuérdaseme que dijo uno al propósito, que a cierto negocio quería ir encubierto, y preguntó que cómo para que no le conociesen, y díjole su mordaz compañero:

—Id en hábito de hombre de bien, y no os conocerá nadie.

* * *

Mas ahora se me acuerda de otro engaño y fingimiento que ya puse en un capítulo de las excelencias reales, que llegando al fin de ellas y al cabo de la segunda plana, donde decía: «Una falta sola tiene el Rey», un grave oyente doctor y jubilado de Valladolid, llegando aquí, reparó diciendo:

—¡Jesús! El Rey, no hay en él ninguna falta, y eso es muy mal hablar, y no se lea más.

Dijo otro:

—No juzgue vuestra merced; volvamos la hoja.

Y vuelta proseguía, que era la falta haber venido en tiempo que no se vivía seiscientos años, para que con tal Rey gozara España de tanta felicidad, con lo que el leal auditor quedó descansado.

76. De un atrevimiento sobrenatural.

Bien castiga la justicia los pesos y medidas falsas, y así en los oficios Marco Tulio dice que merecía buen castigo el que los pesase mal. Echado mucho cuidado y diligencia y trabajo en adquirir hacienda en una balanza y en otra el adquirirla para el sustento y menester humano, más debe esta de pesar; mas echada la hacienda en una, y en otra la salud y la vida, ésta pesa mucho más. Echada la vida en una, y en otra la honra, la honra es más de estimar; y echada la hacienda, vida y honra y cuanto en el mundo hay en una, y en la otra el alma, es sin comparación lo que más pesa y lo más importante el alma. Mas aventurar uno la vida por lo en que ni alma, ni honra, ni hacienda va, eso es lo que había de castigar la justicia con mucho rigor, como peso muy injusto y falso.

Como lo que Juan de Vargas, caballero del conde de Medellín, Don Rodrigo Jerónimo, hacía con un caballero sobre la puente que sobre Guadiana allí hay, que hizo el conde de Medellín para el paso de los ganados, muy larga y muy alta, suntuosísima y de los mejores edificios de España, con sendos pretils de piedra de tres pies de ancho a los lados; pues el Juan de Vargas, que digo, por cima de cada uno de estos pretils pasaba la carrera a toda furia, sin aprensión, porque tenía confianza de saber nadar. El pretil era angosto, resbaladizo, de piedra, y por allí metía desde fuera el caballo y corría a toda rienda sin irle en ello nada, y al pasar, que por fuerza, haciendo piernas, no cabía en el pretil el caballo, le hacía dar dentro en la puente un salto que a errar un punto, ahogado primero y pasado por agua, fuera a parar en tan manifiesto peligro al infierno: ¡oh espantable e inútil atrevimiento! Que entonces se ha de poner la vida al tablero cuando las cosas de mayor importancia pesen más.

77. De otra peligrosa habilidad.

Don Diego Ramírez, hábil en muchas cosas, hacía una bien peligrosa y de poca importancia para ningún caso, que era quebrar con una mano en el pecho desnuda una espada, que a no cumplirlo alguna vez no había de volver atrás sino metérsela hasta el cabo.

78. De habilidades de ciegos.

Es cierto que lo que falta a un sentido se reparte luego a los otros, que como el agua que sale de una fuente, tapado un caño, ha de ir a henchir a los otros, así el sentido principal, la virtud que había de enviar a los cinco envía a los cuatro, cuando se le cierra una puerta para los demás; y como a una madre de animales negros y a una perra, que si de cinco hijos le quitan uno, los otros cuatro que le quedan cría mejor, y hubo tan necios antiguos filósofos que este sublime y milagroso sentido dieron y se privaron de él por quedar más hábiles para las excusadas especulaciones altas. El poeta Homero cuán sabido y notorio es que fue ciego, y Appio Claudio, senador romano, vio más lo que cumplía a la autoridad de Roma, siendo ciego, que tres senadores sus compañeros vieran: que no consintió en la paz que otorgaban a Pirro los romanos hasta que sacase su ejército de Italia, diciendo al entrar en el Senado:

—Plugiera a los dioses que, como soy ciego, fuera sordo también, y no oyera esta vergonzosa paz que con Pirro queréis hacer: que ahora, habiendo perdido dos batallas, parecerá que la otorgáis de miedo, y a él le hacéis señor de todo, si aceptáis las condiciones que os da y otras muchas cosas con que no se otorga la paz!

Y salióse Pirro de Italia espantado para hacer los conciertos, diciendo que Roma era aquella imaginada hidra córnea que cortándole una cabeza le salían siete; pues vencida una y dos batallas a los romanos, salían en campo con dobladas fuerzas; y que si otra vez los venciera se acabara él totalmente: de los que decía el embajador de Pirro, Fineas, que no eran los que la gobernaban trescientos senadores sino trescientos reyes, que de su rey vencedor no quisieron recibir dones de grandes precios ellos ni sus mujeres, ni grandes dádivas.

Pero volviendo a los ciegos de ahora, ninguno dicen que igualó a Antonio Cabezón, músico de órgano de su Majestad, ni en estos ni en los tiempos pasados. No sólo lo tocaba, mas lo concertaba todo hasta la mínima parte de él, como si viera. Casó por amor, que fue gran maravilla, un ciego, bien que con los amores todos lo están; y también lo es que los enamorados no se quejan; así, pues, aun el ciego amor tiene dominio en los ciegos. Vivía antes que con el Rey con un obispo de Palencia, y en las manos conocía a todos cuantos vivían con él en tocándoles.

Y otro, Fuenllana³⁸, ciego, cuando el rey de Bohemia gobernó a España, era postillón; que salía con los correos y caballeros de casa del maestro de postas, y les guiaba su jornada y les tornaba a volver, y así no se podrá decir: «cuando los ciegos guían, guay de los que van detrás», sino «guay de los que corren la posta.»

Un peligroso e inmenso trabajo, y de esto me espanté mucho, y es mucho de maravillar, que topé en Granada cuatro ciegos que se iban a una huerta a holgar, donde el ver la orden de las verduras y hermosura de los árboles, la variedad de las flores, la amenidad de las fuentes, es lo que ha de deleitar; y ahora también hay en Toledo un carpintero ciego que cuantas cosas hay labra de madera muy bien, y así de noche como de día, añadidas a las nocturnas otras tinieblas dobladas; y yo no afirmo las cosas imposibles, pues tiene a todos tan persuadido el crédito mi verdad.

Y con esto acabo que en Hornachos, siendo allí mi padre comendador, le oí por cosa cierta y llana que había allí un ciego gran podador de viñas, siendo la tierra tan áspera, como es, que venido el tiempo de podarlas, por el mes de febrero, le enviaban unos y otros a porfía a podar las suyas, y

38 Este Fuenllana, que se llamó Miguel, escribió un libro de música con el título de *Orfénica lira, para vihuela*, 1557, fol.

atinando, como si viera, el pago y la viña, dejaba en las cepas, a cual vara, a cual pulgar, que es lo que agricultura le mandaba.

79. De cuán buena cosa es tomar consejo.

Pasaba Don Alejo de Teves por una calle de noche en la corte, por donde alguno no le placía que pasase, y una de muchas noches que él usó de este paseo, llegó a él un ensabanado disciplinándose, y dijo a Don Alejo:

—De parte de Dios te digo que te guardes y no te andes más por esta calle, que te matarán.

Él no dio ningún crédito al ensabanado en figura de fantasma, antes entre amigos hizo burla de lo que le había dicho, y tomando una campanilla de la mesa de un caballero principal, su amigo, comenzóla a tocar como quien tañe a las ánimas de purgatorio, diciendo:

—¡Ay quien haga bien por el ánima de Don Alejo!

Burlando lo dijo, y antes de tres días de la calle por donde paseaba le llevaron a su madre muerto, y el ensabanado que le avisó no fue obligado a más.

80. De motes interpretados.

Esto del interpretar letras y hacer que digan diferentemente con casi unas mismas palabras, es grandísima gala y tan de agradecer al ingenio, como en un hermoso árbol ver llevar diferente fruta injerta de muchas ramas, de lo que pondré algunos ejemplos aquí, para que los que gustaren de ello gusten, y los ingeniosos tomen el hilo de este ejemplo para imitarlo.

El arzobispo de Toledo, Don Alonso de Fonseca y de Acevedo, traía estas armas en sus reposteros, un acebo y dos lobos por los Acevedos, y unas estrellas por los FONSECAS, y una cruz por su dignidad. Un chocarrero delante del Emperador y del Arzobispo, viendo pasar con esta enseña unas sus acémilas:

—¿Sabéis —dijo al Emperador— qué quieren decir aquellas armas?

—¿Qué? —dijeron el Arzobispo y el Emperador.

—Que jura el Arzobispo a Dios y a aquella cruz, sino que malos lobos le coman y se vea colgado de aquel árbol, si tendrá nadie más provecho de él que de las estrellas del cielo.

Esto fue porque el Arzobispo, que era muy cortesano, no le quiso dar, por entretenerle burlando, no sé qué cosa que le demandó.

* * *

Un caballero, muy flaco y muy amarillo, preciándose de muy hombre de bien, que era lo que estaba en su mano, porque ni de natura ni de fortuna no tenía cosa de que se preciar, traía por mote aquel verso de Horacio: *nihil conscire sibi, nullaque pallescere culpa*, y enmendáronle: *nihil scire sibi nullaque pallescere pulpa*.

* * *

Otro gran personaje, hijo de labradores, y aun decían que de un hortelano, traía en sus reposteros *alia ex aliis*, y pusieronle junto a esto: «ajos de ajos»³⁹.

* * *

Otro traía y escribía siempre: *mens inmotā manet*; interpretáronle por su mucha necesidad, hiciéronle de la *n* d, y de la *m* otra *i* que decía así: *mens idiota manet*.

* * *

39 Una nota marginal de letra misma del autor, dice así: «Creo Don Juan García Guijarro o Silíceo.»

En una honrada villa hicieron para su enterramiento una bóveda unos grandes ladrones escribanos, que en todos los oficios hay malo y bueno; pues dende a poco enterrándose allí dos o tres de ellos, sobre su subscrición y losa amaneció un día un papel con esta letra: *Domus mea domus orationis est: vos autem fecistis eam speluncam latronum*, que dice en español: «Mi casa, casa de oración es; mas vosotros la habéis fecho cueva de ladrones.»

* * *

Un gran señor, muy pequeño de cuerpo, sobre cierto enojo envió a desafiar a otro gran señor, su deudo muy cercano, el cual haciendo burla del desafío, concluyó la respuesta de la carta: «que no quiero matar mono, ni que mono mate a mí.»

* * *

Una dama muy flaca, que casi tenía las cuatro *ffff* usaba del mote siguiente: «A las cosas de placer voy cual sé que he de volver», y pusiéronle en un papelillo en la saya: «A las cosas de placer voy; ¡cuán seca he de volver!» * * *

Escribió el almirante Don Fadrique a Gabriel su criado: «A mi pariente, primo y señor», y respondióle él en copla, de esta manera:

Tal manera de favor
No me le dé ni le quiero;
Para primo soy grosero,
Y pobre para señor.

Pues pariente,
Viniendo por accidente
Mas quiero mi natural,
Que no dar en el real
Teniendo tan poca gente.

* * *

Servía un caballero a una dama que se llamaba Mencía, y sacó un gavilán con un capirote, que por irse se estaba en la mano en vano debatiendo, y con letra que decía en latín: *quidquid cogito de Mentia est*.

* * *

A un príncipe de no sé qué nombre, que se llamó Sexto, le pusieron en su sepultura:

*Sextus Tarquinius, Nero Sextus, sextus et iste,
Roma, tibi ex sextis quanta ruina venit!*

* * *

Llegó Don Diego de Acevedo a una venta en la Palomera de Ávila, y preguntando a un muy entonado huésped, dijo que había andado en palacio. ¿Criado de quién? Y dijo que del marqués de las Navas. ¿De qué oficio? Ya al fin le sacó que anduvo con sus acémilas, y le puso allí por alcaide. Don Diego, muy enfadado de la entonación, puso por algunas paredes de la venta:

En la Palomera del aire,
Vos, mi acemilero, seréis alcaide.

* * *

A un caballero muy honrado y muy bien entendido, que se llamaba Don Íñigo de Baraona, que daba muchas voces en el juego de la pelota, le dijo otro señor: «Don Íñigo de Barahunda; no tiene razón, y no porfíe más vuestra merced».

* * *

Uno de la cámara de su Majestad a un ayuda de ella que se embarazaba y le embarazaba en darle a la mano cierto recado, le dijo: «Ayúdame aquí, estorba, y acaba ya.»

* * *

Ponía un caballero, poco latino, en cuantas posadas había: *ne quid nimis, ne quid nimis*. Ya enfadóse de toparlo otro, y púsole en contra: si hulano *ne quid nimis*, por qué pone tantas y tantas veces *ne quid nimis*.

* * *

Cuando vino el Emperador a España, ponían en las posadas a las puertas sus aposentadores flamencos: *tuti hulano*, que quería decir que toda aquella casa y la otra era del aposento de fulano; y un muy españolado aposentador de un señor, que iba a aposentarle y halló en el aposento dificultad, volvió a su amo diciendo: «Señor, no hay posada, que a este borracho de Tuli han dado cuantas hay.»

* * *

Mote es dicho breve por escrito, aunque muchas veces motejar se toma en mala parte, y en la insigne casa de San Jerónimo de Talavera, vi un buen epitafio que dos judíos antiguamente, grandes médicos, astrólogos y matemáticos, sobre sus sepulturas pusieron. En ellos inspiró Dios que se volviesen cristianos, e iniciada la alta y utilísima obra de creer en Dios y adorarle y darle sus almas, que no tenían precio, dicen que después de cristianos decían siempre: *vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus cum muneribus adorare eum*; y yo añado más: que sus almas *per aliam viam reversæ sunt in regionem suam*, que fue el cielo para donde fueron criadas primero, y como en pocos días murieron y eran grandes amigos, hicieron poner esta letra en su sepultura.

* * *

Hizo a Antonio de Soria un conde de estos reinos unas malas coplas, y él, como soldado viejo en este oficio, le respondió con estotras, de esta manera:

Mas mancilla os he señor
Que no envidia en el trobar,
Porque ser mal trobador
Nunca vi daño mayor,
Ni menos de perdonar.

Y pues esta poesía
Es ciencia que se os esconde,
Si más Vuestra Señoría
En hacer coplas porfía,
Pésame de vos el Conde.

* * *

Traía una simple dama esta letra: *semper eadem*, añadiéronle estas letras: *nescia*.

* * *

Sannazaro al rey Federico de Nápoles.

EPÍGRAMA

*Scribendi studium michi tu, Fæderice, dedisti,
Ingenium ad laudes dum trahis oMne tuas;
Ecce suburbanum rus et nova prædia donas,
Fecisti vatem, nunc facis agricolam.*

Que quiere decir: Diste, rey Federico, motivo de escribir, atrayendo todo ingenio a tus alabanzas; después dísteme una heredad junto a la ciudad y nuevos campos de labor; hicísteme con lo primero poeta, y con estotro labrador.

* * *

Don Luis Zapata⁴⁰ al Emperador y rey Don Felipe, nuestros señores, contrahecha a la de Sannazaro:

Reyes a quien yo he ensalzado
Hasta el cielo, mas no tanto
Cuanto a ello era obligado
Un tan grande y leal criado,
Y obligado a valor tanto.

Hízome vuestro valor
Poeta e historiador,
Tan gran materia a mí dada;
Mas no lo teniendo en nada
Me habéis hecho labrador.

* * *

Murió en Roma un romano no muy honesto, y pusieronle este epitafio en su sepultura: *propter nos homines et propter nostram salutem descendit ad inferos.*

* * *

Para haber las cátedras de Salamanca hay grandes competencias y bandos, y grandes aficionados, y así en pro y en contra ponen muchos letreros por todas partes, y a un pretendiente Almofara pusieron sus amigos esta letra:

Almofara la merece
Por ser más, y más parece.

Y sus contrarios añadieron en cada pie esta parte:

El albarda
Burra parda.

De manera que bien al revés del primer sentido decía así:

Almofara la merece, el albarda,
Por ser más, y más parece burra parda.

Y mil veces con pasión loan a quien no se lo merece, y desloan a quien han de alabar. Como al muy grave y docto caballero Juan de Ovando, que fue después presidente del Consejo de Indias, pusieron:

Que nos lleva la cátedra Juan de Ovando
Sobornando,
Quis talia fando.

* * *

En unos motes que eran la cabeza de nuevas, puso Garcilaso éste:

Si he de holgar con ellas
No pueden ser sino nuevas.

* * *

Don Félix de Guzmán puso otro a su dama compendioso y breve. «Si vuestra merced quisiere=Don Félix» y luego la rúbrica.

* * *

El licenciado Gil Ramírez, insigne oidor de Valladolid en Salamanca, en pretensión de una cátedra, tuvo cuatro opositores contrarios, que se llamaban el Doctor León, el Doctor Mondragón, el Doctor Aspe, y otro que por mala lengua llamaban Basilisco, y confiado en su habilidad, decía a los

40 El mismo autor de esta *Miscelánea*.

estudiantes: «Ea, señores, que con favor de vuestras mercedes, *super aspidetn, et basiliscum ambulabo, et conculcabo leonem et Mondragonem.*

* * *

En otros motes, cuya cabeza era *vida y luz*, puso a su dama, ya viejo, el cortesánísimo duque de Alba Don Fadrique: *Relucida, echaos a cuestras, mi vida*. Y respondió ella a su disimulado intento: «No, que es larga, y será pesada carga.»

* * *

Fue muy buena apodadura la que pusieron a un caballero mozo, muy moreno, que salió un día vestido de raso y terciopelo de labores, caballo tordillo, con una cabeza de moro; enmendó Rui Gomez: «No sino cabeza de mono.»

* * *

Un acemilero mayor del Rey traía por letra *inventa est*, y él quería entender lo que se sigue, *pretiosa margarita*, mas como reprendiéndole de que tratase de amores un hombre que no profesaba ser cortesano, añadióle una persona real: *Inventa est una acémila con dos pies*.

* * *

Murió un soldado muy valiente en la guerra, muy desesperado de que le habían hecho un agravio sobre una presa que hizo su general, Antonio de Leiva. Estando ya a la muerte, dijéronle que se confesase y que hiciese testamento; confesarse no quiso por entonces, mas proveyó donde le enterrasen, y que sobre su sepultura se pusiese esta letra: «Aquí yace Campuzano, cuya alma llevó el demonio y su ropa el señor Antonio.»

* * *

Estaba una dama muy principal de la Emperatriz, hermana del marqués de Montesclaros y cuñada del duque del Infantado, esperando para un gran casamiento que le traía la ayuda del Marqués su hermano, y púsosele este escrito cosido en la falda que se pudo hacer en la apretura de un sarao: *levavi oculos meos in montes claros, unde veniet auxilium mihi*.

* * *

De todo es razón que ponga delante el que a tantos y tan varios gustos ha de contentar, aunque en esto podría el autor recibir engaño; él gusta de una cosa, y a los convidados amarga: pues ¿qué hará sino poner tantas viandas que tope cada uno con su manjar? Yo así pongo aquí este soneto hecho por un buen caballero, a quien yo fui después de muerto muy aficionado, y contrahecho por un gran señor que lo fue grandísimo amo en vida, así que, para mí solo, aplico este plato, como un regalado convidante que decía al que le servía a la mesa: «Maestresala, mira por mí»; prefiriendo su gusto al de todos con mucho valor y libertad, aunque fuesen muy grandes los convidados.

* * *

Fue el duque de Sesa, Don Gonzalo Fernández de Córdoba, nieto del Gran Capitán, tan gran capitán como él, tan bueno, tan sabio, tan liberal cuanto yo su servidor diría, si tuviera una onza de elocuencia para poderlo explicar; mas en la cosa de la hacienda tan infelícísimo, pues vendió y empeñó infinito; cuanto en la de los hijos, pues nunca tuvo ninguno, lo fue mucho más; y el soneto contrahecho es el que se sigue:

Cuando reparo y miro lo que he andado
Y veo los pasos por donde he venido,
Yo hallo por mi cuenta que he perdido
El tiempo, la salud y lo gastado.
Y si codicio verme retirado
Y vivir en mi casa recogido,
No puedo, porque tengo ya vendido
Cuanto mi padre y mi madre me han dejado.

Yo me perdí por aprender el arte
De cortesano, y he ganado en ello,
Pues he salido con desengañarme.

Que pues mi voluntad pudo dañarme,
Privados que son menos de mi parte,
Pudiendo ¿qué harán sino hacello?

* * *

Dicen que un señor envió a un poeta discreto (y fue el señor almirante Don Fadrique a su criado Gabriel Mena, el poeta) unos pies de puerco con un billete que decía:

Estos pies de puerco tome
El señor que no los come.

Y porque el paje daba a Gabriel gran priesa que respondiese, pidiendo él de priesa una pluma, le respondió bastantemente con poner solamente una d en el segundo verso, diciendo al paje que así había el billete de decir:

Estos pies de puerco tome
Del señor que no los come.

* * *

Hizo uno a Dido este galán dístico:

*Infelix Dido, nulli bene nupta marito;
Hoc pereunte fugis, hoc fugiente, peris.*

TRADUCCIÓN PROPIA.

Dido, con ningún marido
De dos nunca bien casada;
Muerto uno, huyes, y ido
Otro, mueres con su espada.

Dame tu licencia, Dido,
Que te llame desdichada,
Pues que con ningún marido.
Nunca fuiste bien casada.

El uno muerto, forzada
De miedo a huir, huiste;
Y el otro huido, moriste,
Matándote con su espada.

* * *

A un caballero de Castilla, muy discreto y muy principal, mas en su disposición muy grosero y muy gordo y basto, le hizo Lacorte esta copla:

Afuera, afuera Rodrigo (que así se llamaba)
El grosero castellano,
Acuérdate que eres gordo,
Y viene cerca el verano.

* * *

Estaban con una gran señora en Nápoles muchos caballeros cortesanos de España, donde era toda la gala y toda la damera de Italia; entre los cuales estaba Garcilaso, y ya a puesta del sol, que es la hora en que se ceban los halcones y azores de mejor gana, y entre dos luces la en que se visitan con más comodidad las damas, los criados celosos acudieron con velas muy temprano, de que todas

y todos muy mucho se enfadaron, y la señora misma, y dijo: «¡Oh ciega y sorda gente!» Acudió luego Garcilaso con el fin del mismo verso de Petrarca (que cuadró allí): *qui si fá notte inanzi sera*.

* * *

Fue el mismo Garcilaso muy privado del virrey marqués de Villafranca, y quedóse de la corte con él; mas fuese como falsa alquimia en humo toda su privanza, y viniendo para residir allí Don Pedro de Toledo, que llamaban el alemán porque lo hablaba, consultando su quedada con Garcilaso que se partía de allá no muy mediado, le dijo: *¡Heu! fuge crudele, terræ fuge littus avarum, nam Polidorus ego*.

* * *

Muy sabida y muy común cosa es lo que ahora diré; mas muchos y muy muchos años ha que ya conocí al vano de Rigo, por quien se dijo: «Si Aristóteles supiera de vos, reverendo cura, en sus libros, no escribiera ni dijera *nihil vanum in natura*.»

* * *

Pasquín, que no perdonó a nadie, y por quien se puede decir lo que Don Jorge Manrique de la muerte:

Así que no hay cosa tan fuerte
Que a Papas y Emperadores
Y perlados,
Así los trata la muerte
Como a los pobres pastores
De ganados.

Cuando el Emperador estuvo esperando dos meses en su mismo reino al rey de Francia, y según dicen del rey Don Sancho:

Cuando a Castilla reinó,
Que a pesar de los franceses
Los puertos de Aspa pasó,
Siete días con sus noches
En campo lo esperó leal;
Pero desde que vio que no venía
A Castilla, se volvió.

Así el Emperador, no saliendo al desafío el rey de Francia, que le esperó más de setenta días, se volvió a España, contento con lo mucho que había hecho, y Pasquín le pintó las dos columnas sobre un canero que dicen que anda siempre hacia atrás, y con esta letra *plus ultra*.

* * *

Mas en los dichos y motes y recaudos falsos, concluyo que se han de guardar estos términos; que no sean sucios ni deshonestos, ni desacatados a Dios ni al Rey; ni de lástima ni malicia, ni contra la honra que en los hombres consiste en la valentía y en la honestidad de las mujeres; ni de cosa que se está ella dicha, ni contra el pobre, ni afligido, que es crueldad; ni al poderoso que no conviene; ni al amigo que no es razón y es perderle; ni al enemigo que es provocarle; ni al padre ni al hijo, ni al hermano ni a la mujer, sino legitimadas las personas como en pleito. Que sean las cosas galanas, agudas y nuevas, y leves; que no toquen en lo vivo, sino que solamente pasen por las plumas por alto. También se ha de considerar el tiempo y lugar, que sea de burlas, y también no siempre, porque una vianda, continua enfada, y la miel a muchos les empalaga; y como a las gracias llaman sal, la sal ha de ser poca para que sea sabrosa y no amargue. Por lo que estos dichos, y recaudos falsos se han de tener en mucho cuando salen derechos, sin dar al través por entre tantos peñascos.

81. De burlas hechas a hombres, agradables.

Bien es que cuanto esta manera de gente que llamen hombres de placer burlan a otros, ellos sean burlados a las veces. Esto supo hacer el duque Cosme de Florencia mejor que nadie; tenía una silla de plata colgada de unas cuerdas de seda, altas y con tal artificio que se cerraba en sentando, puesta debajo de un dosel de brocado, y que incontinentemente con el que en ella se sentaba, se subía luego hasta el techo. Decían que era la silla de estado del Duque; llegó allí un chocarrero doctor que se preciaba de comer a la mesa con los señores; hízole el Duque sentar a su mesa; sirven unos pasteles; viene uno muy hermoso en el medio; dásele el Duque por gran regalo, destápale él luego, y abaja la cabeza para entrarle; llega un paje por detrás con una hacha encendida; pégale fuego al pastel que era todo de pólvora, y vuela al dicho todas las barbas, y si le alcanzara toda la pólvora no le quedara pestaña. Pasada esta turbación, que con comer a la mesa del Duque se sosegó un hombre tan honrado, levántanse los manteles, pásase el Duque a la silla de su dosel, y hace sentar al loco en ella después de muchas cortesías y crianzas como por enmienda tanta honra del agravio pasado; ciérrase luego la silla, y hace su oficio que era subirse a lo alto como una lámpara, y el triste de verse subir al cielo quedó espantado. Ármense luego los pajes y caballeros mozos de la ducal casa de frutas y naranjas, y comienzan a tirar al terrero en lo alto, que el hombre no ya de placer, sino de pesar, de estas cosas era el blanco; no le bastó, como mona, escudarse de acá y de allá; ríndese a tantos combatientes, pide misericordia al Duque, al fin dásele; bájanle del tormento, avisándole que los chocarreros no quieran sin castigo comer a la mesa de príncipes tan grandes.

En la casa de Benavente se usaba una cosa extraña, que pasó en nuestros tiempos, y era que cuando el duque Don Alonso estaba melancólico, tercianario, un poco antes que armase la ballesta hacía poner pajes con almohadas; y en ellas los ballestaba, que a cada virotada, aunque no les hacía mal, les hacía dar saltos.

Con otro el Duque mismo de Florencia estando a comer, que menospreció una perdiz que le traían por dura y por muy mal asada, diciendo que era picaza, hízole el Duque poner en un aposento, y en cuatro días no le dieron otra cosa sino picazas asadas a comer, porque otro día sin despreciarlo comiese lo que le diesen.

En la casa de Alba que había grandes maestros de estas burlas, encerróse un toro en una casa yerma para ensogarle aquella noche y correrle otro día; hacen entender mozos de aquella casa a un chocarrero, que estaba allí una buena moza encerrada; van con hachas allá, métenle dentro, y echánle la llave encima; y porque se viese él y el toro métenle por una gatera hachas. Pues quedóse; el toro va bramando para él; sacan la luz, luego queda embelesado el toro debajo de un albarda, y así alumbrando y dejando oscura la pieza no lo mató el toro, hasta que hubieron por bien dar oídos a sus plegarias y lágrimas de sacarle.

Mas la mas pesada burla de todas fue la que hizo el almirante de Castilla a un chocarrero que, yendo a ver con unos caballeros un huerto en verano, le dio veinte escudos porque se pusiese por arcaduz en una noria que traía un asno, con condición que había de dar tres vueltas y no más. Pónese como para nadar en la noria, quitan dos o tres arcaduces de ella y pónese en su lugar; comienza a andar el ingenio en nombre de Dios bien despacio; entra debajo del agua el arcaduz grande, tarda en salir un rato, que era muy pesado el bagaje, y sale cada vez muy trabado, y ya volvía los veinte escudos porque le quitasen, mas no los quisieron; y estando debajo del agua, cae el asno y estuvo él en gran peligro, que no se pudo levantar. Cortan las cuerdas de presto, todos caminan con la anoria, que si no la llevaran hombres de presto, él se quedara ahogado; y cuando después le daban matraca, decía que si él había sido arcaduz, habían sido grandes asnos los caballeros.

82. De una hazaña de españoles en Envers.

Envers es una ciudad ocho leguas de Bruselas, en Flandes, de sesenta mil vecinos; la más rica de todas aquellas tierras, cuyos muros baña el río Escalda; el muro es fortísimo y ancho, que pueden ir por lo alto de él cuatro carros, y el foso tendrá lleno de agua del abundante río más de ochenta pasos de ancho. Es de las más ricas plazas de la cristiandad, y tan fuerte a la fortificación moderna, que grandes ingenieros y el alto ingenio del emperador Carlos V no supieron más imaginar, y de gente tenía de presidio treinta mil alemanes, y de la ciudad buenas cabezas y manos de gentío de ella innumerables. Antiguamente, antes de su población, hubo en ella un gigante de quince codos en alto (y esto no es fábula), que de los huesos que en la casa de la villa tienen, de espantable grandeza de piernas y brazos, se colige que es verdad. Llamóse en latín Antuerpia, que del nombre flamenco *hantuerpia* quiere decir: «mano cortada», porque a los que pasaban por allí les constreñía el gigante a pagar cierto gran portazgo, y al que no quería o no podía pagarle le cortaba la mano derecha, y así a tanta costa los daba la libertad. Llamóse Druon, el gigante, y Salvio Bravo el que le mató, de quien tomó la dominación la provincia de Bravante; ni es de maravillar de estas denominaciones, pues el famoso Capitolio romano se llamó así de *caput*, una cabeza que se halló en él de un caballo, y Alba, de una puerca blanca con muchedumbre de crías, y de *carta*, la insigne ciudad de Cartago; antes las más veces se ponen estos nombres a disparate.

A esta villa, tan poderosa y populosa y tan fuerte, osaron acometer cincuenta mil españoles del presidio que tenía alojado en el castillo y fuera el valeroso caballero Sancho de Ávila, y en medio del día hicieron a los que se les resistieron pedazos, y a los que no, les saquearon sus llenas, ricas y atestadas casas, que porque de lo menos se vea lo más, hubo casa que tenía en trompas de París, en manteca, en pastel para paños más de veinte mil ducados del dinero de todas las naciones del mundo ayuntado; y esto fue siendo capitán general contra los rebelados estados de Flandes Don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, cuyo valor y bondad sería mayor hazaña emprender a escribir, que referir cuantas particularidades pasaron en este destrozo, expugnación y saco, y que fue los españoles osarlo.

83. De brevedad en el escribir.

La brevedad en el escribir y aun en el hablar es cosa muy loable, y la prolijidad y lo superfluo de grandísimo vituperio; y así los latinos dicen que en vano se hace por muchas palabras lo que se puede hacer por pocas, y aun nuestro Señor, aprobando la oración breve, no dio por oración las largas de Demóstenes y de Tulio, sino la brevísima y compendiosa del *Padre nuestro*. De esta se preciaron mucho en Grecia los de Atenas, y llamaban hablar ático por lo congruo, breve y conveniente. ¿Qué cosa mas linda fue que aquella carta que escribió a Roma César sin más palabras que *veni, vidi, vici*; vine, vi y vencí, que con solas tres dio a entender el suceso de una gran jornada. Y César Ferramosca, caballerizo del Emperador, que en la batalla naval de Nápoles murió de nuestra parte después, estando en España en servicio del Emperador, le vino de Italia nueva que convenía partirse para allá luego; él no tenía con qué y escribió esta larga petición al duque de Arcos en una carta breve, *profisciscitur Cæsar, ire necesse est, debere quidquam alicui malo tibi*. «César está de partida, el ir forzoso es; deber algo a alguno, mas quiero deberlo a ti.»

Y yo que, como digo de todos sin excepción de personas, también quiero decir de mí, enviéme un hidalgo a decir: «Escribame Don Luis llamándome, que con solas dos letras tuyas, yo iré luego»; y así yo le escribí después de la cruz de la carta en todo un pliego de papel blanco *ea*, y el sobrescrito como siempre solía, y así vino al momento por dos letras mías, excusando yo los preámbulos principio y fin de las cartas, que quitados los tarazonos de los cabos queda una carta en lo sustancial; y así por ponzoñosa que sea, se puede una culebra comer, y con lo superfluo mata; y Dios guarde muchos años a aquel que vedó la prolijidad superflua de las cartas por su real edicto, quitando materia de gran confusión y de grandes rencillas y enemistades.

84. De cuán alto y noble ejercicio es el escribir.

Grande y antigua disputa ha sido entre los hombres cuál es oficio de más loor, el de las letras o el de las armas; mas como las armas pueden más y lo meten todo a barato con razón o sin ella, con el dominio de todo, como con las haciendas, a todas las ciencias y artes se han alzado. Esté un orador haciendo miles de sutiles argumentos, llegará un soldadillo y darle ha de palos, y hará burla de él. Como oyendo Aníbal a un gran filósofo en su academia, en Atenas⁴¹, dijo que muchos locos había él visto, pero ninguno que así desatinase. Y un gran astrólogo midiendo los cielos y los cursos de las estrellas, llevará la milicia a la astrología a que bogue y mida con un remo las aguas, o como estando haciendo Arquímedes líneas y figuras geométricas admirables, aunque le pidió que se las dejase acabar, le mató un vil soldado. Así que todas las facultades a esta militar industria es razón que le besen la mano; mas después de ésta las letras son las que más en el mundo valen, y los escritores los que se deben de tener en más; y porque el vil vulgo lo desprecia, y sino es de los poderosos y ricos para él no es concluyente ejemplo el de los santos y sabios, diré algunos de los reyes y capitanes, que antigua y modernamente escribieron, porque de todos no habría papel, en cuanto hay en Segovia, en que asentarlos.

Job, David y Salomón fueron Reyes, y ya se sabe las altas y divinas obras que escribieron. César, Emperador y honra de todos los sucesivos Emperadores, cuyo nombre tomaron todos, y de quien todos ellos se precian, cosa sabida es que lo que peleaba en el campo escribía en sus tiendas, y que lo que batallaba de día escribía de noche; y puesto en peligro de se ahogar en Alejandría, nadando con una mano y en alto con la otra, salvó en ellas su bueno y elocuente libro, de lo que llaman «Los comentarios de César», ni salvó otras alhajas ni riquezas consigo, pues de creer es que el poderoso sobre todos tendría algunas joyas y cosas de gran precio. Pues el Emperador Augusto, su sucesor, escribió en poesía no tan grave cosa, e hizo muy buenos versos. Cicerón, cónsul de Roma y procónsul y capitán general en Asia, y Marco Varrón y Catón, capitanes generales y caballeros, y Ovidio, el mejor de los poetas latinos (si solo su *Metamorfóseos* escribiera), también se hicieron célebres por sus escritos. Escritor fue San Gregorio, Papa, y el Papa Pío y San Jerónimo, y el conde Pico de la Mirandola, y Don Jorge Manrique, y el marqués de Santillana, y Don Enrique de Villena en sus facultades, escritores, señores y caballeros. Pues nuestro Rey Don Alonso, por ser escritor le llamaron «el Sabio», y más memoria hay de él por sus *Tablas alfonsíes* que por sus reinos; y Don Hernando II, duque de Berganza, nieto del Rey Alonso de Portugal, de donde aquella real casa salió, y rebisabuelo del gran Príncipe Duque Don Teodosio II, que hoy es también como los demás, fue escritor, que escribió *Amadís de Gaula*, como lo supe yo de aquella real casa, y de su Alteza la señora Doña Catalina, su biznieta; y bien creía yo que tan alta y generosa composición había de ser de buena casta, que hombre bajo no pudo hacerla, y así me alegré de lo saber, como fabulosamente el mismo doncel del Mar⁴² de se hallar hijo del Rey se alegró, o cómo con verdad se alegraría el señor Don Juan de Austria cuando de un mozo caballero militante se halló hijo triunfante de un Emperador tan alto.

Agora volviendo a nuestros tiempos y a los canonizados buenos escritores: el Condestable que hoy vive año de noventa y tres, es de clarísimo ingenio, el almirante Don Fadrique, que fue gobernador de España, el gran duque del Infantado, Don Íñigo⁴³, el marqués del Gasto, la marquesa de Pescara Vitoria Colona, el obispo de Segovia Covarrubias y el Cardenal de Toledo, Don Juan Martín Silíceo, Don Luis de Ávila, comendador mayor de Alcántara, el duque de Gandía, poste el

41 Pudiera creerse que el autor, en lugar de Aníbal, quiso poner Alejandro; pero no admite duda la lección, y así se ha dejado.

42 El doncel del Mar no es otro que Amadís de Gaula, hijo del rey Perión y de la infanta Elisena, a quien sus padres, deseando ocultar su nacimiento, hicieron echar al mar en unas tablas; siendo después hallado por el buen Gandales. Esta especie de que el duque de Braganza Don Teodosio fue el autor del *Amadís* no estriba sobre más fundamentos que el dicho de nuestro autor.

43 Don Íñigo López de Mendoza, autor del *Memorial de cosas notables*, que son unos apuntes de historia antigua, sagrada y profana.

mayor de los de la santa Compañía de Jesús, y los muy caballeros de quien hoy corre la sangre de la tinta fresca, y correrá para siempre, Boscán y Garcilaso; Don Diego de Mendoza, Pedro Mejía, Ludovico Ariosto, Sanazaro, y el conde Baltasar Castellón, y el Cardenal Bembo, y otros grandes caballeros escritores que un olvido de una hormiga de ponerlos aquí no les empee, por lo que se dice y el vulgo tiene costumbre (que los ignorantes el vulgo es) de hacer burla de los que escriben; mas los que escriben mal, burla y muy mayor pena merecen, porque se metieron donde no les llamaba su ingenio, y porque *poterat duci scena sine istis*, sin ellos podían pasar.

85. De un galán epigrama.

Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Plasencia, hijo del Papa Paulo Tercio, porque antes que fuese Papa fue primero casado, fue muerto por ciertos vasallos suyos violentamente; y como no se supo por cuyo mandado, porque ellos sin favor de algún gran príncipe no tuvieran ánimo para hacerlo, amaneció en Roma de autor incierto en pasquín este epigrama:

*Cæsaris injussu Farnesius occidit heros,
Sed jussu sunt data præmia sicariis.
Tres sunt hæredes Dux, Margarita, gemelli;
Hanc pater, hunc socer, hos expoliavit avus.*

El que tradujo así Bustamante de Herrera⁴⁴.

El gran Farnesio murió,
Sin ser por César mandado;
Mas por César le fue dado
Gran premio al que le mató.
Tres herederos dejó
Duque, Madama y gemelos;
A éste el suegro despojó,
Y a ésta quien la engendró,
Y a los nietos el abuelo.

Y fue cosa muy notable la infelicidad que por nacer en la casa tuvo esta infanta en los casamientos que por divina permisión contrajo; que primero fue casada con el duque de Florencia, que mató a puñaladas su primo Lusiñán de Médicis, y después con Pedro Ruiz Farnesio, que también murió a hierro, duque de Parma y de Plasencia.

86. De un famoso milagro.

Estando la corte en Madrid y el Emperador en Flandes, y cuantos hijos de nobles había en España criándonos en servicio del Rey que también era, o sería de ocho, o nueve años, fue un caballero de allí muy conocido a una iglesia, como muy buen cristiano que era, a recibir el Santísimo Sacramento una Semana Santa, y estando de rodillas y a ello, miró hacia él el clérigo que se llamaba Párraga, y vio que tenía llena de erisipela y muy bermeja la cara, y dióle tan gran asco, que se fue a otro clérigo, dejándole con el Santísimo Sacramento en las manos; y estando un poco después rezando, y antes que saliese de la iglesia, se sintió mal dispuesto, y llegando a su casa le miró su madre, y le dijo: «Hijo, ¿qué es eso que traes en el rostro? Válgame nuestro Señor y cómo te pareces a Párraga.» Y él iba cada rato empeorando. Echóse con gran calentura en la cama, ardiéndole tanto el rostro que no hacía su madre sino quitar y poner en él paños de agua rosada; y luego se le secaba como yesca. En fin, ardiéndole cada rato más y más la cara, en breve tiempo

⁴⁴ No se da noticia de este escritor en la *Bib. Nov.* de Nicolás Antonio.

murió. Fue cosa notorísima en toda la corte, como otro milagro en Alemania, en un lugar de un señor.

El señor de aquel pueblo quería recibir el Santísimo Sacramento, y puesto en el altar entre sus vasallos, cuando se lo querían dar, dijo que no quería él forma pequeña como sus villanos, sino que se le trajese una hostia grande; el cura, aunque vio la necedad del señor y su soberbia, dio el Santísimo Sacramento a los vasallos, y trajo del Sagrario para él una hostia grande; y estando para comulgar, hincado de rodillas en la peana, que era de piedra dura como un mármol, húndensele las rodillas en la dura piedra; echa él las manos al altar, húndensele las manos en el altar, que también era de piedra, como si fuera de masa, y hasta tanto se hundió en la peña cuanto le duró la obstinación, y luego acudió al arrepentimiento, y tras su arrepentimiento luego la misericordia de Dios como suele. Y como entra luego la luz tras el súbito abrirse de una ventana, yo vi y toda la corte lo vio las rodillas y manos como en sus fundas de ellas en la viva y dura piedra señaladas, y me espantó con tal testimonio del Santísimo Sacramento en tierra de alemanes, como haya en toda aquella tierra quien dude de su verdad.

En España ha habido infinitos milagros que nuestro Señor ha hecho en prueba de sí mismo, como los hizo cuando moró en la tierra; como los corporales de Daroca, y el clérigo que alzó un niño Jesús diciendo misa en Portugal, a lo que se tapó los ojos el príncipe católico, diciendo a los otros: «Señor, que yo bien os creo.»

87. De otro milagro moderno de Nuestra Señora de Monserrate.

Cosa es muy sabida no haber mala sabandija en la montaña alta y larga de Nuestra Señora de Monserrate. Por gracia de Nuestro Señor y de su bendita Madre no ha habido, con ser tan grandes sierras, ningún peligro ni desastre, cuanto a que por parencia de Nuestra Señora se fundó allí la casa, y esto es cosa ordinaria que en la peña de Nuestra Señora de Francia en todas aquellas sierras hay víboras, pero ninguna tiene veneno ni mata a nadie. Pues acaeció así que Doña María Manrique, dueña de honor de la Emperatriz, fue allí con su Majestad en su litera, y aun iba algo mala. Pues el literero por su descuido, o porque la gloria de Dios se manifestase, erró un paso, y él y la litera y los machos cayeron a muchas brazadas de fondo abajo; ni se hicieron mal él ni la litera ni los machos, y cuando bajaron abajo hallaron cubierta la litera como solía caminar, y Doña María hincada ella de rodillas dando a Nuestro Señor muchas gracias. De esto no es menester confirmación, pues pasó ante toda la corte y la Emperatriz nuestra señora delante.

88. De cuánto puede la oración eficaz.

El santo monasterio de los Ángeles, muy devoto en tierra de Córdoba, de frailes descalzos de la provincia de los Ángeles, y cabeza de ella, está todo cercado de montes. Pues aquí en nuestros días casualmente se encendió el fuego que venía con el viento y la llama y el humo al cielo, quemando contra la casa cuantas encinas y alcornoques y jarales topaba. Los frailes, viendo venir la mar del fuego tan alta, que ni podían salir de allí para sacar el Santísimo Sacramento, ni las imágenes santas, como los dioses penates del espantoso fuego de Troya, acuden al último y eficaz remedio, que es Dios. Pónense todos llorando en oración en la iglesia determinados de pasar lo que Nuestro Señor de ellos y de sus reliquias e imágenes dispusiese. Cierran sus puertas y no las bocas de gemir y suplicar a Dios; pasa el fuego por cima de la casa sin la tocar ni hacer ningún daño en ella. Mucho ayuda la buena vida para alcanzar cualquier cosa en ésta. Son estos religiosos en extremo abstinentes, comen sin manteles y siempre yerbas, con la poca ropa que andan vestidos echados en unos sarmientos duermen, y con una sola manta encima y una piedra por cabecera; andan descalzos; visten sayal; tienen ayuno y disciplina perpetua, y así, para impetrar la dicha misericordia de Dios, tenían bien hecha la cama de sarmientos: que la buena vida es el cimiento, la

oración el edificio y el lecho, que con esto se alcanza y se sube al cielo. Oraba Moisés y tenía las manos altas cuando los suyos estaban peleando; mientras estaba así vencían los suyos; en cayéndosele los brazos (parece que a Nuestro Señor se le caían) para ayudarle tornábanselos a alzar y vencía luego, hasta que los suyos se los tuvieron en peso, con que fue vencida la batalla, que parece que con lo interior lo exterior también a Nuestro Señor aplace.

89. De otro milagro semejante.

Acaeció asimismo a Nuestra Señora de Monserrate, que teniendo la santa iglesia encima pendiente una gran peña, mayor que la misma casa, que cayendo no podía dejar de molerlo todo como alheña, y estrujarlo, porque estaba ya impendente, colgada de un hilo sobre sus cabezas, como la espada del tirano, pusieron los religiosos una noche en oración, pidiéndole a Nuestro Señor y a Nuestra Señora socorro para su misma casa; y sintiendo venir la peña con tan grande estruendo, como si todo el monte se viniera abajo, dio por cima el peñasco un tan gran salto que salvó la casa, llevando tras sí cuanto encontró y los robles y peñas destrozando, y otro día la vieron y la he visto yo por debajo de la casa, donde por la misericordia de Dios tomó perpetua posada.

90. De otro milagro en la casa de los Ángeles.

También quiero hablar de otro milagro en la dicha casa de los Ángeles. Ella está en tan gran altura, como la torre de Sevilla, entre un rincón de dos sierras, como un nido de golondrinas pegado a la pared, y la subida es por una senda estrechísima, dificultosa para los de a pie, y para los de a caballo imposible. Aquí, pues, vino a ver un hermano suyo novicio un letrado de Écija, y pensando que el camino iba derecho y hacia todos lados, subió con su caballo por él arriba; deslízase por no caber el caballo en él. Iban despeñándose él y el letrado por allí abajo; mas el letrado que conocía a Dios, se encomendó a él y a Nuestra Señora; tuvo remedio: átese de un pendiente algarrobo, y el caballo cayó en tan hondo abismo que se hizo pedazos luego; mas su amo llamó y dio voces a los de lo alto, adonde desde arriba con largas sogas le subieron.

91. De lo mismo.

La materia de los pasados capítulos me amonesta que, aunque sea fuera de lo acostumbrado, se prosiga de cuanto la oración eficaz puede, y así yendo juntos tantos milagros, el estupor y maravilla de los leyentes será menos, porque los milagros son cosas sobrenaturales, y que pocas veces acaecen. Una viuda, pobre, de un lugar de Llerena, quedáronle dos haneguillas de tierra, que aun para cebada no eran, ni ella tenía más de qué, ni de sus manos se sustentar. Uno le dio dos hanegas de cebada, a otro pidió que por amor de Dios se la cogiese, y así como todo fue por amor de Dios, así el amor de Dios le valió por lo demás; y estando ya en la era la cebada, alzó ella las manos a Dios, y dijo: «Señor, que puedes hacer de las piedras pan, haz trigo de esta mi cebada.» Pues la cebada que en la paja y en las fundas era cebada, fue lo de dentro trigo todo el grano, y de las espigas anduvieron muchas por Llerena y por toda la provincia, mostrándose que era cebada por de fuera, y desgranándose, trigo por de dentro.

92. De una admirable cura de un médico italiano.

La reina Doña Isabel, nuestra señora, hermana del rey Enrique de Francia, adoleció en Madrid año de 1565, y fue la enfermedad (tan grande que cada día en cuarenta días fue empeorando más siempre), no sólo peligrosa, mas casi mortal; pasmada en todo un lado, sin conocer ya a nadie, y con un gran bulto de hinchazón en la garganta, sin comer sino huevos frescos por un canuto de plata. En

este medio tiempo todo era en la corte procesiones, disciplinas y plegarias, y muchas más eran que las públicas las que todos, según la amaban, hacían, particularmente en sus casas por sus bondades, por ser muy caritativa, liberal, muy misericordiosa y muy afable. Pues trayendo la Extremaunción de San Gil, que es la iglesia parroquiana de Palacio, manda sobreseer el caso y ponerla sobre una mesa el clarísimo duque de Alba, que sirvió así en aquella dolencia, que nunca comió en toda ella de cuarenta días en mesa sino en la mano; nunca se acostó en cama; bajaba a tomar camisa a su aposento cada mañana. Venidas las cosas a este estado, junta a consulta todos los médicos reales, por cuyo decreto la Extremaunción estaba en Palacio.

Entre ellos había un famoso italiano que dijo que había pensado una purga que creía que sería importante; la purga todos los demás la aprobaron; mas por no haber ya sujeto ni virtud para ella, teníanla por cosa de aire. El Duque preguntó: «¿Sin esto, por vía ordinaria, cuánto podrá su Majestad durarnos?» Los médicos dijeron que aun no veinticuatro horas por el pulso, que es la señal por donde en las dolencias mortales conoce el médico experto la hora que jamás falta. «Pues, dijo el Duque, si la Reina nuestra señora no puede durar más que eso, al paso que va por su curso ordinario, y por estotra vía hay de vida alguna esperanza, ¿qué bueno sería dársela?» Todos lo remitieron al Duque; él dijo: «Vamos al Rey, que sin su Majestad no es justo resolvernos en cosa tan grande.» Van el Duque y ellos al Rey; trátase del arduo caso, donde retirado en extremo dolor su Majestad estaba, al cual le pareció lo mismo que al Duque, y que se pusiese por obra lo que mandaba el médico italiano. Dásele luego la purga; esto sería a las siete de la mañana, y a las once del día ya la esclarecida Reina estaba sin pasmo y en todo su acuerdo, sin calentura y sin peligro, y totalmente sana.

Y porque se vea la ingratitud de los hombres; la imagen santa de Nuestra Señora de Atocha, que acompañada de toda la corte, vino en la gran necesidad a Palacio, después de pasado el menester, se volvió sola con solos todos los capellanes; mas el Rey hizo muchas limosnas y obras pías a su casa.

93. De un duelo famoso en la mar.

Alonso de Contreras, hidalgo de Talavera, siendo en Italia soldado hizo un famoso hecho, y como yo de estos me mantengo, y es vianda que tan bien me sabe, convido al lector a ésta. Andaba este soldado en las galeras de Malta, junto a la costa de Grecia, y de la Capitana, viendo a una milla la tierra, échase al agua un turco de rescate, que suelto traía el general en ella, de consejo. No había tiempo; el esquife estaba embarazado, las galeras en áncoras, y cualquier diligencia fuera negligencia en tal tiempo. Mas sin esperar a desnudarse, como estaba en calzas y en jubón, se echa después de él a la mar Contreras; da gran grito la gente de verlos ir por las olas, uno huyendo y otro siguiendo, como en tierra un generoso lebel a una silvestre fiera; alcánzale en medio del camino, diciendo el cristiano al turco: «Vuelve, vuelve, perro.» No quiere el otro volver, antes viéndole cerca, se aferran ambos uno con otro como dos enemigos bajeles, vanse a lo hondo, y allá bajo suéltanse, y sale cada uno por su parte, medio atónitos y soplando el agua como en tal caso se suele, y tornan cada uno como de antes a su intento. En esto pone mano a una daga el soldado, y vase contra el otro; alza la una mano con ella amenazando que le mataría con la daga si no se tornaba a la galera; vuélvese el otro de miedo, y el soldado con la daga alta tras él. Ya en esto habían echado a la mar el esquife de su galera, en que mojados ambos y algo herido el turco los recogieron, y el soldado presentó al General el gran pez que, estimándolo todos en lo que era justo, le dio trescientos ducados por ello, que quiso más el soldado que renta: que según en la vida que andan, traen la una y la otra tan a punto de perderlas.

94. De desengaño del mundo y de la infidelidad humana.

Venido el Emperador nuestro señor de Flandes en España para dar a su vida, recogido en Yuste, tan famoso cabo de año, pasó por Pancorbo, a doce leguas de Burgos, un lugar pequeño de la montaña, con su abreviada corte, mas lleno de buenos méritos con sus súbditos y de expectación de grandezas y victorias y triunfos, y del final de sí mismo y del mundo con inmortal fama. Los de Pancorbo recibieron a su Majestad, como era justo, suntuosa y agradablemente, y le hicieron alegrísimo recibimiento, con servicio de un presente de gran precio y de gran abundancia (como los moriscos hacen que antes del exordio de cualquier su pretensión presentan, aunque sea un par de perdices, por ganar la benevolencia; que de toda la retórica es el mayor artificio para ganarla y después hablan). Así los de Pancorbo suplicaron luego a su Majestad les diese cierta jurisdiccióncilla conveniente a ellos, de poca importancia; el Emperador les agradeció la voluntad y el don; mas cuanto a lo que pedían, respondió que todos sus reinos había renunciado, y que no tenía ya poder para hacerlo, ni era ya parte para nada. «Pues si es así, dijeron ellos, besamos humildemente las manos de vuestra Majestad por su buena voluntad, y volveremos a llevar nuestro presente»; y así se le tornaron a llevar, dando a entender al mundo con raro ejemplo que tanto cuanto uno puede tanto vale, por más que se le deba, y que como un caudalosísimo río que aventado aun los poderosísimos navíos en sus riberas temblaran, después animales chicos le tienen en menosprecio y vadeando le pasan.

95. En terribles golpes de espada.

El licenciado Salguero Manos Albas, honrado corregidor de Motril, en el levantamiento de Granada, año de setenta, en una famosa cabalgada que se hizo en Batares, dio a un mozo en el brazo izquierdo, con que hizo reparo, una tan brava cuchillada que le echó a tierra el codo con un gemo de cada parte del molledo arriba, y otro gemo del brazo abajo hacia la mano, de manera que de un golpe le hizo el brazo tres partes iguales, que como cola de culebra cortada estuvieron un poco las dos saltando: testigo Don Pedro de Padilla, maese de campo, y el capitán Cervantes y Francisco de Aguirre, vecino de Alcázar, y un pedazo de nuestro campo.

96. De una osadía de una española como romana.

Año de mil quinientos sesenta, en Salamanca, moría de amores un caballero mozo de una hermosa dama, y como nunca vinieron en su casamiento, como los de Píramo y Tisbe sus desenamorados padres, vedáronles aquello que no les pudieron vedar. Sácala él en un caballo, y ella en una mula de casa de un honrado caballero amigo de su padre. Todas las justicias de la ciudad se asonaron; sale tras ellos la diligente hermandad; repícanse al escandaloso insulto las campanas; el tiempo era tempestuosísimo de aguas; llegan a las barcas de Alconetar los dos amantes; quieren pasar por barca el soberbísimo y furioso Tajo; piden la barca al barquero, y no quiso pasarlos por uno, ni por dos, ni por diez ducados. Dábale ciento el caballero de mil que traía en un talego para el caso, porque la justicia les venía ya a las espaldas; mas ni ruego, ni piedad, ni precio no aprovechó nada: desenvaina al fin para el barquero la espada; híncasele de rodillas el sordo y pertinaz barquero delante, diciendo: «Señor, si vuestra merced me mata moriré en tierra, y no por mi culpa; mas si me embarco moriremos todos e irme he al infierno por me echar en este monstruo, como desesperado, y y aun mi mujer y hijos no hallarán mi cuerpo ni me enterrarán.» Entonces el caballero dijo: «Mi señora, pasaréis conmigo.» «¿Yo? señor, dijo ella; quien ha hecho por vos lo que he hecho, por el agua y por el fuego pasará.» Tómala el caballero a las ancas de su caballo, y diciendo: «Teneos muy bien, muy bien, que Dios será con nosotros», se echó al agua.

Los remolinos, las olas del río eran tantas, que al principio fueron sin parecerse un rato después, desde la orilla todos santiguándolos y encomendándolos a Dios, los veían ir como tres

corchos sobre el agua; en fin, a la alta piedad plugo de los llevar en salvo a la orilla muy abajo de donde se engolfaron.

Llega luego la hermandad, venlos salir del río remojados; mas ni en aquel ni en ocho días no se pudo pasar la barca. En tanto llegaron ellos a Osuna; métense en la iglesia, cásalos el vicario, y hácenlo saber a sus padres, que visto su tanto amor, su tanto esfuerzo y tan nueva y extraordinaria hazaña, han por bien el casamiento, y al cabo de algún tiempo envían por ellos una gentil litera y gente, y vuélvenlos con mucha fama y honra a su casa.

Del cual hecho no hay menos certeza que de que salió el sol sobre nuestro horizonte esta mañana, y he aquí como dan vuelta unos mismos hechos a temporadas, el de Clelia y éste en diversos cuerpos, como de las almas decía Pitágoras...

Siendo virrey de Sicilia por el rey Felipe de España Mateo Antonio Colona, el gran caballero romano, cabeza de aquel ilustrísimo bando de los coloneses, de cuya casa fue el cardenal Colona, que honró tanto y lo celebró tanto Petrarca, dos alféreces se afrontaron allí *ad invicem*, que se dieron sendos bofetones a la par; el uno era del marqués de la Favara y el otro, del barón de Segullana, y muy amigos ambos. Concertáronse, por quitar diferencias y bandos, de sacarlos a matarse al campo, y de los dos los dos señores padrinos ambos. Comiéncense a acuchillar a gran furia los dos agraviados, y en tanto dijo el Marqués al Barón su amigo: «Ea, señor, ¿qué hacemos aquí? ¿Hemos como leños de estar mirando?» «Pues ¿qué quiere vuesa señoría?» «Que vuesa señoría y yo, dijo el Marqués, nos matemos ambos.» «Pues sea en buen hora», y ponen los padrinos valentísimamente mano a las espadas con tanta braveza y estruendo, que los dos combatientes alféreces dejan su reñidísima batalla, y van a los que se mataban por su causa y pónenlos en paz a gran fuerza de cuchilladas, y todos cuatro encarnizados así hechos amigos, llevólos el Marqués a comer consigo a su morada, y lo que la paz, ni la concordia, ni buenas razones pudo acabar, lo consiguió la discordia en las armas.

97. De cuán útil fue a la Corona Real el rey Don Fernando el Católico.

Entre los gloriosos reyes de España que tanto han en un cuerpo amontonado, pienso que de los mas útiles a este imperio fue el rey Católico Don Fernando, de este nombre séptimo, del cual de los reinos y señoríos que adquirió haré aquí inventario como de alhajas de su recámara.

Primeramente ganó a Castilla y a León venciendo en la batalla de Toro al rey de Portugal.

Item, venció en la batalla de Olmedo al príncipe Don Alonso, hermano del rey Don Enrique por la misma causa.

Item, ganó el reino de Nápoles.

Item, el reino de Granada, que fue el postrer rey de los godos que acabó de ganar a España, después que Pelayo comenzó a cobrarla, por lo que de ambos será su memoria perdurable.

Item, cobró el condado de Rosellón, que tenía a esta corona usurpado el rey de Francia.

Item, las islas de las Canarias.

Más descubrió las Indias y conquistó las islas de Santo Domingo y todas las de aquellas partes.

Más ganó el populoso reino de Navarra.

Más impetró de Su Santidad los tres maestrazgos, y también el patronazgo y provisión de arzobispados y obispados que antes era a proveer de los Papas.

Más por su persona y derechos hereditarios de ella allegó a nuestra Corona los reinos de Aragón, Cataluña y Valencia, y las islas de Sicilia, Mallorca, Menorca, Córcega, Cerdeña y Malta, Ibiza y la Formentera, y otras islas del mar Mediterráneo adyacentes a España.

Más ayuntó por casamiento de la serenísima reina Doña Juana, su hija, con el rey Don Felipe I, su yerno, todos los estados de Flandes, que como no los anduve todos, si acertare a ponerlos aquí no será poca hazaña: conviene a saber: Flandes, Brabante, Artois, Henao, Luxemburgo, Frisa, Güeldres, Tirol, Borgoña, Holanda y Zelanda.

Mas dejo seis ciudades en Francia, que como no se cuenta por hazaña el dinero del juego, que presto se pierde y se gana, así no se deben de contar.

Lo ganado ultramarino en aquellas partes de África: Argel, Orán, Trípoli, Bugía.

Redujo las cosas que estaban de mala data a su corona Real: el marquesado de Villena, Córdoba, Cádiz y Gibraltar. Puso las hermandades, echó los judíos como los moros de España, puso la santa Inquisición, con que echó el seguro a la fe en sus reinos, con que con ella reinaron los Reyes en paz siempre, pues dice Dios: *Per me Reges regnant*, que no tiene nada seguro quien no estriba en esto, el *qui manet in charitate in me manet, el ego in eum*.

¿Qué haces niño junto a ese mar? preguntó a un muchacho un sabio. Respondió él: «Quería con este caracolillo sacar cuanta agua hay aquí.» La misma bobería me parece que he emprendido ahora yo: querer con mi poco ingenio explicar las grandezas de un príncipe tan grande; mas tendrá un bien mi insuficiencia, que todos imputarán al artífice, y no a la honda y profunda materia, sino a mi rudeza, querer hacer tanto con el chico caracol de mi vaso.

98. De un galán socorro de un fuerte.

Estaba nuestro ejército en uno de los estados de Flandes, que es Holanda, sobre un lugar fuerte de los rebeldes, al que tenía en grandísimo aprieto, ni ellos tenían posibilidad de socorro por estar muy poderoso nuestro campo y muy superior al de ellos; ¿qué hacen? ya que Marte les negaba su ayuda, acuden por remedio a Neptuno, que le tienen muy enfrenado y muy a raya en aquellas tierras con sus reparos. Abren a pocas leguas de allí un dique, que así llaman los reparos de tierra y rama que tienen a la mar hechos; entra el Océano por allí con gran furia; viéndole venir, retíranse a los lugares altos de por allí los nuestros; llega la mar al pie del muy fuerte muro del pueblo, y por la vencedora agua muchos barcones y charrúas llenas de gente y de vitualla, y así a vista de los nuestros socorrieron el pueblo: útil y galán hecho que pues a los enemigos alabo, ¿quién se quejará de que con tanta razón loe siempre a los muy dignos de loor, nuestros soldados?

99. De cuán eficaz sea en todas las cosas la causa.

Podía muy bien ser cuestión entre los que todas las cosas disputan, cuál sea más eficaz, la causa o el efecto; pues lo uno sin lo otro como materia sin forma y forma sin materia no puede ser, y así, lamentando la destrucción de Troya, Ennio dice: «¡Ojalá que no nacieran pinos en el monte Pelio!, etc.» porque a no los haber no se labraran de ellos navíos; sin ellos Paris no robaba a Elena; sin el robo no hubiera afrenta; sin afrenta no deseo de venganza; sin este estímulo no junta de griegos; sin griegos no guerra; sin guerra no asolamiento de aquella ciudad; así que el monte Pelio destruyó a Troya, y más atrás el que no quiso dar a Paris la muerte, que contra malos agujeros había nacido en casa del rey Príamo, su padre.

En la religión de San Juan no castigan al que hiere sino al que dio la causa de la pendencia, que acaece el que revolvió el caso quedar muy mal herido, y curarle con mucho cuidado y regalo, y después de sano rigurosamente castigarle, y no al que dio muchas cuchilladas, sino a quien de que se las diesen dio la causa.

Puestos a las riberas del río Albis con sus dos campos, aquí el Emperador y allí el duque de Hesse, el río alto no tenía puente; los enemigos tenían las barcas; no venciera el Emperador, si no fuera por un mancebo que al duque de Alba mostró el vado; de manera que un villano de Sajonia

crió un potro; tomáronsele a su hijo alemanes, y el mozo por vengarse dijo el vado al duque de Alba, y el Duque al Emperador, y pasó nuestro ejército. Por eso fue vencido y preso el duque de Hesse, con una gran cuchillada por la cara; de manera que el potro que crió el sajón venció a su señor el duque de Hesse, y así un adivino pudiera decir antes al Duque: «Señor, manda matar ese potro que os ha de costar muy caro»; mas yo no soy de ese parecer, remitiéndome al de la Iglesia santa, sino que lo que en tablas de diamante está escrito, que son la divina voluntad, de cualquier manera ha de pasar, que *fata viam invenient*.

Pues mostrado el camino al Duque por el mozo tudesco, de los suyos muy agraviado, pasó el ejército por beneficio del humo de la artillería de entrambas partes; échanse siete u ocho de los nuestros con las espadas en las bocas a nado, hacen con ellas maravillas en armas; por lo que yo pienso que estos nombres se deducen, españoles de espadas, porque a la espada española ninguna otra en el mundo se le iguala.

Por lo que en todas las cosas se deben de quitar las causas, porque aunque sin ellas hay en el mundo mil males sueltos que hieren a los muy advertidos y recatados, con todo eso son más los otros casos, y a lo menos en los que vinieren siguiendo, razón (que es el remedio) no será el hombre culpable, que es el último consuelo y descanso.

100. De una carta a su Majestad, de Bustos de Villegas.

Estando decretado por la Santa Silla apostólica (que es la que ata y desata en las cosas espirituales) que no tuviesen en España las iglesias jurisdicciones temporales, pues les toca la mejor parte, que es la vida contemplativa, y no esta otra activa de Marte, y que dispusiese de ellas el Rey nuestro Señor para sus santos intentos, como cosas de ningún interés y que no rentan nada, movido Bustos de Villegas del celo de su iglesia de Toledo, de que entonces era gobernador y tenía a cargo, con su buena y pía intención escribió al Rey nuestro Señor una discreta carta como que *bonarum mentium est culpam timere ubi culpa non est*, porque culpa puede haber en lo que para suplicarlo hubo grandes causas y grandísimas para obtenerlo, pues lo concedió el Papa. Y ¿no vienen al justo los hermosos ejemplos que este pío y doctísimo varón trae, que aquellos Reyes tomaban por su autoridad las joyas y rentas de las iglesias, sin ser para defensa de la fe y sin la suprema autoridad del Señor de todo, que es el Papa? Y ésta que se sigue es la carta.

«C. R. M. = Recibí la de V. M. de siete de este y juntamente la copia del breve que su Santidad ha concedido a V. M. para la venta de los vasallos, jurisdicción y rentas temporales de las iglesias y monasterios, y acerca de ello haré lo que V. M. manda, advirtiéndolo primero por no faltar a lo que debo, que es tenerme V. M. puesto en este lugar por sombra de primado, a quien toca traer a la memoria a V. M. la defensa de la iglesia de España, ni el temor y nota de que en mi tiempo se vendan los vasallos de la de Toledo, ni otra ninguna consideración humana me pudiera dar atrevimiento para suplicar a V. M. mande reveer este negocio, si no estuviera persuadido que hago en ello a V. M. el mayor servicio que podré hacer en mi vida, y en cosa muy importante a la conciencia, autoridad y reputación de V. M. y a la religión y república cristiana, y según el desasosiego que he tenido después que recibí la de V. M. podría decir con verdad a V. M. lo que la mujer de Pilatos a su marido, que he padecido tanto (y no sueños), sino velando, que me ha competido y forzado a dar a V. M. esta pesadumbre y a suplicarle muy de veras que antes que se pase a la ejecución lo considere V. M. mucho.

»Y lo que principalmente me ha movido es haber visto lo contrario de lo que V. M. quiere hacer, firmado del Emperador nuestro Señor, que haya gloria, en las leyes de estos reinos y capítulos de las Cortes, donde por los procuradores le fue pedido esto mismo, y respondió que no convenía al servicio de Dios ni al suyo que se hiciese; y apretándole más, refieren que dijo: “Nunca plega Dios que quite yo a las iglesias lo que no les di”; y tornando a consultarlo con el arzobispo de Toledo, que hoy es, y con fray Melchor Cano, y con el maestro Gallo y fray Alonso de Castro,

respondieron a V. M. que ni el Papa podía dar licencia para ello, por no tener el señorío de estos bienes, ni V. M. pedirla con buena conciencia, y que ya que se pudiera dar y pedir, que no era cosa decente usar ni tratar de ella. Si ahora otros letrados han aconsejado a V. M. lo contrario, será justo considerar si son mayores que los juristas que respondieron a los capítulos de Cortes, y que los dichos cuatro teólogos, y también que tenemos ejemplos en la escritura de personas que con deseo de conseguir su efecto anduvieron de profeta en profeta hasta que Dios permitió que topasen con alguno que los engañase.

»Conforme a la opinión de estos teólogos el breve y licencia que V. M. tiene de su Santidad no parece que relieves, y también se puede fundar que no basta la extrema necesidad que V. M. tiene, porque en el Deuteronomio y en otras partes de la Divina Escritura se prohíbe con amenazas la enajenación de estos bienes santificados para ningún efecto, por importante, necesario y forzoso que sea, especialmente que el estado eclesiástico con ser tan exento y privilegiado ha socorrido y servido a V. M. con las tercias, subsidio y excusado, que son, según dicen, cinco partes de diez de toda la renta eclesiástica, y mas, con lo que se ha vendido de las órdenes militares de los maestrazgos, que también es eclesiástico, y con las condonaciones pecuniarias, dejadas a parte las tercias y las pensiones y lo que se paga de ordinario por la langosta y por los cardenales, de solo subsidio y excusado ordinario paga un prelado, aunque sea hijodalgo, más pechos y derechos a V. M. cada año que dos mil labradores, ni que cuatro mil caballeros e hijosdalgos. Para, remedio de esta desigualdad considere V. M. si es buen consuelo venderle sus villas, vasallos, jurisdicciones y fortalezas, no habiendo los demás estados contribuido siquiera con otro tanto como el eclesiástico, porque realmente de pechos y alcabalas y otros derechos no paga a V. M. un seglar de veinte uno, pagando, como está dicho, el eclesiástico de diez cinco; de manera que cuando el estado eclesiástico no fuera exento y privilegiado, para justificar V. M. estas ventas era necesario que el estado seglar contribuyese siquiera con otro tanto, y si esta relación se hiciera a Su Santidad, de creer es que no diera el dicho breve, aunque tuviera poder para darle, pues no es justo que la carga que toca al estado seglar la quiera echar por sobrecarga al eclesiástico.

»Considere V. M. que estas donaciones que los santos Reyes, de gloriosa memoria, hicieron a las iglesias de lugares y vasallos no fueron gratuitas, ni simples revocables, sino con grandes causas remuneratorias e irrevocables, y precediendo votos y promesas a Dios y a Nuestra Señora y a los santos, y siguiéndose victorias y dándoles Dios por ellas el centuplum de ciudades y reinos. El cual es de temer que ahora no revoque, porque en alguna manera parece que es hacer fraude a Dios y a Nuestra Señora y a los santos, que visible y realmente pelearon y se hallaron en las batallas, haciendo los milagros que las historias cuentan, especialmente en las del infante Don Pelayo, que las hubo con tan poca gente y armas, volviéndose las saetas contra los que las tiraban, y sucediendo otros milagros y maravillas, con que se recobró España miraculosamente. Con gran razón podría quejarse el Apóstol Santiago, de que habiendo bajado a pelear con armas y caballo en esta batalla, y más particularmente en la de Clavijo, se le quitase ahora el sueldo que por ello le dio el rey Don Ramiro.

»La santa madre Iglesia es muy delicada, y quiere ser regalada, y de donde no la tratan bien huye, y así por malos tratamientos que le hicieron en Asia y África huyó en los tiempos pasados, y se vino a Europa, y por la misma causa ha temido en los nuestros de algunas provincias de Europa, como son Alemania, Inglaterra y parte de Francia, y se ha acogido a España debajo de las alas, protección y amparo de V. M., dándole por ello nombre de Católico, en lo cual debería V. M. considerar cuatro cosas: la primera, que no se le dé a la Iglesia ocasión que por esta causa y por nuestros pecados huya de España; la segunda, que en ley de caballero y cristiano está obligado V. M. a favorecer y a amparar al que se acoge a V. M.; la tercera, que siendo madre tal y tan santa, no es justo permitir que la despojen de su dote y joyas; la cuarta, que se daría en hacerlo no buen ejemplo a los reyes cristianos convecinos y pasto a los luteranos, porque aunque la causa porque V. M. lo hace sea diferente en efecto, el hecho y perjuicio para las Iglesias es uno mismo.

»Los santos reyes Fernandos y Alonsos, antecesores de V. M., tuvieron menos estados y mayores necesidades y aprieto, porque poseían sola una parte de Castilla, y estaban rodeados de los reyes moros de Córdoba, Granada y Sevilla, y de otros enemigos, y con todo eso para sustentar su reino y estado y ampliarle, y para conseguir victorias y defenderse de sus enemigos, tuvieron por mejor camino (como cierto lo es) dar a Dios y a las Iglesias que quitárselo, y así consiguieron en esta vida y en la otra el *centuplum* que Dios tiene prometido, y el nombre de santos y buenos reyes.

»En harta aflicción y trabajo debía de estar el santo rey Don Fernando, que ganó a Sevilla, cuando teniendo puesto cerco sobre ella le fueron a decir los de su Consejo que ni se podría sustentar el cerco ni entretener el campo, si no se prevalía de los bienes de las Iglesias y de otros repartimientos; y respondió el santo Rey que más quería un *pater noster* de ellos que tomarles sus bienes, y fue Dios servido que el día siguiente se le entregó la ciudad sin pensarlo ni esperarlo.

»Si todos los vasallos y cosas de la Iglesia se pudieran vender en un mes o en un año y juntar los precios, y estos fueran suficientes para total socorro y remedio de V. M., fuera muy bien empleado, pero habiéndose de hacer las ventas por menudo y sacarse los dineros por alquitara (pues es cierto que no ha de haber luego compradores para todo), crea V. M. que a cabo de pocos años vendrá a hallarse con la misma o mayor necesidad que ahora, habiendo hecho el daño y puéstose al peligro que está significado, dejando entre tantos triunfos y religiosa monarquía mancillado en sus crónicas, o en las ajenas, por esta causa su glorioso nombre, y sólo servirán estas ventas de enriquecer a los verdaderos enemigos de V. M., que son los extranjeros usurarios y logreros, en cuyas manos y provecho estos dineros han de parar y convertirse; de suerte, que si V. M. pone en una balanza el daño tan perpetuo, perjudicial y peligroso, y en otra el poco provecho momentáneo y sin efecto, fácil y seguramente podrá V. M. con tiempo elegir lo que le conviene, especialmente si fuese cierta la opinión del tesorero Alonso de Baeza, que preguntándole qué era la causa porque lucían tan poco las rentas Reales habiéndose aumentado tanto, respondió que después que los demás, y lo mismo en su casa entraban dineros del subsidio no se lograban se refiere haber dicho muchas veces el Comendador mayor Cobos, lo cual tiene fundamento en lo que en muchas partes los sabios y los santos doctores dicen.

»Los graves perjuicios que de estas ventas vienen son muy notorios, y el mayor de ellos es desautorizar la Iglesia y prelados, como se hizo en Alemania y Inglaterra, que fue fundamento, origen y principio de la perdición de aquellos reinos y estados, que tan antiguos y católicos eran, y quedando los prelados sin nervios, autoridad y sustancia no podrán ayudar a resistir herejes, ni servir a su Rey al tiempo del menester, que, aunque en el de V. A. no sea necesario, no sabemos lo que será en los siglos venideros las voluntades pías y sufragios y memorias de los difuntos, que dieron estos vasallos a la Iglesia, quedando defraudados los vasallos que fueron vendidos, pierden limosnas y buen tratamiento, porque como no se escogen los compradores, sino que se admiten los que vienen con dineros, verosíblemente tendrán más consideración tales compradores a pujar sus rentas que a relevar los vasallos de la recompensa que a las Iglesias y prelados se han de dar; se entiende que no puede ser justa, proporcionada ni equivalente, sino que así como el que compra joyel de oro, lleno de perlas preciosas y esmaltes por sólo el peso, no satisface así el que compra villas, vasallos, fortalezas de la Iglesia por el valor de la poca renta, está claro que lo lleva por sólo el peso, y que deja por pagar las prendas y esmaltes de la honra preeminencia y calidad, autoridad y circunstancias, que monta mucho más que la renta y el peso.

»Muy prósperos sucesos se han visto y se leen de los reyes, príncipes y repúblicas que han atendido al aumento de las cosas de las Iglesias y templos, y muy adversos de los que han hecho lo contrario.

»La mayor monarquía y más poderoso y florido imperio que ha habido en el mundo fue el de los romanos, lo cual atribuye San Agustín a la religión y munificencia de que usaron con los templos y sus cosas; que ellos pensaban que eran de verdadero Dios; y las veces que sus capitanes y cónsules, sin su voluntad, se atrevieron a las cosas de los templos les sucedieron notables desgracias

e infortunios, como fue cuando Marco Craso yendo a la conquista de los partos, de camino, por sola su autoridad y codicia tomó del templo de Jerusalén muchas cosas de oro, y sucedióle por ello que los partos lo vencieron y mataron a él y a su hijo, y a él le echaron mucho oro derretido por la boca por matarle la sed que de ello tenía, o mas propio y verdaderamente como ministros de Dios en castigo del sacrilegio del oro que había tomado del templo. Desde el día que el gran Pompeyo robó el mismo templo e hizo en él otras indecencias fue de mal en peor, hasta que perdió la vida, honra y estado, habiendo antes gozado del nombre de magno, y de tantos triunfos y victorias, y alcanzado cuando menos a no tener ni consentir igual en el mundo. Por el robo de los vasos de oro que hizo Nabucodonosor del templo le vinieron muchas adversidades, y permitió Dios que de Rey se convirtiese en bestia, y anduviese mucho tiempo por los campos comiendo yerbas de él, y por sólo haber usado de estos vasos el rey Baltasar, su hijo, vio aquel horrendo prodigio de la mano que escribía en la pared su muerte, y la destrucción de su reino que le declaró el profeta Daniel, y al contrario dio mucha prosperidad al magnánimo rey Ciro, su sucesor, porque restituyó al templo cinco mil y cuatrocientos vasos de oro y plata; liberalidad increíble de gentil, si no lo dijera su Divina Escritura.

»Por las grandes inmensas donaciones que el emperador Constantino hizo a la Iglesia ganó el nombre de Magno, y por lo que Dionisio y otros quitaron a los templos ganaron el de tiranos. Al rey Salomón, porque tan larga y espléndidamente gastó en el templo, le pagó Dios en la misma moneda, y le dio la mayor riqueza y prosperidad que ha habido en el mundo, pues se dice en el libro de los Reyes que en su tiempo había en Jerusalén tanta abundancia de plata como de piedras, y porque en España tenemos tantos ejemplos del tiempo de los señores Reyes, antecesores de V. M., y porque es de fe el *centuplum* que está prometido a los que dieren a las Iglesias, será superfluo entre cristianos traer más ejemplos de la prosperidad y bonanza que han conseguido los que con las Iglesias han sido largos, y así solo refiero a V. M. algunas desgracias e infortunios que han sucedido en todos tiempos y reinos a los que lo contrario han hecho; y dejado a parte lo de Nabucodonosor y su hijo, y lo de los cónsules y capitanes romanos, y lo de Dionisio y otros gentiles que presto cayeron en la perpetua infamia que he referido, al rey Jeroboán (como se cuenta en el libro de los Reyes), por echar mano a la ropa de un Profeta permitió Dios que se le secase la mano, y notan y ponen allí los santos doctores muchas amenazas a los Reyes y Príncipes que echaron mano de cosas de las Iglesias, diciendo que será causa de que sus estados caigan. Ananías y Záfira, su mujer, porque quitaron a la Iglesia parte de lo que ellos mismos le habían dado, se cayeron muertos a los pies de San Pedro. Abimelec quiso alzarse por juez de Israel, y para hacer gente se socorrió de cuarenta arrobas de plata de un templo, y dejólo Dios por eso de su mano, de manera que vino a hacer inauditas bestialidades y crueldades, y a matar sobre una misma piedra setenta hermanos suyos; y en fin se perdió y vino a morir a manos de una flaca mujercilla que le quebró la cabeza. Al mal rey Acab, por el despojo de un templo, le castigó gravemente Dios en su vida y en la muerte, y no le quisieron dar sepultura entre los reyes de Israel; y los libros de los Reyes y de los Macabeos están llenos de historias y tragedias de Reyes, Príncipes y personas, que por atreverse a cosas de las Iglesias y templos fueron miraculosamente destruidos.

»El emperador Federico sacó los ojos a un secretario suyo con poca ocasión, y arrepintiéndose de tan feo caso, recibióle después en su consejo, y sucedió que estando el Emperador en gran necesidad y no pudiendo sustentar el campo que tenía levantado, aconsejóle aquel secretario que vendiese de las cosas de la Iglesia para ello, y así lo hizo; y preguntándole otros al secretario por qué había tan mal aconsejado al Emperador, respondió que para vengarse del, y para que Dios le destruyese, como después sucedió.

»No pudiendo la reina Doña Urraca, hija del rey Don Alonso que ganó a Toledo, sustentar su ejército, pidió a los monjes del monasterio de San Isidro de León que le diesen de las cosas y riquezas del monasterio, y como ellos resistiesen, enojóse mucho la Reina con ellos, y apretándolos, respondieron que no osarían tocar a las cosas de Dios, que entrase ella y las tomase. Hízolo así, y dice su historia que saliendo con lo que había tomado, reventó a la puerta. Por haberse atrevido el

rey Don Alonso de Aragón, el Batallador, marido de la dicha reina Doña Urraca, a tomar otras joyas de Iglesias, cuenta su historia que perdió el nombre y hechos de Batallador, y que fue vencido de los moros, con grande ignominia, en la de Fraga, y que no apareció más vivo ni muerto. El desastrado caso de la muerte del rey Don Enrique, el primero, al cual mató una teja en Palencia, atribuyeron algunos al poco cuidado que tuvo de hacer remediar, aun en su tierna edad, los agravios que a las Iglesias hicieron los hijos del conde Don Nuño de Lara sus fautores y gobernadores de sus reinos, y a ellos les sucedieron los desastres que cuenta la historia. El rey Don Alonso, el Sabio, como es notorio, murió lleno de infelicidades y despojado de su reino por su propio, hijo, habiendo metido la mano primero en las tercias y rentas eclesiásticas. En tiempo del rey Don Juan, el primero, se hicieron grandes vejaciones a las Iglesias so color de patronazgos, y al Rey mismo le sucedió ser vencido con harta ignominia en la de Aljubarrota, y después morir repentinamente de la caída de un caballo en Alcalá de Henares. Don Sancho Ramírez, rey de Navarra, habiéndose aprovechado en sus necesidades de los bienes eclesiásticos, y sucediéndole por ello cosas adversísimas, Don García, obispo de Jaca, su hermano, y Don Ramón, obispo de Roda, le compelieron a hacer penitencia pública en la Iglesia mayor, delante de toda su corte. Don Alonso, rey de Portugal, tuvo al principio prósperos sucesos contra los moros de África, y después por meterse en los bienes eclesiásticos, murió con grande infelicidad y despecho. Al señor rey Don Manuel, abuelo de V. M., le comenzaron a suceder adversidades, de manera que le avisaron los suyos que era juicio y azote de Dios por haberse atrevido a las cosas de las Iglesias, hasta que persuadido por el Arzobispo de Lisboa y por otros, se desistió de ello. Al rey de Polonia Calamaco le sucedieron grandes desastres e infortunios por lo mucho que gravó los clérigos, y con ser para guerras contra el Turco, teniéndole tan vecino se le levantaron sus ejércitos contra él, y dentro y fuera de su reino le sucedieron por esta causa muchas adversidades, miserias y trabajos.

»Constantino segundo, emperador de Grecia, tomó gran suma de las iglesias de Roma, y sucedióle por ello que le mataron los suyos a puñaladas. Porque Astolfo, rey de los lombardos, insistió con el Papa que todos los vasallos de la Iglesia le pagasen una moneda, y sobre ello le hizo guerra, le castigó Dios con matarle con un rayo. El emperador Otón cuarto, por malos tratamientos que hizo a la Iglesia, paró en morir descomulgado y depuesto del imperio. San Eulogio, mártir cordobés, dice que en su tiempo a los reyes moros de Córdoba les sucedían grandes y extraordinarias adversidades por causa del gravamen que ponían a las Iglesias y sus rentas. Al Xarife, rey de Marruecos, le aconsejó un judío en nuestros tiempos que para defenderse de sus enemigos, no bastándole sus rentas, podía tomar una de cuatro bolas de oro de tibar de mucho peso y grandeza, que estaban encima de una torre de una mezquita de Marruecos, e hízolo así, y después que hubo hecho de ella gran número de doblas, y socorrida su necesidad, arrepintióse al Xarife de haberlo hecho, y mandó ahorcar al judío que le dio el consejo, de la torre de la misma mezquita, y al Xarife un su hermano menor le quitó la vida y el reino; lo cual atribuyeron los moros al atrevimiento que tuvo de tomar la bola de la mezquita. Lamentaciones de las historias francesas por las calamidades que han sucedido en aquel reino por esta misma causa no refiero, porque tiene V. M. entera noticia de ellas, y podemos decir que las ha visto.

»Las maldiciones de los padres y abuelos, aunque ellos no sean santos ni ellas fundadas en justa causa, siempre fueron temidas en España, y cuando fuesen de antepasados santos y buenos y con causa, son más de temer, y todos los santos reyes que dieron estos vasallos a las iglesias al fin de sus privilegios ponen las palabras siguientes: “Que si alguno contravinieren ahora, sea Rey u otra persona, sea maldito y descomulgado y que se lo trague la tierra como a Datán y a Abirón, y arda en los infiernos con el traidor de Judas”, y así están puestas en los privilegios de la santa iglesia de Toledo, la cual tiene particulares causas para que V. M. haga merced de que no se entienda con ella lo de estas ventas.

»La primera, porque el rey Don Alonso, que ganó a Toledo, que fue el que dio casi todos los vasallos, no los dio al Arzobispo, ni aun a la Iglesia, sino a Nuestra Señora, y en dote, como él lo dice, y si las dotes de cualesquier mujeres son privilegiadas y no se pueden enajenar, podrá V. M.

considerar si es justo que en la persona de Nuestra Señora su dote pierda este privilegio. La segunda, porque siendo esta santa Iglesia primada de las Españas, y estando en reinos tan grandes y opulentos como los de V. M., es justo que tenga mucha autoridad de vasallos como cabeza principal de ellos, que aun el santo papa Pio V refieren que dijo que si en Roma faltase la silla de San Pedro, que se podía colocar en Toledo en estos tiempos, y no sin causa, pues que por ella y por sus concilios se ha regido la Iglesia de Dios tantos siglos. La tercera, por haberla consagrado Nuestra Señora con su presencia cuando bajó a vestir la casulla a San Ildefonso, y haber tenido tantos santos prelados abogados de V. M., y otros tan valerosos y que sirvieron tanto en las guerras, que merecieron por sus personas que se les hiciese merced de estos vasallos. La cuarta, porque es conveniente cosa que en estos reinos haya prelado que tenga vasallos y fortalezas y autoridad para resistir herejes y servir a los reyes en tiempo de necesidad y ser tutor de sus hijos y gobernador de sus reinos, como siempre lo han sido los arzobispos de Toledo, porque placera a Dios dar a V. M. tantos hijos y sobrinos que quiera ofrecerle alguno y hacerle clérigo y a esta santa iglesia beneficio de darle este arzobispado, y en tal caso le pesaría a V. M. de haberle desautorizado. La sexta, porque de las rentas de este arzobispado se ha socorrido V. M. y socorre para estas necesidades con la cantidad que V. M. sabe, por lo cual sólo sería justo que V. M. la relevase de esta carga. La séptima, porque el breve que V. M. tiene para estas ventas parece que no habla con la iglesia de Toledo, pues no sólo excluye las Iglesias que estuvieron vacantes, sino también las que carecieron de pastor hasta que vuelva, lo cual parece en efecto que se puso por este arzobispado. La octava, porque siendo V. M. más verdadero patrón de ésta santa iglesia que de otras, y estando su prelado preso⁴⁵ y ella constituida en aflicción y trabajo y necesitada del patrocinio de V. M., está más obligado V. M. a favorecerla y defenderla. La novena, porque las guerras, peligros y gastos de V. M. están tan lejos de Toledo que no parece que le toca la defensa y socorro a este arzobispado.

»Suplico humildemente a V. M. *per viscera misericordiae Dei nostri* y de su Madre benditísima y de los santos a quien estos vasallos fueron dados, y en nombre de esta santa Iglesia y de las demás de España y de toda la Religión, que se encomiende mucho a Dios este negocio como importantísimo y peligroso, aunque sordo; que lo mande V. M. reveer a personas cristianas y desapasionadas, o siquiera en el tribunal de su pecho y conciencia, sin tener atención a la poca autoridad de quien se lo suplica, sino a la razón y religión en que se funda, tomando ejemplo en Alejandro Magno, que yendo con poderoso ejército a tomar las cosas del templo de Jerusalén, le salió a resistir un solo sacerdote revestido, y viéndolo Alejandro con ser gentil, se apeó del caballo, y le besó la mano, y le hizo adoración, y se volvió sin tocar cosa alguna del templo: hazaña digna de tan buen Príncipe y Monarca; o en el rey Lotario de Francia, que teniendo para este efecto el consentimiento de todos los prelados de aquel reino, excepto uno que le dijo con gran liberalidad que si lo hacía, en breve le quitaría Dios el reino, a instancia de éste solo se desistió de ello.

»Y sobre todo considere V. M. mucho que hace gran novedad en quitar a las Iglesias los vasallos poseídos, no sólo de tiempo inmemorial, sino de trescientos y cuatrocientos años a esta parte dados, y vendidos en precio de los pecados de los progenitores de V. M. y para patrimonio de los pobres y de Jesucristo, en cuya mano consiste más el verdadero remedio de las necesidades y buenos sucesos de V. M. que en los pocos dineros que de estas ventas se pueden sacar. Considere asimismo V. M. si habiendo tanta necesidad como sabe del favor de Dios y de las oraciones de las iglesias, si para conseguirle es seguro camino quitar a Dios y a la Iglesia, o si será mejor hacer y decir lo que el rey Felipe de Francia, que disputándose delante del esta misma materia de tomar las jurisdicciones eclesiásticas, estando presentes los grandes y prelados de aquel reino, y habiendo entre ellos opiniones, concluyó el buen Rey con un dicho de otro Emperador, diciendo que es más de Príncipes aumentar lo que está dado a la Iglesia que quitarlo.

»Nuestro Señor inspire a V. M., porque como tan gran Monarca estime en poco los dineros de estas ventas, y como tan católico Príncipe espere el remedio de sus necesidades de quien sin estos

45 Este prelado era Fr. Bartolomé Carranza, procesado cuando esto se escribía, por el tribunal de la Inquisición.

dineros y rodeos puede darlo, el cual guarde y tenga de su mano la muy Real persona de V. M. etc. de Toledo y de julio 15—1574 años.»

Con la cual carta se refrenó la enajenación que se pensaba, dejando de venderse muchos eclesiásticos lugares, la cual se pone aquí para advertir a los hombres de cuánto puede una pía suplicación ante un pío y catolicísimo Príncipe, y para suplicación perpetua a cuantos reyes en España habrá mientras el mundo durare, y a los que de muy menores estados les apretaren para lo mismo urgentes necesidades, para que no usen de tan peligroso remedio, y porque se vea que quien habló tan libremente agradó mucho a la benignidad del Rey, pues por ello le hizo merced muy agradable.

¡Oh ejemplo maravilloso de la bondad Real! Qué paciencia en los grandes Príncipes, en quien todo el poder es una virtud admirable, imitando al león que, aunque gozques le ladren, pasa su camino real sin alterarse, o al rey Antígono, sucesor de Alejandro, que hablando unos soldados mal de él detrás de su tienda, como muchos autores dicen, oyéndolo él por de dentro, mudando la voz les dijo: «Hablad paso, amigos, que si lo oye el Rey, quizá se enojará.»

Fui tu maestro, sujétate a los administradores de Dios, aunque sean públicanos y pecadores. Venga el agua a la fuente: que poco importa que los arcaduces sean de estaño o de barro o de otro metal.

101. De nombres a las cosas mismas contrarios.

Cierto es que por ciencia infusa a las cosas animadas e inanimadas puso nombre Adán; después acá sus hijos, como somos llenos de desvaríos, ponemos a muchas cosas nombres contrarios. Llamamos a este orbe terrestre mundo, aunque él es inmundo hartó; a la mar se llamó en latín Ponto, en la que ninguna puente hay, que no sabían los latinos lo de Zuazo, y a una isla del Mediterráneo Árbol, en la que no hay ningún árbol. Y así llaman al negro Moreno y Juan Blanco, y así se hizo a un cobardísimo y de baja suerte una copla no deselegante aludiendo a la desproporción de sobrenombre ilustre a quien no le merecía tener, y de valiente a quien no lo era, cuyos dos principios dicen:

«Llamaros vos de León
Es como al negro Juan Blanco.»

Y conforme a esto hubo en nuestros tiempos dos caballeros, uno muy pequeño y otro muy alto de cuerpo, que el grande se llamaba Niño, que era de los caballeros Niños; el chico un grandísimo nombre de gigante Don Pantaleón de Teves.

102. De cuánto puede la industria humana.

Cuando se usaban los desafíos y campos en Italia, que llamaban duelos, que por el Santo Concilio de Trento tan justamente fueron prohibidos y vedados, procuraban los mejores padrinos que podían (como que les iba la vida en ello) desafiadores y desafiados; y hubo casi en un tiempo dos que el que primero los cogía, como al famoso letrado en los pleitos, tenía la victoria en la mano. El uno fue Maese Gaspar de Orihuela, que paró después en maestro de esgrima del Rey nuestro Señor y de los pajes del Emperador, su padre, el cual me contaba de sus sucesos cosas notables; y el otro Millo Maniscote, que ya era muerto, a quien él reconocía gran ventaja. El Maese Gaspar hizo a muchos vencedores con grandes dificultades; mas Millo Maniscote de cuantos sacó en campo jamás dejó de vencer nadie. Hacía a los chicos de cuerpo en las puntas de los ventalles de las celadas poner agudas navajas, con que juntándose con los altos los degollaban por las gargantas; y a los ahijados altos contra los chicos los armaba todos dejándoles lo alto de las cabezas desarmadas, adonde el chico no podía alcanzar, y el alto hería en la cabeza al seguro al bajo. Y otra vez, cuando

el ahijado era chico contra el muy alto, les daba celadas solas en petos, encambradas, con las vistas tan altas, que el chico veía casi todo el cuerpo del alto, y el alto no veía al pequeño cuando se juntaban, sino los tejados de la plaza y las ventanas. Y siendo el contrario de muchas fuerzas y el suyo muy débil y flaco, henchía al suyo para que no pudiesen juntarse de muchas navajas. Otras, si su ahijado era cojo o manco de una pierna o de una mano, poníales en las tales piernas grebas con barras de hierro desde el quijote, tan tiesas que salían a combatir cojos ambos, y manoplas hechas de arte tan cerradas que iban entrambos mancos. Otras veces les dejaba medio lado del pecho desarmado, y tan diestros de una estocada por allí los suyos que como al matadero salían al campo los contrarios. Y si el ahijado era tuerto, hacia armas con media vista, que tenían cerrada de aquel lado la vista las celadas, y así iban tuertos y cojos y mancos ambos; y si su ahijado era flaco de complexión, o pesado, tanto le trabajaba luchando y forcejeando y poniéndoles zapatos de plomo y gran peso en los pies y en las manos, que los sacaba en poco tiempo duros como mozos de herreros y sueltos, quitados los pesos, como gavilanes; y así al cobarde, aun haciéndole fuerte, diestro y ligero, le hacía valiente y le daba ánimo como vemos en los nidos de las cigüeñas y otras aves que tentando el viento y deprendiendo el vuelo de sus padres, cuando se hallan para ello suficientes, cobran para echarse a volar de una torre alta esfuerzo y ánimo. Nunca tomaba ahijado afrentador, porque decía que no había de ayudar a la soberbia, sino a los flacos, afligidos y afrentados; y así siempre daba él industria en los carteles que los suyos escogiesen las armas, que en ver las extrañezas e imposibilidades y diferencias de ellas quedaban los enemigos espantados, por lo cual todos, por más bravos que fuesen, se templaban en toda Italia de no agraviar ni afrentar a otro: que sabían que a Dios y a la razón y a Millo Maniscote había de tener de su parte el agraviado. ¡Varón, cierto, célebre y famoso y digno que de él se haga mención! El cual también había vencido por su persona muchos campos.

103. De una buena astucia de un juez para castigar un culpado.

Un médico castellano hizo un atroz caso, y el cometerlo y pasarse a Portugal fue todo uno, pensando allí estar seguro. Despachóse a ello de la corte un juez; halla al delincuente ausente, finge el letrado que es capitán que iba a la India, pénese en hábito corto y con sombrero con muchas plumas, lleva por sargento al escribano y dos alguaciles por pajes hombres, y por atambor un verdugo. Entra en el mismo lugar donde el médico delincuente estaba, piden posada para el capitán Don Fulano, a medio día, que fuese buena, porque venía muy enfermo y muy cansado; dásela bonísima; apéase con grandes congojas, y échase en entrando sobre una cama, y pregunta si habrá allí algún buen médico que le cure. Acude luego a curarle el que no tenía cura ya; hace el juez al doctor que en una silla, allí junto del, se sentase; infórmase de su dolencia el médico; manda el juez que le traigan un clérigo, porque está tan malo que quiere confesarse, y también la justicia del pueblo, para de un direnillo que allí traía testar antes de dar el pulso. «Tal sea ¡mi vida! dijo el médico, hecho eso, señor, obrarán luego los remedios de nuestra medicina.» Prométele el juez justo pago, y que hará que salga de necesidad el buen médico, y que quizá no haya menester curar más. Esto cumplió el juez a la letra; ni pronóstico por medicina fue tan verdadero jamás. Dice que se halla con lo hecho muy aliviado; levántase de la cama; manda cerrar las puertas; enarbola su vara de comisión, estandarte de justicia Real; manda al turbadísimo médico que se confiese; él hácele saber su culpa que él sabía ya, léele la sentencia que traía ordenada, porque no muriese *indicta causa*, como se quejaron los amigos de Parmenio, que sin decirle por qué le había Alejandro mandado matar, y en conclusión hace que el disimulado verdugo le dé garrote, y que honradamente le lleve la justicia a enterrar, espantándose mucho todo el pueblo de la súbita muerte de aquel, diciendo unos: «pues yo le vi ayer bueno y sano»; otros: «a mí me curó hoy»; y otro: «jaropado quedó; él purgó su delito, y no sé yo cuándo ni cómo me he de purgar.» Fue la primer vez que el paciente mató al médico, y el doliente al sano, haciendo venganza de los malos médicos que con autoridad de sus

grados, y de lo que ahora mil y quinientos años dijo Galeno mal interpretado, ahora a más de mil hombres matan.

104. De un agradable monstruo de autor incierto.

He aquí, como yo no tengo otro principal fin de mi propia gloria, sino de acarrear al lector cosas que le den gusto, aunque sean ajenas, cómo fue esta invención nueva que salió en nuestros tiempos, de que yo no sé el autor; mas Dios le dé salud o temporal o eterna por tan agradable parto de su entendimiento.

«En estos nuestros tiempos nació un monstruo en las malvas, hijo de madre selva y de padre no nadie, y fue su padrasto un monte alto de los que están sobre las murallas. Tiene el cuerpo de casa, cabellera de proceso, cabellos de sillero, frente de escuadrón, orejas de abad, cejas de guitarra, ojos de puente, pestañas de raso, nariz de navío, ventanas de torre, boca de calle, lengua del agua, dientes de sierra, barba de ballena, cuello de garrafa, brazos de mar, manos, una de papel y otra de mortero; coyuntura de negocios, muñecas de Flandes, piernas de sábanas, rodillas de fregar, y tres pies, uno de banco y otro de copa, y otro de copla, y su manera de vestir ordinaria era la siguiente:

»Camisa de mujer, cuello de garza, puños de espada, jubón de azotes con aforro de chimenea, calzas de Villadiego con rasos de campo, cuchilladas de enemigos, con sus cañones, uno de ganso y otro de arcabuz, y medias de aguja, una de navegar y otra paladar; espada de espadar lino puesta en cinta de preñada, con sus tiros de artillería. Trae unas veces capa, una del verano, que es capa de pecadores, y otra de la noche, que es capa de malhechores, con sus dos capillas, una de horno y otra de cantores; otras veces trae capotes, uno de los cientos, y otro del enojado; hace su habitación en una casa de ajedrez, que tiene una gran salarráez⁴⁶, y sus cuadras de lo que nos cuadra, cámaras de sangre y retretes de la guerra, y entresuelos de escuderos, encaladas las cámaras con la de los jaeces, y enladrilladas con ladrillos de conserva. Y yeso del que se espanta, y por techo artesones en que amasan, y mazonería de truques, y las paredes de sillería hermosa de la brida y de la jineta, y sus piezas muy bien aderezadas, de campaña y de batir con cueros de vino y de lechón, y a la larga corredores de lonja y lonjas largas de tocino. La cual casa tiene hermosas azoteas de los muchachos y diversos patios, unos de viña mal labrada, y otros de conveniencia y pactos.

»El cual gentil hombre duerme en cama de melón con cortinas de edificio, hechas de redes de pescar, y come de ordinario su olla de vaca de Castro y de carnero de Iglesia, con manteca de colérico, y asados capones de música, perdigones de arcabuz, gallinas de cobarde, tortas de contento y de placer, picones de burlas, peces de postemas, acedías de estómago, con sus frutas de postre, manzanas de espada, nueces de ballesta, guindas de borrachos, duraznos de miserables, uvas de beodos, pasas de negros, higos de sicilianos. Siéntase a la mesa maestra en un banco de Flandes; pónenle delante panecillos de dorar y roscas de colegiales, sal de donosos, cuchillos de saya, y sírvenle por pajes chicos rapacejos de mochilas y capellanes.

»Este tal casó dos veces razonablemente, que es cerca de ruin, una con Doña Puerca y otra con Doña Bellaca, y ésta tenía por la cara un Dios nos guarde; mas era muy hermosa, con beneficio de inventario, en el rostro de cítara, de color de retórico, y del gran turco Solimán. Diéronle a la tal en dote algunos cuentos donosos, y otros de lanza, y por arras⁴⁷ la del obispo en Flandes; y le dio el novio lo que hizo dos anillos de espada, con sus piedras preciosas de molino y verdugado de azotes y sayavedra⁴⁸ de tela de oro de justa de tres saltos de casa, alcarchofada con alcarchofas de huerta; y el marido la hizo luego señora de dos buenos pueblos, uno de chinchón en la cabeza, y otro de puño

46 Salarráez es el nombre de un temido corsario de estos tiempos, y a no dudarlo, el autor de este ingenioso papel quiso jugar con las palabras *sala* y *raez* (antiguamente *rafez* o *rahez*), que vale tanto como «bajo, humilde», y el nombre de aquel turco Sáleh Ar-ráes, o Sáleh el capitán.

47 Arras, ciudad episcopal de Flandes.

48 Sayavedra, Saavedra, Savedra son apellidos muy conocidos.

en rostro en la cara, sembrada la tal saya de botones de fuego, y le dio botines cerrados y zapatas de Madrid, y herbillas de aparador en una arca de repartimiento de aguas, y en otra grande arca del linaje de los de Villafranca; y de tan buen casamiento hubieron felice generación, conviene a saber: dos hijuelas, una de palmito y otra de repartimiento de alcabalas, a las que dio leche tierna una ama de la tercer persona del género, y las crió a los pechos reales, mamando tetas de almofrex. Y el ajuar fue un calderón de abolorio, y dos herradas del mundo, y un caco mantuano, y dos morillos de África para el fuego, y un rocambo de alcahuetas, y ruelas del río, y un huso de los en que andamos, y un copo de nieve atretórico con que hilase.»

105. De un milagro muy señalado.

Ya que a Nuestro Señor no le vale con los herejes para ser creído, y adorada su santísima vida, su alto y admirable ejemplo, su firme más que diamante e infalible palabra (como a un hombre de bien insigne se debe creer y cree cualquier cosa, aunque sea muy grave), usa con ellos muchas veces de palpables demostraciones como los matemáticos que dicen: «Decís que lo grave no va al centro: mirad esta piedra adonde cae, y que no hay movimiento en las cosas, he aquí me veis mover; y que el agua no es redonda, mirad esta gota de agua en la mesa cuán redonda está; y que en cada cosa no hay todos cuatro elementos, mirad, pues, ese leño en que todos ellos veréis estar: el fuego le arde y consume; por los cabos destila agua, y el humo qué es sino aire que sonando sale, y huyendo de los poderosos enemigos que en su casa están se convierte en ceniza que es la tierra, en la que todas las cosas vienen a parar. Así Dios, en Polonia, a los herejes que dicen que no basta comulgar con el cuerpo, sino también con la sangre, y que en la hostia del Santísimo Sacramento sólo su santísimo cuerpo y no su preciosa sangre está, hizo este grandísimo milagro con demostración matemática.

Hurtaron en un lugar unos judíos el Santísimo Sacramento del altar, y *pro tribunali*, en su sinagoga, después de escarnecido y burlado, le dieron de puñaladas, el que no quebró como hostia de pan, sino recibió las heridas, como carne, y corrió de ellas en abundancia su sacratísima sangre. Atónitos los judíos la cogieron en un vaso, y fue luego manifiesto el gran milagro, y por el rey Ladislao los delincuentes mandados quemar, y muchos se convirtieron a comulgar como los católicos, con el verdadero cuerpo de Nuestro Señor de la consagrada hostia, viendo por clara demostración en esto que en el vivo cuerpo hay sangre, lo uno y lo otro debajo de la visible especie de pan.

Yo sabía mucho de este milagro, y ahora sé que lo han escrito los venerables Alonso de Villegas y Gonzalo de Illescas en su *Flos Sanctorum*⁴⁹, y en su *Pontifical*⁵⁰, y no quise por eso dejar cosa tan señalada, ya que tomé el escribir cosas de mi tiempo a mi cargo, y porque *cæli enarrant gloriam Dei*, y son once etc. Pues, que esto escribamos dos o tres (pues tantos escribieron las burlerías de los gentiles) no hace al caso, que en un navío sólo no se traen las riquezas de las Indias al respecto de esto viles y de poca sustancia, sino en muchos, porque si uno se pierde, quede la hacienda en más, y así si de estos nuestros libros con el tiempo, que todo lo gasta, se perdiere alguno, quede en el otro este famosísimo milagro.

106. De amistad y amigos grandes de estos tiempos.

Ser la amistad gran virtud y cosa muy difícil, aunque está tan a la mano, verse ha en cuán poca memoria hay de amigos que ha habido en tantos siglos pasados. A un hombre de bien más que el deudo obliga la amistad, porque el parentesco es casa que se cayó, así como los que aciertan a ser

49 *Flos Sanctorum* de Fr. Alonso de Villegas, en cinco volúmenes o partes, impresos entre 1591 y 1604.

50 *Historia Pontifical y Católica* de Gonzalo de Illescas. Salamanca 1574, dos tomos en folio: la continuaron el P. Marcos de Guadalajara y Xavier, y D. Luis Babia.

huéspedes u vecinos, en que hay de buenos y malos; mas la amistad es elección del claro y recto juicio asentada en sujeto digno con conocimiento de causa, y el amor que se ha de repartir en muchos, por ser muchos los deudos, no puede caber a cada uno mucha parte; mas en el amigo, porque no ha de ser más de uno, más fuerte estará la virtud junta que derramada. Este mutuo oficio ha sido por cuantos sabios ha habido muy alabado. De esto hizo un libro conjunto a otro *de Officiis* Marco Tulio Cicerón, en que da avisos y preceptos muy saludables, entre los cuales el principal es que los amigos han de ser *usque ad aras*, que no se haga cosa contra Dios por el amigo; pues decía Aristóteles, con ser gentil, que era su amigo Platón, pero más su amiga la verdad. Otra, que no se pida a los amigos lo injusto, ni tampoco se haga por ellos rogados, que en lo ilícito antes se puede llamar conjuración que amistad, la amistad entre dos malos; y todos afirman que consejeros tengan los hombres muchos, mas amigo fiel solo uno, que basta. Y bien se redujo esta mercadería a pocos, porque amigo fiel es muy difícil hallar, y cierto Nuestro Señor dispuso para ayuntarnos a todos en mutua caridad que unos tengan unas cosas y a otros les falten; y así del amigo al amigo es la ayuda necesaria, como lo pintó en su emblema el jurisconsulto Alciato: un cojo y un ciego juntos, el ciego llevando al cojo a cuestras que le sirva de pies, y el cojo al ciego porque no se despeñase de ojos. Por lo cual los desavenidos hombres, de pura necesidad, en una compañía y consorcio se juntaron, que el que hace zapatos calza al que le viste, y el armero arma a quien de los enemigos le ampara y le defiende, y el rico da para que coma el pobre, y el pobre trae de comer para entrambos, para sí y para el rico.

Pues porque ha habido tan pocos perpetuos amigos, porque aun como los hay es maravilla muy grande, que las amistades ordinarias del mundo son como frutas, unas maduran hoy y se pudren luego; otras otro día se pudren también mañana; de las cuales vemos muy pocas en conserva; de ellas deshace la edad; de ellas casos desastrados que acaecen de ellas por su calidad; en unos y otros estados desfallecen. La edad, el tiempo y la fortuna todo lo mudan y trastornan; en habiendo alguna desigualdad, luego la amistad cojea, como ha de ser conforme en todas las mas cosas el amistad, que es como la conjunción *quæ conjungit similes casus et similia verba*, y como en aflojándose una cuerda toda la armonía música se desbarata, en acaeciendo algún trabajo luego el no perfecto amigo le desampara. Fue a caer uno que andaba en una maroma en Sevilla; en sintiéndolo los que le miraban y admiraban luego se hicieron a fuera, y le dejaron venir abajo. Váse uno a ahogar; nadie le da la mano; ofrécese en ausencia enojos, intereses, haciendas; la amistad luego se desbarata; en desconcertándose una ruedecita del reloj, luego la amistad se desconcierta; crece uno en cargos y en haciendas, luego menosprecia al amigo y no se acuerda aun del que le trajo a tan feliz estado.

San Pedro, cuando el día de la transfiguración santa se vio en tanto gozo, dijo: «Señor, hagamos tres tiendas aquí; para ti una; para Moisés otra, y otra para Elías», y no se acordó de decir: «Señor, venga aquí a la parte de esta gloria el que me trajo a tu servicio, y era mi hermano Andres.» Bien dijo uno viendo hacer una gran merced un Príncipe a un su amigo: ¡oh desdichado de mí, que he perdido mi amigo! sabiendo que no lo había de conocer más por allá.

Los reyes son los que no tienen amigos ellos ni sus privados; todo es lisonja y mentira, si no véase ¿cuándo les dicen verdad? y si no se la dicen tienen razón en parte, porque siempre es odiosa con todos esta mercadería, y así dijo Terencio: *obsequium amicos, veritas odium parit*, que quiere decir que la obediencia y andar a gusto gana amigos, y odio y aborrecimiento la verdad. Y también dice de los privados, y más cuando van cayendo, que les acaece como el trigo en esta parte, que en comenzando a subir su precio hay de él grandísima demanda, mas comenzado a bajar nadie lo quiere. De los que hubo otros tiempos, aunque fueron pocos, hubo escritores muchos; de los que ha habido en éste diré algunas cosas si se me acuerdan.

El emperador Carlos V, nuestro señor, tuvo por tan privado a Don Luis de Ávila, hermano del marqués de las Navas, que después fue comendador mayor de Alcántara, que enviándole a Andrea Doria, príncipe de Melfi, su Capitán general de la mar, le escribió con él diciendo: «Ahí os envío a

Don Luis de Ávila que es testigo de mis pensamientos», y esta amistad que se llama privanza con los príncipes (porque el amor todo lo iguala) le duró inclusive hasta la vejez. Por él escogió el Emperador tierra donde, dejados los reinos en Yuste, encerróse, y Don Luis hasta la muerte con él estuvo, como San Juan al pie de la cruz con Nuestro Señor.

Muy su privado fue también Don Francisco de los Cobos, comendador mayor de León; mas fue diferente la privanza como con Alejandro la de Efestión y Cratero, que decía que Cratero era amigo del Rey, y Efestión de Alejandro, y así Cobos lo fue de sus negocios del reino, y Don Luis de Ávila de su persona real. Ni puede haber mayor loa en tanta multitud de caballeros que andan a la rebatiña por esta gracia, unos por la haber perdiendo hacienda, otros sangre, otros la vida, ser uno escogido en tantos llamados de un gran Rey.

El duque de Alba Don Fernando y Garcilaso de la Vega fueron muy amigos en guerra y en paz, aunque a Garcilaso unos villanos enemigos de la prudencia de esta amistad y de la vida le cortaron el hilo muy temprano. Garcilaso escribió cuán honorablemente pudo del Duque y de su linaje, y el Duque acudió siempre con favor y buenas obras a su mujer y a sus hijos después de muerto: *inania morti munera y semper laus ejus in ore suo*, como lo merecía Garcilaso bien.

Entre los grandes amigos de estos tiempos se pueden contar Don Francisco de Toledo y Don Diego Pimentel, hermano del conde de Monterrey, dos caballeros muy principales y ambos maeses de campo señalados, que en la infeliz jornada de Inglaterra que contrastó la mar y el tiempo, y el fuego más que los ingleses, estaban combatiendo el navío de Don Francisco y no podía socorrerle nuestra armada, «¿pues cómo tal ha de pasar en el mundo, dijo Don Diego, que no podamos todos socorrer a caballero tan señalado?» Y sin orden ni licencia del General métese entre los enemigos con su galeón *San Felipe*, y comienza con todos a cañonearse, con lo que divierte a los ingleses, del combate de Don Francisco, su grande amigo, y él hubo de la buena obra paga áspera y adversa, que fue tomado su galeón, y el Don Diego de muchos arcabuzazos muerto, y así puso con su vida y pérdida a Don Francisco en salvo; el cual, aunque se pelaba las barbas, no pudo socorrer a Don Diego en pago, ni acabar con los suyos con la espada en la mano acuchillándolos y hacer que su navío volviese para que a Don Diego, su amigo, en el honroso y riguroso fin pudiese acompañarle o socorrerle.

Solimán, el gran emperador de los turcos, tuvo a Abrain Bajá por tan privado, que de ambos era una voluntad y del que era señor absoluto de todo Oriente, y de parte de Mediodía y algo de Europa. Era Abrain resolutor señor suyo, que así permite Dios que a un elefante bestia terrible y fiera un triste indio le mande y le sujete.

Barbarroja Charadino, rey de Argel y de Túnez, y Dragut fueron grandísimos amigos ambos, que fue del Dragut su soldado y su hechura y su criado, que con su ayuda y favor vino a ser rey de Trípoli y de África, y crecer en tanto poder casi como el suyo, por tierra y por mar, el que por mucho poder no dejó meter las manos en la masa del pelear mandando; pues, murió sobre Malta, herido de un arcabuzazo por las sienes.

En fin, la amistad es una virtud rara y que la abrazan si pueden los infieles y los gentiles y bárbaros, como fue aquel raro ejemplo de Pilades y Orestes, que habiéndose hecho un delito digno de muerte en la Morea, que miraba a ambos, y condenado por él a muerte Orestes, sin ser conocido Orestes, Pilades dijo que él era Orestes, y Orestes que él lo era y no Pilades, y sobre esto desmintiéndose el uno al otro con grande ira, hinchén de voces el aula, aquella gloria de morir cada uno por su amigo deseándola para sí ambos eficazmente y con tanta afirmación y fiereza, que no pudo jamás ser el delincuente conocido, siendo todos de tan nuevo caso muy espantados, y así quedó en el aire la sentencia, y no tuvo sobre quien caer el castigo sentenciado para el delincuente.

107. Del prudente médico.

Para todas las artes y oficios es la prudencia necesaria, como la caridad, que sin ella San Pablo dice que cuantas virtudes hay no valen nada, por estas palabras: «Si hablare en las lenguas de los hombres y de los ángeles seré como un metal sonante, insustancial y sin provecho; si tuviere don de profecía y de conocimiento de todos misterios y de todas ciencias, y si tuviere tanta fe que pasase los montes de una a otra parte, y no tuviere caridad no soy nada, y si gastare todos mis caudales en dar de comer a pobres, y si entregare mi cuerpo al fuego así que arda y no tuviere caridad, no me aprovecha nada.» Así tenga un médico cuantas ciencias hay en su memoria, y en su estudio cuantos libros juntó Tolomeo, que fueron mas de veinte mil, y la discreta prudencia le falte, todo será para mayores daños de sus dolientes reos.

Esta tuvo antiguamente el médico Cristrato que conoció en el pulso de Antioco su amorosa enfermedad, y que moría de amores de Estratónica, su madrastra, y le remedió de este arte gentilmente. Estaba muriéndose el mancebo, y callando, y conocido el amor de quien era, dijo al Rey, por lo que había al hallador ofrecido grandes premios, que ya estaba sabida la causa que al mozo mataba. «¿Qué?, dijo el Rey: ¡sean los dioses loados!» «Señor, dijo el médico, él ama.» «Pues este mal remedio tendrá, que ninguna en el mundo habrá, que porque no muera no le sea dada.» «¡Oh señor! Es cosa recia, no lo diré, si no me prometéis de no agraviar sobre ello a nadie.» Prometióselo el Rey con grandes juramentos. «Pues, dijo el médico; mi mujer es por la que muere Antioco y ama.» «¡Oh! Por amor de los dioses que nos la des para que con ella case.» «Bien me puedes matar, dijo el médico; mas yo no consentiré tal.» El Rey le dijo gimiendo: «¡Que muera mi único hijo por tal causa! Que juro por los dioses que yo le diera la mía si él la amara, aunque es tanto como la vida lo que yo la amo.» «Pues ella misma es, dijo el médico, por la que el honestísimo mozo se va acabando; morirá sin falta.» Así, vista tan alta virtud, porque el amor por fuerza y el callar son virtud admirable, tuvo el Rey por bien que con gran dolor suyo el mortal de su hijo se curase.

Así fue tanta en Jerez de los Caballeros la discreción del Doctor Santiago. Llega a él un rústico rabiando de dolor de la frente, que no paraba; tiéntale el pulso y vele sin calentura, y que el dolor de la cabeza era supervaneo; y vista que era la dolencia ocasionada, le dijo: «¿Habéis a dicha dormido debajo de algún árbol?» «Sí señor, dijo él; debajo de un nogal he estado esta mañana.» «Pues eso es, dijo el médico; que allí hay mil cienpiés; alguno por las narices seos ha entrado.» Hace traer unos polvos para la boca; pónale boca arriba, sóplaselos por un cañuto por ambas ventanas, haciéndole estar boca arriba un rato el rústico rabiando; después vuélvele boca abajo; hácele soplar recio por ambas ventanas; echa un cienpiés bien largo, con lo que quedó libre el rústico, dando a Dios muchas gracias por ello, y se las damos los hombres, que ya que por la necesidad de la composición del mundo crió unas cosas para vianda de otras y para medicinas admirables, y crió sabandijas extrañas, dio los remedios tan a la mano para ellas.

108. De Venecia.

Cosa es muy cierta contar los hombres en sus tierras lo que han visto en las ajenas, y así yo diré lo que vi en Venecia cuando fuimos con el Rey, nuestro señor, donde el Emperador, su padre, en Alemania le esperaba.

Pues de camino desde Trento, ciertos caballeros y yo fuimos a ver aquella hermosa y extraordinaria ciudad, que tiene los pies en el agua, la cabeza en las nubes, según sus edificios sublimes y altos, y cuyos brazos se extienden a todo el orbe de la cristiandad; la que fundaron los vénetos en aquellos bajíos del mar Adriático, de miedo del cruel Atila, que los aguló en aquellos vados como aves, teniendo él ocupada a toda Italia; cuya señoría ha que procede ha más de mil años, que dura tantos más que el imperio de Roma; porque con su mucho consejo y pocas fuerzas se conservan contra los que pueden más, y principalmente con la fe católica y nuestra religión santa,

que es la sal para conservarla, son siempre contra el mayor poder, y acostándose con el suyo como añadidura, a otra parte hacen estar en filo la balanza. Tienen un Duque de cera que no hace otra cosa sino lo que el Consejo quiere y manda, que no sirve sino de dar a sus decretos autoridad; trata las partes segundas de las antiguas comedias como un enfermo que cuando está sin más potencia, le hacen los suyos abajar o menear la cabeza a lo que les place, o como niño que los maestros para lo que quieren que escriba o firme le traen la mano. Es acatadísimo en supremo grado, mas aunque se ensoberbezca e hinche, tiénenle constituidos sus términos donde no ha de pasar; no tratan de conquistas y ampliación de imperio; sólo su fin es conservarse, y porque ellos mismos no se levanten contra sí, y de las disensiones nazca el peligro que el Evangelio dice que todo reino en sí dividido será asolado, tienen personas prudentes y graves que quieten y sosieguen las discordias civiles de sus ciudadanos, cuyos dañosos ejemplos han visto tan manifiestos en los comarcantes; ni hay entre ellos quien trate de ser mayor ni más principal.

Y lo que vimos allí es que cuando se ha de proveer algún oficio o algún cargo, que para ellos señalan los más cuerdos y no los más belicosos, sino los más mansos. Entran más de tres mil hombres en una gran sala alta a votar, y sentados alrededor por los poyos de dos órdenes iguales como entran, no por preeminencia ni anterioridad, van luego los hijos de los nobles que son ellos mismos con cestillos, como de pan bendito, llenos de pelotillas redondas de papel blancas, y reparten una a cada uno de aquellos nobles ciudadanos, y sálense luego y entran los mismos dende a poco, cada uno con una cajita de madera como linterna de tres apartamientos y cajas en la mano una blanca y otra negra, y otra colorada, con su entrada por otra por donde el que ha de votar meta la mano, y van de uno en otro de los que han de votar en los propuestos para el tal cargo.

Si al que vota le parece bien el propuesto para tal cargo, mete la pelotilla de su voto en el apartamiento blanco que sí, y si no les parece bueno en el apartamiento negro que no, y si le parece belicoso y que ha sobornado y andado pretendiendo el tal cargo, mete su pelotilla y voto en el apartamiento de la cajilla colorada, y esto es con tanto secreto que no ve ninguno por quién vota nadie; y el que pensó que todo lo tenía acabado con sus ruegos y promesas y dádivas, hallase con muchedumbre de pelotillas en la cajeta y apartamiento colorado, con lo que amonestó y hizo que de él se guarden de ahí adelante, y queda por sobornador ambicioso para siempre inhabilitado. Y después, hecho de aquesta manera con todos los propuestos, regulan ante el Duque los votos blancos, y el que tiene para el oficio más votos aquel va.

Así allí el procurar las honras es el no procurarlas; solamente con virtud y llaneza se alcanza lo que con humana diligencia se aparta, que tanto más se resbala y desliza una anguila cuanto se aprieta más; y era cosa de ver en una sala tres mil barbas blancas; ni es maravilla que una ciudad esté tan guardada y segura, estando alrededor cercada de tres mil barbas canas, y así al salir hubo algunos bisoños que preguntaron que querían ver el tesoro de Venecia, como si ellos a los extranjeros lo hubieran de mostrar, y preguntándolo les dijeron que el tesoro de Venecia era aquellos viejos que la gobiernan, los que acá echan al muladar.

109. Del monstruoso hablar de un ave.

Siempre me querría separar desde que de cualquier cosa mínima se puede escribir, como han hecho historiadores, filósofos y aun santos pasados, y mas saliendo del curso ordinario, como fue lo que ahora diré de una urraca en la Torre de Don Jimeno, lugar en el Andalucía señalado.

Tenía aquí una mujer, que llamaban la viuda de Barueco, una que hablaba como lo concedió Dios, sin saber lo que dicen, a tordos y papagayos; mas ni con este límite, sino al hombre, no a ninguno de los animales, y así cuando hablan a propósito es prodigio y cosa dignísima de admirarse, como cuando el tordo respondió con la mitad de un verso de David a Martín Papa, «¿qué piensas, Martín?» le preguntó. Respondió él: «Consideraba los días antiguos, y en mi memoria tengo los eternos años.»

Pues pasando corriendo unos mozos una vaca por donde esta urraca estaba, y oyéndola uno chirriar mucho en su jaula, de una pedrada la derribó a ella y a la jaula adentro de la ventana, y la matara sino fuera por el reparo de la jaula; mas quedó medio muerta, y tardó suelta algunos días en sanar. Vuelven a correr por la misma calle otro día otra vaca, y como ella sintió el ruido, saltaba muchas veces afuera y adentro, y tornaba a esconderse yendo y viniendo a la ventana, diciendo a más alta voz, con sentido humano: «Bellacos, no han de andar piedras; no han de andar piedras, bellacos»; lo que se tomó por testimonio y de lo que fue testigo todo un lugar. Y aun después les daban a los mozos cuerda con lo que les dijo la urraca.

A estas aves llaman *picazas* en el campo, y en las jaulas *urracas*, como los antiguos a su falsa diosa Minerva en las ciencias, y Palas en las batallas, y también se llama *pega*, aunque este es más nombre portugués que castellano.

110. De la academia del Gran Capitán.

No sólo en la conquista del reino de Nápoles el gran Gonzalo Hernández hizo del reino la gran ganancia, mas crió (como buen hortelano que hace planteles y almáciga para trasplantar) tantos famosos caballeros y escogidos capitanes que para conquistar el mundo hubiera generales, si la ocasión se les pusiera delante; mas han sido nuestros príncipes tan cristianos que solamente han encarado a los que por grandes derechos y grandes ofensas los han provocado. De los discípulos de cuya milicia diré algunos que se me acordaren, porque se vea cuanto el buen cazador hace buenos halcones, y cuanto el buen montero encarnando los buenos canes.

De esta escuela salió el Próspero Colona, que fue caballero y general señalado. Y el famoso Antonio de Leiva y otros muchos para cuyos hechos fuera menester historia particular, mas pues son tan conocidas, no haré mas que nombrarlos.

Don Ramón de Cardona que cañoneó a Venecia, y el ya dicho conde Pedro Navarro, y el conde Don Hernando de Andrada, y el conde de Melito Don Diego de Mendoza que de estas romerías sacaron estos caballeros y otros sus estados.

Y Don Diego de Córdoba, caballero esforzado; y el Comendador Rosa que ganó a Ponblin; y el coronel Guevara que, perdido el rey Francisco y preso, a quien él entonces servía, pasó las reliquias de su ejército y su artillería a Francia.

Fue discípulo también suyo el famosísimo marqués de Pescara Don Fernando de Ábalos.

Fuelo asimismo Fernando de Alarcón, marqués de la Valle Siciliana.

Fue su discípulo el famoso Diego García de Paredes, Héctor o Aquiles de España; y el valiente y prudente Juan de Urbina, que en la defensa de Nápoles hizo cosas tan señaladas, que le pusieron estatua alta de bronce dorado en Nuestra Señora de pie de Gruta, en Nápoles.

Aquí estudió el más señalado ministro que pasó a las Indias, que fue el gran Carvajal, maestre de campo de Pizarro; Diego de Vera también fue platicante del Gran Capitán, que por tempestad terrible se perdió en Argel, que no merece poca fama el que fue igual del Emperador nuestro señor en el suceso y en la pretensión de querer tomarle.

Fue también su soldado el maestre de campo Palomino; y el coronel Santa Cruz, y el maestre de campo Álvaro de Grado y Alvarado; y los maeses de campo Zamudio, y Rodrigo de Ruipalda; y Perucho de Garo; y Juan de Sumaza; y el coronel Villalba; y Francisco de Haro que metió pólvora en Pavía en sus caballos; y el maese de campo Juan de Vargas, de Medellín; Moreno, y finalmente Luis Pizaño que yendo a reconocer a Marsella mató allí dos franceses, y entraron con hábito tudesco en el campo horrendo de la liga de los alemanes él y Don Álvaro de Sande, y otros muy muchos, que el buen maestro saca buenos oficiales.

Pues ¿cómo dirán ahora que de esta mercadería hay alguna falta? Porque cuando se entra a conquistar un reino es diferente que cuando se defienden tantos, y donde la guerra es perpetua, allí

hay los buenos soldados, como ahora en Flandes, y así el príncipe de Parma es allí el más valiente, sabio y plático capitán que se sabe.

111. De dichas ocasionadas.

Estima Nuestro Señor en tan poco las riquezas, ni de ningún hombre se han de estimar, que deja muchas veces como a caballo loco y desenfrenado correr por donde quiere el caso, y que haga de ellas a su voluntad, y así hubo muchos filósofos antiguos en pobreza perpetua, voluntaria; y bien considerado, ¿qué es un hombre rico sino dispensero y mayordomo de sus criados, deudor y proveedor de cuantos de comer da, siervo de sus obligaciones y su censatario; guardián de su dinero; ministro de su vanidad. Mas presupongo, aunque las riquezas sean muy excelentes, el que no las ha menester en mejor estado está, como el harto que ninguna cosa se le da de cuantas viandas gustosas en el mundo hay, y el que no tiene sed poco le importa la pura y luciente agua, como el sabio que, pasando por una feria muy rica, de muchas cosas preciosas de oro y de plata, dijo: ¡de cuántas cosas yo no he menester ni tengo necesidad! Y Nuestro Señor permite que el mayor enemigo de su servicio, que es el gran Turco, sea de los más ricos y poderosos que en el mundo hay, y deja, como digo, a veces que a disparate las dé a quien quiere el caso, como ahora se verá.

Había dos caballeros de un mismo nombre en la corte, y para un oficio honroso mandó el Rey que se diese al uno, y el disponedor de ello se lo dio al otro sin él pretenderlo ni pensarlo, y sabido por el Rey, mandó que se le diese a ambos lo que tuvo a gran dicha el que no lo pretendió, y otros lo juzgaron de otra arte; porque esto le enfrascó en hacer con el Rey una jornada muy costosa y muy larga.

Había en Roma un muy honrado caballero eclesiástico; vacó una gran dignidad en una iglesia de España, de más de seis mil ducados de renta; escribe el Rey por otro de su nombre ausente al Papa, provéesele el Papa luego; piensan sus datarios que era el que estaba allí, acuden a él por las albricias con la nueva; dánle sus títulos bastantes, besa a Su Santidad la mano. Cuando se advirtió el caso, ya no para hubo otra cosa lugar, y obtuvo el uno la dignidad del otro: ambos dignísimos, mas sin pretenderlo él y sin pedirlo el Rey, y sin pensarlo el Papa, como la bendición de Esaú a Jacob, pensando los padres santos que a unos y no a otros la daban.

Sin pensarlo Abdolomino le hizo rey de Sidón Alejandro, que en un pobre pegujar estaba labrando; lo que pensó que era sueño cuando le fueron con la nueva, y un hermoso caballo y corona y cetro de oro y otras insignias reales, y pensó que le burlaban; mas testificadoque sí, iba por calles diciendo a todos sus conocidos; «todo es mío cuanto veis; esta púrpura, este oro, este caballo.»

En fin, ahora veréis aquí en cuan poco se deben tener las riquezas, y cómo donde ellas proceden los mandos, y como vienen a muchos sin pensarlo. Escribió Cicerón a César a Francia, desde Roma, en recomendación de Marco Furto, un caballero romano, y de ahí a poco respondió a Cicerón César: «Marco Furio por quien me escribiste, ya yo le hecho rey: envíame otro por quien haga, en su obsequio cosa que sea provecho suyo.

112. De desdichas ocasionadas.

También no hay desdichas que no vengan por ocasionados desastres. El duque Valentín, que se llamó César Borja, hijo del papa Alejandro, el cual Duque fue hombre escandaloso y detestable, convidó a ciertos Príncipes de Italia para con veneno matarlos. Trocáronse los barriles del vino en que se les daba; bebieron de ellos él y su padre el Papa; mató a su mismo padre por aquesta ocasión, y él mismo estuvo a la-muerte, y escapó, como era más mozo, que con la edad resistió mejor que el viejo a la ponzoña, metido en el cuerpo de dos o tres caballos muertos.

Esta desdicha parece que fue con razón, y que de la crueldad del dante del veneno parece que todos estaban pidiendo a Dios venganza; porque matar a uno súbito y sin que se apareje para tal

viaje, y a un sano y en la mitad de su edad, que pedía David a Dios que en medio de sus años no lo llevase, es más que traidor y salteador y asesino y sicario. Mas matar por desastre a su Rey y señor el caballerizo⁵¹ del rey de Francia justando, y todo cuanto bien tenía y todas las esperanzas de su privanza, esta fue una casual desdicha para haber del matador las piedras lástima: como el caso pasó pienso que lo he escrito ya, y sabidísimo debe de ser en todas partes.

Otro miserable caso acaeció a un caballero con el Emperador en Flandes, que, habiendo estado de la gota en los pies muchos días malo, salió al cabo de dos meses en público y a hacer su oficio de oír algunos negociantes, probando a estar un poco en pie sobre los vidriosos pies muy sentidos y fatigados. En esto llega a pedir merced al Emperador un caballero, que aun sin achaque le amoinaba; pisa muy recio un pie al Emperador, que le llegó el dolor al alma, y estuvo por ello muchos días en la cama, y el caballero también adoleció de aquello, que se pudiera llamar, si lo fuera, crimen *lesæ majestatis*; pero no lo fue *quod enim crimen ejus errorem habebat* como cuando Acteon a la fuente vio desnuda a Diana. El Emperador con su bondad lo suplió, que le mandó despachar bien, sabida después su demanda. Esta templanza antiguamente usó con un barbero el católico rey Don Fernando, que le sacó una muela por otra, lo que pasó el Rey en paciencia, callando, y luego se las hubo de sacar ambas.

113. De un buen hecho de un caballero osado.

Hacer muy buenas cosas muchos hay que por gracia de Dios las han hecho; pero en salir bien de ellas eso es lo que a pocos es concedido por la divina piedad. Lo uno y lo otro concurrió en lo que hizo un juez en Mérida, Alonso Alvarado, el que mató los tres turcos en Galera, y el que en la batalla naval y en otras partes hizo muchas cosas señaladas.

Estando en la plaza de aquella ciudad, de donde él es natural, en un corro de caballeros, le dijo un hombre: «Fulano con mucha gente os anda a buscar.» Él muy admirado, le dijo: «¿A mí, por qué? Yo no sé que tenga conmigo nadie cosa por donde buscarme.» Y estúvose quedo, y llegó luego otro con el mismo rebato. «Ya, dijo él, eso cierto debe de ser; pues él no me halla, yo lo quiero a él buscar.» Parte de la rueda con un pajecillo, y tópole en una calle con deudos y gente muy acompañado, y sin le decir nada embiste a todo el escuadrón poniendo mano a su espada, y hiere a unos y espanta a otros, y hace volver a algunos las espaldas, y al que le buscaba dale en la cabeza una muy gran cuchillada. Entonces salen muchos que los desparten, y él mueve luego de allí a su paso largo; tópole la justicia envainando su espada, y díjole el juez: «¿Qué es esto, señor Alvarado?» Él con gran reposo respondió: «Acuda vuestra merced presto allá, que se matan en tal calle.» Va allá luego el juez volando, y él *per aliam viam reversus est in regionem suam*, y así fue mucho mas del caso la salida que la entrada: que la mayor valentía es escaparse de la justicia un culpado, de la que aun los inocentes están temblando; y de dos cosas que son casi incompatibles, que son tener una lengua y manos, él las tiene ambas, que como corto de razones es muy valiente, y como si no hubiese manos, es muy bien hablado.

114. De elefantes.

Por no salir ahora de Mérida, diré lo que allí pasó con un elefante. Estos son los animales que de mayor entendimiento hay, y así parece que en la grandeza de su raza les infundió Dios cuanto cabe.

Pues trajeron del rey de Portugal uno a Valladolid al rey de Bohemia, Maximiliano, cuando por el Emperador nuestro señor gobernaba a España, que pasó por Mérida, y allí hizo de su entendimiento y presunción esta muestra grande. Posaba con él el que le traía, en un mesón, e hízole colgar de guadamecías una sala baja y enramarla, echándole mucha juncia en el suelo en que pisase,

51 No fue caballerizo sino capitán de la guardia escocesa de Enrique II de Valois, y se llamó Montgomery.

y de ello mostró gran contento el animal real, mas no el mesonero huésped, que dijo: «Cuerpo de Dios, hemos de hacer aquí tanta fiesta a una bestia fiera.» Él le miró de mal ojo, gruñendo, como que por ello le amenazaba. Llégame su sirviente a él, quitado el sombrero, haciéndole mil reverencias delante, y diciéndole: «No haga Vuestra Señoría caso de éste, que es gente que no sabe lo que ha de hacer y sin crianza.» El elefante todavía se quedó con su enojo, entre dientes regañando, de lo que entonces la gente no miró ni hizo caso; mas después sale de su aposento el elefante a la entrada del mesón, donde muchos durmiendo la siesta junto al mesonero estaban, y al mesonero de entre ellos cógele con la trompa por medio del cuerpo, y comiéndole a apretar tan recio para matarle, que le hace dar grandes voces y abrir la boca y echar la lengua de fuera, como que se ahogaba. Acude su gobernador a priesa a los gritos, híncase de rodillas con la gorra en la mano, diciendo que suplicaba a su señoría que no le matase, y que perdonase a aquel necio por ser su huésped, aunque tan mal criado. Entonces con voz más mansa, como apaciguado, baja al triste que traía en el aire, y pónale ante sus pies medio muerto ya, en lo que dio claro ejemplo de la clemencia que todo hombre y más el cristiano debe usar, tras el rigor de la satisfacción y justa venganza.

115. De un estupendo y casi increíble caso.

*Done è voi chè le done habete in pregio,
Per Dio non date aquesta storia orecchie.*

Dice el famoso Ludovico Ariosto, que en español es: «damas y los que las tenéis en precio, por Dios no deis a aquesta historia oídos», y más adelante ruega al lector que pase tres o cuatro hojas, que la historia estará bien en pie sin ellas, y lo uno y lo otro suplica al oyente por lo que al sexo femenino se debe.

En parte de este mundo malo, porque no quiero infamar (donde particularmente fue) el pueblo, hubo una doncella de honesta y honrada gente, aunque vituperable ella, la cual entrando a solas en su casa por vino en una bodega, vio en ella un gran sapo, y al principio espantada rehuyó de él de miedo, y después el espanto acabó de perder con la costumbre, y de la costumbre vino la conversación, y de la conversación el darle de comer; y vínose a hacer tan grande que vino a tener diabólica amistad con ella, de la que se hinchó de cáncer, como son tan venenosos estos. Y estando de ello ella en peligro de muerte, comunicó con su confesor el mal caso, que no supo, sin comunicarlo con un teólogo, qué penitencia le daría, ni qué hacerse, del cual de ahí a muchos años sin me nombrar persona ni lugar lo supe yo cierta y verdaderamente.

El confesor, pues, entró en la bodega y al chiflo de una llave, que era de los amantes el contraseño, vino luego el mal monstruo, el que mató luego con una ballesta, y a ella, llena de arrepentimiento y de lágrimas, le dio una horrenda y secreta penitencia en que no iguala tanta enorme culpa, y la que curó del cáncer del alma hizo curar del del cuerpo.

De aquí se sigue (porque no hay mal de que no se pueda sacar provecho) cuánto las mozas recatadas deben de huir las conversaciones, aun de cercanos deudos, pues entró el enemigo malo aun por tan horrible puerta, y cuánto es dañosa la soledad a este sexo, y cuán mejor es ir a la iglesia con su madre que quedarse encerrada la doncella honesta, y cuánto es mejor que todo casarlas, y añadido yo al refrán que «de la doncella y del potro tenga el cuidado otro.»

Y yo por escribir tan enorme culpa no parezca culpable, pues de Pasifae con el toro, y Leda con el cisne, y Mirha con su padre y otros inauditos casos por autores graves están los libros llenos.

116. De una⁵² carta que Fray Pedro de Mendoza, de la orden de San Jerónimo, escribió al arzobispo de Sevilla, Don Hernando de Valdés, Inquisidor general, sobre la conversión del Doctor Agustín de Cazalla.

Ilustrísimo y reverendísimo señor:

Ayer jueves por la tarde, el padre prior de esta casa, y yo por su mandado, fuimos a hablar al señor Inquisidor, Don Pedro de la Gorreta. En cuya conversación estuvimos media hora, y al fin de ella nos mandó que fuésemos a hablar al Doctor Agustín de Cazalla, predicador y capellán de sus Altezas, para que le persuadiésemos confesase de plano la verdad de lo que judiciariamente le era pedido y preguntado, y le pusiésemos delante su muerte por los más apretados términos y horribles amonestaciones que ser pudiesen, por ser varón que no era menester pequeña curiosidad y vigilancia para torcerle su gusto a ajeno paladar, que este fue el principio de su caída.

Finalmente, a las tres horas de la tarde, llegamos a donde residía el Santo Oficio de esta villa, y por el portero de ella fuimos llevados a donde estaba el dicho Doctor, al cual hallamos en una gruesa cadena, y un pie de amigo y otras prisiones, y le oímos que cantaba o casi en tono decía aquel verso que dice: *deposuit potentes de sede el exaltavit humiles*, y por ser la oscuridad mucha, quisimos abrirle una ventanilla que hasta entonces no se le había permitido abrir; y el dicho Doctor cuando nos vio, mostró haberse holgado con cierto semblante de alegría, aunque dificultoso de conocer, y dijo al padre prior:

«Con razón me daba a sentir el alma que a una tribulación tan grande me había de suceder una consolación tal cual la presente. Siéntese, Padre mío, donde hallare, que este lugar, aunque trabajoso, es de penitencial medicina, y plégale a Nuestro Señor, que satisfaga yo con él la más mínima parte de mis yerros. No había una hora, padre Prior, que imaginaba tener presente a mis ojos una grave persona, y que tratábamos del pecado de la soberbia, y me venía voluntad de predicar de él todos los naufragios en que yo por mi dañosa experiencia he caído, tanto por quebrantar el ánimo con la memoria de sus desatinados principios, cuanto por conservar el espíritu limpio para el fin que, mediante la sangre preciosísima de Jesucristo, espero tener. De suerte, que con esta imaginación tiene ya la virtud domesticado tan duro enemigo como es este vicio.»

Todo lo cual decía con abundancia de lágrimas que le impedían la voz y habla, y no hubiera dureza que esperara tan sangriento artificio con que mostraba hallarse arrepentido. El padre Prior disimuló como prudente, y díjole: «Grande era el deseo que tenía de verle, señor Doctor, mas no en prisiones y cadenas, como está, y ahora se ha alegrado mi alma de ver que se sabe aprovechar de su habilidad y ciencia que, puesto caso que haya estado mucho tiempo oscurecido el don de su doctrina, tal puede ser la fuerza del arrepentimiento que ponga la fe en firme balanza y la esperanza de ser salvo en supremo asiento.»

Entonces el dicho Doctor respondió: «Padre mío, hase habido aquel supremo Redentor del mundo, Juez y médico y padre, conmigo tan misericordiosamente que, conociendo la enfermedad de mi ánima ser soberbia, y que convenía sangrarla, tomó la lanceta de su justicia, y acertóme en la vena, y habiendo evacuado tan pestífero humor, atóme con vendas de humildad, y púsome en cama de obediencia, que es este lugar y estas cadenas; y así doy gracias a Nuestro Señor porque mi mal reinaba ya en el cerebro, que era el último y más principal lugar que le quedaba por ocupar; y como la casa se hinchó de vanidad, convino que fuese refirmada con estas áncoras de reconocimiento, impidiéndole el camino que llevaba con estrecha cárcel y consideración de enmienda. Mas ¿qué me resta ahora por hacer, Padre mío, para la satisfacción que debo a estos señores padres del Santo Oficio y administradores de las causas de Dios? Y no como quiera, sino que osaría afirmar que la Santa Inquisición fue enviada de los altos cielos, y sus estatutos, fueros, leyes y establecimientos fueron trasladados por mano de los ángeles para remedio de los que incautamente yerran,

52 Aquí el manuscrito decía de otra carta, suponiendo una primera que no se encuentra en toda la obra, por lo cual nos hemos creído autorizados a sustituir una.

faltándoles el reconocimiento. Y que este traslado, junto con la patente, se dio al Sumo Pontífice, y de su mano a estos señores, como a ejecutores de su honra, debido honor y reverencia.»

El padre Prior le respondió que lo que restaba hacer era confesar de plano la verdad de lo que judiciariamente le era pedido y preguntado, a lo cual respondiendo con grandes suspiros, dijo que en ese artículo no tenía más que confesar, si no era levantándose a sí falso testimonio, y que lo que sabía y decía con mucha verdad era que jamás trató sus yerros con persona que no estuviese tocada de ellos, y muy puesta en seguirlos, y que no tenía más que confesar.

El padre Prior le amonestó a que confesase, y estuvo confesando espacio de seis horas, en el discurso de las cuales siempre oíamos, acá fuera, los grandes gemidos y sollozos que daba. Acabado de confesar, me mandó llamar el señor Prior, y me dio una poca de colación que traía en la manga, y rogó al dicho Doctor que comiese, y a su importunación comimos todos, y no podía él comer bocado sin beber a cada paso, tornándole a dar el agua por los ojos.

Acabada la colación le dijo el padre Prior que se esforzase, que le quería leer un papel que traía en la manga, y sacándole le leyó su sentencia, por el tenor de la cual era condenado a quemar su cuerpo. A este punto se nos desmayó y estuvo traspuesto espacio de una hora, y vuelto después en sí, con la color de verdadero difunto, dijo al padre que si habría algún remedio para que no muriese, pues convertido se daba a la misericordia. El padre Prior le respondió que si confesaba de plano la verdad, que tendría remedio su muerte. Él dijo que no tenía más que confesar, y a esta hora, que serían las doce de la noche, entraron otros letrados y religiosos de esta villa, y nosotros nos salimos. A la mañana pareció en el cadalso con una sogá y una coróza, espectáculo el más horrendo y triste que ha representado la fortuna, porque se erizaba el pelo y se afligía el alma de ver un hombre que subió a tanta cumbre de méritos con sus Altezas, verle en tan ignominioso puesto, entregado a la más infame y más abatida muerte del mundo.

Llegados estos señores a sus asientos, pidió licencia para predicar al pueblo, y le mandaron que se sentase y callase, y luego pidió la bendición al señor arzobispo de Santiago, y él se la dio. Luego le mandaron desgraduar, y a este punto de su tragedia se entristeció y lloró algunas lágrimas, aunque fueron bien presto reprendidas con un súbito ánimo que le sobrevino, dejando a los ojos que le miraban el oficio de celebrar con piadosas lágrimas sus tan desdichadas obsequias. Luego le leyeron su sentencia, y respondió que consentía en su muerte, como en reparo de su perdición. Llevándole a quemar le rogamos que predicase al pertinaz herreruelo que delante de él iba, al cual comenzó a decir: «Mira, hermano, que vas camino del infierno, que yo sé más que tú y más he leído, y pues...»⁵³

117. De un honrado alférez.

En igual grado me parece que está el guardar un alcaide un castillo que un alférez su bandera, aunque el alcaide mucho más, porque en la bandera piérdese solamente honra, mas en el perder el castillo honra y gran importancia, y así lo entendió un alférez en Galera, una villa de la Alpujarra, que después tomó el señor Don Juan de Austria, que por estar prolongada en un cerro se llamó Galera, aunque con muerte del muy honrado caballero Luis Quijada, su mayordomo mayor y su ayo, y casi padre, que así le llamaba, y muerte de otros soldados.

Pues después de muchos casos y refriegas en que dicho alférez se había señalado, un día habiendo muerto algunos de los enemigos, él fue herido a una batería de un turco y tendido en tierra, el turco le sacó la bandera de las manos, y la metió en el lugar de Galera por nosotros cerrado, y él boqueando en el suelo, no se acordando de la vida que perdía al mismo punto, ni aun de lo que en tal tiempo le era más necesario (que era el cielo), diciendo: «¡Hay mi honra, hay mi bandera!», al mismo punto se le salió el alma.

⁵³ Falta lo restante de esta carta-relación, por haberse caído una hoja del libro antes de encuadernarlo, o por otro accidente.

118. De un valeroso hecho de otro alférez.

Mejor dicha tuvo otro alférez, porque con igual esfuerzo tuvo mejores manos. Alonso de Alvarado, caballero de Mérida, aunque casado después en Llerena, por lo cual le podemos los de Llerena llamar paisano, fue en la misma guerra y sobre la misma Galera en el reino de Granada, alférez de Don Alonso de Vargas, hijo de Don Hernando de Vera y de Doña Blanca. En la última batería en que se tomó puso la primer bandera en el muro, y acometido de tres turcos, y viniendo con ellos a las manos, al uno mató en lo alto de la muralla, y con los dos no pudiendo ya más, se abrazó con ellos, y hacia la parte de los suyos se dejó caer abrazado de allí abajo. Del golpe que cayó encima mató a uno, y al otro, antes que se levantase de tierra (quedando él mal herido), mató a puñaladas, por lo que después de todo el campo y del señor Don Juan de Austria fue muy visitado, y más adelante le hizo el señor Don Juan segundo capitán de su guarda, y el Rey después capitán de infantería española para Flandes o Italia, y hoy tiene doce banderas de infantes a su cargo, y está en viaje y sazón sobre mucha nobleza, de pasar adelante, como refiere Suetonio que decía César (como él anhelaba tanto por su crecimiento en poder y autoridad) que era más difícil pasar del primer grado al segundo, que del segundo subir al último y extremidad.

119. De un infortunio de dos escuderos de Orán.

Ser gente muy imitadora las monas bien se sabe; que así como a los hombres parecen en sus figuras, así ellas quieren contrahacer cuanto hacen. Unos escuderos de Orán tenían a la puerta de Canastel una haza sembrada de cebada para sus caballos, que era toda su hacienda y caudal, y era en tiempo que estaba en berza y granaba ya. Saliéronla a ver, y tomando algunas espigas de ellas, volviéronse muy contentos a sus casas. Las monas que estaban allí en torno, que eran infinitas, bajan de sus atalayas, en volviendo ellos las espaldas, y como que era uso aquello, hacen lo que a los escuderos vieron hacer, y comienzan a cortar y derribar espigas; y cuando los dos de ahí a pocos días volvieron vieron derribada antes de tiempo, y por el suelo toda su cebada, que fue el pago justo que contrahiciesen a los escuderos las monas, en pago de cuanto y con cuanto trabajo escuderos contrahacen a los caballeros en cuanto hay.

120. De cómo Caramami cumplió su palabra.

Tanto es de maravillar que un moro cumpla su palabra y diga verdad, como que un caballero cristiano la quebrante y falte. Pues el Caramami, cautivo de Don Bernardino de Mendoza, que aunque le hubo Don Enrique tornó a Don Bernardino por mejor joya como Capitán general en aquella batalla, hizo talla y no chica. Soltóle Don Bernardino sobre su palabra, y cumplió justa y cumplidamente al plazo el precio de su rescate, el cual después corrió la mar con Dragut, y fue en parte de todos sus sucesores el más temible, y en el hacerse señor de la ciudad de África el más venturoso.

121. De gran esfuerzo y ánimo.

A las veces con poca consideración se hacen cosas que con mucha cordura y deliberación no se harían. Don Enrique Enríquez, tío del señor de Bolaños, valiente caballero, que trayendo a sueldo del Emperador dos galeras en la batalla que las de España, cuyo general era Don Bernardino de Mendoza, vencieron a los cosarios junto a Arbolan, después que echó a Caramaní, el más principal de ellos a la mar, se vino a su galera nadando. Este Don Enrique era de la boca del Emperador en Alemania. Estaban, pues, en Augusta tres mil alemanes de la guardia ante palacio, pidiendo paga, y toda la corte y la ciudad sobre ello en arma, y porque en tales casos morir los caballeros con sus príncipes es cosa loada. Don Enrique salió de su posada como supo el caso, y con un capotillo de

damasco sobre la coraza y en una jaca con un lacayo solo ante sí, entra por entre la inviolable orden de ellos, y por medio del escuadrón de los alemanes que al Emperador no estaban obedientes, y entonces a él y a su real persona amenazaban, y pasa diciendo: «Aparta, aparta, borracho», y haciéndole lugar todos, dando a unos y a otros de palos con su vara y sin ningún contraste de aquella belicosa y soberbísima gente, se entró en palacio por medio de los que alaba Petrarca a Dios y a la natura porque puso los Alpes en medio entre los italianos y la tudesca rabia, diciendo: *provida natura est*.

122. De fe, firmeza y constancia.

¡Oh París! nuevo pueblo santo de Israel, ¿cómo podré yo alabar el año de 1590 tu fe, firmeza y constancia? Mas te alabaré como pudiere; supla en mí Nuestro Señor tus alabanzas.

Cercado de Monsieur de Vendôme, príncipe de Bearne⁵⁴, con poderoso ejército de luteranos, que se llamaba ya rey de Francia; mas por hereje e incapaz y excluido de todo bien, y por el Sumo Pontífice descomulgado, por no tener rey hereje ¡qué cosas pasó el católico pueblo de París en tres meses que de él estuvo cercado!

Comieron en este tiempo pan de avena los ricos, y puches del salvado de ella la gente baja; y a cuatro solas onzas de pan de este salvado y polvos de pizarras molidas y de otras piedras con vino amasadas, y sebo de velas cocido y de ello hecho tortas y panes, y los caballeros a media libra de todas estas malas confaciones, y no más. Comíase carne de perros y gatos, de asnos y de ratones y de caballos flacos, y cueros de ellos y de arcas cocidos y picados; y comieron más de dos mil caballos y ochocientos muleros y asnos. Vendíanse a peso de dinero para comer hojas y yerbas incógnitas y de parras.

Las tabernas públicas eran por vino agua de regaliz y otras aguas, y en casi un mes los frailes Franciscos no probaron bocado de pan, ni comían sino yerbas. Salían sobre sus cilicios y hábitos vestidas sus armas a las peleas, y con sus rodela y espadas quedábanse muertos de hambre en pie, como fantasmas arrimados a las paredes, por plazas y calles. Halláronse más de doscientos niños muertos de hambre y echados fuera por sus padres a las puertas de sus casas, por no querer ser herejes, ni admitir Rey que lo fuese apartado de la santa Iglesia y de la obediencia del Papa.

Murieron en tres meses más de cuarenta y cinco mil personas de esta rabia, sin se poder valer padres a hijos, maridos a mujeres, ni hermanos a hermanas, sin querer oír medios de tregua ni de paz ni de pan con los luteranos. Las ricas tiendas de joyas y de brocados otro tiempo, se tornaron entonces bodegones de mondongo, de tripas de bestias y de caballos traídos de los muladares. Comían cabezas de perros crudas, y los huesos de ellas molidos y hechos gachas, y veintidós niños muertos en los mismos cuerpos de donde habían salido tornaban a entrar y los sepultaron.

Las músicas que se oían eran horrendas alarmas de trompetas y de atambores, y cañonazos y arcabuzazos por de fuera y por de dentro, gemidos de viejos y de mujeres y niños, que boqueándose les salían las almas, diciendo: «¡Jesús; Jesús!» y «¡Pan, pan!» Faltó también tanto la leña, que para cocer un mal tripicallo y unas puches de salvado de cebada y de polvos de piedras se quemaban y ardían dorados techos pintados y artesones, de que salía el oro derretido entre las llamas.

En tanto aprieto socorrió el rey Felipe de España; hizo huir los herejes y alzar el cerco y volver las almas a los cuerpos a los cercados, hinchíéndoles de vitualla, y poniendo a aquel pueblo de Dios en libertad. ¡Oh bien aventurado pueblo! Conformes en una fe chicos y grandes, doctos e indoctos de morir por quien murió por nos haber a todos salvado. Y ¡oh bien aventurado Rey! a quien dio Dios tanto poder que pudiese, y tanta virtud que quisiese salvarlos. En estas obras, pues, son las riquezas y los tesoros bien empleados.

54 Naturalmente, Enrique de Borbón, que será coronado como Enrique IV. (Nota del editor digital.)

123. Del Justador.

De las fiestas ordinarias que se hacen, la justa es la más galana y más hermosa y más bizarra, y con razón; pues la más hermosa cosa del mundo dijo el Oráculo que era un caballero a caballo armado. Por lo que Curcio se echó en aquel boquerón que en liorna se había abierto, en la plaza por donde toda se iba asolando, y con aquel tapador se tapó el abertura grande, la boca, y se le abrió perpetuamente a la fama; y aun por el deseo de ella su misma madre le tapó con su manto los ojos al caballo que retozaba, harto más racional en ello que no entrambos.

Pues si uno parece así. ¿cuánto mejor parecerán a una tela muchos caballeros armados, las armas lucientes y doradas, los paramentos embutidos y recamados; la variedad de las colores, penachos y plumas altas, y borlas de varios colores, colgadas las divisas diversas; las trompetas, menistriles y atabales; los padrinos, los lacayos llenos de colores, con sus bastones piolados en las manos; los pajes con sus libreas y caballos encubertados. Bien la llaman real, porque es fiesta de Reyes, y si no es en las cortes y por señores y caballeros que todo lo tienen, y hallan guisado es gran cansera⁵⁵ ésta en una ciudad; que de otros se traen los caballos, de otros las armas: a uno le prestan la silla, a otro los aderezos, y si a cada uno le quitasen los empréstitos, quedarían sin plumas, como el pájaro falsario que hurtaba las plumas a las aves, y desde que cayeron en la cuenta, quedó de todos pelado. Como también estos que se meten en ejercicio ajeno son pelados, si bien esto en los presidios y en las guarniciones donde hay gente de armas bien se hace, aunque se convienen mal las armas con las calzas de paño, y con los mozos de los que van a justar rotos y desharrapados. En fin, ella es fiesta Real, como es tan ilustre y claro el ejercicio de las armas. Porque los toros y juegos de cañas, aunque son de mucho contento y regocijo, al fin ver toros por esos campos es cosa muy común a todos, y también el ver jinetes correr la carrera y escaramuzar, aunque son bonísima fiesta los regocijos, que no se les quita su valor porque haya otra cosa más, y sean las justas y fiestas más raras y reales.

El justador ha de tener lo primero buen caballo, aunque parezca esto al juego de los muchachos; y el caballo ha de ser grande, ancho y fuerte, espeso, que por muchos encuentros no se resabian ni cansan. De la color no me empacho, porque cubiertos de sedas e de brocados, no se echa de ver la color de un caballo como paseando; mas aunque sea para ruar, la color es lo menos que hace al caso, aunque dicen que en un año se parecen el caballo y su amo, y por eso sería bien y por el contento que fuese de buena color el caballo, más que para justas. En el pisar ha de ser muy soberbio y muy gallardo, que a la entrada parezca que no cabe en toda la plaza; que entre como señor del campo, abiertas las narices y bufando. Que después se arrime muy bien a la tela, y que esté a ella muy quieto y muy sosegado; que parta muy seguro y no de tranco, y que corra con gran furia y muy menudo sobre los pies, y tan llano que se pudiese llevar a manera de decir una taza llena de agua en la mano; que pare bien y no sobre los brazos.

Son muy fuertes y muy hermosos los rucios rodados y tordillos, castaños oscuros, bayos y alazanos tostados, aunque éstos suelen ser de malas bocas y a muchas carreras se les calientan y no paran. El caballo no ha de pensar parar ni ha de ser menester que le vayan perneando, que es gran fealdad ir haldeando en un hombre de armas como milano a la dormida, como ir coleando el caballo, sino que al partir le toquen una vez las espuelas, y otra en medio de la carrera, como quien le acuerda el correr, y al parar otra, si quieren que pare redoblando.

Los pies ha de llevar el caballero iguales, como cuando un hombre anda, y un poco las puntas a fuera, porque si las llevase, como decían los del tiempo viejo, adentro, mal podría picar y dar de las espuelas al caballo.

Las armas han de ser nuevas, porque también como todas las cosas se envejecen, como una capa y un sayo.

55 Entiéndase «lacayos, pajes o escuderos».

Las armas doradas y justas a la persona, y ellas de tal manera entre sí, que unas y otras ajusten, donde una con otra junta; y porque no suenen ni chapeen, con cuero delgado del envés estofadas. Porque es gran deslustre a un justador irle las armas como calderas sonando, o como un armado de monumento. La celada no muy picuda, que parece gallo; ni muy fea, ni muy roma, que parece mochuelo; sino de hermosa proporción y talle, estofada por de dentro, porque no suenen los encuentros, y bridada la cabeza, que es con un doblez de la misma estofa de tafetán o de raso, que tome un poco de la frente con dos cintas; apretada la cabeza hacia el colodrillo de la celada, porque con el vaivén del encuentro no llegue la celada a la cara. La vista segura y pequeña, y pegada a los ojos, porque junto a ella se vea todo cuanto hay, y para el peligro guárdeos Dios que no entre raja, que si entra, no hace al caso para matar que entre un dedo menos u más. El peto un poco salido a fuera en justa proporción, para que pueda el justador alentar. La tarjeta pequeña y de buen talle, que hace a los hombres galanes; los brazales no anchos; la coraza y el talle más alto que los huesos de los cuadriles, y que no le toquen las armas, que matarían en los lados. De brazales y grebas, chicas las rodajas; los esarpes no puntiagudos ni anchos como zapatos de alemanes, sino romos como una bota; y nadie juste sin arnés de piernas, porque parece cazador, y no justador el caballero que no va todo armado, y es bueno y conveniente para no topar con los pies en la tela y contra tela y quebrárselos, y para entrar seguro entre las coces de otros caballos. En la pierna derecha no quijote entero, sino medio, para asentar bien la lanza; la arandela no muy cuba, ni muy plana, ni muy chica, sino un medio, que es donde la virtud está.

El ristre, en que consiste la mayor parte del bien justar, si muy bajo hácese mil calados con la lanza y danse mil encuentros feos; si muy alto, no se puede enristrar bien. Ni para encontrar conviene bajar mucho la lanza, sino el medio antes dicho, y antes un poco alto el ristre que bajo, y no muy adelante en el peto ni muy atrás.

Los vestidos y paramentos galanes, ricos y bizarros; las divisas hermosas, discretas, nuevas, y a las personas y casos acomodadas. Los sayetes, si largo el caballero, largos, si pequeño cortos, si mediano en proporción razonable.

La silla, si es largo de piernas el caballero, larga de ropa, porque no parezca zanquivano; si es corto, corta la ropa, porque el caballero no parezca más grande en igual proporción, y al justo de la corva, remediando la falta, como dicen: «que donde falta natura obre pintura», como cuando un navío se acuesta a un lado es el seso acostarse los navegantes a la parte contraria, y por eso es buen carguío el de los caballos, porque es esto lo que hace buen asiento. La silla no ancha, porque iría el caballero espinado; no echada detrás, porque iría echado atrás, muy feo y mal puesto y aparejado para derribarle, sino que caiga en ella el hombre derecho, como en sus propios pies. Andar con un poco de asiento para el descanso, y no tan sobre el arzón delantero que el hombre como maleta se vaya adelante. En fin, la postura del caballero consiste en la silla; en mala silla no puede ir bien puesto por ningún caso. Las lanzas han de ser cortas, gruesas, tiestas y livianas, que ser muy recias y fuertes no sirve de nada; deslómense los caballos, desconciértanse los caballeros y quiébranse las manos; y tener mucha madera es (como aquellos bestiales indios de Arauco) más que de caballeros y reyes, de ganapanes; que diferente es el entendimiento y virtud para gobernar que es ser uno para príncipe, que no como acémila buena de carga, diciéndose el peso que un rey tiene a cuestras por metáfora. La lanza de pino, porque de fresno o de haya para justar (que al fin es burla) entre amigos sería la burla muy pesada, y para enemigos de las otras.

La tela ha de ser de ciento y cincuenta pasos, bien larga, que el buen hombre de armas hará mil lindezas con la lanza, y el malo mil fealdades.

Ahora el cómo se ha de justar, dígalo quien lo sabe. Citara yo aquí a grandes maestros de este arte, mas mi *Carlo Famoso*⁵⁶ los dice bien a la larga. Sólo diré lo que he oído y visto a grandes caballeros en esto muy hábiles, como el mozo del cirujano que cura a falta de quien lo haga, aunque yo en esto (quíerolo decir) he sido de los más ejercitados y venturosos de España.

56 En varios lugares de su poema se entretiene Luis Zapata en referir justas y torneos.

El justador ha de estar y pasear por la tela puesto sobre los estribos, y no sentado en la silla, ni encogidas las piernas como gallina asada, sino derecho y estacado; y la medida de los estribos ha de ser que quepa entre el asiento del caballero y la silla una mano, porque si va larga, va feo y flojo y desgraciado. Pues partiendo sobre los estribos, después que ve que el contrario se anda para partir, meneando de las espuelas a su caballo, salga muy inhiesto, la lanza en cuja, cargado el cuerpo un poco sobre la lanza y con mucha disimulación; con tanta fuerza sobre ella, que como yo del mucho uso tenga en el muslo saltada la sangre del cuento de la lanza, y llevando la lanza un poco en cuja, en asentando el curso el caballo, sáquela retorciéndola alta, y póngala con un repulgo, y más arriba torciendo la mano con buen aire en el ristre, y con otro la requiera, y poco a poco siga la raya, bajando sin calada. Y para no hacer caladas, aprovecha, como he dicho, el ristre un poco alto, que no se abraza el brazo con la lanza; y aprovecha también para que con facilidad, sin hacer desdén, barreando, le salga la lanza de la mano, aunque el barrear se debe de excusar, porque es de las cosas feas que en el caso pasan. Pues bajando poco a poco, ha de acabar de bajar al punto que llega al encuentro al contrario.

Otros hay que bajan de golpe, que llaman pescar; esto no lo apruebo, porque mil veces se yerra el encuentro y se da en el contrario y en la tela palos, y se encuentran la tela y el caballo, y se hacen otros encuentros feos muy desgraciados. Lo que parece muy bien es volverse un poco el cuerpo al encuentro, que se dan mucho mayores y da buena gracia; que cualquiera cosa que menee un hombre armado parece bien, puesto que semeja vivo aquel cuerpo fantástico, y que no es todo hierro. Esto hacía galanamente el señalado caballero Don Diego de Córdoba, que se sacudía muy graciosamente con las armas, con la lozanía que se sacude un halcón en el aire. Mas de postura en la silla ninguno de los hombres al rey Felipe, mi amo, hizo ventaja; no quebraba muchas lanzas, porque esto es más que certeza, caso.

Pasado el encuentro, ha de tornar a la cuja el cabo de lanza, y luego echarle sin daño de los circunstantes. Luego correr otra y otra sin parar, de manera que tan presto corra como vuelva; mas esto ha de ser quebrando la lanza, porque si fuese una y otra sin quebrarla, antes sería cosa de risa y embarazar la tela sin hacer nada, y le podrían decir que es justar mal y porfiar. Si se desalentare el justador por correr muchas carreras con el sabor de justar, hase de apartar a un aparte con achaque de que le alargue o acorte el estribo un lacayo, o que el padrino o el armero le apriete la llave, como que lleva desguarnecido algo, como hacen los músicos que, cuando están cansados o no se les acuerda qué decir, encomiendan a templar. Lo que no hice yo en una justa partida, una vez, en la folla del parque de Bruselas, en Flandes, que me aparté a una parte de haber corrido muchas carreras, tan desalentado, que estando echado sobre el arzón de mi caballo me llegó Don Francisco de Mendoza, hijo del marqués de Mondéjar, con mandado del Emperador nuestro señor, a decir que justase, que se perdía mi parte que iba de ganancia, lo que yo no pude obedecer en gran rato, como dicen que no le obedeció una vez un caballero justando, que pensando que lo hacía de cortés el no encontrar a su Majestad, le envió muy de veras a mandar que le encontrase, y el caballero le respondió que no podía encontrarle, y que juraba a Dios que no deseaba por entonces otra cosa más.

Las follas son muy agradables, que se ven quebrar muchas lanzas, y el que la corriere ha de encontrar a uno y a otro hasta que no le quede sino la empuñadura y el cabo de la lanza, y hasta el último fin de la carrera no ha de sacar del ristre el cabo, porque por allí no le entre ningún encuentro, hallando sin arandela desarmada aquella parte.

Y si perdiera la lanza por barrear, y por haberla en la folla acabado, vuelva atrás el brazo y pase así la carrera, porque no se la quiebren y hagan pedazos.

Por eso las justas partidas son más agradables, porque lo que la gente ama es ver quebrar a priesa muchas lanzas, y en la mantenida no se puede esto hacer, porque a cada carrera es menester esperar cómo se han de oír a justicia las partes.

Así que el justar bien consiste, si es un hombre de buen entendimiento y no maníaco, en buen caballo y buenas armas; y las armas en tres cosas: bien concertadas, bien puesto el ristre, que

cumple para el encontrar y llevar buenas lanzas; bien hecha la silla para la postura del cuerpo, y la vista de las armas bien concertada para ver lo que se hace.

Hay justa de guerra y de tarjeta y de regocijos, que todo entra debajo de unos mismos casos; mas justo es con la justa acabar ya, y que yo me salga de la tela, y que pues de varios hilos es la de mi historia, sea ya de otro urdimbre la trama.

124. De los extraños sobrenombres que hay hoy en un pequeño lugar.

De los apellidos hay tantas diversidades, como son la multitud y variedad de gentes, que unos se toman por hazañas, como Mucio romano tomó *Scevola* de la mano quemada; Escipión de la conquistada África *Africano*; grandes de su grandeza como el *Gran* Alejandro, Pompeyo *Magno*, Carlo *Magno*, Quinto Fabio *Máximo*, Constantino *Magno*, el *Gran* Tamorlán, el *Gran* Capitán; *Machucas* de poderoso brazo; *Osorios* de ser osados.

Otros de señales de sus personas u ajenas, como Cicerón de una verruga que tenía en el rostro a manera de garbanzo, que es lo que *cicer* en latín significa; y así los Fabios de *faba* o haba; César de *ceso* (útero) que le sacaron a sus pasados del vientre de su madre cortándole, o de *cesaries* por la gran cabellera de uno de los suyos. De avispas que tenía en las narices Vespasiano, y se le quitaron después que destruyó a Jerusalén, por las maldades que contra Nuestro Señor usó, de las que no hicieron penitencia en cuarenta años; y *Cerda* por una que el infante Don Hernando de la Cerda sacó del vientre de su madre.

Otros tomaron sus sobrenombres de otras naciones, por venir sus gentes de allá, como los Manriques del nombre alemán *manric*, que quiere decir hombre rico; *man*, hombre *ric*, rico, y Guzmán que quiere decir hombre bueno; *gut* bueno, *man* hombre, y Pacheco de un caballero de Julio César; Castro, de Castrino, otro caballero suyo que en la batalla farsálica le dijo que vencería, y arrojó en los enemigos la primer lanza.

Otros apellidos hay de cosas honrosas y dignas de preciarse, como Calderones, porque hacían en la guerra plato que solía ser de gran estima: pendón y caldera; *pendón*, de traer gente a su costa en servicio de sus reyes, y *caldera* en la que para muchos se aderezaba de comer en la guerra y hacer plato. Abarcas y Zapatas de venir del rey de Navarra Don Sancho Abarca, porque las traía cuando no conocido quién era, se crió en ellas en vil hábito.

Otros del efecto, como los caballeros de Guevara se llamaron Ladrones de aquel ladrón que sacó al rey Abarca de la lazada, y los príncipes de Italia Deste, duques de Ferrara, porque les dijo un Rey: «este señoree aquí;» cuando les dio a Ferrara, quedándoles *Este* por sobrenombre, en memoria de tan ilustre dádiva. Y acá los caballeros de Arellano se llamaron así, porque viéndose un rey en gran peligro, se encomendó a un su caballero, y le prometió que si de él le sacaba le daría una villa o estado, que es hoy del conde de Aguilar, cabeza de este linaje. «Pues fírmelo vuesa Alteza», dijo el caballero, y el Rey dijo: «No hay pluma ni papel», que estaban a caballo, y el caballero dijo: «Señor, sea en este arenal llano con esa lanza.» Firmó de esta manera el Rey, y guardó el caballero la arena en un paño, con la que después hizo fe de la dádiva, y se llamaron después sus descendientes los condes de Aguilar, *Arellanos*, de aquel arenal llano.

Los más en esta España son de sus tierras y naturales lugares donde nacieron ellos y sus pasados, aunque era cosa común a muchos, más siendo tales sus hechos y sus grandezas hicieron propio el nombre común y general como de Austria, de Castilla, de Mendoza, de Haro, Sepúlvedas, Balmasedas, Tovares, Córdoba, Toledos y Ávilas, y otros mil que no se pueden contar en los que hay en todos los linajes de buenos y de malos.

Otros sobrenombres hay a disparate, que ni se tomaron por nada ni significan nada, como Roma, y si dicen que de Remo, parece disparate, Sevilla, Cataluña, Toledo, Sicilia, Aragón y otros mil, como de personas Velasco, Fajardo, Bazán, Guevara y otros semejantes. Mas cuantos linajes y

apellidos hay son buenos o malos, como por las partes que el agua pasa que a eso sabe; si por oro, oro, si por cieno o pierazufre huele mal; si por raíces amargas, amarga; así, sí por grandes varones pasa cualquier apellido, será él grande y admirable; si por viles y apocados abuelos, huele mal o amarga. Otros hay de agradecidos criados con consentimiento de sus amos, que toman el nombre y armas de ellos, en memoria de quien los levantó, en lo que los unos y los otros son honrados.

Mas los apellidos extraños que hay hoy en un pequeño lugar son los siguientes:

Cabezas, Manosalvas, Barrigas, Tobillos, Pies, Carrillos, Cabellos, Barbas, Crespos, Peinados, Blancos, Rubios, Bermejos, Morenos, Toros, Beceros, Corderos, Borregos, Merinos, Machos, Chivos, Gatos, Leones, Zorros, de los Puercos, Palominos, Patiños, Palomas, Perdigones, Bordallos, Grillos, Sotos, Carrascos, Sarmientos, Viñas, Olivares, Naranjos, Olivos, Morales, Almendros, Olmedillas, Higueras, Romero, Espinos, Piñas, Huertas, Manzanas, Escobares, Flores, Rosas, Centenos, Almirones, Ramos, Céspedes, Fuentes, Puentes, Portillos, Pilas, Peñas, Pizarros, Cantos, Cañuelos, Cañetes, Campos, Illanes, Hoyos, Ríos, Arroyos, Montemayor, Monterroso, Montoya, Plazas, Calles, Capillas, Morillos, Sierras, Solanas, Riberas, Puertas, Portillos, Casares, Montañes, Barrosos, Pozos, Calderones, Oladas, Piesdorados, Guerreros, Santos, Tostados, Amor, Amores, Amadores, Caperuzas, Garridos, Lozanos, Panduros, Tunes, Capitanes, Merchanes, Reyes, Pajes, Guerras, Paces, Roldanes, Oliveros, Casados, Canos, Cadenas, Ropones, Rompedores, Mesas, Sillas, Pardillos, Garzones, Hidalgos, Caballeros, Escuderos, Condes, Duques, Marqueses, Chillones, Hilones, Engorrillas, Francos, Parientes, Garzones, Barraganes, Gallardos, Corchuelo, Corros, Villates, Uñates, Matamoros, Corvos, Centenos, Chiquillos, Morillos, Horrillos, Mariacas, Malacastas, Duranes, Capados, Gordos, Cordones, Gordillos, Delgados, Delgadillos, Pardillos, Cárdenas, Zapatas.

Y lo que más de admirar es, porque se vea la vanidad del mundo, que no dejará ninguno de estos su apellido, aunque le maten, ni trocará el suyo por el ajeno (pues alguno se engaña), ni les basta el miércoles de cada cuaresma acordarles la santa Iglesia: «acuérdate, hombre, que eres ceniza y que en polvo te has de tornar»; demás de que cada hora se lo están acordando mil dolencias y desventuras y trabajos.

125. De que dicha y bondad no caben siempre en un saco.

Pedro Hernández de Villafranca, vecino de Córdoba, hombre muy discreto y de muy buena gracia, decía por sentencia particular suya: «Desdichado como hombre de bien, como son los que la fortuna trae muchas veces bando a la gresa⁵⁷ manera de hablar, porque en la verdad todo es lo que Nuestro Señor permite, y hace que a unos da desdichas por probarlos y aprobarlos, y a otros para que tengan algún contento acá, y a otros porque acá y allá es servido de dársele.»

126. De tres casas de la Real muy crecidas y aprovechadas.

Cuando veamos unos árboles de muchos pimpollos, muy crecidos y muy medrados, por estar en muy fértil tierra, o son de muy buen beduño y casta, o los cultiva y labra buen hortelano, o todo junto, jardinero, casta y aire: todo lo cual concurrió en los caballeros de que haré mención, y no porque se haga de unos hermosos árboles dejarán otros hermosísimos de ser muy loables; mas estos troncos tuvieron muchos hijos y todos personas señaladas.

La Casa de Alba tuvo en nuestros-tiempos estas hermosas plantas y crecidísimos ramos. El duque de Alba Don Fadrique I, tuvo en el mundo el lugar que todos saben: capitán general de los reinos en sus jornadas de guerra, y en la corte flor de todos los príncipes cortesanos. Fueron sus hermanos Don Hernando de Toledo, comendador mayor de León; y Don Pedro de Toledo, virrey de

⁵⁷ Así en el original que está muy claro, aunque no lo es tanto lo que nuestro autor se propuso decir.

Nápoles; y Don Diego de Toledo, gran prior de San Juan; y Don Fadrique de Toledo, comendador mayor de Alcántara; y Fray Juan de Toledo, cardenal de Burgos; e Don Luis de Toledo, señor de Manceda; y Don García de Toledo, señor de las Villorias; y Don Hernando de Toledo, señor de la Horcajada; y Don García de Toledo, su hijo mayor, que murió en los Gelves, en servicio de Dios y de su santa fe y de su Rey, y en honra de su patria, del cual brotó el alto y realísimo árbol Don Hernando Álvarez de Toledo, duque de Alba. Muchos ha habido en España muy señalados, mas tantos como en la casa que aquí digo, arguye su buena casta, la fértil tierra de tales personas, España, e la larga e industriosa mano del hortelano; mas no es maravilla siendo todos del Rey, hijos de su primo hermano. Vamos adelante.

Vino un hijo del marqués de Mondéjar en mi tiempo a la corte, y díjole el comendador mayor Don Pedro de la Cueva: «¿A qué vienes acá? ¿Qué, ya no tiene el Emperador qué darte, que todo lo ha dado a tu padre y a sus hermanos?» Fue el marqués de Mondéjar presidente del Consejo Real, y sus hermanos Don Antonio de Mendoza, virrey de la nueva España; y Don Bernardino de Mendoza, capitán general de las galeras de España; Don Diego de Mendoza, embajador de Roma; Don Francisco de Mendoza, obispo de Jaén y cardenal; y el conde de Tendilla, hijo del marqués de Mondéjar, capitán general del reino de Granada y virrey de Nápoles.

Y de la casa de Alburquerque hubo a una mano estos grandes hombres hermanos en esta temporada: el duque Don Beltrán, virrey de Navarra; Don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara; Don Luis de la Cueva, capitán de la guardia del Emperador; Don Diego de la Cueva, comendador de Castilnovo, que sucedió después al Duque su hermano, el cardenal de la Cueva; Don Antonio de la Cueva, mayordomo mayor en la casa Real de la Reina nuestra señora, señor de la Ladrada; Doña María de la Cueva, condesa de Urueña, que fue dama de la Emperatriz nuestra señora; y como he dicho, en otras y en otras casas han salido en este fértil tiempo aquí y allí preciosísimos árboles por sí solos *quasi oliva speciosa in campis*; mas no veo yo en ninguna casa como en éstas que he dicho juntos tantos hijos en una era, y tan gozados.

127. Del cerco de París.

¿Qué loores no merece el católico Felipe de España, que estando la populosa y católica ciudad de París cercada de herejes y luteranos, y venida a tanto extremo de hambre que comían perros y gatos, caballos y asnos, y hasta las cosas que no tienen nombre, parecieron a vista con el príncipe de Parma, por mandado suyo, las banderas del católico ejército de España, y vistos por los enemigos herejes alzaron el cerco, cogieron sus velas y volvieron las espaldas, y al fin dejaron la sangrienta y cruel presa y empresa desamparada?

*Panduntur portæ; juvat ire et diabolica castra,
Desertos videre locos, littusque relictum,*

que quiere decir: «ábrese en París las puertas de par en par; huélganse todos los de la ciudad de ver los reales del diablo y los sitios de ellos y riberas del río desamparados.»

Pues ¿qué corona obsidional merece el Rey por haber descercado a París? ¿Cuántas mil coronas cívicas por haber salvado en él con sus familias cien mil ciudadanos, y cincuenta mil forasteros estudiantes, y tantos niños y mujeres y viejos inocentes y miserables, y tantos clérigos, monjes y frailes, contra los que los herejes se encruelecieran más? ¡Ni aun perdonaran en los templos y paredes a retablos, bultos sagrados e imágenes!

Pues ¿qué fama en el mundo se le debe, y qué gloria en el cielo se le ha de aparejar y dar después de sus días largos, por haber librado de las sacrílegas manos las reliquias santas de los santos y mártires, que innumerables en aquella ciudad hay? Yo pienso (*si fas est dicere*) que en el cielo hubo gran memoria de tan pío y de tan valeroso acto, y que por Dios se gratularían unos con otros los santos, viendo sus cuerpos y miembros que yacían en París incorruptos y enteros por privilegio particular, libres ahora de nuevos martirios de fuego y de yerro y de vituperios y

escarnios de las sacrílegas, impías, cercadoras manos, y que volverían al Rey de la gloria, en cuya virtud el rey de España hizo y se obra todo sin pensar, diciendo *Te Deum laudamus*.

128. De temblores de tierra.

Cómo estos naturalmente se hacen es cosa tan sabida que no hay para qué tratar de ello; porque siendo en las cavernas de la tierra más el aire que el vaso de ellas, como en el continente no cabe el contenido, busca por donde salir, aunque sea como Encelado, echando la tierra que tiene encima de a cuestras y

qua data porta ruit ac terras turbine perflat.

Esto suele ser más en las tierras a orillas de la mar que en las de en medio, y más es de maravillar cuando acaece en las mediterráneas tierras.

Estos temblores solamente en mi edad, que ha sido gracias a Dios bien larga, de sesenta años, y a 16 de este noviembre de 593 será de 61, los he visto solamente dos veces; la una dos o tres años ha en Llerena que duró una Avemaría, y temblaron casas y mármoles con estruendo, y otra en Évora, en Portugal, año 93, estando en casa del conde de Tentubal⁵⁸, mi cuñado, y pensando que en un gran estruendo que hubo que entraba en casa algún carro, no hubo carro, ni otra cosa, sino un breve y gran temblor de tierra, y vino luego nueva que había temblado en toda Évora.

129. De un prudente advertimiento.

Cuán buena cosa sea un buen parecer a tiempo, en lo que ahora diré se verá. El clarísimo conde de Feria Don Pedro, viéndose ir por una dolencia cuesta abajo, que le atajó mil gobiernos y mil cargos, de que era bien mereciente, trató de casar una hija que tenía sola heredera de sus dos estados, marquesado de Pliego y condado de Feria, con Don Gómez de Figueroa, su hermano, capitán de la guarda del Rey, por no dividir las dos casas, que el condado de Feria de derecho le venía a Don Gómez, que mujer no le heredaba. Y estando en los capítulos ponía en la escritura el escribano: «Y que el dicho Don Gómez se obliga de pagar todas las deudas del Conde, su hermano, que serán más de doscientos mil ducados»; mas Luis Venegas, que era un caballero muy prudente, y que a todos los había criado, dijo: «No se ha de poner así, que se obliga el señor Don Gómez a todas.» Pues dijeron todos por ciento y cincuenta mil ducados de renta no se obligará a doscientos de deuda. Él dijo: «¿Y si el casamiento no se hace?» Todos se espantaron mucho, diciendo que cómo no se había de hacer cosa tan importante. «¿Puede ser?» dijo Luis Venegas. «Sí puede ser», dijeron todos; mas tal cosa no es de pensar. «Ahora póngase, dijo él, que si no se hiciera, no pague el señor Don Gómez más de las que están sobre la casa de Feria situadas.» «Así sea», se resolvieron todos, y así se hizo; y el casamiento no hubo después lugar, dejando el conde Don Gómez por amores, veinte villas y dieciséis pueblos de vasallos, y cien mil ducados de renta en tan buena parte, que a no lo advertir Luis Venegas, creyendo que lo que no se piensa puede ser, quedara el duque de Feria Don Gómez con carga de doscientos mil ducados sobre sólo el ducado de Feria, gravísima aun para entrambos estados.

Pues otra cosa pasó así en los tiempos pasados. La dehesa de Tablada, que está junto a Sevilla, era de un caballero, la que por ser tal y tan importante la trocaban con él, dándole, como le dieron, a Fregenal y su tierra, que son de más de cuatro mil vasallos. Pues al hacer de las escrituras ya que estaban para otorgarse, dijo un avisado veinte y cuatro: «Y ponga ahí que si el señor fulano muere sin hijos que vuelva a Sevilla Fregenal.» ¿Quién tal pensara, teniendo el caballero no sé cuantos, por lo cual se puso la condición como al desgaire. El caballero después murió sin hijos, volvió

58 Así, pero quizá haya de leerse Tentugal, que es título y apellido de una familia portuguesa.

Fregenal a Sevilla, y quedó, como hoy está, con Fregenal y Tablada, para que se vea cuánto un sabio consejo en paz o en guerra hace al caso, y de unos hombres a otros cuánto va.

130. De un valerosísimo alcaide contra turcos.

Digno de perpetua alabanza es Nicoliche, un caballero húngaro, criado de Fernando, Rey de romanos, que fue Emperador después, que puesto por su Rey a la guarda de un castillo a los confines de Hungría, que se llamaba Ginon, lo defendió del Gran Turco, que fue sobre él en persona con doscientos mil hombres y cincuenta mil caballos, año de quinientos y treinta y dos, cuando el emperador Don Carlos se opuso a su avenida, y el buen alcaide lo defendió hasta el fin de la jornada, con muerte de muchos turcos y grandísimos daños.

131. De un criado traidor.

Hemos dicho de un fiel alcaide; digamos luego de un traidor criado, para que lo uno con lo otro más salga y luzca, para que alabando lo uno y abominando lo otro, hayan las dos contrarias cosas su justo pago.

¡Cuántas y cuántas cosas deben de pasar en el mundo, cuyo secreto se sabrá el día del juicio! ¡Cuántos mayorazgos se poseen por ajenos hijos! ¡Cuántos han ahorcado por los ajenos hurtos! ¡Cuántos han sido muertos con veneno por sus más parientes y amigos, criados! ¡Cuántos se han fingido locos sin serlo! ¡Cuántos han sido necios callando, que por callar no fueron en este mundo conocidos por tales!

Alonso de Ulloa, hermano menor de Juan de Ulloa Sarmiento, principales caballeros en Toro, criado del Emperador, enfermó e hizo su testamento en Toro, porque llegó muy al cabo. En el cual mandó cien ducados a un criado suyo, y como él estuviese ya sano y el mozo viese que con la vida de su señor se le iba el luto y los cien ducados, diole en el vino veneno oculto, así que tornó a enfermar. Luego a echa y levanta, como dicen, echóle otro y otro clavo, hasta que le sacó de esta vida. Él fue con los muy honrados deudos, a quien él cubrió de paños de duelo, muy cubierto de luto, gimiendo y llorando por su señor que le había hecho gemir hasta el cabo.

La cosa estuvo callada así, hasta que por otro hurto que hizo, como dicen en latín, *qui liber librum aperit*, fue preso y por justo juicio de Dios ahorcado; y estando al pie, donde muchas veces se dicen las verdades, publicó que había muerto a Alonso de Ulloa, su amo, por el luto y porque le mandó, como he dicho, cien ducados.

132. De cómo acaso en nuestros tiempos se han parecido unas cosas a otras.

Esto no es tanto de maravillar, sino como no se parecen muy muchas, según la multitud de cosas y negocios que en el mundo hay; mas diré las que se me acuerdan que han en nuestros tiempos pasado.

El Papa Gregorio treceno fue Papa trece años, y murió a trece días de su dolencia; y a trece del mes el día y mes que nació cuando cumplió años.

El emperador nuestro señor Don Carlos nació día de San Matías; coronóse el mismo día de la corona de hierro en Aquisgrán, y después en Bolonia de la de oro, que le dio el Papa; venció también la batalla de la Bicoca, y prendió el mismo día en Pavía al rey de Francia.

En Llerena, en Extremadura, cabeza de la provincia de León⁵⁹, decía un hombre discreto, que se llamaba Diego Hernández, platero, que aquel año de mil y quinientos y cincuenta y seis había habido unas cosas muy semejantes, que Román fue a Roma, y en ella murió, y Heredia heredó, y

59 Entiéndase de la orden de Santiago.

Juan Rico se hizo Rico, y hubo dos hombres que por hombres de bien fueron presos, porque en una elección de oficios fueron nombrados dos buenos hombres, porque discreparon en un nombramiento de alcaldes.

Asimismo hay otros símiles: Ludovico Ariosto escribió en poesía, y por el semejante en poesía Don Luis Zapata; en octava rima Don Luis, en octavas Ludovico; uno y otro en cantos; él ensalzando la casa de Ferrara, Don Luis la casa Real de los reyes de España; él caballero y noble, Don Luis noble y caballero; ambos de unas sílabas en los nombres, y Luis y Ludovico entrambos, cuyas patrias de ambos fueron también de unas mismas sílabas Llerena y Ferrara. A Ariosto dio por su obra el cardenal Hipólito, a quien la dirigió, una pieza de raso, y de Don Luis también ha sido rasa su paga; mas en esto hemos sido muy desiguales, que él de su trabajo y servicio quedó muy descontento, como en una su sátira dice, y yo de haber servido en algo al Rey nuestro señor, no vive nadie más contento ni más rico.

Dos tías de Hernando Álvarez de Meneses en Talavera, fueron tan parecidas, que si no eran los vestidos, sus padres mismos no las diferenciaban. Nacieron de un vientre un mismo día y una misma hora; cuando una adolecía, adolecía la otra, y murieron de una misma dolencia entrambas, un mismo día.

133. De otra buena academia eclesiástica.

No solo por las armas fue señalada la ya dicha escuela del Gran Capitán, sino también de personas graves y de gobierno y cargos lo fue la del cardenal Don Juan Tavera, en la milicia eclesiástica, que salieron las eminentes personas que diré de su casa.

Sea, pues, el primero de este cuento Don Diego Tavera, su sobrino, que fue del Consejo Supremo del Santo Oficio y obispo de Jaén muy bastante. Y el obispo de Palencia, el famosísimo licenciado Gasca, que allanó las Indias levantadas, y venció una batalla, y con la ayuda de Dios mató el fuego de la rebelión de ellas, *forse human poter non polea smorzarlo*.

Y otro obispo de Ciudad-Rodrigo, de que no se me acuerda el nombre, quizá olvidándolo se me acordará, que la generosa memoria del hombre no quiere ser importunada.

Y por echar el sello a todo, que no había para que pasar de aquí adelante, fue de su cámara su sucesor, que es hoy el arzobispo y cardenal de Toledo Don Gaspar de Quiroga, que no se sabe quién a quién excede la dignidad, a él en grandeza, o él en méritos a la alta dignidad. Fue también de su cámara el cardenal Don Pedro de Deza, su sobrino, que fue digno presidente de la Chancillería Real de Granada. Asimismo fue de su cámara Diego de Guzmán de Silva, embajador de Venecia y de Roma, que murió cardenal, y el cardenal Cibrián también de su cámara, cardenal en la Santa Iglesia de Santiago, de los que asisten allí al ministro del Apóstol santo, nuestro patrón de las Españas y patrón nuestro.

Fue también su crianza y criado el obispo Álava, presidente de la Real Chancillería de Granada; y pienso que también lo fue Don Pedro de Fonseca, de Toro, presidente del Consejo Real; y Redín, presidente de la Chancillería de Valladolid y del Consejo Supremo de la Inquisición antes; y Don Gómez Girón Alderete, Melchor de León y Don Gabriel Manrique, jueces de Granada y de Sevilla, y capellanes de su Majestad; y sumilleres del oratorio del Rey nuestro señor, Juan de Ayala de Meneses y Don Luis Manrique, hijo del conde de Paredes, ambos primero de la cámara del Cardenal; y un prior de Roncesvalles, que de la dignidad se me acuerda para que entre en esta compañía honrada, que el nombre no hace mucho al caso.

Pues canónigos de su misma Iglesia Barza, Aponte, Yepes, Juan del Aguila y Sunza, y otros muchos, fueron tantos *quosque referre mora est*, y lo dicho baste para entender el valor de tan gran príncipe y tan buen prelado.

Y más que los más de estos no los promovió él a los altos cargos, en lo que pudiese parecer que llevaba el Cardenal su opinión adelante, sino que hizo él el plantel como buen hortelano, y los clarísimos juicios de los príncipes los trasplantaron.

134. De continencia.

Fray Juan Hurtado, de la orden de Santo Domingo, fue un religioso muy ejemplar y gran predicador, que predicaba al Emperador muchas veces, y que a él y a toda la corte era muy grato. Acaeció, pues, que en una temporada vacaron un obispado pequeño, y el arzobispado de Toledo, que de todas las dignidades de España es la más rica y más grande; que es cierto que vale hoy casi trescientos mil ducados, por los que andaban en torno las pretensiones del mundo, y la codicia y las privanzas. El Emperador, vista la bondad de este fraile, le mandó llamar, y con las más encarecidas palabras que pudo, le dijo que le hacía merced de aquel obispado vaco, y él besando las manos a su Majestad por ello, dilató la respuesta para otro día, y volviendo al Emperador al plazo, díjole que por harto obispado y cuidado de almas tenía la suya propia, de la que él tenía que para dar cuenta de ella no sería capaz, cuanto más de tantas, y que por la merced besaba humildemente sus reales manos.

El Emperador, ido fray Juan, quedó confusísimo de ver su merced menospreciada, y pensó que porque no le daba el arzobispado de Toledo no había querido el otro obispado pequeño que le daba; y viendo después que para el de Toledo ninguno en el reino había tan digno ni tan bastante, después de mucho tiempo y discursos mandó llamar un día al mismo fray Juan Hurtado, y díjole: «Padre, corrido estoy, y muy mucho, de mi engaño, que siendo vuestra virtud y letras tantas, que no caben en mucho espacio, os quisiese yo asentar en tan chica e incapaz silla, como la del obispado que el otro día os daba; perdonadme, y yo os doy el arzobispado de Toledo; antes vos me le dais a mí en ser tal que yo haga esta vez elección tan justa y tan santa; muchos años la gocéis, pues sois digno de ella y de mucho más.»

Fray Juan Hurtado se echó a sus pies y se los quiso besar, y dijo: «¡Oh, señor! ¿quién podrá servir y satisfacer a tales palabras de beneficio tan alto? Mas suplico a Vuestra Majestad que para pensar cosa para mí tan nueva, me dé espacio de solos tres días, porque yo estoy desproveidísimo de todo, y si esto se entendiese de súbito, caería en mil faltas.» El Emperador lo tuvo por bien, quedando contentísimo de lo que en esta elección había acertado.

Vuelto Fray Juan al Emperador, le dijo: «Señor, yo soy vasallo y criado de Vuestra Majestad, e hijo de criados; y aun puedo decir que hechura de quien tanta merced me hace. Pues a quien tantas obligaciones tengo, no es razón que yo sea desleal y consienta que caiga Vuestra Majestad en tal engaño de tenerme en tanto que sea para más que mi orden y mis libros bastante: a Vuestra Majestad suplico no me lo encargue, y en mis oraciones siempre más que en eso Vuesa Majestad de mí se servirá.» Replicó y porfió en ello muy mucho el Emperador, mas con grandes descargos y humildísimas disculpas no fue posible más.

Y otra cosa dijo: «Suplico a Vuesa Majestad que sea servido de prometerme una cosa.» El Emperador que a todo le deseaba acudir y contentar, le prometió que cuanto él quisiese haría de muy buena voluntad, y él le dijo: «Lo que yo suplico a Vuestra Majestad, y ahora me promete, es que mientras yo fuere vivo, sea servido de no decir esto a nadie, porque ya que de esa carga me escapé, de la vanagloria de ella también me salve.»

Prometiéndoselo el Emperador muy espantado, se partió de ante su presencia fray Juan, vencedor, y su Majestad vencido de tanta santidad. Y muriendo el bendito religioso de ahí a muchos años, sabido por el Emperador que le guardó fielmente el secreto, dijo públicamente a todos: «Digo vos que ahora murió el más señalado varón que en nuestros tiempos ha habido», y contóles lo que le acaeció con él, y fue a todos manifiesto el caso, de lo cual los pretendientes de mayores a menores u

semejantes cosas queden avergonzados y confusos de sus negociaciones e ilícitos tratos con un ejemplo tan admirable.

135. De cuán difícil negociación es con los pueblos.

Cierto y sabido es en confirmación de esto aquello que acaeció a Don Alonso de Aguilar, en Córdoba, que pidiendo al Ayuntamiento una cosa leve, todos le dijeron que sí, que le servirían con gran voluntad por sí cada uno, y después todos juntos no hicieron nada, y así él después les dijo: «Señores, estrellados os beso las manos a cada uno, y en tortilla échoos todos a rodar.»

En nuestros días acaeció lo mismo al gran conde de Benavente, que siendo tan insigne en todo el reino y tan benemérito de Valladolid, su patria, pidió a la villa que una pared vieja de muralla que tenía a las espaldas de su casa que le quitaba las vistas del río, se la dejasen a su costa derribar, y les hacía una calzada a cierta parte que le costaría tres o cuatro mil ducados; mas con ser quien era, y no le importar a la villa nada, no se le concedió, de que quedó harto enfadado. Mas vino luego Dios, y llovió el siguiente invierno tanto, que cayó de golpe toda la pared que él quería derribar, y sin costarle nada hubo lo que quiso, y gastó la villa por la decencia de ella en quitar la tierra de allí más de mil ducados.

136. De una gran maravilla.

Año de noventa y dos vi en Lisboa-un caballero clérigo que se llamaba...⁶⁰, limosnero mayor del reino de Portugal, a cuyo cargo es repartir en obras pías ciertos bienes que los reyes de Portugal para ello dejaron, y fue de esta manera: que yendo el confesor de su Alteza, fray Juan de las Cuevas y yo, en Lisboa, a ver el monasterio de San Bernardo, que se comenzaba a edificar, se nos llegó allí el dicho tan sordo que trompetas cerca de sí no oye, y estuvo hablando con nosotros una hora en conversación muy trabada; y después de ido, me certificaron ser totalmente sordo y que hablaba como vi, y respondía a propósito en una trabada conversación como si totalmente oyera, en sólo ver menear los labios. ¡Extraño y maravilloso caso! porque puede muy bien ser que el que habla sea sordo, pero que el sordo hable a propósito como hizo éste, nunca se ha visto jamás.

137. De los que de poca hacienda en nuestros tiempos vinieron a prosperísima fortuna.

La mayor honra y gloria de las vanas de este mundo es ser un varón antiguamente noble, y haber por su persona después subido a crecimiento grande; y aunque el crecimiento es mayor de humildes principios, y arguye mucho mayor valor en el presente, como mientras más hondo es un valle más trabajo y valor es desde allí subir a una cumbre alta; los descendientes querríanlo todo, lo que no puede ser, ser su linaje sin principio, lo que solamente reside en Dios, que es Alfa y Omega, es decir, sin principio ni fin. De los que de mucha bajeza antiguos vinieron a gran grandeza hay tantos como átomos en el sol; mas dos ejemplos pondré aquí para muestra de los demás. El gran Tamorlán que de hijo de un pastor y pastor fue casi señor del mundo, y Vetidio Basso que, habiendo pasado con César con unas sus mulas de alquiler a Francia, fue cónsul y capitán general de Roma, y venció a los partos que mataron a Craso, y nadie los había podido domar, y la misma Roma es buen ejemplo que a su primer fundador, que fue Rómulo, no se le supo padre, y por eso le ahijaron al dios Marte.

Y de los que siendo nobilísimos por su valor se hicieron antiguamente mas, fue uno Julio César, descendiente de Eneas y de su hijo Julio Ascanio; y el Cid, hijo de Diego Laínez y nieto de Laín Calvo, uno de los dos jueces primeros de Castilla; y Gonzalo Hernández de Córdoba, gran capitán, hermano de Don Alonso de Aguilar. Los dichos nobles de suyo, y clarísimos después más

⁶⁰ Está el nombre en blanco.

por sus hazañas, de los cuales de unos y de otros diré aquí en confuso; apártelos y dispóngalos después el lector como mandare.

Pues sean aquí primer ejemplo los dos Barbarrojas, hermanos, ambos hijos de un ollero de la isla de Metilene, y ambos reyes después, y por mar y por tierra poderosísimos tiranos; y Dragut, hombre bajo, de una aldea de la Anatolia, y después rey de Trípoli y de África.

El conde Pedro Navarro, hijo de un pobre hidalgo, fue conde y capitán general de España, e hizo mil cosas señaladas.

Andrea Doria, también un noble, aunque pobre genovés, fue después príncipe dignísimo y señor de la mar, por el poder en él sustituido de los poderosos reyes de España.

Fue así el crecimiento del marqués de Mariñán, Juan Jacobo de Médicis, criado noble del duque de Urbino, y en su desgracia señor del lago de Como y capitán general de la artillería del emperador Carlos, y vino a tener un hermano Papa.

Y es más de maravillar del que de mozo de atambor fue capitán y maese de campo y comendador del hábito de Santiago, y de reputación y estimación muy grande, que cuando los que Nuestro Señor convida a ser grandes y virtuosos, con los haber hecho hijos de otros tales, no salen a sus pasados. Dijo el padre de familias: «Salid por esas calles, y cojos y mancos siéntelos a mi mesa», y así por divina disposición hinche su mesa la fortuna de convidados. Y así de buena y virtuosa gente, aunque pobrísima, fue el cardenal de Toledo Don Juan Martín Silíceo, varón insigne, padre de caballeros pobres, que hizo el colegio de las cien doncellas, en Toledo, para casarse.

Fue también cardenal pobrísimo el santísimo Pío V, que el honrado caballero Don Francisco de Reinoso sirvió en toda su pobreza y trabajos, y el mismo Don Francisco sea ejemplo, a quien dio treinta mil ducados de renta su amo, siendo Papa, para sí y para otros más de dos mil.

Y acaeció así que viniendo el dicho cardenal Alejandrino en su pobreza de Alejandría, de cierto caso, como era inquisidor de Roma en tiempo del papa Paulo IV, llegó de invierno al sacro palacio, y se apeó allí sin se ir primero a desenlodar a otra parte, con el celo de su cristiandad, de dar cuenta del negocio al Papa; mas entrando al pontifical aposento le mandó sacar de él en brazos el Pontífice, ni quiso oírle hasta que se desenlodase, y dentro de siete años fue este expulso en la misma pieza metido y adorado Papa.

Mas los crecimientos por la Iglesia no son de considerar, que como en la triunfante, sin excepción de personas y linajes, admite Nuestro Señor la sola virtud y cristiandad, de la misma muestra de ello en la militante de acá. Volvamos a los demás.

El clarísimo marqués de Santa Cruz, del claro linaje de Bazán, descendiente de hermano de la casa del conde de Miranda, e hijo del famoso Don Álvaro de Bazán, heredó cuatro mil ducados de renta, y por su valor y bondad (ved si acrecentó bien su militar talento) dejó castrenses cuarenta mil ducados de renta, y esto con mucha fama con cinco vvvvv: *virtud, valor, valentía, vergüenza, verdad*.

Otro semejante a él fue Don Francisco de Toledo, hermano tercero del conde de Oropesa, caballero andante en la corte, pobre, mas muy rico de espíritu y virtuoso; zimbria en que se podían armar grandes esperanzas, fue electo dignísimo virrey del Perú. Del primer cargo, donde estuvo diez años, y de donde salió con gran dolor de la tierra y disgusto del Rey nuestro señor de que la dejase, y dejando de buen gobierno allá su ejemplo y su fama, volvió con ciento y ochenta mil ducados pública y notoriamente registrados, con los que hizo grandes obras pías y hospitales, y sólo su muy alto oro de tibar no fue amarillo, de miedo, como otros de que en llegando por mal ganado se le quitasen. Traía escrita en la frente su cuenta, sin que acá se la pidiese nadie: cuarenta y ocho mil pesos se me daban de sueldo; gastó la mitad; esto para servir a Dios y al Rey lo traigo, de quien fue con mucho amor recibido, y el tiempo que vivió, que fue poco, muy estimado.

Los caballeros Pizarros de Trujillo (pues tratamos del Perú) fueron los que más oro en el mundo hubieron a las manos; tuvieron cuanto el riquísimo Atahualpa y el cuanto oro mil incas,

reyes e indios pasados. Y el famoso Hernán Cortés, de un pobre hidalgo de Medellín, creció tanto, aunque poco según lo que mereció, que tuvo de renta ciento ochenta mil ducados. Fue marqués del Valle, lo mejor de aquellas partes; mas no solo él de las riquezas de Méjico ganó para sí mismo, mas vio llenos de plata y de oro a sus pobres y hambrientos soldados.

El señor Antonio (no sé como se me olvidaba), hermano segundo de la casa de Sancho Martínez de Leyva, en la Rioja, señores de chico estado, pues de la pobreza de un secundario y de casa no muy rica, mas muy principal, fue por su valor gran señor y príncipe de Áscoli, quedándole la fortuna a deber aun más.

Juan de Urbina, de un pobre hidalgo de las montañas, que pasó de soldado particular con el Gran Capitán, fue él gran capitán también y maese de campo y casi general en el ejército del Emperador, con veinte mil ducados de renta; y si la breve muerte no le atajara, llegara a la cumbre de lo que la milicia puede subir y levantar.

Hermano segundo del duque de Mantua fue Don Francisco de Gonzaga, que aunque de real casa, donde son más los torzuelos⁶¹ que las primas de otras partes, fue general del Emperador tras otros cargos por el valor de su brazo, que decían que la maza del señor Don Fernando era temida en toda Italia.

En cosas de la mar fue el mas rico hombre de España Juan Antonio Corzo, noble extranjero, que vino a traer en la carrera de las Indias doce o trece naos suyas, de un pobre gentil hombre de mar, con treinta mil ducados de renta, señor de Cantillana y de otros lugares; el que no aseguraba sus navíos en gradas, que es lo que se usa, sino en las de los altares, que muchos rogaban a Dios por ellas por su buen viaje. De cuanto cargaba daba a hospitales y monasterios, y hasta a pobres y viudas una parte, que un ducado y un real que a una viejecita daba, se hallaba después rica con el retorno de doce o de veinte ducados en sus naos; y éstas se las traía en salvo con sus oraciones. Jamás se le perdió una, y cuando al retorno le traían cien mil ducados, era avieso el suceso del viaje; y luego pasaba con su compañía de pobres, de viejas, de monasterios y hospitales a la regla de tres; y sin poner nada en ello los de la cargazón, ni aun cuidado, sacaban de su casa las haldas llenas de reales.

Pues volviendo a la corte, Don Francisco de los Cobos, de un hidalgo pobre de Úbeda, dejó mandando el mundo (*per modum suffragii*) de renta cuarenta mil ducados. Fue Comendador mayor de León, señor de Sabiote, adelantado de Cazorla y marqués de Camarasa, y puso en una su capilla en Úbeda este mote: *Fides, labor et solertia hæc et majora donant*, que quiere decir: «fe y trabajo y diligencia, estas y otras mayores cosas dan.»

Melchor de Herrera, de un caballero pobre, tiene hoy de renta otro tanto, que después de rico sirvió al Rey en tres veces en sus cuentas con casi cuatrocientos mil ducados. Asaz creció otro hijodalgo de las montañas, Juan Fernández de Espinosa, que casó con hija del honradísimo caballero Luis Venegas, su mismo amo, que fue tesorero del Rey, y tuvo de renta sesenta mil ducados, y fue como dicen alcanzado de contadores en setecientos cuentos, que casi el guarismo no tiene letras en que explicarlo, que son un millón y ochocientos y cuarenta mil ducados, que si los alcanzara a su Majestad él se viera (el Rey) en trabajo y muy alcanzado de pagarlos.

Mas mucho más es de haber envidia a la riqueza de Alonso de Baeza, otro tesorero real, que cada mes daba sus cuentas y quería dejar su oficio, y no se las tomando y pasando por sus manos todo el oro y plata del mundo, cuanto poseyó y gastó el Emperador, fue menester para enterrarle buscar dinero prestado.

En fin, sea el fin de este cuento el generoso conde de Barajas⁶², que siendo yo el más rico de los Zapatas, me dejó mucho, el cual tras de un cuento que hubo de su padre, dejó a sus venideros de renta, dicen, treinta mil ducados, e hijos y hermanos obispos y dignidades por casos y escalones tan

61 Símil tomado de la altanería o caza de azor, en que *torzuelo* significa un azor de pocos meses, y *prima* el que ha llegado a la plenitud de su edad.

62 Don Francisco Zapata de Cisneros, primer conde de este título.

varios, como corregidores de lo reducido del marquesado de Villena, corregidor de Córdoba, asistente de Sevilla, regidor de Madrid, presidente del Consejo Real y de los supremos Consejos reales, lo que se pone aquí para que los que tienen en algo estas riquezas de duendes, y estos cargos de entresueños, viendo para ir a ellos tantos caminos, los sigan y esperen con más confianza; y los que no los estiman, viéndolos deshacer como humo, atiendan a los verdaderos bienes perdurables, y se conozca en fin cuanto el aspecto de un príncipe benévolo agrada más que el de cuantos planetas ahí hacen al caso.

138. De los que de mucha riqueza vinieron a miseria grande.

Son tan ordinarias las vueltas y revueltas del mundo como de un río, que diré que es más feliz estado el miserable que el feliz, porque siendo víspera lo uno de lo otro, recíprocamente en mejor punto está el que de las tinieblas espera luz, que no el que de la luz tiene la oscuridad cierta; y de que se alternen estas veces es gran justicia que los prósperos con su soberbia provocan a justa ira a los hombres y a Dios, y de los miserables pacientes y humildes a la puerta y al lado está la misericordia de Dios, y así hubo un libro en español, de muy buen título *Espejo de consolacion de tristes*⁶³, que dice que mejor fue el abatimiento de Mardoqueo que la privanza de Amán (que por otras cosas justas se vedaron); que Amán, segunda persona del rey Asuero, fue ahorcado en la horca que para Mardoqueo el mismo Amán había mandado hacer; y el gran maestre Don Álvaro de Luna en la plaza de Valladolid, sin conocimiento de otro delito que su mucho poder, degollado; y Belisario que desbarató los vándalos y triunfó de los partos, y libró no una sola vez a Roma de los bárbaros y echó los godos de Italia, sacados los ojos por mandado del emperador Justiniano, pedía limosna a los que pasaban por una calle; y un hijo de Perseo, sucesor de Alejandro, riquísimo rey de Macedonia, después que en el triunfo entró cautivo con su príncipe en Roma, ganaba su vida en bajos oficios por sus manos.

Ahora ya no quiero tratar de príncipes y capitanes antiguos, sino de riquísimos hombres particulares de ahora, Villafania y Juan de Ortega, cambiantes aquel en la corte, y éste en Medina del Campo, que en Roma y en Constantinopla se obedecían sus letras; alzados con mucho dinero ajeno pensando encubrirlo, los sacaron de las Iglesias, y aunque les sobraban a cada uno cien mil ducados, después de satisfechos sus acreedores para pagar sus alcances, y ofrecida por su indemnidad gran suma, fueron públicamente ahorcados.

Pues Jerónimo de Salamanca, que de un pobre mercader llegó a tener de renta de solos juros sesenta mil ducados, se dieron tan buena maña a perseguirle sus contrarios (y los unos y los otros son ya muertos, mirad que ganancia), que murió en la cárcel por deudas y anduvieron para su enterramiento pidiendo en una taza, y me juró mucho antes que un día en la bolsa de Enbers⁶⁴ (que a la lonja en que tratan los mercaderes así la llaman) ganó cincuenta mil ducados de esta manera. Había menester cierta cantidad de dinero, pienso que el emperador Fernando, que fue Rey de Romanos, el cual no tenía allí, aunque Rey, crédito; dábanselos a muy mucho por ciento, hálloselos el dicho Jerónimo casi de balde, y tómalos a tan poco precio, y dáselos al Emperador a mucho menos que se los daban a él, y sirvióle en esto mucho, y en esta partida sólo ganó los dichos cincuenta mil ducados.

Pedro López, escribano mayor de las Alpujarras, que mandaba todo el reino de Granada próspero y rico, aunque no en tanto grado, fue también como los otros ahorcado.

Y pues pararon en lo que los otros, así fue su tragedia la de los dos hermanos Garrafas, un caballero y un falso Duque de Paliano, (que ahora echo de ver que se conformaron con sus nombres, que engarrafaban en tiempo del Papa su tío, cuantas riquezas podían y cuantos estados; y

63 Escribiólo un franciscano llamado fray Juan de- Dueñas, en dos partes o tomos.

64 Amberes.

en quebrarse al fin como frágil vidrio fueron también garrafas) que al Cardenal mandó dar garrote el Papa, y al falso Duque hicieron cuartos.

Mas por concluir salga Antonio Pérez al teatro, que tan en el teatro del mundo está; secretario de Aragón, tan rico que con la espuma de sus riquezas hizo la más amena casa que en Madrid hay, hospedando en ella al señor Don Juan de Austria; que tenía camas y sillas, braseros, arcas y mesas de plata, y un solo brasero se apreció en sesenta mil ducados; que cada día de los que el señor Don Juan posó en su casa, según dicen, le daba nuevos servicios de plata, camas y ropa blanca y nuevas colgaduras de brocados; que llegó a tanto su lujo y fausto que tenía con que se limpiasen los zapatos los de a pie que entraban en su casa, que no faltaba sino que a la puerta se los quitasen, como al entrar en las mezquitas hacen los moros; y que tenía por manzanas en los pilares de su cama ángeles de plata con letra que decía: «duerme Antonio Pérez, entra paso.» Al tal no le prestó el de su guarda, que cayó en culpas que se le tomaron todas sus riquezas, antes de todos, como las ajenas plumas a la otra ave, y a punto de ser cada día justiciado; y lo fuera al fin si por astucia de su pía y buena mujer no se saliera de la cárcel, que se fue de ella a Aragón para más daño, como el que llevó a Troya el fuego con que fue quemada, y de ahí fugitivo y mendigo un hombre tan rico como he dicho, se fue a Francia, y plega a Dios que ahí el mal pare: que de unas cosas proceden otras; de la vianda chilo; del chilo sangre; de la sangre carne; de la carne gordura; y de esta superflua abundancia, y del demasiado humor pudrición, y de ello dolencias contagiosas pestilenciales, y así ésta su suelta fue para el remedio a los aragoneses escándalo, y de los que le dejaron ir estulticia, y para su mujer e hijos trabajos.

139. De cosas maravillosas muy verdaderas que no parecen verdad.

Si los escritores decimos cosas comunes y ordinarias, los oyentes se nos dormirán; si peregrinas y raras, el crédito se bamboleará; mas con todo eso seguiré mi estilo, que ya he hecho pacto con el auditorio, que me ha de creer cuanto dijere, porque cuanto dijere será verdad.

Yo vi al Rey nuestro señor un pedazo de madera, no se me acuerda de qué, muy denso, y muy macizo y muy apretado, que pasaba por medio de él un cabello que, estirando pasó por él, y salía a la una y a la otra parte.

Más, trajeron a su Majestad en un cuesco de cereza, colgado por un cordón de una asilla que tenía el cuesco, esculpidos todos los pasos de la pasión en ambas partes.

Más, hay en la armería Real en Madrid un alfanje que le sacaron de debajo de un río muy luciente y muy dorado, que en la cuchilla tenía engastados dos o tres guijarros⁶⁵.

Más, paseándose el Rey nuestro señor por una calle de muy altos cipreses, en la Mejorada, donde se había retirado una semana santa, dijo: «¿No es cosa extraña que de cualquier manera que se corte una nuez de estas, se halla dentro una Verónica pintada?» Maravillámonos mucho, y dijo: «¿Quién trae un cuchillo?» No había allí ninguno, y díjome: «Don Luis, mostrad vos esa daga.» Hiqué la rodilla, y díselas, y cortó tres o cuatro nueces al través, y a la larga, y siempre se hallaba la Verónica de nuestro Señor en la nuez cortada, de que fuimos muy maravillados, por lo que pienso yo que por esto que los cipreses representan, de más de que son hermosos árboles, en las cosas de religión son tan ordinarios, y porque como ellos trasplantados no reverdecen, que así los hombres metidos en religión no han de tornar a reverdecen en cosas malas.

En Milán hay charlatanes que traen culebras mansas y pulgas atadas en una cadena; las mismas que veíamos estar mostrando en las plazas y en las calles, y dejamos de verlas como cosa

65 Consérvase hoy día esta espada, no alfanje como equivocadamente le llama nuestro autor, en la Real armería de S. M., señalada con el núm. 1814. Fue hallada en el río Tajo por la parte de la vega del Colmenar y llevada a Don Sancho Busto de Villegas, a la sazón gobernador de aquel arzobispado, quien se la presentó al rey Felipe II. Es corta y ancha, y parecida en su forma y empuñadura a las que usaban los romanos.

cierta, y porque no quisimos que nos dijese que hacíamos caso de esto los bisoños venidos de España.

Un señor muy verdadero me contó otra cosa extraña: que corriendo un toro en el patio de la casa de Alba, huyó un atambor a una puerta, y atoró⁶⁶ el atambor a la entrada, y vino otro mozuelo, y con el miedo del toro horadó el atambor y pasó de cabeza por ambos cueros de una a otra parte.

Luis Ponce, un caballero de Madrid, me dijo también que estando jugando a las tablas con Don Hugo de Moncada, general de galeras, muy belicoso y muy esforzado, se quejó mucho de un hombro. Vino allí luego un cirujano, tentó, y abriéndole el hombro con una navaja, le halló un pedazo de una coraza, que parece que en una refriega se la habían metido, y le entró en el hombro de un arcabuzazo, y salía por allí con el tiempo, como se hallan muchas veces armas y casquillos de una batalla que allí hubo en el puerto del Muladar.

Y yo conocí a Diego Enríquez, el Mayorazgo, caballero de Cáceres, que traía una pelota de arcabuz en el cuerpo, que le dieron siendo coronel en las Comunidades, por lo que bebía siempre muy caliente el agua. Y los ballesteros dicen que hallan siempre, y es cosa ordinaria, haber un hueso dentro del corazón de todo ciervo, y también dicen que han errado saeta a res y dado en una encina, y que al sacar la saeta de ella chorreó un buen rato, de que sacaron abundancia de miel.

Yo volé una vez garzota, que le halló un cascabel al pie. Otra justando perdí al partir un estribo, y sin perder el cuidado de la lanza para quebrarla, le torné tentando en la carrera a cobrar.

Mas muy mayor maravilla es lo que me contó un caballero (no sé si como principal fue verdadero) que cayó un mozo en un charco, y pienso que decía que él, y que entró tras él un ayo y perdió al entrar unas chinelas, y sacando al ahijado ya atónito del agua, sacó el moro las chinelas del ayo puestas en los pies, jurábamelo él; mas yo no daré por este juro a catorce mil el millar.

Más, en un torneo de a caballo mantenido en la corredera de Valladolid ha ya muchos años que yo vi, siendo paje de la Emperatriz nuestra señora Doña Isabel, encontrarse Ascanio Carachulo⁶⁷ y Don Sancho de Leyva, que se vinieron al suelo, de lo que el un caballero se desespaldó y el otro quedó muerto, y Don Sancho se tardó en levantar un poco más, y Ascanio se levantó en pie, y desarmada la cabeza, que le saltó la celada de ella, y la hallaron armada y echada una aldabilla, con que se veían algunas armaduras de cabeza, y la trajeron mostrando así a los jueces.

En Valladolid acaeció un doloroso caso en un juego de cañas, que Don Miguel Manrique, hijo del conde de Osorno, y Don Alonso Niño, hijo de Don Hernando Niño, merino mayor de allí, chocaron a la jineta en dos hermosos caballos. Ambos eran muy cortos de vista y con el polvo más ciegos aun; y fue el encuentro tan bravo que los caballos de ambos murieron luego, y el uno quedó desensillado, que la silla con las cinchas sin romperse se colaron por las manos y por la cabeza del caballo, y Don Miguel murió luego quebrados los ojos por un casco de acero, de ventalle, que traía Don Alonso puesto, y Don Alonso murió a tercero día, quebrado un brazo y una pierna, que a ambos del golpe de los caballos vieron botar de las sillas dos varas en alto, y allí fue el encuentro de ellos. Y a Don Miguel le pronosticaron astrólogos el desastre, y aquel día hizo decir por sí más de treinta misas, y sus deudos no pudieron acabar con él que no saliese al juego, y él confesado y comulgado salió a él, y un exorcista que se llamaba fray Jerónimo de Frías, sacando el día antes un demonio del cuerpo de una mujer, dice que le dijo que le dejase estar, porque si salía vería un gran desastre que en la plaza otro día había de hacer, y así el fraile anduvo de unos odores en otros suplicando que no se hiciese el juego de cañas por causa de esto, o se difiriese por este caso.

Ya se os acordará del título de este capítulo que es de cosas que parecen duras de creer; pues prosiguiendo esto, el prior de la provincia de León, Don Apolinario de Guergo, estuvo una vez tan

66 Entiéndase: lo dejó atascado o fijo en la puerta y cubriendo el boquete.

67 Así en el original, pero sospechamos que habrá de leerse Caracciolo.

al cabo de una dolencia en Llerena, que estuvo más de veinte horas sin ningún pulso hablando y con su entendimiento claro, y vivió después de oleado.

Maravillámonos que Omiego Barbarroja⁶⁸ se cortase el talón de un pie andando al remo, por salir de cautiverio, en nuestras galeras; el que después fue rey. Pues los animales hacen lo mismo, que lo dice Eliano del castor, y en Encinasola tras de Sevilla, tres leguas de Fregenal, cayó un lobo en un cepo, que es un armadijo que ase la mano o el pie, y mientras más tira el animal, mucho más lo tiene asido. Pues cuando más estiró, sin para desasirse tener remedio, cortóse la mano a bocados junto al codo, teniendo la mano por menor pérdida que la libertad; y hallaron en el cepo los cazadores la mano, y a él le mataron después con tres pies, año de noventa, de ahí a pocos años.

Y nadie se fíe de las armas, que es como el que pudiendo ponerse en salvo, en confianza de favorables ruegos le ahorcan y matan. Así salió uno en Lisboa a una pendencia, en confianza de una finísima cota de malla; métese sin temor entre los contrarios; danle una estocada tan fiera, aunque no le pasó la cota, que le metió entre costilla y costilla dentro del cuerpo un gemo la espada con la malla, que como si estuviera en cueros murió luego, que fue una cosa extraña.

Maravilla fue grande en la misma ciudad, y muy verdadera, que año de noventa y dos cayó un niño de tres años de cinco tapias en alto, y dio de cabeza, que se le hundió del golpe más de tres dedos el casco; curáronle por muerto, y el abollado casco como una masa tornósele a su lugar y en pocos días quedó sano. Ande el ingenio aquí, agudos lectores; échelo quien quisiere a las estrellas u al hado, que yo écholo a la divina voluntad.

Harto extraña cosa es la que han experimentado soldados en los presidios, que en ribera de la mar están en frontera; que el atún salado y pescados que les dan de ración, que tienen la escarcha de sal como los prados tal vez de hielo blanqueando, ponen a la resaca el pescado, y a dos o tres veces que con la salada agua se lave, queda tan sin sal como si entonces muriera; con sal la sal lavada, como se cura a veces con fuego el fuego de una mano quemada.

Y pastores cuecen en una gran caldera leche, y después que la leche hierve está tan frío el suelo de la caldera, por donde se le da fuego, que ponen la mano en el suelo de ella seguramente sin quemarse, y lo mismo es con agua; mas lo de la leche yo lo he experimentado.

Y para concluir con las maravillas, entre una verdadera zorra en esta conseja, pues hace comparación de otra en verso el famoso Horacio. En Hornachos entró en un corral de gallinas una raposa, donde el dueño tenía en una vara colgados sin desollar cabritos muertos; entraron dende a poco tras ella; hallaron en las gallinas hecho algún daño, degolladas y muertas alguna cantidad; mas a la zorra no la vieron en un buen rato, mirando de acá y de allá. Guando mirando a los cabritos, uno la vio entre unos y otros muertos, como muerta, colgada de la vara y asida de las manos. «Hela, hela,» dijo él, y toman armas y palos para matarla. Ella, viéndose sentida, va de acá y de allá para salvarse; las paredes del corral eran altas, y ella de lo que había comido para salir por algún agujero, estaba muy hinchada; abájase uno junto a la pared del corral por una piedra para matarla, sáltale ella sobre las espaldas, y desde allí por sobre la pared sale fuera y sálvase.

De plantas y de árboles hay cada hora milagrosos casos naturales, porque la naturaleza, como en los animales, así en cantidad como en calidad da monstruosos partos, como en el Andalucía, en Constantina, dio un nogal ciento y veinte mil nueces en un año, y en Odón, en el reino de Toledo, ha habido peral que ha dado de una vez ciento y veinte arrobas de peras en un año, y en el Cehel⁶⁹, ribera de la mar, en el reino de Granada, puesto un sarmiento con una estaca se ha hecho y crecido de treinta y seis pies de largo aquel mismo año, y en la misma tierra después de cogido, en una haza de riego el pan del retoño, sin tornarse a sembrar, cogerse cuarenta hanegas, como si se hubiera barbechado y sembrado de nuevo y dejado holgar dos años.

68 Barbarroja tuvo el sobrenombre de *Omich*, de donde los italianos tornaron *Omigo* y nosotros *Omiego*.

69 Esta palabra que se dice en arábigo *As-séhel* vale tanto como costa o ribera del mar.

Cuentan también muchos que han mirado en ello que yo, como cosa tan fácil no lo he experimentado, que los años de bisiesto que es cada cuatro años, al cortar de las naranjas, atraviesan las pepitas y quedan cortadas de manera que en las naranjas, sin tinta y papel, tenemos un natural calendario, y las hojas de los olivos se vuelven los años de bisiesto donde está la color parda en verde, y donde lo verde en pardo.

De Almorox, lugar del marqués de Villena, en el reino de Toledo, afirman cierto que hay día que salen de solas brevas cuatrocientas cargas, y esto es ciertamente verdad. Y en el Cehel suelen salir cada año de perdices y conejos para Granada seiscientas cargas, y ha habido lance en la mar de que de sólo un lance se han sacado setenta cargas de acémila de pescado.

En Toledo una mujer de un mercader se le antojó, estando preñada, de irse a revolcar a la placeta delante de la puerta del Cambrón. Díjolo a su marido y ríose del disparate. Pare dende a poco la mujer, y pensaron que la criatura se les moría, que no quiso mamar en dos días, hasta que dijo una: «esto será como el antojo de nuestra hermana.» Eso debe ser, dijo otra, llévanla con su ama todos allá, revuélcanla donde deseó revolcar su madre, y fue cierto que mamó luego, de que todos quedaron espantados; y porque yo también lo estoy, que de cosas de naturaleza no hay que espantar, afirmo que me lo juró por sus órdenes un religioso de la Merced que se llama fray Pedro, de Albalate de Zurita, viejo y de mucha verdad, que se lo juraron ante ella el marido y sus dos cuñados.

Y porque no hay buena olla sin tocino, lleve ésta en proporción de ella este poco de estos verdaderos casos. En Castilla oí a unos verdaderos clérigos, y a otros hombres honrados que habían visto vender allí un cebón por cuarenta ducados; otros pesar otro ciento veinte arredes, que son cuatrocientas ochenta libras, o sea diez y nueve arrobas y cinco libras; uno de los cuales estuvo algún tiempo sin se poder levantar, y levantado con maderos, le vieron comido de ratones un poco de un lado, que aun esto faltó de un verdadero peso a la romana.

En Aranjuez vi una vaca con tres cuernos que la trajeron de la Mancha al Rey presentada, y el tercero le nació en medio de la frente hacia arriba, firme y grueso en el nacimiento, en la proporción que Nuestro Señor hace sus cosas, como si así fueran hechas todas las vacas.

Tiene el Rey también un caballo pequeño, visiblemente hijo de toro y de vaca; en el rostro, en el cerviguillo y en todo lo demás, arremeda a toro y caballo.

Yo tuve en Monzón un alcotán y cernícalo, hijo de ambas castas; cernícalo en manos y pico y en el piar, y alcotán en cuerpo y azul y cola y alas, y acollarado.

Y el duque de Feria Don Gómez tuvo un gavilán y buharro, de grandeza de buharro, y pico y manos y bermejura y pinta por delante, y gavilán por detrás.

Y un jardinero de Aranjuez de mucha verdad me contó que había visto en aquel sitio llevar en las manos un esmerejón a una picaza, y revolver la picaza sobre él, y asirse con tanta furia, que los cogió a entrambos, e hizo en su olla las amistades.

140. De una maravilla natural, sin ser milagro.

Hay muchas cosas naturales que escriben grandes y auténticos autores, y son verdad, que el vulgo tiene por fábula; mas en nuestros tiempos se vio en Motril, siendo el licenciado Salguero Manos-albas allí juez, una muy verdadera que es harto extraña. Mató allí en el campo, junto a Sierra Nevada, un hombre a otro, a media noche, que del jueves hasta el domingo por la mañana se conservó el cuerpo sin oler mal por la frialdad de la Sierra. Pues para comprobar la verdad, que la negaba el matador, le paso el juez delante en mitad de la plaza el cuerpo muerto, y ya la camisa la tenía tiesa con la sangre seca, y él yerto con la doblada frialdad de la nieve y dé la muerte; y como puso delante el matador el cuerpo y le hizo desnudar por ver las heridas que tenía, en esta prueba por ambas partes de la estocada le comenzó a chorrear sangre, y hervir como si estuviera al fuego;

lo cual se tomó por testimonio de escribano, siendo testigos casi todo el pueblo. Así ante Nuestro Señor clamó la sangre del justo Abel, que así la sangre sin fuego hierve como en común, aunque a otro propósito se diga.

141. De una desdichada nueva.

Iban unas señoras de Madrid a Palacio en un coche, cuyos maridos de algunas estaban en la guerra de Granada con el señor Don Juan de Austria, sobre la villa que llaman Galera que tenían sitiada, y tópanse un correo en la calle. «¿Qué nueva? ¿qué nueva?» Él se paró y dijo: «Señoras, muy buenas, que es tomada Galera, dénme vuestras mercedes albricias.» «Sí daremos, dijeron todas, sea Dios por ello bendito y alabado.» ¿El señor Don Juan queda muy bueno? «Sí, dijo él, y todo su campo, no falta nadie, solos dos caballeros murieron, Don Juan de Castilla, uno de aquí, y Don Francisco Pacheco, de Talavera»; y dio del azote al caballo. Iba en el coche la desdichada mujer de Don Juan de Castilla, poco antes casada, y contenta esperándolas de su marido muy buenas, y en un punto viuda, triste y con tan malas nuevas desventurada. Oído esto, las otras señoras echan las compuertas del coche, y vuelven las riendas y la llevan a su casa, y la ponen medio muerta en su cama, tan atónita y desmayada de la mala nueva que por gran pieza por su estrecha boca de su gran pena no pudo con llanto como de un vaso lleno salir palabra.

142. De la verdad.

Porque no se deje de hablar de todo en tantos propósitos, no será razón dejar de decir de la verdad; no se nos agravie diciendo que no se hace de ella caso; baste que tan corrida ande por todo el mundo la verdad, que si no es en las Iglesias y púlpitos (loándola todo el mundo) no halla rama verde en que posar. Ella es hija del tiempo por lo que dicen de su hilo que nunca quiebra aunque adelgaza, y así la verdad del Señor permanecerá en eterno, y Dios es verdad y aun se precia de ello, pues dice: *ego sum vestra veritas et vita*, por lo que es gran blasfemia comparar menudencias con Dios, y cosas que pueden ser y no ser, diciendo: como Dios es verdad que el cielo y la tierra pasaran, mas un punto no ha de faltar de su verdad. Mas la verdad y autoridad no andan siempre juntas, que ésta tienen muy muchos malos para ser creídos, y mil veces no lo es ni lo fue la una verdad que al mismo dicen, *si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* y a un rico necio y mentiroso, cuánto más se le cree que a un pobre verdadero y sabio; y así en igual grado pone nuestro Señor ser creído un pobre como a manera de milagro, diciendo así: los ciegos ven, los cojos andan y los pobres dicen verdad, y éste es un camino real tan descansado y ancho que yo no sé cómo deseando todos descanso, echan los más por las mentirosas sendas y atajos de la mentira que de tanto artificio y memoria tiene necesidad como dicen. Conviene que un mentiroso tenga memoria para que no le tomen con el hurto a cada paso más presto al mentiroso que al cojo, y así para mentir buscó Simón tantos circunloquios y rodeos falsos. Mucho ofende a la verdad de la natura el que se tiñe el pelo, pues parece que es querer enmendar con mentira lo que Dios hace con la edad, que se le puede decir: mientes, mientes por la barba; y así la fea o vieja que se afeita; como dicen que dijo un recién casado con una de éstas a la mañana al levantarse, que no se casó con nadie, que pensó que su mujer era de mediana estatura, y le vio los chapines de una tercia largos, y que tenía dientes y eran postizos de hueso, y que tenía ojos y era el un ojo de plata, y en lugar de cabellos rubios una cabellera enrubiada, y color y blancura de viva, y era de solimán y color afeitada.

Pues, ¡oh dulce, hermosísima verdad, fundamento de justicia! Sin ti, en su reino un Rey no puede nada, sus leyes y pragmáticas no se guardan; con testigos falsos en manos de éstos está la vida, hacienda y honra de los cuitados. El que se perjura trayendo a Dios por abonador de su enemiga la mentira grande servicio le hace. ¡Oh, cuanto deberían de ser éstos castigados dignísimos

del tali3n, aun antes que el castigo atentado pase! Pues as3 se hicieron todas las diligencias de su parte, y el otro inocente ya pas3 el miedo, que de la pena pienso que es la mayor parte. La primer gran mentira que hubo en el mundo fue la que dijo a Eva el diablo: «come de este fruto de este 3rbol, ser3is como Dioses», ser3 mucha mala ventura que de ellos os suceder3.

Viniendo pues a lo de ahora, que es de lo que yo trato, el mayor mentiroso que en nuestros tiempos ha habido, y mas contra la verdad, fue Lutero, nuevo Satan3s y nuevo Mahoma, que tantas almas hace arder. Pues plega a Dios en quien todo el poder es, que antes que nos muramos, esta falsa y mentirosa secta contagiosa sea por su divina mano reducida a la verdad.

143. De unos casos semejantes.

Parece que a un trabajo y llaga del mundo Nuestro Se3or luego con la medicina socorre. Cayeron del cielo los malos esp3ritus; luego para aquellos asientos vac3os cri3 al hombre, y el que por soberbia perdi3 Lucifer, dicen que por humildad San Francisco u otro bienaventurado le ocup3. Eva fue engañada de la serpiente; cri3 Dios a Nuestra Se3ora, que le quebr3 la cabeza y la descalabr3. Ad3n puso en perdici3n al linaje humano; Nuestro Se3or Jesucristo nuevo y sacrat3simo Ad3n le redimi3.

Viniendo pues a lo de ahora, perdi3se Constantinopla a3o de mil cuatrocientos cincuenta y tres, a veinte y nueve de mayo, y el mismo a3o y aun dicen que el mismo d3a, para restauraci3n de tal p3rdida el rey Don Hernando el Cat3lico naci3. Solim3n, emperador de los turcos, naci3 a3o de mil quinientos, y vino despu3s a ocupar la cristiandad el emperador Carlos V, que naci3 el mismo a3o que el que en Hungr3a se le resisti3, y los dos Emperadores en un d3a se coronaron, uno en Poniente y otro en Levante para despedazar y conturbar el mundo. En la Turingia, en Alemania, naci3 en mil quinientos cuatro el horrendo monstruo de la cristiandad, Mart3n Lutero, que apart3 y aparta hoy muchas almas de la santa Iglesia; el mismo a3o naci3 Hern3n Cort3s en Medell3n, en Espa3a, que tantos millares de almas en la Nueva Espa3a al gremio de la santa Iglesia recogi3. Finalmente, a3o de mil quinientos veinte y siete, tomada Roma por Borb3n, la Iglesia romana padeci3 por los licenciosos soldados tan gran azote; el mismo a3o naci3 quien la defensa sostiene y ampara, que es el rey Felipe II nuestro se3or.

144. De mucha maravilla.

Es tanta la extra3eza, y palabras a nuestros 3idos tan 3speras cuando van unidas, las de sacerdote e hijos, que dir3 como una maravilla de los que de estos tiempos se me acordaren y fueron primero casados.

El obispo de Lugo y de Talavera, que se llam3 Don Juan Ju3rez, dej3 hijos y nietos herederos de una honrada casa.

El padre Francisco, de la Compa3a de Jes3s, fue duque de Gand3a; enviud3 y dej3 hijos duques de Gand3a muy se3alados.

Los duques de B3jar son hoy biznietos del conde Don Alonso de Benalc3azar, qne se meti3 fraile.

Y aun mucho m3s en los Papas se ha extendido en este tiempo este milagro: ser Sumos Pont3fices y haber sido antes casados. Alejandro VI tuvo por hijo al duque Valent3n, que no debiera; y Paulo III a Pero Luis Farnesio, duque de Parma; ambos conformes en ser Papas y casados antes, y en las infelices muertes de sus hijos desdichados.

Y en un lugar del reino de Toledo, cerca de Madrid, me sali3 a decir misa un cl3rigo que me dijeron que era hijo de otro; y espant3ndome yo mucho de ello, supe que el padre suyo hab3a sido casado antes de ser cl3rigo, y aqu3 aun la maravilla no para, que hab3a tenido quince hijos varones y

seis hembras, sin antes ni después haber tenido ocasión de tener ningún hijo más por su castidad, ¡maravilla más grande! Él se vio con dos hijos de estos al altar, diciendo él misa, y ellos diáconos y subdiáconos.

También se me acuerda ahora que el papa Clemente IV, según dice el venerable escritor Gonzalo de Illescas, tuvo dos hijas, siendo antes que Pontífice casado; que la una metió monja con treinta mil maravedís, y la otra casó comúnmente dotándola en trescientos ducados: que los historiadores somos pescadores de caña que ponemos al lector en la mesa los peces que en la red de la memoria caen.

145. De fuerza.

Esta es habilidad de natura, que por no estar situada en el libre albedrío de los hombres, se les debe a los que la tienen pocas gracias, y los que no la han ninguna culpa. Pienso que Céspedes fue el que tuvo en nuestros tiempos mayor fuerza, bien que Diego García de Paredes, tuvo mucha, y Don Hernando de Paredes, su nieto, infinita.

Y entre otras grandes pruebas que hizo Céspedes, dicen meneaba doce hombres con una mano, puestos contra él al cabo de un gran madero; y preguntóle un pasajero una vez por el camino, y alzó un timón de una carreta y «por allí va», dijo, señalando con él. Tenía también una rueda de una aceña para que no moliese, echándole cuanta agua en el caz podía caber.

Y acaeció en Granada, asido con las manos de una reja, levantar un caballo en que iba a la jineta; al cual mataron unos morillos en la rebelión del reino de Granada, y fue trocado el refrán español, que dice: «a fuerza de bellaco hierro en medio», que a tan gran fuerza de un noble y bueno sobrepujo el hierro y las armas de unos morillos contrapuestas del fuerte y valeroso pecho en medio.

Don Jerónimo de Ayanzo, caballero navarro, fue señaladísimo en esto; horadaba un plato de plata con un dedo, y con los dos largos le hacía como lechuguillas de un cuello, y con las dos manos quitó de un monasterio de monjas de dos o tres enviones el locutorio de una reja; y un poderosísimo caballo de la jineta, puesto en él un gran caballero, le tenía con un brazo que no partiese, aunque le espoleaba su dueño de encima y trasudaba el caballo, y tenía de un gеме las narices abiertas.

Y un fraile de San Francisco, que se llamaba fray Sufras, tenía tan gran fuerza y hoy tiene, que se le ponían en las palmas de las manos dos grandes y gruesos clérigos de pies, y los traía por toda una sacristía de Casarrubios en peso. Más hacía; que en los pulgares de las manos, extendidos los brazos, que es cuando poniendo en las romanas el pilón de hierro al cabo hacen mucho más peso, y él en las puntas de sus dedos pulgares tenía, mientras los desollaban, dos carneros. Y antes que se metiese fraile (y quizá entró en la religión por otras travesuras y por ésta) yendo a caza en un monte, quiso prender un caballero, cuyo el coto era, y no tenía ningunas armas; arranca un álamo, y con este bastoncillo dio, y aturdió y desbarató al caballero con su lanza a caballo, y dos o tres guardas que iban con él. Comía al respecto de su fuerza, que no le podían sustentar si no era en un monasterio grande.

Y un hulano⁷⁰, Cantero por sobrenombre, en Casarrubios, le vieron muchos alzar un carro con los lomos en peso, con cuarenta arrobas de vino cargado, y tomaba un guijarro pelado tan grande como un plato, y decía: «¿Cuánto queréis de éste? ¿Una libra, o dos, o la mitad?» y partía de él una libra, o dos, o la mitad de una puñada.

Éste sea el postrero de todos los capítulos de fuerza. Mas las fuerzas del cuerpo no se pueden igualar a las del ingenio y del alma, que lo que no pueden hacer muy muchos hombres con fuerza, lo hace un niño con un torno, o con los instrumentos de Arquímedes.

70 Está por «fulano».

146. De la lealtad de un caballo.

En la conquista de Chile fue un hidalgo llamado Caravajal con el marqués de Cañete, que en una refriega grandísima, envuelto entre muchos indios, y él muy mal herido y derribado de su caballo, hizo el caballo una extrañeza grandísima, que herido también el caballo de una saetada por la frente, a coces y a bocados, andando al rededor de su amo, defendió y salvó a su señor caído, hasta que acudieron los suyos y fue de ellos socorrido. De lo que yo soy muy cierto, aunque ningún autor ha de ello escrito.

147. De dos casos muy parecidos.

El excelente conde de Feria, Don Pedro, tuvo un hijo y una hija que, siendo muy niños, el hijo murió de dolencia, y quedó el más digno de sucesión que hubo, según su valor y virtud, sin sucesión varonil. Dende a pocos días la niña jugando par de una baranda, cayó de un corredor alto; viola caer un paje que estaba en el patio abajo, y arremetió presto y recogióla en sus brazos, viéndola venir, con lo que, aunque se maltrató algo del golpe, escapó con la vida, y fue después señora de la casa de Aguilar, y marquesa de Priego.

Y semejante a esto un hijo pequeño de un caballero en Extremadura, jugando junto a un pozo seco, muy hondo, cayó dentro del pozo que, aunque era casi seco, bastara para ahogar a un niño, que daría el agua a la cintura. Esto no lo vio nadie, sino solamente una moza de casa que dando grandes gritos corrió luego, y se echó tras el muchacho en el pozo, de grandísima altura, y le ayudó tanto la dicha del niño, del padre y la de ella, y la voluntad de Dios más que todas juntas, que no dio sobre el niño, que le matara cayendo, y alzóle de debajo del agua, y túvole en alto en sus manos, hasta que acudió gente a sus gritos, y entre ellos los atribulados padres que, echando sogas y atándose abajo la moza, sacó del vientre de la tierra y de la lengua del agua al hijo.

148. De recados falsos.

Los recados falsos son gran gala, mas es necesario guardar sus leyes, que ni ofendan, ni agravien, ni sean pesados: los finos son los que no acaban con la verdad de desengañarse los engañados, como sucedió en un caso que contaré.

Un caballero muy principal en Sevilla, clérigo, y muy vano, pretendiente de ser prelado, dieron ante él una carta de la Corte a otro caballero, en que había muchas nuevas, y comienza a las leer: a tal se ha dado tal encomienda; a tal, tal corregimiento, y a Don fulano el obispado de tal parte. Dicho esto, hubo tanto regocijo y tantos parabienes, e ir a pedir albricias sus criados, que fue cosa extraña, y él acudió también diciendo: «Así lo tenía yo entendido días ha, que su Majestad se había de acordar de mis méritos.» Vinieron señores a darle el parabién y a visitarle; el que hizo la burla no pareció en muchos días, y con gran vergüenza de los desengañantes después no le podían desengañar. Este caso fue liviano al principio, mas después saltó en gran pesadumbre, porque con el alegría se desmandan los hombres a decir cosas de que todos tienen que reír y mofar.

A un caballero muy hablador y que contaba siempre cuentos muy largos, se concertaron otros tres de le burlar de esta arte. En asomando salieron todos a recibirle con gran aplauso; métenle en su rueda luego, y él comienza a tomar la mano. Al momento uno de ellos dijo: «vuestra merced me dé licencia, que se me acuerda un negocio muy importante.» Prosigue él con su cuento, y luego otro tan a prisa como los nuncios de Job, dijo: «Ya me parece que es tarde; me estará Doña hulana esperando», y despidióse. Aun no había acabado él de decir esto, cuando el que quedaba dijo: «Tan lindas cosas como vuestra merced dice no son para uno solo; yo también me voy, y quedarse ha eso para la tarde.» El otro viéndose quedar solo y al blanco, que no era necio, aunque importuno, dijo: «Pues que no oís mi doctrina, y me dejáis todos, quedad malditos del mi padre.»

Este fue galán encuentro en que el que burló, que fue el Rey nuestro señor, hizo en ello gran merced al burlado. Estaba un grande su privado enfermo, con quien su Majestad mucho burlaba; tocan a la puerta de su cámara. «Mirad quién está allí.» «Señor, dijo el paje, hulano es, el albéitar de su Majestad.» «Entre», dijo él, que luego entendió la burla. Entró, y dijo: «Su Majestad está con gran pena del mal de vuestra señoría, y me envía que le cure.» Él con gran risa dijo: «Pues llegaos acá (y tenía un palo en la mano) y tomadme el pulso.» El albéitar le dijo: «Señor, no es menester, que en nuestro tribunal procedemos sin que se nos diga nada, y mañana traeré mi ballestilla para sangrar.» «Pues balletero sois, dijo, badajo, sangraos a vos primero, y será la caridad bien ordenada.»

Otro caballero en Sevilla que se preciaba de esto, y todos le sufrían, enviaba cartas de desafío a dos caballeros, y hacía salir uno a una puerta y otro a otra puerta contraria de la ciudad, y echábalas la justicia encima, que los encarcelaba sin haber sido ninguno culpado.

Otras veces traía pajes por toda la ciudad convidando a casa de un señor muy cortesano cuantos hombres había de mal gusto; y cuando el señor no se catava veía entrar quince o veinte a hora de comer y enviar las mulas y gente a sus casas y quedarse plantados allí, donde toda la cortesanía del huésped era bien necesaria.

El Ladrillejo es hijo de vecino de Sevilla; allí se dan los más bravos chascos del mundo en que acaecen cosas extrañas de hacer mil vilezas hombres fierísimos y bravos.

Otras voces, el que arriba dije, en topando la justicia de noche, echaba a huir; corría toda la camada de los corchetes tras él: «Allí va, acá va; ataja, ataja, no senos vaya.» Al fin, cuando se cansaba, parábase, que traía tras sí la justicia y toda su banda. Llegaba el teniente: «Sosténganle; ¿quién es, quién es?» «Yo soy, señor Don hulano», decía él. «¡Oh señor! vuestra merced había de haber hecho esto!» decía el teniente. «¿Qué, señor, decía él, ese mal que se ha hecho aquí? No hay mal ninguno; mire vuestra merced cómo habla. «¿Pues cómo iban huyendo?» «Cené, decía él, ahora; y como otros hacen ejercicio de pasear y yo corro de ordinario para digerir más.» «Pues guarde Dios a vuestra merced, y váyase a dormir, dijo el teniente, que a todos nos trae corridos y desalentados.»

Un caballero en la guerra no tenía qué jugar, y topóse con otro tan tahúr como él, y conciértase de le jugar un caballo que tenía. «¿De qué color?» díjosele; «¿de qué edad?» díjosele; «¿en qué precio?» No se descontentaron, que el otro tenía tanta gana de jugar como el dueño del caballo. «Mirad, señor, dijo éste, que no os le vendo a vista de albéitares, sino con sus tachas buenas y malas.» Pues puestos así al juego, le fue el del caballo perdiendo poco a poco desde la oreja hasta el rabo; el uno muy contento de que le iba ganando, y el otro holgándose muy mucho de que le iba perdiendo. En fin el caballo se remató; manda enviar a su caballeriza que se le entreguen; va allá el ganancioso, sale el comprador, con que vieron en la caballeriza muerto el caballo; quiso pleitear sobre ello, mas según la postura por derecho de guerra hallóse que no se podía rehusar de recibirle, y aun de la caballeriza era obligado a sacarle.

De estas burlas hay hartos en Salamanca, que caballeros mozos con gran priesa y ansia sacan por allí a media noche médicos, cirujanos y parteras, diciendo que enfermos, heridos y señoras los esperan, que están en grande aprieto. Salen los llamados, y déjanlos en la calle al mejor tiempo, y porque haya más lugar el engaño, traen tal vez un par de hachas con que hacen que se levanten de la cama el honrado y experto y famoso médico, y tal vez rehusando y diciendo que el burlador hulano debe de ser que no quieren más, tanto le dicen y juran que al fin dice: «Daca ese montante, que yo juro que si es burla que me lo han de pagar muy bien.» Sale, y a buen trecho de su casa matan las hachas, y unos de acá y otros de allá dan cuerda al honrado viejo, que muerto de frío se vuelve a su casa, y el montante no le montó nada ni le fue de ningún provecho.

Otro recado falso se me acuerda que se hizo a un hijo principal de un señor muy valiente en Toledo, que estando para jurar al príncipe Don Carlos, nuestro señor, él estaba con gran ansia de que le llamase el Rey para ello, y preguntando si habían de jurar los hijos de los señores primogénitos,

urde esta maraña un caballero. Estando él y otros muchos con el gran conde de Benavente, y todos estaban prevenidos ya del caso, sino a quien la burla se había de hacer, entra un portero del Conde y dice: «Aquí está un portero del Rey». Dijo el Conde: «¿A qué viene?» Dijo el portero: «viene al señor Don Fulano de parte del Rey.» Él que quería salir a él; «no, no, sino entre.» Entra un escudero muy mesurado, y dice: «¿Está aquí el señor Don Fulano?» «Señor, dijo, él: yo soy.» «¿Qué queréis?» «Su Majestad, dijo el otro, dice que hoy es el día solemne en que los tales como vuestra señoría le han de honrar, que le ruega y pide con gran instancia que se halle a jurar al Príncipe, que para tales personas conviene tal juramento.» Él con su gorra en la mano, que nunca se la puso mientras estuvo allí el falso portero del Rey, respondió: «Decid a su Majestad, que yo haré lo que manda como mis pasados lo han hecho, y yo tengo particular obligación para ello»; y al despedirse quería salir con él hasta la puerta, y salido reventaron todos en gran risa; y desde que él lo entendió quería ir a matar al mensajero y al que lo había causado.

Aquella fue pesada burla, y no guardó los límites de cuán livianos y sin pesadumbre han de ser los recados falsos, que yendo un camino Juan de Tejada, un caballero muy honrado de Salamanca, y Luis Álvarez, el hidalgo de Medellín, de quien hay muchos y muy graciosos cuentos, adelantóse un poco Luis Álvarez (y era un poco después que echaron los judíos de Castilla), y da mandado a la justicia que iba huyendo un judío muy rico, diciendo que tenía muy largas narices, como él la urdimbre, y que le detuviesen, que se le sacaría buen dinero, y que no mirasen a sus palabras por cosa que dijese. Así salen y préndenle, y con muy malos tratamientos pónenle en la cárcel, y en dos días no pudo salir hasta que llegaron conocidos allí, y dijeron la verdad de cuán caballero era, y Luis Álvarez se acogió por no entrar con razón en ella. Mas el Tejada vengóse dende a poco muy bien en Salamanca, que después de esto viniendo a ser su huésped Álvarez, como casi siempre lo era, puso en poder de la señora doscientos mil maravedís que traía de unos carneros, que era su trato aquel, y tuviéronle allí en su casa por ruegos más de quince días. A la mañana preguntábale el mayordomo: «¿Qué quiere vuestra merced comer?» Él decía: «Comamos esto y estotro, y Juan de Tejada decíale cosas exquisitas para regalarle bien.» «Traigan truchas de Béjar; traigan salmones de Oviedo; traigan lampreas de Alcántara.» «Norabuena.» Y cuando al fin se quiso ir y pidió sus doscientos mil maravedís, tráenle lo que sobró, y la memoria del gasto que era más de doscientos ducados en aquel poco de tiempo.

Otro recado falso se hizo en Augusta, en Alemania, muy sustancial. Estando en casa del duque de Alba muchos caballeros, entra un paje del Duque y dijo: «Señor, un criado del correo mayor me dio que diese a vuestra excelencia esta carta del rey de Escocia», y estaban los de alrededor avisados, y elegido el que había de ser burlado. Y dijeron todos: «Mande vuestra excelencia que la veamos.» Ábrela, y léela que decía así, que hacía saber al Duque que tenía una muy importante guerra, y que le pedía que le enviase un caballero del Emperador muy práctico para general de ella, donde sabía que había tantos en tal escuela, en especial que él tenía puesto los ojos desde allá en un Don Pedro de Guzmán, a quien entregaría luego el bastón de todo su ejército, de lo que se tendría del Duque por muy agrado y satisfecho.

El caballero que lo oyó, pospuesta toda su presunción, que no era poca, híncase de rodillas ante el Duque, diciendo: «Déme las manos vuestra Excelencia de las que yo sé que viene tanto bien, que me deje de haber propuesto al rey de Escocia para tan gran cargo y no por mis méritos.» El Duque, viéndole tan perdido, metiéndose por aquel ciego nublado adelante, le dijo: «Señor, teneos, teneos», mas no pudo detenerle, sino que por fuerza se las había de besar. Caídos de risa los circunstantes, ni en un hora le pudieron desengañar, y cuando al cabo abrió los ojos al desengaño, quedó muerto y perdido, y el que lo ordenó, hasta que se le pasó el corrimiento y la ira a Don Pedro, se ausentó de allí, y con tiempo se puso en salvo.

Aquellas son buenas y leves burlas, yendo a caza, poner garza a la orilla de un arroyo, e hincada una estaca y llegar otro con grandes ruegos a volarla primero por cebar sus falcones, y

porque no se fuese lanzarlos luego en balde, que son burlas que pesan poco y de poca sustancia, que antes dan luego risa a burladores que a burlados.

De la que un ladroncico Agangeldre, agente de los Fúcares, en nombre del Santo Oficio de Toledo hizo no hay que tratar, por ser hurto y cosa intratable del Santo Oficio y cosa de interese, que él fue muy bien castigado. Entre las gentilezas y galas hurtos no han de entrar.

Más conforme a mi intento fue la burla que se hizo entre cortesanos a un caballero muy principal y muy discreto y muy burlón, hermano del duque de Maqueda, que se llamaba Don Alonso de Cárdenas. Él era muy alto y muy gordo, y posaba en Valladolid en la casa de Don Juan Pimentel, y regalábale allí mucho y a todos un gran camarada de caballeros, y él decía: «Señor, no comamos tanto, ¿habéisnos de matar? No se puede sufrir esto.» Y acuerdan todos que un calcetero le vaya quitando cada día un dedo de la pretina de las calzas, y él juraba a Dios que iba allí por horas engordando, y que en sus calzas lo veía, hasta que ya no le vinieron totalmente, y la bragueta fuera de toda geometría quedaba una torre abajo fuera de compás. Y él y ellos con mucha risa, entendió la burla, y entendida, quiso poner pleito al calcetero por las calzas, que se las había desbaratado.

En esto se pasaba la vida en aquel cortesano tiempo, lo que ahora si no es en pretensiones y pleitos no se gasta más. La que diré fue muy desenfrenada y muy fiera burla, y no de la marca que he dicho que han de ser las burlas, motes y recados falsos. Envió el Rey a Aragón a un caballero muy principal con poderes bastantes, y había otro en Zaragoza- muy gracioso y muy su conociente, y gran guardador de los fueros que después acá han costado tanto. Pues el comisario del Rey llama al caballero aragonés a su posada, y de acuerdo con otros caballeros hácele entrar en un aposento, y que se apareje, que le mandaba el Rey cortar la cabeza. Mete allá un su criado con hábito de fraile, y apretóle de manera que estuvo para perder el seso, y trasudaba ya. Revientan todos con gran risa, que el engaño y el desengaño no tenía con aquel inculcado caballero buen lugar, mas nadie ha de ser tan pesado ni abusar tan mal para burlas, que para veras un Rey le da.

El conde de Benavente Don Antonio, hízose muy corto de vista, y él y el duque de Nájera, muy amigos, fueron un día al monte ambos, que uno con otro se juntaban muy de ordinario. El Duque en un prado vio un venado de los de orejas largas, y de los que suelen traer leña; mostróselo muy alterado al Conde diciendo: «¡Oh qué hermoso venado! paso, paso; tiradle vos, que yo os le rodearé con mi caballo, tan grande es como un asno. Desmochado debe de ser, que no tiene cuernos.» Dánle la vuelta con gran recato, aunque el venado no tenía ninguno; que no pensaba qué cosa le pudiera matar sino su albarda. Tírale el Conde y dale un gran arcabuzazo que encomenzó a bailar rebuznando. Ya aquí el Conde entendió la burla, y quería cargar el arcabuz para matar al Duque, aunque en gran risa dispararon luego ambos. Mas no rió de ello el mozuero, cuyo era, que durmiendo estaba desviado, sino sale a ellos fatigado y llorando que le pagasen su asno. El Duque que le pagase el que le mató; el Conde que se le pagase quien se le hizo matar. En fin, paró el pleito en que por entero se lo pagaron entrambos.

149. De toros y toreros.

El andar con los toros es mucha gentileza y razonable ánimo; mas no es tanto el peligro de la vida cuanto de la autoridad de andar un caballero por el suelo rodando, y así se aventura más que se gana, porque el peligro es tan poco que no se sabe que en nuestros tiempos hayan muerto toros sino a Mateo Vázquez Coronado, alguacil mayor de Valladolid, que le hirió un toro en una pierna, de que murió en pocos días.

De esta habilidad fue el más insigne Don Pero Ponce de León, de Sevilla, hermano del duque de Arcos, porque era cierto en ella y era esta la manera. Salía a la plaza solo, con unos anteojos en su caballo, y con un negro detrás que le llevaba una lanza; muy revuelto en su capa y muy descuidado, como si no fuera a aquello o no le viera nadie; y estábele todo el mundo mirando.

Parábase delante de las ventanas de su mujer Doña Catalina de Ribera y de las damas; veníase para el toro, alzaba la capa, tomaba de su lacayo y muy mesuradamente la lanza; si no le quería el toro, tornábala al momento a dejar; ni andaba tras él desautorizándose, y si le venía poníase en el pescuezo, y metíase por él, que le salía a los brazos, y dejábale en la tierra enclavado, y tornábase a andar paseando muy descuidado, como si no hubiera hecho nada. Y esto jamás erró sino cuando le acertaba a ver el Duque su padre, y acaeció por esto ponerse a verle el Duque disimulado, y desbaratarle el toro o derribarle a él, o matarle el caballo.

Un barbero de Toledo decían que también acertaba a alancearlos, y a esta fama, delante del Emperador, salió y mató un toro en Toledo en la plaza, y yo lo vi; mas como cosa de hombre bajo no se tuvo en nada, y decían que como buen barbero les acertaba la vena, como con la lanceta con la lanza. El buen linaje es como luz que alumbra las buenas cosas que los generosos hacen, y por eso se llama oscuro el de la gente baja.

El Emperador salió un día a unos toros en Valladolid, delante de la Emperatriz y de sus damas. Era un toro grande y negro como un cuervo, y se llamaba Mahoma. Yo lo vi; ya se puede ver la expectación que habría de ver entrar en campo con una bestia fiera al Emperador de los cristianos; y aunque era bravísimo el toro no le quiso, sino junto a San Francisco se estaba quedo parado, bufando y escarbando. Entonces llegó Don Pero Vélez de Guevara, un caballero viejo, gran maestro en aquel arte, y dijo: «Así le había vuestra Majestad de llamar para que le entrase»; y dijo el Emperador: «Id vos y veamos cómo hacéis.» Fue a él Don Pero Vélez; parte contra él luego el toro, y derribale, y échale fuera las tripas a su caballo, y vuelve a pie muy corrido al Emperador que le dijo: «Esa lección, Don Pero, yo no la pienso tomar, si a Dios place.» Torna el toro a volverse a su puesto como antes, y como no venía a él parte para él el Emperador, y dale por el cerviguillo una lanzada, de la que cayó luego muerto, enclavado con la lanza.

Aquella noche, hablando de esto y de otras cosas, en un corrillo de caballeros ante el Emperador, dijo Don Diego de Acevedo al oído a Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara: «Yo toreo razonablemente.» No lo había aun él bien dicho, burlando, que alzó la voz el Comendador mayor y dijo: «Don Pero dice que esto del torear lo hace bien.» «Veamos cómo, dijo el Emperador; quizás os acetaré por mejor medio que a Don Pero Vélez.» «Señor, dijo él; yo salgo con una lanza de fresno, porque esotras de pino quiebran luego, y con un hierro ancho, muy agudo y limpio, que se podrán ver en él, y que cortará un pelo en el aire, y en un buen caballo, que los tengo siempre buenos para esto. Póngome lo mejor que puedo al toro, y mientras más bravo mejor; parte al momento para mí, y en llegando no sé más lo que pasa en el caso, que las más veces, muerto mi caballo, me hallo en el suelo sin lanza y sin capa y sin gorra, y cercado de pícaros que me andan quitando alrededor las pajas. Ya en esto tiene mi mujer aparejada una sábana en vino en que envolverme, como cosa que casi siempre me acaece.» Al fin de la plática Don Pedro hizo una reverencia; todos rieron mucho. «Tampoco os quiero por maestro», dijo riendo el Emperador, si así pasa.

Don Diego Ramírez ante el rey de Bohemia Maximiliano, que fue después Emperador, hizo en Valladolid una muy buena suerte. Sale un toro muy bravo; tenía una dama de la Reina una hermosa garrocha, que no la osaba tirar por no perderla. «Tírela vuestra merced, dijo Don Diego, que yo prometo por más bravo que el toro sea de se la volver.» Pasó por debajo del tablado el toro; todas las damas le porfiaron que se la tirase; ella tiró al fin, y no fue como de dama el *telus* que *embelesina*, sino que en el lomo se la hincó luego. Baja Don Diego solo con su capa y espada; vase para el toro derecho, y sin andar desautorizado de acá y de allá tras él, dejando caer de un lado la capa con la mano izquierda, le quita la misma garrocha entre otras muchas, y con la derecha le da una muy buena cuchillada en el rostro, que le hizo rehuir de él, y vuelve con ella a la dama, cumpliendo su palabra enteramente, no sé si con más ánimo que dicha, o si con más dicha que ánimo de no andar arrastrado tras el toro y volver sin ella, que de peligro era aquí lo de menos; mas en fin lo dicho, uno y otro de ánimo y de ventura fue extremo y ejemplo grande.

En Salamanca hubo otra buena dicha un honrado caballero viejo, gran cristiano, mas dado ya a las cosas de Dios que a ser torero. Llamábase Melén Juárez; mas no pudo excusarse de salir a la plaza un día de toros, que allí hay una cofradía de salir a las fiestas los caballeros, y él por huir de nota, por ser cofrade, salió al juego de cañas. Llevaba un hermoso caballo rucio, muy soberbio, que tenía más que averiguarse con él que con los toros, contra quien un bravísimo toro partió, el que él esperó con poca resistencia. Llega, y por delante vuelve el caballo todo sobre él, que todos pensaron que con los arcones de la jineta le había muerto; mas él se levantó sin lesión ninguna y riendo, y así esperó a subir en su caballo, que se le trajeron, de haber escapado en tal trance muy contento, y lo que le valió en tanto peligro no lo dijo a nadie, sino sin confesión a un religioso, su confesor, que lo dijo a quien a mí me lo dijo, de quien yo lo supe: que Nuestra Señora estuvo allí con él, que le escapó de aprieto tanto.

Pensé atrás decir este caso que diré, y olvidóseme, como cuando del coso se escapa algún toro para correrse otra vez, y este cuento es de lo que pasa los días de San Marcos cada año, en un lugar que se llama las Brocas, tierra de Alcántara.

En aquel lugar teniendo alguno algún espantable y temeroso toro, y que de fiero no se pueden con él averiguar, dásele a la Iglesia. Llegando el día de San Marcos, a la víspera de él, va el mayordomo a esos montes por él, donde no le para hombre que vea, y llegado en su asnillo ante el embajador de San Marcos, le dice: «Marco, amigo, ven conmigo a las Brocas, que de parte de San Marcos te llamo para su fiesta.» El toro luego deja sus pastos, y manso vase delante de él; entra a las vísperas en la Iglesia como un cordero manso, y pónenle en los cuernos rosas y guirnalda las mujeres; y sin hacer mal a nadie, sálese acabadas las vísperas al campo allí cerca. Otro día va en la procesión suelto entre la gente, y pasa por un arco del claustro, tan estrecho que ha menester para pasar ladear los cuernos, y esto sin que se lo diga nadie, y toda la misa se está en pie, delante de las gradas del altar mayor, y acabada de alzar la hostia postrera y de consumir alguna vez, sálese de la Iglesia a todo correr, como muchacho de la escuela, y vase por esos montes y jarales, volviendo a su braveza natural.

En Talavera, corriendo unos toros, tomó uno a un vecino de ella, hombre ordinario, corriéndolos en la calle de Olivares. Llega con gran furia; métele el cuerno por la boca; acuden todos a él, pensando que le ha muerto o rotas las quijadas; mas le acaeció mejor que tenía una muela que no se le había podido sacar, de que moría de dolor, y sácasela el furioso cuerno del toro, y sin sentirlo con el miedo y sin hacerle ningún mal.

Otro día, saliendo desmandado otro toro, estaban dos clérigos juntos, atendiendo a otras cosas, y mirando a otra parte, y no podía pasar sino entre ellos. Llega, y pasito métele un cuerno por medio, y luego con el otro al otro apartándolos (cosa visible que lo vieron todos, admirable a ellos de lo ver, y a nosotros ahora de lo oír), y pasa sin les hacer daño, o por la devoción que tienen con Nuestra Señora en Talavera, o porque como el buey conoció a su Señor en el pesebre, conoció aquí el toro a sus cristos⁷¹ y criados.

Otra nueva manera de torear se ha introducido ahora: torear con garrochón, con lo que han muerto toros caballeros a caballo. El primero Don Luis de Guzmán, hijo del marqués de la Algava, en Madrid; luego Don Francisco Zapata Puertocarrero, mi hijo, en Granada; luego también en Madrid Don Ignacio de Médicis, hermano del duque de Florencia y el conde de Palma.

Mas aunque fue lastimoso caso el de Don Diego de Toledo, hermano natural del duque de Alba, quiero aquí contarle, si bien ya en otro lugar dije alguna cosa de él. Era el tal un caballero mozo, muy gentil hombre y muy señalado, el cual andando a los toros en Alba, con un garrochón, a las alegrías del casamiento del Duque, su hermano, pasó a uno el hierro en la frente, que no acertó a descogotarle; dio un rebufo el toro en alto, revuelve el garrochón, y escurre por su misma mano y dale con el cuerno en un ojo, y pásasele, y la cabeza y sesos, y sálese envuelto en ellos por la otra parte, y al caer muerto se le quebraron dos costillas sobre su misma espada. ¡Quién creyera que con

71 Está por «ungidos».

sus mismas armas se había de matar por sus manos, y que su ojo mismo diera puerta y paso a tanto daño!

150. De la gloria vana del mundo.

¡Cuán engañados son aquellos que piensan que los honran las gentes por su saber y bondad, y por lo que les dicen los que los alaban! Quitadles lo que pueden o tienen, y verán cuán poco por ellos dan, conforme a lo que pasó en Badajoz por el ejemplo que aquí se verá.

Estando el Rey nuestro Señor allí, de camino para Portugal, cuando fue a cobrar aquel reino, murió un sobrino de un hombre de gran estimación y de gran cargo, y tan noble e ignoto el mozo, que apenas le conocían, ni tenían de él noticia en su propia casa, *innota manus procerum est, et quot* (la privanza) *possit tunc patuit*, que grandes y señores y caballeros se le llevaron en hombros, y toda la corte fue a su enterramiento. Dende a quince días muere el mismo personaje después, y de cuantos le amaban y lisonjeaban nadie le acompañaba, y le dejaron solo en la iglesia, y ninguno *magni illius viri tulit andas desertas*, que acaece al fin a los hombres lo que a las aves, que la que anda para, y pisada y tenida en poco, sube a la mesa de los grandes, y échala después de muerta, al tejado: «holgaban con él y le traían los padres y reyes en las manos.»

151. De un gran peligro de un caminante.

Pasaba en Portugal un caminante entre Évora y Montemayor, y echóse a dormir en el campo, y despertando hacia la tarde halló dos lobos sentados en dos pies a sus lados. Él espantado, como era razón, no teniendo más que un dardo en las manos, levantóse y fuese a gran paso, yendo disimulando un muy gran miedo, y volviendo una vez la cabeza, vio que iba en su seguimiento ya otro lobo, que eran tres, y luego otro, que eran cuatro. Y viendo crecer la tempestad y venir la mar tan alta, a rienda suelta de sus zapatos, corrió y subióse en un pino muy alto: llegó luego la avenida tras él y otro lobo, que eran cinco, los que encomienzan a abrazarse con el pino y a descortezarle por subir a él y comerle, que parece que no quisieron los dos primeros hacerlo hasta tener más número de convidados, donde pasó así hasta la mañana combatido de diferentes asaltos, hasta que dando voces acudieron unos arrieros a él y le socorrieron; que como me he ofrecido, yo averigüé el caso muy bien, porque a no decir verdad, mayores mentiras y más de admiración se pudieran poner; mas con lo cierto y mío echará Dios merced, como decía aquel salteador cosario.

152. De que el placer en el pesar es pesar doblado.

Ninguna cosa hay que tanto ofenda a un apesarado como mostrarle el retrato de un gran contento. Las penas del infierno no fueran tan grandes si no supieran los tristes que había cielo y gloria para los bienaventurados, y así dijo el honrado caballero Juan Boscán:

Si en medio del placer tener memoria
De cualquier bien pasado es gran tormento, etc.

Conforme a esto fue lo que pasó en nuestros tiempos con el gran Turco al gran maestre de Rodas, Filipo Valerio de Visladan⁷², que perdida la isla y muertas sus muchas gentes y valerosos caballeros y capitanes, yendo a negociar con el Turco su despacho, no consintieron que con sus ropas de luto, conforme a su tristeza, le hablase, sino para hablarle, después de haber estado esperando audiencia lloviendo y venteando toda una tarde, le vistieron a la turquesca, de carmesí y

⁷² Este caballero, que fue de nación inglés, se llamó Philippe Villiers de L'Isle Adam, y no como el autor, o el que copió su manuscrito, le llama equivocadamente.

de brocado; así que con corazón de dolor y de luto, y corteza de alegría y de colorado, entró a su plática, aunque no diversa la color de la sangre turquesca que había en aquel cerco derramado.

Así Príamo, de cincuenta hijos que tuvo, muerta la mayor parte, y entre ellos el fortísimo é, pilar y sostente de Troya y de toda Asia, que en faltando él fue todo a destrucción y a asolación declinando, y que vio a todo su bien llevarle tres veces alrededor de Troya arrastrando de un carro, yendo a pedir al cruel matador el cuerpo de su hijo amado, no le quiso oír hasta hacerle cortar el cabello y la barba, y lavarse, y por obtenerlo aceptó de comer a la mesa de quien con la sangre de su hijo había sus manos lavado, sobre el comer y el beber derramando copiosas fuentes de lágrimas.

Y volviendo a nuestro tiempo, un caballero muy principal de Extremadura, teniendo concertada de hacer en su tierra la representación de la Goleta, de moros y cristianos, porque casaba una su sobrina, llégale la nueva de que se le había muerto una su hija, señora de título, en que perdía diez mil ducados de renta, que con ella había dado; mas no cesó por eso el regocijo, y con las lágrimas en los ojos, y trompetas y atambores y atabales, y cascabeles en los caballos, regocijó la fiesta de la sobrina y cumplió la palabra que le había dado de honrarla: que éste es el valor de un real y valeroso pecho, navegar con viento contrario, de lo que se espanta el diablo. Y más hubo aquí otra cosa notable, que la antecesora noche soñó la mujer del dicho que le llegaba la referida nueva de la muerte de su entenada, y lo dijo antes, como Petilio, patrón de una gran nave de carga que estaba contando a sus marineros que había soñado ver venir a Pompeyo desbaratado, y estando en esto, de la boca de un río le ven salir en un barco capeando y haciendo señas que le acogiesen en aquella nave.

153. De una agradable competencia de dos trovadores de España.

Como todo mi intento en este mi trabajo es acordar, avisar, recrear y deleitar al oyente, a gloria de nuestro Señor y honra de mi Rey y mi patria, y de los famosos varones de España, eso se me da que sea mía u ajena para poner a mis convidados en la mesa la vianda; y así diré ahora esta graciosa emulación que hubo entre Jorge de Montemayor y Alcalá, costándome tan poco como mandarlo escribir a un criado, con condición que se oiga de calumnia, como entre dos enemigos, holgando con lo que se dijeron bien, y no creyendo lo que uno a otro se motejaron.

ALCALÁ A MONTEMAYOR DIJO PRIMERO LO QUE SE SIGUE LOÁNDOLE.

Monte fértil lusitano,
Donde se crían laureles,
En la cumbre y en lo llano
Palmas y linaloéles
Y arboledas de verano.

Altas y hermosas matas
Son tus versos castellanos,
Elegantes y cristianos,
Mas mira como las atas,
No las trueques con tus manos.

Si aquí moviese cuestión
Arguyendo tu elocuencia,
Yo te demando perdón,
Aunque ya traigo licencia
De la fe y de la razón.

Mirando en tu Cancionero
La pasión que compusiste,
Vi un descuido que dijiste

Donde a Cristo verdadero
Uno y trino le hiciste.

Y si es tu voluntad,
Conforme a lo que hemos visto,
Mal sientes de la verdad,
Que la persona de Cristo
No es toda la Trinidad.

Hombre y Dios, yo así lo canto
Sin contrario ni revés,
Mas de las personas tres,
Padre, Hijo y Espíritu Santo
Segunda persona es.

Y si dices que se entiende
Que Dios es uno y es trino,
Tu metro no lo defiende
Ni lo declara, ni es digno
De pasar sin que se enmiende.

Porque Cristo es uno aquí,
Hijo de Dios que encarnó,
A quien el Padre engendró
De la sustancia de sí,
Igual al que le envió.

De los dos es procedente
El Santo espíritu Dios,
No menos Omnipotente.
Mas no tres dioses ni dos,
Sino un Dios tan solamente.

Distinto es Dios en personas,
Y uno es Dios sin división,
Y esta sacra distinción
No es así como blasonas,
Porque haces confusión.

Pues monte el más singular,
Que ciñe nuestro horizonte
Vélate bien en trobar,
Porque con su leña el monte
Se suele a veces quemar.

Con caridad te lo digo,
Como en Jesucristo hermano,
Por eso, buen lusitano,
Recíbelo como amigo,
Que soy tuyo y tú cristiano.

RESPUESTA DE MONTEMAYOR A ALCALÁ.

So palabras de loor,
Tratarme de mal cristiano,
Es golpe que de galano
Señala el esgrimidor,
Y esconde después la mano.

Y aunque no me sobrepuja
 Reprehension por tal vía,
 ¿Quién nunca vio tal porfía,
 Saltar de puntos de aguja
 En puntos de teología?

La vela tengo bien alta,
 Si al monte fuego le enciende,
 En el mío no se entiende,
 Porque aunque hay leña, le falta
 La yesca con que se emprende.

Y es buscar nueva baraja
 El mandarme tener vela,
 Que según se me revela
 Si no es la casa de paja
 Segura está la candela.

Aunque sin causa me abone,
 Quieres uno y trino ver,
 Sabe que se ha de entender
Concomitante ratione,
 No según tu parecer.

Que hablar de esa manera
 Tres cristos ninguno osara,
 Salvo quien considerara
 Que si tres cristos hubiera,
 Ninguno se le escapara.

Declarar la Trinidad
 No es cosa para mí,
 Y muy menos para ti,
 Alcana, que esa verdad,
 Sólo por fe la entendí.

Y si en mis escritos yo
 He nombrado al uno trino,
 Deja el rigor, sé benino,
 Baste el rigor que se usó
 Con nuestro Verbo divino.

Dícesme que soy cristiano;
 Aunque el verme bautizar
 No se me puede acordar,
 Es verdad, mas a ti, hermano,
 No se le podrá olvidar.

Porque el que se bautizó
 Cuando niño, no es razón
 Se acuerde, como el varón
 Que el bautismo recibió
 En años de discreción.

No sé de qué modo piense
 Esto que me reprendes
 Salvo, Alcana, si pretendes

Qué lo entienda y lo dispenses
Del modo que tú lo entiendes.

Que el que en jactancia se pone,
Reprehende como amigo,
Mas concluyo aquí contigo
Concomitante ratione,
Que son los tres que uno digo.

REPLICA ALCALÁ.

Montaña oscura y nublosa,
Llena de quiebras y riscos,
Triste, sola, ponzoñosa
Donde nunca habita cosa,
Sino fieros basiliscos.

Donde las aves del cielo
Huyen de hacer su vuelo,
Porque no hay en ti virtud
Para que les des salud,
Ni de sus plumas un pelo.

Has mostrado tu esgrimir,
Que es de lo que a mí notaste,
Con tal gana de reñir,
Que queriendo me herir,
A ti mesmo te cortaste.

Callarte fuera más sano,
Por no ser el mal cristiano,
Que por dar al otro enojo,
Asimismo quiebra el ojo
Con el dedo de su mano.

Sin ninguna proporción
Parece que respondiste,
Y muy fuera de razón.
Pues que de nuestra intención
En nada me concluiste.

Tu respuesta me semeja
(Dejada, que fue bermeja)
Si no en lo que le hablé,
Como al que piden el pie,
Y suele dar él oreja.

Como tordo o papagayo
Que sin saber qué es vestir,
Ni saber qué cosa es sayo,
Dice sayo y dice Mayo,
Porque así lo oyó decir.

Así tu saber dispone
Lo que el letrado depone,
Del error que tú hiciste,
Que responde lo que oíste,
Concomitante ratione.

Como quien está hablando
 Con un negro, sin saber
 Que a cuando responde cuando,
 Y si le dicen Hernando,
 Eso torna a responder.

Y así tú sin discreción
 Dices la misma razón
 Que a los otros has oído,
 Sin poner de tu sentido
 Dicho ni declaración.

Has buscado quien te enmiende
 Tu torpeza e ignorancia,
 Que lo que tu copla entiende
 No es lo que comprende
Rationis concomitantia.

Que tu copla va diciendo,
 Declarando y distinguiendo,
 A la persona de Cristo,
 Y en tal caso está bien visto
 Que no cuadra tu remiendo.

Ni pertenece a tu cuento,
Concomitante ratione,
 Porque este acompañamiento,
 En el Santo Sacramento
 Se digiere y se dispone.

Que el que este epíteto tiene,
 Derechamente le viene,
 Y así uno y trino Dios es;
 Mas a cualquier de las tres
 Personas no le conviene.

Si en la cena declaras
 Que estaba Dios trino y uno,
 Aunque a Cristo no nombraras
 Cosa es cierta que acertaras,
 Sin hacer yerro ninguno.

Mas si haces relación
 De Cristo y de su pasión,
 Es uno el Verbo divino
 Y no tres, que es descamino
 Y es muy fuera de razón.

Pues para que no erraras,
 Fuera menester buscar,
 Porque el trobar es hallar,
 Y si buscaras hallaras,
 Y trobaras sin errar.

O si dijeras divino
 Adonde dijiste trino,
 Y siguiendo el mismo tino,

Donde dijiste divino,
Pudieras decir benino.

Porque quien ha de tachar
Ha de tachar avisado,
Tal que después de tachado,
Sepa también enmendar
So pena de haber errado.

Y para hacer yo así
Y dar clara relación,
De lo que reprehendí,
De tu trovada pasión,
Diré tus coplas aquí.

«Siendo el tiempo ya llegado,
Cuando Cristo determina
de ponerse en tal estado,
Que caiga sangre divina
Sobre el humano pecado,

»Se puso el Señor en pie,
Con sus discípulos juntos
A la mesa, donde fue
Hecho y ordenado el punto
Mas delicado de fe.

»Y estando allí el uno trino
Con su compañía Real,
Luego en el instante vino
El cordero material
Ante el Cordero divino.

»Uno, sin vida, a la llana,
Y el otro sobre quien pasa
La reparación humana.
Uno en la cena, en la casa,
Y otro en cruz a la mañana.»

También era menester,
Amigo, Montemayor,
Que informaras al lector,
Si pudieras componer
Tus coplas con este error.

Y que fueras tan bastante
En sentido y elocuencia,
Y no menos elegante,
Si no en la misma sentencia,
En mudar el consonante.

Y esto no para enseñarte,
Porque dártelo a sentir
Será nunca concluir;
Pero para más culparte
Pudieras así decir.

«Estando allí el Rey divino
 Con su compañía Real,
 Luego en el instante vino
 El cordero material
 Ante el Cordero benino.»

Y si pasé de coser
 En puntos de teología,
 Es cristiano mi saber,
 Y el tuyo no puede ser,
 Pues defiende tal porfía.

Y así tu padre el platero,
 Que como fue caballero
 Siguió su caballería,
 Y no supo teología
 Ni dijo saberla quiero.

Si tres cristos entendiste
 (Que no entiendo) desatinas;
 Mas digo y dije dijiste
 Que a solo Cristo hiciste
 Las tres personas divinas.

Y querer de mí sentir
 Lo que no pensé decir
 Es hacer del juego maña,
 Y de la razón maraña,
 Y contra la fe argüir.

Bien creo que si tomaran
 Los que donde vienes fueron,
 Tres cristos, que los mataran.
 Porque en ellos se vengaran
 Mas que en el uno pudieron.

Y como tu carne es
 Pieza de su mismo arnés,
 Sigues sus goznes y puntos,
 Y para venderlos juntos
 Al que es uno haces tres.

Si por nombrar la fe entiendes,
 Sin decir que sientes de ella,
 Como siempre te defiendes,
 Y así parece que enciendes
 En tu monte la centella.

Yo no declaro la fe
 Si no lo que de ella sé,
 Que como viejo me atrevo;
 Pero tú como eres nuevo
 Ni hablas ni sabes qué.

Mas sabes bien trabucar
 Lengua morisca en mosaica,
 Traducir e interpretar

De nuestro común hablar
La cristiana en la hebraica.

Porque el nombre de Alcalá
Traducido en Alcaná⁷³,
Es uno de los ditados
A do tus antepasados
Hicieron la barahá⁷⁴.

¿Qué vale tu presunción
Tener la vela subida,
Faltar yesca y eslabón,
Si contigo de nación
Nació la llama encendida?

De ti sale quien te atiza
Y quien te hace ceniza,
No sé con quien te apostemas
Que con tu fuego te quemas
Sin ser la casa pajiza.

Metístete en el abismo
Del bautizar, y fue bien,
Porque confiesas tú mismo
Ser de Cristo mi bautismo
Y el tuyo ser de Moisés.

Que como el tuyo acabó
Cuando el mío comenzó,
Olvídaslo por ausente;
Mas como el mío es presente,
Siempre dél me acuerdo yo.

En tus coplas me mostraste
Dos verdades muy de plano:
Que del quemar te quemaste,
Y que también te afrentaste,
Porque te llamé cristiano.

El quemar fue mal hablado,
Que en casa del ahorcado
No se debe mentar sogá;
Si te llamara sinoga⁷⁵
No te hubieras afrentado.

Por tanto, Montemayor,
Mas te valiera apuntar
Otra cántica mejor,
Pues presumes de cantor
Y te precias de cantar.

Yo no sé mejor decillo,
Ni tuve para sufrillo
Mas paciencia y humildad,

73 Alcaná es voz hebraica que equivale a calle, plaza, mercado público.

74 Canto de bendición.

75 Sinagoga, templo de judíos.

Que si mal canta el Abad,
Mal responde el monacillo.

Pues bien es que concluyamos
Con éstas que son terceras,
Pues de trinidad hablamos,
Que con tres solas partamos
En paz y gracia las peras.

No cures respuesta dar,
Porque si tú me replicas,
Habrete de replicar,
Y replicando picar,
Y repicar si repicas.

154. De la mudanza de los tiempos en la variedad de los precios de las cosas.

El que sea de condición codiciosa y se hallara al desembarcar de Noé y tomar tierra, y viera una buena parte del mundo, cómo lo repartieron entre sí por regiones nuestros abuelos, los tres hijos de Noé, Sem y Cam y Jafet, cuando la tierra era común a todos, ni se había amojonado y dividido, como después, y cuando no había moneda, y se trocaban unas cosas por otras, y la tierra daba sin ser rogada ni apremiada con azadas, arados y rejas, los frutos que eran menester: que las mesas estaban puestas, y los convidados eran pocos y sobraba la comida para tan poca gente, y los ganados sin dueño se andaban libres por esos campos, ni porque paciesen aquí o allí se les llevaba penas, ni tenían señal ni hierro, y ahora los hombres ponen su hierro y señal, sus escudos y armas, aun en las aves que vuelan, y mucho mas acá en la restauración de España; ¿qué campos, qué dehesas pudieron escoger cuando ser obispos era trabajo y martirio y no ninguna renta, ni lo querían muchos ser, ni comendadores ni maestros, tras aquel tiempo muchos años después?

Pero aun más modernamente ha habido en los precios de las cosas los monstruos que aquí diré. La dehesa de Valdepusa de la casa de los caballeros de Rivera, en Toledo, con sus entradas y salidas, montes y prados, pastos y abrevaderos, desde la hoza del monte hasta la piedra del río, se compró por noventa mil maravedís, y vale hoy doce mil ducados de renta.

Y la dehesa de San Martín, término y jurisdicción de la villa de Valencia de la Torre, que daba el maestre Don Alonso de Cárdenas por sesenta mil maravedís de censo, y no la quisieron, diciendo que no querían dejar aquella carga a sus herederos, renta hoy seis mil ducados al santo convento de las monjas de Santa Fe de Toledo.

El almona de Sevilla, que pienso que en arábigo quiere decir jabonería⁷⁶, que es el estanco del hacer jabón en Sevilla y su tierra, fue del condestable Don Rui López de Ávalos, y rentaba entonces ciento y sesenta mil maravedís toda ella. Repartióse por bienes de aquel noble y gran caballero, que «allá van leyes do quieren Reyes» y es la misma que hoy poseemos tres personas: el duque de Alcalá, el marqués de Villamanrique y yo, que lo que rentaba en tiempo de nuestros abuelos los dichos ciento y sesenta mil maravedís, hoy renta veinte mil ducados, y cada día sube aquesta renta.

Que la multiplicación de los hombres ha sido la causa y la abundancia del dinero, de se haber vuelto la tierra del envés, y de se haber sacado de sus entrañas tanto oro y plata, y traído de todo el mundo a este palmo de tierra (que al respecto de él es España) tantas riquezas, es muy cierto; pero también lo es (dígase todo) que lo ha causado la malicia de los hombres y la poca caridad de ellos, que antiguamente decía uno: «Señor, mis ovejas no tienen yerba.» «Pues a mí me sobra un rincón de las mías; vengan a él en buena hora las vuestras.» Y ahora dicen: «Habéísmelo de pagar primero.» Entonces decía uno: «Frío he»; respondía el otro: «Pues, señor, de esa leña que nos dio

76 Tiene razón nuestro autor, *almona* es voz arábica, *mouna* con el artículo *al*.

Dios cortad y calentaos con la que hubiéradés menester»; y ahora no os darán sino por peso de oro aun el agua y la leña. Entonces decía uno: «El invierno entra recio, cayóseme la casa o quemóseme la choza»; decía otro: «pues a mí me sobra un pedazo de casa, meteos allí en hora buena; y ahora bien pueden llover sobre vos y vuestros hijuelos lanzas, yo no os daré un pajar en que os metáis sino por buen alquiler, y aun de posada a un peregrino no le darán una noche, en que se meta sin paga, y aun con gran ceño y mal rostro el mesonero. A esta malicia se obvió con hacer hospitales generales que en ley de Dios y con el próximo todos habían de ser huéspedes del necesitado y forastero.

Y pues tanto se van encareciendo las cosas de este mundo, que al fin son pobres, transitorias y perecederas, anhelemos a las verdaderas posesiones y riquezas del otro con que nos ruegan, donde tendremos debajo de los pies hecho de oro y azul el cielo y «de lazos de estrellas empedrado.»

155. De un cuerdo caballero honrado.

Aunque de esta facultad haya en estos tiempos habido muchos muy principales caballeros, muy verdaderos y muy sustanciales, porque de todos no se puede decir juntos a un tiempo, escogí uno por ejemplo y muestra cómo el mercader de halcones que saca a la vista un hermoso gerifalte, un neblí del arco. Éste fue Don Juan de Ayala, hermano segundo y sin hacienda de Don Bernaldino de Ayala, un muy discreto y muy buen caballero de Toledo que tenía de renta poco más o menos de mil ducados. Éste salió de España y estuvo ocho años como deudo en servicio del marqués del Gasto, hasta que año de cuarenta se pasó al servicio del Emperador, y conocida su bondad, en poco tiempo le cogió a su servicio por gentilhombre de su casa, y luego de su boca, negociándolo por él sólo su bondad y sus méritos, a la que nuestro señor casi siempre ayuda, para que sin sentirse como un buen árbol crezca; y este oficio es donde entran caballeros mancebos, hijos mayores y menores de señores y de grandes, que es asistir a la mesa ante los Reyes, servirles la copa y ponerles el manjar en la mesa.

Pues el concierto de Don Juan en la paz, la limpieza de su casa y sus criados, su honestidad, su verdad, era a toda la corte admirable y manifiesta. Nunca se vio ante justicia, ni por mercaderías, ni por salarios; sirvió con mucho esfuerzo al Emperador en todas sus guerras con Francia y con los alemanes, prestísimo con su caballo y armas, los ojos centelleando a lo que querían mandarle. Sabía muchas lenguas, entre las cuales también como los naturales la alemana, tanto que faltando al Rey y al Emperador su lengua algunas veces, un doctor Celte, que lo tenía por oficio y honrosísimo cargo, era intérprete del Emperador con ciudades y príncipes alemanes, que era muy de tener en mucho y muy gran debite⁷⁷ ver un caballero mozo ser intérprete de tan grandes príncipes de cosas tan grandes, con las cuales partes fue acepto y particular amigo del conde de Feria, Don Pedro, y del duque Don Gómez, su hermano, y del secretario Eraso, y de otro buen caballero Garcilaso, sobrino del famosísimo que murió en la torre en Francia, y uno de los doce grandes caballeros que traía el duque de Alba consigo, como de su alta milicia platicantes, en las dos guerras de Alemania, que ser familiar y acepto de grandes personajes es de estimar en muy mucho, como dice Horacio *principibus placuisse viris non ultima laus est*.

Venidos al rey Don Felipe nuestro señor sus reinos, luego puso en él los ojos para encomendarle la cosa que tenía en los suyos más, que fue el gobierno de Aranjuez, modelo del Paraíso terrenal. Allí estuvo hasta que vista su honestidad y discreción, como era para más que criar árboles, se le encomendó por el Rey la crianza de dos príncipes, sus sobrinos, hijos del emperador Maximiliano, dos hermanos, Ernesto y Alberto, como dos pimpollos reales.

Pues hechas tan grandes pruebas de su valor y bondad, ido el emperador Rodolfo mozo a su imperio de Alemania, y puesto el príncipe cardenal Alberto su hermano en el conquistado reino de Portugal por virrey y gobernador, aunque de quince, muy pocos años, diósele a Don Juan de Ayala por mayordomo mayor y ayo, como ingiriendo en la experiencia y prudencia del uno la alta

⁷⁷ Sin duda por débito o deudo.

esperanza y gran índole del otro real ramo de la casa de Austria. Así que, de hermano segundo de una pequeña casa, salió al fin por casi gobernador de un reino nuevo y vidrioso, y ayo de un príncipe grande, y de ninguna hacienda, con veinte mil ducados de renta y merecer mucho más, por lo que dicen latinos *suam cuique mores fingunt fortunam*, que las obras de cada uno le acarrean su misma fortuna; aunque no es siempre absoluta esta regla, que algunos hay muy valerosos, y muy buenos y muy desdichados, y otros muy sabios y con pocas riquezas: *fatum prudentia maius*, que mayor que todo el saber es el hado de lo que al nacer el hombre en las casas de las riquezas tiene asentado en los aspectos de los planetas por la divina voluntad, que es sobre todos, que en este mundo y en el otro hace lo que quiere como en su casa, que *omnia quaecumque voluit fecit et in caelo et in terra*.

Venidos a Portugal grandes poderes de ingleses *longa referre mora est quæ consilio animoque utiliter fecit, tempestuoso tempore belli*, animando y alegrando a los nuestros, y espantando a los enemigos, sirviendo al Rey y aconsejando a su príncipe, que con tres mil hombres al principio resistiese y atacase a dichos enemigos, como los venció y deshizo al cabo, y no fue de estimar en poco traer a su cargo para el servicio del Emperador, estando sobre Metz de Lorena veinte mil alemanes, sin ningún motín ni desorden de la indómita y soberbia gente, como si fuera de nuestros españoles y hubiera sido su capitán general muchos años.

Y vista su discreción, prudencia y autoridad, fue muchas veces del Emperador y rey Felipe de España enviado de embajador de cosas muy grandes, *quando a Ponente, quando contra corse, sempre sorcando un gran spatio di mare*, unas veces a Francia, otras a Venecia, otras al Papa, otras a Polonia, otras a Inglaterra, soldando y reparando negocios casi imposibles de graves, ganando para sí reputación sola y para sus príncipes grandísimas importancias, en lo que pasó catorce veces el canal de Inglaterra y los peores que Scila y Caribdis, los temerosos bancos de Flandes, y así él fue como de Ulises ensalza Homero para haber adquirido con sus viajes prudencia grandísima *qui mores hominum multorum vidit et urbes*.

156. De una acomodada respuesta.

Garcilaso, como era un caballero muy cortesano, y el doctor Villalobos⁷⁸ un muy del Palacio y gracioso médico, así muy ordinariamente ambos se burlaban, y habiendo estado muy malo Garcilaso, curóle el doctor y sanóle muy cuidadosamente; y viendo que un día y otro se tardaba la paga, envióle un paje el doctor, que pues le había hecho tanto mal como volverle al mundo, que le pagase. Él abriendo una arca vacía sacó de ella también una bolsa vacía, y enviósela con esta copla dentro:

La bolsa dice: yo vengo
como el arca do moré,
que es el arca de Noé
que quiere decir: «No tengo.»

157. De hado.

Fortuna, suerte, ni destino, ni hado, no hay otro sino la divina voluntad. A ésta se va por mil vías, caminos reales y atajos, que los hombres no pueden imaginar más, por no traer por cada niñería a Dios en la boca. Los hombres llaman los casos que acaecen por aquellos nombres, aunque inciertos y desvariados.

Pues de esto acaeció uno en Valencia de la Torre, que con razón nos debe de espantar. Soñó una mujer que un toro que se había de correr otro día mataba a su marido; cuéntale ella el sueño, y

⁷⁸ Es el célebre Francisco de Villalobos autor de los *Problemas*, del *Tratado de las Bubas*, en verso, y de otras obras; el cual fue médico de Cámara de Carlos V.

ruégale con grandes ansias que no salga allá. Ríe él de la vanidad de los sueños; llora ella en pensarlo, y échase a sus pies, que no salga; y en fin, tantos gritos y voces dio, poniéndole sus chicos hijos delante por criar, que él lo otorgó y se resumió de quedarse en casa. Va ella a ver el toro; desnúdase él, échase a dormir en su cama, y ella cierra la puerta y échale él seguro encima la llave. Córrese el toro, desjarrétase y mátase de todo punto; va ella a su casa, abre la puerta y dobla su manto, y despierta a su marido, diciendo: «Ya, gracias a Dios, y a vos, marido, que habéis hecho mentirosas mis ansias.» Va él paseándose a la plaza, ve el toro tendido y muerto, llégase a él, dále con el pie, diciendo: «¡Tú eras el que me habías de matar!»

Resbala en la sangre de él, y cae encima y métese un cuerno por el estómago, de que cayó él también muerto al lado, sin hablar más. ¡Oh caso extraño y arduo, que si no le vedaran el verle vivo, no fuera a le ver muerto; que le mató y no le matara en una ventana! Por lo que ahora veo que, como la sangre del toro dicen que mata bebida, mató así también esta pisada, por lo que todos se dejen del todo en Dios, y se resignen en sus manos, que a las veces por rodear en el peligro dan en el peligroso atajo.

158. De un atroz hecho y de una justa piedad.

Ya que entró Portugal en el imperio del Rey nuestro señor y en su señorío, a sus criados y vasallos tocan las cosas de Portugal, y así yo de esta haré mención como de cosa muy notable.

Estando el rey don Juan, último de este nombre, oyendo misa con aquella devoción que se usa en aquel devotísimo reino de Portugal, que en la Iglesia a los divinos oficios están todos mudos como estatuas, un desatinado y furioso se llegó ante el Rey al sacerdote, después de haber consagrado; pone mano a su espada y comienza a darle de cuchilladas, teniendo al Santísimo Sacramento en sus manos. Acudieron todos con gran furia al remedio, y el Rey mismo echando mano a su espada; arrebatan al fiero asesino dejando muy mal herido al clérigo, que ensangrentado acabó de consumir y celebrar el oficio de ángeles. Queríanle matar allí luego; mas no consintió el Rey para saber de raíz quién y de dónde, y por qué había perpetrado tan espantable caso. Sabido por varios tormentos que era inglés y hereje, y que por esto había sido agresor de tanto mal, fue con terribles tormentos justiciado.

Mas el rey Don Juan se cubrió de luto, y toda su casa y corte; retiróse en su aposento muchos días; hizo hacer infinitos sacrificios; hizo grandes penitencias públicas, y en particular lloró y gimió muchos días, y todo el mundo tuvo de qué consolarle, de que ante él tuviese nadie atrevimiento tan grande de ofender la divina Majestad.

159. De una extraña habilidad.

Yo vi en mi juventud ahora cincuenta años, que por tan extraña cosa se me acuerda, que Feliciano de Silva, un caballero de Ciudad Rodrigo, hacía esto. Decíanle: «Fulano y fulano combatieron» (que entonces se usaban mucho los desafíos y campos), y echaba sus cuentas, y pensando un poco, decía: «Venció hulano»; y jamás en esto erraba. Y porque se pudiera pensar que diciéndole quién era, sabía antes el caso, no le decían más de Pedro y Juan combatieron, y así siempre acertaba. Y así mesmo en los pleitos y en las cátedras: Pedro y Juan pleitearon, uno sentencian: ¿por quién se sentenció? Decía él: «por hulano.» Opusieronse dos, o tres o más, a una cátedra: ¿quién la llevó? «Hulano.» Extraña y nueva habilidad, y si como en lo pasado, se entendiera en lo porvenir, no hubiera cosa de mayor importancia para no pretender nadie con otro, sino lo que pudiera alcanzar; mas esto de lo porvenir no es de nuestra harina, como lo avisa el

Evangelio santo, sino de nuestro Señor, ante quien todo es presente, y tiene todas las cosas debajo de su potestad y en su mano⁷⁹.

160. De dos españolas cónsules.

Buenos dos cónsules fueron el condestable de Castilla, Don Íñigo de Velasco, y el almirante Don Fadrique Enríquez, mientras por su poca edad no había el emperador Don Carlos venido a España, que estaban por gobernadores, que en poco tiempo por su servicio contra sus enemigos le vencieron dos batallas, una en Villalar a los comuneros, y otra en Pamplona a los franceses, que en la revuelta del reino entraron a ocupar a Navarra.

Dichosos aquellos príncipes que de otros casi príncipes se sirven, para lo cual como nervios y huesos en la república es bueno levantar y conservar señores y grandes, y mas dichosos aquellos que en su servicio hallan fieles y diligentes a los tales.

161. De observancia.

El conde de Osorno, Don Gabriel Manrique, presidente del consejo de Órdenes, me contaba, siendo yo de diez y siete años, porque viese yo cuán gran hombre de Orden era el comendador Zapata, mi padre, que los caballeros antiguos llamábanse comendadores, aunque fuesen señores de vasallos, por estimar en tanto la orden de Santiago. Así que me contaba que, estando en real en campo en Fuenterrabía alojaban el Conde y mi padre juntos en una tienda, por mucha amistad, y que le vio muchas noches que al otro le tocaba la guardia del campo, venir al alba del día con sus armas y sentarse en su cama junto a la cama del Conde, y ponerse a rezar las horas de la Orden desde el principio, aunque los caballeros que andan en la guerra no son a ello obligados, ni querer ponerse a reposar hasta que todas sus horas las había acabado, la cual virtud merece que aun de su propio hijo sea alabado, aunque de valor y de otras muy muchas más le pudiera alabar, si no fuera mi padre.

162. De dichas mal logradas.

Como no nacimos para este mundo ni para la gloria de él, de lo que por tantas doctrinas y ejemplos somos avisados, así también habla el hecho: que nadie goza de lo que pretende o hace por suma felicidad, y así fue sabio el dicho de uno de los siete sabios, que ninguna cosa se debe mucho desear, porque las más veces, como a los dados, se truecan las suertes, que lo que se teme es provecho, y de lo que se desea resulta mil veces daño.

Hace uno la soberbia casa; luego luego con toda su soberbia le llevan a enterrar de ella, y por eso los italianos que son grandes agoreros, y de agudos y sutiles ingenios, hacen la casa y dejan la portada que es lo muy menos por acabar. Planta uno viñas, olivos; goza otro de ellos. De encinas y de palma jamás plantador cogió fruto ni dátiles.

Así halló el cabrero el mármol de que se hizo la séptima maravilla del mundo, que fue el templo de Diana, a quien honró después de muerto por Dios la gentílica vanidad; mas de esta honra ni del templo no gozó, hecho ya provén, como vid que echan de cabeza debajo de tierra, que llamaron con razón provén, porque de ello resulta bien a la planta vieja, y así lo es de morir el hombre que se salva, como el *Mori lucrum* que puso sobre su sepultura el Comendador griego.

⁷⁹ Escribiendo, como escribía nuestro autor entre los años de 1582 y 93, es claro que conoció a Feliciano de Silva, antes del año 40. No se sabe a punto fijo en qué año murió este caballero, tan célebre por sus libros caballerescos, pero hay razones para suponer que vivía aun en 1551. Véase el discurso preliminar a los *libros de Caballerías*, tomo XL de la colección de Rivadeneira. pág. XXXVII.

El Gran Capitán ganó el reino de Nápoles. Él salió de él con injustas sospechas, y otros le fueron a gobernar.

El marqués de Pescara que por su industria y valentía fue preso el Rey de Francia en Pavía, vencida aquella batalla, otro le llevó a España, y el Marqués murió luego descontento y poco gratificado.

Borbón tomó a Roma y murió a la entrada.

Colón descubrió las Indias y no gozó del fruto de ellas; y por ser tanto lo que se le prometió con palabras de buena crianza, no quedaron los Reyes a ello obligados, y más le acaeció de ir la postrera vez a las Indias de dos o tres que allá fue, y un ministro Real no le dejar tomar puerto ni poner pie en la tierra que él había hallado.

El conde de Alcaudete tomó el reino de Tremecén sin ayuda de nadie, sino de los suyos, y por su lanza y por envidia de ver rey al Conde mandáronsele dejar.

Martín Delgado se halló la mina de Guadalcanal, monstruo de riquezas, que dio más de doce millones; murió en poco tiempo sin la gozar.

Cortés, aunque vivió muchos años después de la conquista de la Nueva España, otros fueron en sus días gobernadores y virreyes de ella, que parece que hacen los reyes con los hombres señalados lo que el conde de Medellín, Don Rodrigo Jerónimo (cuya fue esta invención) hace con los gatos de algalia que, en saliendo a la luz, se los quita luego a sus madres, porque no se coman los hijos, y así los reyes quitan a los conquistadores los reinos que han ganado, porque no se los coman y tomen para sí; mas con injustos miedos, siendo ellos fidelísimos y leales.

Con los caballeros Pizarros, que ganaron el Perú, se hizo lo mismo, aunque alguno de ellos dio de ello causa.

Halló un jinete de Málaga un jaez de millón y medio de los Reyes de Portugal; dio por bien empleado volverle sin perder por él la vida por le haber ocultado⁸⁰.

Aparicio, un hijo-hidalgo vizcaíno que halló la salud de las heridas en su aceite, porque no dijo el secreto, se fue a Roma desterrado.

El famoso capitán Lucullo venció a tres reyes de Asia. Con varias y muchas batallas fue Pompeyo a gozar de la gloria de sus vencimientos y trabajos, y a fuerza de brazos y de la autoridad de Cicerón se le concedió el triunfo tan bien peleado.

Los poetas hasta después de muertos no gozan de sus premios, cuando ninguna cosa les importa sino un fresco soplo de viento de fama, y de estos «han cual y cual o ninguno» como dice un autor grave.

De Homero se dice que en su vida no se hizo del caso, *et sita riderunt tempora Meonidem*.

Del autor del famoso libro poético de Amadís no se sabe hasta hoy el nombre, honra de la nación y lengua española, que en ninguna lengua hay tal poesía ni tan loable.⁸¹

Yo pensé también que en haber hecho la historia del Emperador Carlos V, nuestro señor, en verso, y dirigídola a su pío y poderosísimo hijo, con tantas y tan verdaderas loas de ellos y de nuestros españoles, que había hecho algo. Costóme cuatrocientos mil maravedís la impresión, y de ella no saqué sino saña y alongamiento de mi voluntad.

De manera que podemos decir todos el *sic vos non vobis* de Virgilio, por lo cual todos de paso y como accesorio deben no poner su felicidad acá, donde no hay ninguna, sino atender a aquello que Dios les ha prometido: que si plantaren la viña de las buenas obras, gozarán perpetuamente del fruto de ella y otro no se la vendimiará.

80 Véase el capítulo noveno, *De joyas de gran valor y precio*, donde ya el autor trató más por extenso de este singular hallazgo.

81 Vide supra, capítulo octogésimo cuarto, *De cuán alto y noble ejercicio es el escribir*.

163. De que a trabajosos principios suceden a veces felices fines.

Aunque por la mayor parte a buenos principios suceden felices fines, mas muchos días amanecen nublosos y después sucede claro sol y al revés; esto para que siempre mire un hombre a su norte, que es Dios, con quien con el bien no se ensoberbezca, ni en el mal de su misericordia desconfíe.

Antonio de Leyva la primera batalla en que entró, se perdió, que fue la de Rávena, y después fue sumo capitán clarísimo.

Colón, que tan útil lumbrera fue al mundo, fue tenido por burlador mucho tiempo, y Cortés padeció mil persecuciones y mil contrastes a los principios.

Pues Don García de Loaysa, mozuelo, tomó el hábito de Santo Domingo en San Pablo de Valladolid, y de allí le echaron de la orden antes que hiciese profesión, por le ver travieso y sarnosillo. Él se salió del convento muy corrido amenazando a los de San Pablo que había de valer más que todos ellos, y todos habían de estar debajo de su mano en algún tiempo, como después fue así. Vase a Peñafiel, y toma el hábito en un monasterio de la orden misma; estudió, y diose tan buena maña, y prevaleció tanto en estimación y en letras, que fue prior en su orden y provincial y general de ella, y después confesor del Emperador, obispo de Sigüenza, inquisidor mayor y cardenal embajador de Roma y arzobispo de Sevilla; y dicen que con tanto valor hizo la embajada en los medios tercios de su prosperidad, que escribió el Papa al Emperador que le quitase de allí aquel embajador tan soberbio, que no le podía sufrir, y que le concedería cuanto justamente le pidiese.

Él pues, vuelto acá a España, obtuvo los cargos y dignidades que he dicho, y vivió en ellos muchos años quieto y pacífico; hizo grandes obras y edificios. La casa de sus pasados hidalgos y nobles, y sin contradicción muy limpios, dejó señora de vasallos con mucha renta y con memorable e ilustre edificio. Hizo un espléndido monasterio de su orden, que se llama San Ginés, porque se llamaba así, siendo parroquia chica; hizo en la capilla mayor memorable sepulcro y sepultura suya de jaspé y de mármol, más enriquecido y ornado de labor, me parece, que ninguno que yo haya visto, y en lo alto, a los lados del altar mayor, su padre y madre, de mármol, con lindos tabernáculos y bultos. Dejó a sus criados todos sus sueldos por todos los días de sus vidas. Dejó con que los descendientes sus sobrinos repartiesen cada año mil ducados a pobres, y veinte dotes a huérfanas a cincuenta ducados a cada una. Obras reales y de gran príncipe; y así cumplió bien lo que prometió (cuando le echaron de la orden) a los de San Pablo de Valladolid, que valdría más que todos ellos, como valió, y que los tendría debajo de su mano, como los tuvo, siendo prior y su provincial y generalísimo.

164. De una falsa mujer, y de un valiente marido honrado.

En Jerez de la Frontera hubo un rico hombre honrado que labraba y criaba en el campo, como muchos principales del Andalucía y de otras partes lo hacen, que tuvo una mujer perversa y mala; la cual, sin lo él entender, estuvo algún tiempo con un valentón de allí amancebada. Pues no contentos los dos «de contento, con tanta zozobra», acordaron de matar al marido y llevar el dinero que había, o irse los dos a otra parte. El marido iba al campo; busca el adúltero otros tres rufianes, *nequiores se* para el caso, y esconde ella en una huerta, para llevar después del muerto, seis mil ducados, que era el dote del nuevo casamiento abominable, como aquella que de todo el caudal de su marido, como también de su honra y vida tenía la llave.

Salen los cuatro a matarle, y como Cicerón dice en la oración por Milón, que muchas veces mata el ladrón al caminante, mas alguna el caminante al ladrón le mata, así acaeció aquí que, acometido el descuidado marido en el campo de los cuatro, uno a uno los mató a todos con un alfanje, y de los que estaban heridos de él y boqueando, hizo de todo testigos caminantes, y por qué y cómo querían matarle. Vuelve con gran disimulación a su casa, llama a su mujer a una cámara, y

pregúntale la verdad. Ella negó al principio; hiérela él un poco, y amenaza que la matará si no se lo contaba, y así ella le dijo todo, dónde escondió el dinero y todo lo demás.

Acabada su confesión, sin confesión acábala de matar, y con los testigos que supieron el caso de los mismos muertos, saca el dinero encerrado, y con él y con ellos preséntase ante la justicia, de la adúltera y de los cuatro rufianes corriendo sangre; ponen los cuatro cuerpos muertos en la plaza, y hecha la información cierta, antes de ocho días se andaba por ella el justo homicida paseando. Lo cual por honradísima cosa yo aquí escribo, y con tanta verdad que los que vieron los cuerpos muertos, que les espantaron las cuchilladas del alfanje, con grandes juramentos me lo contaron.

165. De cosas romance y latín.

Aunque dicen que el lenguaje toscano es latín corrupto, el nuestro es incorrupto latín; ni ninguna lengua hay más cercana del latín que la gloriosa nuestra española. Así, pues, se ven en libros antiguos nombres como los latinos: Sacarus, Julianus, Polus, Leomedus, de donde se infiere ser como el latín lo que acá se hablaba, de cuya fertilidad y bondad no diré aquí, porque de ello he ya más largo otras veces tratado; mas pondré ejemplo, cómo es una misma cosa latín y romance, y bien se ve como se llamó romance de lenguaje romano, y el ejemplo de cosas ajenas es así:

Una del arzobispo de Toledo D. Juan Martín Silíceo.

Tristes penas das amor,
Dulces glorias alegando,
Justos favores negando
Cuando justicia mayor.

Otra de un incierto autor.

Contrarias gracias amando,
Contra amores procurando,
Tú me condenas, amor,
De falsa gloria, dolor,
Falsas causas alegando.

Lo mismo de Juan de Mena.

Canta tu cristiana musa.

Otra de un incierto autor.

María asa tres sardinas⁸².

166. De rayos.

De esta materia han tantos tanto escrito con sus especulaciones altas, que ni yo puedo decir cosa nueva, ni quiero meter la hoz en ajena facultad; sino como se dice en una escritura pública (como más largamente lo dice Plinio y Aristóteles y sus semejantes), a que me refiero. Basta saber que son exhalaciones sutilísimas secas que con la fuerza del sol se levantan de la tierra y mar y ríos y lagos, que llegan a la media fríasima región del aire, y apretadas revientan con la gran contrariedad, y de ello con la violencia; como de un eslabón en un pedernal salen centellas, proceden más y menos trueno y relámpagos y rayos, en los que, según la cantidad, así son menos o más, como con poca o mucha pólvora hace los efectos un arcabuz o un cañón reforjado. Y así unos rayos deshacen las torres y almenas y otros no pasan los tejados, como cerca de mí los unos y los

82 Sobre esta clase de composiciones latino-hispanas, puede verse a Ticknor. *Liter. Esp.*, tomo IV, p. 191.

otros han dado. Y más me espanto: que hieden a puro piedra azufre los rayos, lo que pienso que procede de arriba lo de que acá el piedra azufre se hace, lo que verifica haber llovido con fuego piedra azufre en aquellas tristes ciudades. Por lo que, habiendo más y menos en estos, no hacía inadvertidamente un emperador que se metía en los subterráneos y bóvedas bajas en tronando, que según filósofos ningún rayo entra debajo de tierra más de cinco pies, que parece que a la madre tierra guarda más cortesía que a las murallas; y también porque en las piedras duras halla más repugnancia, que es contra lo que él combate.

A los laureles dicen que no hieren ni en los lobos marinos, por lo que de sus pellejos aforraban sus tiendas los capitanes romanos.

Así los sapos y ranas, pienso yo que cuando llueve en verano instantáneamente se hacen, y no que se hacen acá en el suelo, sino que hechos de allá arriba caen, que como el humor de arriba con el polvo los había de hacer acá, así el mismo polvo con los vapores gruesos subidos allá en lo alto los hacen; en la cual opinión me confirmó un verdadero mercader de gerifaltes que me contaba que trayéndolos él de Dinamarca y de otras partes al Norte muy comarcanas, en tiempos así revueltos caían lironcillos de arriba en la mar, y sobre los barcos, no haciéndose acá, sino allá, formándose con la materia terrestre y celeste elemental.

Mas ya se ha sin filosofía filosofado harto; volvamos a la historia de mis tiempos, que es la que tomé a cargo.

En Usagre cayó en ellos poco ha un rayo, que deshizo en la torre todas las campanas, y ardieron dos o tres días las piedras, como pienso que los mismos traen la combustible materia gruesa y pegajosa, que ella arde en sí misma, y arde cuanto se le pone delante, como se pega a cualquier cosa una olla de fuego artificial.

En Valencia de la Torre acaeció que comenzaba a lloviznar y a relampaguear, y estaban debajo de una pequeña encina unos pastores, y un muchacho de ellos, por no mojarse, que tenía la encinilla poca rama, se apartó de ellos y se fue allí cerca a otra más copada, y cayó un rayo sobre la más grande que la hizo pedazos y mató al mozo, que en la mediana estaba más seguro que no en la más grande, y que le mató el fuego por huir del agua: como los hombres las más veces se engañan y huyen de lo que temen, y lo que no temen les daña.

A Don Fadrique de Zúñiga, en Plasencia, un paje que iba a caballo tras él en el campo le mató un rayo, y a Cabeza de Vaca, un caballero de Zamora, le mató otro una mañana de San Juan, dando de beber en Duero a su caballo. Y en San Lorenzo el Real hizo el estrago que en otro capítulo he contado, estando allí el Rey, como que a los reyes poderosos, para acordarles que hay otros más poderosos, hay quien les tire de la falda.

Año de cuarenta y seis, a media noche, en Malinas, en Flandes, oyeron un espantable y nunca oído trueno, tal que parecía caerse el cielo y hundirse a los abismos el lugar; y cayó un rayo con tanto hedor de piedra azufre, que los oídos del trueno y las narices del hedor y los ojos de todos quedaron atónitos y pasmados, y ¡guay de los que el tacto de él probaron!, como adelante se dirá. Él, pues, con su furor dio en una gran torre de una puerta del lugar, donde había casi mil barriles de pólvora, y de ella y del rayo desde los cimientos, la torre y la muralla junto a ella quedaron raso, y seca del foso el agua; y rasas también, más de trescientas vecinas casas. Hubo al pie de quinientos hombres heridos, muertos y abrasados, y pedazos de hombres a gran trecho en ramas de árboles, y una mujer por los cabellos colgada, y otra preñada, ambas muertas. A esta sacaron del vientre la criatura, que pudo vivir algún día y ser bautizada, lavándola del fuego material y librándola del Limbo la divina agua. Cuyo destrozo vimos juntos yo y el doctísimo y excelente varón el maestro Estrella, que fue siempre mi honorable huésped aquella jornada. Y allí está el ave que llaman *hayna*, que es como un gran cisne, de pico mas ancho y largo y colorado, que vivía entonces desde el emperador Maximiliano, que le dejó renta como a fiel compañera de sus jornadas.

Esta relación estuve en duda a quien le pertenecía en mis capítulos, si al de los incendiados, o al de los rayos, entre los cuales dos no puede meterse nadie; pero quise más enojar a los incendios que a los rayos, que del incendio se puede un hombre apartar, mas no del rayo que es inevitable.

167. De un peligroso venturoso y caso.

Francisco de Guzmán, un hidalgo de Talavera siendo ya hombre, estaba con otros mozos, junto a un caúz de molino mirándose, y resbalándosele los pies, arrebatóle al momento el raudal; asese él del primer palo que estaba en el caúz atravesado; asen de él y quiérenle subir arriba los suyos, mas no se lo consintió la fuerza del agua, que le fue llevando el cuerpo, los pies hacia delante, y allí aun asido y de espaldas a la furiosa corriente lo ahogaba. Da voces, pues, él que le dejen; suéltanle creyendo todos que el rodezno le haría pedazos, como yo he visto matar el rodezno a un gozque de la misma manera arrebatado, y con no haber aun media vara entre el rodezno y el suelo, pasa Guzmán por allí debajo, sin perder sombrero ni capa, y sale a somorgujo allí luego, desconcertado un pie y herido un poco en una mano. Parece que su hora aun no había llegado, porque, aunque el caso anduvo muy presto y solícito en su daño, la muerte estuvo como lebel, la barba en tierra, mansa sin menearse, hasta que Dios se lo alargase, que es solo el que tiene la trailla en su mano.

168. De otro terrestre maravilloso caso.

Y por no salir de Talavera por un rato, donde al presente estoy, lo que aquí pasó será añadidura de éste y de otros maravillosos casos. Don Francisco de Carvajal, un principal caballero de ella, tiene una hermosa dehesa que se llama Salinas, de tan buena renta y pasto y labor, que sola la bellota de ella renta tres mil ducados. Pues estando aquí un día, apeáronse a ver unas colmenas, de que también tiene, como de conejos, abundancia él y su mujer, y quedó un ama y un niño suyo de teta solos en el carro de cuatro caballos, y el cochero se fue también por ahí a espaciar. Pues enojadas las abejas de los que las castraban, descargan su ira en los caballos, y pícanlos con mucha crueldad, y ellos *qua data porta ruunt, ac terras turbine perflant*, que por donde tenían la puerta, que eran los extendidos campos, fueron con ímpetu y con grandísima polvareda con el niño solo y su ama; llevándolos como viento por el campo abierto hacia el río de Alberche, de allí muy cercano. Las mujeres y familia comienzan a dar voces hasta el cielo, y Don Francisco y Doña Germana, su mujer, híncanse de rodillas en el campo, pidiendo a Dios misericordia (el remedio solo en tan atroz y semejantes casos). Los caballos desapoderados corren con la medio muerta ama y el hijo no bien vivo, según su poca edad. Mas la misericordia de Dios no estaba entonces parada, que a diez pasos del muy hondo río topetan en una gruesa encina sola los caballos, dos a una parte, dos a otra, y con el timón en medio, con tanta furia que se mete por la encina y la hace pedazos, y encalla allí el coche, y los caballos sueltos de sus ataduras se fueron como los de Faetón, desparramados por otras partes.

169. De cosas notables de un caballero.

Fue en estos tiempos un caballero, de claro linaje, de robusta y fuerte disposición, más alto que mediano, muy emparentado en Castilla, señor de Peñaranda, llamado Don Juan de Bracamente, de asaz renta y hacienda, del que hará aquí mencion la historia de fuerzas y otras habilidades por ejemplo notable.

Cortaba sobre una mesa de un revés, puestas en gotas de cera diez y nueve velas sin derribarlas, y otras veces juntas cuatro hachas; y un día, en Salamanca, estando solo y sin armas en un aposento, entraron dos enmascarados a él muy armados y determinados de matarle; ponen contra

él mano a las espadas, él revolvió acá y allá los ojos; no había en el aposento, ni él tenía ninguna espada, como el que estaba muy con ropa larga; y cuando se vio en tanto aprieto, arrebatada de la silla en que estaba sentado, como del banco de los ladrones Orlando; y da al uno un porrazo que le tendió en el suelo aturcido, y revuelve luego al otro, y con un trozo de la silla que se hizo pedazos, que le quedó en la mano, hizo del otro lo mismo, y con un cuchillo de uno de ellos les cortó a entrambos las caras y los echó, huyendo por una escalera abajo.

Y en Ávila había un juego de cañas en que él entraba; y estaba todavía en la plaza un importuno y bravísimo toro que no los dejaba que entrasen, ni de muchos que andaban tras él le podía nadie desjarretar. Tanto se enfadó Don Juan de esperar, que dijo: «Bueno es que un animal impida a tanto caballero el holgarse», y entra en la plaza antes del juego, y arremete a toda furia al toro, y el toro para él; júntanse ambos en medio de la plaza; dale Don Juan tanta priesa al toro y tantas cuchilladas que no se meneó de allí, y le tendió hecho pedazos, y volvió a entrar con el juego de cañas.

Y para cualquier caballo por domar y cerril, aunque fuese de los muy grandes, no había menester domador. Saltaba a la primer vista en él, en pelo y sin freno, y con un bastón en la mano y sin poderle echar de sí, le daba tantas carreras y tantos palos, que al fin el fin del caso era tender en el suelo al caballo ya manso y muy cansado.

Y con esto se concluye el cuento de estas hazañas, que a un criado suyo que le enojó una vez, le dio un tan gran bofetón, que le dejó sordo por toda su vida, que nunca oyó más.

170. De un turco feroz y del Santo Bautismo.

La otra hazaña que prometí es la que hizo un turco cautivo en Toledo, que se llamaba Amete. Éste nunca se quiso convertir a nuestra santa ley; curaba los caballos de su amo, aunque en su tierra decía él que era de buena y principal gente. Un día, sintiéndose agraviado de haberle sobre cierta ocasión dado de palos, hizo lo que ahora contaré. Fue la causa del castigo la siguiente: hubo un día juego de cañas, y él para ellas aderezó convenientemente su caballo, y fuese con su amo al juego. Parece que con la priesa se olvidaron de le dar de comer, y a la vuelta a su casa, cansado y rabiando de hambre, pidió a su señora con gran ansia le diese de comer, que la hambre le tenía puesto en grande aprieto. La señora, descontenta de la manera poco reverente con que le pedía su ordinario sustento, comenzó de deshonrarle y llamarle perro. El viendo tamaña sinrazón, y estimulado del hambre, la maltrató de palabra, en ocasión que acudiendo a la grita el amo, le dio de palos con una vara que traía en la mano.

Enfurecido el esclavo, va a la cámara y toma un cuchillo largo y vuelve a matar a su amo. El amo sin armas y del no pensado atrevimiento atemorizado, salió a la puerta de la casa, y el esclavo al momento cierra por dentro la puerta y se vuelve al aposento de las mujeres, y encontrando con un pariente del amo que tenía su espada, acométele con extremada furia. El otro, por no matarle, métese en una cámara, y el turco cierra por de fuera la cámara, y vuelve donde las mujeres estaban; da luego de puñaladas a su ama, y hiere de las mujeres cruelmente a tres o cuatro. A la gritería acude por de fuera mucha gente, y él saltando como un ave de tejado en tejado, se arroja al fin a una calle; venle caer y síguenle, y por la parte del huerto del Marqués, camino de Escalona, échase como un ánade al Tajo, y va a parar de valle en valle, y de monte en monte al mismo río Tajo, por donde es San Bernardo, y torna otra segunda vez a pasarle y toma el camino de Madrid, donde con la multitud de la gente pensó salvarse. Llega a un lugar donde por las señas de los pregones contra él le conoció un carretero, y diciéndolo a la huéspeda, el turco que lo oyó lo hirió sobre ello con el mismo cuchillo muy mal, y a la tabernera también. Al fin fue preso y traído a la ciudad de Toledo;

allí debiendo dos o tres muertes, y no... teniendo más de una vida con que pagarlas, tómale por medio que... pagase muchas ateneándole⁸³.

Sácanle en cueros en un carro atado a un palo, y una fragua de fuego de un herrero a par de él. Comiéndanle a tenazear, que a los mismos interesados en las muertes era un cruel espectáculo, y sin él hacer movimiento a nada, a trechos córtanle entrambas manos, y sin aguardar a que cirujanos se las cauterizasen, métenle los mismos troncos de brazos en el fuego de la fragua. Llegado a la plaza, le colgaron de los pies, y allí también los verdugos le atenazeaban de las más dolorosas partes. Tenía ya casi el alma en los dientes, cuando dijo a voces: «¡Oh, Mahoma! ¿Cómo me has engañado? ¡Ahora veo que todo eres mentira! ¡Bautismo, bautismo!» Acudieron luego teólogos que estaban al espectáculo, y consultado el caso, se determinó que prosiguiese el tormento, y diciéndole que ni había de dejar de morir, ni cesar los tormentos, aunque se bautizase; él dijo que no pretendía eso, sino siendo cristiano salvarse. Habida licencia entonces, con gran priesa del Corregidor y cuanto al bautismo del vicario, bájanle de donde estaba boca abajo colgando; pide que le pongan de rodillas, ¿qué nombre dijeron todos? El de Juan Bautista; y así con tal nombre fue bautizado, y al momento se le salió el alma; y fue tanta la alegría pública, que más de dos mil ojos se hicieron de placer fuentes de lágrimas, dando gracias a Dios por sus misericordias, que por tan desusado camino quiso que fuese aquel salvo, y esto dio materia en Toledo y en Salamanca a mil versos y a mil prosas.

171. De la brevedad de la vida humana.

Al principio escribí de vida larga, y ahora quiero escribir de la brevedad de ella, para que se vea cuán mal anda esta nonada en puntos y competencias, y aun precede muchas veces a la que nunca se acaba perdurable y sin fin con gozos increíbles.

Comúnmente se vive ahora sesenta años, y de estos muy pocos llegaron allá. Entre peligrosas dolencias, venenos y desastres, delitos y desórdenes, regalos y vicios, no hay vidrio más frágil que ella, que un vaso de vidrio ponedle en un armario o en un arca, y vivirá muchedumbre de años; mas a los hombres donde quiera les ha la muerte de hallar. Dentro de sí sus mismos humores los ahogan y los mata la espada, la lanza, la saeta, la calentura, el dolor, el toro, el caballo, la mar, los arroyuelos y los ríos y otro sin número de cosas: *viris intentant omnia mortem*.

Mas de los que a sesenta años allegan, quiten del nocturno sueño el espacio de tiempo por mitad, quedan treinta años, y de las siestas quítese también otro pedazo, invierno con verano una hora cada día; esto es, de los muy ordenados, que reducidas las horas a días quitarse han otro año y medio, quedan veinte y ocho y medio; pues de la infancia quítese otros siete años, que donde no hay uso de razón no se puede llamar vida, quedan veinte y un años y medio. De estos se pueden sacar de la puericia otros siete hasta catorce de leer y escribir y perpetua sujeción del azote y del maestro, quedan de vida catorce años y medio. Luego sobrevienen los ayos con sus pesadumbres desde catorce hasta veinte, cuando había de respirar y holgarse la edad que, quitados otros seis, quedan de vida limpios diez años y medio. Para esto hay tantos convidados de males e infortunios, que la concedida con tantas cargas más se puede llamar cautiverio que vida, la mar, la guerra, la religión, los cargos, la reputación, la honra, el qué dirán, las mujeres vivas o muertas, los hijos, los pleitos.

83 Todo este párrafo se halla escrito al margen de puño y letra del autor; pero habiéndose posteriormente empastado el tomo, el imperito encuadernador metió demasiado la cuchilla, como tienen de costumbre los de su oficio, llevándose con el papel buena porción de lo escrito. Así es que pudiera muy bien suceder que alguna que otra palabra de las que hemos tenido que suplir no sea la que primitivamente hubo.

172. De algunos hombres señalados de Sevilla.

Mil veces he pensado entre mí del agravio que a esta sublime ciudad sin razón se hace, en decir que no han salido de ella varones señalados a respecto de sus grandezas en todo lo demás: que cierto han salido de ella tantos, que padecen mucho engaño los que dicen tal, sino que con el ruido y la mucha gente pienso que no se echa tanto de ver esto, como en otro lugar más solo y desembarazado.

Fueron, pues, de esta ciudad San Isidoro y San Leandro, arzobispos de ella, y Santa Justa y Santa Rufina; mas dejados los santos aparte, de tierra de Sevilla ¡qué mayor grandeza! fueron Marcial y Juvenal y el gran emperador Trajano. Fue también de esta ciudad Don Alonso Pérez de Guzmán, primer señor de la casa de Niebla, que mató la sierpe en África, y su sucesor otro Don Alonso Pérez, duque de Medina, ejemplo de fidelidad y ejemplo de buenos alcaides, que dio el cuchillo con que su hijo fue degollado, por no entregar a los moros a Gibraltar, por lo que le hizo el Rey merced de la pesquería de los atunes de las almadrabas, con estas palabras en el privilegio: «Por cuanto imitaste a nuestro padre Abraham, vos por obra y él de voluntad, etc. »

De aquí fue el memorable conde de Niebla, a quien Juan de Mena nunca acaba de llorar. De aquí el valeroso marqués de Cádiz, que hizo tan valerosas cosas en la guerra del reino de Granada. De aquí salió Magallanes, imitador del sol una vez en lo que él ha hecho tantas, que dio vuelta a todo el mundo y mostró nuevos caminos por esos mares, y dio perpetuo nombre en vida a aquel estrecho, como nueva él llama de Eneas a Gaeta en Italia. De aquí fue Doña María Coronel, de quien Juan de Mena canta que amó más un tizón ardiendo en vivas llamas que rendirse a las ilícitas de la sensualidad, de las que tantas se han dejado vencer al primer asalto.

De esta ciudad fue Farfán, caballero de la orden de San Juan, de quien se afirma que en el espantable cerco de Rodas, donde se perdió, mató tantos turcos que pudiera armar una galera con ellos de marlotas de seda y de brocado.

De aquí fue Portundo, general de las galeras de España; de aquí Don Pedro Ponce de León, certero matador de toros, y Don Luis Ponce, su hijo, que dejado de los suyos mataron en el Alpujarra los empinados moros en la postrer guerra de Granada, como en sierra Bermeja mataron a Don Alonso de Aguilar.

De aquí Don Perafán de Rivera, el sabio, el primer duque que socorrió a Orán y al buen Don Martín, marqués de Cortes en Mazalquivir, en el último aprieto, sin ser mandado: que proveyó y abasteció en otro cruel cerco a Malta, y que a voces y con avisos claros muy a menudo, no pudo a nuestra armada, de que venía la del Turco, despertar.

De aquí el adelantado Don Diego de Rivera, que murió por una herida en la boca de una saetada, antecesor de los grandes duques de Alcalá.

De aquí el honrado y docto caballero Pedro Mejía⁸⁴, de cuya *Silva de varia lección*, no sólo españoles cogen flores y fruto, mas muchas naciones extranjeras en sus lenguas la tienen traducida y trasplantada.

Desde aquí midieron el cielo, la tierra y la mar Santa Cruz y Chaves⁸⁵, grandes astrólogos y matemáticos, alumbrando de muchas cosas a los que la luz del sol aun no había alumbrado.

De teólogos, predicadores, médicos, arquitectos, músicos ha habido tantos notables, que no se pueden numerar. De aquí fue el famoso Contreras⁸⁶, rescatador de cautivos, y otros mil que en mi

84 Autor bien conocido, y que, además de la *Silva* aquí citada, escribió el libro de los *Coloquios* o *Diálogos* (Sevilla 1547), y la *Historia imperial y Cesárea* (Sevilla 1544); y una relación de la guerra de las Comunidades que anda manuscrita.

85 Alfonso de Santacruz, y Jerónimo de Chaves, celebres cosmógrafos.

86 El beato Fernando de Contreras, misionero apostólico, cuya vida escrita por el Padre Gabriel de Aranda, de la Compañía de Jesús, se imprimió en Sevilla en 1592, folio.

tinta y papel no caben, ni diré más de que de tan rara y clara gente las cortes, las provincias extrañas, los ejércitos, las academias y las Indias y los mares veo poblados.

173. De que el mal consejo para el que lo da es menos bueno.

Impicim consilium consultori pessimum, que es lo mismo que dice el sobrescrito de este capítulo, y así pasó de esta manera en la jornada del Turco. Jerónimo de Leyva, un principal capitán, se llegó al Emperador y le dijo, o por congraciarse con él o por malsinar al marqués del Gasto, Capitán general de la infantería en aquella jornada, que la infantería española no había tantos infantes como su Majestad pagaba, y que el Marqués se quedaba con las pagas. El Emperador entonces mandó luego que Pedro González de Mendoza, un su mayordomo, le tomase reseña: hízose así, y hallóse que en la infantería aun había muchos más que el sueldo que se les daba, por lo que averiguada la verdad, fue a Jerónimo de Leyva la cabeza cortada.

174. De los extraordinarios precios en que se han vendido halcones en España.

Pues de tantas maneras de cosas hemos tratado, bueno será que tengan aquí su lugar las aves, a las que yo tanto me he dado, y las que siguiendo cazadores y mirando al cielo han dado en hoyos y charcos caídas muy grandes, y alegóricamente han gastado tanto y dejado por ir tras ellas negocios de la tierra, importantes y de mayor calidad. Así diré de los precios en que se han vendido muchos pájaros, porque se vea la largueza de unos y la constancia de otros, hasta llegar a dar por ellos tales precios, cuales no alcanzó, *improbis ille puer, crudelis tu quoque mater*. Y aunque ahora, por saberlo lo tenemos en poco, la diuturnidad hará después tenerlo en algo, como el vino y otras cosas semejantes que ayer fue mosto de ningún precio, y ya es preciosísima cosa de quince o de veinte años.

Tuvo el conde de Orgaz un neblí, que se llamó «el barón», que mataba cuanto había en el campo, si no era milano, que en su almoneda le compró el duque de Medinaceli por quinientos ducados, que era indio, de tierra de Méjico, y vino tan roto y desharrapado que se andaba por casa como gallina, y mudó así el primer año.

Tuve yo otro neblí que se llamó Manrique, porque se hizo de bravo en casa del gran cazador Don Pedro Manrique, que habiéndome yo de ir en servicio del Rey, me dio el conde de Feria por él una cama de damasco morado y tela de oro, y un hermoso caballo rucio turco, y un peto y una celada a prueba de arcabuz, y cincuenta varas de terciopelo carmesí de Florencia, y cuatro neblíes de la tierra, bravos, y a mi cazador, que lo negoció conmigo, cuarenta ducados. Mataba garza y milano, rubio y negrillo, harpellea y atabardado, averramia, garzota, saurel, garza blanca, alcarabán, lechuza, cuerva, cornejón, cuervo calvo, paviota, pato real, y estas cosas en mucha altura, solo y acompañado.

Dio el Rey nuestro señor por un sacre milanero, a Don Diego de Acevedo, que se llamaba el Conde, porque el conde de Monterrey se lo había dado, como quien el comprador era, y al talle de su grandeza y liberalidad, doce cazadores salarados, ceñidos y vestidos, y mantenidos sus caballos cada año, y los halcones que quisiesen sacar de los Arcos a costa de su Majestad, después que escogiese su Real casa, y mil ducados para aviandarlos, y esto para todos los días de su vida cada año.

Así el rey Don Sancho de León dio por un azor y un caballo al conde Fernán Gonzalez, mil marcos de plata para tal plazo, porque se vea que un rey de un reino no tuvo con qué luego pagarlos, y que si del plazo pasase, que la deuda cada día fuese doblando, y en poco tiempo creció la suma, así que no hubo con qué la pagar sino con soltarle el vasallaje que el reino de León tenía sobre Castilla, que de allí adelante fue libre, y reinó por sí, cuya suma de libertad igualó a la deuda sin número, porque tampoco la libertad se puede estimar.

Mas no vienen a cuento estas cosas de reyes; volvamos a los caballeros, que es nuestro común manjar. Dio el duque de Feria a Don Francisco Zapata Puertocarrero, mi hijo, un sacre bravo; que por eso se llamó siempre el Duque, que echábamos un día cuenta que de unas a otras manos que pasó, fue en veces vendido en cinco mil y tantos ducados y vivió once años.

Yo di al clavero de Alcántara, Don Francisco de Toledo, un neblí altanero, que le dio por él el prior de San Juan, Don Diego de Toledo, doscientas hanegas de trigo cada año.

Mas esta compra excedió a todas, que por un neblí perdido que estaba en el aire, ni en diez y seis días se había podido hallar, dio el conde de Medellín, Don Rodrigo Jerónimo Portocarrero, a Don Luis de Guzmán, hijo del marqués de la Laguna, setecientos ducados, y hallóse después porque la largueza de la compra no quedase también en el aire.

Mas de estas larguezas del conde de Medellín no hay que espantar, pues dio por un caballo rucio a un caballero de Córdoba nueve mil ovejas con sus padres y perros, y todo un hato, como si volara.

Y el primer conde de la Puebla, Don Alonso de Cárdenas, dio al dicho Don Pedro Manrique por un neblí, doscientas vacas.

Saliendo a caza el conde de Niebla en Sanlúcar, hallaron con una garza en las manos un sacre, que con gran alegría le cogieron luego, y sin que el Conde lo viese le quitaron las armas, que eran de Don Juan de Bardaxí, un caballero de Zaragoza, que le había el mismo día con gran viento perdido con una garza. Túvole el Conde en mucho, y cazó con él medio invierno, hasta que con otro viento, llegó a Zaragoza la fama que estaba en Sevilla su sacre, gran cazador. Envía Don Juan en la demanda a uno de los suyos. Va a la vara de los halcones del Conde, que estaban tomando el sol; reconoce su sacre, y saca testimonio de ello, y da aviso por la posta a su amo que le había hallado, y que el Conde no se lo quería dar. Escribe muy comedidamente Don Juan al Conde, que si quería servirse de él que se sirviese, y que si feriarle quería, aunque no tenía precio, con dos potros suyos se contentaba. El Conde no acudió a una cosa ni a otra; pónale demanda ante alcaldes en Sevilla, y en ese medio tiempo piérdese el sacre; pasa el pleito adelante, condena la justicia al Conde en trescientos ducados y en las costas, que de vista y revista y oídas instancias serían otros tantos.

Como dio la isla de Malta el Emperador a la orden de San Juan, por ella de parias y reconocimiento le envía cierta cantidad de sacres y de neblíes cada año, que a la honra de los halcones toca que islas y tierras se paguen con ellos, por ser raza tan noble y tan estimable.

El rey de Túnez también fue obligado de enviar a España en reconocimiento y censo del reino que el Emperador le ganó y le dio, demás de otras cosas, doce halcones cada año.

El Landgrave, general del campo de la liga de los alemanes, antes de esto, tuvo en espera un neblí de garzas altas que por maravilla iba a la corte a verle volar, y suplicando un día al Emperador que fuese servido de ir a verle, y el Emperador no queriendo o pudiendo para ello desocuparse, le dijo el atrevido: «así lo pensé yo, señor, que vuestra Majestad todo su negocio es armas», como quien ve a un mancebo a unas o a otras cosas aficionado.

Aquella fue la mayor venta de ave de todas las dichas que, pasando un villano en Monzón, donde estaba la corte con un ruín gavilán recién tomado, el duque de Feria, Don Gómez, persuade al villano que vaya con él al marqués de Pescara, hijo del marqués del Gasto, que era mozo y nuevo cazador, y diga que le tomó con una picaza en las manos que llevaba muerta y que lo llevaba a vender al Duque que se lo pagaría muy bien. Créele el Marqués; estima el gavilán en mucho; pídele por él cien ducados; en fin, dale el Marqués treinta por cosa rara, como haber muerto picaza, bravo. Guarnécele, y muy contento va a dar con él higa al Duque, y con la picaza muerta de que se le había salteado. Revientan todos de risa, hasta que el Marqués, que aun no lo podía creer, entendió el engaño.

Y por concluir con las aves, de esto me he maravillado yo muchas veces, que en tiempos antiguos no se tenía noticia de cazar con aves, pues en cuantos libros antiguos hay no se halla rastro,

y en especial con halcones, pues se estimaban los azores en tanto como he dicho del conde Fernán González, y de que él mismo, cuando mató al Arcipreste en tanto aprieto de cosas, no se dejó por ahí el azor del Arcipreste, sino que se lo llevó: que si con halcones cazaran o supieran cazar, entonces no hicieran de los azores tanto caso, y en las historias modernas no hallo otro rastro sino desde cuando el rey Don Alonso el Casto le fue a hablar atrevidamente su sobrino Bernaldo, que estaba el Rey volando una garza.

175. De un milagro en Valladolid.

Hay una iglesia en Valladolid de mucha devoción, en el campo, cuya advocación es de San Cosme y San Damian. Pues un día de sol, de estos bienaventurados santos, que toda Valladolid iba allá, arremetió un escudero un caballo, y no le pudiendo tener, cae de un despeñadero abajo que había allí muy grande, y fue Dios servido por honra de los santos que, ni él, ni el caballo se hiciesen mal; y fue tan notorio y tan de admirar el caso, que en muchos días no cesó el hormiguero de gente de toda Valladolid de ir a ver el salto no peligroso por la divina piedad.

176. De un castigo justo de un impío hecho.

Siempre castigó nuestro Señor los impíos, aunque en los gentiles no había verdadera religión, porque parece que los que obraban mal contra lo que pensaban que era Dios, y no lo era, hicieran lo mismo contra el verdadero; porque aunque la religión era falsa, era cierta la impiedad; como si uno pensando que era el Señor agraviase al esclavo, y ya había hecho el Señor el mismo agravio de eso. En los antiguos hubo mil ejemplos, que a los religiosos y píos hacía Dios grandes mercedes, y grandes castigos a los violadores de la religión falsa, por ser sombra de la verdad. A lo menos no incurrió en esto el grande Alejandro que, yendo airado contra Jerusalén, se apeó de su caballo e hizo gran reverencia al gran sacerdote, y le besó la mano, y alzó su ira de la Santa Ciudad.

Pues viniendo al caso, dicen que un cura muy gran cazador de conejos, en un lugarillo pequeño, un domingo de mañana, dejando sin misa sus feligreses, se fue a caza; halla un conejo que no debiera; enciérrese en un vivar; echa alrededor sus redes; mete por el vivar, para no vivir, la mano; halla allá otra más poderosa, que con grandes gritos suyos le metió adentro por el chico agujero, tirando de él por el brazo, que no apareció más. De esto andan por ahí coplas impresas, que casi que se pueden tener por ciertas; pues las dejan salir al mundo provisosores y prelados, y he aquí cómo puede ser que entre un camello por el agujero de una aguja con el poder de Dios, a quien todo es fácil.

177. De que el mal se ha de dilatar lo posible, y el bien abreviar.

Fueron en Flandes por un insulto condenados a degollar diez soldados, que estaban ya puestos a la hila en la plaza, y el verdugo abajándoles los cuellos, como quien aparta peras o pepinos, el delantero ante quien ya estaba, sacó unos pocos de escudos de un escondrijo del pecho, y dandóselos al verdugo, le dijo: «Suplícoos, hermano, que comencéis por esotros, y pues tengo yo menos culpa que ninguno, sea yo el postrero.» El verdugo se lo otorgó, y con la facilidad que esto se hace en Flandes, comenzó a cortar cabezas, que pasa tan presto la espada, que salta a una parte la cabeza del cuerpo, y hablando algunas veces, acabando de gastar la lengua el aire que le venía de adentro de entre el paladar y los dientes. Pues llegando ya cerca el verdugo, con el espacio que le obligaban los escudos (que fueron escudos de la vida de aquel) alargando la vida, como dicen, no el oro potable, sino como éste, el oro palpable, llegó en esto posta del duque de Alba, mandando que cesase el castigo en cualquier estado que estuviese, y así escapó la vida aquel sabio, como por detenerse Quinto Fabio la república romana.

De la presteza al bien hay cien mil antiguos ejemplos, y en junto toda la vida de Alejandro en sus conquistas y toda la de Julio César; y ¡cuanto le importara a este último, cuando la última vez fue al Senado, no diferir el leer el billete que le manifestaba todo el hecho de los contra su vida conjurados!

De modernos, el conde de Bura se salvó en su carro del furor de las aguas del mar, que licenciosas iban tras él, por dar a sus caballos prisa para meterse en un castillo suyo en un cerro alto, y así mi camarinete⁸⁷ dice: «quien ama la vida ociosa pierde el resto: piensa despacio la cosa y hazla presto.»

178. De como en esta vida no hay cosa de que hacer caudal.

Aunque parezca este cuento de Esopo, todavía lo diré para advertir al hombre cuán transitorio es lo de acá. Tuvo un hidalgo viejo un mozo bachiller y él muy enojadizo, con quien cada día andaba a malas, al que dijo en la plaza un día: «un convidado tengo; toma estos pollos y llévalos a mi casa.» Va el mozo a la Iglesia, alza la losa de la bóveda del enterramiento de su amo, y arroja los pollos dentro y tórnala a cerrar. El amo y su convidado anduviéronse entreteniendo hasta medio día ser hora de comer. Llegan a la morada de aquel, hallan puesta la mesa con todos sus anejos, que el ama no era nada descuidada; quítanse las capas; el mozo su capa y gorra, aparejado para el ministerio, y comienzan a partir el pan.

—Sus, venga la vianda —dijo el hidalgo pobre, muy contento con sus pollos, que pensó que se había salido de madre por el convidado.

Dijo el ama:

—Señor, ¿qué viandas?

—¡Qué pollos, desdichada! Los trajo este mozo —dijo él.

—Cierto, él no me dio tal —dijo ella.

—Pues los pollos, ladrón, ¿no hiciste lo que te mandé?

—Sí, señor, por cierto; yo los llevé a la Iglesia.

—Pues a la Iglesia, ¿para qué?

—Tú me dijiste: «lleva estos pollos a mi casa»; yo así lo hice, y eché los pollos en tu sepultura, que aquella, según tu edad, es tu cierta y verdadera y perpetua casa, que ésta no es sino posada de pocos días.

Quísole dar de palos; no consintió el huésped; reservólo el hidalgo para que en dinero se los pagase; ni tampoco consintió esto la justicia, que se halló por derecho que el mozo cumplió bien con lo que mandó su amo, y él se quedó con su gasto hecho, y remendaron como mejor pudieron la comida, y el mozo de pena y culpa fue dado por libre y salvo.

En Valladolid alcancé yo un hombre, y él alcanzó a mi tiempo, que vio degollar al maestre Don Álvaro de Luna, que había más de cien años, y decía (aunque es cosa muy propia de viejos alargarse) que había sido entonces cosa notoria que la grita que dio el pueblo se había oído en Cabezón, dos leguas de allí, al punto del degollarle.

Y en Toledo hubo ahora un famoso médico que se llamaba el doctor Hamusco, que tuvo entre otros hijos dos de dos casamientos, que se llevaban uno a otro sesenta años los dos hermanos; y en Lisboa vivió otro hombre que enviaba a decir con un suyo este recaudo: «decid a mi nieto que me haga saber que tal está su nieto.»

Y Alonso Cornejo el de Talavera tuvo poco ha un hijo, siendo él de ochenta años. Y un Diego de León, de Zalamea, allegó poco ha también a ciento y seis, sin perder la vista ni ninguno de los

87 Camarín pequeño donde según la antigua usanza habría la inscripción que aquí copia el autor.

otros sentidos; sólo los dientes le faltaron, sin los que estuvo mucho tiempo, y al fin le tornaron a nacer, y murió de dolor de que le nació una muela cordal.

Y a un capellán mayor de la capilla de san Juan Bautista de Llerena, que se llamaba Diego de Salazar, que había perdido los dientes y la vista, le tornaron a nacer en suma vejez, y tornó a ver sin anteojos, y llegó a noventa y seis años.

Fue y será ejemplo de vida larga de mayor certeza y verdad el cardenal de Toledo, Don Gaspar de Quiroga, que hoy vive, y placará a Dios que viva muchos años que, siendo de la capilla de la Reina nuestra señora Doña Juana, y muy mancebo, le envió la serenísima Reina, año de mil y quinientos y trece, a estudiar a su costa a Salamanca, que siendo hoy el año de noventa y tres, parece que ha lo que digo justos ochenta años. A esta cuenta habría entonces quince o dieciséis años, y es hoy por lo menos el señor reverendísimo de casi cien años, sin los que por la divina clemencia más vivirá, y con tener de renta hoy más de doscientos mil ducados, manda cobrar cada día lo que la serenísima Reina le daba; y dice que más que cuanto tiene lo tiene en más.

Y el obispo de Lugo, Don Juan Juárez, instituidor de una honrada casa de Talavera, vivió otros ciento y cinco años.

Mas otra cosa excede a todas estas, y llegó a la cumbre de las cosas creíbles: que Don Pedro de Silva, hijo del conde de la Videguera⁸⁸, dijo a un caballero muy principal que me lo contó a mí, que siendo virrey de la India vio un hombre allá de trescientos años, que tres veces le habían nacido los dientes, una cada cien años, que parece que a cada cien años de edad sirven unos dientes, como a un año una librea y vestido; y otra más admirable, que tenía un hijo de cinco años: quizá que las cosas aromáticas de aquellas tierras que conservan los cuerpos muertos para no corromperse, preservan también los vivos para tan presto no acabarse.

179. Del mucho valor de los antiguos grandes de España.

Cosa es muy platicada entre todos del antiguo valor de los grandes de España, y que los de ahora ya no son como los de aquel tiempo pasado, culpándolos; en lo que los reprehensores reciben grandísimo engaño, que mucho más valen los de ahora y son para mucho más que los pasados. Sino que el mucho valor de los reyes presentes oscurece (como el sol a las estrellas) lo que ellos valen, siendo la causa de ello los tiempos; creciendo en poder tanto los reyes, que de una lumbre de un reino chico, y otro y otro pequeño, cada uno por sí juntos, ya de todos se ha hecho una gran llama; con los que no viene a cuento ni a comparación ningún grande que *generatio unius*, ha sido y será *corruptio alterius*, que quiere decir que el crecimiento de los reyes ha sido decrecimiento de los grandes, digo en poder soberbio y desordenado, que cuanto a lo demás antes han crecido en rentas y en estados, como pelándoles las alas a los gallos, dicen que engordan más, y así teniéndolos los reyes en suma tranquilidad y paz, quitadas las alas de la donosa soberbia, crecen en más renta y tranquilidad.

Y las cosas de entonces pasaban de otra manera. El duque de Medina Sidonia acompañaba al Rey estando en Sevilla, y decían todos: «¡Helo do va con el Rey el duque de Sevilla!» El Rey, torciendo a ello el gesto, le dijo un loquillo: «Pues él sufre que os llaméis rey de Gibraltar; sufrid vos que se llame él duque de Sevilla», que hacía poco que Gibraltar se les había quitado a los duques de Medina de su casa.

Don Alonso de Aguilar trece años tuvo usurpadas al Rey las rentas de Córdoba, y fue llano señor de ella; y porque un obispo predicando murmuró algo de ello, le hizo poner en su mula, abajándose del púlpito y que se saliese con él afuera, y le mostró todos los caminos en que escogiese para ir y nunca volver más a la ciudad.

88 Vidigueyra, título de Portugal.

El conde de Benavente, Don Alonso, llevando del brazo a la reina Doña Isabel Católica, llegó llorando a su Alteza una mujer, y dijo:

—Señora, justicia, que el Conde que ahí va me mandó matar mi marido, ni le aprovechó este seguro de vuestra Alteza, que traía en el seno.

Y muestra la carta de seguro por la que atravesaba un pasador que le pasó por los pechos a las espaldas. El Conde entonces, dijo:

—Harto más le valieran unas corazas.

La Reina, enojada, dijo:

—¿De manera que vos, conde, no queríades que hubiese rey en Castilla?

—Antes, señora —dijo él—, querría que hubiese muchos.

—¿Por qué? —dijo la Reina.

—Porque si hubiese tantos, sería yo uno de ellos.

El conde de Alba de Tormos, Don García, ya se sabe que sacó por fuerza de prisión a su padre, como Garcilaso dice «despertando su ilustre y claro bando.»

Pues la condesa de Medellín, Doña Beatriz Pacheco, hija del maestre Don Juan Pacheco, mi rebisabuela, siendo más servidora del rey de Portugal que vasalla del rey de Castilla, metía acá muchas veces los portugueses, y le tomó a Mérida, y la Reina la envió a amenazar que se estuviese queda, sino que la haría hilar; y respondió ella: «Decid a la Reina, que si su Alteza me hiciere hilar, yo la haré rehilar.» A este propósito, hallándola enterrada en el Paular de Segovia, en una sepultura de mármol, y que el bulto le quitaba de ver el Santísimo Sacramento desde el coro, dijo la Reina: «Encomiéndote yo a tal, que aun hasta aquí me has de ser contraria.»

El duque del Infantazgo Don Diego, cuando el Rey de Francia vino, se hizo malo de gota, de fantasía, por no le salir a recibir, y porque el Rey le viniese, como vino, a le visitar.

Otra vez el mismo duque, mandando Xevres el mundo, como ayo que había sido del Emperador, topóle en el descanso de una escalera en Valladolid en palacio. Subía el Duque y Xevres bajaba, o más bien subía Xevres y los grandes abajaban ya; llegó Xevres humildísimo, y dijo:

—Suplico a vuestra Señoría me dé las manos.

Respondió el Duque:

—¡Oh señor Xevres! Levantaos, tengo os lo en merced, que yo haré por vos y os favoreceré en cuanto me mandardes —y podía el otro dar favor a toda España.

Después, cuando ya flojos estos bríos, el duque del Infantazgo, su hijo, hizo aquella cosa tan bien hecha como fue al alguacil que se le desacató darle una cuchillada por la cara, mandado por el Emperador ir preso, cuantos señores había en los tablados bajaron para acompañarle, no por vía de motín y escándalo, sino por hacer el oficio de acompañar a un compañero y amigo, e ir consolando a un enfadado.

El mismo Duque, cuando con la rastra de aquel tiempo iba la corte a Guadalajara, entró un arrogante aposentador en su casa, y dijo:

—Este aposento es para la Emperatriz, nuestra señora; éste para sus damas; aquí la condesa de Haro; aquí la marquesa de Lombay, y aquí el conde de Miranda.

—¡Cuerpo de Dios! —dijo el Duque a estas tres postreras partidas—. Para la Emperatriz, nuestra señora, norabuena, y para sus damas; mas no pienso salir de mi casa para la condesa de *Faofao*, ni para la marquesa de *Birlinbao*, ni para el bachiller de Miranda.

Ya las cosas se acabaron de trocar que, cuando los señores vieron que con los acompañamientos grandes no crecían en más autoridad, y que toda la luz que tiene un grande es la que el sol de su Rey le da, dejaron lo que llamaban «sierpes», y por ahí se hallan por la corte a

solas, como los antiguos capitanes y cónsules romanos, que acabados sus cargos volvían a ser a Roma hombres como los otros particulares y privados.

Y solían además las casas suyas como iglesias a los delincuentes servir de receptáculos; mas, como digo, todo es ya por bien de todos al Rey y a sus ministros llano; no por culpa de los valerosos señores que en ella hoy hay, mas si ven que el gran Turco, y el rey de Francia, y la misma Roma no resisten a poder tanto como el del Rey nuestro señor, ¿qué grande ha de contrastarle?

Pues demos gracias a Dios que en estos reinos nadie puede hacer agravio ni demasía a nadie, y si la hiciese en manos está el cetro que hará a todos justicia igual.

180. De los valerosos príncipes que hubo en el mundo una temporada.

Yo pienso que hay año y vez en todas las cosas de la tierra, en las tierras, en las viñas, en los olivares, y en cuantas plantas y árboles hay, y así un siglo lleva famosísimos hombres, y otro no lleva tantos, que la tierra parece que descansa. Nacieron un mismo día año de mil y quinientos el emperador Don Carlos y el emperador de los turcos Solimán, y fue en aquella era el rey Enrique de Inglaterra y el rey Francisco de Francia, y el Papa Paulo III, y el rey Don Juan de Portugal, y Christierno rey de Dinamarca, y ahora en nuestra era ¿quién hay? Sólo produjo Dios al rey Felipe, segundo de España, y con solo tan raro rey de cuantos príncipes ha habido y pudiera haber más, da el mundo a Dios cédula de contento y carta de pago.

Así como en este tiempo estos príncipes hubo de filósofos y de hombres militares, antiguamente otras dos felices temporadas. A los trescientos y treinta y seis años de la fundación de Roma fueron Platón y Sócrates atenienses, y Demócrito abderita, y Empedocles de Agrigento, y Eudoxo, astrólogo nigdio, Hipócrates co-omédico, e Isócrates en Atenas rector, y el historiador Herodoto, y Eurípides y Sófocles trágicos, Diógenes, cínico, y otros muchos, aunque no de tan gran fama; y de los militares fueron en un tiempo dos Fabios, dos Escipiones, dos Metelos, Sila y Mario, dos Lúculos y de César otros seis famosos soldados: Ventidio, Baso, Bruto y Casio, y otro que no se me acuerda en Inglaterra, y Petronio y Graneo.

181. De una pertinacia cruel.

Hubo en Talavera una esclava de un caballero de allí que caída en una culpa, entendido que lo sabía su amo y que la amenazó con castigo, corre a priesa a un pozo muy hondo y con mucha agua, y échase dentro desesperada. Un muchacho pequeño que la vio, dio aviso a los demás; acuden los criados a sacarla, que no se había hundido del todo, con la saya que hacía campana; échanle una caldera desde arriba con muchas brazas de sogas muy larga, diciendo que se asiese a ella, y procurando con ruegos de la sacar; mas ella no asió la soga, sino que quería ahogarse. Acudió su amo al caso; mas obstinado el que ella mandaba darla con la caldera, para que se acabase; en fin, suplícale un amigo que le deje entrar por ella que la sacará; descuélganle por una soga, y danle otra que lleve para atarla; mas la esclava en ninguna manera quería, y le rogaba por amor de Dios, allá bajo, que la dejase ahogar; mas al cabo la ató y la sacaron arriba muy contra su voluntad.

No se pareció ésta a aquel leñador viejo, que junto al asno caído llamaba a grandes voces la muerte por salir de tan ordinario trabajo. He aquí que la muerte llega y se apareció antes diciendo:

—Aquí estoy. ¿Qué me quieres, para qué me llamas?

El viejo viendo su espantosa cara, respondió:

—Para que me ayudes a cargar este asno que se me cayó con la carga.

De aquí se puede sacar que nunca nadie amenace a esclavo, porque se matarán o huirán, y que nunca hay ninguno tan viejo ni tan fatigado que no quiera vivir más.

182. De algunos yerros poéticos.

Favorino, filósofo, según cuenta [Aulo Gelio](#), reprendió a Virgilio de estas pocas cosas; si tuvo razón o no el lector lo vea, y juzgue también la intención, que cuando no es con envidia o con malignidad, la reprensión antes es muy mucho de loar; como quien está en un camino muy pasajero, por donde los presentes y por venir lectores han de pasar; gran loa merecería que se pusiese en él diciendo y mostrando con la mano: «Caminante amigo, aquí atolló mi compadre Virgilio; aquí cayó el antiguo y ciego Homero: aparta, aparta caminante y echarás por otra parte.»

Favorino, pues, le reprehende que Palinuro dijese a Eneas en el infierno que buscarse su cuerpo para enterrarle, en los puertos de Velia. Velia no la había entonces, ni se llamó así aquel puerto en tiempo de Eneas y de algunos reyes que después de él pasaron, y así a tal parte, por aquel nombre que de ahí a muchos años tuvo, no podía atinar Eneas.

Otro yerro que le advirtió es que contando Virgilio del monte Etna, dice que Encelado escupía las arrancadas entrañas del monte, que fue impropísima y monstruosísima traslación, como el otro indigno poeta de este nombre al nevar decía que escupía Júpiter en los Alpes.

Otra vez le reprehende que contando que salía Dido con majestad real entre sus príncipes y capitanes, la compara a Diana cuando sale a bailar con sus ninfas y a hacer danzas y coreas.

Y otra más: cómo que por la muerte de un ciervo casero que mató Ascanio, se revolviese tan mortal guerra entre los troyanos y los latinos.

Y San Jerónimo le reprehende otra cosa con mayor causa: que fue hacer mala a la castísima reina Dido, que Dido fue antes que Eneas trescientos años, porque Cartago fue fundada antes del advenimiento de Nuestro Señor mil y treinta y siete años, y Roma después, antes del setecientos y treinta y siete, en lo que a Eneas no dio tampoco mucha honra Virgilio con hacerle burlador y engañador de una mujer y falto de su palabra; en lo que quitada la autoridad del santo doctor aparte, y aunque él no lo reprehendiera con el gran cargo de conciencia de tal infamia y cargo de gran conciencia, tal revolución y confusión de tiempos se pudiera excusar *quia poterat duci cæna sine istis*, y no fuera su alta y excelente obra menos clara.

Otras tres le reprehendo yo: la primera, que al vencer a Turno Eneas pintó a Turno tan vil y de tan bajo ánimo, que se le rindió, pidiéndole merced con tan miserables palabras, como jurarle por vida de su madre, y a Eneas tan cruel, *ergo* cobarde, que mató al rendido suplicante.

También fue leve yerro de descuido suyo que quedando muerto Príamo en su real casa, cómo le mató Pirro después, dice:

*Jacet ingens littore iruncus,
Avulsumque humeris caput, et sine nomine corpus.*

Que estaba tendido descabezado en la ribera, salvo si no llama ribera la tierra después de asolada Troya *et campos ubi Troya fuit*.

También fue descuido suyo que en su propio loor diciendo a Dido Eneas quién era, dijo que era pío por fama *super cætera notus* arrogantemente, pío y conocido por fama sobre las estrellas, que si sobre las estrellas le conocían mejor en la tierra, Dido le podía conocer. Mas en esto no tiene Virgilio disculpa, que queriendo él hacer tan fuerte caballero a Eneas no fue acto sino de no imaginable cobardía ver que mató Pirro ante sus ojos a su rey Príamo y su pariente, sin osar él defenderle ni venirle a la mano. Mas dice que se fue huyendo a poner en cobro su casa, y en el camino estuvo por matar a Elena, y hacía contra ella bravatas, como que de tanto daño había sido la causa; cuyas sus mismas faltas entendió bien el autor, pues mandó quemar sus obras en su testamento, por no enmendadas, lo que defendió Augusto César, que sólo pudo remediar tan gran pérdida si así pasara.

Mejor entendió Musior del Escudo⁸⁹, un caballero francés, la obligación que tiene un caballero a su príncipe, que viendo ir de vencida al rey Francisco en Pavía y desacompañado de los que enante por ponerlos en favor y en mercedes les había hecho muchas ventajas, dijo: «*Sire, ou son los botres miñones de la Xambre?*»⁹⁰ que en español dice: «Señor, ¿adónde están ahora los vuestros privados de la cámara?», y se metió ante él en los enemigos, donde ante sus mal conocidos⁹¹ ojos le mataron.

Cicerón en una poética ficción suya, en *El sueño de Escipion*, cayó en otro gran yerro que, aunque yo lo reprehendo en otra parte, lo diré también aquí, como quien despacha una misma cosa por dos vías con el duplicado.

Tulio dice injustamente
Que de la décima espera
Y de la tardía primera
Se hace un son excelente.
De persona tan famosa
Fue mala imaginación,
Que aunque sea fabulosa,
Donde no hay aire no hay son.

Otro gran indecoro de Virgilio noté leyendo acaso ahora, que es que enviando Eneas al rey Latino cien embajadores para pedirle paz y amistad, y llevando grandes dones con ellos, al saltar en tierra él los recibió agradablemente, y les dio también otros dones de gran precio; y a la primer vista de los embajadores huéspedes envió a decir a Eneas que allí tenía una hija que casar con él, que fue nueva manera con tanta aceleración tratar luego a la primer vista de casamiento.

Lucano, aunque buen poeta, es muy prolijo, que nunca viene al cuento, tanto que desde que pone frente a frente para pelear a César y a Pompeyo, tarda once planas en venir al hecho. Todo se le va en declamar y en llorar duelos que, aunque tenga razón, bastaría una y no tantas veces; que enfada, y por eso dicen que se debe Lucano de contar más entre los oradores que entre los poetas.

Ovidio en su *Metamorfóseos* ninguna reprensión padece, antes en ingenio, en invención, en disposición hace a todos los poetas ventaja. En elocución Virgilio se la hace; mas en las otras obras Ovidio, aunque tiene algunas agudas e útiles sentencias, asimismo no le iguala. Esto es de poetas heroicos, porque de líricos y satíricos, cuyo príncipe es Horacio, sería cosa infinita ser nadie juez de tantos pleitos de menor cuantía de cada dístico u epigrama.

Homero debe en palabras y versos de tener en su lengua gran melodía, pues de toda la antigüedad y de Alejandro fue tan alabado; mas de las cosas, según vuelto en latín y español le leemos, ninguna hay que admirar; y como todos los poemas consten de palabras y de cosas, las cosas son en todos los que escriben de más sustancia: que las palabras a charlatanería tiran muchas veces, y papagayos, tordos y picazas, aunque lo que dicen no lo entienden, hablan, porque bobería es grande decir: «fulano tiene lindo latín o lindo griego»; eso muy poca loa es, porque del tal es su propia lengua materna, en la que le alaba.

Dante es tan pesado que jamás pude leer una hoja entera de él, y de más de eso la materia es del Paraíso y del Purgatorio y del Infierno, en lo que no es bien que nadie se entrometa, sino dejarlo a aquel cuyo es el todo.

Petrarca es admirable en su lengua, mas en esto erró en extremo, que con la silla apostólica no se llevaba bien, como dice aquel soneto que se me acuerda, *la avara Babilonia* etc., y en una canción:

⁸⁹ Monsieur de l'Escu.

⁹⁰ Así en el original, sin variar ni quitar nada. Debió decir con la ortografía de aquel tiempo: «*Sire: ou sont les vostres mignons de la chambre?*» Mignon equivale a gentilhomme, paje.

⁹¹ Está por poco reconocidos o ingratos.

*In guardia a San Pietro
Hor non più, no
Intendami chi puo etc.*

Y porque le entendemos, pienso que esto o se le ha quitado o se le debe de quitar. Lo demás que escribió en latín de próspera y adversa fortuna no son obras dignas de él.

Ludovico Ariosto, admirable y no asaz alabado poeta, que cuanto le loaren merece, cuantas fábulas tiene tomó de otros poetas, aun hasta de nuestro Amadís, cono la puente de Rodamonte, cuando con las armas de Amadís iba Don Guilán; el cual no hizo sino mudarles los nombres, y con otros vestidos nuevos sacarlos a representar al teatro. Mas en esto hizo lo que se debe, que es lo que se toma con gran exceso mejorarlo. Fue mozo del *Inamoramento d'Orlando*, y del español *Espejo de caballerías*, que cada rato nos remite a ellos; escribió algunas cosas deshonestísimamente, lo demás de su ingenio, disposición y elocución, ya que la invención de muchas fue ajena, no puede acabarse de loar. Algunos culpan al buen caballero, que cómo supo Flor de Lis de la manera que Bradamante murió, sin se lo haber dicho antes, hasta que Astolfo y Sansoneto le entraron con la nueva; mas yo le disculpo, diciendo que con la nueva precisa y cierta ellos le entraron, mas la tarde antes había llegado la nueva; y como la fama tiene mil lenguas y mil agujeros por donde sus cosas publica y derrama, pudo Flor de Lis saberlo con incertinidad todo; mas hasta que llegaron Astolfo y Sansoneto, no la certeza de la verdad.

También dormitó cuando puso Hermanide de Holanda:

*Il segno basso
Che per passargli il destro franco atesse.*

Que dice en español que apuntó bajo, que por pasarle el diestro lado enderezó. Los que justan nunca encuentran el lado derecho, sino el izquierdo, y esto no es cosa superflua; está obligado a saberlo un caballero.

De otro descuidillo, si fuera vivo, le advirtiera yo también casi en la historia misma, que es muy liviano y lo diré yo para que todos entiendan que yo veo bien, como cuando sobre la vista porfían algunos: yo veo la matilla, yo la nubecilla chica a muy lejos, y porque no sólo de los yerros grandes huyan los que escriben, sino aun adviertan en los descuidillos como éste. Y pues yo muestro, como un rústico, el camino a los escritores venideros cuanto en mí está, casi obligado soy a decir guarda de la piedra en que puedes tropezar, como de la sima en que, si cayeres, pereceréis.

Dice el buen Ludovico Ariosto, cuando envió a Agramante a desafiar a los tres para la isla Lipadusa:

*Che se habían di trovar con numer pare
Di caballeri armati in Lipadusa,
Una isoleta è questa che del mare
Medesimo che la cinge è circunfusa.*

Y mi reprehensión es que metió aquí mucho y muy escusado ripio, que bastó decir que-era isla, sin añadir que del mar mismo que la ciñe estaba al rededor cercada, que eso con decir que era isla se entendía y pudiera para cumplir con su consonante u con su verso decir otra particularidad nueva, como que la bañaba el Mediterráneo, u otra cosa como él la supiera muy bien decir.

Volviendo a Virgilio, pues que lo leí ahora; veo un indecoro en el sexto, grandísimo. Viendo Eneas a su padre en el infierno, dice que tres veces rodeó a echar sobre el cuello a su padre Anquises los brazos; eso a un esclavo, a un hijo, a un vasallo, o a un criado se había con tanta indecencia de abrazar, y a su padre echársele a le besar los pies, y no a rodearle el cuello con los brazos, que las mentiras se han de decir con la decencia que si fuera verdad, que dice:

Ter conatus ibi collo dare brachia circum.

Y otro yerrecillo, aunque liviano, fue en su segunda octava Diro de Orlando etc, en decir que

*Per amor vene in furore mato
Huom che si sagio era estimato.*

De loco no es contrario el sabio, sino el cuerdo; y así había de decir que por amor vino en furor y en ser loco de hombre que por tan cuerdo había antes sido tenido.

En fin, otro yerrecillo pequeño hay suyo, que en los poetas unos son casquillos de saeta los hierros pequeños, otros de lanzón y de lanza grandísimos.

Bradamente era christiana,

y en la octava

Tu m'ay Ruger lasciata etc.

Dice que

Si conceso me avesero i Dei;

que siendo cristiana no había de invocar sino a un solo Dios, y de otros yerros le reprenden otros, que yo no me atreviera a hacer esto, si por gala no lo hiciera un comentador suyo.

Mas vengan luego nuestros españoles a dar cuenta de sí, que siendo yo el que se la he de tomar, seguros vendrán a juicio.

Juan de Mena la dureza de sus coplas, la falta del lenguaje atribuyase a la barbarie de aquel tiempo; mas esto miré en él esto otro día, que para escribir la infeliz muerte del conde de Niebla que habían de ser malos agüeros de desdichas, ¿para qué pone en su muerte señales de tempestades? Pues él no murió por tempestad en la mar, sino por hundirse con muchos la barca en que él iba, lo que en una salida a espaciarse por la mar suele acaecer.

Boscán muchas cosas dijo muy bien, y de muy buenas y razonables y notables consta su libro; mas su Leandro es prolijo, y «en el umbroso y fértil Oriente» es ajeno letra por letra, que el imitar el aire, el estilo es muy bueno; el tomar cositas de aquí y de allí para una obra, y asentarlas bien, es gala; como el que para su casa llevase de otras, de una la portada, de otra la fuente, de otra la reja; mas decir toda esta casa es mía siendo ajena, eso hurto y sin razón, y descontinencia grande es. Y acaeciós a los primeros que hurtaron cosas de Italia, donde pocos españoles habían aportado antes, pues por maravilla llamaban al que fue a Roma el romano, lo que acaecería al que llevase hurtados bueyes o caballos, o ropas de un lugar a su tierra, y lo vendiese allá por suyo, que si un caminante pasase por aquel lugar robado y hallase a otro llorando por su cama, y a otro quejándose por su buey, tendría en menos la riqueza de su vecino, de que se alababa; pues si le quitara cada uno sus bienes, quedaría sin plumas, como cuando le tomaron las ajenas a la picaza por ser hurtadas.

En Garcilaso no hay cosa que reprender, sino infinitas que loar; sola una que en la urna de Tormes puso por pintura tantas guerras, tantas batallas, tantas galeras, tantas historias que en toda una casa no caben cuanto más en una urna, estando en la otra media él recostado, y la otra media en el suelo, que ya que las ficciones se hacen porque deleiten y admiren, no deben, ser en todo falsas y mentiras en mentiras; y ya que unas cosas creemos por cortesía. otras no se pongan de manera que por ninguna vía las podamos creer. Voló el caballo Pegaso por los aires; ya que se creyó esto, al poeta más absurdo mentira y menos de creer fuera que voló sin tener para ello mas que un ala. Creeremos que Tormes supo las tantas historias por venir; creámoslo, mas ponga colorada esta ficción en su gruta espaciosa y grande, para que no sea más amarga y difícil al gusto de tragar la salsa, que la vianda misma. Miéntase, como hace el diablo padre de mentiras, que dice muchas verdades para que se le crea una cosa falsísima.

Bien veo que se expone a mucho en culpar faltas ajenas quien ha escrito como yo, y tiene tantas faltas suyas; mas hartó será mi amigo el que en mi vida me las culpase para que las enmiende o lime.

183. De cosas extrañas que con peste acaecieron en Málaga.

Año de ochenta y dos hubo una espantable pestilencia en Málaga, en que murieron más de catorce mil personas, de tan inficionado y venenoso aire, que no se vio en aquel tiempo pasar ave por sobre la ciudad; acabáronse muchas casas y muchas familias; había herbazales grandes en las calles y plazas; no había persona que pudiese salir a ningún rebato, en la que acaecieron innumerables admirables casos; mas dos contaré solos por cumplir con mi prometida verdad.

En dando a uno la landre por principal que fuese le arrebatában y le llevaban en una silla dos diputados ganapanes (de quien la muerte no hacía caso, ni ellos la temían, por no tener con ella que perder nada) a un barrio de casas fuera que se llama Los Percheles, junto a la mar, donde entraban infinitísimos a se curar, y morían cada día doscientas, y algún día trescientas personas y más. Aquí llevaron una honrada mujer de un platero, que estuvo en cura y convalecer (que se hirió dos veces) más de sesenta días, en los cuales teniéndola ya por muerta su marido, y hecha información de ello de los que enterraban, se tornó en haz de la Iglesia, siendo su mujer viva, a casar. Los heridos convalecientes quedaban con unas túnicas de angeo por algún tiempo por señal, y así esta mujer pasado el tiempo que se les dejaba entrar en Málaga, fue a su casa que halló toda de boda, y la nueva recién casada en su tálamo. Ella en figura de la misma muerte desflaquecida y vestida con su mortaja, arremete con la adúltera y coblueza; sube la grito al cielo, pensando que era la misma muerte, y sobre el marido incierto, méanse muy bien entrambas, y a ambas llévanlas a la cárcel eclesiástica, y dieron por mujer verdadera de aquel a la primera que lo era de verdad.

También es de harta maravilla otro caso, que en tanta confusión (que medio vivos por despachar los embarazados ministros se arrojaban por ahí los recién muertos), echaron en el carnero un vivo y muchos muertos sobre él y cal viva para que los consumiese presto; y al echar de otros dio voces aquel vivo hombre sobre quien había ya tres días que se echaban en el carnero cuerpos muertos. Óyenle, respóndenle; sácanle vivo de la misma casa de la muerte con muchas llagas, de que le comió la cal viva pechos y piernas, y brazos; y en fin, en tanta mortandad quedó sanó y alcanzó después largos días de vida; pasando primero de la vida a la muerte, y después de la misma muerte, tornando a volver a la vida acá. Y fue mucho más de espantar que cuando de una contagiada ropa se causa con sólo tocarla la muerte, por lo que se quemaron de sospechoso mueble más de doscientos mil ducados, este hombre se levantase salvo de entre las mismas landres.

184. De que no hay tal engañar como con la verdad.

De mis propuestos capítulos cumpliré en confirmación con dos o tres ejemplos, porque con todos sería infinito, y la capacidad humana y mi incapacidad propia lo repugnan. Pues aun se dice que son más los negocios que los vocablos.

Fue Don Luis de la Cueva, capitán de la guarda del Emperador, con gente por comisión suya, sobre un fuerte y pequeño lugar, el que se puso muy en defensa, y a le requerir que se rindiese, como se usa, envió luego un trompeta, y si no que juraba que los degollaría a todos si esperaban que descargase su artillería. Esto decía él como haciendo burla en esta parte de su flaco poder, que no llevaba en sus acémilas sino cinco o seis débiles tirillos. Ellos entendiendo que la artillería era gruesa, y que el descargarla era disparando furiosamente ella, se rindieron luego, y más por la reputación del Emperador, que era horrible a toda gente.

A esto se pareció el trato de casamiento que hizo con la hija de un señor para su amo un paje de un caballero principal, aunque muy pobre, pues:

—¿Qué hacienda tiene —dijo ella— ese caballero?

—No más —dijo él— que sólo un baúl, aunque con el baúl y su persona merece la hija de un Rey.

—Pues, si el baúl es bueno, yo me casaré con él —dijo ella, pensando que era algún buen pueblo. Pues con esta verdad tan falsa se hizo el desigual casamiento.

Pasando el Emperador por la posta por Francia a Flandes, a castigar la rebelión de Gante, cuyo rey había sido supreso y le había movido después grandes guerras y debates, y el viaje era contra el parecer de cuantos su servicio amaban, fue del Rey servido y regalado con cuanta opulencia y magnificencia y humildad pudiera, si estuviera todavía en Madrid, en su prisión, en el Alcázar. Al fin le pidió que le diese a Milán, sobre que habían tenido tantas guerras y batallas; el Emperador se lo concedió alegrísimamente, no como a un cuñado, sino como a un verdaderísimo hermano; dale sus reales provisiones, de ello; a la despedida abrázanse; camina el Emperador su vía, envía el Rey las patentes a Italia para ocupar el estado; mas ni el marqués del Gasto, gobernador, ni Don Álvaro de Luna, castellano de Milán, quisieron obedecerle ni otorgar la cesión hecha de ellas en Francia. Así con la pura verdad, sin cosa en contra, quedó frustrado el rey de Francia.

Pasando ahora a cosas de burlas, el conde de Ureña, Don Juan Girón, varón por su bondad y obras públicas pías celeberrimo, fue muy amigo de hombres dados a burlas, y así tenía en su casa mucha mercadería de ésta y venían en su demanda muchos de ellos. A la fama de ello, pues, viniéronle dos hombres graciosos para asentar con él:

—Sal —dijo a Perico de Ayala, que estaba con él— y mira qué cosa son, porque un gracioso frío no hay peor cosa que él y un melón malo; y dime la verdad por amor de mí.

—Yo os juro —dijo— de la decir, y aunque sean de mi oficio, no os la negaré.

Sale él a examinar los dos graciosos, muy enfadado de que acudiese a la miel tanta gente, y pregunta a uno luego:

—Señor, ¿sabéis nadar?

—Sí, señor —dijo él; y al otro:

—¿Y vos?

—Yo por cierto no lo sé.

Y vuelve al Conde sin les decir más, que le preguntó:

—¿Pues qué te parece, Pedro?

Él dijo:

—El uno nada y el otro no nada.

—Pues si no valen nada, váyanse para echar cuervos —y así quedó aquel solo, sin competencia de los que venían de nuevo a la parte, aunque eran muy agradables y muy buenos.

Así engañó con la verdad el rey Don Alonso a Alimaymon⁹², rey de Toledo, diciéndole cómo su hermano el rey Don Sancho era muerto, aunque los suyos le decían que lo encubriese; mas él con decírselo le aseguró, y cuando más seguro estaba el moro, se fue de él, y si como él lo sabía, se lo negara, según Alimaymon después dijo, nunca le dejara salir de cautiverio, así que no hay tal engañar como con la verdad.

185. De la víbora y de los escuerzos.

Un ballestero muy verdadero y viejo, que fue en su mocedad lacayo de mi padre, de su ballesta, que en aquel tiempo lo que ahora usan traer los caballeros, guarda soles y otros regalos de respeto, traían siempre tras sí un paje a caballo con una lanza, y un mozo a pie con una ballesta, que los arcabuces aun no habían salido al mundo tan licenciosamente, me afirmó esto: que estando

92 Yahya I, denominado Al-mámon (el fiel, aquel en quien las gentes confían), rey de Toledo, de la dinastía o familia que reinó en Toledo desde 1043 a 1077, conocida con el nombre de Beni Dzenón. Ocupó el trono de dicha ciudad desde 1043 a 1077. Es el mismo a quien nuestros cronistas llaman equivocadamente Alimaymon.

esperando un día un venado a unas aguas, vio llegar una víbora a un carrasco, y salir luego de un agujero una gran araña negra, la cual se subió en los lomos, y la picó con tanta ponzoña o fuerza, que la víbora partió huyendo de ella con la prisa que pudo, que es muy tarda. Y yendo la araña un rato tras ella en seguimiento suyo, yo me espanté mucho de oír que hubiese cosa que la víbora temiese, porque todas las cosas cosas vivas la temen.

Vio el mismo otra cosa extraña otro día: pasar silbando de miedo cabe él, huyendo a gran prisa, una culebra, y de ahí a un rato pasar rastrando por su rastro como un ventor, un escuerzo, y llegar al pie de un árbol, y andar alrededor venteando, y alzar el rostro arriba al cogollo más alto, donde enroscada de miedo de él se había huido la culebra, y desde abajo escupió el escuerzo o sapo, como cuando Hércules alcanzó al Centauro, que no podía por pies, con una saeta, y del ponzoñoso soplo muerta la culebra cayó abajo.

186. De invenciones nuevas.

¡Cuán enfadosa es la gala que tienen algunos de quejarse del tiempo y decir que los hombres de ahora no son tan inventivos ni tan señalados, y que cada hora en esto va empeorando! Yo quiero, pues, volver por la honra de esta nuestra edad, y mostrar cuanto en invenciones y sutilezas al mundo de ahora somos en cargo, que de vicios y excesos hubo más los tiempos pasados con la prosperidad de entonces, que con la prosperidad de ahora los hay; y también probaré que con el poco poder del tiempo más atrás, en la infancia de Roma, también en la resurrección de España, que por milagros de Dios tornó a respirar, hubo grandísima abstinencia y templanza; mas vengamos ahora a lo particular.

En las ciencias y artes hace el tiempo de ahora al antiguo grandísima ventaja. La teología es mayor, pues que tantos Doctores, tantos Santos, tantos sumos Pontífices, tantos concilios la han apurado. El mismo crecimiento hay ahora en leyes y cánones, y más hombres señalados.

Cuanto a la pintura, dejen los antiguos de blasonar de sus milagros, que yo pienso que como cosas nuevas, y ellos también nuevos, las admiraron; y creo que aquellos tan celebrados Apeles y Protógenes, y otros a las estampas de ahora de Miguel Ángel, de Alberto Dureró, de Rafael de Urbino, y de otros famosos modernos de ahora, no pueden igualarse.

Y a este propósito diré una graciosa invención de Miguel Angel, con que se acaba de confirmar la opinión de algunos que no les parecen bien las cosas, si no les huelen a rancia antigüedad. Él, pues, hizo una estatua, al parecer antigua, porque como pintor era escultor admirable, y enterróla en unas antiguas ruinas de Roma. También, para que como a la antigüalla se diese crédito al lugar, cavaron allí acaso disimuladamente; hállase a la sazón la estatua; admírala toda Roma y todos los escultores. Su Santidad, y sus Cardenales y todos, resuelven que lo antiguo era inimitable, y danle a Miguel Ángel sobre ello albricias. Llévanla a un jardín del Papa, que dijo que diera él diez mil escudos por otra semejante; mas Rafael de Urbino, competidor de Miguel, dijo que era imposible que nadie la pudiese imitar, cuanto más igualarla. Entonces Miguel Angel, escarbando un encaje que con gran arte hizo secretísimo en la estatua, sacó de dentro un papel que decía así, estando todos admirados: «Miguel Ángel me hizo, en prueba de que Dios es tan liberal de ingenios con estos tiempos como con los pasados, pues Miguel Ángel, mi autor, es de los menores de este arte.»

Ni en la música se aventajaron los antiguos, que en ella en nuestra edad ha habido monstruos y milagros, que si Anfión y Orfeo traían tras sí las fieras y árboles, hase de entender con esta alegoría que eran fieras y plantas los que de la música de entonces, porque era cosa nueva, se espantaban; que ahora de las maravillas de este arte más consumada que nunca, los hombres no se admiran ni espantan. Pues, ¿cuándo igualaron a las comedias y farsas de ahora las frialdades de Terencio y de Plauto?

La agricultura de ahora también a la antigua excede. ¿Cuándo supieron los antiguos hacer bordados y recamados de yerbas, y de ellas mismas fuentes, bultos e imágenes de personas que adornan los jardines y que parece que hablan?

¿Qué invención tan útil fue a toda la redondez de la tierra el descubrimiento de las Indias que hizo Don Cristóbal Colón? ¿Cuántas riquezas, cuántas cosas salutíferas se han traído de allá? Y del camino del infierno, ¿cuántas almas de indios ha vuelto esta invención para el cielo, que a causa de haberles predicado la fe han sido salvas?

También fueron otras Indias nuevas el hallar Martín Delgado la rica y estupenda mina de Guadalcanal, de donde más de doce millones de plata se han sacado.

¿Cuándo, como hoy, se vieron dos nortes? ¿Cuándo, como hoy, se supo ser habitable la tierra debajo de la línea equinoccial? ¿Cuándo, como hoy, se dio vuelta por mar a todo el orbe? Como Magallanes la rodeó con su nave, que se llamó *Victoria*, en señal que con vitoria españoles han pasado y llegado allá.

Las estampas y moldes e impresiones, y la artillería, invención es de estos tiempos, hallada en Alemania para nosotros, aunque dicen que en la China la hay, y puede ser que se haya inventado en diversos cabos sin comunicación de la invención de unas a otras partes. Y no digo de los inventores de ella, así porque varían hartos, como porque yo pienso que no fue uno solo el inventor, sino que uno halló un poco y otro añadió otro poco más, hasta que se perfeccionó y consumó el arte.

Como antiguamente el arte del navegar; primero vio alguno andar calabazas y corchos sobre el agua; hizo luego alguna artesa, y metióse en ella en un estanque bajo; después vio andar en poca agua algún cisne o algún anser, y meneando los pies ir por el agua adelante. Luego, bueno será, dijo, poner a la artesa unos palos, que ahora llaman remos; después vio la codorniz alzando el ala en que le diese el viento y no perder tiempo a su viaje, por lo que puso vela a la artesa; y el timón de los navíos para navegar se tomó de la cola de los milanos, con que suavemente van cortando el aire, y al fin acreciendo así todo, perdieron los hombres el miedo, y, errando y acertando, hicieron navíos y galeras en perfección, y de los charquillos chicos se salieron a los ríos hondos y al mar largo.

Las armas de los caballeros de España hasta poco ha, y de los antiguos romanos, eran un yelmazo redondo con mas aberturas por delante que una granada, y solo esto y el escudo era de pasta, que la loriga para el cuerpo, y para manos y brazos, todo era de malla; y así se daban golpes que se hendían, y encuentros que se pasaban de parte a parte. Ahora, en nuestros tiempos, las armas de que un caballero se cubre son de metal, y tan fuertes, que no ha menester escudo él y su caballo, y después de armado queda como una ciudad cercada de fuerte muro, y aun es su muro de acero, y aun a prueba de arcabuz algunas veces, para que en vano le combatan.

Poco ha que se halló el afinar con azogue a menos costa y mejor el oro y la plata. Poco ha que se sabe cazar con halcones. En cuantos libros he leído antiguos, latinos y españoles, no he hallado de ello rastro, que si se supiera, se pusiera en mil comparaciones que hubiera para mil casos acomodadas, y si hubiera habido halcones entonces, no tomara en tanta apretura del Arcipreste muerto el conde Hernán González un azor, sino se le dejará por ahí; y tampoco, a saber qué cosa eran halcones, no se diera la libertad de Castilla por un azor y un caballo.

Invención de estos tiempos es desde el rey Don Hernando el católico acá el matar milano con halcones, que todas las otras aves matan ellos por gana de comer natural; mas el milano por arte y por enemistad le matan.

Los relojes invención es antigua; mas los de ahora son de tantos primores y galas, que el mismo reloj, que es de las horas y de cuartos de ellas, es de días, y de meses y de años, y señala en su proporción la luna, media, y creciente y menguante, y señalan las horas carneros a topadas, o con martillos caballeros armados, y pedir primero con música y punto de órgano atención, como un retórico para que le oigan, que quiere dar; y que tengan los relojes despertador obediente para que tire de la oreja al que duerme para la hora en que el mismo le tiene señalada. Y el Rey nuestro señor

tiene un reloj en un anillo que señala las horas por de dentro picando levemente en el dedo: ¿pues cuándo hubo tal invención en los pasados?

Ya el bailar osos al son, y danzar con cascabeles jacas, y pasar por un aro de cuba como perrillos, por él a un cedazo, y hacer caballos la reverencia, y humillarse camellos, y traer alrededor muelles y ruedas hardas y ratones; servir sirgueros con el pico sus cubos de comida y agua, y perros traer grandes espuestas tras sus amos de la carnicería con ellos, y asar como buenos mozos de cocina, trayendo muchos asadores alrededor y otras semejantes cosas: no pienso que a los humanos ingenios es cosa nueva. Mas tuve por gran novedad lo que españoles me contaron que vieron en un lugar ocho leguas de Artemisa, en Inglaterra, que entró por la puerta un mono grande con su gorra y sayo, y capa y espada, caballero en un gran perro ensillado y enfrenado, y puestos los pies en los estribos, y con sus espuelas, con una vara en la otra mano, gobernándole, que en entrando les quitó la gorra a todos como un cortés caballero, y el que regia con freno y espuelas era un gran perro de agua.

Invención de ahora fue los barcones de fuego que echó contra nosotros en el canal de Inglaterra el excelente hombre de mar, el inglés Drake, que fue modelo y rasguño de que el mundo se acabará con el fuego final, y así con el fuego de los barcones se destruyó nuestra armada.

De ahora es el molino de Guadalupe que muele doce hanegas de trigo por hora, que, estando el Rey nuestro señor delante y allí, se puso a cerner trigo, echando a una parte el grano y a otra el salvado. De ahora el aserrar madera con agua; de ahora dos y tres arcabucillos en uno, que cuando piense el enemigo que ha disparado uno, queden dos pelotas a punto para matarle; de ahora mil diferencias de armas que de un bordón sale una espada, y de un asta otras invenciones de hierros y de garabatos.

De ahora fue la admirable invención del aceite de Aparicio, con que hacía maravillas grandes, a quien por envidia echaron del reino médicos y cirujanos, como si fuera cosa nueva. En la Sagrada Escritura me parece que he visto esta manera de cura en dos partes: en el Testamento Viejo dijo un profeta: «¡Oh ciudad despedazada, que no has hallado quien te cure con vino y con aceite!» y en el Testamento Nuevo dijo nuestro Señor que cayó uno en las manos de unos ladrones, al que no quisieron curar fariseos, y le curó con vino y con aceite el publicano: que el curar con estos dos licores no fue cosa nueva, mas cuál hubiese de ser este aceite, y con qué cosas se había de confeccionar fue cosa nueva el hallarlo.

De ahora es el remedio del mal contagioso con el palo santo y la zarzaparrilla, que antes este mal solía ser incurable. Son también para él modernas las unciones con que hace curas casi imposibles el honrado cirujano de Zalamea Bartolomé de Velasco. Este mal vino primero de las Indias; diéronse por él en trueque las viruelas, tan crueles como las bubas, e igualmente ambos pestilenciales, y entrambos por ser al principio incógnitos mataban.

De allá se han traído ahora las experiencias de la piedra bezoar y del mechuacán, y el uso de la pimienta colorada y chocolate, y las pavas de Indias, la mejor de todas las carnes, como de Persia se trajeron a Roma los prises, y Lúculo trajo primero las cerezas de Asia.

Galana invención de ahora fue la del conde de Medellín, Don Rodrigo Jerónimo Puertocarrero, hacer que criasen acá gatos de algalia; primero en pariendo los hijos se los comía la gata, hasta que en pariendo tuvieron cuenta con quitárseles.

En Hungría dicen que usan de poco tiempo acá algunos carros sin caballos, que van a la vela con viento, como es la tierra llana. Yo vi uno de estos en Augusta en Alemania, porque el decir que carrozas es invención nueva es falso, que de Nerón se escribe que salía con mil carrozas tras sí cuando caminaba.

Invención nueva es bemoles y semitonos con añadidas y entretejidas cuerdas en las arpas, y también castañetas de palo sonoras en los bailes.

Invencción de ahora es traer tinta en polvo, que se puede llevar secreta en un lienzo o en un papel sin derramarse, que son unos polvos pardos, y echándolos en un plato o en cualquier vaso encima una poca de agua, se tornan tinta negra y fina. Escríbese también con zumo de limón en papel, que queda como antes tan blanco, y en llegándolo al fuego se parecen las letras claras. También se trae en el seno un papel negro que sin pluma ni tinta se escribe con un palillo puesto debajo en papel blanco.

De ahora desde que pasó Galeno, es el sangrar de la parte conjunta en los dolores de costado, lo que ha costado al mundo tan caro, por no se haber entendido en la traducción de Galeno de griego en latín, lo que él en esta parte mandaba.

Mas de esto me maravillo cómo hasta nuestro tiempo no se usó en español el verso toscano, hasta que dieron en ello Boscán y Garcilaso. En esto los dos amigos padecen gran fuerza, que ambos vivieron en mutua amistad y quisieron quedar en un libro para siempre ambos, y ahora glosadores modernos los apartan y hacen compañeros suyos a los que nunca trataron. Dignos son los testadores, y mas siendo tan nobles⁹³, que se les cumplan y guarden sus últimas voluntades.

De ahora es también la invención de amolar con bestias las espadas; trayendo alrededor una rueda con que anda, y los mazos de batir el hierro y las ruedas de limpiar las armas, y de ahora el aserrar con sierra de acero la dura piedra del mármol.

Pusiera aquí por sutil invención el asar con humo unas veces y otras con pesas de reloj la vianda, sin que traiga los asadores nadie, y el beber con nieve en la tierra y con salitre en la mar, donde todo genero de beber frío falta. Esto del salitre trajo a la Corte el marqués del Gasto, que halló que lo usaba un clérigo pasando por un lugarillo en el reino de Nápoles que no dijo, porque los regalos los escritores no los han de alabar, porque si vedándolos corren a prisa a ellos todos, ¿qué harían si los alabasen?

Y lo que Agrícola dice que en moderado estiércol se sacarían huevos de aves con la perfección que los sacan sus madres, me contó un muy verdadero sacerdote que vio en Roma sacar en casa de un médico trescientos pollos, puestos los huevos de una vez en un horno con calor moderado.

Los príncipes poderosos y republicanos, como el nuestro, avivan los ingenios de los suyos y les hacen hacer cosas admirables, y se les debe la gloria como al capitán general de cuanto sus soldados hacen, aderezan y liman. Como Augusto César que hizo para las mercaderías, desde Roma a la mar, ir el Tíber por más breve camino, y más fácil, y cegar un lago grandísimo que bogaba muchas millas en torno con multitud de gente, y muchos años, por donde andaban sin provecho navíos, e ahora se coge muchedumbre de pan para toda la comarca.

Semejantes a estas cosas son las que el rey Felipe II, nuestro señor, ha hecho, de que por su providencia e ingenio goza toda España, de las que diré las que se me acordaren, y las que mi incapaz sujeto ha podido abarcar.

Desde Toledo a Lisboa hacer navegable el río Tajo.

Sacar de Ebro una acequia, con que se riegan en Aragón mas de sesenta leguas, que aunque el Emperador comenzó la obra iba errada.

Subir el río a su alcázar de Toledo más de ochenta estados en alto, y se espera que con ingenios secretos y comunes henchirá a Zocodover y toda la ciudad de agua.

Llevar a Bruselas de Envers otro río ocho leguas, y hacerlo navegable.

Obra suya es también el milagroso muelle de Málaga.

Por su industria y mandado se trajeron avestruces a Aranjuez, donde crían como gallinas o patos estas peregrinas aves extrañas.

93 Se conoce que el autor tuvo a la vista un librito de estos tiempos que escribió el doctor Villalón con el título de *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo moderno*.

Mas, ¿qué digo de estas particularidades? Hechura suya es todo Aranjuez, la más alta, la más amena, la más admirable y singular cosa del mundo; traza del paraíso terrenal, donde están juntos cuantas plantas, árboles y yerbas, fuentes, lagos, animales, aves y pescados que en diversas partes en todo el mundo hay.

Suya es la invención, pues se hace por su aprobación o mandado, de traer uno de Pontevedra allí vivas y dormidas lampreas con una yerba que les da de comer, con que dura el sueño tres semanas.

Suyo será un gran lago de sollos donde críen, como en un mar hecho a mano.

Y suyo también el haber aclimatado allí aves del Cairo, coles de Constantinopla, rosas de Damasco, y otras mil menudencias admirables y semejantes.

Suya es, como he dicho, la invención de los reales de a ocho y de a cuatro, que se hacen en Segovia con agua, sin que en la manufactura de ellos ponga persona la mano.

Tiene llaves maestras con que sobrecierra y abre todas las puertas de sus reales casas.

Trajano hizo la puente de Alcántara; el Rey nuestro señor la admirable puente de Madrid: de las cuales no sé cuál habrá ganado más fama.

Suyas son las admirables aceñas de Córdoba que rentan veinte y cinco mil hanegas de trigo cada año.

Suya es la azuda de Écija que hinche en la ciudad innumerables jardines, huertas, estanques y fuentes de agua.

Traza suya y de su alto ingenio es el fuerte de Lisboa, cosa estupenda y galana.

Por su industria y mandado se hizo fuerte, como si fuera un castillo chico, la populosa y belicosa ciudad de Milán.

Suya y su hechura es la admirable y divina obra de San Lorenzo el Real, digna funda perpetua de los gloriosos y reales cuerpos de los reyes de España, nueva y octava maravilla añadida a las siete maravillas del mundo, y pienso que más señalada.

Suya propia es la reedificación de la hermosa y famosa plaza de Valladolid, y el restituirla como a Job, que estaba en pavesa y ceniza, y la volvió como a él en hermosura y grandeza y riqueza doblada.

Suyo es el encerrar los toros en jaulas porque no hagan daño.

Suya también es la invención de firmar con molde y estampa, con que despacha con brevedad tantos negocios tan graves, y todo es uno tener su firma debajo de llave, u firmar con la llave de su Real mano.

Suyo también fue allanar a Sierra-Morena para que la artillería pasase. Y los escalones de Córdoba, antes aun para gente de pie intratables, por donde ahora pasen carros.

En fin, suyas son las invenciones, mas el provecho nuestro y de toda España es, y muchas más que se pudieren decir, como por la brevedad me callo: traer nuevas plantas y frutas, y nuevas yerbas y amenidades a nuestros jardines, y nuevas pinturas y fuentes a nuestras casas y a nuestros ríos, y lagos y estanques nueva y utilísima muchedumbre de pescados.

187. De un gran hecho del señor Don Juan de Austria.

Un año después de la batalla naval, estando el señor Don Juan en Nápoles, llégale la nueva, estando cenando en Castilnovo de Nápoles, que la galera *Renegada*, nuestra, con setenta turcos, habiendo muerto cuatro cristianos que había en ella de guarda, se le había levantado e iba la vuelta de África. Pues dado tan repentino rebato, deja Don Juan la mesa y la vianda, y sale precedido de dos pajes con hachas, diciendo: «¡Soldados, aprisa, aprisa, que se nos ha levantado una galera!» Métese en su *Real* con hasta una docena de infantes en una noche oscura, que con la prisa que

llevaba no pudo hallar más; promete a nuestros forzados gran premio; van al momento allá, y a seis leguas que le llevaban de ventaja, alcánzala junto a las bocas de Capria. Aborda y salta nuestra poca gente en ella, y el primero el sargento Rivera, un buen soldado, y comienzan a andar con los turcos a cuchilladas, que si entendieran estos cuán pocos eran los cristianos, que les engañó la soberbia galera *Real*, a los pocos hicieran pedazos tantos como ellos eran.

Así doce españoles vencieron y mataron a cien turcos libres, desesperados y ofendidos, y a la mañana, según sus culpas, fueron castigados en el muelle de Nápoles: unos cortadas las orejas y otros las narices; otros uno y otro; el autor fue colgado de lo alto de la entena de la galera *Real*, que sola pudo alcanzarlos de ciento y sesenta galeras que en el puerto estaban.

188. Una carta para el duque de Alba.

El duque de Alba, Don Francisco de Toledo, venía a guerra de Portugal a Llerena, por capitán general de ella, que partió para ella a los veinte y siete de febrero de mil y quinientos y ochenta y dos años. Y yo, Don Luis⁹⁴, estando detenido en Valencia de la Torre, pasando a dos o tres leguas por allí el Duque, le escribí ésta que pongo aquí, por gustar el Duque de ella, y yo de acordarme de cualquier trato con persona tan señalada.

«Excmo. Sr.: Los aires de la venida de V. E. recrean y reverdecen las ya marchitas yerbas de esta tierra, y cuando el crepúsculo puede tanto en mí, ¿qué será la clara visión de tan Real presencia, cuya venida espero que será para mí advenimiento? Respuesta no la quiero por no entretejer cosas leves entre tan graves cuidados, y pues tan presto he de besar las manos a V. E. las que ahora besa, Don Luis Zapata.=Al Excmo. Sr., el campeador duque de Alba, mi señor, en el camino.»

Y el duque respondió así:

«Ilustre señor: Con la visita de V. Md. con este su criado la recibí muy grande, que no tendría yo por aire ni venida, si con ella hubiese en que le poder servir. Huelgo mucho de saber que V. Md. tiene salud; yo vengo algo quebrado de la mía; mas como quiera la he de emplear toda en servirle. Nuestro Señor guarde la ilustre persona de V. Md. como yo deseo. De la Puebla a ocho de marzo de mil quinientos ochenta años.=Servidor de V. Md.=El Duque y Marqués.=Al ilustre señor Don Luis Zapata, en Valencia de la Torre.»

189. De una carta a Don García de Toledo, del duque de Alba Don Hernando.

Don García de Toledo vino a tanta cargazón de dolencia, que no podía andar en sus pies, de gota y de perlesía; levantaba tan mal sus brazos, que bajando el Rey nuestro señor una escalera de Palacio, y subiendo Don García en su silla, reparó que iba a quitarse la gorra con tanta dificultad, que le mandó su Majestad a priesa que lo dejase. Llegó después a tanta imposibilidad de su persona, que se andaba paseando en una jaca con el señor Don Juan a pie en un jardín en Nápoles, por cuya causa le fue quitado el cargo de generalísimo de la mar a su desagrado; porque el *nosce te ipsum* en el mundo no lo hay, y él, muy discreto y muy valeroso, no podía persuadir a su espíritu pronto la enfermedad de su carne; y así el duque le escribió desde Flandes esta carta.

«Señor primo: Yo tengo salud y deseo muy mucho que V. S. la tenga, como su primo y como su amigo. Sabido he que os han rapado la barba; yo echo la mía en remojo, y no diré a ello más.» Esto dijo el sapientísimo señor, estando en la cumbre de su mando, como el que sabía muy bien que ninguna potencia es larga; y así, aborrecido de los herejes de Flandes por los justos castigos que por orden de acá con ellos usaba, fuele mandado dejar el proconsulado, en que hizo muchas hazañas por contentarles, y dende a poco se vino a España, por lo que han padecido tanto detrimento aquellos Estados.

94 Entiéndase Don Luis Zapata, el autor de esta *Miscelánea*.

190. De vejez.

¡Qué gran sinrazón se hace a esta honrada, sabia y prudente vieja, que todos la llaman, la procuran y la desean, y cuando llega a sus puertas, le hacen malo y desabrido gesto! ¡Pues, ¿por qué, hombre, me llamabas y suplicabas a Dios que te dejase verme? Pues si dijeres que no sabías aun mis propiedades, diré que mientes, que mil veces me habías visto en tus vecinos, parientes, padres y abuelos. Pues por no incurrir yo en este yerro, ya que te tengo en casa, diré algo de mil bienes que tienes, para que en lo que de ti dijere me lo pagues en serme buena huésped.

No hay cosa más honrada en el mundo que un viejo. Así Roma lo entendió, pues de viejos que llaman *senes* hizo su regimiento y senado, que fueron al principio cien senadores, y después trescientos; y Don Jorge Manrique dice:

Tanto tiempo los romanos
Prosperaron
Cuanto estimaron y honraron
Los ancianos.

Así lo hacen hoy las señorías de Génova y de Venecia, donde se tiñen de blanco las barbas para hacerse aptos para gobiernos. Y preguntando en Venecia algunos por el tesoro de aquella tan famosa ciudad, nos mostraron muy muchos viejos diciendo que aquel era el tesoro de Venecia. Roboan, porque se aconsejó con mozos, perdió el reino, y para el alma es la vejez tan buena, que David, rey santo y profeta, había aun a la mocedad miedo, y suplicaba a Dios: «No me llames, Señor, en la mitad de mis días.» ¿Qué mas? El gobierno de la Santa silla de San Pedro está siempre en Papas viejos; vejísimo se eligió y vejísimo gobernó el sapientísimo papa Paulo tercio. Gran cosa es amigo viejo, criado viejo y soldado viejo; con tales conquistó Alejandro el mundo de sesenta años arriba, que parecían mas que milicia una república de senadores; cada uno se capitaneaba a sí, y se ponía luego en su lugar propio el que podía gobernar todo el ejército.

Andrea Doria siempre fue gran general de mar, temblándole la cabeza de viejo. Temblábale también al sumo predicador Gallo, obispo de Orihuela, y al supremo teólogo el maestro Navarro; y entonces es feliz el reino cuando sus reyes son viejos. La nobleza es riqueza antigua y vieja; los linajes mientras más antiguos son mejores y tenidos en más precio. El vino es mejor el más añejo, y aun el agua. Halláronse cisternas de agua en Túnez, cuando el Emperador la ganó, de más de mil y quinientos años, del tiempo de Cartago, que era como bálsamo excelente.

Los poetas, que son comparados a los cisnes, escriben y cantan mejor de más edad, antes que mueran. Los mejores de todos son los romances viejos; de novedades Dios nos libre, y de leyes y sectas nuevas y de jueces nuevos. Dice un bienaventurado doctor: «Cosa de sacrilegio y de burla es después de las profecías de tantas sibilas y profetas, y después del testimonio de los apóstoles, y después de la escritura de los sagrados evangelistas, y después de las llagas de tantos mártires, y después de los ejemplos de los confesores, y después de la doctrina de los doctores santos, como de una fábula, disputar de nuestra santa ley vieja, cuyo origen desde el principio del mundo es; porque nuestro Señor Jesucristo no vino a deshacer la antigua ley que Dios dio a Moisés, sino a henchirla, cuya venida, aunque ha hoy mil y quinientos y noventa y cuatro años, desde siete mil que ha el mundo, se tuvo y creyó por cierta, en cuya fe los hombres antiguamente se salvaron, y se salvan hoy y se han de salvar siempre.»

Y las del mundo que nos gobiernan, leyes antiguas son de Solón y Licurgo, cónsules y emperadores romanos, Instituta, Códigos y Digestos; y cuando hay leyes de regimiento nuevas, se dice de ellas que se les miren a las manos y se tengan por sospechosas, porque las más veces las novedades paren dificultades.

A la vejez pierden las almas la sensualidad loca; quítasele la leña al fuego; ya están hechas cenizas las brasas que abasaron a Troya; pues qué, dirá alguno, ¿no tiene fuerzas la vejez? ¿Pues para qué son menester fuerzas para lo que un torno puede hacer? Arquímedes con un ingenio echaba

al agua un navío que trescientos hombres en la mar no lo podían meter. Sus fuerzas causaron a Milon su muerte, abriendo el alto árbol que cerrado le cogió, como con sus conchas las hostias cogen los peces. Sansón, él mismo se mató por tanta fuerza, aunque tenerla es don de Dios y gracia suya, etc.

Dirán también que la vejez es decrepita y tiene perdida ya la memoria y la fuerza de los otros sentidos y potencias, y que pierde la materia, y que aun ha perdido la forma; eso no viene a cuento, como si sin cuño y señal no tuviese su valor ya del oro ni plata la moneda, y así por mil casos los mozos aun las pierden. Un golpe en el cerebro ha quitado la memoria a muchos muchas veces; una sangría de la cabeza ha quitado totalmente a un mozo el seso; de un aire ha quedado alguno maníaco, boquituerto y frenético, aunque mancebos, y la modorra de mucha sangre y humor quita el juicio a un mozo muy prudente, y a los hombres gordos cerrándoseles las vías, caños y órganos de los sentidos, el buen entendimiento se los entorpece, y así los éticos, los consumidos, los muy purgados mueren discretos.

En fin, la vejez es buena, con que sea limpia, grave y honesta, y más si de su patria, Rey y república es llena de méritos. Andan muriendo y rastreando los hombres por saber por astrología y quiromancia y otras prohibidas artes sus vidas, y qué será de ellos y por maravilla por tantas vías ilícitas aciertan, pues a la vejez todo cuanto pasó lo saben cierto. Es esta buena vieja escuela de experiencias, madre de desengaños, posada cercana del descanso, fin del trabajoso camino de la vida, puerto del proceloso mar de este mundo lleno de tormentas y miserias, vida de la que es muerte, y puerta de la que es vida bienaventurada y eterna. *De senectute* hizo Cicerón a la larga un libro excelente de la vejez y sus excelencias, y no como yo en epílogo y compendio; con lo que acabo suplicando a nuestro Señor que pues la vejez me tiene ya en tierra, que, como dicen los epitafios, me sea esta tierra leve.

191. De limpieza.

Ser los hombres limpios no hay cosa en el mundo más loable; mas serlo tanto que hagan de todas las cosas asco, es enfadosísima cosa y cansera y superfluo trabajo, que no les sirve de nada, ni consideran los asquerosos de qué y cómo se vive y se come y se bebe: que no quiero mentar por no poner a los muy ajenos de ser asquerosos grandísimo asco. Sólo diré que cuantos reyes y príncipes están en una fiesta, en una sala, respiran el aire común a todos cuantos limpios y no limpios, altos y bajos en la pieza hay; asimismo, ¿de qué somos, y qué hemos de ser, y en qué hemos de venir a parar? Solamente aconsejaría yo a quien se angustia tanto con estas cosas, que no vea ninguna cosa en que haya tal sospecha, ni hacerse el vino, ni el pan, ni el aderezar cuantas cosas hay, y que asimismo tape los ojos a la imaginación para vivir descansado, que como no nos ofende lo que bien o mal de nosotros y sin oírlo se habla, tampoco saber y ver las semejantes cosas no enfada.

No hacía esta cuenta, ni consideraba esto un caballero muy asqueroso y muy principal; no bebía vino porque se pisaba; siempre bebía en vaso nuevo el agua. Las sillas que daba a algunos en su aposento, después de idos hacía lavarlas, soplar la ceniza de los huevos era matarle, oír escupir a una parte darle un arcabuzazo. La moneda que entraba en su poder se lavaba en tres aguas, el vaso en que había de beber se le había de traer alto en la región del aire, donde no llegasen los nublados del aliento del paje.

En fin, con esto concluyo, que le dijo una vez un hermano suyo:

—Contaros ya, hermano, una cosa, si no fuera no muy limpia.

—¡Ta, ta, ta, hermano! Muerto me habéis con eso; por vida vuestra que no me la digáis.

Y no se la dijo, y sólo esto bastó para no comer en dos días bocado.

Íbanle a visitar sus amigos:

—¿Qué tal está V. md.? ¿Por qué no come?

—¡Oh, señores! —decía él—, estoy muy malo; no puedo pasar cosa.

—¿Por qué? —decían ellos— ¿Por qué causa?

—Yo creo que me moriré —decía él— por una cosa de asco que me quiso decir mi hermano Don García.

192. De un famoso desafío en la ciudad de Valencia.

¡Oh quién diera alas a mi pluma para celebrar el más noble, el más digno desafío que en nuestros tiempos ha pasado! Quisiera que al brazo seglar de la prosa diera favor y ayuda el de las musas con su poesía sagrada.

Don Ximén Pérez de Calatayud sobre una pretensión de un término mandó desafiar a Don Ramón Ladrón y a Don Baltasar Ladrón, su hijo, que con él y con Don Luis de Calatayud, su hijo, los dichos padres e hijo, dos a dos se saliesen a matar. Don Ramón respondió que sobre el término traían pleito, y que siendo cosa de justicia y no caso de honra, que no había por qué los desafiar, y que ya que hubiese de haber desafío, que no tenían para qué los padres meter consigo a sus hijos, ni los viejos a los mozos, en especial siendo sus solos y únicos herederos de sus mayorazgos. Don Ximén Pérez replicó que padres e hijos, viejos y mozos habían de entrar, y así muy contra su voluntad, aunque eran muy valientes los dos caballeros Ladrones, con los dos caballeros Calatayudes vinieron a batalla. Unos y otros muy nobles y muy ricos; de cada quince y veinte mil ducados de renta, dos a dos padres e hijos con espadas y dagas, en calzas y en camisa, sobre una ancha y capaz peña junto a la mar.

Pues tras varios y temerosos insultos, que serían largos de contar, recibidas muchas y peligrosas heridas de ambas partes Don Ramón Ladrón y Don Baltasar Ladrón mataron a Don Ximén Pérez y a Don Luis Pérez de Calatayud, sus contrarios; que la razón, la mansedumbre, la humildad, todas hijas legítimas de Dios, pueden mucho contra la soberbiosa valentía de los que confían mucho en su ferocidad.

193. De dichos.

Yo pienso que de las cosas discretas se mantiene el alma del sabio, y cría de ellas el hígado buena sangre; y que el decir y el hacer comen siempre a una mesa; que el que dice los buenos dichos hace los buenos hechos, porque el decir bien procede de buen entendimiento, y el buen entendimiento entiende lo que es obligado, y el que lo entiende lo hace, si cobardía o codicia no lo impiden. Esto no cuanto a lo que se promete, porque el discreto no puede cumplir sus promesas todas veces, y hay prometedores muy ligeros, y con Dios la Escritura dice que le desplace la simple promesa. Mas para el decir no hay nación tan aguda como la española, ni lengua con equívocos, con retruécanos, con mil diferencias de gracias tan acomodada, y bien se ve, pues los latinos celebraron tantas frialdades en Terencio, como *Tute, lepus, es et pulpamentum quæris? Invide quid otium et cibus faciat alienus?* Pues diré de ellos aquí algunos de los que se me acordaren de mi tiempo, no escogidos los mejores, sino dichas las maneras que de ellos hay para que cada uno escoja lo que quisiere.

Este primero será del Emperador, que a las veces se parece más la bondad y valor de un príncipe en un dicho que en muchas batallas que haya vencido, como la estatura de Hércules por su pie en el estadio olímpico, que él midió a pies. De las comunidades y comuneros de España quedó la Majestad real muy ofendida, de los cuales fueron muchos perdonados, exceptuados otros, y de otros hecho justicia. Los exceptuados del perdón general, andaban por ahí ocultos y huidos. Pues estando en Valladolid el Emperador llegó a él un su criado, pensando ganar muchas gracias, y dijo: «Señor, aviso a Vuestra Majestad que hulano, comunero, está aquí.» El Emperador respondió mansamente: «Mejor haríades en avisarle a él.»

Predicaba un predicador tardío en la fiesta de un santo, y por encarecerlo más, dijo: «¿Dónde asentaremos a este bienaventurado, dónde pondremos este santo?» Levantóse un caballero de su silla, y dijo: «Alto; póngale V. md. aquí, que yo me voy a comer; es la una y mi mujer me espera.»

Iba un caballero de noche encubierto, estando la corte en Medina del Campo, y dos confesos hermanos fueron tras él para conocerle, y él ya de enfadado volvió a ellos y díjoles: *Quem quæritis ego sum*. Los cuales volviéndose atrás, cayeron luego en la cuenta, de cuán mal habían hecho en querer conocer a quien va desconocido.

Pedía un caballero a otro unas galanas sortijas de memoria, que traía en dos dedos, que eran galanas y ricas, y el que las tenía, que estaba muy blando para dárselas, respondió: «En verdad que no estoy para dáros las, sino en dos dedos; pero son los en que traigo las sortijas en la mano.

Don Diego López de Haro era un caballero viejo, muy avisado y de mucha autoridad con los Reyes Católicos; diéronle un día una cédula del Emperador, a su parecer muy agraviada, a la que respondió con brevedad lacónica: «Recibí una cédula que parece de Vuestra Majestad, por venir firmada de su Real nombre, si Vuestra Majestad la vio ¡guay de mil y si no la vio, guay del reino!»

Don Enrique Enríquez, señor de Galera y de otros lugares, que por vivir allí le llamaban de Vaca, pasando por casa de un muy confeso, vio junto a la puerta una Verónica pintada, y dijo a los que iban con él: «Así hacen los buenos monteros, que en matando la res ponen a la puerta la cabeza.»

Don Francés⁹⁵, un hombre muy gracioso, vecino de Béjar, viendo a un caballero muy chico, armado, se llegó a él y le dijo: «Beso las manos mil veces al cascabel plateado.»

El mismo a un caballero muy grande y de muy grandes cuartos, dijo que era baharí torzuelo, criado a tetas de almofrex. Y el mismo al mismo, que era padrino de una justa, llegando a los jueces, donde estaba con la porfía de una lanza, les dijo: «Denle VV. SS. el precio, que dice la verdad San Cristóbal el pollo.»

Estas gracias le costaron al cabo la vida, que le mataron a cuchilladas. Salió su mujer al ruido, diciendo: «¿Qué es esto, qué es esto?» Respondió él allí luego: «Señora, nada, sino que matan a vuestro marido.»

Estaba un caballero muy malo, y casi sin sentido a la muerte, y llegó a él una mujer diciendo: «Señor, acuérdesse V. md. de mí cuando esté ante Nuestro Señor.» «Señora, dijo él; despachad con otro que no pienso ser esta vez el mensajero.»

Contóme un caballero que estando preso soñó que le sentenciaba un juez a le cortar la cabeza, y que muy congojado le enviaba en vano muchos medianeros. Así, dijo él, pues que no quiere, yo me despertaré, y que se sacudió en la cama y despertó, y no hubo menester más ruegos.

Una noche dieron de palos a un juez sin hacer él a tiempo defensa ninguna, y con el enojo corrió luego toda la ciudad, y cogió cuantas espadas pudo a la mañana. Fue a verle Don Enrique Enríquez que estaba malo de ello en la cama, y preguntó a sus criados al entrar:

—¿Qué hace Musiur de la Paliza?

—Señor, en la cama está.

Y como entró y vio muchas espadas a un rincón, después que le contó el caso, como reprendiéndole que no se había bien defendido, le dijo:

—Muy mal hizo V. md., saliendo el triunfo de bastos, guardar las espadas para la postre.

Don Diego de Haro decía a uno que no era caballero y quería parecerlo en el vestido y en lo demás, que juraba que era tan caballero como el Rey a cincuenta pasos.

Gabriel, un criado del Almirante, muy admitido en el mundo y muy admitidos sus donaires y gracias, jugaba al ajedrez con Don Fadrique, duque de Alba, y Don Hernando de Toledo, su

95 Don Francesillo, truhán de Carlos V, cuya crónica burlesca se ha impreso por la vez primera en el tomo XXXIX de la *Biblioteca de Autores españoles* de Rivadeneira.

hermano, comendador mayor de León. Dábale mucha pesadumbre, porque estaba diciendo al Duque muchos lances.

—Déjenos V. S. —dijo Gabriel—, déjenos por su vida y no nos diga nada.

El Comendador sin hacer caso continuaba; en esto enojóse mucho y díjole:

—Dejadnos, si no deciros he seis tachas que tenéis.

—Dilas —dijo el Comendador mayor—, y yo prometo de no hablar más palabra.

Gabriel miróle, y díjole sin más pensar *extempore*:

La primera que pedís;
La segunda que no dais,
La tercera que reñís,
La cuarta que porfiáis.
Y la quinta que traéis
El jubón lleno de grasa,
La sexta que parecéis
Pisada de gato en masa.

Todos y el Comendador mayor rieron tanto que por las seis tachas le dio allí luego el Comendador mayor seis ducados.

A un caballero muy gordo y muy grosero que traducía cierto paso de Virgilio, le hicieron esta siguiente copla:

Virgilio dicen que de esto
Se halla muy agraviado,
Porque otra vez ha tornado
A estar colgado de un cesto.

En tiempo del rey Don Joan de Portugal, el postrero de este nombre, hubo en su consejo un muy sabio caballero, que propuesto un grave negocio a que estaba muy inclinado el Rey, tantas cosas y tan verdaderas dijo el caballero que el Rey cayó en la cuenta, y aunque con algún corrimiento de haberse engañado tanto, se redujo a su parecer, y luego el caballero se apartó a una parte, y con gran secreto dijo: «Hijo, vámonos a nuestra casa; ya no es tiempo de estar aquí, que el Rey sabe ya que sé más que él, dando a entender que aquella ventaja que Dios sobre los suyos dio a los Reyes, querían también ellos tener sobre sus entendimientos.»

En tiempo de la emperatriz Doña Isabel, nuestra señora, a quien yo serví de paje; usaban sayos de tela de oro y muy ricas galas, y Don Guazarán de Cardona⁹⁶ traía un sayo de brocado; llégase a él un chocarrero ante una dama que le servía, y díjole que por amor de aquella señora le diese el sayo. Ella dijo que no curase de eso, y él dijo que sí daría otro día. Otro día le preguntó la dama delante de Don Guazarán si le había dado el sayo. Él respondió: «Sí Señora; el sayo de brocado me dio y más diez ducados, y la necedad de los diez ducados pudiera excusar.»

Un caballero pasaba en la corte por la calle, y vio a otro que conocía de recién venido, asomado a una ventana; y preguntóle: «Señor, ¿es ahí la posada?» Dijo el otro: «No señor, sino macho», diciendo que era mesón a donde estaba.

Entre otros caballeros vivía con el conde de Feria Don Pedro un paje que tenía un cuento de renta y más, y estando a la mesa con el Conde un su deudo, no entendiendo que *omne simile non est idem*, dijo al paje que allí servía: «Hulano, dícenme que tenéis un buen azor, ¿queréismele vender?» El paje; caballero y tan rico, viéndose tratar así, púsose muy colorado y no dijo nada, y el Conde dijo a su paje mismo: «Señor hulano, mire V. md. lo que dice el señor hulano, si le venderá su azor.» «No se lo venderé a él, dijo el paje, pero haré lo que V. S. me mandare.»

96 Así en el original; pero quizá debió decir *Galcerán*.

Vivía también con otro gran señor un caballero, su deudo, y llamábale vos, como era justo; en lo demás comía con él a la mesa con todas las insignias de deudo muy cercano, y otro señor muy pequeño entró a gozar del barato de llamarle también vos como el grande su amo, porque hay varas para medir sedas, brocado y paño, mas para medirse uno a sí mismo no hay vara, y el caballero del grande, a quien él no quiso llamar merced, le dijo: «Señor, o decídmela o hacédmela, que este señor que no me la dice en dinero me lo paga.»

Tenía un señor una amiga que se daba a muchos, y decíanle que por qué él consentía tal. Él, viendo que el guardar las propias criadas y mujeres basta, y que las públicas es cosa excusada, decía que los reyes dejan que curen sus médicos y cirujanos y barberos a todos, porque no olviden el arte.

Don Diego de Toledo entró una vez en el aposento de un señor que tenía todavía guadamecés en el invierno, mucho después de pasado el verano, y porque hacía mucho frío, en medio de la pieza un gran brasero de brasa; y como tal contrariedad vio, dijo aquel verso de Ovidio del antiguo Caos:

Frigida pugnabant calidis hutmntid siccis.

El conde de Chinchón, primer mayordomo del Rey, de su casa, gran sabio, gran caballero, gran cortesano, hallando un caballero muy delgado y muy negro en Monzón en la cama, que tenía encima una colcha de tafetán amarillo, dijo a otros que con él iban: «Ahora, señores, no temeremos la cuaresma, que tenemos una tortilla de huevos con una sardina en ella.»

Estaba con otros caballeros en la calle de Toledo en Nápoles Don Carlos, hijo del rey de Túnez, que se había tornado cristiano, y tañendo a las ánimas del purgatorio, él se estuvo quedo, y díjole uno: «Ahí té las tienes todavía, ¿por qué no rezas mal cristiano?» «¿Cómo queréis que rece ahora?, dijo él, que sé que no tengo en el purgatorio ninguno de mis deudos.»

A Don Gabriel Zapata contentó mucho una espada del gran Don Fernando de Toledo, duque de Alba, que era a su proporción cuando en largor de las espadas no había pragmática; pidiósele, y aunque rehusó un poco, se la dio con mucha dificultad. Después viéndole con ella el Rey nuestro señor le dijo: «Don Gabriel, ¿qué espada es esa, cómo la sacaréis siendo tan larga?» Él dijo: «Sí sacaré, señor, que más hice en sacarla del duque de Alba»; debíale de venir así como otra a un yerno de Cicerón, pequeño de cuerpo, que dijo él por entretener los jueces cansados orando, «¿quién ató mi yerno a aquella espada?»

El rey de Vélez, tuerto, venido de España, que era muy esforzado y de tanta fuerza que deshacía un membrillo verde con la mano, preguntáronle si conocía a un señor, y si le había visto, dijo: «No le conozco, que nunca le vi sino por las espaldas.»

Don Enrique Enríquez con un caballero de mucha presunción y de poca renta, que pasó por él y por el virrey de Granada sin hablarle, dijo: «Éste para ser de viento poco salta.»

Quería hacer el duque de Camarino en Barcelona una máscara, y era su administrador Juan Bautista Gastaldo, que en la guerra de Alemania fue maese de Campo general del Emperador, y después contra el Turco Capitán general del Rey de romanos, y pesábale que quisiese el Duque tanta costa, porque la quería hacer de brocado, y uno de los que habían de ser de la máscara era Don Juan de Mendoza, el Payo, y no decía otra cosa sino muy muchas veces: «Señor Juan Bautista, gastadlo.»

En la muchedumbre de acémilas de que iba el reguero y antes hormiguero tras el Rey nuestro señor, por esos reinos extraños, acertó uno de unos caballeros Garcilasos a meter la mano en un lodo, la que sacó del desnuda, dejando dentro descalzo todo el guante. Así con la carga en tres pies, iba muy fatigada; y un caballero que la vio dijo que en todas las acémilas de la jornada no iba otra tan garcilasa.

Un gobernador, que por su honra no digo su nombre, en un lugar que porque por ello no se entienda eso otro lo callo, yéndole a visitar a hora de comer dos hidalgos, halláronle entre dos jarros de vidrio, el uno de tinto y el otro de blanco; y el uno de aquellos dijo al otro: «Mira cual está su

merced entre los dos ladrones.» Acudió el otro: «Pues a fe, yo os certifico que ninguno se salve», dando a entender que como era bebedor de ventaja los despacharía a entrambos.

En Zaragoza había tres señoras Anas muy hermosas, y otras tres Anas de gente baja, y dijeron que las unas eran de seda y las otras de lana.

Pasaba el marqués de Zenete por una calle, que era muy gentilhombre, y muy galán, y estaba una moza labrando con su madre; y como le oyó pasar, dijo: «Quiero asomarme a ver al Marqués.» Su madre le dijo: «Para qué quieres verle, ¿no le has visto ya?» «Pues porque le he visto, dijo ella, querría verle otra vez.»

Paseábanse juntos una vez en Barcelona Boscán, el caballero que escribió el libro del *Cortesano*, que era muy oscuro de rostro y muy moreno, y Juan de Saa, negro atezado, hijo de un rey indio, que le dio el rey de Portugal el hábito de Santiago; y Don Juan de Mendoza, caballero de Ribera⁹⁷, les hizo la copla siguiente:

Con Juan de Saa se pasea
Boscan, y aun acierta en esto,
Porque alguna vez su gesto
Mejor que el del otro sea.

Lo que de esto me parece,
Es que tengáis entendido,
Que en él un gesto anochece
Y el otro ha anochecido.

Este Juan de Saa dijeron así como era pequeño, mal tallado y negro y con el hábito de Santiago, que parecía costal de carbón con remiendo colorado.

Pasaba el rey de Portugal por la Rua nova de Lisboa, donde había juntas dos tenderas, una extremo de hermosa y otra extremadísima de fea, y llegóse un caballero muy su privado a él y díjole: «Por la una de aquellas dijo Dios por ésta *dejará el hombre su padre y madre*, y por esta otra *no desearás la mujer ajena*.»

Hacían copia de caballeros en la corte para un juego de cañas, y había de entrar en ellos un caballero muy gordo, y Don Diego de Haro, que era paje, dijo como iban contando: «en llegando a diez pase por extremo el señor hulano.»

Y también, siendo muy muchacho Don Enrique Enríquez, que era muy agudo, díjole un gran señor muy boto: «Don Enrique, no querría que fuédeses ahora tan vivo, porque cuando grande después no fuese al revés.» Respondió él: «¡Qué vivo debía de ser vuestra señoría cuando muchacho!»

El mismo, de aquella edad, tardándose por estar con una dama, que le había un señor esperado para comer: «¿Dónde habéis estado, Don Enrique?» «Perdone vuestra señoría, dijo él, que me perdí con la garza, y mi tardanza esta fue.»

Don Bernaldino de Ayala, un caballero muy discreto, andando ya muy enfermo, dijo al Rey que suplicaba a su Majestad se le hiciese merced, que prometía al caer de la hoja de tornársela, y así murió antes que el otoño pasase.

El mismo, estando a la muerte, no teniendo mejor aparejo de pagar a un simple médico lo mal que le había curado, tomó un arcabuz que tenía a la cabecera, y despidióle diciendo: «Señor, tomad este arcabuz, que con él y con lo que de medicina sabéis, no habrá quien se os escape.»

Vistióse de amarillo, para ser padrino de una justa, un caballero muy negro y muy redondo, y dijeron del que era píldora dorada.

Un caballero muy avisado tenía dos hijos muy necios y muy pesados, y siempre burlaban de manos con tanta pesadumbre que andaban a las pescozadas. Hallóles así un día el padre, y díjoles:

97 En el original *derribera*.

«Vosotros no burláis galanamente, como cortesanos, con motes y dichos de buena gracia, sino como bestias a coces y a bocados.» Ellos dijeron que mudarían sus burlas de allí adelante, los cuales comienzan de lengua a burlarse con tantas necedades y lástimas, tocándose en lo vivo de sus honras y de su linaje, y con tantas ignominias y afrentas de cosas pasadas, que espantado y corrido el padre, dijo: «Sus, sus, hijos, tornad y burlad de manos.»

A los procuradores de Cortes acostumbran los Reyes hacer mercedes con que se vayan agradecidos, como a quien le traen un dinero o prestado o de servicio, da algo por gentileza y cortesía. Pues dos procuradores, uno de una ciudad bien ilustre, pidió al Emperador, por un memorial, un hábito de Santiago, un corregimiento y algún juro, y tantas cosas, que fue su demanda a todos gran risa. El otro suplicó mejor, que se le hiciese merced de lo que se dejase de dar a su compañero.

Andaban unos ladrones de noche por el tejado de una casa de campo del duque del Infantazgo, donde él estaba, y de una recámara, donde tenía sus ballestas y cosas de monte, y donde había acaso ocho o diez mil ducados que le trajeron y los habían metido allí; y como él lo sintió, dio voces diciendo: «¡Hola! Quitadme de allí aquellos dineros, no me hurten una ballesta por llevar aquella basura»; con que despreciándolo galanamente se puso en cobro el dinero.

Un caballero de Cáceres llevó a Silverillo a una su huerta, no muy amena, donde ni había planta ni árbol que mirar, y preguntándole qué le había parecido de ella, después de vueltos a Cáceres, Silverio se la alabó mucho diciendo, que tenía una huerta que si Adán naciera allí, no pecara, pues ni había en ella una manzana ni fruta en que pecar.

Yendo mancebo a la guerra de Túnez el referido marqués del Zenete, doctrinábale un su ayo muy fanfarrón, diciendo: «en las escaramuzas, entre Vuestra Señoría tras mí, y acabará de matar los moros que yo hiriere, para que se cebe.» El Marqués avergonzado le dijo: «Más seguidme vos, como decís, y los que yo matare, vos los besaréis, etc.»

Fue por embajador a Saboya un caballero muy apodencado y muy grueso, y cuando volvió, preguntábale Don Luis de la Cueva si sabía ya hablar sabueso.

Tenía un caballero unos hijos muy redondos y de mal talle, y también lo era él; «¿Cómo mofaremos, dijo un cortesano, de estos muchachos, que es conciencia, siendo tan nuevos?» «¿Cómo?, dijo otro. Riamos de su padre mientras los hijos fueren de edad.»

A un caballero que para unos motes se recogió a pensar y escribir para poner uno suyo, le hicieron esta copla:

La pluma muy bien cortada
Y el papel muy bien bruñido,
Y el galán muy retraído,
Mucho quedará corrido,
Si después no dice nada.

Porque suele acontecer
Sobre mucho aparejar,
Cuando más es menester
Borrar lo escrito de ayer,
Y escribir para borrar.

Al rey Don Sebastián de Portugal le dijo un portero: «Señor, ahí está Don Hernando de Álvarez de tal», un Don nuevo y que él nunca había oído; y el Rey le dijo: «Entre Hernando de Álvarez, y al Don no le dejéis entrar.»

El Rey nuestro señor, que desde niño guardó, como hoy, su autoridad Real, envió a decir a un caballero viejo en un sarao que danzase. El otro excusóse con que no lo sabía hacer; tornó a decirle que le hiciese placer de danzar. Replicó el caballero que no era aquello ya de su edad; tornó a enviárselo a decir el Príncipe. El otro respondió: «Decid a su Alteza que vea si se burla, y si no, que

al fin lo haré, si de veras lo manda.» «Decidle, dijo el Príncipe, que si no lo ha de hacer, que lo digo de veras, y que si lo ha de hacer que me estaba burlando» como aun desde niño queriendo que si no era de burlas, no se dejase de hacer lo que mandase.

Y mucho antes de esto, siendo de ocho o nueve años, le estaba importunando uno: «Señor, cuando vuestra Alteza sea Rey, hacerme ha merced; prométame vuestra Alteza algo.» Y tornaba: «Señor, deme vuestra Alteza palabra que me hará merced.» Enfadado entonces de tan intempestiva importunidad, le dijo: «Hulano, mucho me aprietas, y cras me besarás la mano.»

A un gobernador en las Indias apretábanle mucho en su residencia en la corte, porque había hurtado allá muchas joyas y mucho oro y plata. Dio el proceso a ver a un su discreto letrado y preguntóle: «¿Qué le parece a V. md. de mi residencia y lo que ha visto en ella?» Respondió él: «Señor, muy bien; todo es perlas y piedras preciosas cuanto hay en ella.»

Francisco Persoa, tesorero de la Emperatriz, decía una cosa muy discreta: que al que gastaba lo que tenía, le tenía por loco; y al que menos de lo que tenía, por cuerdo y sabio; y al que más de lo que tenía, por ladrón; de este arte, el loco por no proveerse para los casos de honra y otros que en la vida se ofrecen, forzosos, extraordinarios; el cuerdo, porque con gastar menos para cuantas ocasiones se ofrece está aparejado; el ladrón, porque con los excesos del gastar más ha de tomar el dinero ajeno que nunca se paga.

Su mujer de este tesorero era muy alta y muy hermosa, y él muy pequeño, y decíale él: «Señora, yo soy el Francisco, y vos la Persoa.»

Mi padre decía muy bien de los frailes, que en sus monasterios son ángeles, y por las calles hombres, y por las casas diablos.

Unos caballeros cortesanos pasaron por un lugar de un señor muy amigo de engrandecer sus cosas, y muy vano, y preguntaron ambos a uno del pueblo: «¿Cuántos vecinos tiene este pueblo?» «Tendrá, dijo él, seiscientos, aunque mil nos mandan que digamos.»

Un conde español, de semejante humor, que no tenía más que sólo un lugar, estando en Roma lloviendo copiosamente, dijo uno: «Parece ahora que esta agua será general.» Dijo el Conde: «Sí, ahora lloverse ha mi condado.» A lo que replicó un circunstante: «Envíele vuestra señoría este sombrero, y no le caerá gota de agua.»

Un embajador de Roma, sin título, era de algunos motivos bajos, y amaba mucho que le llamasen señoría, y andaba siempre a pie; y como es gran indecencia un caballero en las cortes y en las ciudades andar a pie, que el aguador le topa, y el ganapán le encuentra, y hay otras mil desconveniencias, díjole un loquillo gracioso: «Cuando vuestra señoría va a pie parece vuestra merced.»

Un hidalgo honrado de Medellín que se llamaba Luis Álvarez, hombre de muy buen gusto y muy gracioso, fue a vender a Toledo unos carneros en que perdió la mitad del caudal, y enfermó sobre todo esto del mal postrero, y estando en este término, decía: «A lo menos no tendrá que decir mi mujer, sino que vendí bien mis carneros, y vuelvo con salud a mi casa.» Y estando de esta manera, le envió el duque Don Fadrique a visitar, cuyo muy criado él era y él respondió al recado: «Decid al Duque, mi señor, que beso las manos a su señoría por el favor de querer saber de mí, y que le hago saber que yo me muero, porque no puedo hacer otra cosa.»

Levantadas las partes del Perú por ciertos decretos del consejo de Indias, que al parecer de ellos parecían ásperos, y acá no se pudieron derogar, envió el Emperador al Doctor de la Gasca a reducirlos o a castigar los culpados; y entró en él con la usada clemencia del Emperador, ofreciendo el perdón delante, y Carvajal, un capitán famoso del levantamiento que había sido soldado del Gran Capitán, envió a decir a su general, contra quien aquellas indulgencias y perdones venían, que le parecía que aquellas bulas se debían tomar, sino que tan buena garganta tenía él como todos para nunca faltar de su servicio, aunque se la cortasen, y así lo hizo, que en la deslealtad fue leal.

Éste fue tan riguroso y áspero, y por servicio de su parte, usaba para sostenerla tanto de matar, que ya como cosa de burla lo trataba, y decía por hacer merced a uno: «Escoja V. md. la más hermosa encina de éstas», y allí le ahorcaba. Pues teniendo en tales términos a uno, le dijo que le suplicaba que lo oyese, que por descargo de su conciencia le quería decir dos palabras. Él se llegó a oírle, y díjole: «Señor, vea vuestra merced lo que es servido de mí; que aquí tengo para servirle cien ducados.» Entonces Carvajal alzó la voz, y dijo: «Que ¿de corona es V. md? Llénenle, llénenle a su superior; bonito soy yo para estar descomulgado.»

Estando para pelear Gasca por el Emperador y contra él su general Gonzalo Pizarro, íbanse pasando muy muchos como a causa pía a nuestra parte, y comenzó Carvajal a decir, aunque no con mucho contento de verlos pasar:

Estos mis cabellos, madre,
Dos a dos me los lleva el aire.

En fin, él fue preso en la batalla después de haber muy bien peleado, y viéndose ya perdido, preguntóle su general: «Señor Carvajal, ¿qué haremos? Pelearemos como siempre como caballeros» «No señor, dijo Carvajal, sino muramos cristianos.»

Sacábanle a arrastrar por justicia, y trajéronle por menos pena no un serón, como suelen, sino una artesa en que arrastrarle; y viéndola, dijo él: «Gracias a Dios que vuelvo a la cuna a cabo de sesenta años.» En fin, él fue un sabio y valeroso capitán si en servicio de su Rey lo empleara.

Estando la Corte en Toledo, Don Antonio de Fonseca, caballero principal de Toro, con Doña Isabel Freile, una dama de la Emperatriz, a cuya muerte hizo Garcilaso una parte de la segunda égloga que lloró Boscán, habiendo sido su servidor antes que se casase en el nombre de Nemoroso de *nemus*, y ella en nombre de Elisa, de Elisabet o Isabel, que todo es uno, y al mar de Lusitania el nombre mío, porque era portuguesa, aunque algunos comentadores de Garcilaso, antes calumniadores, niegan que fuese Boscán este Nemoroso, diciendo que fue el mismo Don Antonio de Fonseca, porque casó con ella; en lo cual yerran, porque Don Antonio de Fonseca en su vida hizo copla ni fue de la compañía de Garcilaso, como Boscán, ni tuvo ramo de donde saliese y se dedujese como de Boscán *nemus* Nemoroso. Y volviendo al dicho, murió Doña Isabel luego como con ella Don Antonio se casó, y por eso Don Hurtado, marqués de Cañete, discretísimo caballero que fue después virrey del Perú, dijo: «¡Oh dichoso hombre, que se casó con su amiga y se le murió su mujer!»

Envío el Rey nuestro señor a las Indias tres varones muy señalados por serlo, a visitarlas con poderes grandísimos para dar y vender rentas, vasallos y jurisdicciones; el uno era un principal señor, el conde de Nieva, y el otro un principal caballero de Trujillo, Diego de Vargas Carvajal, y el otro un gran jurisconsulto caballero del Consejo Real, que se llamaba el licenciado Muñatones; y como los que gobiernan son siempre envidiados y meneaban tanto dinero para el Rey, de esto y de sus nombres tomaron ocasión de decir los agudos españoles de allá: «Ya no hay oro en el Perú, que el de Nieva todo lo lleva, y Diego de Vargas aargas, y Muñatones a montones.»

Reñía la mujer de Pero Hernández de Córdoba, diciéndole: «Tú, bellaco, borracho, debes tener asados los hígados de puro beber.» «No señora, dijo Pero Hernandez, sino de beber puro.»

A este propósito decían a un buen bebedor, que cómo bebía cada mañana en ayunas, y dijo otro: « Por cierto que os engañáis, que él bebe con hígado asado de antenoche.»

Otro que nunca bebía agua, decía que aunque usaba el vino, ¡qué hermosa cosa era para él un jarro de agua, cuando se lo pedía el cuerpo, pero que había muchos años que el cuerpo no se lo pedía!

Siendo niño el rey de Portugal, Don Sebastian, hacía correr en Palacio cuantos pasaban a caballo delante de él y pasaron dos entonados ministros de justicia como alcaldes de Corte a que llaman allá desembargadores, y mandóles decir que corriesen también ellos. El uno, con gran

mesura, respondió: «Señor, nos non corremos sino trans ladrones.» «Agora pues así es, dijo el Rey, corred uno en pos de otro.»

El rey, Don Juan de Portugal, salió una mañana en Mora a andar alrededor de la muralla, dando trazas para hacer un castillo muy fuerte; unos decían que de ésta, y otros que de aquella manera, y otros que en tal y en tal parte. El Rey preguntó a un caballero de mucha autoridad que había estado sin hablar, que qué le parecía. Él respondió: «No hay ningún fuerte bueno, que todos los fuertes son aire, sino tener paz con Castilla.»

Al mismo Rey le llegó un escudero por una carta de seguro que luego el Rey se la mandó dar, el cual volvió dentro a poco, diciendo: «Señor, ainda que me feceistes merced de a carta, teño medo de meus henemicos.» «¿Gran medo?, respondió el Rey, a carta os pode dar, maus vos tirar o medo isso eu non poso.»

Un caballero muy pequeño hizo en Toledo una casa muy grande y muy vistosa, y de muchas ventanas. Preguntó el Rey nuestro señor cuya era desde la vega. Dijéronle que de un caballero muy pequeño de cuerpo; replicó el Rey que le parecía gran jaula para tan chico pájaro.

A un embajador en Roma de gran presunción que se alababa de gran antigüedad, que de su nobleza podía más, no de su casa, preguntáronle la antigüedad de ella, y dijo que setenta años: replicó un romano: «¡Oh bella antiquitá!»

Dicen que vino un portugués a la corte de Castilla, y que habiendo estado días en ella quería volver muy gastado y muy agastado a su casa; mas quiso hablar antes al Rey, y díjole: «Yo, señor, ha tanto que estoy en esta Corte, y no sólo no he alcanzado lo que pretendía, mas he hecho tres grandes pérdidas: la primera de muchos cruzados que traía que he gastado; la segunda de mi honra que he perdido a las puertas de jueces y secretarios; la tercera, y que siento más, que también he perdido un poco de deseo que traía de mi tierra de servir a Vuestra Majestad. Por en, pues ya no me queda más que perder, Vuestra Majestad me dé licencia que me quiero tornar»; en las cuales tres cosas el Rey le restituyó con una buena merced, a él muy fácil en quien tanto poder está.

El almirante Don Fadrique, que venció con el Condestable la batalla de Pamplona a los franceses, y a los Comuneros la de Villalar, gustaba mucho con hombres de ingenio, de coplas, y así activas y pasivas corría entonces esta mercadería agradable, y por esto era su muy privado el discreto Gabriel que otras veces he dicho, el cual por ser el almirante muy pequeño de cuerpo y señor del estado de Móica, en Sicilia le hizo estas coplas:

Almirante, no le miren
Porques malo de hallar,
Y aunque de cerca le tiren,
Nadie le podrá acertar.

Él es mínimo en natura
Y paviota en el cebo;
Y porque módico fue
Módica fue su ventura.

Y esto es cosa muy extraña
Que un tan gentil señor
Siendo del mundo el menor,
Es de los grandes de España.

Conforme a esto estando de partida, le hizo esta copla un poetastro:

El almirante se parte,
Donosa cosa será,
¡Oh qué buena quedará
Su amiga con la una parte!

Tan de escribir son los malos dichos y hechos para huir de ellos, como los buenos para ejemplar, y por tal disparate pondré aquí uno de un mal poeta que anduvo rumiando para poner en una copla encubiertamente el nombre de su amiga y el suyo. El se llamaba Sedeño y Catalina ella, y salió con ésta:

Cata linaloe atención
(Aquí entra ella)
Se deño por bien amar
Héme aquí que voy tras ella.

Imitando aquellos galanos paréntesis de Virgilio, de estos versos:

Titere, dum reddeo (brevis est via) pasce capellas
Et iter agendum occursare capro (cornu ferit ille) caveto,

porque se vea como el bien y el mal hablar pueden en una mala imitación caber en un sujeto.

Sacaban dos soldados en Túnez en una escaramuza un compañero muerto, y llegó a ellos una pieza de artillería que los mató a entrambos, y dijo un caballero allí: «de los tres, el más seguro iba el muerto.»

A Tamayo, un hidalgo muy gracioso y muy avisado, preguntáronle a qué había ido a Salamanca; dijo que a estudiar leyes, para decir las de su amo el conde de Osorno.

Trataba un contador de Don Íñigo, duque del Infantazgo, de reformar la casa de su amo, porque en un día libraba diez cuentos de salarios, como lo mostraba por un memorial de los que había menester y otros que podían excusarse, que le mostró unos y otros en dos memoriales. «Éste, dijo, es de los que son menester, y estotro de los que no hay de ellos necesidad.» El duque mirólos bien, y dijo: «pues estos, porque los hemos menester, y estotros porque nos han menester, quédense todos en casa.»

A una señora muy principal que era muy gruesa, casáronla primero con un principal señor de Flandes, después con otro príncipe de una casa Real⁹⁸, y con la presunción nueva mudó con las señoras el trato; y Doña Ana de Castilla, una señora de Toledo muy avisada, quejándosele algunas de la poca crianza de aquella, dijo: «No tiene razón por cierto, porque la vaciaron de vino y la hinchieron de viento.»

Entrando Don Enrique Enríquez en Granada, en los estrados, pidióle, como es costumbre, el espada un portero que tenía una gran cuchillada por la cara. Él corrido que a tan buen caballero se le pidiese la espada, miróle y le dijo: «Señor, tomadla, aunque no fue la que hizo el daño.»

Decía un gran señor a un su hijo gordo que tenía para clérigo, y andaba siempre ahejando: «Hijo, vete a Roma, que si no fueres Papa serás resolla.»

Topó una noche un teniente en Córdoba a un hombre muy gracioso, y que aunque era rico, él solo lo profesaba: «¿Quién sois, dijo la justicia, y dónde vais?» «¿Quién soy?, dijo él, yo no tengo ser, ni tampoco sé donde voy.» Viendo que hablaba algo desentonado, le dijo el juez: «Llévenlo, llévenlo a la cárcel.» Yendo, pues, hacia allá, volvióse al juez y díjole: «Señor, ya sé quien soy.» «¿Quién?», dijo él. «Que soy preso, y también sé ya donde voy.» «¿A dónde?» preguntó el otro. «A la cárcel.»

Gabriel, que era poeta y músico, contaba al Almirante de Castilla aquellas lamentaciones que dicen: «Mérida que en las Españas» etc., que entonces debían de ser muy frescas, y ahora una muy rancia vejez, y sintió crujir la silla de bajo, y dijo de presto así:

Y tú, silla de caderas,
Que en sufrir hombres pesados
Te deshaces,

⁹⁸ Ésta debió ser Doña Mencía de Mendoza, marquesa del Zenete, que casó primero con Enrique, conde de Nassau-Orange, y muerto éste en 1538 con D. Fernando de Aragón, duque de Calabria. Fue hija de D. Hurtado de Mendoza, marqués de aquel título.

Si supieses bien de veras
Cuanto pesan mis cuidados,
Poco haces.

Y al mismo punto acabarse la copla, y caer la silla con él fue todo un caso.

El mismo íbanse él y otros de noche paseando, y toparon un su amigo que se llamaba Calderón, que traía consigo dos mujeres enamoradas; hacía, que era verano, calor, y llegaron con sed a un pozo: «¿Qué haremos? Que aquí agua hay, mas no hay con qué sacarla del pozo.» Dijo Gabriel: «Ea, que no faltará, pues tenemos aquí un Calderón y dos herradas.»

Estaba preso por comunero en una fortaleza Fray Bernaldino Palomo, fraile agustino, gran predicador, que entre otras cosas exhortando a los comuneros a destruir un pueblo de leales, les dijo: «*Ite in castellum quod contra vos est*», y el alcaide le hacía mil sinsabores por se hacer muy leal; y un día, como milano, cosidos los ojos, estaba el fraile muy pensativo y muy cabizbajo, y le dijo el alcaide: «¿En qué piensa ahora el fraile?» Él le respondió: «Escudero, de mi persona os han dado cargo, y no de mis pensamientos.»

Al cual le acaeció aquí en su prisión una extraña cosa, que el fraile era mozo y la mujer del alcaide hermosa, y el alcaide muy celoso, y nunca salía de casa que no le dejasen debajo de llave, y una vez se le olvidó y fuese a caza. Volvió el alcaide del campo, y estando en conversación todos cuatro, el Abad y su manceba, y el herrero y su mujer, un niño de cuatro años dijo al alcaide: «Padre, el fraile besó a mi madre.» Todos tres quedaron muertos, y ni uno ni otro, sin poder en gran rato hablar; el fraile de miedo de muerte, la mujer también, y el diablo del alcaide (que era desesperado) pensando cómo los había de matar, descoloridos y difuntos ya. Mas socorrió Dios en tan gran aprieto, que tornó el hijo, y dijo: «El negro también besó a mi madre; el paje besó a mi madre; y la negra besó a mi madre.» Ya con esto sosegóse el alcaide, y el fraile desde que vio que había salido el triunfo, se metió con todos los de casa en la baraja. Jugaba con él al ajedrez, y sobre un lance estuvo con él muy descomedido, y quísole el alcaide poner las manos, mas se refrenó diciendo: «Mirad otra vez como habláis con un soldado, que os diera un bofetón si no fuéades fraile.» «Así lo creo yo, dijo él, que con los frailes seréis vos soldado, y con los soldados fraile.»

Era este fraile muy tahúr, hasta jugar los hábitos, y le acaeció jugar toda la noche, y del juego ir al púlpito a predicar, y jugando con uno muy feo, el otro sobre un resto perdido, dijo: «¡Oh, dome al diablo!» Y acudió Fray Bernaldino diciendo: «Sí llevará, si no es asqueroso.»

Un caballero portugués fue a cenar con un señor, pasando por un su lugar; vino la hora del beber; híncase de rodillas el maestre sala; el que traía la copa; el que quitó la sobrecopa; un paje que traía la toballa en dos platos, y dos que venían delante con dos hachas; y quítanse las gorras todos los criados alrededor. El portugués que estaba a la mesa hincóse también de rodillas persignándose; «¿Qué hace vuestra merced?», dijo el Duque. «Señor, dijo el portugués; hinquéme de rodillas, que pensé que tañían a la oración.»

Llegóse un caballero de la cámara de su Majestad a unas damas, y traía como es costumbre, colgando una llave dorada. Díjole uno, «¡Oh, qué gran llave, señor hulano!» Acudió la otra: «Sí, la llave es de más hierro que en toda la corte hay, como tocándole que no merecía oficio tan alto.»

Llegaron Don Juan de Mendoza y Don Pedro de Guzmán a una hostería en Flandes; apéanse, quitan a sus caballos las sillas, porque iban solos, ponen las sillas sobre una bota de vino, tráenles de comer, sácanles del vino de la bota, «¡Oh qué buen vino! señor Don Pedro», dijo él muy contento. «Juro a Dios, señor Don Juan, que es el mejor vino que se encilla.»

Con el duque de Alba siempre se acogía toda la cortesanía de la corte, porque era él cortesánísimo, y con otro gran señor todos los desvalidos y de mal gusto. Pues yendo a comer con el Duque de los sus escogidos, vieron embocar en la posada del otro grande toda la volatería. Dio uno de la mano a Garcilaso que mirase lo que allí iba; volvió él la cabeza, y dijo: «Andad malditos de mi padre, que no os entraréis en mi reino.»

Topó el mismo Garcilaso a Don Pedro de Guzmán, que aunque era muy cortesano, no era muy gentil-hombre, sino corto de vista y muy pantorrillado, y díjole: «Perdonad, señor Don Pedro, que hablé a hulano por vos (otro no de su valor y no muy bien dispuesto).» «¡Oh señor!, dijo Don Pedro, eso habíades de hacer; mucho me pesa de ello, mas me habéis de perdonar que le pesó al otro.»

Estando sobre el Emperador el campo de Alemana de la Liga, habíase enviado a Don Pedro de Guzmán a que tuviese en guarda a Inglostad, y aquel tempestuoso día andaban las balas de los cañonazos, saltando entre todos, con muerte de hartos. Y decía Don Enrique, el de las galeras: «Por Dios, que se le ha hecho buen cargo el de Inglostad, que está seguro, a Don Pedro de Guzmán.»

Un corregidor de Toledo, muy gordo, dormíase en cuantas visitas iba, aunque estuviese con señoras, estando en mitad de la plática. Y decía Doña Ana de Castilla, la muy decidora y muy avisada: «Por fuerza ha de tener el Corregidor mala residencia, porque le pondrán por capítulo que ha dormido con cuantas señoras en Toledo hay.»

Retirado del río Albis el duque de Jassa, yendo en su seguimiento el Emperador, halló un crucifijo en el camino que herejes le habían dado de arcabuzazos; paróse, y con los ojos al cielo, dijo: «Señor, si vos sois servido que los alcance, yo os haré de nuestros enemigos vengado.»

Mandaba el Almirante dar a Gabriel cada día una carga de leña del monte de Bermeja, y por no sé que ocasión de que recibía el monte daño, mandósele quitar, y él escribióle luego esta copla:

Saliendo de una dolencia
Muy flaco, por ser muy larga,
No fue mala providencia
Mandarme quitar la carga.
Mas a esto dice mi dueña
Que no fue gran caridad,
Siendo la carga de leña
Y el tiempo por Navidad.

Bejarano, un escribano de Sevilla, muy discreto, vivía junto a gradas, y pasaba por allí un caballero que no lo era, y preguntóle: «¿Qué hora es por acá, señor Bejarano, pues vivís cerca del reloj?» «Mejor lo sabrá V. md., dijo él, que vive dentro.»

Un confeso mandó a un caballero unas perdices, y enviándole por ellas, no se las dio, antes decían siempre que no estaba en casa, y ya enfadado, envióle esta copla:

Tres veces he ya enviado
Por las perdices y más,
Y tantas habéis mandado
Que diga vuestro criado:
Tres veces me negarás.
Si lo hacéis por ventura
Para venderlas, señor,
Mirad que vendáis mejor
Esta vez la criatura,
Que la otra era al Criador.

Un acemilero de un señor muy guardoso quejóse a fray Bernardino Palomo de su amo, que habiéndole dado librea, se la contaba en su partida, despidiéndole. «¡Oh, señor! ¿qué haré, decía él, a mal tan grande y a tan gran poquedad? Lo que me dio dado que sea ahora por mi dinero. Deme su merced remedio, o como me vengue de él.» «¿Contóosla en vuestro salario, dijo el fraile, habiéndoolo dado una vez?» «Sí, señor, que me la contó», dijo él. «Pues si os la contó él a vos, dijo el fraile, contádselo vos a todo el mundo.»

Al que trobó la pasion dijeron, y no sin causa, que lo había dicho también como testigo de vista. Este prometió a otro de su jaez que haría cierta cosa, y añadió que le daba su fe y palabra de ello. Tardábase en cumplir la promesa, y dijo el otro: «Señor, hacedlo, pues me distes vuestra fe de hacerlo.» «Señor, dijo aquel, yo no puedo ahora, y si os di mi fe, fue para remendar la vuestra.» Estaba allí otro hombre honrado, y por ponerlos en paz dijo: «Bien está, señores, que como sois ambos de un paño, no se parecerá el remiendo.»

Dicen que entre los mismos confesos envió a tratar el uno con el otro por carta de darle su hija en casamiento, y él le respondió: «Señor compadre, en merced os tengo la oferta, mas de judío harto tenemos acá, aunque no tan ruin como lo vuestro.»

A un perlado muy miserable y muy alto y muy derecho le pusieron a la puerta de su casa: «Aquí posa el derecho civil.»

Lobo, fraile francisco, que después de los santos ninguno ha tenido en el mundo tan gran auditorio, predicaba en las iglesias; no cabían las iglesias de gente, salíanse a las puertas, henchíanse las plazas, y cubríanse los tejados. Convirtió muchos pecadores, hinchó de religiosos los monasterios; entre estos llevó tras sí a meter fraile un hijo mozuelo del marqués de Sarrá; fue tras él el Marqués, dióselo la religión, volvió con él el Marqués muy contento diciendo que había quitado su cordero al lobo.

Un corredor en la corte andaba muy cargado de joyas y de ropa, y traía un jarro de plata en la mano, y llegó a él en traje de hombre de bien un ladrón, y díjole: «Veamos, señor, cuanto os pesa el jarro; y desde que le tuvo en la mano preguntóle: «Señor, ¿sois corredor?» Él dijo: «Sí, señor, corredor soy.» «Pues si sois corredor, dijo el ladrón, ahora lo veremos», y echa a huir; mas como estaba muy cargado, aunque corrió y corrió mucho, corrió más el otro, que no le alcanzó.

Don Hernando de Castro, que fue después marqués de Sarriá, vistióse un día de verde, y díjole Don Juan de Mendoza, el Payo: «Hasta aquí era vuestra señoría Don Hernando de Castro, y ahora es Castro verde.»

El duque de Alba hacía amistad al duque de Hariscote en Flandes, deseando que el Rey nuestro señor lo tratase como gran señor, como en efecto lo era, de lo que suele ser insignia el sentarse en la capilla real en el banco de los grandes que está diputado para esto; y el Duque se sentó un día entre los otros grandes, sin que tuviese mandado, ni orden, ni merced de ello. El Rey se indignó de ello muy mucho, y mandando llamar al duque de Alba, su mayordomo mayor, le riñó mucho cómo le había consentido él, a quien tocaba por su oficio el castigo de ello. El Duque respondió que a quien se le levantase a su Majestad había castigado y castigaría siempre; pero a quien se asentase no sabía qué pena tuviese para castigarle.

Salido el duque de Alba de Uceda, donde por mandado del Rey estuvo detenido un poco de tiempo, su Majestad al camino le envió a mandar lo que había de hacer, avisándole que había de entrar en Portugal el conde de Alba por Zamora, y el conde de Lemus por Galicia, y el duque de Feria por su tierra, y el marqués de Santa Cruz con gruesa armada por mar, y el Rey nuestro señor por Badajoz con ejército, y que le hiciese saber qué le parecía de este consejo. El Duque, algo desabrido de su prisión leve y breve, y de no ser llamado al primero consejo, respondió que lo que su Majestad mandase era lo mejor, y que eso seguiría él hasta la muerte, y que aquello estaba muy bien, si la guerra había de ser ojeo, dando a entender que con solo un campo grueso lo intentara él con efecto mayor. Mas fue este el designio del Rey: atemorizar a Portugal por menos daño, como el cazador que dispone acá y allá mucha gente para tomar viva una ave; porque si entrara de golpe un grueso ejército todo lo asolara.

Al mismo requerido y pedido que volviese el Val de Corneja a la casa de Oropesa, a que ella dice tener título por un antiguo derecho sobre que muchos herederos habían pasado, decía que él creía que lo poseía con buen título, por haber sido cristianísimos sus abuelos; «mas aunque fuera al revés (decía) no lo volviera, porque el cargo de conciencia fuera de los primeros, como en un pozo si cae uno se ahoga y otro y otro también; mas los postreros no se ahogan ya, que quedan en seco.»

Decía también con ironía: «Si deseáis la muerte a uno, y estáis en ese pecado mortal, siempre es mejor no desearlo; pero si se ha de desear inevitablemente, matarle, y salir de él de una vez: lo uno y lo otro vean teólogos, que lo que la Santa Iglesia tiene determinado será lo mejor y lo más cierto.»

Un grande de estos reinos envió un criado suyo a visitar y dar la enhorabuena al arzobispo de Toledo Don Juan Martín Silíceo, y como la provisión era nueva, escribióle con menos cortesía que el Arzobispo pensaba, que también los recién electos revientan con sus cargos. El caballero, criado del grande, demás de ser feo de rostro, le afeaba más el tener en él una buena cuchillada. El Arzobispo tomando la carta y mirando el sobrescrito, le dijo: «Este vuestro amo debe de haber comido almodrote.» «Sí, señor, respondió él, mas no con ajos.» El Arzobispo miró al embajador, y replicó. «Nunca pensé que respondiera tan bien hombre de tan mala cara», como el que tenía por honra y ensalzaba más su valor ser de honesta y virtuosa gente y de principios bajos.

El comendador Diego Falcón, caballero valenciano, y comendador de Montesa, la orden cuya administración el Rey nuestro señor con bulas de su Santidad incorporó ahora en la corona real, buen poeta español y latino, hizo este dístico a Dido⁹⁹, que por ser hecho en estos tiempos se dirá:

*Infelix Dido, nulli bene nupta marito,
Hoc pereunte fugis, hoc fugiente peris.*

Contaba un soldado viejo delante de Tamayo, que había servido al rey Don Fernando y al rey Don Felipe, su yerno, y al Emperador, tres reyes, y con grandeza, que nunca entró en su gracia para hacerle merced: «Haz cuenta, dijo Tamayo, que jugaste a la gana pierde, y que con tres reyes os dieron bolo.»

El conde de Chinchón, discretísimo caballero, decía que las casas de Borgoña de los príncipes de Bohemia y del señor Don Juan de Austria, eran como los hijos movidos, que tenían las figuras de hombres, pero disminuidas y no perfectas, a respecto de la casa real del Rey.

Rondando un corregidor una noche, topó unos ladrones que llevaban unos cofres: «Tened, tened a la justicia», dijeron veinte corchetes alrededor, que esto dijo el Corregidor. «Señor, dijeron ellos, murióse el dueño de esta casa, y pasamos a otra posada estos cofres. Pues ¿cómo no lloran? dijo él. Los ladrones dijeron: «Señor, mañana llorarán, que ahora es fresca la cosa.» Otro día pasó por allí el juez, y era tanta la grito que se oía en toda la calle, porque ladrones los habían robado aquella noche.

Traía un gran señor siempre, por no andar solo, un caballero al lado izquierdo de poco gusto y trato con la corte como el compañero del predicador, y decían que era cero, que no valiendo él nada, trayéndole a su lado, daba valor al señor para que valiese más, aunque era al lado contrario.

Decía un chocarrero al Rey de un conde, muy guardoso y muy apretado: «Señor, éste es conde, éste es conde.»

Había en Madrid dos oficiales del mismo oficio que iban a Toledo muchas veces; llamábase uno Guerra y otro Cervatos, y del Guerra no tenía su mujer buena fama. Hiciéronles esta copla:

Debríades de ir a ratos
A Toledo,
Porque es tierra que aunque juréis
Que sois Guerra
Os dirán que sois Cervatos.

A una mujer profana le decían que por qué era amiga de clérigos, que olían a ratos, y ella que no le debían de parecer mal, dijo: «y a ratos no.»

Había un caballero muy cortesano que, aunque lo era, le pesaba mucho que le llamasen un nombre postizo, y llamábanselo, y no se lo osaba ya llamar un hombre de placer; y navegando por el golfo de León el Emperador una noche, llegaron todas las galeras a tomar nombre, y dijo el

99 Queda ya puesto en otro lugar. Véase capítulo 80: *De motes interpretados*.

Emperador al chocarrero: «Da tu nombre.» Él dijo: «Puncarrión»; así que aquella noche fue este el nombre de toda el armada, y que el que no lo dijera moriría por ello, e hizo que por no sufrirlo él de un loco, se lo llamasen todos.

Caminando con el Rey nuestro señor el buen marqués de Santa Cruz iba descubierto, y de verle, apiadado su Majestad, que hacía mucho calor, mandóle que se cubriese. Él fue a besarle las manos por la merced, porque el mandar los reyes cubrir a los señores es la postrer honra que se les puede hacer. Su Majestad, guardando esto para en otro tiempo, para que con mayores servicios se madurase, como después se hizo, dijo al Marqués: «por el sol, por el sol.»

Una hermosa dama, no muy discreta, dijo a otra que era muy avisada: «Anda que sois muy fea.» La otra: «Si yo soy fea, y vos os preciáis de hermosa, a lo menos sois hermosa necia.»

Otra, a otra de casta de los reyes de Granada, le dijo una vez que era mora. «Si soy mora, soy a lo menos de casta de reyes.» «¿Qué se me da a mí, replicó la otra, que hayan sido reyes, si sabemos que no se salvó ninguno de ellos?» «Más quiero, dijo la infanta, tener reyes abuelos en el infierno, que no como vos escuderos en el paraíso.» Esto le dio por baldón, pero muy mucho se engañó en ello.

El ya dicho Bejerano se asomó a media noche en su casa a una ventana, y vio que le sacaban un arca de casa unos ladrones, y dijo a grandes voces: «¡Ah! señores, ¿dónde nos mudamos?» Ellos, oída la voz, dejaron el arca, y huyeron luego.

Un juez del Consejo de Indias, que se llamaba Jaraba, iba a tomar residencia a las Indias a otros, y a castigar insultos, y con cruel intención de castigarlos a todos con todo rigor de derecho; y uno de acá les escribió en breves palabras para avisarles con la intención que iba, sin que pudiese nadie reprehenderlos: «Jara va.»

Cuando los Turcos vinieron sobre Malta estaba la cristiandad suspensa y temerosa de ello, y luego casi en llegando, tomaron la isla del Gozo, y esperábanse correos de Italia con grandes esperanzas y miedos cada día. Llegó un caballero a casa de un correo mayor a saber lo que había, y preguntóle otro señor: «¿Qué nueva?» «¿Que?, dijo él, muy mala, nuestro gozo en el pozo.»

Garcí Sánchez de Badajoz, príncipe de los trovadores de las coplas castellanas¹⁰⁰, enloqueció de amores, a lo que dicen, aunque yo pienso que porque profanó la sagrada Escritura, que fueron las Lecciones de Job; y un hermano suyo, que era de bando contrario, le dijo: «Recia cosa es que hemos de sufrir aquí un año a este loco.» Él dijo: «Señor, no es mucho que me sufráis un año de loco, pues yo os he sufrido de necio tantos años.»

El mismo a su hermano, que estaba enfermo, le preguntó: «¿Cómo os va, hermano?» Dijo él: «¿Cómo queréis que me vaya, que tengo una calentura lenta, lenta que nunca se me quita.» «¿Como, dijo él, no ha de ir lenta si va en asno?»

Pedía un pobre importunadamente que le diesen por amor de Dios; un impío íbale a dar con un palo después que no podía acallarle. Dijo un señor: «¡Ah! No le deis, por amor de Dios, sino dadle por amor de Dios.» He aquí unas mismas palabras buenas y malas, aunque *ex directo* son contrarias.

Pedía otro a una dama de la Emperatriz limosna; ella le dijo: «No tengo más; señor doctor, dadle un real por mí por me hacer merced.» «No quiero, señora; que nunca vuestra merced me lo pagará.» «¿Pues cuándo?» dijo él. Dijo ella: «Cuando se me quebrare ésta», y mostróle que traía en la cabeza una hermosa esmeralda.

De un caballero muy vano, y que con todo eso no valía nada, decía Don Enrique Enríquez que para ser de viento le faltaba poco.

Dia Sánchez de Quesada era un caballero muy principal, señor de un lugar pequeño, que se llamaba Garciez, y traía con el marqués de Mondéjar, alcaide del Alhambra, y capitán general del

100 En el Cancionero General hay una obra de este poeta, con el título de *Liciones de Job*, apropiadas a sus pasiones de amor. Empiezan de esta manera: «Pues amor quiere que muera.» Halláranse en la edición de 1557 a fol. CLXI.

reino de Granada, bandos. Dijéronselo a Don Enrique Enríquez, y dijo él: «En ese juego poco ganará Dia Sánchez con Garciez de pie, y teniendo el Marqués con mucho favor el Alhambra de mano.»

Don Guazarán de Cardona era en Palacio servidor declarado de una dama, y andaba con gran ansia por verla por todas partes; y salió una guarda vieja muy regañada, y dijo: «¿Qué busca vuestra merced, señor Don Guazarán?» «Busco lo que no hallo, y hallo lo que no busco», dijo él.

El Comendador griego de Salamanca, cuyo propio nombre fue Hernán Núñez, y Comendador se llamó, aunque impropriamente por ser del hábito de Santiago, y griego por ser gran griego, y en tiempo que casi no sabía nadie esta lengua, fue doctísimo en letras humanas; y provocado por su gran fama por letras de Roma para ir allá, estaba muy de camino para la jornada. Y llegó a él un hombre con un refrán que le dijo que se le diría si le pagaba por él cien doblado de lo que por otros solía pagar, y él dijo: «Por un cuarto me los dan todos, no hay para que yo, pobre, dé doce reales.» «Él es tan bueno, dijo el otro, que si le sabéis me los daréis, y sea con condición que me los deis, si os contentare, y si no, que no me deis nada.» Aceptólo así. «Ahora decid», dijo él. «El refrán es, *a buey viejo mudadle el aire, y darte ha el pellejo.*» «Eso me habéis dicho; el mejor refrán es del mundo; yo no voy a Roma: tomad vuestros doce reales.» Y como era muy satírico y maldiciente que no le contentaban todas las cosas, en un vejamen de un doctoramiento llégase a él el que le daba, antes que comenzase, como a tomar su bendición, e hincado ante él de rodillas, le dijo: «*Jube, Domine, maledicere.*»

A un caballero que contaba muy mal los cuentos que en conversación venían a plática, y siempre los erraba, dijo otro viéndole aparejar para una narración muy larga: «Señor, esperad, tened tiento, que dais con el hierro por dar con el cuento.»

Viendo el Rey nuestro señor desde la vega en Toledo la casa del secretario Vargas que se acababa de hacer, llena de ventanas y torres, que es muy hermosa, y que él era muy pequeño de cuerpo, aunque muy rico su dueño, dijo que era gran jaula para tan chico pájaro.¹⁰¹

Y Don Enrique Enríquez, por la capilla del Gran Capitán en San Jerónimo en Granada; dijo, como era de sillería lo alto y de obra tosca lo de abajo, que era camisa de holanda con faldas de estopa.

De un prelado muy flaco y muy largo, y aun también que no se podía sacar mucho provecho de él, decían que eran dos lugares del marqués de Montemayor, Villaluenga y Villaseca.

Un caballero cortesano, muriendo por ver las damas, estorbábaselo un portero viejo que tenía una mujer moza y hermosa y de no muy buena fama, y le hizo de presto esta copla; llamábase Brasa el portero:

Espantáisme, señor Brasa,
Y dello tengo gran pena,
Que viendo arder vuestra casa,
Echéis agua en el ajena.

Y la que diré ahijaron al comendador de la Magdalena de Salamanca, que iba con él no sé qué señor flaquísimo en extremo. Habida de él licencia, a gran importunación, porque era muy áspero y muy desabrido, como res flaca, uno le hizo estas dos coplas allí luego:

Vuestro caballo mirado
Por compás y por nivel,
Os es tan pintiparado
Que él es vos y vos sois él.
Pero una cosa os socorre
En que no le parecéis,

¹⁰¹ Este dicho de Felipe II se halla ya citado atrás.

Que él de flaco no corre,
Y vos de flaco os corréis.

A la reina católica Doña Isabel, como era razón, pusieron premios al que en sus honras la loase mejor, y hartos de buscar qué decir grandes letrados, llegó un desarrapado estudiante, y dijo:

Ya sube al cielo Isabel
Y el mundo quedó sin ella,
¡Qué pudo ganar más ella!
¡Qué pudo perder más él!

Y ganó el premio, y yo jamás deseé hurtar versos, si no fueron estos, para quien los merecía muy bien, que fue la postrera reina Doña Isabel, señora nuestra, que llamaron de la Paz, por las que temporales puso entre España y Francia. Mas sea el dicho como brocado rico de dos hojas, de que se vistan ambas esclarecidas reinas tan señaladas; aquella fue excelente e inimitable copla, que oí de un incierto y discreto autor, que sin fin debe de alabarse:

Cruz, remedio de mis males,
Ancha sois, pues cupo en vos
El gran pontífice Dios,
Y cinco mil cardenales.¹⁰²

Garasa, italiano, famoso comediante, tuvo grandísimo auditorio en España, y en poco tiempo, volviendo a Italia, *bonis Occidentis onustum*, preguntábanle a qué había ganado veinte mil ducados que llevaba; él dijo que a encerrar asnos en un corral, que en corrales es donde se representan las comedias en España.

Traíanle al duque de Ureña dos pajazos¹⁰³ muy grandes, y entraron delante de él, y le parecieron a la primera vista muy groseros; «¿Cómo os llamáis?» dijo el Conde; el uno respondió: «Señor, a mí me llaman Don Hernando.» «¿Y el otro?» «A mí Don Álvaro.» «Pues llamaos, dijo el Conde, vos Hernandón, y vos Alvardón.»

Estando el duque Don Fadrique doliente de la enfermedad postrera, pasábanle de una parte a otra sus hijos y nietos, y entre ellos Don Hernando, que le había de heredar, y díjole: «Hijo, pareceos que peso poco», dando a entender en gracia que siendo muerto holgara que pesara más.

Moríase un conde de Miranda, y encomendaba a su hijo mayor muchas cosas, diciéndole: «Haz esto y esto otro, y esto hiciera yo si viviera.» «Vaya V. S. con Dios, dijo el hijo, que yo le certifico que no hará acá falta.»

El valeroso almirante Don Fadrique Enríquez, pequeñísimo de cuerpo, vencedor de batallas y gobernador de estos reinos, por la poca edad aun del Emperador, era, como he dicho, muy amigo de cosas de ingenio, y así a un fraile¹⁰⁴ con quien se burlaba envió una mordaz copla; y tenía dos criados, entre otros un secretario que se llamaba Coca, y al gran trovador y cortesano Gabriel, y respondióle así a la copla el fraile:

Desta copla que me toca,
Sólo es vuestro el papel;
Veo las manos de Coca
Y oyo la voz de Gabriel.
Bien sé que me venceréis
Y que no tengo remedio,

102 Estos versos atribuye al rey Felipe II el autor anónimo de un precioso cuanto raro librito intitulado: *Panegírico por la poesia*, Montilla, por Manuel de Payva, 1617, 8.º pág. 47. El mismo escritor atribuye al mismo Rey los que Rengifo pone en su *Arte poética*, y empiezan: «Contentamiento ¿do estás? / Que no te tiene ninguno.»

103 Pajes crecidos o con estatura de hombres.

104 Fr. Luis de Escobar, de la Orden de San Francisco.

Pues que sois contra mí tres,
A lo menos dos y medio.

Alude a lo que dijo Isaac: «Toco las manos de Esau, mas siento la voz de Jacob.» Fue este fraile el gran filósofo, teólogo y trovador, a quien hizo aquellas quinientas¹⁰⁵ preguntas, que llamó el Almirante quincuagenas.

Estaba a examinar para clérigo un provisor a un bachiller estudiante, y no digo siempre quién y dónde, que suelen ser siempre buenos testigos, por no gastar más para papel que merecen los leves cuentos, y díjole: «Sedete.» El ordenante respondió: «Señor, yo no me llamo Sedete.» «¿Pues cómo?» dijo el provisor. Respondió él: «No sino Pedro del Campo». Replicó luego el prelado: «Pues sentaos, *pecora campi*.»

194. De la miseria humana.

Es tan notoria a todos la razón de este capítulo, aunque no sea sino por las desventuras y miserias e imperfecciones que cada uno por su casa ve, que sería meterse el escritor de ello en un gran piélagos, y cosa, pues tan sabida, muy excusada. Plinio nunca hace sino endechar al hombre en vida, diciendo que nace desnudo y de su cosecha pobre, si no le cubriesen con su hacienda de lana y seda y cuero otros animales ricos de ella; que llora en naciendo, que aun comer no sabe, que andar no puede, que sin doctrina alguna, los hombres no serían sino más bestiales que bestias fieras.

Mucho antes que él Job lamentaba su infelicidad diciendo: «el hombre nacido de mujer (como por esto baldonándole) vive breve tiempo, lleno de muchas miserias, que como una flor sale y se huella y huye como sombra, y que nunca en un mismo estado permanece.»

Los latinos dijeron *homo bulla* a propósito de esto, que es como la panilla, que en lloviendo se hace y deshace en el agua; mas yo llámole *homo burla*; así dos filósofos de él y de todas sus acciones hacían burla y lloraban, Demócrito y Heráclito. Y ya que la edad mayor le va cada día ganando piezas al hombre; un día le gana un diente; otro una muela y otro las barbas, hinchándosele las venas; otro la vista, otro el oído y la memoria le huye, y así hasta en el entendimiento le deja, que caducando y al fin en casa cierta, que es la sepultura, le da mate. Representantes somos de farsa, y que unos salen; reyes y otros pastores al teatro, y a las veces, los que salen reyes salen otro día ganapanes, como Dionisio de Sicilia, poderoso y temeroso tirano, que vino a parar en Corinto a estarse con una habacera deshonorando, y Justiniano unas veces emperador, y otras sin narices desterrado, y los felicísimos pasan como las representaciones, de un retablo de jugadores de manos; asoma la sabia Sibila por una puerta y sale luego por otra; y lo mismo el rey Herodes y sus alabarderos, y los reyes magos. Y Petrarca hablando del mundo dice: *di qui esta morte che si chiama vita*; muerte la llama a esta vida, a parecer de simples tan agradable y tan dulce, pues ya si por lo adverso comenzásemos, *quis funera fando explicet? aut possit lachrimis æquare labores?*

Mas de los que en este mundo tuvieron por prósperos traeré unos poquillos de ejemplos, que es a lo que desde el principio voy caminando, no a decir de los males y miserias de esto dolentísimo hospital del mundo, de hombres llenos de plagas, sino de los que salieron con salud y prósperos de él como de hospital que hay de convalecientes. Veamos ahora en lo que pararon sus prosperísimos cuerpos después de muertos, antes que se entregasen a la compañía de los gusanos

El Cardenal Don Juan Tavera, el más compuesto, el más grave hombre, el más respetado y temido gobernador de España, arzobispo de Toledo, cardenal y senador del santo y sacro Senado romano, inquisidor mayor, riquísimo antes que muriese, yo vi que no hallaron en qué le dar un pisto sino en una media escudilla de barro quebrada y con una cuchara de palo, que ya toda su plata y oro

¹⁰⁵ Debió decir *cuatrocientas* y no *quinientas*, pues tal es el número de ellas. Imprimiéronse por primera vez en Valladolid, año de 1545, en folio; después en la misma ciudad y por el mismo impresor en 1550; y finalmente, en 1552 salio a luz una segunda parte.

se había alzado, y sus bajos palafreneros ante él (que sólo para sentir esto le había quedado espíritu) cubiertos y sentados.

Pues aquel gran duque de Alba, Don Fernando, aquel nunca asaz de mí ni de nadie alabado, aquel felicísimo en vida, aquel más conocido en todo el mundo a manera de decir que los monarcas sus reyes de España, muerto en la cumbre de sus glorias, otro día le abrieron el cuerpo para llevarle, le echaron por ahí las tripas y el menudo, y le salaron y le embutieron de estopa con olor y bálsamo, le cerraron y cosieron los ojos, y le dieron dos puntos en la boca, no por parlera ni vana, que nunca salieron por ella sino palabras discretas y graves.

El cardenal Espinosa, presidente del Consejo real, ante quien los grandes temblaban y los sabios, como dice Job, ponían su dedo en la boca, muerto en su próspero curso, cuando le abrían el vientre para dar con él en su casilla de palo, para llevarle, se estremeció y bulló, que aun no había acabado cuando con la navaja los suyos le acabaron.

Y aquella señora de Castilla que en Santo Domingo el Real en Madrid la enterraron en su bóveda, viva, y por voces que dio despertando de aquella probadura muerte, que al fin hubo de colarla, no la quisieron sus monjas y deudos creer pensando que era fantasma, y al poner otro cuerpo allí la hallaron en la escalera de la bóveda, donde acudió, muerta en cueros, y de pesar mesados sus cabellos y su hermosa cara arañada¹⁰⁶.

Y a Don Luis de Haro, un principal caballero, muerto de desconcierto de vientre, otra no chica miseria para un galán mozo, recio, en su primara edad, muy estimado del mundo, muy privado de su amo, depositando su cuerpo en Madrid, en San Juan, con quien toda la corte fuimos acompañándole, yo vi un ganapán sobre él echándole espuelas de cal en su cuerpo y rostro, pisándole la cara para conservarle y para dar testimonio del depósito, ante un alcalde de corte y escribano (como hacen a un malhechor verdugo, escribano y juez), a un muy loable caballero y muy honrado.

«¿Qué traéis ahí, correo?, preguntaron a uno que venía de Flandes, ¿cómo os habéis detenido en partir tanto?» «Señores, dijo él, por traer conmigo a Don Luis de Córdoba, su hermano del Ilmo. Marqués de Comares.» «¿Pues llegará presto?» «Sí, muy presto, dijo él; ahí le traigo en ese baúl que ya ha llegado.» Mas en esto él se engañó, que no era aquel que decía Don Luis de Córdoba (que era bien gentilhombre); sino la hermosa funda descosida, ya rota, de una gentil, virtuosa y cristianísima alma.

Mas con esto concluyo con infelices crepúsculos de las felices vidas pasadas. Murió un gran señor, un personaje muy próspero, grandísimo caballero, en Flandes; habían de traer su cuerpo acá; hiciéronle todos los desacatos y agravios ordinarios (para traerle sin oler mal), y al fin al fin despedácenlo y hácenlo cuartos y pónenlos en una chimenea alta al humo, para que se secase, para traerle a un suntuoso sepulcro de brocado, como de un venado o de un jabalí se suele hacer y poner al humo los tasajos.

En fin, en fin, porque dicen que la mar no sufre cuerpo muerto, a un valeroso caballero que murió en Túnez, en servicio del Emperador, no admitieron su cuerpo en su galera sus favorecidos y sus criados; pónenle en un ataúd; dánle una sogá de que se cuelgue, y llévanlo por esas ondas tras sí a su triste enterramiento arrastrando.

¡Vuelta, pues; vuelta a Dios, ciego linaje humano! Último consuelo de estas calamidades, como dice Don Jorge Manrique, para lo que solamente es bueno este mundo; bueno fue si bien, usaremos del como debemos, porque según nuestra fe espera alcanzar a aquel que atendemos donde *per varios casus, per tot discrimina tendimus* al cielo *sedes ubi fata quietas ostendunt* para descanso.

Y otro hombre honrado de Talavera (de honesta generación), llevándole a enterrar con la priesa que rabian todos de echar a un muerto de casa, sacó de la mortaja un brazo, y como vieron

106 *Vide supra* capítulo 53: De un miserable caso.

que estaba vivo, volviéronle medio muerto y medio vivo a su casa, donde le plugo a Dios que vivió, aunque bien asombrado, algunos años.

195. En cosas que parecen mentira y son verdad.

Aunque en las cosas de caza tienen los hombres casi la libertad que concede Horacio a los pintores y poetas, dos cosas me contó el conde de Tentugal, marqués de Ferreira, que a tan gran caballero se pueden muy mayores creer.

Una que un gavilán mató una garza dispuesta, que viéndola menear entre unos juncos la cabeza, la asió por ella, y la tuvo hasta que la socorrieron.

Otra que él y criados suyos con cuatro o cinco gavilanes mataron cien frailecillos en un día, que aquella en calidad, y ésta en cantidad, fueron grandes cosas; mas todo y dicho por tan verdadero señor se debe tener por muy cierto.

¿Qué mayor maravilla que estar los gusanillos de la seda un año hechos simiente menudita, como mostaza, y en comenzando a brotar los morales de que han de comer, comenzar a revivir los gusanos huevas? Como las menudas de los peces que quedan pegadas a las peñas, pasado el invierno, que se secan sus charcos, y en habiendo aguas vivas hacerse peces los granos, ejemplificando Nuestro Señor de este revivir y resucitar la resurrección final. Aunque en cien mil millones de especies se haya la sustancia humana trasformado, mas las cosas naturales de Dios, Nuestro Señor, como el nacer y crecer todas las cosas y todas las innumerables de más no entren en cuenta para las admirar, porque todas ellas son con todas sus disimulaciones un estupendo milagro.

Yo vi paloma pasada con un virote por las tetillas volar, con el virote atravesado, mas de doscientos pasos, y caer muerta de más de dos ordinarias torres en alto.

Ya el parir liebres y conejos todos machos y hembras, cosa es a todos los cazadores manifiesta, y me contó un Martín Muñoz de ella una cosa extraña acerca de esto, que yendo a caza él y otro con dos galgos, a condición que fuese suya del dueño del galgo que matase la liebre, y hubieranse ellos de matar sobre ello, pues muerto un gran lebratón macho, cada uno decía que su galgo había muerto esta liebre. En fin, se concertaron que se dividiese; pónenla sobre un timón de arado, y pártela con una hacha, y de la parte del vientre sale otra liebre viva de más de un gema, que estaba para nacer, y fue póstuma, y tan ligera que corrieron tras de ella más de un tiro de ballesta, siendo así la natura larga con los animales en naciendo, y el triste hombre ni andar ni comer no sabe sino le dan de comer y no lo envuelven.

Y unas ratas en Valencia de la Torre tomaron a un cura de allí cuatrocientos reales de a ocho y de a cuatro, y se los subieron a un tejado, que fue menester que un albañil trastejador subiese a lo alto por ellos.

En Talavera yendo dos en una mula a la fiesta de los toros, que solemnísima se hace allí, tropezó la mula y con tanta fiereza (que iban muy apriesa), y cayó con tanto ímpetu hacia adelante que echó a los dos que llevaba encima por las orejas y la silla, y gurupera y pretales, y cinchas, y falsa rienda que le coló todo por el cuello y manos, sin cosa descomponerse ni descincharse, y esto fue ciertamente verdad.

Y aunque sea a despropósito, pues la variedad de este libro se precia de esto, el conde Juan Bautista Virlio, colector de Su Santidad en Lisboa, persona muy grave y verdadera, me contó que había estado doce días y doce noches sin dormir sueño¹⁰⁷; y otra cosa mucho mayor que en su patria, Pavía, un hijo de un famoso letrado estuvo seis años sin dormir de día ni de noche, sin otra ninguna dolencia sino ésta, por mil remedios que le hicieron donde hay una famosa academia de médicos, de lo que sin tener ya más por la dicha causa que el pellejo y el cuero, se fue consumiendo y acabando como una vela, y murió con admirable flaqueza al fin de ella.

107 *Vide supra*, capítulo 43: En cosas que parecen mentira y son verdad.

De los cazadores dicen que se alargan mucho más; con todo eso, entre ellos hay quien diga mucha verdad, y yo supe infaliblemente que estando un ballestero del duque de Arcos en Marchena, que andaba con él, que es hoy Duque y era entonces muchacho y marqués de Zahara, tirando a pájaros, que le mostraron cinco tordos arreo, junto a una chimenea, en el caballete de un tejado. «Mata uno o dos de aquellos», dijo y dióle el Marqués la ballesta; púsole él en ella una jugadera, y apuntó al primero, e hincando la flecha en la chimenea los mató a todos cinco y los clavó en la chimenea, llevándolos a todos en ella ensartados, y esto no hay que dudar, sino que pasó sin falta.

Y oí decir a mi padre que cerca de nuestros tiempos estaban un señor y un su ballestero enfrente, esperando un ciervo a lazo, y vino el ciervo al ballestero a tiro y tiró, y errando al ciervo dio a su amo en la verga de su ballesta que tenía encarada, que yendo con yerba le matara, o errando darle en la cara.

Y que a otro le dio otro su ballestero otra en un muslo, que el señor sacó un cuchillo de presto y se arredondeó la carne en el muslo, y sacó la saeta con yerba de la pierna con un pedazo de carne.

Tan buen aviso como éste es el de otro caballero, que debiendo muchas deudas y cargando sobre él cada día ejecutores, escogió el más antiguo y a él el más leal, y túvole en su pueblo de asiento, y en llegando la ejecución nueva (que llovían sobre él a cada paso), salía con su escritura más antigua, y quitaban al otro la dita y el dinero de la mano; de manera, que con una deuda y una ponzoña se libraba de otro como Mitridates, y como al que pica la víbora, que otra ninguna serpiente, aunque le pique no le hace daño.

Y ¿a quién no espantará el ardid de los lobos que las noches tempestuosas, gozando de la ocasión, dan unos por una parte en el ganado; acuden allí perros y pastores, y sacados del presidio la guarnición, dan por la otra en el rebaño, y llevan y destrozan lo que quieren?

La misma astucia tienen en el Brasil, que es el envés del Perú, los micos, que estos son otro linaje de gente que las monas, como hidalgos y nobles entre pecheros. Ellos acuden mucho a la caña dulce, ¿y qué hacen? Envían delante tres o cuatro corredores que vienen a atalayar la tierra, y si la ven sin gente, viene multitud de micos sobre los árboles a los cañaverales de azúcar, que en poco rato los asuelan y destruyen, y los atalayas atalayando toda vía, y viendo parecer un hombre las atalayas, gritan y tornan la multitud de los micos por sobre los árboles a irse.

Y en la misma tierra del Brasil, que está a plomo en perpetuo equinoccio debajo de la equinoccial, en el envés del Perú, donde hay otras fieras, otros árboles, otras aves que las de acá, me dijo un caballero de mucha verdad que mató en una laguna un pájaro sin cola como un pavo de Castilla, azul y amarillo, colorado los pies y pico, que sacudiéndole mucho, por dicho de un indio; le salieron de debajo de las alas dos pajarillos, que volando, donde quiera que van, como gitanos, llevan sus propios hijos.

Bien llaman en latín al colmillo de jabalí rayo, por las fierezas que hace, que dicen que corta estribos de la jineta y espuelas y colas de caballo, y yo vi que uno dio una cuchillada, a un alano que llevaba unas armas del lomo de cuero de vaca por una parte y por otra, y en medio estofadas con mucha lana, y cortando ambos cueros y la lana a cercén, como con unas tijeras, abrió hasta lo hueco todos los pechos al alano.

Hay en la India tan gran abundancia de salvajinas y reses fieras, que me escribió mi primo, el arzobispo del nuevo reino de Granada, que un día en aquel partido salió con muchos indios al campo, que entretejidos los brazos hacen un cerco grande, y que de los montes echados fuera entre otras fieras, mató con flechas y lanzas y cuchilladas setenta y dos venados, y otro día fue a una casa y coto de un caballero, y tocando una trompeta, desde una su hermosa huerta llena de variedad de hermosísimos árboles, acudieron a él de diversas maneras volando más de mil aves, a las que en dándolas de comer sus cebos, según sus especies, de diferentes manjares, sentándosele unas en la cabeza y otras en las manos, y dejando de tañer la trompeta se tornaron a volver volando, como cuenta Marco Varrón, que Quinto Hortensio, orador, tenía en el campo Laurente una selva cercada alrededor de piedra seca, que tendría de tierra quinientas yugadas, y allí había un altillo hecho a

mano, donde puestas las mesas cenaban, y Quinto Hortensio mandó llamar a Orfeo; que salió con su estola y cítara, y siéndole mandado que cantase, tocó una bocina, donde acudió al son, como al del antiguo Orfeo, tanta multitud de jabalíes y ciervos y cabras monteses, que quedaron los que cenaban con gran regocijo espantados.

También pasando del monte a la caza vi un lavanco de golpe de neblí altanero, partido en dos el pico de abajo, y otro hendido de la furiosa uña, como con un cuchillo por las espaldas, como cuando parten por ellas para cecinar un parato; y otro de otro golpe echar la molleja por abajo, y sin recibir detrimento los halcones en el cuerpo ni en las manos.

Mas es grande la furia que traen, como vi otro que en buen altura de una caída cortó a un martinete un ala, y el ala vino al suelo por sí y por sí el cuerpo, cada una cosa por su parte.

También entre las cosas admirables fue la que diré ser con toda verdad, porque aunque las maravillas sean grandes no es razón que a mí el crédito ordinario me sea quitado. En Valdemoro, lugar entre Toledo y Madrid, hubo una mujer que se llamó la de Correas, de cuyo vientre en hijos y nietos y biznietos procedieron en sus días más de trescientas personas que vio vivos, y fueron a su enterramiento, pues murió muy vieja de estos que he dicho doscientos; y esto es cierto y que diga verdad yo, siendo quien soy, no hay que agradecerme; mas esto certifico que ninguna cosa escribo sin haber antes averiguádola con gran diligencia que es cierta.

Y por igual maravilla se puede tener un hombre de muy alto y claro linaje comer seis docenas, que son setenta y dos huevos, de una sentada, y más ser los más en tortilla y entre otros manjares y diversidad de vianda.

Y aunque en cosas de caza suelen acaecer algunas cosas, diré aquí unas pocas que se me han ahora acordado. El infante Don Luis de Portugal, estando en Almerim un paso¹⁰⁸, echó un neblí por una garzota falta, y habiendo pegado el neblí con ella en grande altura y trayéndola en las manos, al llegar poco más de una torre del suelo, estando apeados los cazadores esperando, encoge los zancos con la garzota en las manos y da muchos tornos en el aire hasta que le perdieron de vista, y nunca le cobraron más.

A Extremadura vino un cazador del Rey nuestro señor con un gerifalte a buscar garzas, y volando una en la ribera de Guadaxida cae un águila a ellos, deja el gerifalte la garza y emprende con el águila, y surtiendo a ella como si fuera otra ave menor, pega con ella y tráela a tierra; socórrela el cazador, y trájola viva a su posada.

Este día fue infeliz para las águilas, que volando, un cazador de Don Gómez de Cárdenas una perdiz con un borní, el borní la colgó. En ésto cae del cielo otra águila y quita al borní la perdiz de las manos; torna el borní por su honra y va tras el águila; métese por debajo y tómale la perdiz de las uñas, y siéntase con ella en el suelo, llega el cazador y socórrele, y el águila fuese su vía muy corrida y avergonzada; y es de considerar que las águilas son tan fuertes que a un hombre harán gemir si le asen de un brazo con sus fieras manos.

Otro fue para entre cazadores extraño lance, que el marqués de Pliego Don Lorenzo Juárez de Figueroa, echando a un milano tres sacres acudieron otros dos milanos, y cada uno combatiendo al suyo, trajeron abajo y mataron los tres milanos, los tres sacres cada uno el suyo; al socorro entró recio un cazador, espérase el sacre, déjale el milano en las manos, y emprende por un buharro, y también mátales.

Y a Don Gómez de Cárdenas se le perdió un sacre volando un milano, en Perales, dos leguas de Mérida, y el mismo día le tomó un villano en Asturias con él en las manos, a puesta del sol, en una aldea chica, a una legua de la mar, como se tomó por testimonio de escribano.

Otro aire corría cuando el señor de Peñaranda Don Juan de Bracamonte, al salir de la muda perdió un sacre con un fiador bien largo, y fue a parar a la gavia de un navío en Cádiz, donde del fiador le asieron y cobraron. Húbole el primer conde de la Puebla, que le llamaron el marinero, y

108 Quizá debió decir *un su paço*, pues *paço* en portugués es lo mismo que en castellano palacio.

llamóse Hércules el otro buen sacre que perdió y cobró de las Asturias su hijo Don Gómez de Cárdenas.

Y un Diego Rodríguez, juez de comisión del Rey, me contó una cosa extraña, pero creída de mí por ser hombre muy de verdad, que en cierta tierra de Italia, cerca de donde bailan siempre los de la tarántula, hay maestros que curan (muchas veces hemos oído decir) narices cortadas, sacadas de un brazo de esta manera. Cortan a uno las narices; da veinte o treinta ducados a otro porque le deje hacer narices en su brazo; dale en él el cirujano una cuchillada, métele allí el rostro del que quiere hacer sus narices de nuevo; véndale sus pegadas narices con el ajeno brazo por diez y nueve o por veinte días, que no sé por cuántos; déjanle descubierta la boca por un lado por donde coma, y al cabo del término deslíenle, y sale el herido con un berrugón de carne ajena en sus narices, que le monda, afila y corta luego el cirujano, y le hace dos ventanas por donde respire como las naturales, y queda aquel con narices prestadas, que se le hacen tez y hueso en poco rato; y lo más de espantar es, que el que prestó al otro narices por veinte o treinta ducados, si muere de ahí a pocos o muchos años, se le caen las narices al vivo, que por eso dije que las tomó hasta la muerte del otro prestadas.

Este mismo vio, y así creo que lo escriben naturales, sentado cabe un hormiguero acaso que venían con una hormiga muerta tres o cuatro cargadas; páranse al hormiguero, salen otras y reciben la difunta y métenla en su casa. Las que la trajeron están a la puerta un poco, como esperando la paga; salen las deudoras y dánles un grano de trigo, con el cual satisfechas, por donde habían venido con la muerta se tornaron.

A todas las criaturas da Dios sus remedios y sus contrarios; la salamanquesa teme mucho a una mosca, o sea por enemistad o por asco. Las arañas temen a las salamanquesas en sumo grado; ¿qué hacen? Para escaparse de tan ordinario peligro por vivir todas en una casa, toman una mosca muerta y pónenla en su tela a la entrada, de la cual huyen las salamanquesas, ni jamás se les ha visto, habiendo allí mosca, atravesar sus umbrales.

Año de noventa y tres vino a la corte de Aragón, hijo de chicos padres, un gigante de diez y ocho o diez y nueve años, que tenía tres varas de alto, y el dedo de en medio de cada mano de una cuarta de largo, y que calzaba veinte y tres puntos de pie de zapato. Trajo también el príncipe de Asculi, de las partes del Norte de hacia Flandes, un salvaje cubierto todo de bello el cuerpo y rostro; solamente tenía rasas sin bello las manos.

Este año vi en Casarrubios una mujer pobre, que le nació un diente, de más de ochenta años; y hubo otra que tuvo dos maridos, y quedándole el nombre del postrero, de que enviudó, que la llamaban la viuda, de que estuvo casada con el primer marido impotente treinta y siete años, sin que nadie se lo sintiese, y fue al segundo matrimonio doncella, con tanta admiración del segundo marido, como de lo contrario otros desdichados suelen tener.

Muerto el doctor Vallés, de los mayores médicos del mundo, buscóse con gran diligencia quien sucediese a tan gran peso del cargo de la salud de la persona Real, en lo que sucedió un famoso y dignísimo varón el licenciado Mercado, y hubo un sabio y excelentísimo médico que no quiso poner los hombros en ello. ¡Oh prudente y continente varón! y digna tan gran discreción de toda alabanza, que si un clérigo no quiere ser cura, obispo ni arzobispo, por no ser cura de almas, ¡cuánta mayor empresa era esta otra, de quien pende salud y vida y fe y religión de tan gran mapa de la cristiandad!

El año del levantamiento del reino de Granada, que fue por Navidad, aquel otoño en Valdemoro llovió sangre, que parece que anunció la mortandad que hubo en los valles de moros del reino de Granada, de lo que fue por medio de Álvar Gómez de Castro llevado de testigos auténticos testimonio a Su Majestad.

Otro milagro acaeció allí cerca en Bayona, lugar del duque de Chinchón, pocos años antes, que puedo meter yo en mi jurisdicción, como los alcaldes de corte a las cinco leguas, así que les sobre de ellas algo a un lugar que así pasa; ya he dicho que todo el tiempo de su gobierno de España, el cardenal Don Fray Francisco Jiménez amontonó gran suma de dinero para estar con el

poder para tan gran cargo en cualquier necesidad; después, acabándosele ya el cargo, reventó su dinero en hacer las escuelas de Alcalá y otras cosas grandes, y en querer pasar en África. Hechos ya sus aparejos y alistada su gente por los lugares del arzobispado, hubo de él grandes murmuraciones. ¿Adónde quiere ir este loco contra la tercer parte del mundo, que es África? ¿Adónde este fraile, cuando los grandes capitanes como Gonzalo Hernández de Córdoba están como frailes recogidos ya? Y así pasó y estuvo el negocio suspenso casi un año, hasta que sobre Bayona, cinco leguas y media de Madrid, apareció muchos días una cruz colorada como sangre. Llegó la nueva a Madrid; estando un discreto caballero, con el que debía de armar la jornada. Dicen de la cruz aparecida pues sobre Bayona: «¿Qué querrá decir?» dijo el Cardenal. «A la fe, señor, dijo el caballero, que V. S. Reverendísima vaya a su empresa ya, que en las cosas de Dios el hecho habla como la cruz que apareció a Constantino, diciendo en esta señal vencerás.» «Sus, sus», dijo el Cardenal, e hízose luego la jornada, y al mismo tiempo del desembarcar se mostró la misma cruz sobre Orán. «A ellos» dijeron los capitanes, y el mismo día, contra voluntad de ellos, se acometió y tomó; que fuera imposible a tardar más, porque llegó la morisma otro día, que cubrió el campo, y de aquella hecha se tomó Bugía, Trípoli y Orán.

196. De casos de honra.

En ninguna cosa acusa tanto la conciencia como en casos de honra; queda uno bien de un caso, tiene consigo una lozanía y gloria extraña; queda afrentado o quebrado o corto algo; asiéntasele una tristeza en los huesos que parece que está para ahorcarse, como hay un adagio en latín, que la conciencia es mil testigos, y otro proverbio de Salomón que dice: «huye el impío, aunque no le persiga nadie»; y así es gran dicha y merced la que a uno nuestro Señor hace que en una refriega queda medido al justo ni corto, ni largo; si corto el mayor mal es de la tierra. Una torre no pesa tanto como la carga de honra, si queda un hombre afrentado; si demasiado y largo, no es cosa injusta que diga que estuvo fuera de razón un caballero muy honrado, que estar fuera de razón es lo mismo que estar uno loco, o borracho, y aun peor; que el que está borracho todavía es hombre, aunque perdido y vituperable, y en algunas provincias no espanta; pero estar sin razón es de las bestias fieras irracionales, y de los afrentadores son los miedos y los celos innumerables.

Ahora viniendo al caso: riñeron dos caballeros en casa de un gran señor en una sala; salió el señor al ruido preguntando: «¿Quién tiene la culpa?» Dijo el más advertido de ellos: «Yo, señor, la tengo, yo la tengo; señor, vea vuestra señoría lo que manda.» Dijo también el otro: «Yo soy, señor, el que la tengo; ¿quién la había de tener sino yo? Yo soy el culpado»; y así sobre quién tenía la culpa, echándose la cada uno a sí, estuvieron porfiando, y así fue fácil hacerlos amigos y concertarlos.

También fue gran discreción lo que acaeció en Madrid en San Ginés. Fue a las honras de un señor gran parte de la corte, y sobre los lugares del asentarse hubieron palabras dos caballeros, y dio uno a otro un gran bofetón, y no se entendió quién; mas de que oyeron el ruido todos y la palmada el que lo recibió, ¡oh advertimiento espantable! no le pudiendo luego matar, dijo: «Tomad, bellaco, así castigo yo los tales.» El que lo dio también dijo: «Llevaos vos ese, porque otra vez no seáis mal criado.» Acudieron todos a meterlos en paz; el uno dijo: «Por amor de Dios que nos hagáis amigos, que le he afrentado.» El otro dijo: «Ea, señores, luego nos hagan amigos antes que el bofetón que le di le altere la sangre.» Mas, en fin, con entrambos fueron fáciles de acabar las amistades, y quedó el bofetón en el aire, y entrambos muy honrados; que la verdadera deshonra es la que uno a sí mismo se hace, porque el refrán se cumpla que «es harto ruin el que por ruin se tiene»; y así la propia conciencia es la que en estos casos hace o deshace, porque se presupone que es tan terrible cosa una afrenta, que no podría sosegar el que tiene encima tan gran carga.

En medicina dicen los médicos grandes que hasta conocerse el mal es la dificultad; póngase a la dolencia el nombre, que los principiantes médicos lo curarán; así en los casos de honra estén de

acuerdo las partes en el hecho, que luego la satisfacción se hallará, excepto entre labradores (el estado de todos más bajo) que o porque son duros de cerviz, o de más gruesos entendimientos, en hinchándose una cosa del entendimiento el vaso, no cabe otra para se la sacar, ni hay medios para concertarlos.

Y así, donde no parece que hay linaje hay tanto, que en aquella especie hay más diferencia de unos a otros, de que parecen iguales que de aquella a otras de más calidad; mas la ventaja no va entre ellos por la afirmativa como en la gente principal se dice el noble «en mi linaje ha habido tantos reyes señores o capitanes», sino por la negativa; dice el villano: «en el mío como en el vuestro no ahorcaron ni azotaron a nadie.»

Y pensando yo cómo se quitaría la atrocidad del *mentís* que es llaga casi incurable, me parece que se debiera de hacer edicto que fuera infame al que se dijera *más mentís vos* y no el *mentís*, y así ninguno osaría por la respuesta desmentir a nadie, y esto una pragmática Real lo puede hacer: que los reyes pueden hacer en sus reinos cuadrado de lo redondo y de lo redondo cuadrado.

197. De una gentil y cristiana devoción.

Después que los primeros cristianos godos redujeron en España a la fe católica la gentílica abusión, hicieron lo mismo en la insigne villa de Talavera por sus grandísimas calidades del sitio, de llanura, de río, de comarca y de abundancia de frutos y de caza, y de salidas y entradas ya entonces célebres, y célebres hoy por las personas que de ella han salido señaladas, de las que diré aquí las que se me acordaren.

Fueron de este lugar San Vicente y Santa Cristeta y Santa Sabina, tres hermanos que fueron martirizados en Ávila, y el arzobispo de Toledo Don Pedro Tenorio, famoso guerreador y prelado, fundador de la santa casa de San Jerónimo de Talavera, y edificador de la puente del Arzobispo y de la puente de San Martín de Toledo, de claro y antiguo linaje, que no está ya en uso por su antigüedad, y porque él a ninguno de sus deudos quiso hacer mayorazgo ni memoria, sino para él eterna en el cielo.

Fue de aquí fray Hernando de Talavera, de la orden de San Jerónimo, confesor de los Reyes Católicos, primer arzobispo de Granada, tenido por santo, y persuasor grande de los Reyes Católicos en el asunto de la Santa Inquisición. Él fue el que suplicando al rey Don Fernando los judíos del reino que los testigos en el asunto de la Inquisición fuesen públicos, y que le servirían con treinta mil ducados por ello, siendo su confesor le trajo en la manga un crucifijo y se le puso delante, diciendo: «Señor, los judíos compraron a Nuestro Señor por treinta dineros, ahora quieren por treinta mil ducados comprar a V. M., que en lo que pretenden consiste la observancia toda del Santo Oficio, que es el secreto que en él habrá.»

Fue también de aquí Rodrigo Maldonado, que llamaron el doctor de Talavera, gran jurisconsulto de los Reyes Católicos, que casó con hermana del conde de Benavente, y dejó una gran casa en Salamanca, la que oprimió después el terremoto de las comunidades, mas ¿quién puede ser dichoso a *parte post* de sus días? Como serlo no fue en su mano, hartó hizo, que no es más obligado el que con sus buenas obras lo es mientras vive.

Fueron de los modernos de aquí muy señalados Juan de Ayala de Meneses, semi-señor de Talavera, en dádivas, en obras pías y en vivir infinitos hidalgos de ella con él. Tiene por sepulcro la capilla mayor de la iglesia mayor de ella, que daba a toda la nobleza de Talavera de comer, y nadie hay casi hoy que no se precie de venir de sus abuelos, o sus deudos, o sus criados. Fue asimismo aposentador mayor de la Emperatriz.

También fue natural de aquí Don Fray García de Loaysa, de la orden de Santo Domingo, que hizo a San Ginés, monasterio de dominicos, y en él el más honrado sepulcro de su padre y madre y el suyo, que yo he visto jamás; arzobispo de Sevilla, confesor del Emperador, inquisidor general,

que dejó en su honrada memoria y casa mil ducados para dar a pobres, y mil para casar huérfanas cada año. Y de la misma tierra y orden fue el famoso fray Juan Hurtado, que no quiso ser arzobispo de Toledo, ni que el no lo querer se supiese en su vida por huir de la vanidad. Es de aquí el que hoy vive, su sobrino García de Loaysa Girón, maestro del serenísimo Príncipe, nuestro señor, Don Felipe, el cual como los pasados ha igualado en bondad y en letras podrá igualarles en lo demás, que de su parte todo está ya hecho, que es tener para ello méritos.

Fue de aquí Juan Gaytán, cuya valentía era sonada en toda Italia, con decir por extremo «espada y capa de Juan Gaytán», y Don Antonio de Padilla, presidente del Consejo de Órdenes, y Don Pedro de Padilla, su hermano, castellano de Milán, y Don Carlos de Meneses, famoso soldado que murió en el asalto de Maastrich, y Don Luis de Padilla, oidor de Granada, sus sobrinos, y Doña María de Toledo, madre de ambos, señalada señora y rara mujer, viuda, y el coronel Verdugo, capitán general de Frisia, almirante de aquella mar. Y de aquí fueron tres insignes varones, Frías eclesiástico, y Mariana y Orellana. Frías, valentísimo varón, consumadísimo astrólogo, y en todas las lenguas, tan natural que cualquier escritura o libro o carta leía *ex tempore*, y Mariana, de la Compañía de Jesús, famoso en doctísimas letras, divinas y humanas, y Orellana, dominico y también teólogo, consultor del supremo Consejo de la Inquisición, que de los dos concuerdan todos que en la Iglesia de Dios no ha habido más raros hombres después de Santo Tomás, que hoy vive. Y el obispo de Lugo Juan Juárez de Carvajal, de los consejos del Rey, instituidor de honrada casa en Talavera, que dejó mil ducados de renta para doce hijos de algo cada año, a quien sus sucesores los distribuyen; y por echar el sello a todo, guardando para la postre el mejor bocado, de aquí es Don Juan de Ayala, que hoy vive, mayordomo mayor del serenísimo cardenal y príncipe Alberto, de quien no diré mas por haber hecho del capítulo particular.

Y el honrado caballero Francisco de Albornoz, del supremo Consejo Real, eminente en bondad y letras; Hernán Juárez, privado íntimo del príncipe Don Carlos. El señalado varón Fray Jerónimo de Guadalupe, prior de San Jerónimo de Talavera, de aquí es natural, en letras, doctrina y virtud venerable, y sobre cuantos priores ha habido en Talavera y en su santa casa, donde se dan más de tres mil ducados cada año de limosna a la puerta, y en casas necesitadas particulares.

Había, pues, en Talavera, fuera en el campo, un templillo pequeño, dedicado a la diosa Palas, fabulosa diosa de castidad, que redujeron a la verdadera pura Virgen Nuestra Señora, y consagraron a su santo nombre, ermita nueva, como traduciendo a la letra de Pallas, prado, y del templo, ermita de Nuestra Señora que dicen del Prado. Allí le sacrificaban toros a Palas; acá a honra de Nuestra Señora, y por regocijo de su virginal desposorio con San José, le corren en tres días veinte y dos toros cada año, que se escogen y encierran en la santa ermita, y se corren allí en la plaza de la Iglesia mayor y en las parroquias de todo el lugar. De allí enviaba manadas de espigas de trigo a todos los de la villa. Ahora de allí dan en común panecillos de pan bendito; allí venían con cera al sacrificio todos los comarcanos; acá le traen a Nuestra Señora todas las aldeas hermosos cirios de cera, y en un día, de los de la fiesta, porque toda está fundada en devoción y caridad, se dan de comer allí a dos mil pobres, una diversión grande de toros, dos cuartillos de vino, dos libras de pan. Y como todas las cosas aun de mal crecen, esta va creciendo en festividad y en bien en tanto grado, que de un templo chico, gentil, y de una cristiana ermitilla pequeña, ahora está la más hermosa iglesia y casa de ermita de todo el reino, donde traen en un día a ofrecerle para los pobres más de mil cargas de leña toda la tierra, y muchos cirios gruesos de cruces con nuevas maneras de mangas de cera, con grandes cantares de doncellas y bailes.

Aquí está colgada la llave de la puerta de Canastel de Orán, la primera que ganó de los moros Bernardino de Meneses con mil hombres, de que fue capitán, que llevó Don Fray Francisco Jiménez, de Talavera, brava y valerosa gente que se les encomendó el asalto primero con su dicho capitán Bernardino de Meneses. Tomóse día de San Bernardino, y en una gran pestilencia...¹⁰⁹

109 Está cortada la hoja.

El domingo siguiente se hace un gran juego de cañas ordinario en honra de la Señora del mundo y santa de la fiesta, donde son tantos los caballos, los jaeces, las invenciones, las máscaras, las libreas, las caballerías, las lanzadas a los toros de los claros e ilustres caballeros, que no se pueden ni explicar ni encarecer; mas yo debo de hacer mención de ello (pues pasa ahora) como escritor de estos tiempos y de sus cosas notables.

198. De la libre cara de la verdad.

Estaba el Emperador en Espluc¹¹⁰ muy descuidado de tal atrevimiento, y ¡quién osara tal cosa imaginar cuando le vino súbitamente nueva que venía con gran poder Mauricio, elector del Imperio, contra su Majestad, a quien él había dado la elección, que por su rebelión se quitó al duque Federico de Hesse. Apenas era tiempo de consejo, y así fue forzoso salir de allí luego a formar el campo que llevó contra Monsieur de Lorena, de lo que no toca a mí tratar; y así lloviendo y venteando y con tempestuosísimo tiempo de agua y lodos partió de noche con toda la corte cuantos le pudieron seguir. Aquí cae una acémila, y allí otra, y allí otras quedaban atolladas, acullá carros quebradas las ruedas en el lodo, y aquí y allí la gente noble dando gracias a Dios, y los carreteros y gente baja renegando.

Pues cerca de una casería chica esperó al Emperador una honrada vieja con un crucifijo en la mano, y puesta sobre un vallado, altos los pies del lodo, le dijo estas palabras: «Hijo, para, para.» El Emperador mandó parar su litera, pararon todos para escucharla; entonces prosiguió, y dijo: «Cuando so color de rebeldes tomaste la causa de Dios contra los herejes de Alemania, entonces contra todo su poder de ellos, que trajeron cien mil hombres armados Landgrave y el duque de Hesse, con la ayuda de Dios los venciste y desbarataste. Después, que fuiste demasiado piadoso y perdonaste a los rebeldes y a las ciudades, no prosiguiendo el primer intento de castigar los herejes, sino que por castigo pagasen a tus soldados remitiendo al Concilio la pena de cosas por otros muchos concilios condenadas, no te espantes, hijo, que contra ti aun los que has hecho de nada se levanten: ¡deprende, deprende de esto, hijo! que con los herejes no ha de haber piedad.»

Esto nos contó el obispo Gallo, famoso predicador, a Don Diego de Acevedo y a mí, que lo vio por sus ojos, que fuimos a visitarle en Monzón recién venido de Alemania.

199. De una discreta respuesta.

Como en los casos de honra no debe quedar cortado nadie, porque chico remedio al principio ataja graves y largos daños, es de estimar lo que un caballero dijo riñendo él y otro en casa de un señor en una sala. El ruido y la revuelta fue grande; sale el señor al ruido de su cámara, diciendo: «¿Qué es esto?» Dijéronle: «Señor, riñen hulano y hulano.» Él tornó y preguntó: «¿Quién tiene la culpa?» Saltó el uno de ellos diciendo: «Yo, yo tengo la culpa, que no la tiene otro nadie», como que en estos casos de honra tiene muy gran culpa el que no es en ellos culpado.

200. De la estatura que un hombre ha de tener.

Tiénesse por común cosa que no crece un hombre más ni menos de al doble de la estatura que tuvo cuando niño de tres años, y esto teníalo yo por conseja y falso hasta que la prueba me ha hecho tenerlo por verdad. Tenía mi padre un criado muy alto, y acaso le pareció experimentar esto; mandó tomar la medida a un mi hermano chico de tres años, y señaló mucho más que la estatura grande del criado. Riéronse todos de ello, y tuvieron por burla la medida; mas después salió por cierta por más de tres o cuatro dedos de ventaja.

110 Innsbruck.

201. De otra santa y católica constancia.

Estando de embajador en Marruecos Pero Venegas de Córdoba, acaeció allí una cosa que entre las más famosas merece ser contada. Un vecino de Madrid, hijo de un oficial real, que fue nuestro Señor servido que no se supiese su nombre, o porque renegó estando cautivo en Marruecos, o porque arrepentido gozase de la gloria eterna, sin dar a lo de acá ninguna parte, vuelto a la verdadera fe con grandes lágrimas y arrepentimiento, determinó de pasarse a España, aunque corriese el mayor peligro del mundo a ser tomado, como lo corrió y lo fue de aquellos bárbaros: que luego le destinaron a grandes tormentos y a la muerte, porque nunca tal creyeron de él por tenerle y quererle mucho y se fiar de él, que era alcaide de la Sagena¹¹¹, que es prisión de cautivos, donde fiaban de él mucho de más de diez mil cautivos cristianos.

Venido, pues, su día, azólanle, arrástranle e hínchenle las llagas de los azotes de vinagre y de sal, y él entre mil vituperios predicando a Jesús a altas voces, deseando poder pasar por él más de lo que pasaba. Métenle un clavo grueso por la frente: ¡oh clavo que curó su yerro echado así en su honra! y por no le oír los loores que daba a Dios, y a ellos como los deshonraba y llamaba de perros, córtanle la lengua con gran crueza, y al fin de todos los trabajos le dieron la muerte en martirio del deseada; y es cierto que el que vivo hedía a moro infiel y renegado, oliendo ya a mártir santo, dio allí un celestial olor, más que de ámbar y almizcle después de muerto, de que fieles e infieles quedaron espantados.

202. De una astucia pía y muy sutil.

Siendo vicario de Alcalá el clarísimo Don Gaspar de Quiroga, que después fue cardenal de Toledo por su valor, letra e bondad, viniéronle unas letras apostólicas, y por ser en contra del Emperador no las quiso obedecer, antes con mucho menosprecio las hizo pedazos, y muy indignado de ello el Nuncio, por parte de su Santidad, fue buscado con todo rigor para castigarle. Mas él *exinanivit semetipsum, formam servi accipiens*, y en hábito diferente se fue encubierto a Roma, donde tal llaga se había de curar. Sirve a un cardenal con su barba larga, desconocido, en hábito corto y bizarro, porque a conocerle, no sólo no le absolviera el pontífice Paulo, mas aun le quitara la vida por lo que había osado.

Pónele, pues, un día su amo a los pies del Padre santo; confiesa con encubiertas palabras su pecado: «*Tu, quis es*», dijo el Papa. «*Ego sum*, dijo él, *qui rogat*.» «Mira, dijo su Santidad, que no seas Quiroga.» «*Qui rogat* soy, dijo él, que nunca vi tal hombre como el que dice su Santidad.» El Padre Santo dijo: «Pues eres *Qui rogat* y no Quiroga, a quien yo tanto desamo, yo absuelvo a *Qui rogat*.» Con tanta importunidad, tómalo él por testimonio y breve y bésale el pie por la absolución, y pártese con gran contentamiento para España, y después el Papa que tan enojado estaba, vista la piadosa astucia, le tornó a absolver, y convirtió la ira en mucho dolor suyo. ¡Digna persona, pues, de ser después en el mundo la segunda persona de la cristiandad.

203. De la prudencia de un singular capitán.

Antonio de Leyva, de quien se podrían escribir muchas cosas, y alguna he escrito yo¹¹², estando cercado en Pavía del poderosísimo ejército de Francisco rey de Francia, donde en persona él mismo estaba, habiéndole, pues, muerto muchos franceses y él por muchas partes de la ciudad habiendo sido otras veces acometido y asaltado, estando una noche durmiendo en su cama llegó un maese de campo sin aliento, y despertándole, dijo: «Franceses, franceses, a la puerta de tal parte.» El soñoliento, y aun no bien despierto, dijo: «Pues no hay sino al Tesin, al Tesin; acudid a la

111 Voz arábiga *sachéna*, que significa prisión, cárcel.

112 En varios cantos de su *Carlo Famoso* hizo el autor mención honorífica de este famoso capitán.

defensa, con tal gente acudid a la otra contraria parte.» ¡Oh juicio de práctico y experto capitán que supo más durmiendo que los otros velando! Así que la irrupción que querían hacer los franceses era por donde él medio dormido dijo, que parece que hacían como los lobos que acometen al ganado por una parte para sacar tras sí los perros de su defensa, y después envisten por la otra contraria, donde ninguna defensa hay.

Como el licenciado Cuevas en Sevilla, gran cirujano, que le trajeron una vez un negro mal herido en la cabeza de una pedrada, y no trató de curarle aquello, sino tentándole con la mano le abrió la cabeza por la contraria parte, donde resquebrajándose con la piedra, estaba el daño en el casco, conforme a una yerba que hay en Valencia del Cid, que se llama pan y cal, que la ponen en la parte contraria de la herida, y por allí sana: que acaece un hierro de una saeta escupirla por la herida puesta en la parte contraria.

204. De cuánto la razón puede en las armas.

En Talavera estaban unos hijosdalgo a ver el encerrar de los toros uno de los solemnes días, entre los cuales era Pero Suárez Pacheco, hermano de Juan Pacheco, caballeros y deudos del conde de Oropesa. Pasó un Antonio Vázquez, hidalgo, en quien tenía un canónigo de allí renunciada su canonjía, y díjoles: «Si vuestras mercedes tuvieran en qué andar no estuvieran a pie ahí»; y el Pero Suárez le respondió riendo: «Más queremos estar así que no ir en esa mula ratonada», de que todos rieron mucho. Pasó así sin más circunstancias la cosa; a la noche vino a su casa el Pero Suárez Pacheco herido de un toro en la muñeca de la mano derecha, y fuéronse a curar en casa de un cirujano. «Señor, le dijo él, no traigáis espada, que no estáis para ello, y poned la mano en un cabestro, que está en mala parte la herida.» En este tiempo llegó Antonio Vázquez a casa de Álvaro de Loaisa, donde Pero Pacheco herido estaba, y apartóle y díjole que le quería hablar un poco aparte, y sin decirle qué le quería le llevó hasta el río. Razonando en el camino, Pero Pacheco le dijo: «Cómo, amigo señor, ¿dónde me lleváis? Que si es para que en alguna pendencia os ayude no estoy para ello, que tengo la mano derecha muy mala, que hoy me hirió en ella un toro, de la que no sé si quedaré manco.» «Vamos, le dijo Pero Vázquez, que para lo que es yo os daré cuenta allá.»

Pues llegados al campo, le dijo Pero Vázquez: «Hoy me dijisteis ciertas palabras de mi mula en el Grado, decidme si fueron para afrentarme.» Pero Pacheco se corrió de ello mucho, diciendo: «Ni las palabras, ni sobre el caso que eran fueron de ninguna importancia, ni por os agraviar me pasó por pensamiento, sino burlando por holgarnos.» Pero Vázquez le respondió que no se satisfacía de aquello, sino que se habían de matar. Pero Pacheco a porfiar que no y el otro a porfiar que sí, al fin fue fuerza y vergüenza venir a las manos.

En el combate al Pero Pacheco, como tenía mala y con tanta flaqueza la mano, se le cayó la espada, y viéndose así cerró con todo eso con Pero Vázquez, y echó mano a una daga, y picándole con ella en el un hombro le trastornó en el suelo, pidiendo él a Pero Vázquez que se diese y bastase ya; mas él no quiso, sino tanto forcejó que a Pero Pacheco que tenía encima le tornó a poner debajo porfiando de le sacar la daga de la mano, y como no pudo, alargándose un poco para tomar una espada que estaba allí cerca para matarle, Pero Suárez Pacheco respiró un poco de debajo, le metió la daga por el costado, de que murió luego, matándole, no la daga de su enemigo, sino la soberbia y sinrazón que con el amigo, sin causa y sin su voluntad y mal herido en la mano, había usado.

205. De una cosa extraordinaria.

No puede ser otra más que serlo un hombre primo hermano de tres descendientes grados de abuela e hija y nieto, que todos estos fueron de Don Francisco de Meneses en Talavera, hijo de Don Cosme, primos hermanos él y Doña María de Luna, hija de Hernán Dálvarez de Meneses, hermano mayor de su padre, primos él y Doña Germana, hija de la dicha Doña María y de Don Luis de

Loaisa, primos, porque su madre Doña Lorenza era hermana de Don Luis de Loaisa, y él y Don Álvaro, hijo pequeño de Don Esteban, hermano de Don Luis de Loaisa, y hermano de su madre Doña Lorenza, también primos hermanos, porque el dicho Don Álvaro niño fue nieto de la dicha Doña María de Luna; así que fue a un tiempo volviéndolo hacia arriba primo hermano de hijo y de madre Doña Catalina y de abuela Doña María de Luna, que fue madre de Doña Catalina y de Doña Germana, y como dice la conseja, sin pecado con lícitos matrimonios por dispensación de Papas.

206. De una constancia católica, ir con el de firmeza y constancia.

Viniendo con ejército Vandoma abrasando a toda Francia, año de noventa y dos, llegó y puso su terrible campo sobre París, donde todos los más católicos de aquel reino se habían recogido, en lo cual, unos por entrar y otros por resistir, hicieron cuanto en una opugnación e impugnación se puede pensar, y fue tanta la hambre que se pasó allí, que llegó a valer una vaca ciento y veinte escudos, y comieron, sin ofenderles al gusto, cuantas sabandijas malas ofendieran ahora al oído, si yo lo contase; y sin duda perecieran todos de hambre, como los de Sagunto, si los de la ciudad riquísima no compraran de los soldados de Vandoma, rotos y descalzos y sin zapatos, a hurto escondidas viandas, y allí el embajador de España, Don Bernardino de Mendoza, hermano del conde de Coruña, en limosnas y en necesidades extremas hizo maravillas.

Al fin un glorioso y feliz día tuvieron los de la ciudad las reales banderas de España, por cuyo capitán general venía el príncipe de Parma cerca de París, y así en poco trecho estaba, como quien dice, la persona que hace y la que padece y el verbo, que venía a redimirlos y salvarlos.

En esto Vandoma envió luego un trompeta al duque de Parma desafiándole a batalla campal para singular día; mas el Príncipe le respondió que él traía orden de Su Majestad solamente para descercar a París; mas que si para ello fuese menester pelear y darle la batalla, que tuviese por cierto se la daría; mas Vandoma viendo ya a París socorrido, se volvió corrido por donde había llegado.

207. De cortesía.

Don Baltasar de Borja, en Valencia, mozo de menos de veinte años, desafió a Don Miguel de Villanova, de treinta y cinco años, experto y valentísimo caballero, todos nobilísimos en aquella ciudad; y en el combate recibió Don Baltasar una fiera cuchillada en una pierna, debajo de la rodilla, que casi lo desjarretó; y estando herido y perdiendo mucha sangre, su contrario Villanova cayó tropezando, y apartóse Don Baltasar diciendo que se levantara. Levantóse, y desagradecidamente se volvió a combatir otra vez, y otra tornó a tropezar y caer él mismo como antes, y Don Baltasar, ya casi agotadas las venas de su misma sangre, tornó a hacer que se levantara con la misma gentileza que la vez pasada. Entonces Don Miguel levantado, arrojó su espada diciendo: «No quiera Dios que yo me mate con tan cortés caballero. Vea vuestra merced qué satisfacción manda que yo haga, que cuanto a nuestros enojos, con que no sea perdiendo mi honra, que vuesa merced no me mandará, haré todo cuanto le agradare»; y Don Baltasar dijo que no quería otra satisfacción, y que aquello bastaba; y juntos, atándole la herida el que se la dio, se volvieron a Valencia, sin para su amistad haber menester justicia ni terceros.

208. De otra semejante cortesía.

Marco Antonio de Reus, herido en un desafío de una mala estocada de Don Juan de Gamboa, en Zaragoza, y saliéndosele mucha sangre, se retiró afuera Don Juan suplicándole que mirase que no estaba ya para más pelear, y que lo hecho bastase. Marco Antonio todavía porfiaba, y al fin cayó desmayado; entonces Don Juan, saltándosele las lágrimas de le ver tal, encomenzó a atajarle y a atarle la sangre, y el Marco Antonio, casi mortal herido, le dijo: «Señor, ya veis que la justicia

viene, vos traéis una ruin jaca, tomad y salvaos en mi caballo»; y así lo hizo Don Juan, quedando el Marco Antonio tendido en el campo.

209. De una rara mujer.

Ya que de armas en mi mocedad me pasé a las letras en mi vejez, y que la usada lanza, sin hacer calada, de mis justas se trasformó en pluma, para con ella sin poner mentira escribir cosas justas, bien es acordarme con ella de los míos; y pues de sí y de los suyos dicen que ha de comenzar la caridad: primero la limosna a los padres, luego a los hijos, y luego a deudos, criados y vecinos, comenzaré.

Fue, pues, Doña María de Toledo, mujer de Hernán Álvarez de Meneses, un caballero muy principal de Talavera, hermano mayor de Don Antonio de Padilla, presidente del Real Consejo de Órdenes, de las que raras en el mundo se pueden llamar y decir, que si la fecundidad fue de loar en los antiguos y se echaban del templo las estériles, dio en su honrada casa esta señora seis valerosos hijos. Fue con su gentilhombre marido enfermo a curarle a nuestra señora de Guadalupe, donde para el alma y para el cuerpo hay medicina y médicos grandísimos, donde se le murió en los brazos. Pónele en un honrado sepulcro, llórale más de veinte años, las noches en su casa y en la iglesia, los días rogando a Dios por él ante la bendita imagen; sus misas, sus limosnas, sus devociones, sus obras pías, ¿quién las podrá aquí contar?

Muere ella en su verde edad, en la mitad del camino de su vida, conforme su muerte a su pía y devota vida, sin se apartar del hasta que- la sepultura que tanto había barrido con suspiros y regado con sus lágrimas, se la abren y echan su cuerpo muerto con los huesos y reliquias de su marido amado.

¡Oh flor de bondad y de cortesía!
Íncrita hermana, a tu hermano perdona,
Si en los loores que de ti pregona,
Tan corta y escasa es la pluma mía.

De sabia y hermosa loarte podría
Por un ejemplo muy maravilloso,
Mas por ser tu hermano seré sospechoso;
Dirán que te pinto mejor que debía.

Y pues que Do te puedo loar como merece, alábense de ti tres ilustres honradas villas: Llerena donde naciste, te dio la cuna; Talavera donde te anidaste, el nido, y Guadalupe, donde mientras durare el mundo, durará tu sepultura.

210. Del principio de las guerras entre España e Inglaterra.

Después que por la muerte de la reina María, hija del rey Enrique Octavo, el rey Felipe, nuestro señor, dejó de ser de aquellas islas rey, hubo entre España e Inglaterra por muchos años una paz profunda y quieta como entre dos hermanos y cuñados, que nuestro Rey y su Reina eran, y en este medio tiempo aportó un navío inglés en nuestras oceánas riberas, y siendo el juez de San Sebastián informado que los ingleses traían mercaderías contrabando, va allá en una barca, y métese en el navío, y encomienza a desenvolver todo cuanto traían, y a apartar y dar por perdida buena parte de ello:

*Illi indignantes magno cum murmure gentes,
Circum claustra fremunt;*

y viendo que ni por ruegos ni por razón no podían quietar al furioso, no su juez, leván áncoras y alzan velas, y como Paris, con el robo de Elena, llévansele por esa mar adelante, haciendo autos y

requerimientos a Inglaterra; y más que muy bien herrados los pies, nunca le consintieron dejar su vara de injusticia de la mano, haciendo burla de él, como pusieron grillos de oro a Darío los parricidas que le prendieron, y allá le trataron los ingleses muy ásperamente y con mucho escarnio.

De esto resultó envidar acá unos agravios, y allá reenvidar otros, hasta que se encendió el fuego de la guerra, que sólo Dios sabe cuanto tiempo durará, por la codicia y liviandad de un juez vano e inconsiderado. ¡Cuánto mal a España y a otras provincias ha hecho! Han nos sido tomadas tantas armadas de las Indias; acogióse a Inglaterra el escandaloso Don Antonio¹¹³; perdimos tantos navíos, tantos caballeros muertos y cautivos sobre y en la conquista de Inglaterra, vinieron ingleses y saquearon con Don Antonio a Lisboa y a Cádiz; en fin, arrebatónos Drake hogaño, año de noventa y dos una nave de la India que

*Illa arabum merces et fortunata Canopi
Dona feret nulli, nam bellum mortalibus infert.*

Tú la arrebataste, mal juez.

Porque se vea cuánto sirven más a sus príncipes jueces blandos y mansos, que no terribles y exorbitantes haciendo desafueros.'

211. En cosas que parecen mentira y son verdad.

Una de estas diré no mas de las que para escribir ha venido a mi pluma a la mano. El licenciado Salguero Manosalbas, buen letrado y hombre de mucha conciencia y verdad, me contó que cerca del año de noventa, estando de corregidor en Motril, vio allí un mozuelo de trece años, saludador, que en prueba de que lo era, hizo encender un horno con más leña que la ordinaria, y cuando estaba ardiendo y hecho una brasa el suelo y las paredes abrasándose, llegó a la boca, y soplando tres soplos en cruz en la boca del horno, entróse dentro y se anduvo algún rato paseando, y salió sin recibir ningún mal ni daño, quedando tan ardiendo como antes: que se coció luego pan en él; cosa imposible, admirable y no vista desde Sidrac, Misach y Abdenago acá. Ésta es buena prueba de saludadores, como se prueba echado en el fuego un diamante si es falso; mas esto no puedo sufrir que se hagan los que quieren saludadores sin serlo, y que los que lo son digan las cosas por venir, y dónde están cosas hurtadas.

Y la dicha maravilla hizo el buen juez ante cuatro o cinco escribanos tomar por testimonio. siendo testigo todo el pueblo y capitanes de gente de guerra, y el vicario de la Iglesia.

212. De animales.

Que los animales tengan instinto para todo lo que les cumple, parece que es justo y que Nuestro Señor que los crió tenía a ello alguna obligación para conservar la especie; mas que hagan cosas que tiran a justicia y razón, esto es muy de maravillar por competir sólo a los hombres: lo que usaron las cigüeñas como aquí veréis.

En una aldea de Salamanca vinieron a criar dos cigüeñas; hecho ya su nido quedaba a guardarle el cigüeño, y la cigüeña se iba por ahí a buscar de comer; ésta acordó de hacer traición a su compañero en un prado, cerca de un riachuelo y cerca del pueblo, aunque desde la torre donde estaba el nido no se alcanzaba a ver, y allí veían los vecinos tomarse las cigüeñas adúlteras, y el legítimo compañero estarse en el nido sin entenderlo; mas al cabo de algunos días tornando sobre la torre vio la traición que le hacía la compañera, y como el nuevo dolor le instigó, disparó por ahí adelante, que en ocho u diez días no le vieron del pueblo.

Al fin vuelve el agraviado con doce o trece cigüeñas, y van al prado donde los adúlteros estaban, y con gran furia y algazara de ellos matan a los dos culpados, y traen a la torre al

¹¹³ D. Antonio, prior de Ocrato, pretendiente al trono de Portugal.

desagraviado que ya podía decir cuernos fuera, y con grandes regocijos y fiestas le dejan casado con otra; y habiendo hecho tan notable justicia las demás, alzan el vuelo y se vuelven por donde vinieron. Fue a todo el lugarejo notorio el caso, y ver en el prado muertas, de muy muchas picadas, las dos adúlteras cigüeñas. Esto pienso que escribe el raro y venerable maestro Francisco Sánchez de las Brocas, catedrático de retórica en Salamanca, la cual historieta por ser *cum tanto commune viro*, no podrá dejar de ser tenida por verdadera.

213. De visiones.

Cuanto a estas fantasmas y visiones hay dos bandos en el mundo: unos que no creen que las hay, y dicen toda mi vida he andado de noche, y no he topado ninguno; y otros que creen que las hay, como es justo, de que están los libros llenos de ejemplos.

Llegó al río Rubicón César, donde sin ser declarado enemigo del pueblo romano, no se podía pasar con ejército, y reparando pensativo a la orilla de cuán gran cosa acometía en hacerse enemigo de Roma, le arrebató una fantasma de un suyo una trompeta, y comenzó pasando a la otra parte, con espantoso son a tocarla. «Vamos, pues, dijo César, de donde los hados y señales de los dioses nos llaman, que echados son los dados,» como quien dice de la fortuna, y pasó luego de la otra parte.

Y ahora en confirmación de ello fue certísimo lo que en Valencia del Cid pasaba en casa de un caballero muy conocido de allí, que se llamaba Marradas, donde cada rato se veían nuevas fantasmas, unas veces difuntos ensabanados, otras gigantes, otras enanos; otras jugaban a las cañas, otras combatían a pie, otras a caballo terribles caballeros armados. Otras veces se veían leones y osos, y sierpes, y fieras bravas; otras ponían la mesa, sentábase a ella Marradas, llamaba a comer a su mujer, una honrada señora, y en un punto, ni había mesa, ni platos, ni criados ni mujer, todo era mentira y fantástico; pedía su caballo para salir fuera, venia relinchando, y sus lacayos sin caperuzas; ponía el pie para subir, no había lacayos ni caballo, y daba por el suelo de manos.

Venia otra vez la gente verdadera, y unos a otros cuando se habían de creer no se creían; ya no se creía, ya no se tenía otro remedio, sino tomar nombre, y el que daba el nombre como en la guerra, era enemigo, y el nombre era Jesús, Jesús señora, queréis comer, Jesús señor; si Jesús esto y esto otro, y era fantasma el que no lo decía. Estas visiones ni hacían mal ni de ningún mal eran causa, corrían en casa toros, y los toros no hacían mal ni mataban, ni herían, aunque traían a los hombres en los cuernos en el aire; caballos armados combatían, llevando sus trompetas delante, y dábanse golpes terribles, hendíanse hasta los ojos y hasta los dientes las celadas; abríanse también por medio como dos medias cabezas de cabrito, y partíanse otros al través por las cinturas, y después sin lisión ni herida, como Orrilo, tornaban los cuerpos a juntarse.

En qué paró esto yo no lo sé, mas cuando año de cuarenta y dos estuvieron allí el Emperador, y el Rey, su hijo, hallamos reciente el verdaderísimo caso, hasta que los señores de ella dejaron la casa y se fueron a vivir a otra parte

214. De un buen hecho.

En Bienvenida, un lugar de Extremadura, donde se usa que los regidores guardan los términos y penan, halló uno en una dehesa con sus bueyes a un gañán y por penarle y prenderle va tras él con su caballo y con su lanza; él defendíase con piedras, porque no tenía otra arma, y diose a huir en acabándosele; el regidor pensando asirle, luego hincó su lanza en tierra, y apease de su caballo y va tras él con su espada; el mozo diose a huir en arco un rato y revuelve en torno, donde dejó el otro el caballo, salta presto en él y dale tantos contonazos que le dejó medio muerto con su propia lanza, como alargándose de sus enemigos venció Horacio: por lo que no es bien apretar uno tanto a la naranja que amargue, que un gato encerrado se viene a las barbas, por lo que es muy sabia cosa lo que dicen, «cuando huye el enemigo hacerle la puente de plata.»

215. De la increíble diligencia que hizo Portillo Correa.

Después de la batalla de Hesse, que venció el Emperador a los alemanes y a Federico el elector, duque de Hesse, estaban en España por el Emperador los ánimos suspensos y confusos, porque, aunque sin causa era tanto el amor que le tenían sus reinos, que estaban llenos de temor solícito y razonable. Estando, pues, en Valladolid con sus reales Consejos el esclarecido príncipe, vino con la nueva de la vitoria el correo Portillo, que anduvo más de diez días arreo, a cuarenta leguas cada día, una diligencia no vista; mas se le añadió otra maravilla más, que desde que partió de allá se trajo consigo a Don Bernardino de Ávila que mató un honrado caballero en particular desafío en Milán; no hizo, pues, tanta diligencia Polidamante, un caballero que con vestido arábigo en dos camellos con otro alárabe fue enviado a la provincia de Media, a que sus soldados matasen a Parmenión por mandado de Alejandro.

Mas otra mayor, según me escribió el serenísimo duque de Saboya, hizo otra mi carta que desde Monzón les escribí, que un día le hizo el Emperador capitán general de su ejército, y al otro le llegó mi letra dándole el parabién del cargo.

216. De sutileza de manos.

Fue en nuestros tiempos un valenciano, Dalmao, natural de Tortosa (así llamado) que hacía cosas maravillosas, tanto, que por ser al parecer casi sobrenaturales, fue llamado al Santo Oficio por ello, y dado por libre y porque en él no hallaron causa. Hacía de una baraja de naipes a vista de todos a un tiempo, unas veces todos ases y otras todos blancas, otras todos reyes. Yo vi ante la Emperatriz nuestra señora caérsele un doblón a una dama que lo andava a buscar con mucho cuidado, y dijo a Dalmao: «¡Por vida vuestra que me digáis donde está!» «¿Qué me dará vuestra merced?» dijo él; ella dijo: «Lo que quisiéredes.» «No quiero sino que me dé vuestra merced esos guantes.» Ella se los dio luego, pues dijo: «En aquel membrillo que tiene la señora Doña Ana Manrique está.» Hicieron todos burla dello porque Dalmao no había aun llegado allá; míranle por todas partes; viéronle entero; ábrenle sin él tocarle y hallan el doblon en el membrillo, y otras mil cosas de esta manera que entonces frescas espantaban a todos, y ahora yo no me acuerdo de todas ellas para contarlas.

217. De una maravillosa cosa.

Bien dice Ariosto, que el que va lejos de su tierra ve cosas que no se le creen en volviendo allá; y Don Jorge Manrique sabiamente aconseja: las cosas de admiración no las cuentes, que no saben todas gentes cómo son. A lo menos ya que del todo no quiebra, adelgaza a los contadores el crédito, y yo no sé cómo los profesores de hablar largo no miran cuán gran infamia es coger a uno en mentira, que si el decir a uno que miente, aun al que lo dice mintiendo, es la pena última afrenta, ¿cuánto será el mentir, aunque nadie se lo compruebe? Míranse unos a otros, y gimen debajo de una mentira como debajo de un cruel tirano que les tiraniza el entendimiento contra su voluntad, y después queda el que lo inventa (como debe) por infame; y así a los lectores pido que ninguna cosa me crean, si alguna me dejaren de creer, porque así como alterada una vez la honra de una mujer no puede convalecer, así, quebrada una vez no puede volver a su lugar la honra y opinión de un caballero honrado.

Pues entre cuantas cosas por tierras extrañas yo he visto, la más grande fue lo que su Majestad y toda la Corte vio en Holanda, en Dunkerque, menearse una torre de piedra como un árbol o como un barco al tañerse una campana, tanto, que al menearse se veían desgajar las esquinas casi un palmo, y un caballero recién comido se mareó como si estuviera en una barca en el mar alto.

En aquel tiempo vimos lugares anegados del mar y asomar las torres y altos edificios por encima del agua, y en otros señalada en la iglesia donde llegó tal año y tal cerca del techo de ellas el agua, y con reparos e industria humana echada la mar a fuera, tan a peligro los pueblos cada día de anegarse, donde si un mal cristiano quisiese abrir con una azada un dique y dar por allí entrada se anegarían todos, como les tienen cercados como enemigos las aguas. ¡Qué cosa para en los bandos de España y su cólera!, que se ahogarán a sí mismos por ahogar a sus contrarios, como dijo pienso que Augusto en su proscripción: *cruelissima morte pereant amici, dum una secum invicem trucidant*, «mueran los amigos, con que juntamente mueran los enemigos», y en los anegados pueblos por donde pasaba la Corte, como acá en carretones, salían los pobres a pedir limosna en barcas; así que estas dos cosas me parecieron peregrinas y raras menearse una torre de piedra alta al toque de una campana, y con reparos de rama y tierra de aun no veinte pies de ancho resistir a la tempestuosa mar y echar fuera de la tierra diez y veinte leguas la salada, que aunque lo vi, estoy por no me lo creer yo mismo a mí, si no lo viera juntamente toda la Corte de España.

218. De un justo castigo a un nuevo insulto.

Año de noventa y uno, porque un consejo que hay político mandaba cortar tejados y saledizos y alaroces en Madrid, júntanse más de quinientos hombres y arrebatan al Condestable diciendo, que como protector de España suplicase al Rey que no se hiciese tal, que era en perjuicio común; y llévanle a ello a Palacio con gran insulto de pueblo alterado escandalosísimamente. Velos su Majestad venir, no dio aun sobre ello audiencia al Condestable, remítelos al conde de Barajas, presidente, y al alcalde Pareja que mire por su justicia; van a casa del Presidente, hínchese la plaza de ellos; entra el Condestable, asómase Pareja a una ventana diciendo que todos no pueden hablar al Presidente, que está malo, que entren dos docenas de ellos de los sabios y principales; van a porfía a entrar por mostrarse cada uno más honrado. En entrando cierran la puerta, maniátanlos, los de fuera huyen al momento, y a los que entraron dieron cada doscientos azotes luego por las calles, y echaron algunos a las galeras; y aun más merecían por escandalosos alborotadores de pueblo; y el que los juzgó que fue Pareja, y el que los prendió que fue el alguacil de corte Pedro García, murieron dentro de un año en ocho días. Fue señaladísimo héroe el tal alguacil, que en tres años que tuvo la vara prestada, alegó que echó más de quinientos ladrones y vagamundos a galeras, por lo que la hubo perpetua, y dejó de tantas prisiones más de mil ducados de renta. Éste fue el Morfeo de nuestros tiempos, que para prender malhechores, unas veces se transformaba en bergante desarrapado con capilla corta y caperuza andaluza, y jugaba y trapaceaba con ellos; otras en caminante mendigo; otras en peregrino romero, y otras en clérigo para no espantar los delincuentes, y otras en varias formas de mil maneras.

219. De un buen trueque.

Don Hernando Girón, un valiente soldado, caballero de Talavera, hermano menor de Don Juan de Salcedo, estuvo en Flandes ocho o nueve años haciendo muy buenos hechos y probando en todo muy bien hasta ahora ser capitán de caballos ligeros; y a una gran escaramuza con los flamencos rebelados, salió él en una jaca muy cansada. Topa un caballero viejo de los nuestros en un muy hermoso y holgado caballo, que por su desasosiego estaba muy congojado con él. «¿Quiéreme vuestra merced trocar esa su roza¹¹⁴ a este mi caballo que me lleva muerto?», dijo aquel. Respondió Don Hernando: «Creo que se burla vuesa merced, mas yo le daré encima lo que pudiere.» El otro dijo: «¿Qué me dará?» «No traigo aquí más de veinte escudos», dijo Don Hernando. «Pues vengan, replicó el otro, que por salir de este diablo yo lo haré.» Apéanse y pasa adelante el concierto de que el vendedor del caballo pagó cruel la alcabala, que fue la muerte.

114 En francés *rosse*.

Pues puestos a caballo dende a poco carga gran golpe de enemigos sobre ellos; el otro que no pudo retirarse quedó allí luego muerto; mas Don Hernando con el buen caballo, sálese de los enemigos fácilmente, y a uno que le ejecutaba mucho revuelve lejos de la banda de los compañeros, encuéntrale, tópale, derribale, mátale, quítale una cadena de oro que valía trescientos ducados por lo menos, vuelve a cabalgar, cargan los enemigos sobre él, pone a su caballo las espuelas, topa un arroyo ancho delante, sáltale de la otra parte, quédanse los enemigos burlados y el otro de los suyos muerto, y él sacó de aquel trueque vida y honra, y un hermoso caballo y trescientos ducados en dinero.

220. De un cortesano romance de apodadura.

Los libelos infamatorios de los motes y cosas graciosas y de burlas distan tanto, que casi no hay en tanta desproporción comparación bastante, como del cielo al infierno, que es la distancia mayor que en la composición de esta máquina del mundo hay; el libelo es pecado mortal que mata el alma de quien lo hace, como él mata la honra y fama del prójimo, y para siempre, porque las cosas por escrito y agudamente dichas tienen vida larga, y casi es imposible la restitución, mas las gracias son cosa de juego y de burla de caballeros y de cortesanos. Éstas tocan en el cuerpo, y cosas leves que aun los mismos apoderados, si son discretos, gustan y huelgan de las cosas tales; mas los libelos llegan a lo vivo, difaman casas y generaciones y linajes, y justamente las leyes condenan a muerte a los tales, por lo que en Extremadura poco ha por un juez real fueron dos crueles villanos libelantes ahorcados.

Hacen un libelo dos rústicos de, y no diré de dónde, por ser bestias tan fieras de cerca de mi patria, en que difamaban a cuantos en su lugar desamaban, y dicen también de sí mismos y publican que lo había hecho uno que ellos querían mal, que estaba inocente de tal caso. Van a la Corte, contra él piden juez y dánsele, y por el camino le venían instruyendo cómo le habían de dar tormento al inculpado, su contrario, para que no negase; ofrécnseles doscientos ducados porque se desistan de la acusación; ni el dinero, ni clérigos, ni frailes no fueron para ello parte; vese en grande aprieto el acusado, mas el sabio juez toma bien el pulso al negocio, conoce la cautela y el desamor, como el amor encubierto de Erisistrato; da por libre al libre, prende a los calumniosos ausentes, vuelve contra ellos las leyes y las armas, pónelos a tormento, dales el que ellos para el otro por el camino le aconsejaban, entran en el toro de alambre que inventaron para otros, a Falaris en el potro en que los tormentos se dan, confiesan la verdad, y fueron con sus mismas armas ahorcados; estos son los libelos perjudiciales, y esta es la poca pena que conforme a lo que merecen se les da.

Mas los motes, las coplas y cosas de apodaduras, como este romance que diré, que tocan en el pelo de la capa y en cosas tan leves, es gentileza, es gracia de caballeros, y cosa muy para reír y holgar, como se gustara más de ello si se conocieran las personas; mas presupóngase que fue vestido justísimo para lo que se hizo y a su mismo talle.

Ajeno.

En las Cortes está el Rey,
En las Cortes de Monzón,
Con él muchos caballeros
Todos a su mandar son.
Con él está Roduarte,
Hijo de Muley Azón,
Y su primo Simpliciano,
Que es hombre harto sin son.
También está Pildoraque.
Muypreciado en su razón,

Parece garbanzo negro
Comido de neguizón.
De un caballero extranjero
Es bien se haga mención,
Parece tinajón pollo
Relleno de diaquilón,
Y mas parece vendejo
Que le hizo Sasamón.
Y hay otro oso retumbante,
Puesto en calzas y en jubón,
Panadero del desastre
Sus pasos son de anadón.
Con éste tomó enemiga
Don Godofre de Bullón,
Por pretension que tenía
De heredarle el bastón.
Parece Santiago rucio
Que está haciendo sermón,
A un frailecillo novicio
Santo, y de buena intención,
Que a los tales como éste
Engaña con su blasón.
Éste gobierna un difunto
Que murió de presunción,
Parece grifo aguileño,
Simio que está en oración.
Llorábale Don Frisuelo
De todo su corazón.
Gozque que le han enrubiado
Para una cierta invención,
Que le pide por marido
Doña Coneja Hurón.
También le llora Don Bueso
Que responde por pachón.
Otro primo tiene el grifo
De muy mala desistión
Lo que este nos parece,
Naide nos parezca, non;
Parece músico moro,
Hombre que vende jabón.
Allí está un jayán torzuelo
De espantable proporción,
Dromedario con albarda,
Que la viste por jubón.
Decía a éste su madre
De todo su corazon:
Filimi Absalonazo
Oh filimi Absalón,
Que te crié yo a las tetas
De un muy gran almofregón.

221. De una santa burla hecha a un santísimo Papa.

Ser extrema la bondad de Pío V., Pontífice bienaventurado, dijéralo si no temiera lo que se suele temer en tales casos, que era disminuir mucho su loa por alabarle; mas esto le acaeció con sus criados.

Propuso de ayunar una cuaresma sin comer carne, ni pescado en vejez ya de casi ochenta años. Suplicábanle que no lo hiciese sus ministros y cardenales, mas no se pudo con él acabar; pasó la cuaresma, y pasada dijo a los suyos: «¡Qué gran merced me ha Dios hecho que por ver buena la obra, me hallo hoy mucho mejor por haber ayunado!» «La gran merced Nuestro Señor la ha hecho a toda la cristiandad (dijo Don Francisco de Reinoso) que fuera Vuestra Santidad muerto, si no hubiera inspirado en nosotros que le hiciésemos este engaño, que sepa que el agua en que se cocían las yerbas que comía Vuestra Santidad era de capones destilados.» El Papa quedó confuso (como quien pasa un gran peligro durmiendo), sin saber qué hacerse, o reír o enojarse, mas quería tornar al ayuno de nuevo con clara y infalible agua; pero todos y su confesor mismo doctísimo se lo estorbaron.

222. Del que vivió cuarenta y cuatro años después de haber estado enterrado un día.

El protonotario Don Garci Ximénez, natural de Toledo, muriendo de dolencia en Roma, estaban sus condolidos amigos en enterrarle en campo santo, donde en veinte y cuatro horas se consumen y comen las carnes de los cuerpos muertos, del que en el cementerio de la Iglesia de Nuestra Señora de la Antigua de Valladolid hay tierra que hace el mismo efecto en tres días; mas se resumieron en fin de le meter en una bóveda por ahorrarse el trabajo de la sepultura. En este tiempo estaba ausente de Roma un su amigo, y llegó otro día que, sabido el caso dijo; «¡Ah, y qué gran yerro!, que le solían tomar unos desmayos muy a menudo.» Van a la bóveda a gran furia, y hallan al protonotario vivo, después de lo cual vivió más de cuarenta años en Casarrubios, donde fue cura; y el que le sacó a luz, que era de Salamanca, vino a él por trigo, de que le dio gran cantidad en grandísima hambre y carestía, con lo que al que le dio la vida después de muerto le escapó de la muerte vivo.

223. De que el que desea la muerte ajena es su procurador para alargarle la vida.

Había un clérigo que tenía en casa un criado y un sobrino clérigo. Dales un gran beneficio en vida, que el criado con el pie de altar sólo le sirva, y el sobrino haga frutos por pensión, de más de dos cientos mil maravedís. El que le servía a sesenta leguas del otro, no estaba sino en espera de cuando el que le llevaba la renta moriría; a cabo de veinticinco años muere éste; aguijan a darle la nueva y a pedirle albricias y hállanle también muerto, que murieron ambos a las dos de la tarde un mismo día.

224. De cifras.

De cifras hay muchas maneras, y puede haber tantas cuantas de pescados hay en la mar. Unos mudan las vocales; otros las consonantes; otros las trastruecan todas; otros ponen letras impertinentes que a cada tercer o cuarto asiento no valen nada, sino para escurecer y hacer que nazcan más dificultades; otros ponen nuevos caracteres; otros letras que con solo agua se pueden leer; otros escritos con sebo que se lean poniendo encima papel quemado; otros que se vayan leyendo los renglones al revés; otros que se lea el papel por las espaldas; otros de abajo arriba; otros de arriba abajo; otros con zumo de limón o de naranja, que no se pueden leer hasta ponerse al fuego o calentarse mucho con el sol; otros que las primeras letras de los renglones hablen; otros que las

postreras; otros que a tercera o cuarta, o quinta casa; otros haciendo por otro papel ventanas, y que solas las letras que salieren por las ventanas valgan o no valgan: cosa en la guerra, en negocios grandes utilísima y necesaria, porque si vienen a poder de enemigos las cartas *videntes non videant, et audientes non intelligant*; pero de todas es menester que a quien se envían tenga el abecedario.

Yo tuve un criado que tenía cuenta con mis papeles, que había sido contador del Duque de Béjar, que se llamaba Gonzalo Gutiérrez, que sin abecedario ninguno cualquiera cifra de nuevos y no pensados garabatos decía lo que decía y la descifraba; a mi parecer cosa espantosa y rara, y que me costó mi dinero muchas veces, apostando que pudiera yo haber aprendido, de que me he arrepentido harto, aunque a saberlo yo lo supieran muchos, y fuera a muchas importancias gran daño. Y pienso yo que deben tener tal correspondencia en las letras entre sí las palabras y las sílabas unas con otras, y vocales, semivocales líquidas, mudas y consonantes, que por sus cadencias y infalible orden de construcción se alcanza; en fin, ella es grande habilidad, digna de ser entendida por muy pocos, y que los pocos de los príncipes fuesen tenidos en algo.

225. De un músico excelente.

Estaba el órgano de Granada por proveer, y mandó poner sus cartas de edicto Don Pedro Guerrero, arzobispo; júntanse de acá y de allá opositores infinitos, iban todos famosos una mañana a la música de oposición. Estuvo Silvestre con una capa parda a oírlos, arrimado a un pilar de la iglesia: este no, y este otro no, y este otro tampoco, y este otro menos a su parecer. Bajábanse ya el Arzobispo y la eclesiástica milicia alabando mucho a algunos, y procurando escoger a uno entre dos o tres; llega con su capa parda Silvestre, y dijo que él quería tañer también, que le oyesen. «No hay que oír, que lo que han estos tañido, basta ya, dijo el Arzobispo; la Iglesia os agradece el buen deseo.» «Señores, yo vengo de muchas leguas, dijo él, y por llegar a tiempo he andado hoy diez leguas, y ahora me apeo; ya me manden oír, pues me han hecho venir sus cartas de edicto, que se han puesto por todo el reino.» «Dejadnos, dijeron los canónigos, que ya estamos hartos de música en ayunas, que nos vamos a comer.» «Señor, dijo él al Arzobispo; suplico a vuestra señoría no se me haga tan gran agravio, y yo protesto cuanto se puede protestar para no perder mi derecho.» Díjole un cantor: «Señor, ¿sabéis hacer tal y tal diferencia?, porque los que su señoría ha oído han hecho todas estas.» «Lo que yo hiciere ahí se verá, justicia que se me oiga pido solamente.» «Oiga vuestra señoría a este importuno, dijo una dignidad, que poco se aventura en ello.» Vuelven, siéntanse, comienza a tañer, hace tantos monstruos y diferencias que todo el día se estuvieran oyéndole sin comer, que todos dijeron «el órgano es suyo», sin discrepar uno de ellos. Y el que vino con su capa parda, sin pelo, bajó la escalera con ciento y cincuenta mil maravedís de renta cada año.

226. De un dichoso lance a los dados.

Estando el duque de Alcalá por virrey en Nápoles, llega un francés tan roto y tan mal tratado, que puso a jugar su libertad para las galeras un verano por seis ducados. Saca el tablajero el bolsón y dáselos, y pónelos una vez en contra y el francés ganáselos; luego otros cuatro también, y ganáselos, e hizo así luego ocho ducados. Va de allí a otra mesa, e hizo diez y seis, y era condición que nunca había de jugar su persona hasta haber perdido el dinero que tuviese delante, y de ahí a otras mesas, arrebañó por todos cuarenta ducados, y fuese. Anduvo el rumor por todos y nadie osó jugar con él más; sale a la nueva un ciudadano que traía tras sí dos criados, y contándole el caso, mandó llamar al francés, y le dijo que si jugaría con él aquel dinero a una mano, y porque él era muy dichoso, y él era muy desdichado, que había de ser a quien echase menos puntos en los tres dados; acéptase con esta condición el desafío, y multitud de españoles e italianos, y soldados terrestres y de mar se ponen a ver el campo, que del ciudadano había gran fama que era jugador de ventaja e hincaba el dedo.

Tómalos el napolitano en la mano, y pone en un montón juntos los ochenta ducados, comienza a almohazar los dados un rato, y «ahora de esta va» «Pues sus», dijo el francés, y echa el napolitano tres ases, de que quedaron todos espantados, y él iba ya a coger los ducados. El francés no consintió; fuele a la mano, y todos dijeron que aun no lo había perdido, que le dejase echar los dados. «Échelos, dijo el otro, que cuando mucho no hará más de emparejar»; él tómalos y menéalos un rato: «Ea, pues, aquí va», y echa todos tres dados, uno sobre otro, y un as en el de encima. Sobre esto hubo grandes alteraciones y voces; van a los dados de debajo, y en cada uno no había mas que otro as, de que quedaron todos espantados, y había mil porfías. De cada parte depositóse el dinero; van con el debate al Regente, y a su tribunal; estuvo en probanzas el negocio siete días, y al fin fue condenado en costas el napolitano, y dieron al francés, que se llamaba Remón, los ochenta ducados, de lo que se tuvo por cierto, que aunque el otro hincaba los dados, el francés tenía algún familiar certísimo, que le ayudaba.

227. De una extrañeza de dos gemelas hermanas.

Sería yo escritor ridículo, ni para ningún caso merecería tomar en las manos tinta y papel, si por un caso extrañísimo, como este que diré, perdiese el crédito que a tantos verdaderos se me ha dado.

En Talavera de la Reina tuvieron dos hijas Hernán Álvarez de Meneses y Doña Mencía de Ayala, padres de Francisco de Meneses, un caballero de aquel lugar, que nacieron en una misma hora y punto, y de un vientre, tan parecidas en disposición y habla y rostro, y meneos entrambas, que si no era en los nombres y en los vestidos, su propio padre no las conocía mil veces; y si enfermaba la una enfermaba la otra, y de la misma dolencia, y al fin murieron de más de diez y ocho años, en un mismo día y punto, de una misma enfermedad las dos hermanas: cosa extraña para nuestros tiempos, aunque en los pasados pasaron algunas cosas de esta manera, y por eso digo que cada cien años como arcaduces dan la vuelta en el mundo unos mismos casos.

Y por no salir ahora de Talavera, aunque vaya este toro desmandado, como suelen de los cuentos otros toros que yo he contado, vi allí, en una pared, junto a la casa de Ayuntamiento, que haciéndole a un toro cocos un hombre, de cinco tapias en alto, el toro saltó por cogerle hacia la pared, y señaló en ella a un punto cuernos y pies y mano como murciélago, e hice medir el salto, y había los cuernos señalados cuatro varas de medir en alto.

228. De gran habilidad en tirar.

Tenía un criado el emperador Hernando, hermano del emperador Carlos, que había sido antes Rey de romanos, que se llamaba Álava, tan hábil en tirar arcabuz, que mataba los ciervos corriendo, y las aves sin errar tiro, no solo buharros y milanos, sino palomas y cuervos, y otras aves más chicas.

Y en Granada hubo otro semejante, cerca del año de mil quinientos y ochenta y nueve, que se llamaba Estacio, que me contaron verdaderísimos caballeros, que le veían hacer lo mismo al vuelo; y que no quería tirar a liebres y perdices echadas, sino que esperaba que estuviesen levantadas para matarlas, volando y corriendo (hoy es esta habilidad muy ordinaria), que parece que así como Dios en yerbas y plantas y piedras repartió propiedades varias, así en multitud de hombres muchedumbre de habilidades.

229. De una osada mujer.

Mayor caridad dize Nuestro Señor que no tiene nadie que poner uno su ánima por sus amigos; así una honrada mujer en Villagarcía, en Extremadura, dio su vida por salvar la de un nietezuelo

suyo. Éste cayó en un charco; arrójase ella luego sin sentido tras el nieto, aunque era algo honda el agua y ella no sabía nadar; levántale en alto vivo, con beneficio (sin se hundir) de una saya, y tómansele a la orilla los suyos de entre las manos, y con el muchacho descuidáronse de ella algo; va la honrada mujer, ya empapada la ropa, dos o tres veces abajo, sácanla medio muerta y medio viva; al cabo vuélvenla boca abajo, y echa sin sentido como una fuente de mármol dos días por la boca agua; vuelve en su sentido por la piedad de Nuestro Señor para poder confesarse, mas ya la débil llama de su viejo calor natural, que de suyo se estaba apagando, entrándole encima tanta agua, se extinguió del todo. Esto pasó año de noventa y dos, y el mismo, al mismo punto que lo sé, escribo el caso.

230. De dos que por su remedio se fingieron locos.

En nuestra mocedad, los que nos criamos con el Rey nuestro señor en su servicio, como era en Madrid, ir a Nuestra Señora de Atocha, salida y recreación suya, el mayor pasatiempo que los mozos pajes teníamos era burlar y hacer burla de un fray Hernando, religioso lego y loco, que había allí; mas loco él no lo era, antes en grandísimo peligro de la vida hizo burla del mundo, cuya historia se dirá aquí.

Después que por las Comunidades, cuyas partes había seguido, vio unos descabezados y otros exceptuados, y otros sembradas las casas de sal, metióse fraile en Nuestra Señora de Atocha de miedo, y aun así no teniéndose por seguro, saltó en hacerse loco de unas locuras discretas y agradables, como muy sabio que era, alto y de gentil disposición, sirviendo a la orden muy bien en todo lo demás, y siendo muchos años recreación de cortesanos y escarnio de toda manera de gente ruin, dando pescozones a hombres de cargo, sin que nadie de ellos se agraviase. Cuando tras mucho tiempo vio descuidado el mundo de las Comunidades, hizo vela y salióse del peligroso puerto donde estaba al alto mar del reino extraño de Francia, seguro y en salvo; y así por no ir a la guerra se fingió loco Ulises por amor de su mujer, y así disimuló Tetis en hábito de mujer, encerrando a Aquiles su hijo.

Hubo también en nuestros más modernos tiempos, cerca del año de cincuenta, otro hombre cuerdo, rico y honrado, que teniéndole un gran personaje (de quien él no se podía satisfacer) forzadamente usurpado un gran estado, si pretendía remedio, corría mucho peligro tras su primer trabajo; vístese como loco en cuerpo con diversos colores de tiras, y pónese dos cuernos de cabrón en su caperuza andaluza con cascabeles y espejillos, y cada día haciendo mil reverencias a los presidentes y a los del Real Consejo los acompañaba hasta las puertas del Consejo, diciendo solamente a unos y a otros: «Hambre tengo de justicia, hambre tengo de justicia», y esto mismo decía ante los reyes de España y de Bohemia, cuando iban a misa, hasta que tanto hambreó con su hambre de justicia, que animadvertieron los del Consejo Real en ello, y llamado en secreto aparte, y en seso, que era hombre de muy buena razón, entendido su caso, proveyeron riguroso juez de comisión, que castigando bravamente al culpado, le mataron su continua e insaciable hambre de justicia, y lo que cuerdamente con informaciones y plazos no alcanzara, con la intención de su locura lo hubo, como el famoso arquitecto que deseando hablar a Alejandro, y no le pareciendo entre tantas naciones y armas la entrada fácil ni posible, pónese un pellejo de león, y toma en la mano una llave como Hércules, y una corona de laurel a la antigua, y va así a Alejandro, donde en un alto púlpito estaba concionando a los suyos el hábito altivo inusitado y nuevo. Semejante espectáculo causó admiración en todo el ejército, y le dieron ancho paso entre todos, y fue fácil audiencia ante Alejandro para oírle. Éste fue el que le ofreció que le haría propia su figura y retrato en el alto monte Atos, y que en una mano suya tuviese una ciudad de diez mil vecinos, y en la otra el río. El gran Alejandro, aunque no aceptó la oferta por sus intentos y fines comenzados, siempre tuvo en precio la oferta del arquitecto, y le trajo con su ejército, y a su sueldo muy bien entretenido, no ya en hábito de Hércules, sino en el ordinario suyo.

231. De ligereza.

De correr y saltar fue el conde de Puñonrostro Don Rodrigo Arias Puertocarrero, en nuestros tiempos ejemplo, que entre otras cosas hacía lo que diré en prueba de esto. Hacía poner a la hila de los de vendimiar seis grandes cestos, y venía de algo apartado a ellos, y con la priesa que traía saltaba dentro en el uno y en el otro, y en todos seis, entrando y saliendo de ellos, aunque le daban a los pechos, ¡oh ligereza extraña! lo que no un halcón mas ni un gavilán ligerísimo a subir no hiciera.

232. De monstruos.

Año de noventa y tres, echándole encima mil y quinientos años, trajo el príncipe de Áscoli, nieto de Antonio de Leyva, al Rey que vino de Flandes, dos salvajes, cubiertos de vello todos los cuerpos, y casi todas las caras, y un hombre tan grande como gigante que calzaba veintidós puntos de zapatos, y tenía tres varas de medir de alto, y aun había de crecer más, porque era mozo de diez y siete años, de qué tierra eran diré despacio después en informándome.

233. De un buen suceso adjudicado al favor de Nuestra Señora de Guadalupe.

En Santispíritus, en la Serena, se hacia una balsa ancha para fuente, que tenía cuatro estados de agua, y andando jugando niños junto a ella, cayó uno dentro sin lo ver nadie, y los niños de hasta tres años volvieron a sus madres corriendo espantados y balbuciendo, señalando el pozo a las madres. Ellas entendieron que había caído alguno, en especial su misma madre, y fueron corriendo allá, y vieron asomar el niño y tornarse a meter adentro, que es lo que siempre los que se ahogan hacen. Labradores acudieron y comenzaron para entrar dentro a desnudarse; mas un forastero de Llerena, sin esperar tanto, se echó en la honda balsa vestido y calzado, ya veréis lo que en esto se podría tardar; déjase ir a lo hondo y no hallaba al niño; mas al fin atentando, tópale tendido en el suelo de la balsa, arrebátale y da un envión hacia arriba, y en lo alto tómansele de las manos, y los padres en esto estaban de rodillas, diciendo muchas veces: ¡Oh Nuestra Señora de Guadalupe! llorando.

Pónenle boca abajo en unas almohadas, ya sin sentido y sin muestra de que estaba vivo, tal estaba, y el agua (que más de dos cántaros echó por la boca), dejó a su dueño que era el vital aire la posada, y por la grandeza de Dios, revivió el niño donde salía el agua entrando el aire, y sus padres le llevaron a Guadalupe, y como en aquella tormenta habían prometido, lo pesaron a Nuestra Señora a trigo y a cera y plata.

234. Del disfavor.

Bien merecía este traidor que en ninguna historia se hiciese mención de él, como del incendiario del templo de Diana, que se procuró (en vano), que jamás de él la hubiese; mas como de la víbora y del basilisco se escribe, se escriba también de éste tan malo que no se le conoce padre, mas madre sí, que es hijo adulterino de la envidia, que de ella el disfavor nace y dicen que *ultimum terribilium mors*, mas Garcilaso por peor lo tiene que la muerte, que dice un su pastor:

Por cuan mejor librado tengo un muerto
Que acaba el curso de la vida humana,
Y es reducido a más seguro puerto,
Que el que viviendo acá de vida ufana,
Y de un estado gozoso, noble y alto,
Es derribado de fortuna insana.¹¹⁶

116 Égloga II.

Que apartar un príncipe un valeroso hombre de sí, excomunión real es, como las espirituales que proceden del Papa; es ramo cortado del árbol que luego se seca, y todos se secan con él; miembro apartado del cuerpo que hiede donde quiera luego, que le comen gusanos que son deudas y pleitos, y el de la conciencia también, si hiciera, si dijera; carcoma es que roe un hermoso madero, y todas las aldas al favorecido después.

Ni es de maravillar si un gran caballero favorecidísimo de un príncipe, como sacado del agua el pez, al disfavor, elemento nuevo, muere luego. De esto murió el gran marqués del Gasto Don Alonso de Ávalos, a quien los cantores decían que quería mucho el Emperador, ni es menester decir por qué causa a otros ni a él, porque perdió una batalla (como si tuviera en su mano la fortuna y suceso de ella) que siempre se presume causa en el príncipe, mas con causa o sin causa siempre es mortal este veneno. De esto se enflaqueció la virtud a Don Álvaro de Bazán, señalado caballero que vino a sumo trabajo y descontento, y el que navegaba mejor que Neptuno con muchas victorias por el elemento extraño del agua, no se daba a manos por el natural propio de la tierra.

De esto murió en cuatro días en Badajoz Don Antonio de Padilla, que no pudo resistir del disfavor el aire nuevo y extraño.

De esto enfermó Francisco de Eraso, señor de Mon Hernando, persona muy capaz y de mucha verdad, secretario del Rey, y ¿qué gentil partido? que a tales enfermos que los habían de consolar todos, y todos los visitaban en salud, nadie los visita después; sus salas se tornan montes, y del privado, privado; ni para en su zaguán caballo, ni litera, ni carro, y los puertos y puertas de los que privan, que suelen ser los de acá de España de arrebatada capas, tórnanse los desiertos de Libia, y la inhabitable tórrida zona (como decían los antiguos), y de día y de noche siempre línea equinoccial.

Ahora, viniendo al cabo, como el conde de Barajas acompañó a los muy poderosos en suma potencia y autoridad, los acompañó también en el reverso de su fortuna.

De esta dolencia pierden todos la gana de comer y de procurarlo, y deseando los hombres la vejez, y verse en su lugar y en su casa que suele ser puerto en este mar de todas las tormentas, venida la vejez y eso otro que desearon, los mata el disfavor con descontento; y como en el mundo ninguna potencia es perpetua, como son violentas las más, ni ningún señorío ni mando es durable, les acaece a los poderosos y grandes privados al revés de lo que al agua: que ésta tanto cuanto baja, sube; mas aquellos con el disfavor tanto cuanto suben, bajan.

Al fin, este mal ni por medicina ni cirugía tiene cura; sólo ensalmo y palabras le podrían curar, y no todos médicos, sino aquellos solos que curan lamparones y corcovas que son los Reyes, cuyas palabras en una nómina o billete les daría salud, y porque me preguntarán qué son las palabras, digo que estas son las de un Rey: «Primo o pariente, ¿cómo os va?»

235. De los desafíos de Valencia.

Los desafíos de Valencia, de Aragón, eran tan ordinarios antes, que por el santo edicto del Sumo Pontífice Gregorio XIII se mandó se quitasen: que no había cosa más puesta en plática. No desafiaban por afrenta, y tenían razón: que al que por su desdicha le quitaban la honra, no es bien que ande con quien se la quitó en posturas, poniendo en peligro, en pleito y en duda vengarse; sino que a quien la honra le quitó, como quiera que pudiere, le quite el alma; y así las cartas de desafíos de los caballeros valencianos decían: «por el descontento que tengo de vos, os espero con tales armas, a tal hora, en tal parte», y así salían sin ningún recelo. El otro no había de tener más armas ni estar más acompañado, y acaecía no hallar al caballero en casa y tomar la carta de desafío su mujer, y leerla y decir al paje: «Anda hijo, que luego irá», y venido el marido, dársela y decirle: «Señor, id enhorabuena; haced como quien sois», y llorando darle a las veces el postrer abrazo, y con todo secreto quedar aparejando paños y meterse en su oratorio, suplicando a Nuestro Señor y teniendo con todo secreto prevenido en casa el cirujano.

Mas había en esto otra cosa muy recia, que en las cartas decían a las veces: «Salid con un compañero con vos, que yo saco otro»; que entonces eran obligados a sacarlo y aun el que llamase a ir, so pena de ser tenido por cobarde; y acaecía ser parientes o amigos los acompañados, que por enojos ajenos tenían obligación de matarse, *hanc Deus et melior litum natura diremit*, con quitar como quitó los desafíos el Papa; y era cosa terrible que con quien el señor no tratara, ni holgara de acompañarse de él, aun por su criado, había de ir a combatir a su llamamiento, como si le llamara su amigo y su igual, o si su padre del Rey mismo le llamara.

236. De una rigurosa costumbre en las enemistades de Valencia.

Los bandos de Cataluña, de Aragón y de Valencia en todo el mundo se sabe que se salen a la sierra de puro honrados, y por quitar la obediencia a la justicia, para su venganza quitársela también al Rey; y teniendo por enemigos a sus contrarios hácese enemigos también de lo que son obligados, y de su lealtad a los que llaman bandoleros, nombre ya tomado a mala parte, y al fin se va empeorando la cosa más; pues como en los montes, no dan dineros ni se amasa pan, tómanlo a quien lo lleva, pues nunca puede estar a raya la hambre y la necesidad, y aun hay costumbre cruel de la que yo propuse de tratar, que si no se puede vengar del que le agravió le matan el deudo, el hijo, la mujer, y el perro y el caballo; como hicieron con un hijo natural del duque de Segorbe, primo hermano del Rey Católico, que por vengarse del Duque le mataron a este hijo por el techo de una casa de un arcabuzazo, y decía el pobre caballero mozo (que por su honestidad el Duque había tenido encubierto): «¡Triste de mí que nunca me han tenido por hijo del Duque, sino para matarme!»

237. De mucho ánimo.

Al duque de Alba Don Fernando, estando en la Provenza, en Francia, y saliéndose a pasear a caballo al campo, aparecióle improviso una banda de caballeros franceses que serían hasta cincuenta lanzas. El maestre de campo Juan de Vargas, que era de Medellín, que con él iba, y era valentísimo, mas no muy cuerdo soldado, le dijo: «Hagamos una burla a aquellos borrachos.» «¿Cómo?» dijo el Duque. «Aparecernos hemos por detrás de este cerro; ellos vendrán luego a nosotros, y revolveremos sobre ellos por detrás del cerrillo, y daremos en ellos por las espaldas, y así habrá lugar la emboscada, y cargando de golpe sobre ellos, harémosles mucho daño.» «¿Quiénes?» dijo el Duque. Juan de Vargas respondió: «Todos tres, vuestra señoría y yo, y ese paje.» Y jamás decía el Duque que se acordaba de esto que no riese del disparate.

238. Del guardar las fiestas.

Nimis honorati sunt amici tui, Deus, el nimis confortatus est principatus eorum. Paga Nuestro Señor tan a colmo a los que pasaron persecuciones, muertes y deshonoras por él, que se sirve con grandes muestras de que sean honradas sus memorias, y guardadas sus fiestas, y así fue lo que se me vino a la mano para escribir de este glorioso santo, hoy víspera de San Lorenzo. Este día tienen en muchas partes devoción de no hacer obra servil ninguna, como los atemorizados con estos ejemplos, ni aun encender fuego.

En Llerena amasó una mujer, víspera de este santo, media hanega de pan, y no se sazónó, y la víspera, el mismo día lo puso a cocer, y salió el pan del horno morado y azul por de dentro, y por todo el lugar anduvieron con los panes con grandísimo espanto y maravilla de todo el pueblo mostrándolo.

Otros en Pallares, aldea cerca de Llerena, porfiaron a desliar, que es limpiar una tinaja el día de San Lorenzo, y entró uno dentro y comenzó a dar voces: «¡Que me ahogo!», y el que estaba

fuera metió en la tinaja el medio cuerpo para favorecerlo (que andaban en la obra entrambos), y entrambos se quedaron ahogados; el uno hincado de rodillas dentro, y el otro metido dentro el medio cuerpo.

Y en Cazalla porfió a dar fuego uno a un horno de ladrillo día del dicho San Lorenzo, diciéndole todos que en tal día no lo hiciese, y él dijo: «¡Cuerpo de Dios! Si por eso lo había de dejar», y porfió a darle fuego, y después que estaba bien ardiendo, metiendo chamiza con la horquilla, la chamiza, la horquilla y él se colaron por el pequeño agujero, y allí sin poderse valer, se abrasó dentro, y todo esto fue en pocos años el mismo día del santo.

Y en Fuente el Arco hay un arroyuelo, junto al cual había enriado un hombre cincuenta haces de lino; acordó de revolverle el día de San Lorenzo, y fue a comer allá, y a tiro de herrón de allí, encendiendo con un eslabón fuego para una triste olluela, levántase un terrible viento, y al lino que había comenzado a volver llevó maravillosamente el fuego, y sin hacer más ningún daño, quemó solamente el lino, y en quemándose fue luego apagado.

Y porque acarreaban y trillaban en una casa, día de San Lorenzo, tan célebre, se quemó la casa a un vecino de Llerena. Y otro año al mismo el mismo día se le ahogaron una banda de gente negra¹¹⁷. Y otro siguiente año, tal día, que trillaba y no había escarmentado con tales ejemplos, y como enviase a un hijo suyo de la trilla por agua a un pozo, se ahogó, y acudiendo a su tardanza luego le hallaron muerto. Pues santa y justamente tornó a recomendar el santísimo Pio V el guardar y honrar las fiestas, y en gran reputación debe de estar ante Dios el bienaventurado santo, pues tanto en este mundo le bandea, y gran nombre dio el pío rey Felipe II para sí y los reyes de España a su enterramiento, San Lorenzo el Real, que encomendado el sublime edificio a tan glorioso mártir y a tan buen santo, será perpetuo.

Por otros bienaventurados ha hecho Nuestro Señor lo mismo cuando toman sus memorias en menosprecio, como en Santiago, aldea de Jaén, habrá cuatro años que quiso día de San Benito uno trasquilar sus ovejas, aunque le amonestaron muchos que no lo hiciese, y dijo que no tenía cuenta con eso, y estándolas trasquilando se le cayeron muertas más de ciento; y en las que tenía en el campo dio un rayo y le mató cinco, y a un hijo de diez años se le dejó atónito por mucho tiempo. Todo cuanto he dicho es cierto, que pudiera alegar muchos testigos de vista que lo vieron, y de mucho crédito, mas fuera un proceso largo; baste que en Castilla y en el reino de Toledo, donde se usa mucho el carretear, se sabe y se cuenta por cierto que nunca se habrá tornado carretero muerto, quebrado los que van con él piernas u brazos, ni ahorcado mulas, ni ahogado ellas y hombres pasando vados, que no haya sido en día de fiesta por la misma causa.

239. De un milagroso caso en Lérida.

Contar los milagros y maravillas de Dios, no sólo de mis días, que tengo hoy sesenta y seis años, sino de un hora, es una empresa, sino fuese pía, muy vana, pues dice David: *altitudinem cæli quis enarrabit?* Y esto otro es más, ni sería poco en que entender escribir una hora sus hazañas, como quedara uno rico, si a un Sumo Pontífice u al rey de España le pidiera de un solo día la vacante. Pues en mi tiempo acaeció en la ciudad de Lérida (que el aurífero Segre baña) que diciendo misa un fraile, después de haber dicho de la consagración las sacrosantas palabras, dudó si estaba allí Nuestro Señor Jesucristo, cuan poderoso y cuan grande es en cuerpo y alma, y tanto reparó en la impía duda, que se tornó en sus mismas manos la sagrada hostia carne y sangre, y así en la iglesia mayor de la dicha ciudad el día de hoy está.

117 Una piara de cerdos.

240. De un gran caso acaecido a un pintor en Salamanca.

Y pues de maravillas del cielo tratamos, de otras dos tan grandes o mayores diré por darles compañeras. A un pintor en San Jerónimo de Salamanca, le fue dado el encargo de hacer al óleo para el claustro un retablo de la resurrección de Nuestro Señor. La obra se acabó con gran loor del Prior y convento, y de todos los que la vieron. Estando para cobrar la paga, vino una tan gran tempestad una noche, que otro día hallaron el retablo tabla rasa, sin pintura ninguna, como si mano de pintor no se hubiera en ella puesto; pide el pintor su paga, los religiosos dicen que no, que él quedó de hacer la pintura al óleo, contra quien ninguna agua ni viento prevalece, aunque esté al descubierto; el pintor alegaba la aprobación de todos, el haberla hecho al óleo como se concertó, y demás de que se dio por tal, después de hecha. Ponía por testigos a todo el cielo; con todo eso los padres se reunieron de no pagársela, y aquella noche, a grandes lágrimas, porque le iba en ello todo su caudal, suplicó a Dios, pues en la gente no hallaba remedio, que su verdad, su divina piedad la socorriese y aclarase. Otro día acude por algún partido al monasterio, hallan su retablo pintado como primero, que fue una cosa a toda la ciudad de gran espanto, que acudió a verlo: que parece que Nuestro Señor fue servido que la memoria de su divina resurrección asimismo de esta manera resucitase.

241. De un valiente mozo contra cuatro turcos.

Junto a la ribera de la mar, en tierra de Almería, sin ser vista dio una fusta en tierra, y de ella se desmandaron para saltar, que sabían bien nuestra habla, cuatro turcos bravos, los cuales se volvían ya a la fusta sin haber hecho ninguna presa, cuando oyeron golpes como de hacha en un valle; van allá, y hallaron un pobre leñador viejo que estaba en el monte para cargar un su asnillo, golpeando; llegan a él, y aunque era de buena fuerza el viejo, como eran cuatro, maniátanle luego, y llevándole ya a la mar: «¡Oh desdichado de mí! decía él; no me pesa sino que dejo allí por criar un hijito pequeño, que si le cautivarades conmigo no llevara yo tanta pena.» «Pues si quieres, dijeron ellos, llámale y le llevaremos contigo.» «Detrás de aquel cerrillo le dejé», dijo él. «Vamos», dijeron ellos. Allá van los turcos apriesa, para llevándolos a ambos haber hecho mayor cabalgada. Él iba diciendo a voces: «Perico, hijo, hijo Perico, ¿dónde estás?», cuando sale de entre las matas Pedro, un mocetón muy robusto, de veinte años, con una ballesta, con un pasador encarada, diciendo: «Perros, dejad a mi padre.» Cuando ellos le ven y se ven burlados, van con gran furia contra él, disparan dos arcabuces, y errándole dos arcabuzazos, él mata a uno con una jara, y entra a cuchilladas con los tres, y a otro tiende en el suelo de un fiero golpe en la cabeza; los otros dos que quisieron y no pudieron huir, ríndensele, viendo su denuedo, porque ellos venían a hurtar y no a pelear.

Maniátanlos pues, a entrambos con las sogas de la leña; los turcos iban así presos, diciendo y lamentándose: «Tu estar Perico, a la fe tu estar el diablo», y el viejo en un punto de un pobre leñador perdido y cautivo quedó libre y rico con dos esclavos.

242. De otro buen hecho.

Semejante a lo pasado fue lo que acaeció con otros diez turcos a un jinete. Dieron tres o cuatro fustas una noche en los ingenios de azúcar de Málaga; siéntenlos de la tierra; venía atajando la costa un jinete; saltan diez turcos en tierra por unas planchas de tabla, por donde salieron; hace el jinete tocar una trompeta del ingenio, da voces, «Aquí, aquí, compañeros»; piensan los de las fustas que estaba allí toda la gente de guerra; levantan las planchas de miedo, lárغانse las galeotas, y dejan los diez turcos en tierra; a lanzadas y contonazos anda el jinete entre ellos, ríndensele luego todos; manda que se maniaten unos a otros, y atados con un cordel a la cola de un caballo, mételes en

Málaga por la puerta de la Mar; uno solo a todos diez, un poco antes soberbios y libres, y ya cautivos y esclavos.

243. De la honestidad de un caballo.

Aunque en muchas cosas arguyan a los hombres los animales, como en el agradecimiento el león, la lealtad del perro, la providencia de la hormiga, la discreción del castor, la presunción del elefante, la humildad del camello, limpieza del armiño, la simpleza de la paloma, la prudencia de la serpiente, la vista del lince, la falsía del cuco, la sagacidad del lobo, la fantasía del pavo, el nadar de la nutria, la mansedumbre del buey, la paciencia del cordero, la astucia de la raposa, la medicina del animal de la uña, el gobierno y la policía de las abejas, la cortesía del gallo, la viudez de la tórtola, la piedad de la cigüeña, la templanza en comer y beber de todos ellos, y en general el consorcio y compañía de sus repúblicas particulares, y en cada especie su perpetua paz, y el no hacerse de ninguna manera unos a otros daño, a ellos y a los hombres arguyo de honestidad. En Extremadura no ha muchos años un buen caballo, llamado Corneta, que era del conde Don Martín, aunque todos los animales convienen con todas las de su especie a los tiempos que les es dado; mas este caballo, gran cubridor de yeguas, llegándole su madre, o hija u hermana, como que reconocía el deudo, se estaba triste y parado, aunque dio al mundo muy buenas y excelentes castas de caballos.

244. De cómo Nuestro Señor quebranta la soberbia.

Domingo Cerdán, caballero de la orden de San Juan, desafió en Zaragoza a Don García de Villalpando, señor de Quinto, viejo el desafiado, de más de cincuenta años y cuartanario, y el otro robustísimo, mozo y gran soldado; y estando Don García herido de cuatro u cinco heridas, y una de ellas en una pierna, que le hizo estar hincado una rodilla en tierra, como leñador que no le falta, sino un solo golpe para derribar una encina, le tiró un revés Don García, viejo cuartanario, desangrado y mal herido, que le cortó a cercen la cabeza, y se la hizo ir rodando por el campo *jacens ingens littore truncus* etc.

245. De cómo Nuestro Señor ayuda a los que le han menester.

Preguntado un sabio de los siete qué oficio tenían, o en qué entendían los dioses, dijo que en humillar los soberbios y levantar los humildes, y así el Dios verdadero ahora con quien hubo menester su ayuda lo hizo.

El dicho Domingo Cerdán en Malta se salió a matar con el comendador Marcilla, también aragonés, y del hábito mismo, y combatiéndose entrambos, se le quebró la espada por cerca de la guarnición al comendador Marcilla; entonces pidió a Cerdán que le dejase ir por una espada, pues no era justo que un caballero como él usase de tanta ventaja como esta. Cerdán respondió que con aquellas espadas habían comenzado, que con ellas lo habían de acabar, que lo mismo pudiera haber sucedido por él, y con esto cerró con un estocada con él. Marcilla, viéndose perdido, arrojó su empuñadura de espada, y asió con ambas manos la espada a Cerdán por los vivos y agudos filos, y apretó tan recio que no le dejó ser señor de ella, sino que vinieron ambos a brazos, y en tanto acudió mucha gente que los despartieron.

246. De prudencia.

Fue asaz prudencia la de Antonio de Leyva que dádole el cargo de defender y guardar a Pavía, estando sobre ella el rey de Francia, la defendió de muchos y temerosos asaltos, y la precedente noche a la cruel batalla le dio nuestro campo con dos cañonazos juntos aviso del combate, que era el

contraseña que tenían para que otro día con su gente saliese a ayudarles. El respondió con otros dos que saldría, y venida el alba, salió y estuvo ante las puertas de Pavía, con lo que atemorizó a los franceses; mas fue muy prudente, que no quiso en la contienda meter las manos, porque a él no de pelear sino de defender y guardar aquella ciudad se le había dado el cargo: lo que se ha de hacer en semejantes casos, como el bueno y sabio médico que por los deudos de un paciente llamado con gran ansia, si ve que no es menester, no hace nada; mas el ruin médico por hacer reputación hace muchas cosas, no solo que no importan, mas con que hace daño.

247. En cosas que parecen mentira y son verdad.

Fue en estos tiempos un hombre extraño en Flandes, llamado Escoto, gobernando aquellos estados el príncipe de Parma, el cual hacía cosas tan admirables, que aunque me falte el crédito, no me hará nadie agravio; pero a sin razón, porque yo lo supe de caballeros muy verdaderos y muy principales.

Este Escoto decía allí lo que pasaba en todas partes; tomaba una baraja de naipes, y ponía la carta que cualquier caballero le pedía en la mesa, y hacía ser o no ser lo que mostraba, sin él tocar las manos.

Y un día quiso comprar un rocín de un villano, y diole por él treinta escudos; dióselos en doblones, mételos el otro en la bolsa, sácalos en su casa muy contento con su mujer, y halla que eran flacos, que son las tarjas de acá. Vuelve el otro confusísimo, buscándole donde él con mucha gente lo esperaba, dícele que miente, que él doblones le dio como se verá; torna a los sacar de la bolsa, y hallan que decía Escoto verdad. Vuélvese a ir y torna a hallarse sus tarjas; vuelve llorando mucho más, y echa la moneda que ya era doblones delante, y aunque así los vio, dijo que los daba al diablo que más quería su caballo; tómale y súbese en él, y vase santiguando del caso. Yendo por la calle, ve crecerle al rocín los cuernos, y tornarse una hermosa vaca. Y esto no era nada, sino que para asegurarse de los ladrones iban por el camino en su guarda dos o tres mil caballos, y hacía pasear cuando quería en la campaña escuadrones de gente armada.

Y acaeciale convidar ocho u diez caballeros, y siendo hora de comer acudir los convidados a su casa y andarla toda, y no hallar plato ni mesa en toda ella, ni fuego en la cocina; mas en un pasamano volverse los convidados y topar al convidante Escoto en la calle, y decirles: «Ea, señores, ¿no comemos? que es hora», y responder ellos que se iban, porque no veían aparejo de comer en su casa; hacíalos volver y que enviasen sus caballos; entraban y veíanlo todo como antes, tan desierto; hacíalos entrar en un aposento, y que en siendo hora de comer se lo dijese un muchacho suyo; salían todos, pues, llamándolos, y a la misma pieza por donde entraron veían las mesas puestas, atestadas de infinidad de viandas, y aunque todo era fingido la vianda era cierta, de singulares partes traída por sus familiares.

Otras veces llegaba con treinta de caballo a un mesón, los que venían en los caballos, íbanse a cenar, hacíales posada el hiesped; henchíales los pesebres y a la mañana pedía el huésped la paga, y él pagaba por sí y su jaca no más. Agraviándose de ello el huésped, no hallaba ningún caballo en la caballeriza, sino el pesebre lleno de cebada, y Escoto salía de allí con su acompañamiento como había llegado.

Esto le acaeció con el duque de Terranova en Alemania. Dijo el Duque en una ocasión que de buena gana comería un limón, y él dijo que con facilidad se lo traería; tomó un plato y lo echó en el aire; después alzó el brazo y recibió el plato con dos limones, y el Duque no se los quería comer, creyendo que no eran fingidos, sino de veras.

248. De varios sucesos en armas y justando.

El escribir es una manera de conversaci3n de cosas honestas y buenas, y sin perjuicio de nadie, que habla siempre uno como el que ora o predica, aunque despu3s hablaran todos de lo que 3l habla; por lo que llam3 Aulo Gelio a su escritura *Noches 3ticas*, como en lo que en las noches de invierno se trataba en conversaci3n en Atenas parlando, y Cicer3n a unas sus filos3ficas cuestiones, porque se platicaron en una su heredad, tomando el nombre de ella, las llam3 *Tusculanas*; y Sannazaro en una su 3gloga introdujo el nombre de Pansilipo; y yo as3 acerca de este prop3sito dir3 algunas cosas que se me acuerdan, que han en estos tiempos pasado.

En Valladolid, estando all3 el Emperador con su floreciente corte, donde hab3a tanto caballero mancebo, y tanta dama, en una tela ante Palacio en la corredera se ejercitaban cada d3a por no dejar enmohecer las armas, y as3 all3 la tela, y las damas en las ventanas, se estaba la mesa puesta para estos casos, y de los que se me acuerdan, siendo paje de la esclarecida Emperatriz, dir3 que cada rato ve3amos all3 cosas singulares desde sus aposentos y ventanas.

Hubo algunas veces encontrarse en los roquetes de las lanzas y all3 hacerse pedazos; otras quebrar lanza, no a trozos como suelen, sino henderse en dos astillas, desde la punta hasta la mano.

Otra vez vimos un mal justador dar encuentro feo en la tela, y hacer en ella agujero, y volver luego y meter otra carrera por el mismo agujero la lanza.

Y hubo otro justador moderno que se pon3a en la tela y part3a a gran furia, y corr3a espoleando muy apriesa, echada su lanza en el ristre, sin salir nadie de la otra, y pasaba su carrera a puerto cabalgante, y as3 corr3a muchas carreras, como ya le conoc3an, sin salirle al encuentro nadie, con gran grito de los muchachos; de manera que pod3a alabarse que nadie se le os3 poner delante, y qued3 vencedor, sin haber a ninguno vencido, e invict3simo caballero volviendo sin quebrar lanza.

A otro caballero le dieron un maravilloso encuentro, que se le hizo un boqueron en la derecha parte de la celada.

All3 vimos el alto Emperador salir a una justa por padrino de un caballero de su c3mara, que se llamaba Musiur de Laxao, los dos solos delante de la Emperatriz, sin ning3n aparato ni autoridad, y despu3s volver el Emperador armado con las armas y aderezo y caballo de Laxao as3 encubierto, sacando por padrino al mismo a quien 3l hab3a apadrinado.

Y en un torneo en Valladolid vimos a otro tambi3n, chocando con el su contrario en soslayo, despu3s de quebradas las lanzas, le sac3 de la silla todo el cuerpo fuera, y 3l se tuvo un rato sobre los brazos sin caer, hasta que a gran trabajo y gran fuerza torn3 a cobrarla.

Y hubo justador tan sin concierto, que pasado 3l con quien corr3a, por gana de encontrarle, abaj3 tanto la lanza que la quebr3 en el suelo de la otra parte.

Y otro pone un cartel de torneo mantenido a pie con trompetas y atabales; f3jale en las puertas de Palacio; llega el aplazado d3a; sale con gran acompa1amiento y lindas y lucientes armas; m3tese en la estacada; desde la ma1ana est3 todo el mundo a mirarlo, cuajada la plaza de gente, y de damas y de los reyes de Bohemia llenas las ventanas. Suben los caballos del sol hasta llegar a lo alto reventando; p3nese en su mayor altura del horizonte, sin ver desde arriba salir ning3n aventurero al mantenedor bizarro; parte de all3 cuesta abajo; esp3rale Tetis en sus brazos; des3ncele y desenfr3nale los caballos, y en fin no sali3 al torneo aventurero ninguno: todos los miradores todo el d3a bostezando, y sali3ndose el mantenedor muy corrido del campo. Esto fue por no advertir el buen caballero moderno en el oficio de no tomar quince o veinte firmas de caballeros amigos, antes que, como he dicho, saliera en balde.

En Mil3n chocaron dos ante el Rey y ante el castillo, y quedaron muertos sus caballos de ambos.

En Gante que nos vistió la villa a dos partidas de brocado, me encontró un caballero en la justa en la testera de mi caballo, y le metió por la frente un palmo de lanza, de que murió; mas me sacó antes de la tela relinchando.

En fin, a un caballero en Salamanca justando se le quebró la barbada del freno de su caballo, que disparó como un rayo sin poderle detener su amo, y paró al fin, metiéndose con el caballero en una casa, y por una puerta tan baja, que para sacarle fue menester desensillarle, sin recibir el que en él iba ningún daño.

249. De un recto y severo juez.

Al que por áspero y riguroso camino lleva arrastrando la virtud, nadie podrá culparle; mas el que con blandura mezclada la ejercitare será digno de mayor alabanza, como Nuestro Señor que tiene en dos pesos la justicia y la misericordia, sin que el fiel se incline más a la una que a la otra parte.

Fue, pues, el referido juez el licenciado Alarcón, oidor en la Real Chancillería de Granada, pienso de más de treinta continuos años, de muchas letras y de gran conciencia, como el que dice Ariosto,

*Il venerabil huom che alta bontade havea
Conjunta a natural prudenza.*

En todos los cuales años ninguno le recusó en ningún pleito, ni hallaron en él causa, ni le acusó en ninguna visita nadie; que veía venir las tempestades y nublados de los visitantes de la Audiencia, sin se le dar nada como un buen pastor seguro desde un monte alto como el Tésalo Olimpio, donde no alcanzan a subir los nublados. No tuvo nunca más ni menos hacienda en tanto tiempo, que cuando entró a servir su cargo; no tenía amigo ni enemigo, ni devoto ningún mercader, ni oficial, ni vendedor, ni cortador de carne, y a sus compradores mandaba que no dijese cuyos eran, porque no les vendiesen las cosas por contentarle más barato.

En los pleitos de sus parientes y amigos estaba muy confuso, y decía que siempre se habían de inclinar los jueces a la otra parte, porque la amistad para no hacer justicia no les cegase.

De sus pocos criados a todos los amaba igualmente, y a sus prójimos sin en su gracia y favor aventajar a nadie; nunca pretendió pasar adelante, ni hizo por donde volver atrás, ni acrecentó hacienda; ni debía, ni le debían nada: en fin, era un espíritu recto en un cuerpo de bronce o de mármol, sin nada moverle ni alterarle.

De los presentes trataba con pocos, sino con sus jueces compañeros en conversaciones públicas y generales, y de los ausentes con nadie; y así cuando murió, que fue ha ya más de sesenta años, tuvo al justo lo que bastó para enterrarle, que ni él al mundo ni el mundo a él se quedaron a deber nada.

Fue llevado en hombros de toda Granada, y lo que hallaron más en su recámara fueron tres o cuatro arcas llenas de cartas de príncipes y señores, sin las haber visto ni leído, ni respondido a ellas, como se las dieron cerradas y selladas: como el que para hacer justicia no había menester ruegos, y para dejarla de hacer ningunos bastaban. ¡Varón entero, recto y memorable, y que como tal merece que toda historia haga del caso!

250. De una honrada mujer y de un considerado marido, y de una templada y bastante venganza.

Los primeros movimientos no son en mano de los hombres, y así en este triste mundo se permite que a una honrada mujer se le intenten amores templadamente por el que destempladamente la ama, y ella no por la primer vista debe de dar a su marido de ello parte, porque no entra en cuenta

de pecado mortal con Dios el que sin mora y sin consentimiento por el pensamiento pasa; mas una mujer casada, perseguida de uno en Extremadura, dio de ello a su marido traslado, haciéndole saber cómo un galán le ponía a su casa cerco paseándola, y combatía su castidad por muchas partes. El marido le dice que acoja los enemigos en casa, y él publica que se va a un cortijo, y vuelve y pónese en lugar oculto en celada. Entra el engañado amante, y el marido y su mujer y un muchacho salen a la defensa; desnúdanle y maniátanle y pónenle en el palo de una tahona, y hacen que la tire en lugar del macho, y con muchos azotes hacen que muele una tarea de pan, y aquel por su mala conciencia, temiendo de ser muerto, pasó en paciencia cuantos azotes y picones le daban, y castigado y escarmentado así, le dejaron ir en camisa a su casa, y a la mañana le enviaron una torta de pan de la harina que había molido él, bien molido y quebrantado.

251. De la laguna de Antequera.

En término de Antequera hay una laguna que tiene media legua de ancho y una de largo, de agua salada, de que se hace infinita sal; tratan de arrendarla hombres codiciosos, dan por ella grandísimo precio a su Majestad; mas quien la crió allí por su divina gracia para bien de la gente no pasó por el arrendamiento que se hizo sin citarle, como no le plugo que Giezi llevase dinero por la cura que el profeta Elíseo hizo, y él por su mandado, y le convirtió por ello a él la lepra de que al enfermo había sanado. Y así no cuajó más el agua de ella de que se hacía sal, en haciéndose el arrendamiento; avisóse de ello al Rey nuestro señor, que vista la voluntad divina mandó a sus contadores que se deshiciese el contrato, y deshecho tornó luego en grandísima superabundancia a dar sal, la que se reparte hoy por cada vecino y comarcano de todas cuantas ciudades y villas hay en la comarca, pienso que hanega por hombre cada año, y por cada hanega un cuarto para el que la sazona y hace: ¡oh maravillas de Dios! ¿quién no deseará ser pobre? Que lo sea, o que no lo sea, pues tienen los pobres en él procurador y tan buen padre.

252. Del Aljarafe.

Hércules que fue tan fuerte, fue también gran edificador, gran astrólogo y gran republicano, como que de un buen tronco, muchos buenos pimpollos salen, que pobló a Sevilla, que no sé quién la obra del autor u el autor de la obra, se debe más de loar, dicen que hizo y plantó el Aljarafe de Sevilla, de Écija, de Carmona, de Utrera, de cuantos olivos en toda la fertilísima comarca en aldeas, villas y ciudades se crían, y esto publicando que los hombres plantasen, y que daría gran precio por cada olivo, a lo que acudieron tantos, y plantaron tantos árboles, que al pagar fue la suma inmemorable como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Pues visto que no había poder para pagarles como señor universal de toda España, dioles la tierra en que pusieron los olives.

253. De cartas mensajeras.

No estaban muy fuera de razón aquellos primeros indios bárbaros en no osar tocar a una carta, y así llevaban algunas de unas a otras partes en una caña o en un palo alto, que creían como la veían hablar, que picaba y así pica: que podemos de ellas decir lo que de las lenguas Esopo, que son en extremo buena vianda, y en extremo mala; si no preguntásemos a Urías que en la carta de David llevó su muerte disimulada. Dice un refrán italiano: *non mercede chi se fida esser gavato*, mas se había de entender al contrario, que el que se fía de un sospechoso papel que se le da, merece bien ser damnificado, y el que fía lo que no se puede decir en las plazas de una hijuela de un papel frágil, podemos decir que es un Lucio Apuleyo y no dorado. En esta simpleza no cayó en nuestros tiempos Juan Jacobo de Médicis, marqués de Marina, ya dicho, el cual decía que las cartas suelen ser como

hachas de mal cerero con una capa de cera de favor blando por encima, y pez y resina por de dentro, y píldora muy dorada por cima, en que va en la letra acíbar amargo en letras.

Solas las cartas reales y del Santo Oficio son *nolli me tangere*, y lleven lo que llevaren.

FIN.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscritos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*

- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista (6 tomos)*
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*

- 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
- 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
- 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
- 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
- 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
- 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
- 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
- 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
- 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
- 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
- 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
- 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
- 427 Georges Desdèvis du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
- 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
- 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
- 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
- 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
- 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
- 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
- 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
- 402 George Dawson Flintner, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
- 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
- 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
- 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
- 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
- 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
- 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
- 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*

- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
- 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
- 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*

- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*

- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Naufraios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*

- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinae exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*

- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix* (*Historia de las Indias y conquista de México*)
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*

- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*

- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)

- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclano, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)